

facultad de ciencias sociales UBA

20/21

SOCIEDAD

Argentina desvertebrada

Ensayos de Enrique Marí,
Eduardo Grüner, Claudio Martyniuk,
Nicolás Casullo, Horacio González,
Oscar Landi, Héctor Palomino,
Alejandro Grimson, Daniel Link,
José Fernández Vega, Roberto Amigo,
David Oubiña

Ezequiel Martínez Estrada

Los derechos del hombre
Discurso inédito

Verano del 2002

Interpretaciones de
la crisis argentina



Manantial

Sociedad

Sociedad
20/21

Revista de la Facultad de
Ciencias Sociales de la UBA



MANANTIAL



Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Sociales

Decano
Federico Schuster

Vicedecano
Eduardo Grüner

Secretario Académico
Néstor Cohen

Secretaria de Gestión Institucional
Alicia Entel

Secretaria de Cultura y Extensión Universitaria
Felicitas Elías

Secretario de Hacienda y Administración
Jorge Landaburu

Secretaria de Posgrado
Sandra Carli

Secretaria de Investigación
Susana Finquelievich

Directores de Carrera

Ciencias de la Comunicación: Damián Loreti

Ciencia Política: Tomás Várnagy

Relaciones del Trabajo: Héctor Angélico

Sociología: Miguel Angel Forte

Trabajo Social: Adriana Clemente

Director del Instituto de Investigaciones Gino Germani:
Pedro Krotsch

SOCIEDAD

20/21

Director:

Federico Schuster

Editor:

Christian Ferrer

Coordinación de redacción:

Pablo Livszyc

Créditos de las ilustraciones:

Ral Veroni, emblema del Absurdo de la serie "Buenos Aires"

Carlos Alonso, retrato de Ezequiel Martínez Estrada

Laberinto, anónimo, siglo XVI

Alfredo Benavidez Bedoya, *Seis gallitos ciegos en busca de la gallina vidente*

•

ISSN: 0327-7712

Sociedad es una publicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Marcelo Torcuato de Alvear 2230, (1122), Buenos Aires, Argentina, teléfono (5411) 4508-3800, fax (5411) 4508-3818 y de Ediciones Manantial, Av. de Mayo 1365, (1085) Buenos Aires, Argentina, tel-fax (5411) 4383-7350/6059, e-mail: info@emanantial.com.ar. Los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la opinión de la revista. Distribución: Ediciones Manantial SRL.

Índice

| | | |
|---------------------------------------|--|-----|
| Federico Schuster | Presentación | 7 |
| Argentina desvertebrada | | |
| Enrique Marí | Pensar la Argentina | 17 |
| Eduardo Grüner | Del experimento al laboratorio, y regreso. Argentina, o el conflicto de las representa- ciones | 27 |
| Claudio Martyniuk | Doscientos años. ¿Cómo puede el pez can- sarse del agua? | 55 |
| Nicolás Casullo | Apuntes sobre historia, dominios y políticas (viaje hacia el centro de la noche) | 71 |
| Horacio González | Memoria y errata: meditaciones sobre John William Cooke | 91 |
| Oscar Landi | El secreto y la política..... | 113 |
| Héctor Palomino | El movimiento de trabajadores de empresas recuperadas..... | 125 |
| Alejandro Grimson | La nación después del deconstructivismo. La experiencia argentina y sus fantasmas..... | 147 |
| Daniel Link | Literatura de compromiso | 163 |
| José Fernández Vega/ Roberto Amigo | Un largo momento epigonal. Ideas para un collage sobre la condición del arte argenti- no..... | 179 |
| David Oubiña | Un mapa arrasado. Nuevo cine argentino de los '90 | 193 |

Voces argentinas

| | | |
|---------------------------|---|-----|
| Ezequiel Martínez Estrada | Sobre los derechos del hombre. Discurso inédito (1959)..... | 209 |
|---------------------------|---|-----|

Meditaciones

| | | |
|-----------------|--|-----|
| Emilio de Ipola | Apuntes para un balance del conflicto en Sociología..... | 223 |
|-----------------|--|-----|

Verano del 2002. Documentos inmediatos

| | |
|--|-----|
| Consideraciones previas | 251 |
| Verano del 2002. Opiniones e interpretaciones sobre la crisis argentina en diarios y revistas: 19 de diciembre de 2001-7 de abril de 2002..... | 255 |

Presentación

Federico Schuster

Hace un año nos tocó asumir el gobierno de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires en medio de una de las crisis más graves y dramáticas de la historia argentina. Con pocos antecedentes, se trata de la crisis de un régimen de acumulación, que tiene expresiones a la vez económicas, políticas, sociales y culturales, y durante la cual la Argentina llegó, el 20 de diciembre de 2001, al final de un tiempo histórico, o al menos a un punto nodal de su historia, de aquellos que marcan hitos en cualquier construcción del relato historiográfico. En este contexto, nos preguntamos varias veces cuál era la misión y la responsabilidad de una institución dedicada al conocimiento, la enseñanza, la investigación y el pensamiento en las contingencias de la hora. La respuesta surgió clara; entregar nuestras mejores armas intelectuales y prácticas para pensar, conocer y actuar en la crisis, codo a codo con nuestro pueblo. Así puesto, la Facultad tenía, entre sus más valiosos recursos intelectuales, esta revista,

que bajo el nombre de **Sociedad** supo adquirir prestigio y reconocimiento a lo largo de sus diecinueve números de existencia. **Sociedad** era una buena revista académica, con trabajos muy importantes y de buena repercusión en el ámbito universitario. Resultaba necesario ahora dar nueva vida a la revista, lograr que ella fuera una fuerte contribución al debate de ideas, al pensamiento y la inteligencia de nuestro tiempo. Lo meditamos largamente y le pedimos a Christian Ferrer la organización de un texto especial, un número doble que marcara este relanzamiento de **Sociedad**. La **Sociedad** de una nueva sociedad. La revista de una Facultad que quiere ser protagonista de los grandes debates de una Argentina que requiere más pensamiento crítico y menos fuegos de artificio ideológicamente fabricados¹. El tiempo se muestra propicio de alguna manera para que esfuerzos tales florezcan. Si bien los momentos de crisis como el actual resultan confusos, equívocos y cambiantes (lo que hace que uno encuentre dentro suyo tantas tendencias revolucionarias cuanto reaccionarias en el seno de la sociedad, y muchas veces todo ello mezclado), hay señales inequívocas de un creciente interés social por el pensamiento no empaquetado, no digerido previamente para el consumo masivo. Las discusiones que sectores de la sociedad argentina han inaugurado en espacios de corte clásico, como las plazas o las asambleas, sobre cuestiones de enorme profundidad –las mismas que nosotros tratamos todos los días en las aulas universitarias²– o la inmensa participación que generó oportunamente la reunión del Foro Social Mundial Temático en Argentina, resultan ejemplos relevantes en ese sentido.

Una vez resuelta la cuestión de los objetivos de la revista, decidimos conservar y profundizar la idea de que cada número de la misma tuviera como eje un tema o problema especial, en torno del cual se estructurara el debate. Claro que el problema entonces pasó a ser el de la adecuada selección del tema de este número de relanzamiento. Contra la aparente dificultad que esta cuestión presenta, nos pusimos de acuerdo rápidamente; el tema sería la Argentina.

¿La Argentina? ¿Puede un país ser en sí mismo un objeto de reflexión y análisis intelectual sistemáticos? No cabe duda de que sí habría de serlo

1. Basta pensar en las difundidas “teorías” que sustentaron, a través de los medios masivos de comunicación –pero también en ámbitos académicos– el discurso favorable a las privatizaciones, la reforma previsional y tantas otras políticas de cuño neoliberal, cuyas consecuencias están a la vista.

2. Discusiones que giran en torno de temas como la crisis de representación, la desigualdad, el orden social, las posibilidades y potencialidades de la política, el lugar y la responsabilidad de los medios de comunicación, el papel del Estado y la sociedad civil, las potencialidades que los movimientos sociales, que surjan desde abajo mismo del espacio social, puedan tener en la definición y construcción de un poder político novedoso.

8 Presentación

para el historiador o, a su modo, para el geógrafo. Pero, ¿puede serlo para una visión global de las ciencias sociales en su conjunto? Esta inquietud podría agravarse aún más si consideramos el escenario de la así llamada globalización. ¿No desaparecieron acaso los estados nacionales, según se ha venido diciendo habitualmente?

Una rápida recorrida por la superficie de la memoria nos traerá a cuento que la Argentina ha sido muchas veces objeto de estudio, reflexión y pensamiento sistemáticos. Casi podría decirse que entre nuestros intelectuales del siglo XIX era el gran tema, y que lo fue, en menor medida, hasta bien entrado el siglo XX. De alguna manera, la Argentina reaparece como tema de las ciencias sociales –en una nueva vuelta de tuerca– hacia la década de 1970. Es cierto también que por diversos motivos (muchos de ellos afectados por la interrupción sangrienta de la continuidad intelectual por la dictadura militar y otros relacionados con cierto colonialismo cultural más, digámoslo, alguna displicencia en la consecución del pensamiento crítico) la Argentina –pensada así, como enigma global– pasó a las sombras de las ciencias sociales. Es cierto que siempre hubo intelectuales e investigadores que siguieron pensándola (algunos de ellos son los contribuyentes de este número). Pero también lo es que la Argentina fue en la mayoría de los casos un objeto poco frecuentado, quizás abordado a lo sumo a partir de algunos de los interrogantes que plantea. Cada tanto algún intelectual europeo (seguramente Alain Touraine, por ejemplo) generaba algún debate a partir de una tesis polémica³, pero tal debate rara vez pasó de un escauceo en algún suplemento dominical de un diario, sin alcanzar mayor profundidad.

Hoy la Argentina parece merecer un estudio más profundo y complejo. Situado en este nuevo tiempo, es cierto. La globalización es un dato y no menor. La constricción económica y política –*anche* cultural– que sufren países como el nuestro no es un dato menor a la hora de pensar en la situación presente y la potencialidad futura de nuestro destino. Sin embargo, vemos con claridad hoy que los estados nacionales no han desaparecido, así como no han desaparecido formas ya clásicas de la expansión capitalista, como el imperialismo. En tal sentido, las peculiaridades de la Argentina, de su economía, de su sistema político, de su cultura, de su historia, merecen una atención especial. No porque pueda pensárselas fuera de su situación en el sistema mundial, sino más bien porque en esta compleja etapa de la historia del capitalismo totalidades y diferencias, estudios globales y de detalle se requieren mutuamente para entender el tiempo que vivimos.

3. "Los argentinos existen; pero, ¿existe la Argentina?" es la tesis de Touraine que más recientemente dio lugar a alguna discusión entre nosotros.

Así, la crisis actual puede entenderse como parte de una crisis global, pero a la vez es una crisis argentina. Una crisis que, por cierto, no resulta sorpresiva; por el contrario, su desencadenamiento era un secreto a voces. Los acontecimientos producidos el 19 y el 20 de diciembre de 2001, el estallido de la situación cuyos efectos hoy estamos viviendo, no resultaron una novedad extrema o inesperable; pero sabemos, quienes nos dedicamos a las Ciencias Sociales, que una cosa es poder anticipar las condiciones del futuro y otra es saber exactamente cómo se va a presentar ese futuro. De modo tal que su forma concreta suele asombrarnos, aun conociendo las condiciones que la anticipan.

Todos queremos entender los acontecimientos que vivimos y saber hacia dónde vamos. Desde ya que no es fácil examinar un tiempo que es el nuestro y en el que nos vemos tan comprometidos. Sin embargo, las ciencias sociales tienen una responsabilidad en este sentido, y no pueden mirar hacia otro lado. Debemos realizar los máximos esfuerzos de análisis teórico y estudio empírico que nos permitan echar alguna luz sobre los acontecimientos del presente. No cabe duda de que la crisis económica, la crisis política y la crisis social no son una novedad. Todos los estudios científicos conocidos y hasta el más elemental sentido común nos permiten hablar de que tales crisis son públicas y explícitas desde hace ya bastante tiempo y de que su origen es todavía más remoto. Lo mismo, respecto de la protestas sociales. Los trabajos nuestros y de colegas revelan un nivel creciente de protestas en la Argentina (en cantidad, primero, en fuerza, luego y en organización, más recientemente) desde hace más de un lustro. De manera tal que hacia mediados del año pasado estaban dadas las condiciones sociales, económicas y políticas (llámese desempleo, niveles inéditos de desigualdad distributiva, pobreza extrema, recesión, desequilibrio fiscal, deuda externa, improductividad de la economía, debilidad política del gobierno, crisis de representación, crecimiento de las fuerzas sociales de protesta, conflicto social, etc.), que, conjugadas, permitían esperar acontecimientos como los producidos entre el 19 y 20 de diciembre, y de allí en más. Claro que en estos temas hay una distancia inabordable entre las condiciones objetivas y subjetivas así planteadas y su expresión concreta en la acción social y política. Podemos anticipar las condiciones del futuro, pero no su forma concreta y específica. Y esta forma no es por cierto una cuestión menor. Así, ahora, nos interesa y preocupa a todos terminar de analizar en detalle las condiciones mencionadas, pero, por sobre todo, hacia dónde vamos. El horizonte de las protestas, de las asambleas populares, de las medidas políticas, del curso de la economía, de la cuestión social, de la cultura en la crisis y del escenario de conflicto en que estamos es sin dudas un tema central hoy para quienes nos dedicamos al estudio de las ciencias sociales.

Hoy **Sociedad** se presenta en este espacio abierto del tiempo histórico para pensar la Argentina. En la sección titulada *Argentina desvertebrada va-*

rios profesores de esta Facultad auscultan, cada uno a su manera, la envergadura de nuestras carencias, la compleja consistencia de nuestra actualidad, y las potencias que aún nos restan una vez que las fallas que sacudieron al país han quedado en evidencia. Eduardo Grüner desata algunas de las ficciones bajo las cuales los lugares comunes del análisis político contemporáneo han amarrado no sólo el discurso académico, sino tras de él el propio decir cotidiano. Así, analiza la idea de la llamada “crisis de representación”, descripción entronizada en la ciencia política actual y que, siguiendo a Grüner, suele cerrar a la comprensión de la idea misma de representación. Así, nos permite analizar no sólo la idea de representante sino también la de representado y nos pone en situación de discutir, en el horizonte de la historia argentina, sobre quiénes han sido y quiénes son en cada caso ambos (representantes y representados), lo que permite pensar la actual situación política más allá de todo conformismo intelectual.

Claudio Martyniuk se ocupa de la historia intelectual de la Argentina o más bien de los argentinos en relación con su historia intelectual. ¿Somos nuestros modos de pensar y de saber? Se trató de una propuesta desafiante que nos pone frente a frente con nuestras imposibilidades como pueblo y como país. Nicolás Casullo se enfrenta a los problemas de la historia mirada desde el presente y a los modos de su reconstrucción. Así, cuestiona varias de las ficciones con que solemos hablar (y muchas veces incluso pensar acerca) de la Argentina, para plantearnos una política de la memoria histórica o una política con memoria.

Horacio González también enfrenta la cuestión de la Argentina en términos de la memoria —o mejor de la desmemoria—, en este caso aplicada a un caso específico: el olvido de la figura de John William Cooke. Recordando su figura y su presencia intelectual y política, González ve en Cooke una ruptura del orden del sentido rutinario con que la política y el mundo intelectual argentinos se han concebido a sí mismos. De este modo, también el olvido de Cooke habla de nosotros y de la forma en que se construye el pensamiento en y sobre la Argentina.

Oscar Landi analiza y discute la tensión entre el secreto y la acción pública en la política, mostrando cómo ambos parecen remitirse mutuamente de modos diversos. Así recorre hitos de la historia argentina en los que el secreto y sus formas (el complot, el ocultamiento, etcétera) aparecen en claroscuro con las luchas públicas, la transparencia o la participación ciudadana. Concluye preguntándose acerca del modo en que esta tensión se planteará en el futuro y, por tanto, también del modo en que ese futuro se nos hará presente.

Héctor Palomino y su equipo ofrecen un exhaustivo estudio sobre una de las novedades económico-sociales más notables de los tiempos recientes: las fábricas recuperadas (fábricas quebradas, ocupadas por sus trabajadores y puestas a producir). Nos llama la atención de que se trata de un

fenómeno anterior al 19 de diciembre de 2001, pero que se expande al calor de los nuevos tiempos. El trabajo aborda con profundidad no sólo los aspectos caracterizadores de la cuestión, sino también algunas de sus potenciales consecuencias, no sólo económicas o políticas, sino también relativas a la identidad social.

Alejandro Grimson realiza una crítica al constructivismo, como modelo de explicación social y lo juzga solidario de la deconstrucción de la nación en la ideología neoliberal. Sin plantear un retorno a su opuesto (el esencialismo), propone un enfoque que llama "experiencialista". Desde este enfoque analiza nuestro pasado reciente, nuestro presente y se aventura en las potencialidades del futuro.

Daniel Link pinta un panorama de la literatura en la Argentina de hoy. La muestra presa de una tensión antiliteraria con las demandas de mercado. Así, el diagnóstico se va mostrando pesimista. Al mismo tiempo, sin embargo, Link muestra que en su tensión amor/odio con el mercado (amor u odio, según de qué escritores se trate y con estaciones intermedias) la literatura vuelve a hablar del país. Claro, no del modo intencional de la literatura comprometida. Más bien, de un modo extraño y curioso; a través de sus propios límites e imposibilidades.

En la misma clave que el anterior, el trabajo de José Fernández Vega y Roberto Amigo también se ocupa de las relaciones del arte con el mercado, aunque en este caso de las artes plásticas. Analizando su desarrollo en tiempos recientes de la Argentina, los autores atraviesan el camino de las relaciones entre arte, economía, política y sociedad. En su argumentación, ponen el énfasis en un aspecto relevante y no siempre considerado de la producción artística: la dimensión de la conciencia estética, tanto en la creación como en la crítica y la historia del arte. Un arte sin valoración, afirman, es el peligro de los tiempos que corren.

David Oubiña analiza la producción cinematográfica reciente y, deteniéndose en ejemplos emblemáticos de la misma, encuentra formas de una concepción sociopolítica que el nuevo cine argentino expresa de formas diversas. Se trataría, afirma, de un nuevo comienzo en la relación de las imágenes con lo real y de los espectadores con las imágenes. Una relación crítica, que deviene en intervención política transformadora, no porque sustente una ideología en particular, sostiene, sino porque funda una nueva comunidad de lo visible.

Si bien es el primero en el orden del índice de este volumen, hemos dejado para el final el texto de Enrique Marí porque se trata de un material especial. Marí falleció hace poco menos de dos años y con él se fue un gran profesor e intelectual de nuestra Facultad. El artículo que publicamos fue escrito a propósito de otro momento de crisis de la Argentina a fines de los años ochenta, pero su actualidad es notable. Ello habla también de la Argentina y sus crisis y de lo que el autor llama en el papel la

“ideología de la crisis”, en la que encuentra un rictus argentino de contenido psicológico y sociológico que va, sin embargo, más allá (o más acá) del análisis riguroso y tiende al autoritarismo.

La sección *Voces argentinas*, que esperamos sea una constante de la nueva vieja revista incluye otra pequeña perla. Se trata de un discurso inédito del enorme ensayista Ezequiel Martínez Estrada, cuyas palabras podemos leer hoy como si hubieran sido escritas hace muy pocos días. Tal era el alcance y la grandeza de sus pensamientos. Hablando en defensa de los derechos ciudadanos, Martínez Estrada realiza una enfática e interesante consideración de las relaciones entre el estado, los ciudadanos y el poder, cuya frescura para nuestros días no deja, nuevamente, de llamar la atención. Agradecemos a la Fundación Martínez Estrada el permiso para publicarlo. Al fin, la voz personal de Emilio de Ipola nos presenta un análisis de una crisis más cercana y más propia.

Un párrafo especial merece el dossier *Verano del 2002*. Es una última, y larga, sección de **Sociedad** que ha sido preparada por varios alumnos de la Facultad. La hemos titulado “Verano del 2002”, aun cuando la recopilación de artículos que la compone comienza el día 19 de diciembre del año 2001. Se trata del resultado de una investigación y del ordenamiento cronológico de distintos artículos de opinión que diariamente mapearon la crisis que a todos nos concierne en diarios y revistas de circulación nacional. Lo consideramos un juego de coordenadas del pensamiento que se desplegó en un contexto de aceleración histórica y que obligó a sus autores a responder en estado de urgencia. Resulta, a nuestro entender, un material muy valioso tanto para investigadores como para quien quiera ver, a la distancia, qué es lo primero que se pensó y se dijo en los tiempos más ardorosos de la crisis. Es asimismo un documento para el porvenir. También en estos artículos reconocemos el nombre de numerosos profesores de nuestra casa.

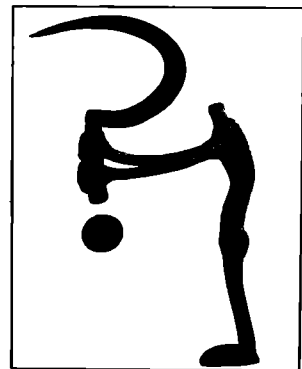
Este número de **Sociedad**, en definitiva, nos muestra cómo la crisis del presente sacude ciertos conformismos en torno del pensamiento sobre la Argentina, vuelve a desarmar ficciones establecidas en el decir común y nos obliga a (y nos permite) pensar de otro modo, más serio, menos complaciente y más profundo respecto de nuestro país y de nosotros mismo. Que se levante el telón y comience el debate. Con ustedes, los autores.

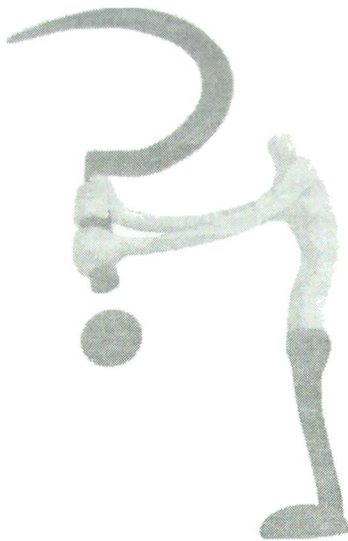
* * *

Cuando este número se encontraba en prensa, recibimos con dolor la noticia del fallecimiento de Oscar Landi. Se trata de un duro golpe. Se ha ido un intelectual valioso, un profesor recordado, un amigo querido. Su muerte es otra pérdida para este país una y otra vez lastimado. Que su artículo en esta revista sea parte del homenaje que queremos y debemos tributarle.

Argentina desvertebrada

Pocas actividades y espacios sociales –si alguno– han quedado incólumnes y en paz una vez traspasado el año 2000. De una década tan metamorfofónica como confusa, encabalgada a los arrastres crispados y dolientes de la historia nacional, heredamos un mapa apenas legible y una serie de lenguajes entrecortados. Sociedad dedica este número a relevar los síntomas de nuestros males persistentes y de nuestras promesas aún activas. Los autores, como si fueran astrónomos que observaran cada uno un cráter distinto, auscultan los contornos de un país deteriorado.





Pensar la Argentina

*Enrique Marí**

CRISIS. CONSENSO DEMOCRÁTICO

La creencia de que una marea de pequeños o grandes males y zozobras pesa sobre nuestra existencia cotidiana es el rasgo más persistente de la forma en que la mayoría de los miembros de nuestra sociedad se representa la vida social que transcurre en estos tiempos de transición democrática.

* Enrique Marí fue, hasta su reciente fallecimiento, Profesor Titular de Epistemología de las Ciencias Sociales en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Este ensayo fue publicado originalmente en *El derecho en la transición de la dictadura a la democracia: la experiencia en América Latina*. Vol. I. (comp. Enrique I. Groisman). Centro Editor de América Latina, Colección Biblioteca Política Argentina, Buenos Aires, 1990.

La insatisfacción permanente, el disenso con pulso acelerado, las inculpaciones e incriminaciones carentes a menudo de objetividad probatoria y cautela razonada, el desacuerdo político expresado en forma de diatriba, el ocio, la molición y las largas pausas en el análisis crítico reflexivo, han permitido el aprovechamiento de este espacio por una nueva y poco escrupulosa manufactura de medios informativos y comunicadores, que han sido exitosos en enlazar la transmisión y la circulación del desaliento y de lo negativo con la renta y el buen lucro. La idea, no sin promocionar por los que añoran el orden autoritario, de que el hombre común se encuentra desprotegido entre la amenaza de un delito cuyo fuerte crecimiento se postula sin ninguna verificación, o la sensación de que el ardid, la mala fe y el abuso en las relaciones se han extendido como un magma espeso y viscoso a amplios sectores sociales, dejando la ética como un valor irrepresentativo de nuestra cultura, todo esto ha conformado un tipo de comportamiento tensionado, depresivo y, en parte, temeroso, semejante al de quien, en el vértice de una boca de tormenta, espera el estallido sobre su cabeza como inexorable.

En el uso de nuestro lenguaje coloquial son muy frecuentes frases que comienzan con la locución "Este país..." o "En este país", locución que prelude una crítica ácida, muy ácida, sobre algún aspecto de la vida nacional, apuntando a un vicio o a un mal, en el que el locutor no se involucra mediante el simple pero no menos sutil recurso del empleo del adjetivo demostrativo singular "este", en lugar de los pronombres personales "mi" o "nuestro" país.

En escritos perdurables de Tucídides acerca de la guerra del Peloponeso, de Daniel Defoe sobre Londres y de Albert Camus sobre Orán, se recuerdan los caracteres de la peste, una enfermedad en cierta medida metafísica. La peste, en principio, pertenece al orden de lo extranjero. Por derecho propio, es ajena a la ciudad, cuyas costumbres subvierte y cuyas reglas interrumpe. Enfermedad-crisis en la que los sospechados son siempre los otros: las tinieblas adversas, las oscuras maquinaciones que llegan desde los cuatro vientos, desde afuera de los muros.

De este mismo modo, en nuestros confines, lo que marca el uso del lenguaje coloquial señalado es el empeño del locutor de que las mismas que denuncia no se hagan autoreferentes, de que no cambie su régimen de pertenencia a los otros o al ente colectivo "país". En una palabra: su voluntad es evitar que la crítica se convierta en autocrítica, circunstancia que lo condicionaría a ser más afinado y serio en su sentido y contenido.

En realidad, los discursos de estos locutores tienen mucha semejanza con los cantos corales de las tragedias griegas clásicas. En particular, el tono dramático, desde luego; pero en cuanto a su función hay que admitir ciertos matices. Así, en un sentido, están más cerca de las tragedias de Sófocles y Esquilo, al formar, como coros, entidades despersonalizadas, pre-

tendiendo que los acontecimientos y los demás personajes sean enjuiciados desde su perspectiva y, tomados por lo que el coro dice sobre ellos, aunque nunca dieran la respuesta definitiva a problema alguno. Mientras que en otro sentido están más cerca de los textos de Eurípides, en cuanto expresan acremente observaciones muy mundanas, de gran generalidad, pero inversamente proporcionales a su valor explicativo.

Aunque paradójico, no es un asombroso dato de nuestro tiempo que quienes habitualmente integran estos coros no sean precisamente los trabajadores, los desheredados o las personas a las que el sistema no les permite traspasar umbrales mínimos hacia un reparto más justo del producto societario. Estos cantos corales proceden más bien, entre otros, de sectores que se sienten desahucados de toda solidaridad con el padecer ajeno, indiferentes a todo proyecto de generalización de los intereses sociales, cuando no de ocasionales disgustados por la inevitable terminación de las vacaciones estacionales, o por su desliz en no haber trepado a tiempo, con salto de felino, del carril de las tasas al carril del dólar.

Ahora bien, ¿es posible enfrentar este cuadro macilento de una realidad argentina donde no hay más margen que para la aflicción y el desaliento con otra pintura inversa dorada, donde sólo ingresaría una paleta optimista al mejor estilo panglosiano del *Cándido* de Voltaire? A quien —como se ha hecho— aseverara con pesimismo jansenista que “éste es el país que debe haber inventado la frustración”, ¿podría contestársele con la frase leibniziana: “Todo está determinado y vivimos en el mejor de los mundos posibles”? Enunciado que Panglós, el preceptor, repetía como un oráculo a su pupilo Cándido cada vez que éste venía de soportar las peores peripecias, tales como su expulsión del castillo paradisíaco del Barón de Thunder-TenTronck, la pérdida de su amada Cunegunda, el azote de los búlgaros o el terremoto de Lisboa.

No se trata, en todo caso, de definir o de transar acerca de cuál de estas dos posiciones describe más afinadamente nuestra realidad social. Salta a la vista, en efecto, que el mínimo intento de construir o de reconstruir la clase de los argentinos panglosianos aptos para argumentar en favor del optimismo está, de hecho, irremediabilmente destinado al fracaso. Cabe apartarnos, no sin nostalgia, de esta clase sin ejemplares y cederle la totalidad de la arena pública a los que han abierto el Gran Libro de los reproches y de las aflicciones. O sea, a los que sostienen la tesis implícita de que así como Galileo afirmaba en el *Saggiatore* que el libro de la naturaleza hay que leerlo con caracteres matemáticos, así el libro de la sociedad argentina habría que leerlo con los caracteres simbólicos de lo atroz y de lo desesperante.

Un primer juicio que corresponde formular sobre esta tesis que postula en nuestro país —casi siempre teniendo como blanco a la forma democrática de vida— la existencia de un modo con resonancia de crisis-ca-

tástrofe, es que arroja sobre la sociedad mucha mayor opacidad que la que, por propia naturaleza, es inherente a toda estructura social.

El conocimiento social ha puesto en evidencia que, por sí, las estructuras sociales son opacas y no transparentes y que el conflicto y el disenso constituyen –por emplear una metáfora orgánica– notas comunes y no necesariamente patológicas del entramado social. Consecuencia natural y objetiva de la existencia de individuos, grupos y clases con intereses económicos, sistemas de creencia, ideologías, valores y formación cultural divergentes.

A su vez, este conocimiento social, proceda de la filosofía política, de las ciencias sociales o de la ética, proporciona claves de inteligibilidad que permiten realizar un examen fundado del campo social y de las tendencias de las coyunturas económicas, políticas y sociales que se registran en los períodos críticos. En las últimas décadas, la construcción por el pensamiento social de categorías conceptuales como crisis, consenso democrático, argumentación racional, legitimidad, comunidad participativa, generalización o universalización de intereses sociales, permite descartar que los conflictos sociales se deban leer con el único prisma del *hostilicium*. Cualesquiera que fuesen las discrepancias que se pueden erigir respecto de estos conceptos y de su potencialidad real en el paso de la filosofía a la sociología, la experiencia argentina demuestra las consecuencias gravemente disvaliosas de adoptar el *hostilicium* como única ratio social, convirtiéndolo en una polea incontrolada o en un vértigo donde el juego social, sin ética de la tolerancia, convierte a esa ratio en llana irracionalidad.

En el fondo lo que hace la tesis de la crisis-catástrofe es realimentar la mencionada opacidad, atiborrar el orden de lo confuso, prescindir del alto grado de complejidad de los fenómenos sociales, al tiempo que desaplica a su retórica de la menor intención de comprender los problemas a los que alude en su napa de proyección conceptual más irrisoria. Sin embargo, arrancando de estos estratos superficiales e inferiores, y desligándose cada vez más de lo cognoscitivo, los cantos corales de la tesis crisis-catástrofe exhiben una vigorosa capacidad para dinamizar el descrédito contra toda medida político-administrativa, regla económica o propuesta comunitaria en las que no encuentren tránsito los exclusivos y excluyentes intereses particulares de sus integrantes.

Para la tesis de la crisis-catástrofe, la moral no es de una sola pieza sino matemáticamente divisible por dos: la pública y la privada. Su dureza de lengua luterana contra las infidelidades y actos corruptos en el primer dominio, inobjetable en sí misma, se torna implausible al tener como *pendant*, en el segundo, la flema y la condescendencia, cuando no la cínica justificación, respecto de los autores y beneficiarios privados de esos censurables delitos económicos y administrativos.

Si la sociedad tiene sus dolencias e innegables disfunciones, la crisis-catástrofe no tolera que existan células libres de hipocondría, ventilando la polución ambiental para elevar su cota a límites refractarios e incompatibles con cualquier orden de bienestar y reparto social más justo. En este sentido, las tendencias a la concertación y a la discusión racional de las posiciones divergentes quedan afuera de su lógica, en la que, por el contrario, ingresa la constante descalificación de la democracia y la aprobación del autoritarismo, dado que la primera es el espacio más fértil para aforar los intereses comunes, y el segundo, el lugar violento y coactivo en que se tramitan los unilaterales.

Los problemas reales o moldeados artificialmente constituyen instrumentos que los voceros de la crisis-catástrofe organizan en una estrategia a cargo consciente de pocos, y de muchos, por inducida boca de otros. Unos y otros no están empero en el mismo nivel de intriga. Los primeros son formadores de opinión; los segundos, formadores de disquetes de regrabación. El objetivo último de una estrategia no es la acción para progresar y cambiar, sino la reacción para mantener y conservar.

La crisis-catástrofe es un tipo de discurso con dos registros: psicológico y sociológico. En el primer registro, se potencian las dificultades económicas, políticas y administrativas de la democracia, generándose a partir de la hipérbole una psicología social biliosa y de postración colectiva. En el segundo, se evacuan las condiciones de posibilidad de comprensión racional de esas mismas dificultades, al desinteresarlas de su enlace con las relaciones sociales objetivas y remitirlas, en forma masiva y en bloque, a la llamada denuncia subjetiva: incompetencia gubernamental, torpeza burocrática, incapacidad judicial, o bien incuria e inmadurez de la clase política en conjunto y de sus representantes parlamentarios.

IDEOLOGÍA DE LA CRISIS

Esta áspera –diríamos salvaje, por lo inmatizada– mutación de lo objetivo en lo subjetivo, el hecho de que la tesis crisis-catástrofe formule sus opiniones acriticamente, a la manera de dogma indocumentado en el raciocinio, la convierte en una “ideología de la crisis”, inamistosa con la teoría de la crisis.

Ideología por cuanto no se compromete con ninguna fuerza explicativa, con ningún valor que pueda ser compartido por intereses no restringidos, con ningún juicio sujeto a condiciones de corrección. La idea, en efecto, de conferir significado contrastable y control intersubjetivo a sus afirmaciones le es reacia. Al actuar en el ámbito de lo metaveritativo, se constituye en el síntoma de una función distinta de la que inviste: su función es de propaganda. Es activista de los métodos de inestabilidad. Cuan-

do denuncia la falta de orden, la ingobernabilidad democrática del sistema social, hace algo más que eso: la desea.

En este deseo, lo que la ideología de la crisis desatiende es que las decisiones políticas no se pueden imponer a los individuos, apoyándose meramente en motivos de obediencia compulsiva.

Dos estructuras inconciliables permiten identificar el diferente trato y elaboración de las decisiones políticas: la estructura del orden autoritario y la estructura del orden democrático, en el que se incluye nuestra transición. En la primera, las decisiones tienen como base la obediencia, en la que se atan y combinan la fuerza y el terror que permiten caucionar intereses no compartibles. En la segunda, la base formal de la estructura permite dar razones de esas decisiones y, por ende, ampliar el marco de los intereses.

Que la universalización de esos intereses —expresión que los filósofos políticos usan para aludir a la generalización de la igualdad social real y no sólo jurídico-formal— sea un foco de atracción, una meta o un ideal regulativo distanciado de lo que la democracia hace posible por su estructura socio-económico objetiva, forma parte del complejo crítico discursivo del sistema social. En la estructura autoritaria, este complejo discursivo queda entre clavijas: el ideal regulativo de la universalización abandonado y la crítica dominada. Cualquier crítica de la dominación se convierte, así, en dominación de la crítica.

Toda sociedad democrática necesita, para construir el sentido de su estructura, de la presencia de la crítica, en particular respecto de los que gobiernan. La forma de neutralizar la ideología de la crisis, en consecuencia, no es negar la crisis ni negarle su derecho a la crítica. Pero si se ampara en la democracia, la forma es exigirle que no sustraiga al debate razones fundadas, argumentos testeables intersubjetivamente, descripciones serias, predicciones confiables y no ejercicios incontrolados en la imaginación. Dicho de otra manera: hay que exigirle que desacople los motivos en que se disimulan sus intereses autoreferentes y, en particular, las difamaciones en espiral, que no contribuyen al proceso de formación discursivo social y tejen, por el contrario, el dispositivo en que cualquier programa de aprehensión cognitiva de la crisis se esteriliza.

Sin estos requisitos, la ideología de la crisis asume la forma mitológica del Eiris griego o de la Discordia romana, la divinidad malévolamente que se complacía en suscitar querellas y guerras, madre del hambre, la miseria y la mentira, de cabellos erizados de serpientes según Virgilio, hija de la Noche según Hesíodo. Como Eiris, compañera de las Furias, la ideología de la crisis convierte al disenso en discordia. La sociedad democrática argentina no puede como Zeus arrojarla del Olimpo, ni, como Dante, ubicar a ambas en el quinto y octavo círculo del reino subterráneo del infierno.

Pero puede codificar el espacio discursivo, autentificando, por un la-

do, los discursos que no desatan el nudo entre consenso democrático y argumentación política racional y descalificando, por el otro, las críticas de las representaciones sociales, las normas morales y políticas que al subjetivizar los fenómenos de la crisis y la debilidad del Estado, traduciéndolos y remitiéndolos a fuentes psicológicas y de pura arbitrariedad burocrática, desenganchan sus enunciados de toda relación inmanente con la verdad.

Una enseñanza de la historia de mucho relieve es que la idea que los contemporáneos se forman de las crisis en las que conviven es, en general, equívoca, revelándose *post-hoc* como engañosa. Ni los agentes del sistema feudal ni los Reyes absolutos del Ancien Regime tuvieron percepción clara de las transformaciones profundas que terminaron con la crisis y el colapso de su sistema de poder. Un poder que se fue deslizando a sus espaldas en favor de capas manufactureras y comerciales con intereses nuevos y diversificados, sin registro en su conciencia.

La sociedad argentina no se encuentra en crisis ni, a la inversa, deja de estarlo por el solo hecho y en la forma en que sus miembros lo digan, y cada vez que lo dicen. ¿Cómo distinguir entre ideologías de crisis y experiencias genuinas de crisis, si la base de contrastación fuesen los fenómenos de conciencia? ¿En qué forma las estructuras de la subjetividad del hombre argentino han sido suficientemente investigadas para postular, a partir de ellas, las instancias disruptivas del sistema social?

Una de las definiciones más ajustadas de la crisis es que ésta surge cuando la estructura de un sistema social admite menos posibilidades de resolver problemas que las requeridas para su conservación. ¿Está la tesis crisis-catástrofe del sistema democrático en condiciones de probar que las alteraciones y las disfunciones de los elementos del sistema han llevado a la sociedad argentina a la pérdida de su identidad, a la anomia, a la disolución y a la quiebra?

Los hechos desacreditan esta estólida afirmación y la desnudan como retórica de propaganda. Pero lo importante es la cuestión de derecho. A saber: en cuanto ejemplar de matriz subjetiva, sin el esfuerzo de identificar la ley estructural objetiva de la crisis, la crisis-catástrofe se coloca, *quid juris*, en el anaquel de las ideologías de crisis.

Cualquier captación conceptual de la crisis argentina no puede prescindir en su análisis de lo que revela la teoría de la crisis del llamado capitalismo de organización o tardío, a menos que se conjeture que a Argentina le ha sido dada otra formación social. Ello, sin perjuicio de incorporar los rasgos de especificidad que le conciernen por su no pertenencia al régimen de países de economía altamente compleja y estructurada.

La interpretación de estos rasgos no hará sino poner a la luz la mayor profundización de la crisis argentina como visible consecuencia del nexo descompensado entre su economía periférica y los mercados internacionales de consumo y financieros. El inventario de los efectos es hartamente

cido aunque inversamente proporcional a su toma en consideración por los cantos corales conservativos: tasa de endeudamiento externo insufragable, creciente estrechamiento en la colocación y absorción de nuestros productos, sostenida desvalorización de productos con escaso valor agregado, insuficiencia crónica del mercado de capitales agravada por la fuga de divisas, escaso grado de modernización tecnológica, creciente radio de economía marginal, y otros elementos, que la ciencia económica suministra a la teoría de la crisis, mas al parecer, no así a la ideología de la crisis.

Sin profundizar en estos temas propios, de estudios especializados, es bueno aludir a un fenómeno que la teoría de la crisis de las sociedades desarrolladas –aplicable aquí con mayor razón– deja para la enseñanza de estas cuestiones. A diferencia de lo que ocurría en la primera fase de la sociedad industrial, el Estado ya no puede limitarse a garantizar desde afuera las condiciones generales de la valorización del capital y debe más bien crear esas condiciones. En una palabra: la pérdida de rentabilidad del capital, por factores inherentes a la misma estructura en crisis, obliga al Estado a intervenir en el mercado para asumir los costos ocasionados por la desvalorización social de dicho capital.

Esto quiere decir que el modelo del Estado liberal clásico, con función limitada a preservar políticamente el funcionamiento de la esfera económica, ya no se corresponde con su intervención activa en ella. Esta intervención es necesaria en el sentido de objetiva y autónoma de la voluntad y conciencia de los agentes y funcionarios del Estado. Se explica con ella la paradoja de que el Estado, por macrocrecimiento estructural, constituya un gigante con pies de barro.

El eslogan “Achicar el Estado es agrandar la Nación” no contiene una apelación teórica a la resolución de la crisis que tenga en cuenta su ley estructural, en cuyo caso dejaría de subjetivizar los problemas, sino que apuesta todo a este último sentido: contiene la tesis implícita de que la intervención del Estado es el producto perverso de mentalidades estatizantes y burocráticas.


Este eslogan funciona, por ende, bajo el paradigma del Estado gendarme relativo a una economía concurrencial, en la que la regulación social pertenecía al mercado. Esta concepción no se adecua con la realidad estructural actual, posterior a la crisis del año ‘30 y, en particular, posterior a la segunda conflagración mundial. Lo que revela esa realidad estructural es un cambio en el principio de organización del sistema: sustitución social de la actividad reguladora del mercado por la del Estado.

El cambio del principio de organización social en este siglo, con la consiguiente repolitización de la economía, basada en la intervención administrativa reguladora de la estructura, determina que, en este caso como en otros semejantes, la tesis de la crisis-catástrofe quede sin correlación con el funcionamiento real del sistema administrativo y económico.

El nexo de este funcionamiento indica que los males en el mercado no dependen en esencia de la intervención del Estado, sino que esta intervención deriva del cambio del principio de organización, o sea, de la necesidad de supervivencia sistémica del mercado. De todos modos, la crisis de la sociedad argentina, en el marco de una teoría objetiva, no puede prescindir del reclamo de legitimación para la democracia.

Por ello, dado que –como lo enseña la teoría política– ésta no es meramente ni se agota en la salvaguardia de intereses individuales, en la instauración de mecanismos de composición de conflictos formales o en el mantenimiento del equilibrio de poderes, hay que emplazar el eje de apoyo de la legitimidad democrática en elementos ya aludidos en esta contribución. A saber: la formación de una opinión pública consensuada sobre la base de argumentos racionales, que no se desinteresen de la matriz objetiva de la crisis, y en una concertación que tienda a hacer compartibles y generales los intereses sociales.

Una pregunta como ¿tiene salida la Argentina? sería, en cambio, contestada con un no, por la ideología de la crisis-catástrofe. Pero esta respuesta no apuntaría, en verdad, al contexto temporal del futuro en que la pregunta se formula sino al empeño de retornar al pasado no democrático.



*Del experimento al laboratorio,
y regreso. Argentina, o el conflicto
de las representaciones*

*Eduardo Grüner**

“En una sociedad compleja, la desorganización social no es más que el desmoronamiento de uno de los componentes del todo; pero el todo nunca está tan férreamente integrado como para que por ello se desmorone totalmente”

ERVING GOFFMAN

* Profesor Titular de Teoría Política y Social II, en la Carrera de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales, y de Antropología y Sociología del Arte, y Literatura y Cine, en la Carrera de Artes de la Facultad de Filosofía y Letras, ambas de la Universidad de Buenos Aires. Vicedecano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

“Una vez que se ha producido una rotura en cualquier punto del tejido de la vida social, seguirá agrandándose, y los hilos seguirán corriéndose, aun cuando el desgarrón primitivo fuese pequeño y aun cuando el punto en que se produjo corresponda al orillo del tejido”

ARNOLD TOYNBEE

La Argentina, o mejor, el Río de la Plata –una subregión no sólo geográfica y socioeconómica sino también cultural, que con típica operación de *pars pro toto* pasa por la Argentina– carece de la densidad arqueológica de Perú, México o el Yucatán, así como de la diversidad étnica de Brasil o el Caribe: ni ruinas mayas o aztecas que remitan a un arcaísmo mítico orlado de rituales sangrientos y arquitecturas exquisitas, ni utopías andinas que hablen de perdidos imperios de comunismo primordial, ni enigmáticos e inquietantes rituales *vudú* o poéticas ceremonias *orixá* al borde del mar. Ni siquiera diluvios macondianos, barrocos indianos, habanas para difuntos infantes cabreros. Sí, claro, una voluntad ubicada de espaldas al río y a lo que hay a su norte al menos hasta otro gran río, el Grande, con la mirada al frente (no del todo recta, lo cual daría Sudáfrica), en posición firmemente europeizante que autoriza el viejo chascarrillo de Borges sobre esos italianos que hablan español, se visten como ingleses y leen libros franceses, pero se llaman argentinos (es decir, rioplatenses –porteños para más detalle, y sólo secundariamente montevideanos, de sexo preferentemente masculino, raza más bien caucásica y clase media más o menos ilustrada– que se toman en serio haber bajado de los barcos a los que ahora buscan volver a subir en tropel). A los cuales, parecería, aquéllas carencias –falta de densidad arqueológica, exceso de homogeneidad étnica– les han mermado sus mecanismos de defensa histórica contra el síndrome latinoamericano de la miseria, la violencia, la degradación, la corrupción y el envilecimiento.

La “tragedia argentina”, se suele decir, es inmerecida. Con lo cual se quiere sugerir, suponemos, que estas cosas *no pueden* sucederles a los europeos en el exilio –para permanecer borgeanos–, como si por otra parte los propios europeos, en su propia tierra, hace pocas décadas, no hubieran pasado por la miseria económica, la violencia de las guerras mundiales, la degradación de la guerra civil, la corrupción de la política colonial, el envilecimiento del nazifascismo, las decepciones del bolchevismo, la decadencia patética de la socialdemocracia, el retorno siniestro de los racismos y xenofobias. Pero desde luego Europa –o sea, “Occidente”– detenta, desde 1492, el autolegitimado título de identidad con, y propiedad de, la Civilización como tal. No nos involucraremos aquí en la difícil (imposible, dicen no pocos) cuestión de las “identidades” colectivas, nacionales o con-

tinenciales. Ni abundaremos, tampoco, sobre la no menos compleja cuestión historiográfica –y por lo tanto, profundamente *político*– de cómo se frustró el bolivariano proyecto de la “patria latinoamericana” mediante el trámite de *inventar* naciones allí donde ni la geografía, ni la historia, ni la cultura, ni la lengua las hacía necesarias, o siquiera verosímiles. En alguna otra parte nos hemos atrevido a sugerir, con alguna dosis de imperfecta ironía, que tal vez esa *ficción* originaria explique por qué los únicos proyectos relativamente exitosos de la cultura latinoamericana parecen ser... los literarios¹. Realismos mágicos y barroquismos tropicales, en efecto, parecen haber sido más eficaces para ponernos en el mapa (al menos, el de los congresos internacionales de literatura comparada) que cualquier acción gubernamental. Lo cual, por supuesto, nada dice en principio contra los *efectos* de semejante “ficcionalidad” sobre las “identificaciones imaginarias” productoras de la llamada *identidad nacional*. Porque finalmente, ¿quién podría vivir sin ficciones y sin imaginarios?

Pero, suficiente ya de esto. Baste recordar, a *otros* efectos, a los efectos de lo que veníamos balbuceando sobre nuestra escasez arqueológica y nuestro exceso étnico, que en un discutible pero ya canónico texto, Darcy Ribeiro nos incluía a los argentinos no entre los *pueblos testimonio*, vale decir los que pese a todo han logrado conservar algunos de sus rasgos étnico-culturales originarios (pongamos: los mexicanos o los peruanos), ni entre los *pueblos nuevos*, vale decir los que han surgido de una amalgama sincrética forzado por la esclavitud multiseular (los afroamericanos brasileños o antillanos, por ejemplo), sino entre los *pueblos trasplantados*, vale decir aquellos de matriz plenamente europea –más allá de algunos inevitables mestizajes– que bajo la consigna “gobernar es poblar” u otras de similar inspiración, eligieron directamente *eliminar* su previa población autóctona –es cierto que cuantitativamente modesta, por comparación a pueblos más “testimoniales”–, en lugar de *deculturarlos*, para apelar a un tecnicismo etnológico, y donde aparecemos junto a los uruguayos y a los... norteamericanos y canadienses (“si bien con grandes diferencias”, aclara el autor, prudentemente)².

“Gobernar es poblar”, *indeed*: se trata de una conclusión inevitable cuando se parte de una premisa tan inapelable como la de la “conquista del desierto”, y se le otorga todo su valor de *lapsus*. Quiero decir: ese sintagma ya congelado al rango dudoso de sentido común no habla, hay que observarlo, de mera “ocupación”, “exploración”, “forestación” o “irrigación” del sedicente desierto: habla de su *conquista*. Ahora bien: ¿por qué, contra quién, habría que *conquistar* un espacio que se presupone *desierto*?

1. Eduardo Grúner. *El Fin de las Pequeñas Historias*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 2002.

2. Darcy Ribeiro. *Las Américas y la civilización*. CEAL, Buenos Aires, 1969.

El fallido, se ve, es la contracara del éxito de un programa eugenético, de esos que la modernidad foucaultiana llama de *biopoder*. “Una Nación para el desierto argentino” –título estupendo, también por su discreto sarcasmo, de Halperin Donghi– es una expresión que condensa adecuadamente la sustancia de ese programa.

Queda sobreentendido que todo esto no quita que, antes de la emergencia de los dos así llamados grandes movimientos históricos del siglo XX, el proyecto de la generación del 80 –personalizando: del mismo general conquistador de espacios vacíos– es el único proyecto “nacional” digno de ese nombre, como agudamente lo señaló en su momento el sospechado (no sin algunas razones) y menospreciado (a menudo por malas razones) Jorge Abelardo Ramos³. Por supuesto que semejante proyecto “nacional” es, inmediatamente, un proyecto de *clase*, y ciertamente no de la clase que uno hubiera preferido que estuviera a su cabeza (y que, por otra parte, aún no existía como tal). Por supuesto también, y por lo tanto, la Nación trasplantada sobre el Desierto argentino va de arriba hacia abajo, del Estado a una sociedad que es en buena medida su *producto*, y no al revés como en la “vía clásica” europea de la que hablaba Marx. Y otro tanto puede decirse de la propia población, también apresuradamente implantada, desde su origen “exótico”, sobre el desierto, con su lengua, sus tradiciones, su cultura, sus raíces sociales y sus ideas políticas igualmente provenientes de *otra* historia.

Alguna cuota de “ficcionalidad” hay, pues, también en ese origen: al menos, la que viene de exacerbar una voluntad férreamente fundacional que todavía, en esos tiempos, podía verosimilizar la fusión de ese proyecto de clase con los intereses “nacionales”. Pero a partir de allí, e integrando todos los “fallidos” anteriores, el trastrocamiento histórico está inevitablemente precipitado en el dislate: un país diseñado como desprendimiento de Europa “en el exilio” pero sin las condiciones históricas, socioeconómicas o culturales correspondientes, cuya población –o al menos la parte de ella que las clases dominantes se dignan escuchar a medias– logra sin embargo convencerse de que *son* europeos, o de que lo *siguen* siendo, y que sólo un accidente irrepetible e insólito (una anticipación de lo que luego será la “excepcionalidad argentina”, ya se sabe) los ha hecho naufragar en las costas sudamericanas. Un país así, decimos, no puede menos que constituirse en un *experimento* casi indefectiblemente condenado al fracaso. Y una vez fracasado el experimento, o los otros que siguieron al del ‘80, una vez retirados de la escena –se dice– los experimentadores (“sujetos sociales” de distintas categorías: oligarquías decadentes, burguesías “naciona-

3. Jorge Abelardo Ramos. *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*. Tomo I. Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1966.

les” que nunca terminan de constituirse, proletariados viejos que no se integran a la sociedad autóctona, proletariados nuevos que no se desprenden de sus dirigentes corruptos, Estados con una irresistible tendencia a corromperse, militares “patriotas” que desaparecen a decenas de miles, y *via dicendo*), una vez agotada la imagería experimental, lo que queda es lo que últimamente –pero siempre apelando a la jerga cientificista dura de larga prosapia en la cultura local– ha dado en llamarse el *laboratorio*. Es decir: agotadas las experimentaciones “internas”, queda el campo orégano para las más audaces aplicaciones de técnicas globalizadas que vengan a sustituir tanto a los precedentes experimentos neocoloniales como a los moderadamente “nacionales” que supimos ¿diremos la palabra? conquistar. ¿Y cómo extrañarse, si ya *partimos* de un laboratorio al que llamábamos “desierto”?

No es este el lugar –ni tenemos nosotros la competencia– para caracterizar apropiadamente el actual punto de llegada (que para los esperanzados es un nuevo punto de partida) de ese desordenado tránsito histórico. Pero sea como sea, convengamos que en las condiciones presentes es muy difícil para los “sujetos sociales” construir(se) una más o menos sólida *representación*, simbólica y política, tanto de su “identidad” (de su *para-sí*, si se quiere insistir en los lenguajes clásicos) como de las instituciones, proyectos, formas de organización o estructuras que pudieran alentar una reconstrucción –incluso, como también se dice con insistencia, una *re-fundación*– del lugar que puede tener la nación y la sociedad argentina. Y sin embargo, algo nos dice que hay que empezar a hacerlo: al “cuando no se puede hablar, es mejor callar” de Wittgenstein, es el momento de oponerle el “no hay mucho que decir, pero hay que seguir hablando” de Beckett. Tómese todo lo anterior, por ende, a modo de un apresurado y taquigráfico marco referencial para tartamudear el borrador de algunas hipótesis sobre el problemático concepto de *representación*.

1

En la Argentina de los últimos tiempos (aunque no sólo en ella, desde luego) se ha transformado en un lugar común periodístico y de la opinión pública –no digamos ya de las ciencias sociales– el diagnóstico que certifica lo que suele llamarse una profunda *crisis de representación* del sistema político. Sin duda es una caracterización descriptivamente acertada. Lo que no resulta tan fácil es encontrar explicaciones plenamente satisfactorias, estando como estamos en buena medida atravesados por un alto grado de desconcierto, casi de estupor. No es por supuesto que la *dirección general* de la crisis no fuera más o menos previsible desde hace ya un tiempo considerable. Pero los rasgos precisos de la misma sorprendie-

ron aun a los más avisados. Se ha terminado vulgarizando la idea de que se trata de una crisis completamente “inédita”, para la cual no contamos, por lo tanto, con parámetros, conceptos o categorías históricas que permitan construir aunque fuera un “marco teórico” global de referencia. Quizá sea así. O quizá sea (al menos en parte) otra muestra de la ya mencionada inclinación argentina por imaginarnos a nuestro país como *excepcional*, para lo bueno tanto como para lo malo. Con toda seguridad, es un avatar más de las ideologías “post” que han certificado el deceso de cualquier relato, grande o mediano, que pretenda recurrir a categorías teóricas históricas para analizar la historia. Pero, a decir verdad, parecería más bien que tenemos, por el momento, el dudoso privilegio de fungir como *emergentes* de una crisis subterránea, más de fondo, que está empujando a salir a la superficie en una serie de erupciones cataclísmicas. En este momento la erupción pasa por la Argentina, o mejor, por el Río de la Plata; mañana, quién sabe.

Sea como sea, debería ser obvio que se trata de una crisis “sistémica” integral, estructural, del modelo de acumulación capitalista en su fase actual, y que alcanza al entero conjunto de los niveles (económico, social, cultural, y por supuesto político) de reproducción del propio sistema: la “crisis de representación” es un *síntoma*, y no la enfermedad. Por qué dicho síntoma se manifiesta, en este momento, con particular agudeza en la Argentina, es un problema de una enorme complejidad que no podríamos desarrollar aquí: tiene que ver con el modo particular de inserción de nuestro país en la así llamada “globalización” en los últimos años; tiene que ver con nuestra historia política (principalmente en las últimas dos o tres décadas, pero también con la “larga duración”, al menos desde 1930); tiene que ver con las perversiones externas e internas a que fue sometido nuestro desarrollo económico; tiene que ver con las peculiaridades de la estructura de clases sociales en un país que está lejos de ser representativo, en ese sentido, de la generalidad de las sociedades latinoamericanas (para no mencionar las del “Tercer Mundo”); tiene que ver con formas culturales específicas; tiene que ver con la debilidad constitutiva de nuestro sistema político en general y de nuestra “democracia” en particular, incluyendo ese estilo de “democracia” readecuado a los férreos condicionamientos planteados por la etapa posdictadura. Tiene que ver, como insinuábamos en nuestro prólogo, con la histórica implantación artificiosa de instituciones, teorías, marcos valorativos, etcétera, que tuvieron su razón de ser —al menos para las clases dominantes— en el desarrollo clásico del capitalismo europeo. Es decir: desde ya que hay causas singulares y “excepcionales”, con alto nivel de especificidad. Pero *somos* parte de Latinoamérica, de la “periferia” dependiente, del mundo “poscolonial”, o como quiera llamárselo. Ningún particularismo, por extraño y singular que parezca, es comprensible sin analizar su vínculo de *tensión* con la totalidad. Y, en primer término

para los propósitos de este artículo, con la “totalidad” conceptual, teórica, que permite pensar ese vínculo.

Tenemos pues la impresión, para empezar, de que en la cuestión hoy tan debatida de la así llamada “crisis de representatividad” del sistema político, se suele incurrir en la frecuente falacia lógica –cuando no en la no menos frecuente operación ideológica– de confundir el efecto con la causa. Es decir: *se centra casi exclusivamente la discusión en la crisis de los “representantes”, y muchísimo menos en lo que podríamos sospechar como crisis de los “representados”*. Es raro, incluso, que ni siquiera aparezca la pregunta sobre *quiénes son esos “representados”* –o mejor, esos potenciales “representables”–, esos colectivos sociales que el sistema político dominante habría dejado de representar. La pregunta podría todavía ir más lejos, o empezar antes. Por ejemplo: ¿es que el sistema político ha representado *realmente*, alguna vez, a todos los “representables”? Y de no ser así, ¿por qué entonces hablar de “crisis”? La pregunta también podría formularse de otra manera: ¿si nunca hubo realmente representación *auténtica* de la totalidad, la famosa “crisis” no consistirá en el hecho de que repentinamente ha quedado al desnudo –lo cual no necesariamente significa que haya una plena conciencia de ello– ese *vacío constitutivo* de representación? ¿Se trata quizá de una crisis de “hegemonía”, para reiterar una remanida fórmula gramsciana, en el sentido de que es la creencia misma en el valor de la “representación” como tal lo que ha sufrido un colapso más o menos definitivo? En cuyo caso nos encontraríamos, claro está, ante una crisis profundamente *cultural*, en el sentido más amplio y totalizador posible.

De más está decir que esta hipótesis no intenta minimizar en absoluto la especificidad *política*, en sentido estrecho, de la cuestión, ni el hecho de que por supuesto estamos ante una crisis aguda (algunos afirman que “terminal”) de legitimidad de los representantes. Pero el análisis de una crisis de *representación* no puede reducirse a la evaluación puramente formal de las “fallas” del sistema político institucionalizado, sino que debería encarar ciertos interrogantes críticos sobre los aspectos *estructurales* –socioeconómicos, político-ideológicos, incluso simbólico-culturales– que constituyen, por así decirlo, la *base material* de la deslegitimación de las “formas”. Y a nuestro juicio debería empezar por poner en cuestión, aunque fuera de manera muy hipotética y provisoria, el concepto mismo de “representación”, al menos en sus connotaciones más directamente ligadas a nuestro problema.

2

Es difícil, en efecto, olvidar que el ambiguo interés del término “representación” es que no alude solamente a la esfera de lo político, sino a la

de lo simbólico en general: es el sujeto humano como tal el que se vincula (o no) al mundo por medio de representaciones (lingüísticas, visuales, auditivas, estéticas, subjetivas, o lo que fuese). Hay por ejemplo ya muchos análisis críticos de lo que se ha dado en llamar la “posmodernidad”, análisis que exploran esta analogía entre representación política y representación simbólica, en torno a la “desrealización” o “desmaterialización” del universo de lo político-social a través de una dimensión puramente “representacional” o “virtual” de dicho universo, promovida por las nuevas formas y medios de comunicación y sus efectos de sustitución de lo real por distintos tipos de imaginarios “representacionales”. Es un efecto de sustitución que alcanza y domina incluso a la “última instancia” de lo económico, en la que la especulación financiera, como forma hegemónica de ganancia y acumulación en el capitalismo tardío, ha terminado por *desmaterializar* al modo de producción (lo cual desde luego no deja de tener efectos bien materiales sobre la vida –y la muerte– de las sociedades)⁴. Pero no quisiéramos embarcarnos ahora en esa discusión complejísima. Nos interesa, por el momento, volver a la pregunta sobre *quiénes* son esos “representables” que ya no están (o, al menos, ya no se sienten) representados por el sistema político hegemónico.

Consideremos algunas de las denominaciones conceptuales que en la historia del pensamiento histórico, sociológico, antropológico y/o político moderno han recibido los colectivos humanos que conforman lo que se llama una “sociedad” o un *socius*, teniendo en cuenta que desde luego la utilización preferencial de una u otra de esas categorías no es nunca casual ni ingenua, sino que responde a orientaciones teórico-ideológicas o filosófico-políticas a veces perfectamente identificables. Se diría que al menos deberíamos tener en cuenta las siguientes:

La *clase*, ya sea en un sentido más o menos marxista, que designa el lugar que los sujetos ocupan en la estructura de propiedad de los medios de producción –con su debatible distinción interna entre el “en sí” y el “para sí”, distinción que ya implica un pasaje del registro económico al simbólico-cultural y subjetivo–, ya sea en un sentido más o menos weberiano, que alude más bien al lugar que ocupan en un sistema de circulación y distribución de los bienes, con sus consecuencias para cosas como el *status* y el “prestigio”. Para nuestros fines inmediatos, no es necesario ir más allá en el análisis de las diferencias (decisivas) entre considerar que el espacio de la conformación de clases sociales es el de las relaciones de *producción* o el de las relaciones de *mercado*. Pero, por supuesto, no podemos olvidar que

4. Sobre los modos en que la economía es cada vez más “cultural” y la cultura cada vez más “económica”, véase, por ejemplo, Fredric Jameson: *El Giro Cultural*. Ed. Manantial, Buenos Aires, 1999.

la primera de estas opciones –que es, obviamente, la de Marx– está estrechamente vinculada, a través de la hipótesis del fetichismo de la mercancía, a la identificación de la matriz ideológica y “representacional” *par excellence* del capitalismo moderno, matriz aún vigente a pesar de las profundas transformaciones que dicho capitalismo ha sufrido en su historia reciente. Y que tiene, a su vez, también profundas repercusiones en el ámbito de lo político, ya que el modelo del “equivalente general” de las mercancías expresado en la abstracción del dinero (y por ende del capital financiero, hoy dominante) es trasladable al modelo del “equivalente general” de los sujetos políticos, expresado en la noción de “ciudadanía universal”, que pasa por encima de las diferencias cualitativas de clase para articularse en la abstracción de la democracia “representativa”.

El *pueblo* y/o el *pueblo-nación*, un concepto entendido con un sesgo étnico-cultural en el romanticismo alemán, y paralelamente traducido en términos estrictamente jurídico-políticos por la Revolución Francesa, para dar lugar a la ya señalada idea de “ciudadanía universal” (entendiendo por universal la ciudadanía de un Estado-Nación particular, pero también y al mismo tiempo conformando un “ideal” del Estado moderno “burgués” como tal), hasta llegar a las posiciones usualmente llamadas “nacional-populistas” del siglo XX. Va de suyo que categorías como las de *pueblo* y *nación* son engañosas cuando: a) se hacen confluír aquéllas vertientes étnico-culturales y jurídico-políticas, dado que ellas implican operaciones de “identificación” –en el sentido amplio de construcción de lo que suele llamarse *identidades colectivas* más o menos imaginarias– completamente diferentes; b) cuando se las toma en su abstracción deshistorizada, pasando un rasero sobre las asimismo profundas diferencias en la conformación nacional-estatal de las sociedades llamadas “centrales” en comparación con las “periféricas” o “poscoloniales”. Ello para no mencionar la nueva problematicidad de estas categorías en estos tiempos de marcha forzada de la *mundialización del capital*, como atinadamente traduce Samir Amin el aparentemente más anodino vocablo “globalización”⁵.

La *sociedad civil*, un concepto tributario de la moderna tradición política liberal, cuya premisa es la de una estricta *diferenciación* entre la esfera de lo político (normalmente identificada con el espacio de lo estatal en sentido amplio) y la esfera de lo social. En las últimas décadas, la reivindicación de una creciente *autonomía* de la “sociedad civil” respecto de lo político-estatal se constituyó en una reiterada (y con frecuencia combativa, no es cuestión de negarlo) bandera de las sociedades sometidas a diferentes tipos de despotismo estatal, desde las dictaduras latinoamericanas hasta, por ejemplo, los regímenes “burocrático-autoritarios” del Este euro-

5. Samir Amin. *Los Desafíos de la Mundialización*. Ed. Siglo XXI, México, D.F., 1995.

peo. Paradójicamente, esta “emblematización” de la sociedad civil como espacio de libertad y creatividad colectivas ha terminado, en buena medida, vaciando de verdadero contenido político contestatario al concepto, y acercándolo peligrosamente a las posiciones ideológicas neoliberales, que por supuesto hacen de ella una categoría abstracta y escasamente determinada, desconectada de su función histórica precisa⁶. Es cierto que hay una concepción alternativa de la sociedad civil que logra sortear esta trampa: la de Antonio Gramsci, con su postulación de la importancia de la construcción de una *contrahegemonía* a partir del “sentido común” de una sociedad civil no entendida como bloque homogéneo y abstracto, sino como *campo de batalla* atravesado por el conflicto de clases. Pero en general, en la literatura politológica al uso, es aquella otra idea de la sociedad civil la que ha prevalecido.

La *serie*, una categoría acuñada con intención crítica por Sartre⁷ para designar al mero agregado de individuos aislados que pueden tener un objetivo común pero no cooperativo ni solidario (como en su famoso ejemplo de la cola del ómnibus, hoy y aquí fácilmente trasladable a la del cajero automático), pero que puede perfectamente describir también la imagen de sociedad del individualismo liberal; y ciertamente describe, por extensión, tanto las relaciones del ciudadano/a común con la experiencia de lo político —experiencia que se reduce normalmente a la “serialización” del voto individual y solitario en el cuarto oscuro— como con el modo de recepción igualmente “serializado” —en la soledad del dormitorio, el escritorio o el *living*— respecto de los medios de comunicación masiva e informática. Es, claro, una “serialidad” desde la cual —siempre siguiendo el análisis sartreano— se puede pasar, en la medida en que los acontecimientos históricos así lo impongan, al *grupo-en-fusión*, ese colectivo aún amorfo e inestable pero que ya ha empezado a definir relaciones de *Gemeinschaft* y no de mera *Gesellschaft* (según la célebre dicotomía de Tönnies).

La *masa*, que por ejemplo en la definición del Freud de la *Psicología de las masas* (y que puede encontrarse con sentido más restrictivo también en Weber) se articula alrededor de un doble proceso de *identificación* libidinal de sus miembros entre sí (identificación “horizontal”), y de todos ellos con el líder, real o abstracto (identificación “vertical”) y donde lo que prevalece no es tanto el objetivo común como el propio “goce” en la identificación en sí misma⁸. Con frecuencia el término es utilizado —espe-

6. Véase, sobre esta cuestión, Klaus Meschkat: “Una crítica a la ideología de la sociedad civil”, en P. Hengstenberg y G. Meihold (eds.). *Sociedad civil en América Latina. Representación de intereses y gobernabilidad*. Ed. Nueva Sociedad, Caracas, 1999.

7. Jean-Paul Sartre. *Crítica de la razón dialéctica*. Ed. Losada, Buenos Aires, 1964.

8. Sigmund Freud. “Psicología de las masas y análisis del Yo”, en *Obras Completas*. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid; o Ed. Amorrortu, Buenos Aires. Varias ediciones.

cialmente desde posturas liberales de derecha, elitistas, conservadoras o reaccionarias— con un sentido peyorativo que opone dicha identificación masiva a la supuesta libertad y autonomía del individuo serial: un caso particularmente complejo lo encontramos en las postulaciones orteguianas de *La rebelión de las Masas*⁹, por ejemplo; pero hay quien cree reconocer una versión de izquierda en textos como el de “La industria cultural” de Adorno y Horkheimer¹⁰, por supuesto desprovista de toda defensa del individualismo o la serialidad. La masa ha sido entendida también, en las postulaciones liberales, como el colectivo sobre el cual se apoyan los “totalitarismos” de cualquier signo como conjunto social irreflexivo y ciegamente obediente a los designios del líder carismático, el Partido, el Estado, o todo eso junto.

La *horda*, una categoría de cuño más o menos darwiniano pero complejizado asimismo por el Freud de *Tótem y Tabú*¹¹, donde puede tomarse la por una variante de la “masa”, sólo que el lugar de la identificación vertical con el líder es ocupado por la rivalidad, el odio o la *agresión* más violenta y extrema contra él, que en el famoso mito de la “horda primitiva” culmina en el asesinato del Jefe o “Padre Terrible”, que muy bien podría ser un sustituto simbólico del Estado o la Autoridad en general. En otros lenguajes —por ejemplo, el de Elías Canetti en su *Masa y Poder*— puede ser llamada la *jauría* o la *muta*¹². Es interesante tener en cuenta, en este caso, que la construcción mítica freudiana en verdad sirve, por una parte, para explicar el origen de las religiones institucionales —pues luego de cometido el crimen, la comunidad recuerda periódicamente el hecho celebrando el “banquete totémico” en el que se ingiere simbólicamente el cuerpo del asesinado, dando así lugar al *ritual* religioso (la analogía con la comunión cristiana es aquí flagrante)—, como puede explicar asimismo el propio *origen* del Estado y de la Ley —pues lo que Freud llama la “culpa retroactiva” por el asesinato motiva a los asesinos a obedecer los mandatos del Padre Terrible por propia voluntad, “internalización” o subjetivación de la Ley que queda a su vez simbolizada por la ingesta de su cuerpo—. Hay, pues, varias conclusiones a extraer del mito, que sólo podemos presentar telegráficamente: a) una *solidaridad de origen* entre la Religión, el Estado y la Ley; b) “solidaridad” que es también la de los miembros de una “horda” violenta, cuyo gesto de violencia *funda*, en verdad, el Estado y la Ley (y la religión) por su propio acto de destrucción; c) hay una apa-

9. José Ortega y Gasset. *La Rebelión de las Masas*. Varias ediciones.

10. Theodor W. Adorno y Max Horkheimer. “La industria cultural: la Ilustración como engaño de masas”, en *Dialéctica de la Ilustración*. Ed. Trotta, 1989 (hay ediciones argentinas anteriores, en las editoriales Sur y Sudamericana).

11. Sigmund Freud. “Tótem y Tabú”, en Op. cit.

12. Elías Canetti. *Masa y Poder*. Ed. Muchnik, Barcelona, 1977.

rente paradoja por la cual la transgresión –el asesinato del padre– guarda una *anterioridad lógica* con respecto a la implantación e “internalización” de la Ley; d) Freud expresa dramáticamente la cuestión en su famoso *dictum* según el cual en el origen de toda cultura hay un crimen cometido en común; e) Benjamin, por su parte, recoge esta idea en su concepción de una violencia colectiva que es fundadora de juridicidad (coincidiendo, por lo tanto, con Freud en su hipótesis de la anterioridad lógica de la transgresión)¹³.

Finalmente, la categoría más de moda en los últimos tiempos, la *multitud* (tal como la entienden Toni Negri o Paolo Virno a partir de Spinoza), que designa aproximadamente un colectivo en el que pueden articularse las tensiones entre la *unidad* y la *multiplicidad*, la *identidad* y la *diferencia*, lo Mismo y lo Otro, etcétera, de tal modo que la *multitudo* ocupa una posición conceptual distinta tanto a la “masa” –que es pura unidad– como a la “serie” –que es pura individualidad–, tanto a la “horda” –que es puro odio y agresión– como a la “clase” –que es puro lugar en la estructura–. Permítasenos agregar aquí que lo que Negri llama *potencia constituyente* de la multitud –es decir, ese permanente potencial de impulsos *re-fundacionales* de la sociedad, en su constante conflicto subterráneo con el *poder constituido*– recuerda significativamente a las hipótesis de Freud y Benjamin que acabamos de revisar. Aunque también es cierto, dicho sea entre paréntesis, que últimamente la trivialización mediática del término “multitud” comienza a volverlo sospechoso de ir transformándose en un sinónimo “progre” de cosas como la “gente” grondoniana, para no mencionar a la ya olvidada “doña Rosa” neustadtiana. Es decir, en una indeterminación genérica, vacía de contenido político y ciertamente de toda *potencia constituyente*.

Está claro que, con la obvia excepción de la primera (la clase), todas estas categorías son “policlasistas” y aluden a colectivos con diferentes grados de estructuración, durabilidad, contingencia y permanencia histórica, social o política. Pero habiéndolas identificado aunque fuera descriptivamente, dejémoslas por un momento en “barbecho”, como se dice, y retomemos la cuestión de la *representación*, jugando con ese doble sentido, político y simbólico, al que nos referíamos.

3

Para ello es necesario hacer un breve rodeo histórico. Carlo Ginzburg, retomando a su vez ciertas ideas de Ernst Kantorowicz en su famoso estudio

13. Walter Benjamin. “Para una crítica de la violencia”, en *Ensayos Escogidos*. Ed. Sur, Buenos Aires, 1967.

sobre *Los Dos Cuerpos del Rey*¹⁴, explica que en la Edad Media europea el término *representatio* empezó por designar a las efigies escultóricas, normalmente hechas de madera, que acompañaban en la procesión fúnebre al féretro del rey muerto. En tanto se desconocían las modernas técnicas de conservación del cadáver, el cuerpo del ilustre fallecido era por supuesto estrictamente *inmostrable*: su estado putrefacto y repugnante hubiera producido un efecto visual de extrema *decadencia* del Poder real; o habría que decir, quizá, de decadencia de lo *real* del Poder, transformado en una pulpa informe y asquerosa, indigna de respeto y veneración. La *representatio*, entonces, en tanto representación simbólica incorruptible del Rey, al mismo tiempo sustituye y es el cuerpo del Poder. Y lo hace con toda la ambigüedad del desplazamiento llamado “metonímico”, en el cual la imagen “re-presentante” hace *presente* al objeto “representado” precisamente por su propia *ausencia*, en el sentido de que esta ausencia de lo “representado” —o su estricta “inmostrabilidad”, su *obscenidad*— es la propia condición de existencia del “re-presentante”. Lo que conecta al representante con lo representado es pues una infinita *lejanía* entre ambos, es la percepción de dos mundos que nunca podrían coexistir en el mismo espacio, y cuya relación consiste precisamente en esa diferencia radical. Hay aquí una coincidencia, que no podemos dejar de señalar de paso, con otra famosa noción benjaminiana: la del *aura* de la obra de arte clásica, cuya “idealización” (que Benjamin compara con el estado de enamoramiento) implica asimismo esa aporética experiencia de una estrecha identificación y una inmensa distancia simultáneas¹⁵.

Pero imaginemos por un momento un nada improbable accidente, merced al cual, en medio de la procesión, el féretro conteniendo el cuerpo “real”, material, del soberano, cayera al suelo y se rompiera, exhibiendo ese cuerpo corrupto y obsceno. ¿No sucedería entonces que la propia eficacia metonímica de la operación de *representatio*, que había permitido trasladar los emblemas de la realeza y la *realidad* del Poder a la efigie, ahora transferiría hacia la propia efigie, hacia la propia *representatio*, toda esa contaminante corrupción y obscenidad? Es esa restauración de la *cercanía*, ese retorno de lo real forcluido por la representación lo que resultaría entonces insoportable y odioso, ya que la anulación de aquella *distancia* idealizada pondría de manifiesto el “engaño” previo sobre la incorruptibilidad del Poder. Y tal vez sea esto lo que está en el fondo de esa reiterada conducta iconoclasta de toda revolución o rebelión contra el Poder, consistente en destruir las efigies, derribar las estatuas, incendiar los edificios o acuchillar los retratos de quienes han “representado” al Poder.

14. Carlo Ginzburg. “Representación”, en *Ojzos de Madera*. Ed. Península, Barcelona, 2001; y Ernst Kantorowicz. *Los Dos Cuerpos del Rey*. Ed. Alianza, Madrid, 1985.

15. Walter Benjamin. “La obra de arte en la época de su reproducción técnica”, en *op. cit.*

En fin, prosigamos con nuestra alegoría. Otro gran historiador del arte de la escuela iconológica, Erwin Panofsky¹⁶, nos instruye sobre un cambio importante en los propios criterios de representación estética, que se produce en el pasaje de la Edad Media al Renacimiento. Mientras la representación medieval, como acabamos de verlo, mantiene simultáneamente una *identificación* y una *distancia* con el objeto representado –la efigie es inmediatamente el cuerpo, pero al mismo tiempo su existencia y su valor emblemático depende de que el cuerpo se mantenga *ausente*, “fuera de la escena” (recordemos que esta última expresión traduce etimológicamente el vocablo *ob-sceno*, que alude al acto de mostrar lo que debería haber permanecido fuera de la vista)–, el arte renacentista –con su descubrimiento de la perspectiva, con su impulso mimético y realista– se *apropia* del objeto: su pretensión de última instancia es la *fusión* de la representación con lo representado, conservando la identificación pero eliminando, ilusoriamente, la distancia. Hay aquí también, sin duda, una “obscenidad”, pero que se encuentra, por así decir, *legalizada*: el cambio de época ha comenzado ya a producir su propia *distancia* entre el sujeto y la naturaleza; separación que, entre otras cosas, hará posible a la ciencia moderna, pero también a una actitud puramente *contemplativa* frente al arte y a las representaciones, mientras en la Edad Media las representaciones –tanto las religiosas como las políticas– forman parte de una experiencia relativamente cotidiana, de un “paisaje” social indiferenciado y todavía desconocedor de lo que Weber llamaría la “autonomización de las esferas” propia de la modernidad¹⁷. Este cambio queda evidenciado de forma patente en la utilización de la perspectiva en los retratos a partir del Renacimiento, por la cual ahora el *individuo* (esa nueva categoría de la era protoburguesa) es mostrado en un “primer plano” –es decir, en una posición *dominante*– respecto de su entorno, mientras que en la representación medieval típica, con su carácter igualadoramente “plano” y sin profundidad, el ser humano queda también “aplanado”, “sumergido” en el *continuum* de la imagen. Asimismo, John Berger ha analizado con extraordinaria agudeza cómo la extrema *impresión de realidad* permitida por la técnica moderna de la pintura al óleo, que hace que los objetos representados aparezcan ilusoriamente como incluso *palpables*, favorece la ilusión de una coincidencia entre el “representante” y lo representado¹⁸.

Estamos, sin duda, ante una transformación “ideológica” de primera importancia, mediante la cual ahora se trata de *disimular* la brecha, la diferencia irreductible, entre el “representante” y el “representado”, que an-

16. Erwin Panofsky. *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*. Ed. Alianza, Madrid, 1973.

17. Max Weber. *Economía y Sociedad*. Ed. FCE, México, D.F., varias ediciones.

18. John Berger. *Modos de Ver*. Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1974.

tes se daba por descontada. La representación comienza a partir de aquí a ocupar –nos atreveríamos a decir: a *usurpar*– el lugar de lo representado, con el mismo gesto con el que se instaura el criterio de representación como *presencia* de lo real-representado, en tanto el criterio anterior era el de su *ausencia*. Una “metafísica de la presencia” –como ha sido llamada– que alcanza a la propia “autorrepresentación” subjetiva a partir de un Yo cartesiano que en efecto aparece como *presente* ante sí mismo, fuente “clara y distinta” de todo conocimiento, transparencia y posibilidad, y cuyo *desmentido* recién llegará –aunque sin registrar repercusiones decisivas en las teorías políticas y sociales hegemónicas– con la famosa tercera “herida narcisista” infligida por Sigmund Freud a una humanidad (occidental) que previsiblemente nada querrá saber con *ello*.

Y todo esto sin mencionar, desde un punto de vista sociohistórico “macro”, el ocultamiento –mediante la abusiva “presencia” representacional de un Occidente que a partir de la modernidad se erige como cultura *universal*– del lugar fundante pero “forcluído” que los “Otros” ausentes (para empezar, el mundo colonizado entero) tiene en la propia autoimagen de ese Occidente dominante. Baste para nuestros propósitos mencionar, al pasar, que la modernidad “filosófica” se hace empezar, en los manuales al uso, precisamente en el siglo XVII, con ese sujeto cartesiano monádico, encerrado en su propia transparencia y en su propia presencia ante sí mismo, que será el “núcleo” durante siglos de toda teoría de la representación, tanto simbólica como estética y política. Muy diferente sería tal representación si aquella historia filosófica de la modernidad –incluso la occidental– se hiciera empezar un siglo y medio antes: por ejemplo, con la conquista de América y los debates entre Bartolomé de las Casas, Francisco Vitoria y muchos otros sobre el estatuto de “humanidad” de esos Otros súbitamente incorporados a (o “violados” por) la modernidad europea. O un siglo y medio después, con las primeras luchas anticoloniales o con la emergencia de la lucha de clases en su forma estrictamente moderna. Ya no tendríamos allí entonces esa representación cartesiana que funda la subjetividad moderna sobre el solipsismo autoengendrado del sujeto monádico –y que se traslada fácilmente al mito de autoengendramiento de los Estados y naciones de la Europa moderna–, sino una representación estrictamente *dialógica* (para decirlo con el célebre concepto de Bakhtin)¹⁹, atravesada por el conflicto permanente e inestable implícito en el “diálogo” de los sujetos colectivos y las culturas: una representación que, *mutatis mutandis* y paradójicamente, estaría mucho más cerca de la representación freudiana (y, a su manera, marxiana) de la sub-

19. Mijail Bakhtin/Voloshinov. *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Ed. Alianza, Madrid, 1988.

jetividad moderna, que de la pacífica autorreflexividad y autorreferencialidad (por no decir “autoeroticidad”) del Yo cartesiano —o, al menos, de la vulgata ideológicamente interesada que del Yo cartesiano se ha terminado imponiendo.

Transformación ideológica, decíamos. Y también, claro está, *política*. Puesto que es imposible olvidar que esta misma época que instituye a la representación con su pretendidamente pleno valor de *realidad*, es la época de constitución del Estado Moderno (occidental, capitalista y burgués), que —una vez cumplida su etapa de transición con mayor o menor grado de absolutismo— consagra la forma de gobierno llamada “representativa”, y el sistema político correspondiente. Es también imposible, entonces, sustraerse a la tentación de la analogía: “constitutivamente”, como se suele decir, el sistema representativo produce el efecto imaginario de *suprimir* la diferencia representante/representado, diferencia “objetiva” sin la cual, paradójicamente, el propio concepto de “representación” carece absolutamente de sentido. Pero es que esa es, justamente, la eficacia del Mito: de esa “máquina de eliminar la Historia”, como la llama Lévi-Strauss, que permite “resolver”, en el plano de lo imaginario, los conflictos que no se pueden resolver en el plano de lo real. ¿Y será ocioso recordar que, para el mismo Lévi-Strauss, la máquina mítica por excelencia, en la sociedad occidental moderna, es la ideología política?²⁰

Y en efecto, la teoría del moderno sistema representativo conlleva esa implícita autocontradicción, al mismo tiempo que condensa el vínculo entre las dos grandes acepciones del término “representación”. Paul De Man, por ejemplo, ha analizado sutilmente lo que podríamos llamar la *metáfora lingüística* en el *Contrato Social* de Rousseau (el lenguaje es, por supuesto, *el* sistema de representación simbólica por excelencia), para examinar la discrepancia entre el lenguaje de la Ley entendido como *gramática*, y el lenguaje de la acción política entendido como *referencia* o *intención*: “La relación problemática entre la generalidad de la Ley, del sistema, de la gramática, y su particularidad de aplicación, acontecimiento o referencia, es la estructura textual que presenta Rousseau en la relación entre la voluntad general y el individuo particular, o entre el Estado como sistema y la soberanía como principio activo”²¹. En la jerga técnica de las pragmáticas del discurso, se trata de la relación aporética, estrictamente imposible, entre la función *constativa* y la *performativa*, entre las cuales se levanta un hiato irreductible, que en este caso conduce a la famosa (y retórica) pregunta de Rousseau acerca de “si el cuerpo político posee algún órgano con el cual enunciar la voluntad del pueblo”. No hace falta recor-

20. Claude Lévi-Strauss. *Antropología Estructural*. EUDEBA, Buenos Aires, 1968.

21. Paul De Man. *Alegorías de la Lectura*. Ed. Lumen, Barcelona, 1990.

dar que la respuesta del ginebrino es negativa: la voluntad general —expresada no sólo en el discurso, sino sobre todo en la acción, en la *praxis*— es estricta y constitutivamente *irrepresentable*. No obstante lo cual, el Estado “burgués” requiere, para su funcionamiento, que se haga *como si* ella fuera perfectamente representable, *como si* no existiera aquella distancia irreductible: requiere la generación y aplicación consensuada de ese Mito que elimina la contradicción en el plano imaginario.

Y no hay duda de que, en determinadas condiciones justamente *históricas*, la máquina mítica *funciona*, tal vez durante siglos. Por otra parte, ¿cómo se podría negar el inmenso “progreso” que significó, en la historia política y social de occidente, la institucionalización del sistema representativo? Las ventajas de ese efecto imaginario de supresión de la diferencia representante/representado, o de identificación entre el constativo y el performativo —cuya “base material”, como ya hemos adelantado, es el paralelo entre la abstracción del “equivalente general” de las mercancías y el “equivalente general” de la ciudadanía universal, según lo postulaba Marx—, esas ventajas son indudables. Pero no necesariamente eternas: podría llegar el momento en que una *dialéctica negativa*²², inherente a la propia lógica de las transformaciones del sistema, corrompiera la eficacia de ese efecto imaginario, y pusiera de manifiesto el carácter estructuralmente *imposible* de la noción moderna de representación, al menos en su versión dominante de sustitución o equivalencia entre representante y representado, sacando a la luz esa distancia insalvable, esa diferencia irreductible entre los dos términos de la ecuación, que la Edad Media —o el modo de producción feudal, si se lo quiere llamar así— ni siquiera se planteaba como problema, puesto que la *representatio* no hacía más que confirmar y reforzar sin disimulos la diferencia inconmensurable, sin equivalencia posible ni imaginable, entre el dominante y el dominado, entre el amo y el siervo, entre el Poder y el no-poder. Es sólo en la Edad Moderna —o en el modo de producción “burgués”, si se lo quiere llamar así— que puede desnudarse el conflicto de las “equivalencias generales”, dado que sólo en el seno de ese modo de producción se puede hacer entrar en crisis lo que él mismo ha generado. Es sólo en él que podría suceder, por ejemplo, que la pérdida o la corrupción simbólica del “equivalente general” licuado por los múltiples corralitos arrastrara una paralela pérdida y corrupción simbólica del “equivalente general” del sistema representativo, instalando nuevamente la percepción de aquella *distancia* infinita, de aquella diferencia insorteable, entre lo representante y lo representado.

22. Por supuesto, tomamos en préstamo este concepto de Adorno, para calificar esa dialéctica sin resolución, sin “superación” (*Aufhebung*), en la que el conflicto permanece como tensión sostenida en la polarización. Véase Theodor W. Adorno. *Dialéctica Negativa*. Ed. Taurus, Madrid, 1978.

Todo lo cual nos retrotrae a nuestra pregunta inicial: ¿qué, o más bien quiénes, qué conjunto social de la *realidad*, cuál o cuáles de esos colectivos constitutivos del argentino *socius*, son los “representables” respecto de los cuales la representación habría entrado en una crisis que muchos juzgan terminal?

Parece bastante obvio –si nos atenemos a la muy esquemática descripción de los conceptos que designan a esos colectivos, tal como la hemos hecho hace unos momentos– que algunos de ellos son casi por definición *irrepresentables*, aún imaginariamente: por ejemplo, la “multitud” (en efecto, ¿qué sistema basado en la equivalencia general podría representar simultáneamente lo Uno y lo Múltiple?), o la “masa” (¿qué sistema podría representar esa identificación libidinal, gozosa y sin mediaciones?), o la “serie” (¿qué sistema de “ciudadanía universal” podría admitir estar representando *uno por uno* a los miembros discretos, aislados y monádicos de ese conjunto?), o el “grupo en fusión” (¿qué sistema podría representar una voluntad colectiva en proceso de formación y que aún no ha definido claramente su identidad ni sus objetivos?), o la “horda” (¿qué sistema que se pretendiera depositario de alguna especie de “orden” institucionalizado podría o querría representar explícitamente la violencia “criminal” e inorgánica contra la Autoridad, ni mucho menos la violencia generadora de una juridicidad *futura* y contraria, o por lo menos diferente, a la actual?).

Eso nos deja con las otras categorías que habíamos creído poder identificar: la “clase”, el “pueblo”, la “nación”, la “sociedad civil”, que a lo largo de la historia moderna, y en distintos grados combinatorios o preferenciales según los posicionamientos teórico-ideológicos, aparecen como los colectivos estrictamente *representables* por los imaginarios políticos de la modernidad. Por supuesto que cada uno de ellos está sometido a un interminable debate sobre su pertinencia. Se dirá, por ejemplo, que hoy en día ya ningún segmento del sistema político, ningún partido o movimiento, puede aspirar a representar a *una sola* clase, como pudieron verosímelmente aspirar a hacerlo en el pasado los partidos de cuño socialdemócrata, o de cuño más o menos bolchevique, con todas sus respectivas variantes y diferencias. O se dirá que la aspiración a representar al “pueblo” o a la “nación” en su conjunto es el disfraz ideológico de una *clase* dominante cuya eficacia hegemónica consiste precisamente en disolver la esencia de sus intereses particulares de *clase* en la apariencia del interés “general” del pueblo o la nación. O se dirá que el concepto un tanto amorfo y difuso de “sociedad civil” pasa por alto las profundas diferencias, desigualdades y conflictos de intereses (de clase, de *status*, de género, de identidades étnico-culturales, de posicionamientos políticos, etcétera) que atraviesan a una “sociedad civil”. Son todas objeciones más que plau-

sibles. Pero ello no quita que –aunque fuese por descarte– esas categorías siguen siendo las únicas potencialmente “representables” que parecen seguir ofreciendo una cierta “base material” al imaginario político de la representación.

Sólo que hay un pequeño problema: la “clase”, el “pueblo”, la “nación”, la “sociedad civil”, *no son realidades empíricas* inmediatamente perceptibles por los sentidos de nadie; no son *realia*, para volver a una categoría del pensamiento medieval. Todos, en determinadas circunstancias, hemos visto, hemos escuchado y palpado, multitudes, masas, hordas, series, grupos o simplemente individuos. Pero ¿quién ha visto a una clase, un pueblo, una nación o una sociedad caminando por la calle?

Entonces, la insoluble paradoja que esta constatación nos presenta es que si esos colectivos son potencialmente “representables” por el imaginario político es justamente porque ellos *son ya* “representaciones”: son categorías puramente conceptuales producto de una abstracción intelectual o hermenéutica operada sobre el caos de lo real. Son productos de una *interpretación*, de una operación que, como lo ha mostrado inmejorablemente Foucault en las huellas de Marx, Nietzsche o Freud, no es nunca una traducción directa y especular de lo real, sino *la interpretación de una interpretación* previa: es sólo una cierta ideología (“dominante”, como solía decirse) la que pretende que la interpretación lo es de un *objeto original*, de una *verdad primaria* que se revelaría en toda su pureza una vez retirado el velo de la “deformación” hermenéutica. Esta concepción –de origen muy obviamente religioso, o mejor dicho teológico– tiende a ocultar el carácter *históricamente producido* de ciertas “verdades” que han terminado por “naturalizarse” como componentes originarios y eternos de lo real (¿no decía el propio Marx que para la burguesía siempre había habido historia... hasta que se transformó en clase dominante, y entonces su Historia devino Naturaleza?). Por su parte, la idea de una *meta-representación*, tal como la estamos examinando aquí, se constituye como una suerte de crítica ideológica de aquélla pretensión de anular la distancia representante/representado.

5

Todo lo anterior no es más, pues, que otro testimonio metafórico de una estricta *imposibilidad lógica* inherente a la pretensión de “re-presentar” lo real, sorteando imaginariamente el conflicto insoluble entre la representación y la “realidad”, así como de una simultánea *imposibilidad gnoseológica* (e incluso “gramatical”) de *no* hacerlo, si es que aún albergamos *esperanzas* de construir alguna forma de conocimiento –y de transformación– de lo real. Dicho en otras palabras: lo *real* de la representación es

imposible, pero su *imaginario* es inevitable: en efecto, aunque más no fuera que por razones técnico-pragmáticas —y para circunscribirnos al mero terreno de lo estrictamente político— sería impensable pretender una sustitución *total* de alguna clase de sistema “representativo” (que desde luego no tiene por qué ser el que conocemos actualmente) por la práctica generalizada y cotidiana de la “democracia directa”²³. Lo cual, claro está, no significa que no puedan —y deban— pensarse formas de articulación o “combinación desigual” de democracia directa (por ejemplo para cuestiones de gobierno o gestión local, como instancia de control e interpelación de los representantes, o en postulaciones más revolucionarias, como embriones de poder alternativo al existente, etcétera) con formas representativas renovadas y dinamizadas por el poder constituyente.

Pero tanto si estamos a favor de un sistema de representación *constituido*, como si estamos a favor de un puro real *constituyente* y no “representable” (algo así como una versión posmarxista de la voluntad general de Rousseau), como si estamos a favor de una articulación “desigual y combinada” entre ambos, en cualquiera de los casos no podemos ilusionarnos con que haya una identificación, una fusión armónica entre esos términos. En todos los casos tenemos que *hacernos cargo* del conflicto o al menos de la inestable *tensión* entre ellos, bajo pena de quedar capturados en la pobreza ideológica de la negación del problema, o en la irrisión política y filosófica de un esencialismo antidialéctico que anule alguno de los términos para transformar al otro en excluyente, una actitud que suele ser la *consecuencia* de la negación anterior. Evidentemente, ese “hacernos cargo” tendrá una lógica y un contenido diferentes en los distintos momentos del desarrollo de las relaciones de fuerza en la sociedad, desde el momento por así decir *inaugural* del proceso de transformación (señalado en nuestra sociedad, según muchos, por las jornadas del 19/20 de diciembre) hasta el momento —que por definición nunca puede ser “terminal” ni definitivo— en que este movimiento múltiple haya logrado la homogeneidad de objetivos y acción suficiente como para redefinir en

23. Práctica que —es necesario ser realistas al respecto—, estrictamente hablando, *nunca existió*, al menos a nivel de una sociedad total. Piénsese, por ejemplo, en la Atenas del siglo V o IV A.C., que pasa por ser la locación histórica paradigmática de semejante práctica: se trataba de una sociedad agraria, la inmensa mayoría de cuyos ciudadanos (que por supuesto eran solamente los varones libres y propietarios a los que se les hubiera otorgado ese privilegio) tenían que viajar durante días a lomo de mula, abandonando sus tierras, para llegar a la asamblea del agora. Y en efecto, M. I. Finley informa que nunca, en el agora ateniense, parecen haberse reunido más que unos pocos miles de personas. Lo cual, como está ampliamente documentado, promovía toda clase de prácticas intrigantes que hoy llamaríamos “trenzadas”, *lobbies* y demás, como por otra parte es inevitable en cualquier sociedad política estructurada por la puja de intereses particulares (para ser breves y harto esquemáticos: en cualquier sociedad de *clases*).

profundidad las relaciones sociales y por lo tanto los colectivos "representables", que entonces no serían *sólo* "representables", sino también (y fundamentalmente) "actuantes" con un grado de iniciativa y de autonomía inmensamente mayor al actual.

Por supuesto que, mientras tanto, como decíamos antes, el efecto ilusorio, o la negación del problema, pueden funcionar más o menos eficazmente durante épocas enteras, hasta que dejan de hacerlo por efecto de lo que se llama una *crisis*. ¿Crisis de qué cosa, en nuestro razonamiento? Justamente, de esos "representables" de los que hablábamos. Pensemos de nuevo en nuestras categorías: si, como se dice a veces –y en virtud de fenómenos nuevos como la "globalización", la diversidad cultural y subjetiva o las transformaciones económico-tecnológicas que han alterado radicalmente la estructura social en el capitalismo tardío–, han dejado de ser "representativas", también, esas "representaciones" clásicas (el pueblo, la nación, la clase, la propia sociedad), ¿no es esperable que esa caída de los imaginarios produzca una proliferación aparentemente caótica de los "reales" irrepresentables: las masas, las hordas, las series, las multitudes? Por otra parte, cuando un cambio de época, de formas de dominación, de modelos de acumulación, de criterios de legitimación, de códigos culturales, etcétera, destruye la anterior estabilidad simbólica de esos "representables" (de lo que nuestras grillas clasificatorias identificaban como "clase", "pueblo" o "nación"), es –para regresar a nuestra alegoría originaria– como si el féretro de lo real se rompiera, exhibiendo obscenamente el cuerpo putrefacto y corrupto del Poder, dejando nuevamente al desnudo el conflicto irreductible, trágico, entre la *representatio* y la materia²⁴. Y esto parece ser particularmente dramático en una sociedad como la argentina (y por supuesto en muchas otras de las llamadas "periféricas"), en la que un tardocapitalismo absolutamente salvaje y depredador, instalado originariamente sobre la base de las peores formas de terrorismo político, estatal y militar, y luego profundizado mediante el terrorismo económico-financiero con sus consecuencias de inédita corrupción no sólo de la "clase política" sino de las clases dominantes en general, ha terminado por destrozarse hasta niveles vividos como irrecuperables la estructura de clases, el sistema de identificaciones nacional-populares, o la energía y creatividad de la sociedad civil.

24. Enténdasenos bien: no estamos diciendo *de ninguna manera* (y en otros lugares hemos abundado al respecto) que hayan *malmente* desaparecido las clases, los pueblos y las naciones, proposición ridícula e indefendible. Sólo estamos diciendo que, a modo de testimonio de ciertas hegemonías ideológicas "posmodernas", estas son categorías que han sido retiradas de las eficacias discursivas, teóricas y políticas. Al revés, esta constatación no implica que *no* se hayan transformado en categorías mucho más *problemáticas* de lo que las recetas "izquierdistas" convencionales pretenden.

Es natural, bajo esas circunstancias, que durante todo un período —en el que todavía estamos, a pesar de haber alcanzado ya el momento “inaugural” del nuevo proceso— el hundimiento de aquéllas grillas simbólicas produzca una suerte de angustiado, desordenado o anárquico *desbande*, en busca de la reconstrucción más o menos inconsciente de categorías que vuelvan a darle sentido a la ausencia de significación, que reconduzca el *caos* a alguna forma de *cosmos*.

En muchos casos, si las nuevas *representatios* no emergen con la suficiente claridad, se buscará un desesperado retorno (en buena medida ilusorio, claro está) a las antiguas. En verdad, en muchos de los sujetos que han “salido a la calle” en las jornadas de protesta posteriores al 20 de diciembre, puede percibirse intermitentemente una voluntad “restauradora”, incluso conservadora, de esas representaciones clásicas. Después de todo, por ejemplo, ¿qué está diciendo un desocupado que demanda trabajo, sino algo así como “quiero volver a ser un trabajador, un obrero, un proletario”? ¿Qué está diciendo un miembro de la llamada “clase media” que clama por la devolución de sus dineros acorralados, sino algo así como “quiero volver a ser un pequeño propietario, un pequeño burgués con capacidad de ahorro”? ¿Qué está diciendo un hambriento que saquea supermercados, sino “quiero volver a ser un consumidor”? ¿Qué está diciendo cualquiera de ellos cuando procura generar nuevas formas de solidaridad social en las asambleas, piquetes y demás, sino “quiero volver a pertenecer a un pueblo”? ¿Qué está diciendo el que protesta contra el FMI o la ingerencia de las transnacionales en la economía argentina, sino “quiero volver a pertenecer a una nación soberana”? ¿Qué está diciendo el que siente que el Estado y el sistema político ya no “representan” sus intereses y han cortado amarras con cualquier voluntad, aunque fuese ilusoria, de tener alguna clase de vínculo con los “representados”, sino “quiero volver a ser una sociedad civil”? En suma: todos ellos están, de alguna manera, diciendo “quiero volver a entrar en alguna de esas grillas, de esas categorías, de esas representaciones en las que sociólogos, politólogos o economistas decían que estaba mi lugar, que conformaba mi propia subjetividad en relación con una estructura social”.

Y por supuesto, están los otros —que frecuentemente son los mismos, en otros momentos del proceso o en otras posiciones subjetivas del mismo momento—: los que frente a la caída o la corrupción de esas representaciones optan por incluirse en los *realia* sociales irrepresentables: si no pueden ser “clase”, “pueblo”, “nación” o simplemente “sociedad”, serán “masa”, “horda”, “multitud”, “serie”, “grupo en fusión” o lo que puedan. Es decir: cuando los *imaginarios* pierden su eficacia, los *reales* más inimaginables retornan desde los subsuelos de la materia amorfa e irrepresentable. Está claro que no todos esos “reales” son deseables, ni auguran necesariamente una profundización y/o radicalización de la democracia, sea “di-

recta” o “representativa”: no faltarán los que *hagan masa* en torno a algún mesías autoritario, o los que se *enhordenzan* –se hagan horda– al servicio de alguna de las antiguas facciones en pugna, a la pesca en río revuelto. Tampoco la ambigüedad de la consigna *que se vayan todos* promete en sí misma una renovación de las *lógicas* políticas imperantes, ni mucho menos de las lógicas económicas dominantes (que desde luego no son sólo internas a la sociedad que las sufre), ni una renovación milagrosa de los implotados “lazos sociales” y las degradadas instituciones, ni una generación automática de nuevos y originales formatos de representación: en tanto no se pongan en serio y riguroso debate las *reglas* del juego representacional, no se ve cómo ni por qué los nuevos jugadores –por más jóvenes, virginales y honestos que fuesen– harían algo sustancialmente diferente a los actuales. Y la transformación de esas reglas no es nada sencilla, entre otras cosas porque:

a) requiere una *relación de fuerzas* (sociales, materiales y simbólicas) cuya acumulación en el contexto actual debe hacerse, justamente, *a caballo* de las reglas e instituciones existentes, actuando en los intersticios de lo que hay para transformarlo de raíz: cuando los contextos epocales –otra vez: no sólo los locales– no autorizan a desplegar una situación de “toma del palacio de invierno”, la situación *objetiva* es la de una permanente (re) negociación de la *elasticidad* de aquéllas reglas de juego institucionales –de “tironeo” permanente entre el poder constituyente y el constituido–, aun cuando la percepción *subjetiva* del “que se vayan todos” actúe sobre la creencia de que de la noche a la mañana se producirá una transformación total²⁵.

b) además, esa transformación de las reglas –por la misma razón de que no se trata de la toma del palacio– no se soporta en la acción de un sujeto colectivo unificado y homogéneo, sino en el desarrollo –nuevamente– “desigual y combinado” de una multiplicidad heterogénea de *posiciones* de sujeto diferentes y con frecuencia conflictivas entre sí, en un proceso desordenado de totalización/destotalización/retotalización (para apelar otra vez a categorías de Sartre), que en cierto modo expresa aqué-

25. No tenemos aquí espacio para discutir las tesis de Negri o Holloway (para no mencionar la más antigua aunque menos mediática prédica de Alain Badiou) a propósito de que la *praxis* autónoma de las multitudes permitiría transformar el mundo sin preocuparse por el poder del Estado. Baste consignar nuestro desacuerdo con una estrategia que, tememos –y con más razón en un país como la Argentina–, corre el peligro de dejar a las masas inermes ante el poder *realmente existente* –incluyendo, en primer término, el poder represivo– de un Estado que no porque abogemos por la autonomía multitudinaria ha dejado de existir. Las tesis de Negri o Holloway (que, al menos en este sentido práctico, no avanzan sino que más bien retroceden sobre las tesis gramscianas de la “guerra de posiciones” y el “Estado ampliado”) comprometen sin duda una discusión de filosofía política más compleja, que no puede confundirse inmediatamente con una *estrategia política* en sentido estricto.

lla igualmente desordenada búsqueda de nuevos formatos de “representación” (en los dos sentidos del término que hemos venido trabajando). Es cierto que también aquí hay diferentes momentos y posiciones en la consolidación (o no) de estos “nuevos sujetos”, que en algunos casos pueden alcanzar el *status* de movimientos sociales más o menos estabilizados: el de los piqueteros, aún con todos sus conflictos internos, es un caso evidente. Menos evidente, pese a las apariencias, parece ser el caso de las asambleas barriales, con una composición y una agenda de discusión mucho más fluida, que puede cambiar rápidamente de asamblea en asamblea y de semana en semana (y que por otra parte han ido mermando sensiblemente en su acción desde diciembre del 2001). ¿Y qué decir de los ahorristas, “caceroleros” y similares? Desde ya, el caso más interesante es el de los “recuperadores” de fábricas quebradas: allí está en juego de manera casi inmediata la sempiterna cuestión de la propiedad privada de los medios de producción, si bien por muy complejas razones se haría mal en ilusionarse con que a partir de esas islas vaya a generarse automáticamente algún archipiélago más o menos soviético.

A decir verdad, *todas* estas diferentes formas de “expresión” de la protesta parecen chocar, más tarde o más temprano, con el mismo límite: justamente, el de una por ahora insalvable imposibilidad de pasar del registro de la *expresión* al de la nueva forma de *representación*. O, lo que es lo mismo, del registro de la *resistencia* a la vieja política, al de la *construcción* de una nueva. La dificultad es comprensible, ya que por “nueva forma” hay que entender no sólo algún nuevo sistema de control y vigilancia de los “representantes”, o de revocabilidad de los mandatos y demás, sino toda una nueva *lógica de producción* —y no meramente de “consumo”, por así decir— de los representantes. Pero, salvo recaída en una fetichización de la autonomía absoluta de lo político, esa nueva forma no puede ser concebida sin que medien: a) al menos un principio de reconstrucción —o incluso de nueva construcción— de los “representables” que van a constituirse en “base material” del nuevo sistema de representación; b) para lo cual, por otra parte, el proceso de refundación de los lazos sociales “populares” debería profundizarse mucho más de lo que lo está actualmente.

Solamente cumplidas estas condiciones podría, eventualmente, surgir aquella “nueva lógica” que implicara la emergencia de un nuevo *imaginario* representacional que estuviera, por ejemplo, más cerca de una combinación original entre democracia “directa” y “representativa”. Para lo cual, evidentemente, aquél proceso de refundación debería estar tan avanzado que pudiera razonablemente decirse que estamos al menos en alguna clase de transición (sustanciada por una lógica de “doble poder” o algo semejante) hacia *otra* estructura de relaciones sociales. Las dificultades, tanto teóricas como prácticas, son, como se ve, descomunales. Y tanto más cuanto que ellas se presentan en (y en cierto sentido son el *efecto*

de) un contexto que plantea extrema *urgencia* en resolverlas. Lo cual implica, claro está, un problema político-estratégico de la máxima importancia y dramaticidad, ya que por supuesto la ausencia de una “representatividad” alternativa a la del sistema político tradicional, autogenerada y democrático-radical, de los sectores oprimidos de la sociedad, no es que le de “aire” a la legitimidad de las representaciones dominantes —que ya están totalmente asfixiadas—, pero sí les da tiempo para replegarse sobre el “núcleo duro” de su poder represivo, *alentado*, y no disminuido, por su crisis de legitimidad, por la debilitación de su hegemonía, y desde luego por una compleja serie de otros factores, incluidas ciertas novedades de la situación internacional (desde la política del FMI, por ejemplo, hasta las nuevas estrategias político-militares del Imperio post-11 de septiembre).

Sería irresponsable, aquí, olvidar lo que por lo menos desde Maquiavelo es un principio básico de la política: el Poder tiene horror al vacío. Y la política que no hagamos nosotros, la hará alguien. En este contexto, la gran pregunta que se abre —y que por supuesto no estamos en condiciones de responder, aunque sí, quizá, de desplegar algunos de sus interrogantes críticos— es: ¿cuál es la exacta *naturaleza* de la situación? ¿estamos tan sólo ante una *crisis* de “representación” —aunque fuera una crisis muy aguda y generalizada— o ante un completo *colapso* de la “viabilidad” argentina aun como nación “burguesa” más o menos soberana, e incluso como *sociedad*? ¿estamos —como a veces sugiere cierta izquierda no sin forzado optimismo— ante una situación “revolucionaria” o cuanto menos “prerrevolucionaria”? Tal vez empezar por examinar las implicaciones de esta última hipótesis permita despejar el camino para replantear la cuestión del “conflicto de las representaciones”.

6

“Esta es la historia de unos campesinos que, porque no querían cambiar, hicieron una revolución”. Con contundente y provocativa frase, así empieza la famosa biografía de Emiliano Zapata escrita por John Womack²⁶. Y, en efecto, ¿cuántas veces en la historia moderna se ha visto que impulsos más o menos inconcientemente “conservadores”, “restauradores” o “tradicionalistas” conducen a resultados *objetivamente* revolucionarios? Una buena parte de la “plebe” que salió a las calles en julio de 1789 en París o en febrero-octubre de 1917 en San Petersburgo, lo hicieron para protestar contra la corrupción de sus clases dirigentes, y sintiendo que esa corrupción había significado una decadencia de los valores *tradiciona-*

26. John Womack. *Zapata y la Revolución Mexicana*. Ed. Siglo XXI, México, D.F., 1977.

les encarnados por el “populismo” aristocrático del monarca absoluto o del “padrecito zar”, y exigiendo una restauración o reconstrucción de esos valores. Por supuesto, una vez en la calle y con las armas en la mano, advirtieron, por un lado, que ya era demasiado tarde en el reloj de la Historia para pensar en restauraciones anacrónicas; y por otro, que tenían suficiente fuerza, suficiente *potencia constituyente* (para volver al lenguaje de Spinoza/Negri), como para generar, en su *praxis* misma, valores nuevos, nuevos e inéditos “formatos de representación” popular (la Asamblea o el Soviet, por ejemplo). Fueron las “vanguardias” de estos movimientos espontáneos, ideológicamente ambiguos y aún autocontradictorios (llámen-se, aquéllas vanguardias, jacobinos o bolcheviques, para seguir con nuestros ejemplos) las que mejor advirtieron –y es por eso, entre otras cosas, que se transformaron en sus direcciones– esta lógica según la cual las “masas” muchas veces *retroceden* hacia el pasado, pero al chocarse con la pared de un presente que no cede, se ven obligadas a dar un salto hacia el futuro. Es parte de esta lógica paradójica la que queda expresada, entre muchos otros lugares, en la consistente teoría del “desarrollo desigual y combinado” y su traducción política a la “revolución permanente” de Trotski: cuando las “tareas” superadas por la historia, y por lo tanto ya irrealizables plenamente, son asumidas por una(s) clase(s) *distinta(s)* a la clase dominante que debía llevarlas a cabo, la lógica del movimiento se transforma radicalmente, y el propio movimiento transforma esas “tareas” y produce objetivos nuevos. Muy a menudo esos objetivos “nuevos” incluyen, como acabamos de decir, un componente de ilusorio retorno a algún pasado mítico de “pureza” incontaminada –una era sin corrupción, pongamos–, que a veces tiene la suficiente fuerza ideológica como para transformarse en dominante (y eso con toda probabilidad precipitará al movimiento en alguna clase de fundamentalismo), y otras logra ser “reciclado” en una configuración estratégica que avanza hacia un estadio nuevo. Una gran parte de la historia de las rebeliones independentistas y anticoloniales del Tercer Mundo atestigua la validez de estas “leyes”, desde el tradicionalismo incaico de Tupac Amaru hasta el redentorismo tribal de muchas regiones de África.


Por supuesto, sería absurdo comparar la experiencia argentina con cualquiera de esos casos de radical singularidad. Pero, por otra parte, los procesos históricos son casi siempre la resultante de una *tensión* –o incluso de un conflicto a menudo irresoluble– entre unas leyes tendencialmente universales y unas experiencias irreductiblemente singulares. De todas maneras, para retomar el sentido inicial de la problemática de las *representaciones* en su acepción más amplia posible, nos atreveremos a sugerir que, en el plano simbólico (que a veces es mucho más “material” de lo que suele suponerse), lo que ha terminado poniendo en escena la crisis argentina es la inexistencia –y consiguiente necesidad de recreación– de Ley,

también en su acepción más amplia posible. En ese sentido amplio y simbólico, pero con profundos efectos materiales, todo el sistema político tradicional argentino, toda la compleja armazón hegemónica de las clases dominantes, está, como si dijéramos, “fuera de la Ley”. Y, como dice el gran Martínez Estrada en otra parte de este mismo número de nuestra revista, “cuando los ciudadanos deben defender a las instituciones y no al revés, algún entuerto ha de haber en el estado de derecho”. Buscar nuevas formas de representación política y social, nuevas articulaciones de *praxis* política, nuevos modos de relación social y de intercambio económico o simplemente discursivo, nuevas maneras de hacer funcionar una fábrica o de generar fuentes de producción alternativa: en suma, todo eso que fragmentaria y desordenadamente, con avances y retrocesos, flujos y reflujos, están haciendo los múltiples colectivos movilizados a partir de la crisis, seguramente no es –por lo menos, no todavía– crear formas decisivas de “doble poder”, ni hacer revolución alguna. Pero sí es un modo aún oscuro, balbuceante y en buena medida inconsciente de *producir Ley* en un país que –ahora nos damos cuenta– venía de décadas de *ilegalidad* profunda. De des(a) nudar el conflicto insoluble entre el discurso constativo y el performativo, para retomar la alegoría de Paul De Man, y de bregar por la reconstrucción de una “gramática” más acorde a las *performances* de la acción. Y eso es una premisa lógica (no necesariamente cronológica) de cualquier transformación radical o “fundacional”, aunque muchos crean estar abogando por una restauración de situaciones y categorías añoradas como paraísos perdidos. Las teorías de Freud o de Benjamin de las que hablábamos más arriba podrían encontrar aquí una inesperada traducción política, mostrando que los colectivos sociales –empezando por esas *clases* que en modo alguno han dejado de existir empíricamente, no importa la profundidad de la crisis de sus “representaciones”– son perfectamente capaces de generar nuevas formas de legalidad y legitimidad, tanto como lo son de poner a funcionar una fábrica.

Ninguna de estas búsquedas, por sí mismas, son garantía de nada. Es prácticamente imposible prever con plena certeza a dónde conducirán (un llamado a la modestia de las “ciencias sociales” siempre será pertinente, aunque ello no implique, como decíamos al principio, caer en el mito irracional, antipolítico y reaccionario de la incertidumbre eterna). Es muy difícil aún, por ejemplo, caracterizar la naturaleza de esas nuevas formas de legitimidad que se está buscando generar: ¿hay, allí, una revalorización de la *política* en el sentido más fuerte y radical del término, o el cuestionamiento “objetivo” a las formas de representación dominantes es un capítulo más –aunque particularmente importante– del repudio de la política como tal? La creciente fragmentación de los movimientos populares como el de los piqueteros, la merma de participación en las asambleas, el “techo” al que parece haber llegado el fenómeno de recuperación de fá-

bricas, ¿es un mero reflujó en un proceso subterráneo de acumulación de fuerzas, o indica el límite insuperable de un proceso que, como decíamos antes, no logra articularse en un movimiento más totalizador? La revisión de las formas clásicas de democracia formal o “procedimental”, ¿alcanzará la profundidad suficiente como para dar lugar a un *nuevo* imaginario democrático más radicalizado, o retrocederá hacia modos hoy imponderables de autoritarismo, caudillismo autoritario u otras variantes que permitan construir consenso a los partidos del Orden?

Frente a esta transicional labilidad de las representaciones de todo tipo, ¿se trata, una vez más, de invocar los sempiternos pesimismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad? Sin duda. Pero, traduzcamos más sobriamente al aquí y ahora: ni el derrotismo depresivo del puro “algo tuvo que cambiar para que todo siguiera igual”, ni la irresponsabilidad maníaca de que ya todo cambió y nada de lo viejo puede retornar. Lejos estamos de abogar por ningún justo medio ni “tercera posición”: más bien de lo que se trataría es de desplazar los ejes del debate, haciéndonos cargo de cierta dramática *indecidibilidad*, al mismo tiempo que de la *necesidad* de decidir. En estos momentos –febrero de 2003–, y para apoyarnos en nuestros epígrafes, tendríamos que decir que tanto Goffman como Toynbee tienen razón: la vieja sociedad argentina no parece estar a punto de desmoronarse totalmente, pero el desgarrón en su tejido se agranda a paso firme. En momentos así, es tiempo de volver a cambiar la lógica del laboratorio por la del campo de experimentación. Y también, y sobre todo, por la de la *experiencia*, ya que un experimento riguroso nunca debería empezar de cero.



*Doscientos años. ¿Cómo puede
el pez cansarse del agua?*

*Claudio Martyniuk**

MODELO 76

“Nada de política: estoy empachado con ella. Me da náuseas cuanto veo y oigo. No es poco alivio poder distraerse, apartarse la vista de tanta inmundicia y sangre, haciendo excursiones poéticas. Después de haber renunciado por tanto tiempo a la poesía, estoy casi tentado por desahogo, por desesperación, por no sé qué... a engolfarme todo entero en ese mundo ideal. Vale más eso que revolcarse en la pocilga, blasfemando y gruñendo, como uno de tantos puercos.”

ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Carta a Alberdi*

* Profesor Adjunto de Epistemología de las Ciencias Sociales en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, y de Filosofía del Derecho en la Facultad de Derecho, ambas de la Universidad de Buenos Aires.

Argentina desvertebrada 55

Desde 1976, ese origen de esta crisis cada vez mayor, no se advierten ni la inteligencia ni ese "argentino que se levanta" de Mallea, ese argentino invisible que aspira a otro destino para el país. Unos, dentro del desierto metafísico y presos de la angustia, como poseídos por un vaporoso "espíritu de la tierra". Otros, en el camino ya transitado, mirando con ojos desvelados, estancados o estacados. Todos sin brújula política, bajo las nubes del cansancio, de un hartazgo derivado de la fraternidad de la sociedad política en contra de la sociedad civil; o en la indiferencia, bajo la insensibilidad. Como hermanos, prosiguiendo el camino abierto en el '76. ¿Cambio de valores? Nadie se suicida como en la década del '30. El Poder Judicial ineficaz como bajo la dictadura. Legisladores y gobernantes como costos que derraman palabras vacías.

Y más, cada vez más cajas negras acumuladas en cajas inmensas. Cajas que se derrumban, que guardan a generaciones divorciadas entre sí. Acumulación, en las cajas, de las mismas esperanzas, las mismas pasiones, las mismas frustraciones, la misma superstición, el mismo retardo de nuestros ciclos. Resignación estoica para la muerte violenta. El crimen no ha dejado de bailar tango, ese espectro triste. Y cada día, menos trabajo, menos riqueza. Resignación, decadencia de ilusiones y de falsos destinos de grandeza. Incansable resignación.

"En mi país y fuera de él hay muchos hombres patriotas que están creyendo todavía, que la edad de oro de la República Argentina está en el pasado, no en el porvenir."

ESTEBAN ECHEVERRÍA, Carta a De Angelis

Simone Weil caracterizó a la cultura como formación de la atención. En la desatención quedan los partidos políticos, esas herramientas que, como hipóstasis, no tardan en devenir fines en sí y para sí. No han tardado en defraudar las expectativas de cambio nacidas en 1983 y, en una historia que no podría haber sido más vulgar, los partidos políticos han quedado sumidos en el descrédito, en una desconfianza que abraza a toda la política. Como si ya no aspiraran a ningún bien más que al provecho sectorial, sin atmósfera de atención en la que la crítica y el grito de protesta puedan hacerse oír, los partidos, ocupados en sus negocios, sólo perciben ruidos. Y cada uno de sus líderes dice *yo* y se dirige a los otros como *nosotros*, ese *yo* egocéntrico, infantilmente egoísta; ese *nosotros*, retórico, penosamente vacío. Ese político tiene algo de comerciante, evoca la propaganda, la oferta y el agotamiento propio de una liquidación; se sostiene en el negocio. Entre tanto, crece el desamparo; hombres y mujeres que entre la basura buscan alimentos; seres desgarrados, con el alma triturada. Ellos están en la desgracia; mientras tanto, los partidos de los políticos no pue-

den reconocer esa realidad. Separados como por una muralla, esos políticos de los partidos mayoritarios no pueden experimentar el estremecimiento de horror ante sí mismos que perciben los desgraciados. No escuchan, perdieron la capacidad de ponerse en el lugar del otro; mutilados, no oyen el grito, ciegos, siguen haciendo daño; no perciben el dolor. Y ante ello, ya ni sabemos cómo castigarlos sin herirnos. Todo como un decorado de teatro, salvo para quien tiene una necesidad que le corroe el cuerpo. Tachos de basura convertidos en restaurantes en un mundo sin obligación social y de escasa caridad.

Tristeza, pobreza, fealdad, mentira: privaciones por curar; aspirar, utilizar el potencial de revuelta, la pasión colectiva. ¿Cuál? Los partidos no piensan y el pasado es cobardía y es servilismo. Un pasado donde la obligación de tomar partido ocultaba la necesidad de pensar, de trabajar y de coordinar esfuerzos. Aún languideciendo de tristeza, ante la caída en la resignación o en el aburrimiento. ¿Qué esfuerzo se hizo en contra de la última dictadura? ¿Qué atención se le prestó a los problemas políticos (corrupción, ignorancia e insensibilidad de los políticos), judiciales (falta de independencia de la Justicia, pero también falta de compromiso de los magistrados, una falta correlativa a la limitada formación que tienen), económicos (falta de trabajo, absolutización de la usura, idolatría monetaria: el dinero, de elemento contable a juez y verdugo)?

“... ya no eran perros, sino chacales. Fue preciso organizar expediciones militares para combatirlos. En pocos años retrogradaron centenares de siglos.”

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, *Radiografía de la Pampa*

¿Nuda vida? Todavía en el desencanto que lleva a destruir todo aquello en lo que se confió, entre el rencor y la resignación, de padres a hijos se transmiten decepciones y siguen, errantes, bajo un embrutecimiento creciente, en la miseria observada y cuantificada. Ante ellos, y nuevamente, el vestido legal cae como sobre maniqués apiñados, sobre *materia inadvertida*. ¿Acaso se ha perdido la *identidad*? Identidad de señores embotados, de siervos a quienes la angustia y la explotación no les provoca ninguna voluntad de cambio, ninguna reflexión, sólo picardía, sensualismo hedonista primitivo. De la boca al oído se contagia la desconfianza y la angustia; se hacen escombros, inmensa fábrica de escombros, se forjan escombros sobre escombros. Y siempre un recomienzo (refinalizando, también siempre).

Saqueos que reviven saqueos, esos saqueos que estaban en cada acción de las guerras civiles posteriores a la Independencia. Soldados que saquearon: el general Paz recuerda a unos; los familiares de desaparecidos

recuerdan a otros. Policías que saquean. Hijos de la barbarie que cultivan la barbarie. Hijos, entonces, sin infancia ni juventud; hijos del empobrecimiento de la sociedad, hijos del enriquecimiento de unos pocos.

1982 fue el final de las disputas armadas, pero el ciclo de violencia —que se condensa en esa cifra, 1976— se prolonga en la economía, la política y el derecho, y afecta directamente a la mayoría de la población. Tras celdas de desesperación e indignación, bajo la sensación de riesgo (las disputas armadas ya no son para tomar el poder, sino que se originan en la violencia institucional o se dan dentro de una sociedad civil que se consume como en un eterno retornar al estado de naturaleza), bajo la arbitrariedad, bajo la soberanía del atraso. Es la pobreza arrojada con la que se cubre el país. Aislándose en el aislamiento, con vocación de improvisar, sin gestar ficciones capaces de construir otra realidad, todo se desvanece en el estruendo de las palabras. Se abandona bajo la certidumbre de la derrota. Se abandona la comunidad de los humillados, y el contacto se reduce a la humillación.

“Nunca se comprenderá bien la psicología del gaucho, ni el alma de las multitudes anárquicas argentinas, sino se piensa en la psicología del hijo humillado, en lo que un complejo de inferioridad irritado por la ignorancia puede llegar a producir en un medio propicio a la violencia y al capricho.”

E.M.E., R ...

EL EMPLEO DEL TIEMPO DE UN CENTENARIO A OTRO

“La fecundidad espontánea de la Naturaleza no sólo ha hecho al hombre confiado en la buena estrella y en la amistad influyente, sino que lo ha incapacitado para organizar sobre un plan industrial la explotación de su actividad de pueblo soberano.”

E.M.E., *La cabeza de Goliat*

En plena miseria y bajo la fiebre del dólar percibir a la *Argentina raigal*, su sin sentido, el absurdo. Advertir la amenaza. El país y la ciudad, los recursos naturales y culturales, rápidamente destruidos, como si sólo hubieran tenido existencia en la sugestión (Murena señaló que se trataba, en el caso de nuestra ciudad, de una construcción mortífera porque hace mucho que abandonamos la ciudad interior). En manos del azar, con multitudes heterogéneas que hacen lo único inmutable: crear series, series que se suceden careciendo de un sentido totalizador, careciendo aun de sentido fragmentario, sin interés por el cultivo y la edificación. En la línea contable, en rojos patacones; en la línea de la lucha por la vi-

da, sin polis, por políticos y policías. Todo está más atrasado de lo que estaba. Todo arrasado.

¿Habrá sido, como sospechó Alberdi, que la educación, la educación superior, fue una de las causas del empobrecimiento permanente de Argentina, por la dirección que ella da al empleo que sus habitantes hacen de su tiempo y de sus actividades? No se logró que echara raíces una cultura fundada en el valor del trabajo. Ajenos al esfuerzo y a la atención, huyendo del sudor, en el goce embotado, tras el instante evasivo o especulativo, sin esas *nuevas costumbres*, como llamaba Alberdi al resultado de la lección muda del ejemplo que surge del silencio fecundo de la vida privada. Todos los aparatos ideológicos en crisis, por comenzar la familia, el hogar doméstico descompuesto y en general inexistente, y también la educación primaria que a lo sumo se reduce en una comida por cada día hábil, en los escasos meses de un ciclo lectivo sin libros y con simulación de utilización de nuevas tecnologías. La universidad casi reducida a entretenimiento, a mero consumo de energía.

Buenos Aires, en el final del aire. Quien lo respire de ello muere. Con los sentidos atrofiados. No es saciedad; eso se cura con variedad. Es embrutecimiento, y la atención requiere comprimir lo sentido, reducir al máximo la percepción sensitiva hasta que la conciencia despierte, y esto no se logra por las fáciles identificaciones ni por lo completamente otro.

Como si el final de la tierra no estuviera más lejos que allí donde acaba un arma, o allí donde termina el valor de un billete. De una quimera a otra, a la caza de vidas y de bienes, destruyendo, representando a cada paso el monstruo despótico que uno y otro, que cada uno venimos a representar en este simulacro de orden social en el que nunca nadie confió plenamente. Sin la *costumbre* de seguir reglas, de compartir reglas, con normas pisoteadas por unos en contra de otros, y otros que reclaman lo inverso para hacer lo mismo, sin conmiseración, sin intercambio de emociones.

"Nada. En esto, ni mi Stevenson ni mi Sterne me daban claridad. Tampoco la diaria conversación con gentes de moral frívola. Y cada mañana, en la Facultad, en vez de encontrar a un maestro, a un hombre cuya función es enseñar, encontraba a un señor o a varios, abogados, cuya obligación presupuestaria era "enseñar". Hombres vacuos, petulantes y grises, sin sentido auténtico de la vida, algunos de los cuales, en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, hacían mofa ridícula de su propia asignatura, prefiriendo a otra cosa menos miserable y más decente exhibir ante los estudiantes el airecillo de un trivial ingenio burgués. Y de estos hombres, yo me acuerdo, no me olvido. He visto a algunos de ellos tener después mando en el país, levantar sobre tantas cabezas de buena voluntad su pers-

picacia cínica de medradores, demagogos y políticos. Y he sentido entonces, con terror, con miedo de verificarlo, que el país que los llamaba podía parecerse a ellos."

EDUARDO MALLEA, *Historia de una pasión argentina*

Como si el cambio sólo fuera real en las películas norteamericanas, mientras que el paisaje exterior y el universo interior quedan, acá, moviéndose en la misma y cíclica dirección. Soñar, bailar, mientras se rechaza al semejante. Todos tocados en la mancha de las conciencias paralizadas, y cuando queda la compasión y el desprecio ya nadie se toca. Y luego explotar: ¿cómo convertir el resentimiento en justicia? Se extiende el esperpento en la marcha de seres que arrastran miseria.

Desde la habitación visual un muro impide percibir la alteridad, anula la alteridad física y temporal, suprime la alteridad del pasado respecto al presente (y en esta alteridad, hasta la velocidad de la luz dejaría de ser constante). Produciendo ficciones (eso que *hace del lenguaje el supremo peligro*) con vehemencia ontológica, sucumbiendo a la atracción de las soluciones, ante la gravedad de la ideación (paliativo para el ansia de decepción). Produciendo crisis (por la incapacidad crónica para trazar y mantener una política fiscal razonable, por la sobrevaluación cambiaria, por el cese del financiamiento y del ingreso de capitales, por el sobreendeudamiento, por la ruptura del pacto fiscal de parte del mismo fisco que permite la evasión de los grandes contribuyentes, por la subordinación de las reglas generales a los intereses personales de políticos, banqueros y empresarios, por la inoperancia política, por las profecías negativas autocumplidas, por la desatención colectiva, por la racionalidad utilitaria y egoísta, por las raíces y la costumbre antropófaga), a la deriva, sin horizonte, quemando el parque, consumiendo las reservas, contando chismes, en torno a la basura.

Sin el camino cartesiano y el método para la inspección del horizonte desde un comienzo puro y primero, el comienzo que no tiene tras de sí otro inicio. Con mutilación y una fiebre casi imposible de articular, en esta desesperanza, en el hambre, humillados, desesperados y desalentados. Luego de dormir en vagos bienestares se percibe el extravío. Antes silenciado, el extravío persistente –como el mutismo, camino del no reflexionar–; sólo cesa ante una esperanza siempre más débil y efímera que la pasada, cada vez más infundada. Cerca del bicentenario, sin fiestas ni euforia, es armonioso el lamento.

(Cerca del centenario, Antonio de Tomaso –en *Revista Nosotros*, 1913, incluido en Leumann, Borges, Martínez Estrada, *Martín Fierro y su crítica. Antología*, Selección, prólogo y notas de María Teresa Gramuglio y Beatriz Sarlo, CEAL, Buenos Aires, 1980, p. 39– dijo que el *Martín Fierro* no reso-

naba para los argentinos, “porque las ideas y sentimientos de hoy han cambiado fundamentalmente con las transformaciones habidas en el país: la consolidación de la propiedad y de la autoridad, el preciso deslinde de los campos, la mejor organización de las policías, el desarrollo de la palabra escrita y de las comunicaciones, el colosal desenvolvimiento de la agricultura, actividad tranquila, tenaz y estable, el oleaje inmigratorio que se ha transvasado en el cuerpo del país, etc. De intento he mencionado cada uno de estos hechos. ¿Qué pueden ser para los argentinos de hoy, aun para los criollos típicos –¡tan pocos!– que haya en la campaña, para los descendientes directos de Martín Fierro o de Cruz, la ‘partida’, el ‘contingente’, el ‘entrevero con la polecía’, el comandante o juez de paz que requiebra y quita la mujer al paisano, la ‘indiada’ y todos esos hechos que forman el telar en que se teje la vida del gaucho legendario, su puñal y su caballo? Todo eso pertenece a un mundo que se va, que tiene que irse, si es que todavía existen algunos de esos rasgos, en las regiones más bárbaras y desgraciadas del país”).

Geografía rígida, seres llenos de noche y apenas educados, sin siquiera el recuerdo de un hogar cálido, a merced de líneas de fuerza y siempre en el fracaso. *Intelectuales* que una y otra vez adhieren a esas mismas líneas de fuerza con la ilusión de orientarlas; que una y otra vez fracasan, como fracasó Alberdi, como fracasan los economistas egresados de las renombradas universidades norteamericanas, como fracasan los que desde izquierda o derecha adhieren a la fuerza del peronismo para orientarlo y así orientar el país. Geografía del uso faccioso del poder estatal, del quiebre del orden político, del personalismo como rasgo de los movimientos políticos desde siempre, de la retórica vacía y las tibias aspiraciones. Seres todos con capacidad limitadísima de reacción, oscilan entre la pasividad indiferente y resignada o la furia despectiva, destructiva, autodemoledora. Y siempre la misma petulancia de la clase media (aun pasados los breves momentos de prosperidad). Y los dirigentes tradicionales, una y otra vez, regresan, manipulando el ingenuo nacionalismo (hoy herido). Y las actitudes políticas opuestas se derrumban por su propia debilidad. Y el país termina pareciéndose a ellos, a esos cándidos siniestros. Y la cultura de esas capas medias, una ficción de refinamiento. Y caen y se suceden las modernizaciones conservadoras que siempre hicieron posible la supervivencia de los privilegios.

La ficción de la pura negatividad de la realidad nos habita: *realidad*, negatividad a ser dominada, nunca dominada y frecuentemente aceptada en bloque, renunciando a cualquier transformación. Ineficaces las verdades de los grupúsculos ilustrados; eso informe llamado realidad siempre se desborda. Y siempre un colectivo que, como ya hace mucho lo advertiera Tulio Halperin Donghi, mantiene una ingenuidad infinita, como la te-

nía cuando del desamparo rural llegó y recibió algunos beneficios de la vida urbana. La eficacia del grupo dominante atrae. Y tanta mansedumbre de millones de ciudadanos sedados apenas con apenas la voz que transmite dosis de nacionalismo moralista, que endulza un pasado también amargo. Siempre una existencia que es borrador de otro destino mejor.

Más amenazas que optimismo en los umbrales del segundo centenario. Sin acumulación de experiencias y de saberes, cada generación contra la otra. (Desaparecidos durante la dictadura; jubilados sin derechos después; y ahora los chicos —ya que, como advirtió Ezequiel Martínez Estrada del Martín Fierro, la paternidad espiritual desaparece y los hijos son siempre huérfanos). Sin ideas, los ideales cada vez más vaporosos. En esta adolescencia mental, en este espacio culturalmente vacío, en una Argentina de máscaras, propensa a la circularidad repetitiva, a un fatalismo telúrico.

Eco de Raúl Scalabrini Ortiz en la habitación sonora: *“Todo lo que nos rodea es falso e irreal, falsa la historia que nos enseñaron, falsas las creencias económicas que nos imbuyeron, falsas las perspectivas mundiales que nos presentan, falsas las disyuntivas políticas que nos ofrecen, irreales las libertades que los textos aseguran”*. Pero sin esperanza de alcanzar la predicada virginidad mental, simulando y disimulando. En la habitación desnuda, Argentina del vaciamiento, del desierto que avanza, la noche y el frío apenas ayudan a sumar fuerzas y resistir el desalojo. Ante los ojos, y aún ante cierto enojo, todo se vacía. La desaparición prosigue.

NOSOTROS, HIJOS DE ESMA

La significación de la desaparición de los desaparecidos en los no desaparecidos, la evocación de un desconocido indescifrable y, más que el desaparecido, más que el desaparecedor, más que el vecino, la evocación de lo sentido por uno pero más allá de la subjetividad, en el encadenamiento de sentidos, en la inexpresividad. Ver, atender y escribir no la psicología, sino la fisiología de este fenómeno, de la experiencia emocional, y de ahí evocar, hacer dispar esa experiencia, dispar con este ahora sin vitalidad, dispar con esta tristeza compasiva.

No es sólo la desmesurada magnitud de lo acaecido lo que excede nuestra facultad de representación, sino también la ilimitada distancia subjetiva. Mediada la desaparición, aislado y perdido el interés de reconstruir el mecanismo en tanto que totalidad y por sus efectos últimos, quedamos como arrebatados de toda capacidad de producción de una representación de todo ello. Una capacidad ilimitada de desaparición se impone, se nos impone en un fondo desde el cual se contrae nuestra, por naturaleza, limitada capacidad de representación.

Y lo que es válido para la representación de lo acaecido, vale de la mis-

ma forma para su vivencia. Oscuridad, menor visión, y mayor, entonces, desproporción entre lo acaecido –lo producido– y lo representado; se oscurecen las razones y las causas del oscurecimiento. Oscurecimiento hasta la desaparición. Época de la desaparición es detención, empantamiento en el oscurecimiento y en la desaparición. Y nosotros, seres oscurecidos, mantenemos en la oscuridad el oscurecimiento de nuestro mundo, mantenemos en la desaparición a la menor sensibilidad y a la creciente limitación de nuestra representación. La desaparición prosigue, se reproduce incesantemente.

Un sentir insuficiente; aumentan sus tareas, disminuye su capacidad: es el embrutecimiento como creciente insuficiencia de nuestra sensibilidad; creciente desfallecimiento, desaparición de nuestra sensibilidad, seguida no sólo por limitación de la capacidad de representación: también desaparece el sentimiento y la consciencia de responsabilidad. Así, sin traslucirse, la desaparición se expande libremente.

Bajo la experiencia de nuestra desaparición, sin experiencia ni representación y hasta privados de cierta consciencia de derrota moral. Una desaparición inconmensurable, máquina de la que somos simples piezas; hábitos de máquina; piezas que confunden su aplanamiento con lo pulido. Aún bajo la desaparición; no quedó en el pasado.

SE ANONADÓ A SÍ MISMO

“Supongamos ahora que esta mutilación irremediable sea obra misma del torturado. Seguramente, no tendréis aún más que una idea muy burda del remordimiento: en efecto, el remordimiento es un sufrimiento del alma y no de la carne, pero habréis comprendido la calidad particular de desesperación que se agrega, para el escrupuloso, a la irreversibilidad de su mala acción. Algo irreparable va a existir por mi culpa; aquí la complicación proviene de este acto positivo de mi libertad que rompe una continuidad ya irreversible por toda clase de empresas sin retorno. Todo un mito de la Curación va a constituirse en nosotros en torno de la necesidad nostálgica de compensar, de deshacer y de nivelar.”

VLADIMIR JANKÉLÉVITCH, *La mala conciencia*

Sujetos pasivos de aquello de lo que fuimos espectadores, en la semi-conciencia y con la marca del dolor –la impotencia– sufriendo, única manera que tiene la conciencia para actuar sobre este pasado. Y sufrir, como lo señaló Paul Valery, es dar a algo una atención extrema. No hay manera agradable de sentir la desaparición. La conciencia dolorosa es apasionada, no es una conciencia intelectual (conciencia espectadora, que contempla desde la máxima distancia hasta a la miseria extrema y al dolor

mayor), no siempre llega a ser una conciencia para sí (sólo se logra a través de otra conciencia). No es ésta la conciencia de la clase media argentina (en la conciencia de la clase media su amor propio se apoya sobre la conciencia de ser la representante general de la mediocridad filistea de todas las otras clases, y vive de la conservación de todas las mezquindades; y vive en el temor, y pide seguridad. No está vuelta hacia el pasado, por eso no siente remordimiento. Es una mala conciencia que quisiera salir de sí, pero sólo a ella misma encuentra, que siente repulsión, pero que no puede alejarse de su propia imagen. No siente remordimiento, pero no puede evitar la inquietud ante los problemas que rebotan y vuelven una y otra vez sobre su desgracia. No tiene la consolación del saber, por eso no pueden fijar la inquietud en las cosas. Se repliega sobre sí, pero no disipa su agitación estéril. Crea una imagen ilusoria de su pasado, y aniquila la posibilidad de remordimiento, y alimenta una vergonzosa nostalgia. No. No hay remordimiento. No se odian a sí mismos). ¿Quién se halla preso por el sufrimiento puro, por la enfermedad desesperada? El remordimiento es la falta misma. No es arrepentirse (ello es siempre posar un poco: la mala conciencia complaciente saborea su desesperación como un espectáculo, coquetea ante un espejo, dice Jankélévitch). Es estar, existir ante lo que no puede alcanzar un pensamiento de regeneración, ante la obra imposible de deshacer, ante la desaparición que prosigue. ¿El olvido como remedio? Si el vacío, los huecos son la condición misma de la memoria. Tal vez la maduración de la desdicha. Pero si siempre es minimizarse y dejar que se atravesase el umbral de la nada. El dolor no es un remedio. El remordimiento dice demasiado tarde aquello que no habría que haber hecho. El remordimiento no dirige toda la conciencia, sin embargo es un síntoma de curación, es vivir en la conciencia el sufrimiento de no haber sufrido, de no haber impedido. El remordimiento asfixia, está en la desaparición, es la conciencia de lo irrevocable de la desaparición, es la imposibilidad de deshacerla. No es una miniaturización de ese pasado, es la desaparición misma. No es una representación; no es un regreso al pasado. Nunca desapareció, la falta siempre en presente. No desaparece la falta, pero los individuos desaparecidos fueron dejados en el umbral de la ausencia y de la inexistencia. ¿Cómo decirlo diáfanoamente si ya hasta las palabras son controladas por el mercado, si la responsabilidad sigue desapareciendo, si el discurso del liberalismo económico ha eclipsado al pensamiento político?

Los vicios privados no han sido virtudes públicas. La educación pública no ha sido fuente de ciudadanos virtuosos. Obedientes ante el soberano y crueles ante el semejante, la desaparición es el paso más radical en la historia de los argentinos. Es, también, un extraño hapax: no ha tenido, se podría pensar, más que una ocurrencia, y sin embargo todo el pasado, este presente y aun el futuro están marcados por la desaparición. Y sobre

esta desaparición se sustenta Argentina. Oculto el sustento, la desaparición todo lo arrastra, y hasta enterrará a los que viven –y que quizás sean los únicos seres que sientan como vivos– bajo la dolorosa estrella del remordimiento.

ATOLONDRADOS

"Hijos o nietos de inmigrantes rencorosos –estos, desprovistos de valoración social y de carrera política, pero con la adecuada ambición de respetabilidad para llegar a ser "empleados" de clase media–, carecíamos de la alcurnia de las "varias generaciones de argentinos" por detrás; así como tampoco poseíamos, por un lado, la paciencia, la fraternidad y la lucha obrera, y, por el otro, la violencia y el tremebundo humus del lumpenaje. Dotados, por el azar feliz de lecturas novelescas, de cierta perspicacia y delicadeza..."

CARLOS CORREAS, *Operación Masotta*

Sucumbiendo al horror que nos inspiramos, enterrados en el provincialismo intelectual –que nuestra propia acción de enterrar ocultaba–, dejando que la frivolidad y la corrupción reinaran en los '90 quizás como manera de olvidar los fracasos de esa década previa en la que los hoy cuarentones serviles pasamos los veinte. De Malvinas a la economía de guerra, de la salida militar a la hiperinflación: todo preparó lo que vendría. Y pasamos imperturbables, entre el crimen y la limosna; insensibles, bajo algo impenetrable; corteses hasta el absurdo; atolondrados.

Tal vez César Aira haya sido el novelista de los noventa: utilizó en sus relatos la maniobra de dar a entender que tenía algo difícil que expresar, para tomar un camino indirecto, demasiado complicado para no ser cierto; pero se trata –como lo confiesan algunos de sus personajes– de mentir con la verdad (y viceversa): mentir con la verdad y viceversa: tal el gesto de los noventa. Una ironía superficial, autocomplaciente, pasatista. Y un desenlace precipitado. (Diciembre de 2001 y el enero siguiente son equivalentes a los finales de la casi totalidad de novelas de Aira escritas a partir de *La liebre*). Un final gratuito, una agitación insensata.

Siempre la desaparición como sostén, como avance, pero sólo un loco podría adoptar lo real de esta realidad. Persistiendo, entonces, en la inocencia: ahorristas inocentes, turistas inocentes, empresarios inocentes, banqueros inocentes, políticos inocentes, empleados y gremialistas inocentes, docentes inocentes, curas inocentes, policías inocentes. Ideas, prédicas inocentes: discursivas y reflexivas, afirmativas; deshaciendo lo equívoco, lo sospechoso, lo polivalente, lo exasperante; haciendo sentir que algo definido puede hacerse: así se descendió a la fraseología, la mutilación, la unilateralidad, la repetición, el entristecimiento; así se transformó

el ímpetu en hastío. En libros, periódicos y aulas el entendimiento se escindió de los afectos. De libros, nuestra delicadeza que choca tanto con la crueldad, que se parece tanto al embrutecimiento.

SI POR LO MENOS UN BALBUCEO

“Lo imaginario es aquello que tiende a volverse real”, escribió André Breton. Pero acá la renuncia a la imaginación hace que persista una misma realidad, como si ya no hubiera ningún laboratorio de lo posible. En un sentido es falso: hay algunos papeles, pero nacen archivados por esa renuncia; hay ensayos, pero privados, reducidos al solipsismo. Todo reducido a una misma tradición: la de la opresión, la de la crueldad, la de la destrucción. Y sin contrafiguras ideales. La palabra sin aire, sin aliento. La renuncia a hablar del mundo sensible. Y el pensamiento, ya puro espejismo, sin curiosidad, autocomplaciente.

Esta pampa de hoy, con largos ecos que de lejos se confunden, con gauchos de cartón sin derechos, al margen del futuro. ¿Cómo escribir desde este lugar, en contra de esta visión; cómo hacerlo sin caer en la superficialidad de la visión que con la máxima visión desaparece? El lenguaje parece alejarse destruyendo cualquier posible transformación de esta experiencia que es una pesadilla persistente. Todo se disipa y desaparece, menos la violencia, la brutalidad, la miseria; menos la carnicería y el hambre. ¿Cómo no escribir desde el escepticismo que cuestiona cada dicho propio, que corre el riesgo de la autoanulación, que se sucede sin fin ni efecto, en la pura abstracción, en la mayor escisión? ¿Cómo escribir contra toda literatura que no se volvió real porque no tenía ese anhelo, porque era eso mismo —estado, capital, espectáculo y consumo— que se duplicaba y se multiplicaba para *vencer*, para vender, aun perdiendo batallas entre fantasmas?

Y nada, ni un movimiento brusco se advierte. No hay cuerpo de referencia, no hay movimiento, no hay acción: la retórica mágica anuncia el salto de un punto a otro sin pasar por todos los puntos intermedios. Asumida la pasividad, tomarse a uno como objeto: hurgarse, masturbarse, padecerse, conocerse, re-presentarse; re-presentación que espeja la desaparición, y muestra la re-desaparición. Lo humano socavado, hueco, y se tiene tiempo porque en la detención no hay sensaciones. Quizás se pueda narrar ese umbral, el umbral trabajado con la intensidad del trauma que remite a la destrucción abstracta y al vacío. Desde la impotencia y la inutilidad, ante la fatalidad y la impotencia, tomando consciencia de la nihilidad, y esa consciencia es uno. Hacerse apariencia, ausencia ya no como imposición de la desaparición, como ausencia de uno a partir de la intolerancia que irrealiza el poder del otro sobre uno.

Recomienzo, recuperación de la vida en el pensamiento, reflexión como doblarse hacia atrás, escribiendo un papel otra vez en blanco, otra vez tabula rasa, y comenzar a desear (trascendencia). Sumido en un habitual estado de ausencia, experimentar la observación, multiplicarse como observador, como alguien acabado, una nada que habla, que comienza a disipar las tinieblas. Primero atormenta su aspecto de impotente: no más que un espejismo de lo que ha podido ser, aunque recobra una tentación, la existencia de lo que no existe. Luego, mero montón de harapos cosidos, un intelectual, un sin eje a partir del cual girar, a partir del cual hacer girar. Quizás comience a hilvanar la historia de una caída insignificante, en la cual unos y otros construyeron un inmenso laboratorio para alimentar al monstruo que los devoraría.

Y sentir que nada es posible aunque todo esté permitido, y así se evitan experiencias, así se baila en el vacío. Un país retorcido y alocado, que genera una terrible congoja, que genera un amor igualmente retorcido y alocado. Cada uno más miserable que otro, todos limitados a mezquindades, incapaces de dar cuenta de sus propios errores, de sus sentimientos, infinitamente embrollados. Y las ideas, importadas y copiadas, nunca encarnadas, a merced del olvido y la pérdida. El país, entonces, un leproso, un vacío sin eco, sin recuerdo, sin voluntad de futuro. Como insectos, convencidos de ser ninfómanos, adormecidos, melancólicos, mirando el ombligo mientras mata las propias entrañas.

Puta callejera que aún soportando cosas monstruosas, cayendo una y otra vez, sueña con la intensidad, sigue el sueño blanco de olor celeste. Se pone una máscara, hace literatura a costa de la desgracia y del dolor. Cae, y todo lo vive como abstracto y vacío; sufre, pero siente la caída como provisional. Perversa pasión, descarriada, entregada a la desesperación. En la agonía, desprecio, y cada tanto un estremecimiento, como si el aburrimiento fuera el resto. La pasión bajo la oscuridad se mueve, usando a los conceptos como tumores, a las ideas como caricaturas. Exige la verdad y empuja a la mentira y a la traición, y perdiendo el sentido de la existencia, el límite entre pasado y presente, entre realidad y ficción. Mañana: entelequia oscura e insondable. Adormecido, en un vacío que no existe, bajo la dialéctica de la pasión y del rechazo abismal se teje un sentimiento diabólico. ¿Pero no es más que una experiencia literaria, otra ficción? Re-caída en el hartazgo. Pestilente Argentina de cadáveres vivientes, enamorados de la muerte. Y se busca una y otra máscara para cubrir el crimen y la crueldad, el vacío y la superficialidad, obteniendo distracción en la destrucción. La caída adormece, pero cada tanto, un estremecimiento, una repugnancia.

La tensión no se sofoca, ni tampoco cuando se advierte que no queda ningún material a partir del cual crear. ¿Por qué tuvo que suceder esta historia horrible? ¿Acaso no se advertía hasta el hartazgo? Encapsulados,

condenados a necesitar un modelo preexistente para acceder a la vida, desde la lejanía de dos siglos, el pasado mira al pasado; la nada se anuda a la caída y el ángulo se hace infinitamente cerrado: es la evolución argentina, el tiempo de gelatina. Y el observador ya no tiene qué observar. La irritación, la opresión y el amor a una olorosa camiseta bicolor. Desprecio y adoración. Ya, cerca de la propia nada, en estado de desintegración. Quizás, desde esta caída, desde la desaparición y la miseria, una gota de voluntad, o de ficción de pasión. Quizás sea seguir, fecundado la nada, intensificando la caída, arrastrando nihilidades. Pero aún se mueve, aunque sólo sea en una cadenciosa sinfonía de monstruosidades; se mueve un país que se despoja, se mueve un espejismo.

ESCOLIO: INTUICIÓN Y MITOLOGÍA EN MARTÍNEZ ESTRADA

“Quien, soñando, dijera ‘sueño’, por mucho que hablara de un modo inteligible, no tendría más razón que si dijera en sueños ‘llueve’ cuando está lloviendo en realidad. Aunque su sueño estuviera en realidad relacionado con el ruido de la lluvia”.

LUDWIG WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*

De pura retórica y gratuidad son acusados los ensayos, de hundirse en sentimientos y dejar la razón vacía, que conmueven sin construir nada. Aunque sus palabras estuvieran relacionadas con el mundo. El ensayo, desierto que rodea al saber y se le insinúa en sus entrañas hasta vaciarlo de certeza. Si logra mostrar lo visceral como arena que se escurre, jamás podrá desplegarse desde esa misma fuente desnudada; consecuentemente, no buscará un fundamento para el vacío que halla en las tinieblas de las certezas. ¿Acaso sería pertinente reprochárselo, reducirlo a la más abominable literatura o, peor, a forma hueca de racionalidad, a morada de la sensibilidad y refugio de la contemplación pasiva? Como si fuera posible construirlo tan cerrado en sí y a la vez con el extraño poder de fascinar desde una ilusión que asfixia al conocimiento de la sociedad en la trama de la eterna repetición, a la vida en el destino, a las fuerzas que pugnan en fatalidad regresiva o estados de ánimo. No, no es atracción ciega; cuenta con una capacidad de atención y de narración, pero ciertamente, esa capacidad sólo se concreta en escasos trabajos. Por eso poco vale el hablar en general.

Juzgado por desviada ficción que se cierra al despliegue de la historia y la sociología, por mera comprensión esencialista que nada explica, Gino Germani, héroe modernizador del conocimiento social en el país, desde la revista *Confirmado* del 16 de julio de 1965, sentenció: “Hice un análisis de toda la obra de Martínez Estrada para ver que había en ella de rescata-ble. No hay casi nada”. Juan José Sebrelli, en *Martínez Estrada. Una rebelión*


inútil (Catálogos editora, Buenos Aires, 1986), señala que “las ideas de Martínez Estrada no eran sino metáforas y exclamaciones”. *Intuitivismo lírico, irracionalismo telúrico, fatalismo spengleriano, mesianismo apocalíptico, novelista frustrado*, tales las tachas que le formula Sebrelí desde una retórica del rigor que excluye del discurso racional a todo lo que huele a poesía, ficción y expresión. La pestilencia del ensayo, ficción que además de no explicar oscurece.

H. A. Murena señala que Martínez Estrada se esforzó por superar maniqueísmos y buscó las raíces de los problemas argentinos en toda la comunidad. En respuesta, Sebrelí señala que así se diluyen y dispersan las responsabilidades por los males argentinos, favoreciendo a la clase dirigente. Emergente del neorromanticismo que suele brotar de las crisis, Martínez Estrada, en el severo juicio de Sebrelí, “era un novelista que optó por el pensamiento, que intentó dar forma lógica a lo que no eran sino mitos, definir conceptualmente lo que no eran sino alegorías, presentar como si fueran cosas y hechos lo que no eran sino símbolos y metáforas” (op. cit., p. 18). Wittgenstein y todo lo que después sucedió en la filosofía contemporánea, podrían invertir la crítica, hacerla implosionar; pero ahora no se trata de esa cuestión sino de volver, como se vuelve frecuentemente, sobre la obra de E.M.E., volver a ella para interpelar este, otro presente de miseria, de desierto de ideas, de pobreza simbólica, para reconocerlo desde aquellas imágenes ajustadas, para interpelar de nuevo el por qué.

Entretanto, la pampa se pobló y su riqueza pasó a ser cada vez más finita; el trabajo, la producción de valor, volvió a estar tan ausente como en el comienzo. Y a la miseria se le oponen rejas, exclusión, vigilancia. Un rasgo de miseria teórica en la práctica intelectual: las fronteras entre géneros, las vigilancias y marginaciones; la exclusión del ensayo en nombre de *la ciencia*. Ceguera ante la narratividad, ante las ficciones que utilizan las teorías científicas, oscuridad que ahoga la *curiosidad ociosa* (Thorstein Veblen), que obtura la eficacia de la coherencia dramática. Es cierto: la coherencia dramática se ha ido enriqueciendo con mayores y mejores fuentes y análisis; es cierto que el estilo de narración tiende a ser impersonal. Pero se olvida, se oculta o irrita que la *barbarie* del ensayista pueda consistir en oponerse a la civilización de la conveniencia, a la imposición técnica, a la autoridad constituida, al fetichismo del hecho; e invocando a *la ciencia* –invocación pragmática de una figura retórica–, se deposita el ensayo en el archivo del gulag, se etiqueta a la complejidad de un relato con un exabrupto: *puro intuicionismo*.

El ensayo, como la ciencia y la novela, puede ser menos antropomórfico, más opaco. Pero en la ciencia, como en el ensayo, aún anida la capacidad de hacer mitos. E.M.E. es un hacedor de mitos, pero sus hábitos de narración difieren de la mentalidad pragmática que asocia el saber a una posible causa de cambio, que representa al cientista junto al ingeniero o

al revolucionario. El ensayista es un artesano, y bastante desinteresado. Como el científico, no crea más que teorías sabiendo poco de cursos de acción. Como el novelista, escribe ficciones, ficciones independientes del realismo —o antirrealismo— semántico, ontológico o fingido que filosóficamente la narración adopte. Interesados sí, ingenieros y abogados toman en sus manos el conocimientos de medios y de fines, y sobre ficciones y mitos edifican todo un mundo. Si el ensayo, que trata de ser inhibido o que termina extraviado según esa misma perspectiva pragmática, concentra espíritu escéptico y subvierte la uniformidad de las prácticas de representación, ese ensayo sólo por una bula papal podría ser excluido de aquello que usualmente se llama conocimiento.



*Apuntes sobre historia, dominios y
políticas (viaje hacia el centro
de la noche)*

*Nicolás Casullo**

I

Las atmósferas ideológicas actuales supuran un país de incipiente ajenidad con su propia historia. Con esa noción de un pasado intransferible que destina imaginariamente en el principio y en el final. Como si se fuese quebrando aceleradamente esa *cifra* moderna de un futuro mandado por el valor y significado de las marcas natales proyectándose complejamente siempre sobre sí misma: la irrenunciable historia nuestra.

Tal vez aportan hoy a esa progresiva des-pertenencia la crisis estallada que desfondó un imaginario de país. La surgencia de una protesta capita-

* Profesor Titular de Principales Corrientes del Pensamiento Contemporáneo en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Director de la revista *Pensamiento de los Confines*.

lina signada por la enemistad de parte de sus protagonistas contra las resultantes de sus autobiografías políticas y culturales. Los sin trabajo, desterrados económicamente del sistema, masividad víctima del capitalismo que ya no puede como en otros tiempos de luchas populares fundar el centro utópico de lo nacional como futura clase histórica en el poder. Lo dificultoso de definir un presente de desagregación en cuanto a lo que eran referencias argentinas desvencijadas. O por ciertos vientos civilizatorios y neocontestatarios de caracterizaciones tan abstractas como globalizantes.

Se transitaría un tiempo indefinible que transcurre desde memorias de la muerte por recientes guerras intestinas y externas, (canceladoras de una relación entre la comunidad y sus espejos miticoescolares), a formas de fuga y deseos de una muerte de la memoria como desemboque coyuntural. Exceso de recuerdos, absoluciones, castigos, involucramientos y ahora de olvidos. Lo cierto es que daría la sensación, reflexiva, de que lentamente desciende una desacostumbrada niebla sobre nuestra polis: la historia argentina como experiencia de extrañamiento o prescindible.

Muchos son los síntomas de este fenómeno sociocultural para un diagnóstico sin intenciones morales ni moralinas. Sólo datos. Infinidad de posiciones políticas reclamantes jamás alcanzan vuelo más allá de los límites del fragmento social lesionado. Modalidad de la noticia cotidiana reducida al absoluto autismo de cada sector social. Decenas y decenas de "mails del malestar" que transcurren de principio a fin en un idioma abstracto sin santos ni señas mayores sobre una mínima idea de nación. Movileros que recogen voces donde "el país" pareciera ser el gran motivo de desprecio desvinculante. Ideológicos festejos nativos por las imágenes de una patética Argentina en los noticieros del mundo: extraña combinación entre periodistas vernáculos y medios extranjeros para tal fin degradador. "Multitudes" de una época global, alabadas por teorías que en cambio parecieran identificar preocupación o defensa de la patria con pueblo "todavía manipulado". Lógicas existenciales mundializadas que sustituyen permanentemente diversas formas de la nacionalidad. Rutinas massmediáticas que educan en amores por lejanas camisetas de fútbol y repedagogizan con pormenorizadas biografías de actores de Hollywood. Confusión terminológica que mezcla y explica violentas expulsiones económicas como exilios y "utopías" migratorias que van legitimando la noción de "un único mercado de trabajo global" sea donde sea.

Experiencia preocupante este cuadro para ciertas almas indagadoras. Para otras, simplemente un nuevo dato de la edad capitalista. Me interesa aproximarme a este "estado de las cosas" señalando con tal encomillado la situación provisoria de un campo político intelectual con sus hablas argumentativas. Graficar dicha climatología cultural preguntándome sobre un espíritu de época que se situaría hoy menos sobre la crisis de una his-

toria, que sobre el desencuentro con la historia propia: con esa identidad que remitía siempre a todo su cuerpo pretérito como un presente a resolver. Y desde eso, a por qué hacemos finalmente lo que hacemos.

Lectura que no pretende ser crítica de ningún sentimiento, sino reabrir una problemática de vieja data moderna. Como pensaba Hegel: para volver a hacer inteligible —o decretar como innecesaria— aquella relación fundante, antigua-moderna para el filósofo, donde el “suelo” se hace “patria”, casa, verdad del ser, sedimentación prepolítica.

No se trata por cierto de disponerse o indisponerse con tal estado argentino de las cosas: con horizontes simbólicos y cultivos de sensibilidades colectivas encarnadas hoy entre actores sociales y mundos representados. En todo caso, sí preguntarse por aquello dificultoso de explorar para una crítica con respecto a la situación cultural de nuestra sociedad y sus políticas. Digo, escalar sobre las propias sombras de la crítica, sobre sus nuevos puntos ciegos. Sondar lo arduo de esta *crisis con la historia* en su expresión nativa pero también como expresión de época generalizada. Tender en términos de tarea intelectual —en estos tiempos oscuros— preferentemente hacia una *resistencia del pensamiento* (contra las infinitas formas indoloras de su cancelación) más que hacia un perpetuo y cada vez más vacío intelecto que siempre se percibe programáticamente (re)activado y temeroso de escarbar en sus mediocridades. ¿Cuáles pueden ser hoy las condiciones de una crítica intelectual? Pregunta que no aspiraría a respuestas, sino sólo a autosostenerse, a no desaparecer.

¿Podemos reabrir el *pathos* de la historia, como esa herencia imprescindible que reúne lo fatal y la esperanza de todo relato de una historia? ¿O esa caja negra de imágenes pretéritas y literaturas trucas sobre hombres, parajes y encrucijadas ya no nos va siendo dado?

En lo más indecible de esta época argentina, y a la vez en los simulacros y retóricas diarias, asistiríamos a la apertura de un paisaje primitivo develador de la historia. A la lenta visualización de una escena indecible por ahora, brotada por detrás de lo que fue el teatro de las representaciones políticas oficiales y guías: otra escena con algo o mucho de resonancia originaria.

Sería esta escena la emergida desde la grieta de la crisis de fondo: una escena histórica desprovista. Inclemente. Incalculada. Sin lugar ya porque no tuvo lugar. Que se resiste a la historia constituida. Dicho de otra forma: una visión inarticulada que nos muestra (no de manera inédita pero sí excepcional) secuencias terminales y también algunas efervescencias larvales de carácter proteico como mural interminable de un país. Escena, visión que proyecta de manera informe el agobio de una sociedad: el espacio comunitario con una penumbra enfatizada en lo que hace a su sentido histórico. Tal escena suspendería “la marcha” de la historia con su repentina densidad de tiempo callado que acumuló paisajes y autorretra-

tos, y ahora los hace presente en tanto *anunciación*: como un intramundo enrarecido, como un desquicio propiciante de tiempos hoguéricos, de lumbres o de suicidios. Intangible conceptualmente por ahora: entre el curso de la gente y los gentíos.

Cuando un proceso social y político simula cesar en sus referentes fuertes y legitimados, este otro tiempo-escena cobra el perfil de lo que estuvo inhabitado por nosotros mismos. De lo que fue "invisible" a los ojos teóricos. Nueva conciencia gestante, podría decirse, de un tiempo mudo que pareciera ahora proyectarse brutalmente hacia su (a)parición. Un tiempo sin tiempo desplegado. Un tiempo que no pudo vivirse. Que sólo *almacenó* inadvertidamente en la crónica argentina contemporánea extinciones biográficas de políticas, suspensión de las promesas, agotamientos simbólicos, muertos sin sepulcro, crisis de lenguas centinelas de un orden, disolvencias míticas, velatorios argumentativos, defunciones representativas. Un tiempo que irrumpió en la Argentina: inexplorado, sin dueño en su emerger. Tiempo no para ser vivido porque carece de tiempo, tampoco para ser disecado metodológicamente porque no registra en fechas. Escena violentadora, irreversible.

Nada tiene que ver este tiempo con aquel totémico tiempo de la revolución que dialéctica y dificultosamente según la tradición moderna se iba aproximando con sus rostros fantaseados y casi científicos de extrema penuria y a la vez celebración. Este, en nuestra actualidad, sería un tiempo que congestionó sus signos verídicos y verosímiles en los vacíos por debajo de las escenas estelares. Como un tiempo desexplicado que ahora desexplica lo explicado, y que sin embargo genuinamente fue dentro de nuestra historia, fue dentro nuestro. Silente, apenas audible. No nosotros dentro de él. Hasta ahora.

Tiempo del país inasible hasta "poco antes de". Que almacenó la inercia cadavérica de partidos políticos que remitirían a la dificultad de una composición democrática, el quiebre con un pasado referencial, la endeblez definitiva de protagonistas magnos como sindicalismos de clase obrera industrial o dinámica de avanzada de las muchedumbres universitarias en las calles, y el fin casi definitivo de místicas ideológicas defensoras de la "nación amenazada".

Prolonguemos la reflexión sobre la antojadiza figura de este tiempo: frente a una mirada crítica en pleno colapso nacional, este tiempo como tamiz o prisma simularía exponer, desnudar la historia efectivamente vivida. Pero ahora como una historia de representaciones extrañadas, de pretéritos archivados y sujetos sin destino. Como la desacostumbrada conciencia de una historia en mal estado.

Retener para la crítica el *pathos* histórico. Ese perderse-reencontrarse de una historia. Eso oscuro que no puede fijarse en sitio o tiempo alguno y si embargo sabemos es nuestra historia siempre indecible. Eso que activa y

quiebra el equilibrio de la historia entre sus rostros y sus hipotéticas máscaras. La manera extrema de la actividad de la historia: *pathos* de vivir el desasosiego y milagro de la historia, su moverse en el borde, su no deshacerse en caos, y a la vez las violencias emocionales que portan el poder y lo sagrado, los hechos y la literatura, lo diabólico y las iglesias –las políticas– para sostener tal orden de arena entre los hombres, entre la tierra y el cielo.

¿Dónde vive la historia que hoy aparece como el gran objeto reflexivo de discusión crítica, pero a la vez como un objeto ilusorio, aparental, estetizado, nihilizado, virtualizado, massmediatizado, civilizatoriamente globalizado? Escapándonos permanentemente del proyecto político, de la saga biográfica, de la identidad nacional, de la herencia intelectual. Desvinculado de las credibilidades que exige una historia.

Volvamos a la imaginaria escena primitiva que decía al principio. A la experiencia reflexiva de explorar tal escena fantasmática que agolparía el último tramo contemporáneo argentino: la desintegración societal desde los años '70. El país de una *liberación histórica frustrada*, en lo que parecía contener en teoría y acto todas las inteligibilidades de una crónica moderna con sus pletóricos actores. El pasado de violencia armada y Estado de terror donde los padres lloraron a sus hijos invirtiendo el talismán humano de *vencer a la muerte en la historia*: ese mito primordial y sagrado que instala la infinitud comunitaria cuando los padres son sepultados por sus hijos. La derrota nacional de una guerra exterior absurdamente decretada, como *vaciamiento de una cuantiosa carga histórico simbólica irreparable*. La *venta material, económica y moral de una sociedad y su historia* en los '90 sin debates ni resistencias. La inmensa estela de miseria social que concluye en el hambre de millones, en la desocupación masiva, en la inhumanidad social extrema. Donde el sujeto es expelido del trabajo, marginado de la vida, *expulsado de la historia*. Un inédito exilio de aquellos arrojados a una suerte de "nada" histórica, al fin de los registros, que recién pueden reinscribir su existencia en el piquete: paraje sin casas, sin fábricas, sin ciudad, sin historia, como proyecto de *regresar a alguna historia*.

Aquella escena entonces es la historia acallada, fantasmal, violentada, extirpada, ahuecada, extraviada entre tantas palabras. La escena es una espera sin rotulación precisa, es un jeroglífico sin interpretación. Es siempre una sobrevivencia, un pasado-presente que reactualiza su tensión, o ya no. Expondría –como escena que adviene de pronto en el estallido de un mundo nacional– lo que a una comunidad le sustrajeron cada vez más violentamente de historia, de su historia. Lo que la historia nos fue sustrayendo como conciencia de nosotros mismos y de los transcurso.

La escena imaginaria sería una reserva de tiempo histórico acumulado, proveniente. Siempre vencido y por eso originario. Dimensión histórica *fracasada* pero no muerta. No objetivada para archivo historiográfico. La conciencia de una maléfica caparazón de hablas triunfantes, sentidos

comunes contruidos, fusiones de explicaciones rectoras. Discursividades que recubren y encubren la historia como una campana espectral que encierra a la polis argentina.

Jeroglífico a develar para romper los fetiches de la historia. Jeroglíficos por lo tanto a retraducir una vez más, para destrabar un nuevo tiempo de conciencia generalizada. Es decir, exigencia de transportarnos hacia un desafío crítico que se perciba como un debate argentino originario sobre el origen y el curso. Sobre la crítica a *la historia para que se haga presente*.

El *pathos* de lo histórico: un pensar situado en una dimensión primitiva en la doble significación del término. Por un lado como dimensión prehistórica a lo actual. Y a la vez como dimensión primaria por su escasez aún de respuestas inscriptas, por su desolación explicativa de aquello que merodea la historia.

Su desciframiento colocaría todavía a nuestra historia en la particular *ajenidad de lo que nos pertenece plenamente* como partícipes categóricos. Nos ubica en totalidad en el espacio existencial y político de responsabilidad donde *nadie quedó afuera de la producción de las formas y relaciones culturales y políticas fracasadas* (que hoy se piensa necesarias de extirpar como supuestos e ilusorios cuerpos "afuera" de nuestros cuerpos).

II

Me interesa arrimarme a ciertos aspectos de este *pathos* moderno del sujeto social con respecto a la historia *suya*. Aspectos que en el presente habrían entrado en disolvenca cultural y política como mundo de tensiones existenciales, como marco de narrativas paradigmáticas que contuvieron arraigos míticos.

Hablo del mandar del pasado, por ejemplo. De la veracidad última que coagulaba en la dramática idea de patria para un país de inmigrantes, y como trascendencia siempre a resolver allá adelante: a realizar o pulverizar comunitariamente. Hablo de la tragicidad de toda literatura política, pesquisa por acceder al secreto de una filosofía nacional identitaria. Hablo de la rotunda frontera entre lo enmarcado por el terruño y por el exilio como proyecto de vida personal. De la particularidad destinal, humanamente innegociable, que compone el adentro y el afuera de un universo histórico. ¿Persiste lo vital de estas deidades?

Pathos de la historia, donde la cosificación de ésta, su enajenación, siempre encerró en la modernidad occidental la posibilidad develadora de *la otra historia*. Asesinada o renaciente, ficcional o "real". Donde su extrañamiento implicaba la posibilidad de desentrañarla, a cargo de la crítica colectiva o solitaria: (re)instaurar una relación caída en simulacros. Donde la saturación del historicismo moderno permitió reconstruir otra

tragicidad de lo propio: otro tiempo entre memoria y olvido, entre retorno originario y vil botón de cultura (Nietzsche). Donde las políticas homogeneizantes y victoriosas sobre la historia, desafiaban a salvarla redencionalmente en un diálogo decisivo con los muertos, con lo filiar, con la comarca, con los pretéritos que siguen siendo vencidos (Benjamin). Frente al despojamiento y el vaciamiento ahora de estas tensiones, se trata de abordar la problemática desde sintomatologías fragmentarias (de vieja y nueva data) como parte de una auscultación de nuestra época.

Por cierto sobre el tema histórico en la Argentina gravitan constelaciones ideológicas de peso, que van desde una noción xenófoba sobre la historia propia de parte de credos nacionalistas provenientes de un dominio oligárquico instrumentador, a, en las antípodas de esta tradición, una abundante programática actual contestataria donde esa historia nacional va siendo progresivamente ausencia argumentativa, o en todo caso planteos carentes de toda carnadura política nacionalista.

Entre estas añejas o recientes posturas, las preguntas sobre cómo se metamorfosea o declina hoy la dimensión de la historia en la cultura, reposan sobre la *problemática del sentido*. Es decir: sobre el agotamiento o los restos de un potencial teleológico de la historia moderna, que podía reunir lenguaje, mundo, mítica y memoria común verificable esto en un pasado. Ya sea para la sustentación de un dominio (en nuestro caso los anales vastamente escolarizados sobre la fundación moderna liberal del país). Ya sea para sustentar una transformación revolucionaria (el caso más ostensible sin duda fue la fuerte impronta de revisionismo histórico como clave de bóveda que postuló el proyecto de “liberación nacional y social” de la izquierda peronista en los ‘60 y ‘70, donde resultaba la totalidad de una historia propia la que mandataba su resolución a futuro, resolución tenida como imprescindible, postergada y posible).

Interrogar fragmentos de nuevas subjetividades hoy, sus formas de inscripción e intervención en las mutantes representaciones de la historia, significaría en este caso avanzar sobre este terreno comprensivo lábil. Muy escasamente atrapado por lo científico social, con luces y sombras que no se resuelven en la construcción de un objeto acabado de encuestas acaparadas. Esto es: debiera competirnos el trabajar desde un nuevo itinerario reinterpretativo y demitificante que se sostenga sin ningún argumento trascendente, y que recalca en la noción de *un pensar historia y política que precisa no ser cancelado*.

Pero donde este pensar –podría decirse este otro eslabonarse de pensamiento y lenguaje– está dando cuenta desde hace demasiado tiempo que no existen más nominación precisa ni curricular que suplante ruinas teóricas. Que reponga el “adentro” con que se consideró a los saberes más distinguidos en humanidades.

La historia de las ideas modernas de los últimos 250 años es hoy intervenida y resignificada en el primer mundo capitalista tanto por la investigación académica, por el mercado de la cultura y por los massmedias, como una tradición que quebró y superó, en lo sustancial, toda tensión de ese pasado con el presente en lo que hace a universos de pensadores, obras, hechos y dramas pendientes.

Nada tienen que ver “aquellos mundos lejanos” con las actualidades de un tercer milenio a resolver, a despejar, a contestar, por más política editorial foránea que edite los ayeres como aplacamiento erudito o museificación de antiguas intensidades.

Como si lo utópico y lo catastrófico de aquel moderno ser de la historia se hubiese cerrado casi definitivamente sobre sí mismo, en tanto sueños de génesis, muchas veces sueños ciegos, mal cumplidos, y en un proceso que se habría extendido desde el cielo estrellado kantiano hasta el proyectar la revolución cultural universitaria de los '60 o el foquismo armado.

El gran legado reposa ahora como mera operación pedagógica, sublime o maldita. No sería ya otra cosa. No sería conciencia que mandata. Sí, cita que certificaría su distancia de olvido. La conciencia de habitar culturalmente una poshistoria coincide con acontecimientos precisos de otro orden, con finales anunciados o inesperados de alta magnitud histórica. Con neoconcepciones que distancian y amortiguan toda posibilidad de hacer reingresar aquella carga trágica del pasado en la crónica de un sistema mundial, o de un mundo nacional (pérdida de vitalidad ideológica y política de las ideas míticas sobre “los cumplimientos”, las filosofías de la historia, las reparaciones postergadas, los ocultos y conspirativos hilos de la revolución, esa instancia redencional anunciada como maduración de los tiempos o de las leyes objetivas, o de los destinos de una clase o del reencuentro de una patria “libre” con las voces de sus muertos, con la irreductibilidad de la justicia a instaurar).

Esto es: reposo hoy, evanescencia hoy, de la idea de realización de la historia.

El final patético de la URSS y los socialismos reales pareció confirmar que el sueño ilustrado moderno carecía de esa salida mayor o consumación prevista para la moderna dignidad humana historicada dialécticamente. La macerada revolución y sus actores objetivos se transformaron insólitamente en pasado. Viven en las cátedras “de historia”. Una crítica lacerante sobre todo del siglo XX, leído desde un último faro moderno de derechos humanos perpetuamente aniquilados en guerras y genocidios a cargo de derechas e izquierdas totalitarias, descalificaron y llevaron al cementerio de los medios toda “necesidad mayor” y bárbara de los Estados, de las políticas, de las vanguardia, de las clases, *de la historia*, en cuan-

to a la pretensión práctica y conceptual de esta última de protagonizar impunemente (y con su figura ciclópea) por encima de la suerte de la criatura humana individualmente tomada.

La historia dejó de ser la marcha feística y/o violenta de los justos como único "sujeto" registrable para la destrucción anunciada de la historia mala

La fluida emergencia en estos últimos treinta años de categorías substitutas, redefinidoras de temas y problemas con nuevas cargas semánticas, desvinculan cada vez más manifiestamente los hechos, los actos y las experiencias, de sus antecedentes, transcurso y contexto histórico explicativo. Las caracterizaciones se volvieron manifiestamente a-históricas a medida que más "armónicamente" tardocapitalistas.

En el léxico informacional los pueblos dependientes y coloniales se transformaron en "mercados emergentes". Los intentos de rebeliones populares en "episodios antidemocráticos". Los ejércitos de reserva de explotados, en "emigrantes", "refugiados", "exiliados", "poblaciones en tránsito". Los ejes confrontadores en la globalización capitalista retrocedieron ideológicamente a una casi sacra idea de "el Bien" contra "el Mal". Las clases trabajadoras (ocupadas y desocupadas) pasaron a ser pétreamente nombradas como "pobres", "indigentes", "debajo de la línea de".

Y la propia víctima parece perder toda inteligibilidad histórica cuando se reitera el impactante neoconcepto, en nuestro presente argentino, de "africanización": dispositivo reductor transnacional, con lo cual la época sentimentaliza y derrama básicamente un viejo sueño británico decimonónico para sus sempiternos nativos distantes: operar puestos de socorro, colectas, beneficencias a escala nacional, misericordias varias, "ayudas" del Estado, empresas generosas, cajeras de supermercados recolectoras, barcos alimentarios mandados por reyes. Un nuevo punto de arribo ideológico de masas, de sentido común totalizante en cuanto lectura de lo social subalterno.

Las luchas sociales van dejando de ser entendidas desde sus santos y señas histórico nacionales, de sus biografías de identidades rotas, desaparecidas, a medida que una lógica discursiva dominante y mundializada por derecha e izquierda, extirpa y abstrae el hecho, el proceso, el suceso, para llevarlo a una entelequia mundial que reúne a todos los X, o a los doble XX, y donde todo entra en la pura equivalencia de sujetos "incorporados" y en tránsito.

Si se barre el fondo marítimo de esta irracional y (como nunca antes) injusta edad capitalista sobre la cual flotan sociedades de perfiles culturales posmodernos, en ese fondo oceánico se percibe lo mismo que flota en la superficie del mundo. No otra cosa. No existe ya un salto desde lo "auténtico y velado" hacia las fábricas de simulaciones. Habitamos lógicas de un mercado que esfuman cada vez más afiatadamente el vetusto juego de original y copia buena o bastarda: lógicas que carcomen aquella performance de lo visible e invisible, de contrincantes en busca de sus concien-

cias perdidas. Lógicas que le edifican lógicas a los contrincantes incapacitados de todo deslinde, desde una “profundidad” que en realidad no es tal. Todo es “lo que se ve y está”.

El triunfo político arrollador del mercado neoliberal globalizado aplastó toda suposición de que la historia era una crónica para develar una historia, ya sea por debajo de ella y oculta. Ya sea por arriba: la de la providencia divina o la del bien común estatal secularizado. La naturaleza humana, la moral, una ilustración liberadora, la memoria de una justicia primera, la tierra o sociedad “prometida”, necesitaron de la inhospitalidad de la historia, y contra eso, de las metafísicas de la esperanza como cielos surgentes, vigilia de violencia para aguardar la historia verdadera.

En cambio el mundo tardomoderno de la extrema hegemonía de mercado finalmente es “lo que hay”. Materialidad opaca, consistente, indolegable. Fabulosamente “a mano” como nunca, como técnica y economía. Esto es importante de encarar en la reflexión sobre la presente deshistorización de lo comunitario, y por lo tanto de la política, y por lo tanto del sentido de la vida social.

IV

Las políticas de una hiperproducción cultural sin antecedentes a cargo del mercado mundial en su fusión de facetas técnicas, financieras, mass-mediáticas y jurídicas, precisan una ardua investigación que permita aproximaciones a cuál es el armado de su “lógica histórica”. Varios aspectos pueden puntualizarse y precisarían caminos analíticos de articulación.

En primer término la evidencia de una economización postindustrial del sistema de vida, a escala psíquica profunda. No ya una psiquis individual o colectiva que actúa una “determinación estructural”: las representaciones de un ser social. Sí, ahora, un insondable lenguaje hacedor en tanto economización de la vida en toda sus esferas y facultades, en tanto oferta del consumo-vida sobre el deseo, sobre lo “no económico”, sobre el andamiaje democrático, sobre la información de lo real, sobre los campos culturales trasmisores, sobre la propia sobrevivencia académica, sobre los espacios asfixiados del arte. Esto es, economización como código “re-ontologizador” social de antiguas representaciones: sujeto, conciencia, mundo de la vida.

Economización existencial totalizante en abismo con la política. Esto es, extinción de una dualidad de esferas que contradictoria y tensamente permitía la autonomía e intervención transformista de la política, llevada ahora como espacio social a inmenso simulacro, impotencia, anacronismo, o principal ejecución despolitizadora. Lógica del mundo-mercado que expone la creciente evidencia de la progresiva necesidad/inutilidad de la política, con sus “clásicas” formas democráticas y representacionales.

Esto gesta una escena de actores sociales en territorios “descampados”: conciencias que son llevadas o se sienten postinstitucionales, pospolíticas, poshistóricas a una historia. Escena donde sólo reinan las ideologías de un mundo tecnoeconómicamente estelarizado con innumerables credos individualistas, paralelo al dismantelamiento vital de antiguas modalidades, fraternidades, organizaciones del trabajo y sindicales. La sociedad sin empleos, es la sociedad del (utópico) empleado. Como contrapartida, los colectivos sociales predominantes se construyen semestralmente en espacios massmediáticos y de espectáculos de masas, en tanto públicos, plateas, audiencias privadas.

... Combinación cultural de un individuo solitario en su relación laboral, pero integrante de “las masas” de público encerrado en su casa. *La lógica del mundo-mercado instituye y sólo va legitimando un paradigma, un ideal que sustenta la relación dominio-subalternidad: la sociedad empresaria entre empleadores y empleados La sociedad privada a-nacional. Las otras mediaciones, “lo restante”, devienen intrusas, atentatorias para un modelo de vida deshistorizado: queda un modelo “autobiográfico” onírico, quiméricamente a cumplir aquí o en cualquier lado donde haya un patrón disponible. Parodia de individuo tal cual lo expone la publicidad y el film de entretenimiento estándar.*

Esto último traslada la cuestión a una pérdida de la historicidad vía horma narrativa massmediática. Con lo que se toca el espacio productivo nodal de la representación subjetividad-mundo en la sociedad del presente. La comunicación transnacionalizada, su perfil informativo globalizado, trabaja sobre la reducción, sobre la compactación temática, sobre una iconografía simple y de fuerte impacto. Dispositivos que descansan fundamentalmente sobre la operatoria del suceso permanentemente nuevo.

Lo real es llevado constantemente a “inédito”, forzado a desprenderse de la experiencia “ya vista”, de la historia “de ayer”. La realidad es abstraída y sustraída de un marco histórico que la eslabone. Lo massmediático es esencialmente suceso diario singularizado tan radicalmente, que precisa anular todo contexto u horizonte interpretativo que pueda precederlo y confundirlo como “programa repetido”. Es apenas lapso. Es siempre, y míticamente, la aparición virtual-real de otra historia: una experiencia cultural perpetuamente inaugurante en lo que tiene de valor de cambio para el mercado consumidor. El hecho, el proceso, la noticia, el espectáculo, el show de lo real se autofunda desde una carga resemantizadora apropiada y correlativa al éxito de esa mercancía cultural, donde el pasado, lo proveniente, lo circundante, lo antecedente, pasa a superfluo, a parte de una historia agotada.

Quizás el ejemplo más adecuado resultaron las trasmisiones televisivas desde USA la semana del atentado contra las torres de Nueva York. La narración massmediática básicamente gestó impecablemente el “verdadero” acontecimiento refundador que se autoexplicaba de ahí en más por sí

mismo. Desde su propio “lenguaje”, desde su emergencia. Desde el nuevo armado ideológico que lo construía en imágenes, eslóganes y locuciones, borrando en lo posible toda huella, contexto, explicación de antecedentes históricos. Nació de ahí el Mal y el Bien como “lo nuevo que se venía” desde la única gran política sobreviviente: el armado tecnoeconómico de las representaciones a cargo de un dominio planetario cada vez más implacable. Lo único que no hubo fue historia. Si, en cambio, pura natividad telemática.

El “suceso” o acontecimiento como matriz productiva massmediática es la forma de mercado que preside la actual forma hegemónica de ver el mundo: corta circuitos, hablas, causas, actores, equívocos, tensiones y explicaciones políticas, ideológicas y culturales anteriores. Rompe “mensualmente” con el entramado histórico. Se justifica sólo desde su propio armado y léxico. Trabaja básicamente de manera autorreferencial. Deshistoriza el conflicto en términos políticos, institucionales, nacionales.

V

La deshistorización de los espacios nacionales es una de las estrategias de la globalización bajo égida cultural de USA, que contiene un amplio espectro de estrategias en operación. Desde la multiplicación vía TV cable de historias filmicas yanquis donde se expande un único archivo mundial de imágenes, datos y técnicas realizadoras (de 2 películas yanquis por semana en la TV de aire en 1985, a 500 películas USA por semana en los veinte canales filmicos de Direct TV en el 2002). Desde la aparición de canales culturales educativos de enseñanza de la historia cuyo 80% de lo emitido diariamente remite a temas, contenidos y hechos estadounidenses, y el otro 20% a Europa, hasta la suplantación de historias e identidades terceristas por problemáticas y dramas exóticos (ya no Etiopía, Nicaragua, Malasia o Argentina, sino “El refugiado en el mundo”, “Ruinas misteriosas”, “Regiones donde sobreviven los elefantes”, “La vigencia de los amuletos sagrados”, “Los secretos que Evita se llevó a la tumba”), que descuartizan o reúnen arbitrariamente países “terceros y lejanos” en una suerte de planeta jurásico equivalente y atractivo al gusto turístico del espectador imperial y el propio espectador “exótico”. El mundo es un turismo preferentemente de derecha aunque también con playas de izquierda. Los países son reciclados a-históricamente, en una lógica pariente y complementaria con la gramática económica, de posfronteras, postterritorios, gramática de “las Bolsas según uso horario”, de las “regiones inversoras”, de los “espacios capitalistas de riesgo”, de las “zonas de atracción especulativa”.

Esto se traduce también en la configuración de un sujeto civilizatorio explotado, aunque *re-enunciado* de acuerdo a las estrategias nomenclado-

ras y terminológicas que responden a un nuevo tipo de orden y vigilancia de carácter inversor-militar. Estrategia que deshace y prohija idiomas despojados de todo rasgo propio, nacional: son “migradores sedentarios”, “islámicos”, “mano de obra estacional”, “núcleos poblacionales”, “habitantes de fronteras”, “manos de obra temporarias”, “zonas sospechadas”, “circuitos del narcotráfico”, “terroristas internacionales”, “exiliados económicos”, “profesionales de la globalización”. La noción de pueblo es una noción cada vez más nómada, circunstancial, provisoria, aleatoria, imprecisa, en ocaso.

Esta lógica voraz y sin límites del mercado por instituir “su historia” para una máxima radiación planetaria, concomitante con una reinención de un mundo post-países y con nuevas poblaciones transfronterizas fruto de la barbarie económica, necesita de la jibarización concreta de los Estados y sus arquitecturas políticas. Esta tendencia contraestatal en avance estratégico se proyecta como lógica más allá de que la mayoría de los sistemas políticos nacionales instituidos efectivamente se encuentran en colapso como en el caso argentino, y atraviesen irreversibles formas de una extensa crisis terminal vía ensanchamiento de la irrepresentatividad, agotamientos partidarios, negocios clientelísticos, mafias enquistadas, memoria crítica de la sociedad civil, corrupción extrema, incapacidad de refundación genuina, ausencia inmediata de alternativas y actual embalsamamiento de nuestras izquierdas políticas.

El horizonte ideológico de época pretende la figura del Estado como instancia obsoleta. Como mediación cada vez más ilegítimada por otras “neo-mediaciones” privadas trasmisoras que amparan a la sociedad. Como modelo de corporaciones zánegas anacrónico a la marcha del sistema. No se pretende decir con esto sin embargo que la edad de la globalización capitalista puede prescindir del Estado en tanto organismo ordenador, vigilante, compensador, operador obediente: organismo que por cierto sigue siendo necesario.

Es básicamente en otra dimensión, más decisivamente cultural, donde el “fin del Estado” moderno se acelera. Es en aquella perspectiva neurálgica donde tal Estado significa todavía una forma privilegiada de historicidad nacional inscrita: que no cierra su curso, su marca como originario hacedor de una historia colectiva comunitaria (y en progresión mítico-política: sitio de la fuente de agua, altar, mercado, agora, plaza pública, explanada catedralicia, campamento vencedor, cabildo, “casa rosada”). Espacio de fundar diariamente la simbólica mayor de la comunidad, no particularmente acorde hoy con la época de los nuevos dominios culturalmente desterritorializados.

Historicidad por lo tanto que no se hace evidente por sus museos (falsa conciencia histórica de época muy en boga) ni por los bustos alineados de ex presidentes, sino porque en el sistema político y en la consecuente

meta de una gestión de Estado se inscribe siempre la mala historia, y la esperanza histórica. Hasta nuestras jornadas recientes de los cacerolazos en la "Plaza". Es decir, la corporización más evidente (y muchas veces desconsoladora) de un país no abstracto, no etéreo, no fragmentado en intereses inmediatos e incapacitados de pensar otra vez una patria histórica. Un país que ubica en esa escena dramática, a veces simplemente edilicia, la propuesta de sí mismo, el inscribir sus historias en *una historia*.

En esta deshistorización que trae aparejado un post-Estado nacional, aparece en los últimos años un *principismo* argumentativo con sus variables de derecha y de "izquierda" donde toda posición nacionalista es asimilada a aislacionismo o a metafísica política superada. Donde la reivindicación de soberanía es catalogada como populismo anacrónico o bandera ideológica de sectores sociales extinguidos. Donde los resortes de un gobierno democrático para actuar como aparato de poder consistente, es teóricamente fosilizado o fatalizado como interferencias a las autorregulaciones del mercado, o simple guaridas de mafias y de negocios de "la clase política". Hermanando equívocamente de esta manera la crítica a una envilecida encrucijada política argentina con argumentaciones de las nuevas derechas políticas civilizatorias en avance. Como vasos comunicantes, muchas veces coinciden estrategias brutales y "culturales" de un nuevo dominio imperial, con reacomodaciones políticas contestatarias muchas veces ciegas y acrílicas a tales coincidencias en los subsuelos de cada una de esas retóricas.

Sucede que todo comienza a jugarse cada vez más en una dimensión abstracta de in-disputa real. Donde los conceptos pierden fondo político y asumen rasgos periodísticos, informativos, artísticos: un mundo tragado diariamente por la comunicación, que en ningún momento del día lo devuelve otra vez al mundo. Donde los lenguajes políticos democráticos muchas veces penden de una gramática formalista más ligada a un esteticismo de puesta en escena avanzada –voz locutora omnisciente– que a los reales recorridos del conflicto desde sus actores, desde sus genuinas e históricas caracterizaciones y modificaciones.

Desvinculación donde todo, en realidad, se libera de pasado y de futuro concreto: de la ecuación política e historia. A la vieja e infinitamente discutida etapa de "transición al socialismo", saturada de requisitos dictatoriales y siembra de poderes fuertes y orgánico-partidarios, le sucede un despropósito en las antípodas: una ficcionalización de la comunidad nacional alternativa, que como en la televisión, transforma en "real" la enunciación de mundos bajo diseño de estética de masas.

La deshistorización cobra envergadura en la suplantación del vacío político evidente por la superficie de pantalla. Sin advertirlo muchas veces, la crítica a la política se apoya decididamente en una massmediación de lo social incuestionada, que queda incólumne entre la espesura de los he-

chos. La sociedad massmediática, a la que tanto se señala como suplantadora de los dispositivos de actuación de la política, a la que se vaticina como gestadora de otra democracia, en verdad no suplanta a los políticos. Los hace actuar cada vez más, pero menos autónomamente. Los inventa y los produce de todo tipo y pelaje desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha “televisiva”, siempre que dócilmente provengan del potro genuino de la política.

Lo massmediático no puede fabricar sus políticos enlatados como sus radioteatros. Si Chacho Álvarez fue un candidato en gran medida mediático, luego de las protestas de masas extendidas a lo largo y ancho del país en el 2002 los candidatos resultantes fueron massmediáticos multiplicados por diez. La lógica política mediática que gobierna opinión pública y establece consensos trabaja en términos de *reality show* y no como fábrica de senadores robots.

Un juego complejo con “lo real” y sus “tecno-representaciones” donde la estrategia no es suplantar sino hacer actuar. Llevar a pantalla, a set, tanto parejas de jóvenes “reales” como protestas callejeras o sesiones de cámaras legislativas reales. La massmediatización política necesita del espectáculo, de lo espectacular, de lo conmocionante, para re-escribirlo en su tiempo, en su espacio, en su escenografía. Necesita llevar el mundo a sus historias: a su *historia*.

En realidad lo que impone lo massmediático medularmente es la extinción de la historia de las cosas, de sus pasados, de sus inscripciones, de sus litigios. De la carnadura de cosas, voces e invitados. En ese “limbo histórico” todo puede desaparecer, fusionarse, no dar cuenta. Es una edificación de la despartenencia, de la *deshistorización de las cosas*, a partir de una actualidad eternizada y sin otra perspectiva que la volátil y coloidal programación en 30 o 60 minutos.

Sólo replanteando de manera profunda y drástica la figura del Estado político democrático (es decir, teniendo básicamente en cuenta estas dimensiones culturales entre economía-mercado-política-técnica-masas-mundo global), se puede replantear de otra manera y con otras perspectivas reiluminantes la problemática del Estado político democrático y los poderes. Quebrar las tesis dominantes instaladas que muchas veces impotencian un ver las cosas en sentido histórico renovante. Salir de eslóganes facilistas, del reinado de un empobrecido sentido común y de árboles que impiden ver el bosque. Escapar, en la crítica al Estado y al estado de la política, del profundo triunfo de la derecha cultural en el capitalismo que, como buen patrocinante de mercado también en este plano, oferta parlamentos a casilleros reaccionarios, de centro y de izquierda.

¿Cómo reponer un *telos* de intervención, participación, representación, cuando precisamente se asiste a una crisis profunda de lo político en sus distintos órdenes? Un *telos* que sostenga y nos regrese a la disputa

sobre el sentido social inmediato: sobre qué historia de una comunidad, sobre qué poder comunitario democratizador. Por lo tanto, no se trata de regresar a posiciones tradicionalmente estatistas donde no cesa de incubarse la descomposición de la política, como tampoco sólo estacionarse en las biografías siniestras de tantos estatismos antidemocráticos a lo largo del siglo XX.

Por eso, y en relación a una historicidad política de los sujetos (mala, buena, trágica, prometeica) en verdad el “fin del Estado” debe ser leído desde una significación clave hoy en día: tal fin representa entre —otras cosas decisivas— el fin de una historia de conflicto entre poderes reales sobre poderes posibles. Con respecto a este litigar histórico, la nueva escena del mundo amenaza con ser absolutamente otra cosa: la persistencia y agudización de los conflictos, desde poderes sociales y nacionales incapacitados de ser tales.

Esto nos “anticipa” una escena civilizatoria ya en acto. Escena de una neobarbarie epocal, la de una acelerada cancelación de las disputas nacionales e internacionales por los poderes reales, y la proliferación de lo ficticio, retórico, ilusorio, sectario o autista. Se asiste a una experiencia que muestra de manera agobiadora la actualidad de una arena internacional con sus naciones bajo un poder económico financiero y militar en ofensiva que nadie puede disputar, como época, en términos incipientemente gestadores de una alternativa. Esto es, en términos de batalla eminentemente cultural como lectura del mundo. Desaparecida la disputa real y posible sobre qué sociedad, sobre qué hombre, casi automáticamente desaparece la historia.

Se trata entonces de la indisputabilidad del poder. Y del gradual fin de esa figura-Esfera que encarna de manera particular la historia de su disputa: el Estado. Fin por lo tanto de una conciencia política moderna, ahora cada vez más póstuma en la sociedad global de mercado tardocapitalista. *Dicho sistema en su actual arquitectura de dominio, habilita, permite y “dialoga” con toda programática, contestación, revuelta o crítica, que en realidad no pretende disputar, ni dispute concretamente los poderes centrales ni se plantee sus conquistas.*

VI

¿Cómo reaparece una nueva subjetividad política en las estribaciones de la modernidad? La pregunta envía a cómo se constituye en una escena cultural, en nuestro caso atravesada además por la miseria social y la desocupación crónica. Sin duda un espacio de experiencia y reflexión intensa resulta hoy aquel que propende de diferentes maneras a lo que puede denominarse *reinvención de la política*.

En la puntualización a vuelo de pájaro que se hizo en los puntos anteriores se mencionaron lógicas tecnocivilizatorias, mundos político culturales orientadores, lenguajes productores de mitologías cotidianas, capacidades simbolizantes y de promoción de realidades sin mundo. Fuerzas económicas inéditamente limitadoras de cualquier descentramiento del ser social con respecto al mundo imperante. Con una capacidad cultural operativa que deshistoriza todo aquello que pueda biografiar lo social con otro sentido, en tanto política hegemónica de una despolitización profunda.

El debate entonces atraviesa una extensa encrucijada crítica en la escena contemporánea. Nuestro país lo hace manifiesto superlativamente, pero en realidad compete a la actualidad de casi todo el capitalismo occidental. La crisis de los partidos, de las representaciones, de las legitimidades, de lo jurídico democrático, la cada vez más notoria irrelevancia de los gobiernos frente a la violencia ilimitada de las variables económicas, alimentan riesgosamente una conciencia sobre la esterilidad de los actuales andamiajes democráticos para frenar rumbos nefastos. Para responder a necesidades masivas, para intervenir con eficacia, para representar genuinamente, para transformar la sociedad.

Esto puede sintetizarse como punto de arribo de una extensa y profunda despolitización del sujeto social. También es el desemboque de una inmensa modernidad cultural en compleja retirada. Despolitización a la que también aportaron decididamente el fin del socialismo como fracasada experiencia histórica, y la penosa biografía de estatismos totalitarios, fascistas, stalinistas y terceristas, que plagaron al mundo de muertes cívicas y físicas, de censuras y formas regresivas de la vida comunitaria en libertad.

Entonces, la ecuación a reabrir hoy es difícil. Hay una política proveniente de la tradición democrática, republicana, liberal, que accede a su último rostro de agudizada impotencia, perversión y adaptación a la barbarie económica. Podría decirse desde esta toma de conciencia democrática: la despolitización de la política emerge básicamente de esta propia política. De sus particulares formas delegativas y mediadoras, de las lógicas imperantes en las esferas de poder y gubernamentales, de determinadas variables de representación, de maneras clientelísticas, de perversos y delictivos lazos y articulaciones con lo económico.

Hoy fenece a pasos rápidos –en términos de realizar la justicia, de la transformación imprescindible, de ciertas escalas definitivas de igualdad social concreta– una cultura moderna democrática, ciudadana, de particular distanciamiento entre individuo y política. Distanciamiento entre comunidad y bien común, entre bases sociales y ordenamientos institucionales. Entre *política* y *participación* real de la sociedad.

La política de ciudadanos ante la Ley consume ahora –en su impotencia, corrupciones, límites, irrepresentatividades y duelos– muchos latidos

y formas castradoras que arrastró desde hace años y ahora la desfondan: el volverse permanentemente domesticación del ser político. Instrumentación del ser político, disciplinamiento del ser político, pasividad ininterrumpida del ser político, desinvolucramiento del sujeto político con respecto a la vida colectiva. En definitiva, *despolitización de los sujetos*. La reproducción de esta lógica de sociedad-poder-sustracción de la política, gesta siempre más de lo mismo, por encima de las buenas intenciones de cambio que se puedan reivindicar.

Tenemos entonces esta extensa y extenuada escena política democrática al parecer incapaz al presente de sobrevivir a su agujereado modelo histórico parlamentario tradicional en una edad posrevolucionaria (esto es, ya no como caldo de cultivo de la verdadera historia de masas “por llegar”). Y en esta última década y media, también como descalsificada escena política posreformista (esto es, ya no como un capitalismo de sensibilidad social re-distributiva que había llegado “para quedarse”).

Pero sumada a la lectura de la defección de este universo de lo político para la edad neoliberal, tenemos el desafío contestatario de cerciorarnos del nuevo cuadro de situación de lo que fue desplegándose civilizatoriamente en el espacio de aquello caído, sobre un descampado societal cada vez más inmenso y de pura orfandad. Es decir, las nuevas referencias políticas de una escena pospolítica, posmoderna, posinstitucional.

Cosa ésta mucho más difícil e intrincada de asumir políticamente en sentido crítico. Pero que debería empezar a acompañar a la mítica acción de la protesta y la denuncia, tendiente a la reinención de una política otra. Cuestión que exige un serio esfuerzo de pensamiento crítico en tiempo de canteras devastadas de tal insumo, sin grandes alternativas a lo dado, sin fugas consoladoras.

Necesidad de arqueologizar políticamente y de manera constante el presente, en aquello que se nos presenta ingenua o imbécilmente como “lo dado”. Como el “viento de una época”. Como el supuesto “progreso” de lo que vamos siendo espiritualmente. Como la historia neutra o la técnica neutra capitalista (a usufructuar). Como lo incuestionable, como lo “familiar”, lo siempre políticamente impensado, y que, oh casualidad, resultan las nuevas y mayúsculas dimensiones culturales de dominio y constitución de mentalidades oprimidas de un capitalismo cerril, bárbaro y utópico al desnudo, sin contrincantes por ahora que amenacen sus posesiones.

Partir como esfuerzo teórico-político de una propuesta de contrahistoria que cuestione los moldes y dispositivos ideológicos del actual dominio sobre la vida social, en una edad del mundo donde pareciera cancelarse el presupuesto comunitario de realización de una historia propia.

Lo contrahistórico entendido como subsuelo programático primordial. Lo contrahistórico contra la disolución de una memoria y de un significado fuerte de lo histórico –contra una cultura sin tiempos ni espacios

identitarios que ejerce la dominación global presente— alude políticamente a la recuperación del sentido para una escena de conflictos, miserias e irrationalidades donde se percibe el final del sentido, de todo sentido.¹

Confrontar entonces contra la economización definitiva del mundo que desde distintas estrategias habilita el paradigma de una sociedad sin partidos, sin resistencias de Estado, sin arquitecturas democráticas institucionales. Sin la “política inútil”: maneras eficaces de legitimar el nuevo rostro de un neofascismo de bases medias plasmado en el ideal de la sociedad empresa. De la sociedad *gerenciada* a partir de una eficacia que se desatienda de “irrationalidades” tales como períodos, recambios y elecciones de gobiernos. Es decir: que no le discuta el poder al poder real, declinadas para siempre antiguas “ideologías”, “sublimaciones” y “retóricas anticapitalistas”.

Sueño pospolítico de una sociedad sin “costos”, sin “gastos” sin “demagogias”, sin “planes sociales”, sin “corporaciones”: tramada entre capitalistas y empleados “libres” de sindicatos, de políticas sociales, de impuestos del Estado, de instituciones públicas “caras”, de “despilfarros” que el ciudadano debe abonar. Es esta la política que hegemoniza y dinamiza los tiempos actuales, la que expone el triunfo cultural rotundo de una edad regresiva, claramente posrevolucionaria. *La reinvencción de una política pasa por confrontar con esta politización que nos impregna.* Esta es la historia de lo que siniestramente quedó, concluido el siglo XX.


Confrontar a la vez contra lógicas hegemónicas que gestan una comprensión del mundo como dimensiones infelizmente *naturalizadas* por treinta años de neoliberalismo de mercado sin fronteras en la tierra. Son dimensiones políticas de sojuzgamiento omitidas por la crítica política, que parecieran “llover del cielo” como maná propicio del Dios Global.

Tal omisión, distracción o negación interpretativa, finalmente termina promocionando neoradicalismos ingenuos, programas de puro denunciismo simil periodismo amarillista y una notoria pobreza intelectual de izquierda en cuanto a su incapacidad por caracterizar *las condiciones políticas del mundo y sus afiatadas gobernabilidades.*

1. Aquí retomo un párrafo de las reflexiones filosóficas del ensayista francés Jean Luc Nancy, para quien el pensamiento crítico “no se ocupa nunca de otra cosa (...) sólo del sentido. (...) Si hay pensamiento es porque hay sentido (...) pero existe también la inteligencia, o peor, la intelectualidad: estas son capaces de entregarse como si, en primer lugar y exclusivamente, no se tratara del sentido (...) Al fin ¿pensaremos el fin? La cobardía intelectual reacciona mal a la palabra fin (...) como si con ello temiera el verse privada de algunas evidencias y certidumbres sin las cuales se vería obligada a lo que evita (...) la radicalidad del pensamiento (...) Todo el trabajo de una época deconstruyendo su propio sentido, nos habrá desde ahora enseñado esto (...) no su “solución”, sino más bien el pensamiento de su ausencia de solución en tanto que lugar mismo del sentido...”. Jean Luc Nancy. *Un pensamiento finito*. Anthropos, Barcelona, 2002.

La reinención de una política debe entenderse afiatadamente, por el contrario, estas dimensiones de la política enemiga. Entender este poder en las sociedades, además de los indudables sistemas de gobiernos democráticos aliados, corruptos e impotentes con este estado de cosas. Entender la actualidad de un dominio que sumerge y explota lo humano. Y lo más importante, que gesta no solo adaptados a su maquinaria y corruptos beneficiarios, sino también muchas tipologías rebeldes: a la medida de esas lógicas de mando civilizatorio.

Confrontar significa no otorgarle a este andamiaje cultural-político de dominio nacional e internacional la condición de un poder omnímodo, inderrotable, generador de formas insuperables de sumisión y vasallaje. No, por el contrario, desde la afortunada y lúcida caracterización del enemigo, se comienza realmente a debilitarlo. Se trata de no sustraerle a la política la dimensión crítica decisiva y privilegiada sobre la complejidad de su dominio: dimensión actuante que todo proyecto de reinventar la política debe albergar. Precisamente, sólo la (re)construcción de la escena histórica en sus secretos –con la dificultad cuantiosa que esto significa en cuanto a praxis y teoría en una edad de metamorfosis afuera y adentro nuestro– implica la posibilidad de comenzar a plantear una política otra, genuinamente autónoma. Una política que dé cuenta desde qué historia golpear, y a partir de esto: qué golpear, con quiénes golpear, para qué golpear, con qué golpear, con cuál idea de vida golpear.



*Memoria y errata: meditaciones
sobre John William Cooke*

*Horacio González**

Para Oscar del Barco

No hace mucho tiempo, escribí una nota periodística sobre los eventos del Congreso del Partido Justicialista, que salió publicada en *Página/12*. Como redacté el original a mano y muy apresuradamente (con los años, fueron perdiendo nitidez los trazos de mi escritura manual) y la mandé por fax (que suele difuminar las líneas llenas) una de las frases fue transcrita de un modo en que venía a decir estrictamente lo contrario de lo que había querido significar.

* **Profesor Titular de Pensamiento Social Latinoamericano, y de Estética y Política, en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Miembro del grupo editor de la revista *El Ojo Mocha*.**

He aquí lo que se leía: “como lo hizo la socialdemocracia europea con Blanqui, el nombre de Cooke había sido *apoyado* en las espesuras peronistas de la ritualización”. En cambio, esto es lo que debió leerse: “como lo hizo la socialdemocracia europea con Blanqui, el nombre de Cooke había sido *apagado* en las espesuras peronistas de la ritualización”. En cursiva van las dos palabras protagonistas de la errata. Como se ve –*apoyar* por *apagar*– el sentido se desliza hacia su contrario por el simple imperio de una confusión de dos letras en una palabra manuscrita.

Medité largamente en este embrollo, que a nadie iba a interesarle. (De hecho, nadie me comentó el escrito, ni su error, que lo arruinaba casi completamente, ni su misma existencia)¹. En esencia, el problema era doble: primero, sobre el modo en que se leen los diarios y el peso vital que tiene lo que allí queda escrito (y por consiguiente, el modo en que se ejercen los compromisos de lectura). Y segundo: sobre lo que allí se afirmaba como problema histórico y memorístico, es decir, el olvido de un nombre entrelazado y perdido en una época aparentemente ya “cerrada”.

Confirmando en primer lugar una enseñanza: todo lenguaje es peligroso, no pierde oportunidad de sacar provecho de los nudos donde un corrimiento o un resbalón cualquiera muestran una alteración de sentido. Es que quizás las palabras surgen de una palabra común, un fonema originario que fue olvidado y que de tanto en tanto reaparece como broma o como yerro absurdo mostrando el trasfondo único que tendrán todos los vocablos. Lo que parecería una travesura de las formas técnicas de transmisión (la errata, el furcio, el trabalenguas, el *lapsus linguae*, etc) no sería sino una manera asombrosa de permitir que aflore el núcleo perdido y primordial de la lengua. De ahí el peligro de la lengua, que para ser hablada debe suturar esos núcleos malditos por los que a través del error (o *errata*, si estamos ante los grafismos impresos) aflora la verdad íntima de las lenguas.

Esta verdad suele ser arrasadora; es el precio que pagamos por saber, por una remisión absurda, que habría una fuente originaria del habla. Y ella altera el horizonte de comprensión actual al romper sus acuerdos implícitos. ¿De qué me sirve festejar que en los arcanos del idioma castellano el *apagar* puede remitirnos a un sonido sensible semejante a *apoyar*,

1. Está por escribirse la embrollada vicisitud fenomenológica del colaborador de periódicos: el comentario que recogen las “intervenciones” periodísticas (incluso con la adopción del extraño concepto de intervención, que hubiera horrorizado al Sartre de *Qué es la literatura*), frecuentemente es algo así como “te leí”, sucedáneo del que recogen las intervenciones televisivas, el ya célebre “te vi”. Habrá que pensar si este predominio de la acción lecto-visual sobre la textual-enunciativa conforma un cambio de la idea existencial y cultural, marchándose así desde la clásica civilización forjada por la opinión de ideas hacia la civilización forjada por las técnicas de captación de presencias momentáneas del ser en una doxografía que incluso puede ser “medida”, como dicen los encuestadores, en términos de centimetrage y minutos de uso del tiempo televisionado.

que es su antónimo? La gracia arcaica que de aquí dimana, y la suave risa que provoca la tonta anomalía, también obstruye los convenios de entendimiento del presente. ¿Acaso no tenemos bien en claro que algo del mundo compartido quedaría alterado si de repente comenzamos a usar indistintamente *apoyar* y *apagar*?

Sin embargo, se dirá que exagero un vulgar episodio de errata tipográfica al darle el generoso alcance de un peliagudo dilema lingüístico. Pero por la misma razón anterior, no creo que haya que desinteresarse de las relaciones entre el error y la errata, el primero con su *hamartía*, dramática señal ontológica, la segunda con su realidad ligada a un mero traspie técnico. Desde luego, mucho se ha dicho sobre la errata y su fundamental papel en la organización social del significado. La errata, dado que es un nombre casi técnico, aparece como un esencial consuelo a los hombres que suponen que el error es una categoría moral. Siendo un mero tropiezo mecánico, una adecuada restitución de las maniobras o piezas alteradas bastaría para reponer la verdad. El fallo ocurrido en el interior del propio procedimiento técnico de la escritura —no por voluntad del autor de un escrito— puede ser involuntario y atribuible a somnolientos tipógrafos o a obvios descuidos en los modos de transcripción instrumental.

No es difícil reparar en la función que jugaban las obleas o volantines que se solían adjuntar en los libros conteniendo su “fe de erratas”. ¿Quién habla allí? ¿El libro, el editor, el Tipógrafo General de la Creación? Es evidente que es una oración penitencial, hecha a posteriori del tipógrafo-editor, que viendo mancillado su honor por errores de tipeo que quedarían fijados para siempre en el acabado *perennis* del libro, pide absolución con esa plegaria de última hora. El resultado es que esa puntillosidad llama la atención a los lectores, que es lo primero que leen en un libro, percatándose de faltas que de otra manera no notarían. Invitado a una lectura páfida, el lector de la fe de erratas sabe lo que hace cuando acepta el convite. Va a buscar la página indicada del error (el libro lo leerá quizás después) para solazarse y descubrir, en lo que parecía el candoroso mundo de la lectura, lo insondable de una caída.

Este ofrecimiento a leer un libro desde sus erratas podría entonces pasar a ser una parte capital de la investigación sobre la relación entre las impensadas imperfecciones técnicas de un texto y sus vacilaciones morales o conceptuales. Así, al llamarse la atención sobre los errores ya cometidos, se convoca a detenerse especialmente en ellos. Y tales errores nos llevan a lo que sospechamos: la falla esencial que caracteriza toda práctica ideativa y toda actividad humana. De ahí que el papelito con la fe de erratas le confiere a todo libro una gravedad inusitada, incluso si su tema²

2. Pienso, por ejemplo, en los libros de Ernesto Laclau. Sus temas, de alguna manera,

He aquí lo que se leía: “como lo hizo la socialdemocracia europea con Blanqui, el nombre de Cooke había sido *apoyado* en las espesuras peronistas de la ritualización”. En cambio, esto es lo que debió leerse: “como lo hizo la socialdemocracia europea con Blanqui, el nombre de Cooke había sido *apagado* en las espesuras peronistas de la ritualización”. En cursiva van las dos palabras protagonistas de la errata. Como se ve –*apoyar* por *apagar*– el sentido se desliza hacia su contrario por el simple imperio de una confusión de dos letras en una palabra manuscrita.

Medité largamente en este embrollo, que a nadie iba a interesarle. (De hecho, nadie me comentó el escrito, ni su error, que lo arruinaba casi completamente, ni su misma existencia)¹. En esencia, el problema era doble: primero, sobre el modo en que se leen los diarios y el peso vital que tiene lo que allí queda escrito (y por consiguiente, el modo en que se ejercen los compromisos de lectura). Y segundo: sobre lo que allí se afirmaba como problema histórico y memorístico, es decir, el olvido de un nombre entrelazado y perdido en una época aparentemente ya “cerrada”.

Confirmando en primer lugar una enseñanza: todo lenguaje es peligroso, no pierde oportunidad de sacar provecho de los nudos donde un corrimiento o un resbalón cualquiera muestran una alteración de sentido. Es que quizás las palabras surgen de una palabra común, un fonema originario que fue olvidado y que de tanto en tanto reaparece como broma o como yerro absurdo mostrando el trasfondo único que tendrán todos los vocablos. Lo que parecería una travesura de las formas técnicas de transmisión (la errata, el furcio, el trabalenguas, el *lapsus linguae*, etc) no sería sino una manera asombrosa de permitir que aflore el núcleo perdido y primordial de la lengua. De ahí el peligro de la lengua, que para ser hablada debe suturar esos núcleos malditos por los que a través del error (o *errata*, si estamos ante los grafismos impresos) aflora la verdad íntima de las lenguas.

Esta verdad suele ser arrasadora; es el precio que pagamos por saber, por una remisión absurda, que habría una fuente originaria del habla. Y ella altera el horizonte de comprensión actual al romper sus acuerdos implícitos. ¿De qué me sirve festejar que en los arcanos del idioma castellano el *apagar* puede remitirnos a un sonido sensible semejante a *apoyar*,

1. Está por escribirse la embrollada vicisitud fenomenológica del colaborador de periódicos: el comentario que recogen las “intervenciones” periodísticas (incluso con la adopción del extraño concepto de intervención, que hubiera horrorizado al Sartre de *Qué es la literatura*), frecuentemente es algo así como “te leí”, sucedáneo del que recogen las intervenciones televisivas, el ya célebre “te vi”. Habrá que pensar si este predominio de la acción lecto-visual sobre la textual-enunciativa conforma un cambio de la idea existencial y cultural, marchándose así desde la clásica civilización forjada por la opinión de ideas hacia la civilización forjada por las técnicas de captación de presencias momentáneas del ser en una doxografía que incluso puede ser “medida”, como dicen los encuestadores, en términos de centimetraje y minutos de uso del tiempo televisionado.

que es su antónimo? La gracia arcaica que de aquí dimana, y la suave risa que provoca la tonta anomalía, también obstruye los convenios de entendimiento del presente. ¿Acaso no tenemos bien en claro que algo del mundo compartido quedaría alterado si de repente comenzamos a usar indistintamente *apoyar* y *apagar*?

Sin embargo, se dirá que exagero un vulgar episodio de errata tipográfica al darle el generoso alcance de un peliagudo dilema lingüístico. Pero por la misma razón anterior, no creo que haya que desinteresarse de las relaciones entre el error y la errata, el primero con su *hamartía*, dramática señal ontológica, la segunda con su realidad ligada a un mero traspie técnico. Desde luego, mucho se ha dicho sobre la errata y su fundamental papel en la organización social del significado. La errata, dado que es un nombre casi técnico, aparece como un esencial consuelo a los hombres que suponen que el error es una categoría moral. Siendo un mero tropiezo mecánico, una adecuada restitución de las maniobras o piezas alteradas bastaría para reponer la verdad. El fallo ocurrido en el interior del propio procedimiento técnico de la escritura —no por voluntad del autor de un escrito— puede ser involuntario y atribuible a somnolientos tipógrafos o a obvios descuidos en los modos de transcripción instrumental.

No es difícil reparar en la función que jugaban las obleas o volantines que se solían adjuntar en los libros conteniendo su “fe de erratas”. ¿Quién habla allí? ¿El libro, el editor, el Tipógrafo General de la Creación? Es evidente que es una oración penitencial, hecha a posteriori del tipógrafo-editor, que viendo mancillado su honor por errores de tipeo que quedarían fijados para siempre en el acabado *perennis* del libro, pide absolución con esa plegaria de última hora. El resultado es que esa puntilliosidad llama la atención a los lectores, que es lo primero que leen en un libro, percatándose de faltas que de otra manera no notarían. Invitado a una lectura pérfida, el lector de la fe de erratas sabe lo que hace cuando acepta el convite. Va a buscar la página indicada del error (el libro lo leerá quizás después) para solazarse y descubrir, en lo que parecía el candoroso mundo de la lectura, lo insondable de una caída.

Este ofrecimiento a leer un libro desde sus erratas podría entonces pasar a ser una parte capital de la investigación sobre la relación entre las impensadas imperfecciones técnicas de un texto y sus vacilaciones morales o conceptuales. Así, al llamarse la atención sobre los errores ya cometidos, se convoca a detenerse especialmente en ellos. Y tales errores nos llevan a lo que sospechamos: la falla esencial que caracteriza toda práctica ideativa y toda actividad humana. De ahí que el papelito con la fe de erratas le confiere a todo libro una gravedad inusitada, incluso si su tema²

2. Pienso, por ejemplo, en los libros de Ernesto Laclau. Sus temas, de alguna manera,

fuesen esas mismas fallas presentes en todo acto de sentido practicado por los hombres.

Ninguna de las posibilidades de este accidente tenía yo en la cabeza cuando escribí esa frase: “*como lo hizo la socialdemocracia europea con Blanqui, el nombre de Cooke había sido apagado en las espesuras peronistas de la ritualización*”. ¿Y qué tenía en la cabeza? Probablemente algo que estaba errado, pero se trataba de un error existencial, un error cuyos alcances habría que buscar en la misma biografía intelectual de uno, en sus preferencias declaradas, en sus visiones borrosas, en sus programas macilentos o diáfanos de lectura. Difícil de detectar ese error, porque el impulso con el que podríamos encontrarlo pertenece al mismo tejido que provoca la falta. Es que al citar a Blanqui del modo en allí se leía, estaba invocando “una conocida” indicación de Walter Benjamin en las “Tesis sobre la historia”, pues es él el que afirma una culpa oscura y trágica en el modo en que la socialdemocracia alemana (y el socialismo francés) apartaron a las masas del nombre de Blanqui. ¿Pero conocida por quién? Cuando escribimos en nuestros artículos o notas la expresión “el conocido tal o cual” o “el célebre tal cosa”, no hacemos más que dirigir una señal por la cual al mismo tiempo que declaramos que nuestro vínculo con un tema es antiguo, obvio y lo damos por descontado, arrastramos a los pobres mortales que aún no lo conocían al terror insinuante de una obligación: “¿cómo tal o cual cosa era *célebre* y yo no lo sabía?”. Es una forma de inducir a la lectura con la pedagogía de la brusquedad o el desprecio, pero disfrazada de dominio consensual perfectamente establecido. (Quizás lo que entendemos por labor universitaria se reduzca finalmente a eso).

Lo cierto que en nuestros compromisos de lectura de las dos últimas décadas ese escrito de Benjamin figuraba en la primera fila de nuestras vocaciones citadoras, y aún se lo escucha –lógicamente, entre el puñado de personas, ni muy angosto ni muy extenso que se dedica a estos temas– a pesar de que ya atravesamos en nuestro país ciertos llamados a la prudencia³ respecto a las avalanchas citadoras que repentina y cíclicamente

son esas erratas que hacen las veces (involuntariamente) de una imposible saciedad de sentido.

3. Pienso en un artículo de Beatriz Sarlo llamando a “olvidar a Benjamin”, sobreentendiendo en esto, según creo recordar, una necesaria moderación respecto a la jerga y lugares comunes que una abrupta disposición lectural “benjaminista” había provocado. Ese cruce con el momento del “olvido” sería aplicable a cualquier estrategia de lectura respecto a las obras que se van introduciendo en los planes de lectura universitarios. Aunque probablemente no haya que llamarlo así, “olvido”, si lo que se quiere decir apenas es que hay que leer fuera del cumplimiento funcional de las ansiedades del tesista o del citador de circunstancias. También hay que reflexionar sobre la propia disconformidad que puede sentir el introductor de tal o cual lectura en un ambiente yermo, y que luego se siente sorprendido e incomodado cuando esa lectura prolifera. Su “éxito” lo desconsuela.

desembarcan en nuestras monografías, tesis y exposiciones. En mi caso, escribiendo para un diario, iba a suprimir cualquier referencia a Benjamin pero introduciendo luego el nombre de Cooke, mi héroe. Acataba así la disposición escritora que caracteriza el “escribir en un diario”. Por un lado, se trata de la habilitación especial que tenemos para suprimir citas, orígenes presuntamente “altos” o meramente “académicos” de un tema, y por otro lado, para adjuntar traducciones “nacionales” al mismo problema enunciado por un autor “célebre”. Célebre pero omitido. Yo no había mentado el nombre de Benjamin, pero sí una cita suya “muy conocida” (nuevamente: *conocida* por los que en los últimos tiempos se dedican al tema, que no fueron pocos, pero que evidentemente no eran todos los lectores de un diario, incluso, como *Página/12*). Y luego, con esa cita muy conocida, transformada a esa altura en clave para entendidos, me había dirigido hacia el nombre de Cooke, plenamente perteneciente al panteón político de la memoria nacional, pero para asimilarlo al problema de Blanqui: había sido olvidado por un movimiento de época, voluntario o no, que se estaría expresando en composiciones partidarias como las que eventualmente se daban cita en ese Congreso Justicialista realizado en la localidad de Lanús en enero de 2003. La asimilación vicaria de un tema “prestigioso” a otro de alcances “locales” constituye también una de las esencias retóricas del periodismo.

Invito al lector, ahora, a ver si efectivamente es lo mismo el olvido (*apagar el nombre*⁴, había puesto yo) de Blanqui por parte de los socialdemócratas europeos, que el olvido de Cooke por parte de los peronistas argentinos. Concibo en primer lugar la presunta semejanza de esta acción de olvidar, con esa clase de complicado y pesado telón que se corre, bajo nuestra general inadvertencia, y que nos descubre cuando termina el chirrido de las poleas que al fin “estamos en otra época”. Para Benjamin, es evidente que la voz de Blanqui tiene algo de sagrada, o directamente lo es, al plantear lo político como una manifestación agonal súbita de un sentimiento redentista. “¿Qué escollo amenaza la Revolución de mañana?” –había escrito Blanqui⁵. “El escollo dónde se quebró la de ayer: la deplorable popularidad de burgueses disfrazados de tribunos... ¡Ledru-Rollin, Louis Blanc, Lamartine...! (...) ¡Lista fúnebre! Apellidos siniestros, escritos en caracteres sangrientos sobre todos los pavimentos de la Europa democrática”. Ese sentimiento de vindicta y de furia llevaba a condenar toda la “lista fúnebre” que incluía los nombres de la burguesía. Y con ese nombre, agrupaba a todos los enemigos políticos que escribían programas que luego desconocían, apartan-

4. *Borrar*, sin duda, hubiera sido muy brusco, *olvidar* hubiera sido muy “teórico”.

5. Este párrafo está citado por Miguel Abensour y Valentin Pelosse en su estudio preliminar a la edición argentina de *La eternidad por los Astras*, de Auguste Blanqui. Ed. Colihue, Buenos Aires, 2002.

do al pueblo esclavizado de su verdadera salvación, que era la toma de las armas: "quien tiene el hierro, tiene el pan"⁶.

Forma tajante de la percepción de los campos políticos, no se trataba tan sólo de escindir con una lógica binaria todo el sentido disponible en un momento histórico dado, sino de recrear un sentimiento primitivo que en su pureza redentora formulara los alcances humanos del sentimiento de resarcimiento revolucionario. Es lógico que cualquier actitud socialdemócrata impugnara pensamientos así figurados, en nombre de la necesidad de darle viabilidad a la lucha social por medio de alianzas, comprobación de la índole de los obstáculos y readecuación de los procedimientos al estambre "moral e intelectual" de las sociedades, que aconsejaba una acción impregnada de parcelas diferentes de tiempo⁷. Se impone casi como una necesidad, dejar el capítulo anterior de la arenga contra la "lista" burguesa en toda su fúnebre extensión, y pasar a otras flexiones de la lucha. Llamamos justamente olvido al movimiento conceptual y espiritual que se produce cuando un dominio intelectual que sea, al comenzar a manejar los hilos idiomáticos de relevo, siente una incomodidad ante el vocabulario anterior o directamente lo deja caer en la inanimación al no ser más requerido. Aún así, nada impide que sea conmemorado o solicitado, no sólo por historiadores y (¡ay!) testistas, sino por los nostálgicos de ese nombre, que pueden reunirse en ceremonias melancólicas o templarias alrededor del emblema omitido. Ya sea para prometer un reintegro, ya sea para que no desfallezca una llama ahora temblorosa, los últimos fieles pueden gozar de su anacronismo justiciero o de su condición de relictos iluminados frente a un presente macizo e innoble, que exonera sin razón.

Pero Benjamin se refería a otra clase de olvido, que tenía que ver con lo que necesariamente supone la forma de la historia. Un olvido predestinado, que encierra en sí mismo las virtudes de la exhalación mesiánica. No se concebía aquí ninguna "política de la memoria", como se formula hoy, pues más bien se asociaba el olvido a una supresión del rastro de una voluntad emancipadora que había sido derrotada. Pero tampoco se llamaba a una "victoria" que como marea complementaria, equilibrara las heridas anteriores y cambiara el signo de las cosas. No, se pensaba más bien en un balance legendario de las sepulturas secretas de los sacrificados, que se realizaría en un único punto esencial de la historia. Ese punto —un

6. Auguste Blanqui. *Instructions pour une Prise des Armes*. Sens & Tonka Eds., París, 1973.

7. Cuando Gramsci desea apartarse de la socialdemocracia, no apela a una filosofía del tiempo o del acontecimiento, sino a una revisión del tema socialdemocrático de la "hegemonía cultural" a la luz del uso de la figura del mito y del concepto de Renán, Sorel y Durkheim de lo "moral e intelectual" para sustituir las consecuencias positivistas que podrían extraerse de la idea de "conciencia de clase".

acontecimiento salvador— permitía menos un “arqueo de almas” que una mirada absoluta sobre lo ocurrido en la historia, donde con una extraña transparencia liberadora, se verían con forma de actualidad todos los actos alguna vez sucedidos a la luz de sus contribuciones a una “humanidad redimida”.

No es impropio ver ahora de qué modo esta idea tenía que ver con el concepto de *sosías* de Blanqui. Su teoría astronómica, deducción de la de Laplace, luego de presentar una compleja dialéctica entre lo finito y lo infinito, llegaba a la idea de multiplicidad de la existencia de los astros. Este cosmos infinitamente repetido permitía una reiteración inagotable de entes y formas vivas. Esto conduce a una eternidad por el peso inevitable

de la reproducción incesante de todo lo existente, en cada minucia de tiempo. “Lo que yo escribo en este momento en un calabozo de la Fortaleza de Taureau, lo escribo y lo escribiré durante la eternidad, sobre una mesa, con una pluma, bajo estas vestimentas, en circunstancias totalmente semejantes”. Es claro que éste incesante mecanismo de duplicación inagotable, no tiene un funcionamiento nítidamente discernible. Blanqui piensa en una montaña de arena que se convierte y se vacía eternamente. Lo cierto es que “el número de nuestros sosías es infinito en el tiempo y en el espacio”. ¿Son fantasmas? No, aclara Blanqui. Se trata de una “eternidad actualizada”.

Esto afecta radicalmente a la idea de progreso y hace de cada instante una maraña de actos semejantes que ocurren sin cesar, pero en tiempos no simultáneos, lo que otorga al universo una enloquecida circularidad, el aspecto de un eterno retorno, tanto del todo como de los átomos del todo, de nuestra vida en su totalidad como de sus pequeños gestos imperceptibles. Tal desmenuzamiento, “desde el nacimiento hasta la muerte”, permite una repetición sin fin. Pero una eternidad que no deje de “desenvolver hasta el infinito las mismas representaciones”, está a la espera de un acto que repentinamente quiebre la circularidad eterna y —si cabe— inaugure con su contingencia absoluta —a su vez pasible de repetición infinita— un curso revolucionario⁸.

El *sosías* constituye un hecho, una circunstancia impresionante⁹. Nuestro querido amigo, Oscar del Barco, uno de los filósofos y poetas más relevantes del país, comenta que a Husserl le parecía que era la misma vida

8. Lo que Marx, en el *18 Brumario*, llamó “pesadilla”, poniendo esa forma violenta del sueño como sustituto de la “eternidad” y llamando a romperla con la lectura de su propio texto “periodístico”.

9. Sosia, personaje de la comedia *Amphitrion*, de Plauto. El dios Mercurio le había copiado el rostro temporalmente. Luego Molière escribió una obra inspirada en la de Plauto, y usó la expresión *sosías* de un modo que probablemente permitió que se estableciese en el uso común.

la de Platón y la suya¹⁰. Pero en el caso del sosías blanquista no se trataba de una metempsicosis, de una simulación o de la sempiterna fantasía del doble, sino de una teoría del universo que hacía de cada mónada individual un acontecimiento desdoblado, o mejor dicho, *el propio desdoblamiento infinito como acontecimiento*. Entonces, el sosías blanquista, en sus multiplicadas versiones, “existe en carne y hueso, ya sea en pantalón y traje, ya sea en miriñaque y moño”. Cada momento producido, está ocurriendo infinitamente en multitud de mundos, haciendo que el tiempo no tenga líneas de avance, sino órbitas en que circula cada elemento por su propio presente; pasado y futuro condensado en una sola cápsula existenciaría.

Bien: yo no sé si esto se entiende. Pienso como lo pueden recibir los lectores de esta revista, profesores y alumnos de una Facultad en la que esta bibliografía –llamémosla así– no existe o no está presente con los alcances morales y políticos que tiene. Solo con mucho esfuerzo, Gino Germani llegó a citar alguna vez a Simone Weil¹¹, cuyo itinerario permitía una reflexión radical sobre el propio acto de leer e intentar fundar una vida política e intelectual. Pero es necesario comprender que si algo forma parte de nuestro mundo de existencias lecturales (llamo así a lo que leemos con vocación intelectual y problematizadora, además de cognoscente; aunque sé que es una manera excesiva de ponerle nombre a las cosas, casi sanguinaria), siempre está balanceando como tántalo entre el proyecto de un leer sapiente (“enriquecedor de nuestra vida”) y el de un leer dramático, que siempre está al borde de abandonar la lectura y cerrar los libros porque lo que enriquece en la vida sería otra cosa, la vida misma sin “añadiduras”.

Ahora bien (este *ahora bien* es terrible, pega un bofetón en la frase, nos anuncia que alguien quiere concluir algo, establecer deducciones, resultados, o desviar con mañas el curso de las cosas), creo que Cooke puede ser pensado como un sosías de Blanqui¹². Cooke. John William Cooke: La Plata, 1920, Buenos Aires, 1968. Empecemos por el nombre y las lápidas¹³, ya que de eso estamos hablando. Nombre irlandés, se parece en al-

10. En *El abandono de las palabras*. Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1994.

11. En *Política y sociedad en una época de transición*, en una notita a pie de página. Creo que la consideraba un tipo de literatura testimonial para percibir las condiciones de trabajo en las fábricas. Pero cuando la Weil dice “condición obrera”, no está dando consignas sociológicas sino existenciales y poniendo a aquellas como sus propios pie de páginas.

12. En cierto momento, he sugerido el nombre de Jorge Eduardo Rulli para poner en el lugar “argentino” de Blanqui, si tal dislocamiento contase con la previa simpatía de los interesados. Como en mi caso lo incluí en la dedicatoria impresa de un libro como “blanquista de las luchas sociales argentinas”, Rulli no se mostró muy satisfecho con la comparación. La reciente película *Los malditos caminos*, sostenida por Rulli con un magnífico relato testimonial, permitiría verificar lo adecuado o no de mi aserto.

13. En este caso, inexistentes.

go al de una marca de pantalones¹⁴, como el de Lévi-Strauss, sólo que en éste último caso de manera más pertinente, porque creo que el dueño de la fábrica en California es un pariente de ese gran antropólogo (que para mí, es *lo más*); pues bien, gracias a este *Cooke*, la política argentina adquiere un sabor levemente exótico, una cuota de insurgencia segura de cuño irlandés con gusto al Fergus Kilpatrick de Borges, una intranquilidad que “no me cierra”, según dice la frase que han inventado los profesionales de cualquier lengua en Buenos Aires. No me cierra: la expresión la usamos para declarar que *nosotros sí* sabríamos lo que es un mundo de sentido, que siempre “forma sistema”, conforme el dictado estructuralista en cierto momento de moda entre nosotros. Si “no forma sistema”, caramba, yo, agudo observador del sentido de las cosas, yo, medida de todas las cosas, declaro que tal o cual cosa no me interesa o reclamo el obvio derecho a la disconformidad. Entonces: “¡no me cierra!”. Hacer política en la Argentina, en cierto momento, fue pronunciar esa frase contable, el *nomecierrismo* de las cosas, con el cual designo al mismo tiempo mi actitud alerta, dispuesta a proseguir una historia, y el modo imperfecto en que la realidad produce sus sentidos.

Puedo decir que en lo que concierne a John William Cooke, ese “no cierra” es la forma final que tiene su propia biografía política, su propio ser político. Pero para eso es preciso traducir la desagradable expresión *no me cierra* en otra más sensible, por ejemplo, en la que dice que él era el hombre que *sobraba*, el que estaba *demás*. La peripecia cookiana se establece en una cuña exótica de la vida política nacional. Primero parece cumplir con una figura que conocemos bien, el jacobino¹⁵ de un grupo político cualquiera, que tolera en su organismo central una crispada voz minoritaria que lo sacude con regenerativa utilidad simbólica y garantido candor fáctico. Diputado peronista de 25 años de edad, vota en contra de los acuerdos de Chapultepec en la Cámara de Diputados, sin seguir las decisiones de su bloque. Concluido su período en 1951 (y creo recordar haber leído en el libro que Galasso le dedica a Cooke que hubo un reto a duelo al diputado Arturo Frondizi; duelista, entonces), dicta Economía Política en la Facultad de Derecho (de aquella época, entendamos; Alberto Ciria dice en algún lugar¹⁶ que eran las únicas clases que podían escu-

14. Veo a las chicas por la calle, vistiendo esos *jeans* (¿quién no los llama así ahora?) y me pregunto por el momento en que los lectores que van quedando de *El pensamiento salvaje* y de otras joyas de Lévi-Strauss, cuánto van a demorar para que el último de ellos diga directamente “Levis”. “He leído a Levis”. El “último hombre” es también el último lector.

15. Lo dice Alicia Eguren, su esposa, en un artículo en *Nuevo hombre*, hacia 1972, si no me engaño, titulado “Biografía de John”.

16. Evidentemente, no estoy consultando libros y en este caso y en otros de lo que voy citando, debo aplacar tan sólo a mis recuerdos de lectura.

chase en una Facultad dominada por todo lo que emanaba del bautisterio e inciensario de las derechas católicas actuantes en el peronismo universitario). Pueden consultarse conferencias y artículos del Cooke economista de esa época; desde luego, se basaba en textos afines al nacionalismo económico y no dejaba de citar el “sistema de economía nacional” de List.

Luego dirige *De Frente*, una de las grandes (o más que grandes, dramáticas) revistas políticas argentinas. Salieron 85 números entre 1954 y 1955, y cesa un par de números después del golpe de ese año, cuando Cooke es encarcelado. Esa revista está entre las joyas más elocuentes de la publicística política argentina, y debe ser estudiada como lo han sido *La Montaña* o *Contorno*. Incluso, con esta última sería por demás sugestivo un contrapunto, pues ambas salen en períodos más o menos semejantes, que vistos hoy a la distancia se hacen más compactos, homogéneos. En la demolida penitenciaría de la calle Las Heras –que nos deja la distraída plaza donde hoy las chicas palermitanas toman sol– ante un simulacro de fusilamiento, Cooke escupe a la cara de un oficial penitenciario mientras era colocado contra la pared. En la Argentina de esa época y en la de 1930, nadie podía descreer demasiado de un simulacro de fusilamiento hecho en ese lugar. Esto lo cuenta Richard Gillespie, que en su buen librito sobre Cooke –que estamos siguiendo¹⁷– sostiene perspicaces puntos de vista, quizás más sutiles que los de su libro sobre Montoneros, al que en cambio le seguimos objetando demasiados tratamientos y enfoques.

Luego continúa una historia más o menos conocida, que por supuesto no es totalmente ignorada ni deja de desvanecerse en calma progresión cronográfica. La fuga del penal de Usuahia, que había sido especialmente rehabilitado; la actuación como “delegado de Perón”, quién le escribe la famosa carta –algo así como *su palabra es mi palabra, sus decisiones son mis decisiones, en caso de mi muerte, en sus manos queda todo*–; los crudos intercambios y debates en la correspondencia con el desterrado Perón –correspondencia cuyos volúmenes son un tesoro mayor del tabernáculo laico de la política nacional–; el planteo de la resistencia en el que se reconocen variadas influencias (el yrigoyenismo, la experiencia de los *maquis* en su versión tanto comunista como gaullista, los textos de Abraham Guillén); los diálogos en Cuba con Guevara, de los que surge el muchas veces mencionado informe sobre la realidad e historia del Partido Comunista argentino; sus últimos intentos para que Perón abandone Madrid y se localice en La Ha-

17. Acá sí me permito transcribir el título sugestivo de un libro que ignoro si tiene versión castellana. Se trata de *Argentina, 1943-1976. The National Revolution and Resistance*, de Donald Hodges (University of New Mexico Press). Lo cita Richard Gillespie en su *John William Cooke. El peronismo alternativo*. Editorial Cántaro, Buenos Aires, 1989. Hodges indica allí la influencia de Abraham Guillén en el planteo resistente argentino.

bana; su presencia en algunos de los batallones que defienden Playa Girón –de lo que queda una foto muchas veces publicada, un Cooke rollizo vistiendo un uniforme de miliciano cubano, ni poco convincente ni totalmente integrado a su cuerpo–; su tentativa de organizar un grupo revolucionario en la Argentina que aún conservase el nombre de peronista –época de la que provienen sus textos más significativos¹⁸, escritos con una de las mejores prosas políticas del país, un poco de Ramón Doll pasado por los manuscritos de 1844 de Marx, un poco de Leandro Alem pasado por ciertos giros de Sartre, al que había conocido en 1953¹⁹– y por último, el escrito con el que entrega sus últimas disposiciones ante la evidencia de que la leucemia que padece le deja pocos días de vida. Es un testamento muchas veces citado –Eduardo Rinesi ha escrito unos párrafos hondos sobre esa pieza– en el que prohíbe los auxilios sacerdotales (hay que considerar que tenía estrechos vínculos con lo que ya se insinuaba como la teología de la liberación y los curas tercermundistas) y con un espiritual gesto cósmico-materialista, pide que sus cenizas sean arrojadas al Río de la Plata (eso aún no ha ocurrido)²⁰ y acaso dándose cuenta de lo solemne o augusto del momento saca de la galera una contorsión dolidamente sarcástica ofertando una alternativa: “o sino en cualquier laguna”.

Entre el épico decoro del Río de la Plata y la irrisión rústica de la laguna ocurre el factor Cooke. Dijimos que podíamos calificarlo como el hombre que sobraba. A diferencia del conjunto de los densos folios escritos en nombre la teoría amalgamadora de la “izquierda nacional”, que veía al peronismo y al marxismo como campos a ser integrados un tanto exteriormente²¹, Cooke concibe esos dos territorios desde un interior dramático, como dos habitaciones que se superponen en una casa mal ensamblada pero que ofrece *para él* la única realidad domiciliaria posible. De ahí que elegir uno u otro no solo era imposible como alternativa, sino

18. Puedo recordar ahora el *Informe a las bases*, de 1967, que provocó una verdadera conmoción en los mundillos militantes.

19. Cooke había conocido a Sartre en 1953 en el Congreso de la Paz en Viena. Transcribo un comentario de Juan José Sebreli al respecto: “Simultáneamente Perón enviaba a Cooke al Congreso de la Paz de Viena organizado por Moscú”. Poco tiempo antes, Leopoldo Bravo, embajador peronista en Moscú, se había entrevistado con Stalin para mejorar las relaciones mutuas y firmar un convenio comercial. Sebreli comenta que estos movimientos se inscribían en un juego pendular, que incluía también distintas tratativas con Estados Unidos. En Juan José Sebreli. *Crítica de las ideas políticas argentinas*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2002.

20. Así me lo ha comentado el abogado Luis Alén, indicando además que habría ahora un propósito de cumplir con esa última aspiración de John William Cooke.

21. Quizás las sutiles especulaciones de Laclau sobre el “exterior constitutivo” sean transcripciones a otra lengua expresiva de estos ya clásicos problemas de la política de ideas en la Argentina de los años sesenta.

que esa alternativa debía ser considerada bajo el peso de una elección muy atribulada, en que realizar una escisión entre ambos no sería verosímil antes de reconocer en estado práctico, existencial, la intersección de los dos ámbitos experienciales.

Esta idea de la elección no poco tenía que ver con lo que se había difundido desde los dominios del existencialismo, vista como una libertad situada. Una libertad que lejos de poder ejercerse con la facilidad de quien abandona el mundo burgués “eligiendo” una conciencia sin morada historizada, permanece buscando su libertad en la forma absurda y desamparada de ese mundo biográfico que es el suyo, y que por serlo está “pringado” precisamente de memoria, una memoria “contra” la cual actúo pero que al recibir mi negación queda también en mí como acrecentamiento de lo que era pero *ahora* visto desde todo lo que conozco en mí que puede ser desprendido de mi presencia mundana. Ese desprendimiento no obliga a adquirir nombres nuevos sino a realizar un difícil ejercicio –acto puramente mío, “pues nadie puede comprender por mí”²²–, por el cual los nombres quedan en estado de permutación existencial. Quienes son portadores de un nombre adecuado pueden seguramente no ser partícipes fieles de lo que ese nombre augura. Y quienes son portadores de un nombre impropio, quizás encarnen intenciones de verdad que bajo palabras inadecuadas que sin embargo no afectan su *praxis* (una palabra que Cooke, lector rápido pero interesado de Lukács y Gramsci, emplea usualmente). Claro que *alguien* –el propio trajinador de esa libertad situada– debería cargar sobre sus espaldas la comprensión esencial de este desajuste entre el ser social y el pensamiento, entre la *praxis* y el *nombre*.

Podría pensarse que esa sería para Cooke una situación transitoria, de aquellas que representan paradojas que alguna vez se rompen porque en la historia *está inscripto* el sino de esa ruptura. Es decir, en un momento dado, los peronistas se revelarían burgueses, reformistas o corruptos, quedando su nombre como pellejo vacío, y alguna vez, la izquierda comunista trascendental, recuperaría las raíces sociales de la *praxis* transformadora. Pero ese momento no llegó para Cooke. Podemos conjeturar verosímilmente que nunca llegaría en las condiciones en que se daba esa política argentina que sus ojos presenciaron. Pero además, su propio concepto de *hecho maldito*, en aquella recordada sentencia sobre el peronismo como obstáculo y a la vez augurio de la revolución (“no era revolucionario pero sin él la revolución tampoco ocurriría”), estaba tan implantado en los pliegues de su razón cognoscente historizada, que deja la impresión ineluctable de que con ese concepto “baudeleriano” estaba propugnando un modo perdurable del sujeto político argentino. Todo sujeto está fuera de

22. Sartre, en “La libertad cartesiana”, incluido en su *Situaciones*.

sí pero no puede sino estarlo bajo la movilización analógica de lo que en él se reitera como su mismidad. Por eso, en un sentido general, cada ente o situación de la política esta sujeta a dos formas de obstáculo o de “maldición”: por un lado: cumple con los fines literales que enuncia pero los desmiente con sus prácticas no declaradas; por otro lado: desatiende sus finalidades declaradas pero sus manifestaciones empíricas producen quebraduras en la materia más áspera de la historia. Todo esto se parece a lo que Lukács creía que era el motivo de sus “errores hegelianos” de 1924: una forma de conocimiento romántico-conservadora y una ética práctico-transformadora de izquierda. Cooke es nuestro *real* lukácsiano, aunque sin las incomodidades de aquellas autocríticas. Es evidente, entretanto, que Lukacs pone bajo la forma de una sugestiva autocrítica, lo que siempre pensó y lo que no había dejado nunca de pensar. Era una clave enigmática dirigida a los lectores hegeliano-marxistas-pantragicistas de todo el mundo. Lukács: personaje que hubiera debido estudiar Leo Strauss en su libro *La persecución y el arte de escribir*.

Se dijo que Cooke había leído a Baudelaire y que de allí había extraído su idea sobre lo maldito en la historia. Sea, no vamos a desmentir uno de los más gratos mitos político-literarios de la Argentina de los sesenta. Incluso, hoy, la herencia de Cooke sólo perdura en obras como las de Leónidas Lamborghini, cuyo reciente *Perón en Caracas* –monólogo teatral magnífico y tortuoso, representando por Cristina Banegas en la Librería Gandhi en 1997– tiene el ritmo oscuro, sufriente y solapado de su correspondencia con Perón.

Pero más arriba hemos escrito que Cooke *era el sosías* de Blanqui. En mi chasqueado artículo para *Página/12* (parafraseando a Benjamin sin citarlo, un poco porque convengo que ya es fastidioso convocarlo para el servicio que sea, salvo estricta justificación intelectual; otro poco porque era un diario, y en los diarios no se puede dejar la estela personal del presumido o del ingenuo “último citador” de una especie de taimada “cadena del dólar” de las citas) yo había dicho *que la socialdemocracia alemana había apagado la memoria de Blanqui como los peronistas argentinos lo había hecho con la de Cooke*. Maticemos un poco estos asertos. Blanqui tuvo suficientes opositores en vida entre socialistas y republicanos, aunque Marx no dejó de destinarle una lejana simpatía. Ellos mismos hicieron lo suficiente como para anular su influencia. Cooke, del mismo modo, no hizo más que coleccionar enemigos internos que le hicieron la vida imposible, hasta que en cierto momento un astuto Perón, que ya había dejado de pensar en su muerte, le manda una serie de cartas herméticas pero decididamente fáciles de interpretar: “Hay mar de fondo contra usted y contra Alicia”²³. De modo que

23. En referencia a Alicia Eguren, poeta, esposa de Cooke, gran escritora revolucionaria.

sus enemigos o los que de él recelaban habitaban simultáneos receptáculos de tiempo.

¿Qué es lo que hace que alguien sea “apagado”? ¿Cómo un nombre o el filón de una memoria puede aparecer como huésped patético o indebido en otro momento histórico, o en otra época? O mejor dicho ¿no son las épocas precisamente el resultado de que un nombre se hace intruso? Veamos: nunca sabremos el porqué decisivo que hace que un ente del mundo pierda densidad en el uso real de su nombre por parte de las sucesivas camadas de vivientes. Sobre esto se han escrito, como se dice, “ríos de tinta”. En primer lugar, es lógico que a la muerte de alguien, su recuerdo, tenga todas las invitaciones y oportunidades posibles al ejercicio culpable de un desvanecimiento. ¿Puede impedirlo la preocupación monumental, el reglamento de las efemérides, el sistema de conmemoraciones o la congregación del aniversario? Sí, hasta que los últimos sobrevivientes se hayan retirado a su turno. La memoria posterior quedará a cargo de hombres que protestarán “por la falta de memoria” o más felizmente, organizarán jornadas, debates o evocaciones que poco a poco se harán sospechosas de “no interesar a la juventud”. Entonces, como depositarios de una llama que titubea en lo que se sospecha que son sus últimos resplandores, pueden terminar escribiendo artículos en los diarios donde con citas o sin citas prestigiosas, dirán que una época posterior –ufana de sus poderes– pudo montarse en el olvido de algún venerable nombre anterior. En los *Discursos sobre la década de Tito Livio*, Maquiavelo dice que el primer deber del príncipe es apagar la memoria del príncipe anterior. Pero en contra de todas estas perspectivas, está la memoria mesiánica, por la cual una rememoración inopinada actúa como abertura de los tiempos en dirección hacia la atemporalidad exquisita de una justicia soterrada.

No recuerdo si en la traducción de aquella magnífica pieza maquiaveliana se lee la palabra *apagar*, la que fue soporte del desventurado antónimo que affligió a mi escrito periodístico. Es que en mi caso, esa palabra venía del portugués, idioma en que había leído a Benjamin hacia fines de

Sus artículos en *Nuevo hombre* y otras revistas de la época los recuerdo como una evidencia de la más alta prosa política argentina, cribada de espectaculares denuestos. Cierta vez, al término de una multitudinaria clase de Historia Argentina, bien inmersa en los climas del '73, veo acercarse a la tarima del profesor (yo era el profesor) a una dama de gran elegancia, con un ancho sombrero de ala, un tanto anacrónico pero enormemente sugestivo. El rostro de esa mujer se me pierde pero mis recuerdos eligen forjar una idea de belleza sobria y penetrante. “Bien, profesor”, dijo retirándose enseguida. Era Alicia Eguren. La única vez que la vi. En la palabra *profesor* imperceptiblemente subrayada creí percibir una ligera ironía condescendiente, pero un rasgo evidente de estima. Alicia Eguren fue vista por última vez con vida en la Escuela de Mecánica de la Armada, en 1976.

los setenta en las traducciones de Flavio Kothe, Rubens Rodrigues Torres Filho y Sérgio Paulo Rouanet, entre otros. ¿Quién me mandó preservarla, como oculta coquetería del hombre inmune que de a ratos deja bonachosamente impregnar su idioma por las cercanas reminiscencias de otro? ¿No era más directo y “argentino” poner *borrar*? No, yo quise recordarme de aquellas traducciones. Si ya era difícil comprender el razonamiento por el cual el Congreso Justicialista de Lanús apagaba o borraba la memoria de Cooke “como la socialdemocracia europea la de Blanqui”, el mamarracho invertido que resultaba del canje de *apagar* por *apoyar* no contenía ningún indicio del “contexto” para ser rescatado de un ininteligible marasmo. Eso, si es que hubiera el mortal que se hubiera dado al trabajo de desentrañar la suma de equívocos y de implícitos. ¡Encima, un domingo porteño!²⁴

Ahora puedo decir que si la socialdemocracia *apagó* a Blanqui, es porque no hubiera podido realizar su propio mundo conceptual si no hubiera hecho tal cosa. El siempre comentado escrito de Engels donde pronostica el fin de las barricadas, la posterior obra de Bernstein —que anticipa tantos aspectos de la de Althusser— y en general las consideraciones de Kautsky sobre el imperialismo y lo que para los críticos sagaces correspondía a la “alianza” de la socialdemocracia con el progreso técnico, no dejaban rendijas a la obra de Blanqui. Éste había escrito en *Instrucciones para tomar las armas* que las barricadas debían estar sujetas a un detallado plan organizativo, sin la improvisación de 1830 o 1848. Leídas hoy estas consideraciones se parecen más a *La Eternidad por los astros* que a un procedimiento insurreccional efectivo en las metrópolis industriales. El nuevo cuadro de la sociedad industrial y sus resguardos militares y arquitectónicos llevaban al pensamiento político hacia otras direcciones: grandes partidos de masas, conquistas graduales de ventajas convivenciales, ampliación del aparato legal protectorio del derecho laboral, otros estilos comunicacionales, visiones reparatorias o humanísticas de una sociedad disgregada por grandes eventos bélicos. ¿Cómo cambia pues una “época”? El cambio es un poderoso temblor intelectual y moral que por supuesto adquiere la gramática de una gran interrupción por convulsión espiritual

24. ¡Cómo envidio lo que puede escribir Tulio Halperin Donghi en los diarios! Fijense en el escrito sobre la guerra de Irak, publicado por *Clarín*. En una preocupada reflexión sobre los “tiempos apocalípticos”, quizás se asombra más de lo justificable por “la resurrección de un pasado arcaico”. Pero lo interesante es que antes que intentar explicarlo como hubiera hecho un Bloch o un Pirenne, o un Romero, o él mismo, pone en el corazón del escrito una consideración al nivel de la idea de humanidad (¡como Echeverría, al fin!) y planta una ironía sobre su propia muerte, que es todo lo leve que se quiera, pero nos da a leer una amarga meditación sobre la historia contemporánea al mismo tiempo que una exhibición escrita del *yo turbado* del historiador como *prueba* historiográfica.

extrema, por amplios proyectos de expansión bélico-política, por mudanzas de escenas gubernativas, en general traumáticas, por dislocamientos técnicos que pueden o no ser conmocionantes y que poco a poco generan un lenguaje diferenciado, que las modas se encargan de subrayar con su particular y excitada intuición para apartar lo “atrasado”, lo “anacrónico” o lo “envejecido”. La moda es el dictamen lúgubre por el cual algo es declarado ajeno, ineluctablemente extraño. Pero sin razón y con la fuerza sutil y momentánea de la sin razón.

Desde luego, nada nuevo decimos sobre las doctrinas de las mutaciones históricas. Lo que nos interesa es el *quién* de ese “quién consigue apagar” los nombres conmovedores de la etapa anterior, nombres que, como dice Benjamin del de Blanqui, tenían “una resonancia bronceada que conmoviera el siglo pasado”. A cambio de ello, se le atribuyó a la clase trabajadora la tarea de ocuparse tan solo de “las generaciones futuras” extirpándole el “espíritu de sacrificio”, su sentido emancipador, la posibilidad de captar los ancestrales repertorios derrotados con esas voces que solo parecerían audibles si una actualidad cualquiera renovase misteriosamente la salvadora gravedad del tiempo histórico. Ese “quién” no podría ser meramente la “socialdemocracia”, apenas un producto del juego historizado de las luchas sociales y sus cálculos realistas, sino algo más contundente y a la vez inaprensible. Podría ser, entonces, el mismo sentido de una temporalidad que nunca dejó de *estar ahí* y que a los efectos de lo que estamos garabateando en este *estar aquí* de nuestro escrito, es el propio sentimiento de que hay un *quién* que sobra, que está *demás*, que no se clausura ni tiene alojamiento posible en ninguna temporalidad que sea. Es el testimonialista absoluto. Es el sacrificado que no sabe que contiene ese excedente. Es el hombre que sobra —decimos—, pero no en el sentido que le da Claude Lefort a esta expresión al estudiar el caso Soljenitsin²⁵, sino en el de una pieza de la historia que no tiene hospedaje existencial en su propio tiempo, convirtiéndose así en un criatura doliente y trágica, pero por eso mismo, *sin saberlo* (¿no quiso Cooke ser un buen marxista *en* el peronismo?), encarna la maldición de no pertenecer en su propia biografía, cuyo autorrelato oficial sin embargo es el de un perteneciente. ¿No fundó una organización llamada “acción revolucionaria peronista”? *In partibus*, ya escucho decir a Viñas. ¡Pero siempre estamos en *partibus infidelium*, siempre *demás*, siempre excedentarios, actuando en el sitio indebido!

El hombre que sobra está en estado de *sofías* y su situación no es escindible. Por ejemplo, a veces pronuncio el nombre de Cooke frente a León Rozitchner, gran amigo y filósofo relevantísimo de esta descolorida repú-

25. En Claude Lefort. *El hombre que sobra*. Tusquets Editores, Barcelona, 1980. Bajo el título de *Un homme de trop* lo publicó Du Seuil en 1976.

blica, al que debemos obras notables, incluso sobre el ámbito mismo en que ocurren los hechos que aquí comentamos²⁶, y él, reaccionando enseguida, me dice algo así como que Cooke no supo romper, no supo desprenderse. Ese es justamente el tema. Para León, que lo conoció (y que me ha regalado, legado, un opúsculo con la magnífica intervención de Cooke en la comisión investigadora de los contratos petrolíferos de la Cámara de Diputados en 1964, con un frase manuscrita en la portada que dice “A Rozitchner, con afecto, John Cooke”, letra descuidadamente elegante, sumaria y nerviosa, al sabor de esos días de La Habana, ciudad donde se escribe esa dedicatoria) él debía haberse escindido de la maquinaria que había creado. Las últimas cartas habaneras de Cooke a Perón ya explicitan diferencias radicales, nunca deja de tratarlo en términos de la ceremonia del adiós pero le dice querido jefe y esas cosas del trato oscuramente respetuoso que se le da a la historia a través de ciertas etiquetas aplicadas a los hombres. En 1973, vuelto al país, Perón es preguntado por Cooke (que había muerto hacía cinco años) en una conferencia de prensa. Quién hace la pregunta, creo, era el corresponsal en Buenos Aires de la BBC de Londres. La respuesta de Perón recuerda que entre sus partidarios siempre convivieron distintas tendencias y luego afirma que “Cooke era un prohombre de nuestro movimiento”. Pequeño mendrugo que se le dedica a un rápido recuerdo apagado, dispuesto para un ejercicio del borramiento, sí, pero quizás poniendo el nombre de Cooke como algo que siempre estaba siendo apartado y siempre podía ser “eternamente” mencionado. En ese caso, BBC mediante. Creo que Cooke no aspiraba a la escisión o la elusión del utensilio que había creado con su definición del “hecho maldito”, luego tan utilizada, al derecho o al revés, con ironía o con nostalgia, hasta hoy. Fórmula ingeniosa y contundente, sosías del pensamiento dialéctico, parienta cercana del “exotismo” y la “negatividad del mal” que predicaba en la época el existencialista Oscar Masotta, modesta contribución cookista a la política secular argentina con un vocabulario de ligera resonancia teológica y literaria. Cooke: León: *aquella escisión era él*.

En este drama, podemos considerar entonces que Benjamin es el “sosías” de Blanqui. Se trata de una pieza esencial de sus tesis sobre los pasajes y arcadas urbanas, y de la urbe como mapa barroco de una configuración cósmica y materialista histórica al mismo tiempo. Tenía donde agarrarse, precisamente de *La eternidad por los astros*, no sólo prefiguración de Nietzsche, sino del propio Benjamin. El sosías es el “pasado cargado de

26. *Perón entre el tiempo y la sangre* (CEAL, Buenos Aires, 1986), de León Rozitchner: uno de los grandes libros de filosofía argentina, una profunda meditación sobre las formas de la conciencia subordinada implicadas en la relación entre los hombres.

actualidad” de las *Tesis sobre filosofía de la historia*. ¿Y en nuestro caso cookiano? ¿Cooke *sosías* de qué? Abusando, ya lo dijimos: de Blanqui. Con una ligera reverberación benjaminista, pues los memoriosos recordarán uno de los postreros escritos de Cooke donde dice que al final de las luchas, en el imaginado mundo liberado, cada esfuerzo y hecho realizado recién podrá valorarse adecuadamente, sólo a la luz del resultado eminente obtenido²⁷. Pero si el “estado de *sosías*” es lo que señala hacia *el hombre que sobra* –pues sólo el que reproduce un eco de una presencia en otro espacio, se convierte en un refutador del tiempo al par que en su propia redundancia, no puede ser admitido en ningún sistema–, entonces este Cooke inescindible de su propia maldición²⁸, algo tiene que decirnos.

Por supuesto era un error suponer que el Congreso Justicialista de Lanús pudiese ser juzgado como olvidadizo de Cooke, cuando ese tema no pasaba por la cabeza de nadie. No puede reprimirse una ausencia. En verdad, Cooke había nacido como forma de un olvido: nada más fácil que ignorar que existió, porque en realidad no existió para esa forma de la política justicialista. Por otro lado, expresiones escuchadas en ese Congreso, aludiendo a la “crisis general del sistema de partidos”, no dejaría de ser a su vez *sosías* de la más plena proferida por el último Cooke, el propio peonismo como “expresión de la crisis general del sistema burgués argenti-

27. Dice Cooke: “... algún día cuando culmine el proceso revolucionario argentino, se iluminará el aporte que cada episodio ha hecho y ningún esfuerzo será en vano, ningún sacrificio será estéril, y el éxito final redimirá todas las frustraciones”. Sin forzar las cosas, (¿ y porque no forzarlas, no es *eso* comprender?) puede verse aquí un ramalazo del fraseo benjaminiano: “Sólo una humanidad redimida ha de asumir todo su pasado”; o bien: “Sólo en una humanidad redimida el pasado se hace citable en cada uno de sus momentos”. Cooke había proferido aquellas sentencias en su bien conocida conferencia de 1964 en la Federación Universitaria de Córdoba, titulada *El retorno de Perón*. Comenzaba diciendo: “Tal vez en la primera charla de un ciclo que tiene por tema el que acaba de enunciar el compañero Kozac...”. Kozac era un importante dirigente estudiantil de la época. Lo he visto muchos años después, en la presentación del libro de Sergio Schmucler *Detrás de un vidrio*, magnífica novela rememorativa. Después me senté frente a él en la cena posterior, entre amigos. En algún momento no me privé de recordarle, ahora que estábamos *ahí*, y éramos más grandes, la nostalgia de aquella frase cookiana. Otro recuerdo: Edgardo Trilnik era un joven estudiante de izquierda –así creo– y a la salida de un acto escolar en el Colegio Nacional Sarmiento (Libertad y Junca!) había sido herido de un tiro por miembros del grupo Tacuara. Año 1961. Luego Trilnik fue, si la memoria no me ofrece su lado traicionero, uno de los miembros conspicuos de la militancia universitaria con la que contaba el grupo de Cooke. Hace poco volví a leer su nombre en el libro de José Luis de Diego *¿Quién de nosotros escribirá el Fucundo?*, pues formaba parte de un grupo de teoría y análisis literario de la Universidad de La Plata, hacia los años ‘80.

28. Podríamos considerar el último y extraordinario film de Leonardo Favio *Sinfonía de un sentimiento* como el punto de vista inverso, desde la “misa cristiana”, de la reflexiones cookistas sobre el “hecho maldito”. La teología mitologizada y martirizada de Favio como reverso, acaso, de la teogonía laica y libertaria, con aires sartreanos, de Cooke.

no”²⁹. Pero verdaderamente nadie tenía porqué mencionar a Cooke. Rendir homenaje, como suele decirse, tal vez, si las circunstancias, esos hombres, el propio país fuera otro. Aunque no parece que el peronismo, por imperio de situaciones bastante obvias pero cuya entera explicación no siempre es fácil de lograr, estuviese nunca en condiciones de reunir las astillas descentradas de su propia historia. Puede ser lo que hace y hacer lo que es precisamente porque esa reunión es imposible.

Creí, no sin un dejo de ironía, que en la edición dominguera de *Página/12*, podía tratar este tema. Con tanta poca suerte, que lo que tenía como motivo mencionar lo que se apagaba de un nombre, salió como lo contrario: lo que se apoyaba en un nombre. ¡Horror! O quizás justo castigo, errata mediante, a la pretensión de querer tratar estos temas sin los recursos de imaginación y adecuación necesarios³⁰. Pero la errata me dio a pensar. En primer lugar, está la soberbia de achacar olvidos al presente cuando sería mejor estudiar en la lógica de ese presente, qué revisa, qué reincorpora y qué debe necesariamente *apagar*, para seguir usando esa palabreja. Luego, se debería pensar bajo qué aspecto y circunstancias “el olvido es necesario”. Quizás el olvido se condensa como memoria retenida en el transcurso de una historia ya inaudible, pero deja siempre vetas de audibilidad que permiten que alguna vez lo retenido se libere. Puede llamarse justicia auditiva a esa liberación, junto al reconocimiento de que no hay recuerdo que no pague el precio trágico de ser una decisión del presente, esto es, un truncamiento que parte de unas pérdidas que *ya han ocurrido*. La memoria es un combate malogrado contra lo que ya ha ocurrido y que no puede dejar de hacerse de un único modo, *como lo que se gana en lo ya perdido*. Mucho menos redentista que Benjamin, pero más preciso, Renán establece el olvido necesario, como una prudente forma de organizar la convivencia colectiva³¹. De nuestra cosecha podemos agre-

29. “Pues las clases trabajadoras no pueden satisfacerse en ese sistema”, continúa el marxista Cooke. Muchos años después, algunas de las traducciones “politológicas” de este problema, pierden la exacerbación que le confería el pensamiento cookista y adquiere el rostro de “la crisis de representatividad de los partidos”, enunciado de prudente advertencia que también se escuchó en el Congreso Justicialista de Lanús.

30. El artículo de *Página/12* se titulaba “Obras completas de Perón”, pero como también fue cortado (ninguna queja aquí, si cada vez que me cortan un artículo periodístico tuviera que escribir una “meditación” en una revista universitaria, me la pasaría “meditando”, en un rezongo inocente y presumido), no quedaba claro de qué se trataba. Quería aludir también al gesto de Duhalde de regalarle a Lula las *Obras completas* de Perón (editadas por Fermín Chávez). Me parecía que un verdadero gesto hacia Lula y el PT hubiera sido mostrar otra voluntad de lectura de esos textos, y problematizarlos en torno a los temas que ahora interesan.

31. Renán dice que “el olvido, y yo diría, el error histórico, son factores esenciales en la creación de una nación, y por ello el progreso de los estudios históricos es con frecuencia

gar la *distracción* (con sus formas retóricas correspondientes: la ironía, la paradoja, el titeo) como una forma fina e intermediaria entre el olvido y la memoria.

Podemos ejemplificarla en las formas de lectura, no necesariamente de periódicos, pero de alguna manera existente muy enérgicamente en éstos. Frente a la tradición literal de la lectura, que es la del estudioso, la del que toma lo escrito como fuente irreversible de conocimiento, podríamos reconocer –entre otras–, la tradición que llamaré desprevenida, desapercibida, apática. La relación entre intereses de conocimiento y escritura debe ser de aquellas en la que siempre quede una zona de desliz o de errata, prevista menos en lo escrito (¿qué escrito no quiere ser leído, comprendido, adoptado, citado?) que en la actitud de la subjetividad lectora. Es aquí donde reintroducimos el caso de las escrituras periodísticas, que gozan de una tolerancia mayor cuando su significado primero choca con otras evidencias establecidas. Solemos tratar esa disparidad entre la lectura literal y la lectura distraída a favor de esta última. Y abandonamos con un despreocupado descarte el tramo que nuestra lectura siente extraño o inconducente. Bien lo saben las redacciones periodísticas, caso dramático del pensamiento por conquista, en el cual nada se debería hacer ajeno al propósito de prender la atención de un lector imaginado dentro de lo que denominados la “tradición distraída”. Pero siempre triunfa un caudal de distracción frente a lo que “realmente” leemos.

Es común escuchar una lánguida queja: “hoy no había nada en el diario”. Es decir, lo leí con atención difusa, abstraída: si leía que Cooke había sido “apoyado” por el Congreso Justicialista, algo me decía que esa frase estaba equivocada, pero era mejor desentenderme del asunto. ¡Qué Cooke ni Cooke! No soy conejillo de indias de experiencias de escritura en los diarios, donde una erudición fastidiosa se reviste de falsa amenidad. ¡Y en este caso, además, fracasada por el oscuro espíritu justiciero de una errata involuntaria! De este modo podría reaccionar la lejana encarnadura del lector universal abstracto.

Si existe el periodismo, es para asegurar la comprensión grata, momentánea, por “breve inmersión”, de unos acontecimientos que –todo lo intensos que puedan ser–, confían en nuestra adhesión leve y olvidadiza. Al punto que la sabiduría del kiosquero argentino ha sabido exhibir la carne más perseverante de la historia al invitarnos a comprar la edición de los diarios que se correspondiesen con nuestra fecha de cumpleaños. Visto desde mi onomástico ¿qué significan el desembarco de Normandía,

peligroso para la nacionalidad”. Párrafos célebres. Dígase todo lo que se desee sobre el conservatismo y los aires de “sabiduría académica oficial” de su itinerario intelectual. Pero ¡qué autor Renán!

el golpe del 55, Cooke en Bahía de los Cochinos o un Congreso político en el Club Lanús? Pero es posible ver estos hechos no desde *mi cumpleaños* sino desde una *antropología de la errata*. La errata, forma técnica del error ontológico (la imposibilidad autobiográfica de comprender todo lo vivido por mí), revela que todo sentido depende de un acto suplementario que ese sentido no domina y que se confirma con la zozobra que produce un error que lo pone en peligro. Al salvarlo del error, sea un error técnico o una *hamartía*, (que sugiere un yerro material pero se proyecta sobre la anomalía entera del ser), recién lo convertimos en una reflexión cuyo sentido efectivo surge luego de la advertencia (o la culpa) de que en su primera forma de presencia muda, estaba incompleto o equivocado. Por eso, acaso deberíamos al fin asociar la forma del sentido que emerge a posteriori de la *errata* o *hamartía*, como un llamado al sosías. Todo sentido o es incompleto y oblicuo, o se constituye como una reiteración abrumada por la culpa secreta de ser una recidiva del original imposible. Así, podríamos decir por fin que todo sentido es sosías o tiene la forma del sosías. Y que también, todo sosías está en estado de sobra, de “hombre que está demás”.

Bajo la estrella del “hombre que está demás”, quizás una variante trágica del literariamente onírico “hombre que está solo y espera”, Cooke escribe la página más dolida de la pasión política argentina. Se le decía *Bebe* por su condición no menos que obesa y su rostro ligeramente aniñado, y cuando en las últimas cartas Perón, que siempre lo trata con respeto y nunca con campechanía taimada o con la ufana distancia que le aplica al resto de sus seguidores, encabeza sus misivas con un *Querido Bebe* (trocando el *Señor Doctor* que usaba habitualmente), quizás quiere indicar que hay de por medio una lactancia política, un grado de inmadurez que podría mentarse episódicamente con un vocablo que sugería la donosa infantilidad de las cosas. Es probable que esta antropología del hombre en demasía, que es supernumerario y está en situación sobrante, retrate la *verdadera* condición del político. ¿Por qué no puede desadherirse de ninguna de sus condiciones superpuestas y en tensión? Porque pertenece a ambas: a la memoria social historizada bajo el nombre de peronista y al sistema de lecturas surgido en el rastro de la cultura humanista-marxista de los siglos XIX y XX. No puede desarmar su propia maldición, compuesta esencialmente por la incapacidad de poder formar parte de los módicos panteones, meros arquetipos abstractos, que forman las menciones iconográficas de los partidos clásicos argentinos.

La *maledictionis* cookista no tiene quién la aloje, ni puede ser alojada por nadie. Quizás era un error decir que el peronismo había sofocado su nombre, como el de Blanqui fue sofocado por la socialdemocracia. Esas cosas no ocurren así aunque sea válido decirlo así. (La validez del decir va al choque de lo que ocurre realmente en una historia.) En realidad estas

situaciones existen para posibilitar que la queja por todo lo que se apaga en la vida, en la historia o en los compromisos colectivos, sea contemplada por las musas de la elegía. Siempre alguien cae en la tentación de decirlo así, porque el lamento por el olvido es un género reparador que pone paréntesis que también son fugaces y no se atreve a pensar en el opaco vacío de memoria que se explaya cuando él cesa de convocar al recuerdo. Por eso, no podemos dejar de sentirnos habilitados para abrir el cofre del osario, pero sabemos fatalmente que no podemos estar siempre allí como llama votiva. Si hay llama, se prende para cada vez y ante cada situación.

Creí que era posible invocar nuevamente a Cooke –sus cenizas en la memoria, y en este caso me atrevo a decir en mi propia memoria– a propósito del reciente Congreso Justicialista. Imaginé, pues, unos pensamientos elegíacos para un evento de la política cotidiana nacional, escrito para un diario del domingo, pensando también en Blanqui. Juego del sosías entre los dos hombres. El error de publicación que comenté al comienzo de este artículo (una palabra reemplazada por su antónimo) quizás fue un escarmiento por haberme entregado a la soberbia del implícito y de la cita secretamente alusiva. ¡Cómo se habrán reído los que lo leyeron y saben de la *hamartía*! Vergüenza: se invocaba y al mismo tiempo se “apagaba” por la *hamartía* la cadena de las “ojeadas retrospectivas”, esa recordación colectiva tan necesaria como esquiva. Sabemos que la precisamos pero nunca estamos seguros del momento en que debe ser esgrimida. Además, puede sucumbir con el imperceptible desgarrón de un vocablo dado vuelta como un travieso bolsillo. Levantarlo puede implicar entonces un largo artículo, y quizás una breve risa que recaiga sobre su pobre autor.



El Secreto y la política

*Oscar Landi**

CLARIDAD Y OSCURIDAD

Supongamos por un momento que en una sociedad se develan al mismo tiempo todos los secretos que encierran las vidas privadas, públicas y políticas de sus habitantes. El efecto que se puede prever de este suceso, es el de la implosión en innumerables fragmentos de su sociabilidad.

Toda sociedad se compone de una mezcla variable de evidencias y de secretos, de cosas dichas y cosas ocultadas. Como plantea George Simmel, no podría existir la sociedad sin una cuota de secretos. El filósofo plantea,

* Oscar Landi fue Profesor de la materia Cultura Popular y Cultura Masiva en las Carreras de Ciencias de la Comunicación y de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

además, que estamos hechos de tal manera que no sólo necesitamos una determinada porción de verdad y error como base de nuestra vida, sino también una mezcla de claridad y oscuridad, en la percepción de nuestros elementos vitales. Penetrar claramente hasta el fondo último de algo es destruir su encanto y detener la fantasía en su tejido de posibilidades; de cuya pérdida no puede indemnizarnos realidad alguna.

El secreto –presente tanto en relaciones familiares como en el funcionamiento institucional– generó desde tiempo inmemorial mitos y esperanzas asociados con su posible develamiento: acceder al secreto de la felicidad, de la esfinge, de los símbolos... Todo parece encerrar su secreto, hasta las cosas inanimadas.

Aquí no nos ocuparemos de los efectos funcionales de ciertos secretos y su develamiento, sino de los de otro de tipo: los disruptivos. Me refiero a silencios activos en la vida política, a pactos secretos que llegan a un punto de saturación, de fricción con la experiencia vivida de la gente, que se ponen al descubierto no sólo porque se accede a sus contenidos particulares, sino principalmente porque se descubren como una gran técnica abstracta de poder, por encima y hasta en contra del espacio público deliberativo prometido en los libros y los discursos inaugurales de un ciclo democrático.

La etapa democrática abierta en 1983 en la Argentina, por ejemplo, presenta una particular vigencia de los pactos secretos entre ciertos dirigentes políticos como eslabones de un complejo curso histórico que, a veinte años de su inicio, desembocó en una gran crisis global del país. Esta técnica de poder no es ajena a toda la historia del país, pero en las profundidades de la subjetividad pública del presente alimentó la sospecha y la descreencia como claves interpretativas de la vida política. Generó una gran fractura subjetiva y emocional entre la sociedad y gran parte de la dirigencia. No sólo se interponen entre ellos las promesas incumplidas, la ineficacia o las mentiras públicas, sino los puntos oscuros, los huecos del silencio y los pactos de trastienda.

Caen entonces los mínimos presupuestos culturales comunes a partir de los cuales se puede generar una discusión entre las partes y florecen los discursos y opiniones en paralelo. Y las más diversas opiniones y explicaciones de la crisis dentro de la sociedad civil misma. No se trata de un problema “comunicativo” entre la gente y los políticos: involucra los fundamentos de la subjetividad pública. La sociedad se acerca al secreto político –cuya existencia ya se supone de antemano– con la actitud del desenmascaramiento y la denuncia, no con la emoción del que espera encontrar las claves de la felicidad o la juventud eterna, sino la confirmación de una operación de poder siempre adversa. La sospecha como clave cultural del siglo XX occidental sale de los presagios de ciertos textos filosóficos y psicoanalíticos y se encarna en la experiencia ruda de multitudes.

Todo esto parece paradójico en un país caracterizado por una intensa

vida pública y por memorables movilizaciones de masas y ocupación de las calles. (Quizá el secreto y la introversión de ciertos políticos actuales en neosociedades secretas, también se estimule por la cercanía de los oídos públicos). Es sabido que la historia se amasa por combinaciones de azares, acontecimientos sociales y políticos que irrumpen desde fuera de la escena, voluntades colectivas, nuevos actores sociales... Pero también –y muchas veces principalmente– toma curso merced a pactos y complots gestados a distancia de la escena pública o en las sombras –ahora en medio del decaimiento de época de la política representativa y el debilitamiento de los estados nacionales sometidos a reglas y situaciones de hechos generados por la globalización financiera.

En este texto se trata de entrar por otro ángulo a la turbulencia visible de nuestra calle, con sus dramas y esperanzas, triunfos y derrotas, intenta reconstruir la historia inmediata fuera de la falacia que dice que lo que no está en la pantalla de televisión no existe. Se trata, en cambio, de los enormes efectos que produce en la experiencia y la subjetividad pública lo que la política ha venido, precisamente, sustrayendo de la mirada, la información y el conocimiento popular en la democracia.

PACTO SECRETO Y COMLOT

El análisis de los pactos y negocios de cúpulas como técnica de poder en la Argentina contemporánea, no parte del asombro frente a la existencia del secreto como tal. Como plantea Elías Canetti, desde siempre el secreto ocupa la misma médula del poder. Ya sea por que se apoye en la cohesión ideológica o religiosa que hace de cemento de sociedades secretas, o sea un componente central del cálculo estratégico que separa radicalmente moral y política, con su manejo de los tiempos, de lo que se muestra y de lo que se esconde, del uso de la sorpresa en el momento apropiado. Estos fenómenos adquieren la fuerza de regla universal inexorable cuando la política se confunde con la guerra.

La Argentina vivió casi toda su vida independiente en la tensión entre, por una parte, la acción decisiva de sociedades secretas y logias y, por otra parte, la aparición de periódicos, proclamas, movimientos intelectuales y otras formas de ampliación de su incipiente espacio público. Las décadas de guerras internas, de alianzas y motivaciones cruzadas entre caudillos, otras naciones y potencias extranjeras, de diversas corrientes de exilios, muestran una historia compleja que comienza a tener un principio de organización como nación en 1859 con el Pacto de San José de Flores, producto del desenlace de una cruenta guerra interna. Esta situación no evitó en el futuro la existencia de movimientos revolucionarios, conspiraciones y operaciones del más diversos tipo.

No trato de hacer –ni podría hacerlo– una historia de este largo plazo nacional, sino de mostrar como nosotros estamos gestados por largos períodos muy alejados de la imagen del nacimiento de un país democrático. Luego de 1930, los golpes de estado, fragotes de cuartel y luchas de palacio, diseñan décadas de alternancias cívico-militares en las que, tanto los pactos de trastienda como los movimientos de resistencia incubados en los pliegues de la sociedad y las grandes irrupciones de masas –los que no están en el horizonte de la realidad oficial– amasaron una historia turbulenta, con una cuota de violencia siempre presente y con un fuerte involucramiento emocional de sus protagonistas y espectadores.

El secreto y los complots no se llevan bien con su posible constancia escrita. En momentos de la revolución de Mayo se le ha atribuido a Mariano Moreno el “Plan Secreto de Operaciones”, quizás una de las piezas fundacionales del género, en los comienzos de un ciclo independentista que recién luego de décadas derivará en la formación de una nación. Los documentos secretos se han sucedido en diversos momentos, pero fueron y son celosamente custodiados y eliminados posteriormente por sus autores. Fueron piezas de diferentes intenciones políticas, autores y lectores potenciales y sentido histórico. La escasez de las constancias escritas y sus autorías anónimas, también generó la difusión interesada de documentos apócrifos adjudicados a los complotados para desprestigiarlos o bloquear una maniobra esperada de los mismos. Son las fisuras y debilidades del documento secreto convertido en arma del adversario. El secreto circula mejor oralmente, incluso a veces no tanto construyendo frases sino mostrando signos de reconocimientos entre los pares, como en las sociedades secretas.

La tensión que tienen el pacto secreto y el complot con la escritura, parece tomar un giro singular en la cultura nacional, más precisamente en la literatura. Ricardo Piglia sostiene que hay un punto alrededor del cual se anuda cierta tradición de la novela en la Argentina: algunas de las escrituras de ficción desde *Amalia* se han constituido alrededor de narrar un complot. Si tenemos en cuenta a algunos de los escritores centrales en el imaginario de la narrativa argentina como Arlt, Borges y Macedonio Fernández se podría decir que es en relación al complot que se constituye su noción de ficción. Sus textos, al decirnos cómo se construye un complot, nos cuentan cómo se construye una ficción. Su ejemplo paradigmático es *Los siete locos*. Nos encontraríamos entonces con que el espacio dónde se encuentran complot y escritura se desplazó a la ficción. El complot real se escribe poco a sí mismo, trabaja con el ocultamiento.

Para Piglia el complot implica la idea de revolución, es un punto de articulación entre prácticas de construcción de realidades alternativas y una manera de descifrar cierto funcionamiento de la política, tanto la presente en la sociedad como la del estado. Complots hubo, hay y habrá en la política argentina; pero aquí nuestro foco es más modesto: el pacto secre-

to. Esta técnica de poder no necesariamente apunta a una revolución, puede tener como función precisamente la de conservar cierto estado de cosas. El complot supone el secreto, el pacto puede ser calificado metafóricamente de complot una vez descubierto, pero no se ajusta exactamente con la definición que tomamos. Además, el imaginario del complot desplazado a la ficción es “positivo”, la novela muestra cómo hacerlo, supuestamente es copiable como técnica y estimula imaginariamente ciertas tentaciones de realizarlo. El secreto no tiene esa posibilidad. Pero la diferencia fundamental es que el complot navega mejor en un ambiente de dictadura, crisis o caos, mientras que el pacto secreto de cúpulas políticas habita mejor los períodos de estabilidad institucional. De esos momentos –no muy frecuentes– tratamos de escribir aquí.

TEJIDOS DE VEINTE AÑOS

El golpe de estado de marzo de 1976 fue una mezcla exacta de complot y ocultamiento. La Junta de Comandantes de las Fuerzas Armadas decidió secretamente en 1975 dar el golpe, una vez que se profundizara el desgaste del gobierno de Isabel Perón. Pero además los complotados decidieron aplicar una metodología de represión extremadamente secreta: la desaparición de los detenidos. Fue una decisión trágica de la que posiblemente nunca pensaron que tendrían que dar cuenta y que llevó a un pacto mayor: el “pacto de sangre” entre los miembros de las Fuerzas Armadas. Fue una dictadura que ejerció una extrema concentración del secreto represivo; aunque desde la sociedad, fundamentalmente las Madres y, con el tiempo, otras organizaciones, fueron denunciando los hechos. La operación de ocultamiento culminó con otro secreto grave y de efectos perdurables: la no información del lugar en que se hallan los cuerpos de los desaparecidos asesinados.

En la transición a la democracia tuvo una gran importancia cortar con el poder tejido en pactos secretos internos al gobierno. Hagamos una rápida recorrida. En la campaña electoral de 1983, el candidato del radicalismo, Raúl Alfonsín, tuvo en la denuncia de un pacto secreto una clave importante de su triunfo en las urnas. A partir de cierto momento, comenzó a denunciar la existencia de un pacto militar-sindical para hacerse del poder. Estuviese o no formalizado este pacto, lo cierto que su denuncia fue, más allá de su posible contenido específico, una fuerte promesa de ruptura con el pasado y de inauguración de un espacio público deliberativo, sin secretos significativos, a la luz del día.

Una vez instalado en el gobierno, Alfonsín debió enfrentar dos grandes herencias: la cuestión militar vinculada a la violación de los derechos humanos y la crisis de un modelo económico vigente por largas décadas en el

país. Ambos problemas se le impusieron más allá de su visión de la Argentina y de su confianza en las bondades de las reglas institucionales democráticas. Pues bien, a los pocos años de la denuncia exitosa de un pacto secreto, un domingo de Pascuas de 1987, el Presidente volvió a la Plaza de Mayo donde lo esperaba la multitud luego de haber hablado con los militares carapintadas sublevados. Su breve discurso de regreso, lleno de huecos y desvíos, evidenció que el pacto secreto de cúpula volvía a la dinámica política argentina, esta vez por obra de su gran denunciante. Los sucesos de ese histórico día fueron leídos posteriormente a la luz de las leyes de obediencia debida y punto final para frenar el juzgamiento de militares. Alfonsín comenzó a perder entonces frente a sus audiencias el lugar de enunciación, de palabra creíble y autorizada, que había obtenido durante 1983.

Luego, el bipartidismo movimientista peronista-radical gestó sucesivos "Pactos de Olivos". En 1989 las imágenes de las conversaciones de Alfonsín y Menem, solos, por los jardines de la residencia presidencial mostraron la escena de los arreglos de la sucesión presidencial, la primera por procedimientos democráticos entre dos fuerzas políticas distintas en la historia del país. Pero la pregnancia de estas imágenes hace que se las pueda ubicar imaginariamente más adelante en el tiempo, cuando se gesta el primer Pacto de Olivos para la reforma constitucional. La gente votó la conformación de una asamblea constituyente, se modernizó y democratizó más la letra constitucional, pero en la opinión pública quedó principalmente que Alfonsín obtuvo la autonomía de la Capital Federal y el tercer senador y, Menem, eje promotor de la reforma y principal beneficiario, la posibilidad de ser reelecto presidente.

El estilo con el que Menem gobernó diez años concentró la toma de decisiones gubernamentales de manera acentuada, aunque durante los años iniciales contó con la autorización delegativa de una parte de los votantes, en una novedosa convergencia entre clase alta y base popular peronista. La legitimación por parte de un sector de la ciudadanía de una política decisionista, borra el significado del secreto como técnica de gobierno. Su posibilidad de ejercicio es entonces intrínseca al estilo político presidencial. Pero cuando las cosas comienzan a empeorar y el mito de la convertibilidad eterna a debilitarse, se va recobrando el interés por los secretos del poder que, en este caso, estaban teñidos de corrupción generalizada e insensibilidad social.

Por su parte, el gran fracaso de la Alianza tuvo luego, desde el punto de vista político, su gran momento inicial en un fenómeno también de la constelación que venimos narrando: las denuncias de coimas en el Senado y que derivaron en la renuncia de su denunciante, el Vicepresidente de la Nación. Estas ondulaciones en las alturas del poder fueron alcanzadas y atravesadas en el tiempo por la creciente crisis económica y un inédito aumento de la desocupación. Fueron miradas desde este resbaladizo terreno.

Hasta aquí nos hemos referido a megapactos secretos en el sistema político argentino; pero en sintonía o no con los mismos, múltiples exponentes –grandes y pequeños– del mundo empresarial y social, conforman anillos cerrados de cuchicheos y guiños, aceitados por el dinero y sus propiedades tan propicias para el secreto. Se trata de la multiplicación de las formas mafiosas de acción de la Argentina fragmentada. La economía monetaria facilita el secreto porque la forma dinero es comprimible en el espacio, a diferencia de los objetos de valor extensos y tangibles; es una condición abstracta y sin cualidades particulares visibles y operable a distancia –atributo éste potenciado en nuestros días por la informática financiera.

Poseer o no un secreto es uno de formadores de la identidad de las personas y de los actores sociales. Es un principio de individuación. Ejemplos: el derecho al voto secreto es un atributo del ciudadano; las sociedades secretas tienen sus estilos y rituales que conforman la personalidad y el reconocimiento mutuo de sus miembros; las mafias se caracterizan por sus códigos; las prácticas corruptas de las cajas de recaudación de dinero partidarias marcan el perfil y los movimientos de sus integrantes.

Los secretos tienen distintos contenidos y funcionan en diferentes direcciones, pero todos poseen una función simbólica en cuanto a la formación de la identidad, tanto de los que los poseen como los que los desconocen y son afectados por los mismos. Simmel plantea que la diferenciación entre sectores sociales lleva a cada uno de ellos a la formación de ciertos códigos propios, que a veces funcionan como secretos frente a los otros sectores y como marcas de identidad. El secreto establece un principio de cohesión dentro de un grupo y de separación del mismo respecto del resto de la sociedad. Habrá que ver cómo los secretos han incidido en las metamorfosis de la identidad y las formas de relacionarse con la gente, desde 1983, de nuestros alicaídos, fragmentados y distantes partidos políticos actuales.

Este conocido trayecto de la democracia argentina afecta la idea misma del pacto institucional legítimo entre distintos sectores de la sociedad y la política. La contamina siempre con la imagen del acuerdo secreto adverso al pueblo, precisamente en un país profundamente fragmentado social y políticamente y que está necesitado de pactos y coaliciones refundacionales, legitimados en su origen y funcionamiento de un modo popular y ciudadano, luego de los fracasos del ciclo inaugurado a fines de 1983.

FRONTERAS MÓVILES

Lo visible y lo invisible tienen fronteras móviles: la transformación de un secreto en un hecho conocido y de un hecho de un personaje público

en secreto de estado, son fenómenos muy propios de los cambios de época como el que vivimos en nuestros días.

Lo que las "segundas lecturas" de la crítica desocultaban tras los velos de ciertas ideologías en el siglo pasado, a veces, hoy es expuesto y exhibido públicamente por sus protagonistas y gestores. Es la irrupción contemporánea de las evidencias del dominio entre clases y países. El gobierno de George W. Bush lo muestra de manera descarnada con su nueva teoría de la seguridad, que postula las necesidades de intervenciones armadas en cualquier país sin ser previamente atacado, fundado sólo en presunciones de que ello pueda suceder, o la creación de un supraministerio de seguridad antiterrorista, orientado por su división del mundo entre el mal y el bien por Estados Unidos encarnado. Hasta se puede decir públicamente que hay que comprar periodistas en el mundo para que hagan propaganda a favor de la política imperial. El ataque terrorista a las Torres Gemelas estimuló un franco curso regresivo en la política norteamericana, comandada por un gobierno belicista y ultraconservador.

Ya no se trata sólo de maniobras secretas o abiertas de la embajada, de Braden o Perón, de escándalos por la llamada telefónica de un diplomático a un ministro del gobierno nacional. Tampoco hay que esperar décadas para poder acceder a un documento clasificado comprometedor del gobierno o la diplomacia norteamericana, su contenido puede estar en el diario de la mañana, en el día.

Esta caída de subterfugios y buenos modales, es sostenida y acompañada en Estados Unidos por el movimiento inverso: la creación de la más grande maquinaria electrónica de control secreto de las identidades, movimientos, gustos, pasado y presente de los seres humanos, y no sólo de los norteamericanos. Estas transformaciones afectan a los temas que durante décadas vienen formando parte de nuestra agenda de la periferia frente al Gran Otro del norte.

Al mismo tiempo, en los últimos años en la Argentina, con la explosión de la pobreza y el hambre diseminados por todo el territorio, los impactantes datos oficiales del INDEC y su dramatización mediática, se produce una ampliación significativa en las condiciones de nuestra percepción: todo parece estar a la vista. Imágenes y porcentajes, la visibilidad ampliada de lo ya estaba presente y fue incubado desde hace años, rodeándonos, tocándonos, sin la necesidad de palabras develadoras que atraviesen los laberintos de los discursos encubridores clásicos de muchos políticos. Las transformaciones entre lo visible y lo oculto que describimos, quizás obligan a la crítica a desplazar ciertos puntos de partida para continuar su necesaria obra, a crear nuevas generaciones de "segundas lecturas", en las disputas por el sentido del aluvión de hechos, evidencias y de pseudoevidencias que vivimos.

La referencia a los pactos secretos, a lo que ciertos políticos sustraen para su beneficio del espacio público, no supone considerar a lo visible como el reino de la transparencia y la verdad. El mundo de máscaras, apariencias y signos corporales que ordenan la intersubjetividad moderna, tiene en filósofos como Rousseau agudos críticos del mundo devenido teatralidad. Precisamente, para ciertos pensadores, la potencial autenticidad del mundo humano se encuentra en el campo de lo invisible, de lo oculto, de lo sometido al velo de las apariencias socialmente funcionales.

La crítica sustancialista de las máscaras sociales tuvo entre nosotros, por ejemplo, a un Eduardo Mallea, en busca del hombre auténtico. A fines de la década del treinta del siglo pasado, en su búsqueda existencial encontró que: "todos los trabajadores del poderoso poema viviente de mi tierra estaban ocultos, sumergidos. Esa riqueza humana incalculable era un tesoro oculto, hundido muchos metros por debajo de la superficie ostensible de la nación". El ensayista sentenció: la peor, la más nociva, la más condenable de todas las personas actuantes en la superficie de la Argentina es la persona que ha sustituido un vivir por un representar. No se trata de un tipo universalmente común, sino de una especie muy nuestra de virtuoso social del fraude.

Mallea esboza por momentos una extensión de la crítica a la vida de puros medios sin fines, propia del teatro de la ciudad, al campo de la representación política. Allí llevan los hombres su inautenticidad. Una espesa ola de estos hombres inundan la academia, las bancas del parlamento, los clubs exclusivos, las oficinas de la administración nacional. Les interesa la representación, no el ser. ¡Qué diferencia con los hombres no ostensibles, los profundos, los subterráneos, los llamados a una existencia trágica en el fondo del pozo que sólo recibe la estrella...!

Para Mallea detrás o paralelamente al mundo de las máscaras sociales, hay otro donde habitan rostros humanos. Distinta va a ser la visión de un Jean Genet, en su obra de teatro *El Balcón*. En este caso, las máscaras de funciones sociales son puestas en evidencia desde una perspectiva fetichístico-prostitubularia, con el telón de fondo de una revolución de masas, barricadas y la violencia callejera insurreccional: no existe el mundo invisible de la autenticidad, sino el vacío del goce y el deseo. Aquí la máscara se ubica detrás del rostro.

Los elementos de teatralidad de la vida social moderna no transforman a ésta en mera ficcionalidad irreal. Son componentes de la formación de la intersubjetividad y la distribución de roles y de los símbolos del poder. En la Argentina del ciclo democrático inaugurado en 1983, la crisis de credibilidad y los puentes rotos de la confianza entre gran parte de la dirigencia (en un sentido amplio) y el ciudadano, derriban máscaras a

partir de la experiencia social que desemboca en nuestros días. La sospecha es la clave mayor del sentido común del argentino. La experiencia se asocia a una trama en la que hace lo suyo cierto periodismo de investigación; instancias del sistema institucional, como algunas comisiones de investigación parlamentaria, particularmente la dedicada al lavado de dinero; denuncias de particulares y de empleados de la administración pública; información que hace circular un sector del poder contra otro en operaciones de prensa. Y ese contrafenómeno de lo escondido que es la “cámara oculta” de televisión.

El secreto y la deliberación a puertas cerradas de los representantes políticos estuvieron presentes del comienzo mismo de la conformación de regímenes representativos, más aun cuando los representados eran sólo los grupos privilegiados de la sociedad. Roberto Gargarella estudia los debates llevados a cabo en Inglaterra y en Estados Unidos en los siglos XVII y XVIII, en torno a las instituciones políticas. En esos años, según este autor, numerosas veces, grupos conservadores y grupos más bien radicalizados se enfrentaron, con el fin de determinar el alcance y el significado de la noción de representación política. En líneas generales, los conservadores sostuvieron que en el ámbito de la política existían ciertas verdades incuestionables y, además, que no todas las personas estaban igualmente capacitados para reconocerlas. Los más radicales, aun cuando pudieran compartir la creencia de ciertas verdades incuestionables, entendían que el conocimiento de tales nociones no estaba circunscripto a una minoría selecta. Las discusiones de los representantes debían estar abiertas al público, incluso, en algunos casos se impugnaba el mismo sistema de representación. Es una historia compleja, llena de matices que el autor citado aborda en su estudio.

La inclinación de la balanza hacia las posiciones institucionales conservadoras y elitistas que se fue dando a lo largo de la historia –a pesar de la ampliación del ejercicio de la ciudadanía conquistada a través de largos conflictos sociales y políticos– no se asemeja a los pactos secretos que nos ocupan. Los acuerdos y transacciones logrados a puertas cerradas por los representantes pueden estar legitimados en reglas institucionales, nos guste o no el procedimiento. En la Argentina de las dos últimas décadas, se realizaron acuerdos secretos y canjes mediante situaciones de hecho, frecuentemente por fuera de los procedimientos institucionales, transversales a los grupos de mayor poder interesados en los mismos.

El secreto toma aquí el tono de la adversidad, en medio de la implsión y fragmentación de la sociedad a representar. La reflexión sobre la representación de la Argentina de hoy debe realizarse sobre la base del reconocimiento de una nueva fenomenología del espacio público; de los procesos de desclasamiento en marcha y las urgencias del hambre; de los nuevos actores y formas asociativas; de las transformaciones en obra de las

culturas políticas; la crisis de identidades y el surgimiento de esbozos de otras nuevas en medio de la precariedad.

Este claroscuro de la vida cotidiana de la gente no tiene destino unívoco prefijado, a pesar de las racionalizaciones y las pedagogías –del *status quo* o de la revolución– que intentan acomodar la turbulencia en el espacio de sus verdades a priori. En otras circunstancias muy distintas, la segunda posguerra del siglo XX, en Francia se dio un debate en el que filósofo Maurice Merleau-Ponty cuestionó ciertas versiones intelectualistas de la conciencia de clase. En uno de sus textos mayores planteaba algo con cierta resonancia en nuestro presente: el error de la concepción que discutimos consiste, en suma, en atender sólo los proyectos intelectuales, en vez de tomar en cuenta el proyecto existencial que es la polarización de una vida hacia un objetivo determinado-indeterminado, del que no tiene ninguna representación y que no reconoce sino en el momento de alcanzarlo. Se reduce la intencionalidad al caso particular de los actos racionales objetivantes. Este idealismo ignora el interrogativo, el subjuntivo, el anhelo, la esperanza, la indeterminación positiva de estos modos de conciencia.

CICLOS Y SECRETOS

No se suprime ni disminuye la concentración de los secretos del poder por decreto. Son necesarios que ocurran determinados acontecimientos sociales y una profunda reforma política que diseñe circuitos de control, participación y deliberación ciudadana que redefinan las relaciones entre el estado y la sociedad, generando un nuevo perfil de democracia cumplido el ciclo de los últimos veinte años.

La política es un campo de mediaciones y como tal debe moverse y contener formas heterogéneas de representación, de ampliación de la ciudadanía. Pero, a pesar de su enorme importancia, la representación no es una palabra mágica ni un bálsamo sanador: se constituye a través de conflictos y nunca podrá ser asimilada al logro de una total transparencia en el vínculo entre el representante y el representado. La política se constituye como una escisión, como un desdoblamiento de la sociedad dentro de sí misma que nunca podrá encontrar un punto de fusión exacto. Pero, además, existe en el mundo humano la dimensión de lo irrepresentable. Y a veces, un hecho o fenómeno político toma forma irrumpiendo por sorpresa, desde afuera del horizonte discursivo vigente en un momento dado.


Las culturas políticas teñidas por sospecha y la ruptura de la confianza en los políticos, debilita el contrato de base que construye este orden "artificial" que es la democracia moderna. Los pactos secretos del poder ac-

túan entonces afectando el núcleo mismo del “nomos”, del nosotros que nos constituye en una nación, en una comunidad contenedora de la diversidad y campo del ejercicio de los conflictos de intereses.

Muchos de los fenómenos narrados en estas conjeturas se alinean con transformaciones de época en el mundo occidental, pero el sello local de la crisis es evidente. Precariedad, imposibilidad de previsiones de futuro, riesgos de neoautoritarismos, fragmentación social y territorial, poblaciones viviendo en situaciones límites sostenidas en la porción de dignidad que todavía no le destruyeron. En lo inmediato seguiremos asistiendo a la tensión entre los pactos y arreglos secretos del poder y la fuerza de los acontecimientos sociales, con los proyectos que puedan estimular y, sobre todo, con las “indeterminaciones positivas” de las nuevas subjetividades que despiertan.

BIBLIOGRAFÍA

- Georg Simmel. *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Tomo 1. Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires, 1939.
- Elías Canetti. *Masa y Poder*. Alianza Editorial, Madrid, 1987.
- Ricardo Piglia. “Teoría del complot”, en revista *Ramona* n° 23. Buenos Aires, mayo de 2002.
- Eduardo Mallea. *Historia de una pasión argentina*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1984.
- Jean Genet. *El balcón*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1994.
- Roberto Gargarella. *Nos los representantes. Crítica a los fundamentos del sistema representativo*. Edición de Ciepp, Buenos Aires, 1995.
- Maurice Merleau-Ponty. *Fenomenología de la percepción*. Fondo de Cultura Económica, México, 1957.
- Eduardo Rinesi. “Estudio Preliminar” a *Carta a D’Alambert*, de Jean Jacques Rousseau. Arcis- Lom, Santiago de Chile, 1996.



El movimiento de trabajadores de empresas recuperadas

*Héctor Palomino**

INTRODUCCIÓN

El impacto social del movimiento que protagonizan actualmente los trabajadores de “empresas recuperadas” se relaciona menos con su magnitud (involucra a un centenar de empresas y poco menos de ocho mil trabajadores) que con sus dimensiones simbólicas. El movimiento incide considerablemente sobre las expectativas sociales al proponer una solución original para los afectados por la inédita situación de pobreza y de-

* Héctor Palomino es Profesor Titular de Relaciones de Trabajo, en la Carrera de Relaciones de Trabajo de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. El equipo de trabajo que coordinó Héctor Palomino incluye a F. Alippe, I. Bleynat, I. Fernández Álvarez, S. Garro, C. Giacomuzzi, I. Lascano, L. Pogliaghi, G. Rahjer e I. Yuchehen. También colaboraron Ernesto Pastrana y Silvia Agostinis.

empleo que afronta nuestro país. Pero que esta solución involucre la redefinición de las relaciones entre capital y trabajo y ponga en discusión la vigencia irrestricta del derecho de propiedad, constituye un cambio de proporciones que no se limita a la esfera cultural, sino que incide directamente sobre el sistema institucionalizado de relaciones laborales, al proporcionar a los trabajadores una nueva herramienta de presión y negociación frente a los empresarios. Éstos se ven inhibidos de aplicar plenamente su capacidad de disciplinamiento sobre las fuerzas del trabajo que se había acrecentado durante los '90 a favor del creciente desempleo.

La visibilidad pública del movimiento es reciente y se vincula estrechamente con el período abierto a partir de la crisis institucional de diciembre de 2001. Sin embargo, los primeros casos registrados de recuperación de empresas por los trabajadores se remontan a la segunda mitad de los '90, e integran el repertorio de las variadas acciones de respuesta social al modelo neoliberal en esa década. Y si se toman en cuenta las modalidades de organización del movimiento, en particular la autogestión, podrían remontarse sus antecedentes hasta principios de los '80, como respuesta a la primera "oleada" del proceso de desindustrialización impuesto por la política económica de la dictadura militar de 1976-83. Muchos de aquellos esfuerzos quedaron en el camino por el nuevo giro de los '90, que al reinstalar con fuerza el modelo de apertura comercial "importadora" asestó un nuevo golpe a la industria local orientada hacia el mercado interno y obligó al cierre de numerosas empresas, incluyendo las que tempranamente habían comenzado a autogestionar los trabajadores¹.

LA DIVERSIDAD DEL MOVIMIENTO

¿En qué momento nace el movimiento? Si bien su identidad y su presencia pública se fortalecieron a partir del 20 de diciembre de 2001, sus orígenes son previos y se sitúan en la segunda mitad de los '90, en el seno del segundo ciclo de protestas contra el modelo neoliberal implantado en

1. La primera etapa de esta investigación iniciada en junio de 2002 tuvo carácter exploratorio. En ella se realizaron 40 entrevistas cualitativas con trabajadores e informantes claves de 10 empresas "recuperadas" de Capital Federal, Gran Buenos Aires y Rosario, abogados, legisladores porteños y nacionales, dirigentes sindicales y funcionarios públicos. También se incluyó la participación en una docena de eventos –conferencias, asambleas, mesas redondas, debates de comisión parlamentarios– en las que participaron varios de los protagonistas de las empresas recuperadas, y que permitió contactar a los entrevistados individualmente o en grupo. Además de la información recogida en las entrevistas y observaciones, se incluyó en el análisis una serie de textos de leyes y proyectos de leyes, material periodístico y de difusión audiovisual. En este artículo se sintetizan las conclusiones surgidas de un análisis preliminar del material recogido en la exploración.

esa década². Esa es la época en que emergieron diferentes respuestas sociales contra los efectos de funcionamiento del modelo, que van desde piquetes hasta clubes de trueque, y en las que puede incluirse también la formación de una nueva central sindical, CTA, de carácter precisamente "movimentista".

Una de esas respuestas fue protagonizada por trabajadores que afrontaban la posibilidad de cierre de sus empresas afectadas por la importación y/o por sus dificultades de exportación en diversas ramas de actividad: frigoríficos, textiles, tractores, acoplados, metalúrgicas, plásticos, etc. Varias de esas empresas se encontraban en procesos de quiebra, o en convocatoria de acreedores, o directamente habían sido abandonadas por sus propietarios, incluso sin haber procedido al cierre formal de los establecimientos. En general la crisis en cada empresa fue precedida por la ruptura de los contratos de trabajo, traducida en disminuciones de sueldos y salarios, el pago en vales, la carencia de aportes previsionales, etc. En un contexto de creciente desempleo, los trabajadores se vieron obligados a aceptar estas condiciones de precariedad contractual para preservar sus puestos, pese a lo cual debieron afrontar la situación límite del cierre de las empresas. Los trabajadores, situados en la posición de damnificados y acreedores de estas empresas en crisis, se organizaron de manera relativamente autónoma para tomar a su cargo la producción, estableciendo acuerdos con proveedores y/o clientes que les asegurara un cierto capital de trabajo para el funcionamiento, y acordando para sí una retribución mínima semanal o mensual, generalmente combinada con pagos en especie o mercaderías, casi en el límite de la subsistencia personal y familiar. Al mismo tiempo buscaron definir un nuevo régimen jurídico de las empresas que, aún transitoriamente, les proporcionara una protección legal.

En estas experiencias previas a diciembre de 2001, por lo general los trabajadores adoptaron la figura de cooperativa, aunque en algunos casos mantuvieron la forma legal de la sociedad comercial establecida anteriormente, y en otros casos llegaron a acuerdos con la patronal para incorporarse como accionistas de las empresas. Aunque la adopción de estas diversas figuras jurídicas puede reflejar en parte diferentes orientaciones ideológicas de los trabajadores o el grado de conflictividad de la situación previa a la recuperación, fue inducida sobre todo por la necesidad de pre-

2. En las protestas contra el modelo neoliberal registrados en la pasada década pueden distinguirse dos períodos: en la primera mitad de los '90 se localizan diversos movimientos orientados como respuestas contra su "instalación", mientras que en la segunda mitad emergieron novedosos movimientos orientados contra los "efectos" de funcionamiento del modelo. Véase Héctor Palomino y Ernesto Pastrana: "Argentina ¿después? del diluvio. Los nuevos movimientos sociales", en Fernando Calderón (editor). *¿Es sostenible la globalización en América Latina? Debates con Manuel Castells*. En prensa.

servar la continuidad de funcionamiento de las empresas en un contexto económico y cultural muy diferente al actual. La continuidad de la forma jurídica previa de la empresa respondía a la necesidad de sostener los créditos bancarios, o el flujo de pagos con proveedores y clientes, o simplemente la necesidad de mantenerse dentro del circuito de intercambio formal de la economía. Incluso la adopción de la figura de cooperativa respondía sobre todo a la necesidad de constituir un sujeto jurídicamente responsable de las transacciones económicas y financieras de las empresas³, recurriendo a una forma organizativa que cuenta en Argentina con un desarrollo secular y un marco de regulación estatal consolidado.

A partir de diciembre de 2001 el cambio del contexto institucional y del clima político cultural favoreció el desarrollo de estas experiencias, estimuló su articulación recíproca y también con otros movimientos sociales como el de los “piquetes” y las “asambleas” barriales, y suscitó el apoyo de partidos políticos, parlamentarios y funcionarios estatales –nacionales, provinciales y municipales, e incluso de sindicatos. Este nuevo contexto permitió la incorporación en un “movimiento” –reconocible por sus integrantes y por la opinión pública– tanto de trabajadores que encararon nuevas experiencias y la exploración de nuevas figuras jurídico-sociales, como también la incorporación “hacia atrás” de trabajadores cuyas experiencias se habían mantenido hasta entonces relativamente aisladas y poco visibles. A estas experiencias comenzaron a sumarse las de diversos grupos sociales que a través de la ocupación o “toma” de locales abandonados por sus propietarios, buscaron poner nuevamente en funcionamiento herramientas y máquinas mediante la organización de nuevos colectivos de trabajo.

Resulta necesario deslindar el desarrollo secular de la economía social en Argentina, en particular el de las cooperativas, de este movimiento de empresas recuperadas. Precisamente se trata de un movimiento orientado a evitar el cierre, el abandono, la quiebra y/o la liquidación de empresas por sus propietarios. Esta cuestión marca un sentido central en la orientación del movimiento, con respecto a la cual la forma jurídica adoptada por los trabajadores es de tipo “adaptativa”, es decir, se vincula más bien con la oportunidad, la necesidad o las circunstancias de la amenaza de

3. Un caso es el de Polimec S.A. donde sus trabajadores “heredaron”, mediante el traspaso de acciones, un concurso preventivo que pesaba sobre la empresa. Otro caso es el de Aldo Maronese S.A., donde los trabajadores lograron que les fuera cedida la administración y se hicieron responsables de resolver el concurso, a cambio de la cesión de las acciones una vez finalizado el proceso. Pero homologado el concurso, los trabajadores no aceptaron las acciones, formaron una cooperativa y obtuvieron la expropiación. Por último, en el caso de IMPA, conservó la figura de cooperativa de trabajo previa a la “recuperación”, registrando sólo un recambio institucional de su consejo de administración.

cierre de las empresas. Como se señaló, en las primeras recuperaciones registradas en el contexto de predominio del modelo económico neoliberal de los '90, las empresas tendían a adoptar la figura de la sociedad anónima como medio de sostener la posición de la empresa en el mercado. Sólo más tarde, cuando el Estado comenzó a reorientar su acción favoreciendo la expropiación preventiva de empresas en dificultades o concediéndoles a los trabajadores su alquiler comenzó a prevalecer la conformación de cooperativas de trabajadores, al tiempo que comenzaron a explorarse nuevas formas tanto en el terreno del tipo de asociación de trabajadores como de las salidas jurídicas vinculadas con las quiebras y liquidaciones de empresas.

Cabe rescatar aquí dos consignas que sintetizan las orientaciones del movimiento: "ocupar, resistir y producir"; "toda fábrica que se cierra, ocuparla y ponerla a producir". A pesar de las diferencias internas, que suelen ser de tipo político, todas estas empresas presentan afinidades. A pesar que en cada empresa no todos los trabajadores se sienten parte del movimiento, en sus tareas cotidianas luchan en pos de un mismo objetivo: recuperar y sostener la fuente de trabajo. Aun cuando no en todas las empresas los trabajadores lucharon y luchan de la misma manera, en todas ellas se encuentran núcleos que se autoidentifican como pertenecientes al movimiento, todas buscan el apoyo de, y lo brindan a, otras empresas recuperadas, y también solicitan el sostén de otros movimientos sociales, de vecinos y hasta de sus familias. Son estas relaciones las que nutren el movimiento desde sus orígenes.

Luego de diciembre de 2001 las empresas recuperadas recibieron el apoyo activo de las asambleas barriales, de organizaciones piqueteras, e incluso de algunos medios de comunicación. Estos apoyos fueron tanto simbólicos, como la firma en cuadernos donde quedan estampadas las adhesiones, como materiales, como la donación de alimentos o la participación en la resistencia frente a las fuerzas policiales. Los abogados que llevan adelante el proceso legal son partícipes activos del movimiento, y su actuación trasciende con frecuencia esa asistencia y se vuelca a las cuestiones de gestión, producción y administración. También es creciente el número de estudiantes universitarios que se acerca para prestar colaboración voluntaria a los trabajadores de estas empresas.

El rol de los sindicatos en la recuperación de empresas no es unívoco: algunos dirigentes participaron activamente en favor de los trabajadores⁴, otros tuvieron una actitud pasiva, y otros fueron aliados de las patronales. Sin embargo, dada la envergadura que alcanzó el movimiento en el curso de este año, se registra actualmente un cambio de actitud, por lo menos

4. Como los de la Unión Obrera Metalúrgica de Quilmes.

en un sector de las cúpulas sindicales⁵. Este cambio refleja el impacto del movimiento en la sociedad, que trasciende considerablemente el escaso número de empresas recuperadas (en relación con el total de empresas del país).

Estos diversos orígenes y experiencias explican las razones por las cuales el movimiento de trabajadores de empresas recuperadas no está unificado, y la competencia entre diversas corrientes, actores y organizaciones por su liderazgo. Algunas de esas corrientes se conformaron tempranamente, antes de diciembre de 2001, como el Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas –MNER–, donde confluyen principalmente grupos surgidos de experiencias que desde su origen promueven la figura de cooperativas de trabajo para la gestión de las empresas. Otras organizaciones que también promueven esa forma jurídica surgieron directamente de sectores vinculados con el movimiento cooperativo, como la Federación Nacional de Cooperativas de Trabajo Empresas Reconvertidas, o la Federación de Cooperativas de Trabajadores. En algunas empresas cuya recuperación por los trabajadores fue estimulada por partidos políticos, se postula su “estatización con control obrero”. Todas estas instancias, y otras que vienen surgiendo, buscan facilitar la coordinación entre los trabajadores de empresas recuperadas y proporcionan asesoría legal, técnica y política para los trabajadores de estas empresas, recogen experiencias, reproducen y difunden la exploración y el aprendizaje de nuevas formas de economía social y solidaria. Otros actores que influyen sobre el movimiento son estatales, como los responsables de otorgar personería legal a las cooperativas que promueven precisamente esta forma jurídico-social para encuadrar a las nuevas empresas, o como los funcionarios encargados de la aplicación de “procedimientos preventivos de crisis” que orientan la solución de los conflictos al ámbito jurídico-laboral.

Quien ha permanecido en silencio, y es por demás llamativo, es el sector empresario. Sólo uno de los voceros del *establishment*⁶ ha salido a plantear un debate sobre el tema, o más bien a cerrarlo, augurando poca vida al movimiento de empresas recuperadas. Pero la mayoría de los empresarios ha guardado silencio sobre el tema. No se puede negar que todo esto

5. El Sindicato Gráfico que no había sido partidario de que los trabajadores de la Imprenta Chilavert fuera recuperada, hoy en cambio apoya a la Cooperativa El Sol que está buscando el mismo fin. En el mismo sentido, en la propia CGT se abrió la discusión sobre el movimiento de empresas recuperadas y la posibilidad de instalar en ella un departamento de cooperativas. Este cambio de actitud es apreciable también en la CTA, cuyo programa reciente (diciembre de 2002) incorpora como objetivo el desarrollo del movimiento en el seno de un área de propiedad social.

6. Se trata de Juan Alemann, que se desempeñó como secretario de Hacienda durante la dictadura militar de 1976-83.

los afecta, no sólo a aquellos directamente involucrados porque eran dueños de alguna fábrica reconvertida, sino porque este movimiento ha tenido un fuerte impacto en las relaciones laborales “formales”. Cuando hoy un empresario amenaza con cerrar su planta, los trabajadores le advierten que ellos buscarán recuperar la fábrica: saben que las condiciones son favorables a este tipo de procedimientos ya que están legitimados por la sociedad y, fuera de casos puntuales, los gobiernos no han puesto trabas en legalizarlos.

EL UNIVERSO DE EMPRESAS RECUPERADAS

La delimitación del universo de las “empresas recuperadas” por los trabajadores plantea algunas dificultades, derivadas en principio de la propia naturaleza del movimiento que los incorpora, compuesto por grupos diversos con orientaciones diferentes. Cada uno de estos grupos incorpora a su corriente trabajadores cuyas empresas se sitúan en condiciones diferentes: algunas de estas empresas fueron “efectivamente recuperadas”, otras están “en vías de recuperación”, otras finalmente se incorporan a alguna corriente a instancias de trabajadores que buscan fortalecer sus posiciones pero de hecho llevan adelante una lucha prolongada, incluso desde mucho antes de la emergencia del movimiento⁷. Aunque no resulta fácil clasificar estas diversas experiencias, pueden precisarse algunos rasgos comunes.

En la mayoría de las empresas recuperadas se constata en el principio una deserción empresaria, que puede ser parcial o total. Si es parcial es posible que los anteriores propietarios se mantengan como asociados en la nueva forma jurídica que adopte la empresa. De hecho las formas jurídicas que sustituyen el régimen de propiedad anterior son variadas, y van desde las cooperativas hasta las sociedades anónimas, aunque difícilmente se agoten en estas formas conocidas, ya que en algunas empresas recuperadas recientemente surgió la demanda de una nueva figura, la “estatización con control obrero”. En cualquiera de estas formas los trabajadores deben tomar a su cargo la gestión de la empresa, por lo que se ven obligados a redefinir su rol dependiente en términos contractuales y subordinado en la organización del trabajo. Esa redefinición se extiende al vínculo con el sindicato, sobre todo en las cooperativas, ya que el pasaje de la condición de asalariado al de socio de una cooperativa implica para los trabajadores una

7. Este es el caso de los mineros del carbón de Río Turbio y de varias empresas vinculadas con la actividad de ese yacimiento, que afrontan un prolongado conflicto derivado de los intentos de privatización en la primera mitad de los '90, y en el que dirimen posiciones diversos grupos sindicales y estatales.

exclusión del tradicional encuadramiento sindical. E incluso en aquellos casos en que los sindicatos promovieron la recuperación de la empresa, deben renegociar el vínculo gremial con los trabajadores.

Sobre las empresas “recuperadas” por los trabajadores se difundieron –y difunden cotidianamente– diversas estimaciones. En la medida que no existe un registro unívoco de estas experiencias, ya sea por la diversidad de figuras jurídicas involucradas en la conformación de los actores, o porque existen varias organizaciones que pugnan por liderar el movimiento, una de las tareas del estudio en curso es elaborar un listado que incluya la mayoría de dichas experiencias.

Actualmente (31-1-2003) llevamos listadas 98 “empresas recuperadas” en funcionamiento o “próximas a funcionar”, aunque no de todas ellas contamos con información detallada sobre su actividad o tamaño. Y aun entre las empresas sobre las que contamos con algún tipo de información, no siempre hemos podido corroborarla a través de fuentes diversas para constatar su existencia actual. Sobre este universo de 98 empresas, se ha estimado la cantidad de trabajadores (esperamos contar en breve plazo con un detalle mayor sobre este universo):

El universo de empresas recuperadas
(estimaciones provisionales sobre fuentes diversas hasta el 31-01-03)⁸

| Figura jurídica | Número de empresas | Número de trabajadores ⁹ |
|--|--------------------|-------------------------------------|
| Cooperativas | 73 | 4.351 |
| Otras formas (S.A., formas mixtas, gerenciamiento de trabajadores) | 8 | 1.135 |
| Figura legal aún no definida | 5 | 1.415 |
| Sin información | 12 | 943 |
| Total | 98 | 7.844 |

Este universo de 98 empresas contaría con poco menos de 8.000 trabajadores. Las diferencias de tamaño son apreciables, ya que algunas cuentan con menos de 10 personas, y otras suman varios centenares. De allí

8. Se recurrió a informaciones provistas por diversas organizaciones participantes del movimiento, periódicos y diversas páginas web. Suponemos que el listado es incompleto y resta corroborarlo.

9. La cantidad de trabajadores es estimada, ya que se asignaron valores promedios sobre cinco empresas de las cuales no contamos con información al respecto.

que el promedio de trabajadores por empresa, al ser tan pocas las unidades del universo, no refleja las grandes diferencias entre las mismas. En cuanto a la forma jurídica adoptada, dos tercios de las empresas se organizan como cooperativa; se presume que la mayoría de ellas son cooperativas de trabajo (aunque resta chequear esta información en el instituto nacional que les otorga la personería respectiva).

Aun cuando estos datos puedan subestimar la cantidad total de empresas y de trabajadores involucrados, resulta significativa la envergadura limitada del fenómeno analizado: su impacto y repercusiones públicas exceden considerablemente su dimensión relativa. De allí también el interés en analizar este fenómeno como un “movimiento social”, forma típica de organización y movilización que sostiene y produce nuevos valores en la sociedad, y genera cambios en la esfera de las orientaciones culturales. Es que pese a su escasa dimensión, las empresas recuperadas producen un impacto considerable en el campo de las relaciones laborales. En particular, tiende a inhibir una poderosa herramienta de presión empresaria que prevaleció en los '90, a favor de la creciente desocupación y subempleo registrado desde entonces. Esa herramienta es la “huelga de inversiones” o amenaza de cierre, como justificación para producir despidos o disminuir salarios. El debilitamiento empresario se manifiesta en el terreno de la negociación colectiva actual, ya que son frecuentes los casos en los que ante la amenaza de cierre, despidos o disminución de salarios, por parte de los empresarios, los representantes de los trabajadores apelan a la respuesta de “recuperar la empresa”, siguiendo el ejemplo de las empresas recuperadas.

En el curso del estudio se realizaron entrevistas en 10 empresas recuperadas o “en vías de recuperación”. Esas empresas son de pequeño tamaño, ya que la mayoría cuenta con menos de 50 trabajadores (el año entre paréntesis indica el de su recuperación):

- **Brukman (2002)**. Sin definición de su forma jurídica. Confecciones. En Capital Federal. 56 empleados.
- **Grisinópoli (2001/02)**. Cooperativa. Productos de panadería. En Capital Federal. 16 trabajadores.
- **Chilavert (2002)**. Cooperativa. Imprenta. Capital Federal. 8 trabajadores.
- **Vieytes-Ghelco (2002)**. Cooperativa. Insumos para heladerías. En Capital Federal. 45 trabajadores.
- **25 de mayo (2000)**. Cooperativa. Metalúrgica. En Gran Buenos Aires. 25 trabajadores.
- **Metalúrgica Vicente Hermanos (2002)**. Cooperativa. Metalúrgica. 16 trabajadores.
- **IMPA (1998)**. Cooperativa. Metalúrgica de aluminio y plásticos. En Capital Federal. 140 trabajadores.

- Pizzería Imperio (2002). Cooperativa en trámite. En Capital Federal. 33 trabajadores.
- Supermercado Tigre (2002). Cooperativa. En Rosario. 40 trabajadores.
- Clínica La Portuguesa (2002). Asociación civil “en formación”. En Capital Federal. Sin datos.

De estas empresas, la mayoría fue recuperada en el año actual, lo cual permite fechar su origen en el seno de la intensa movilización social emergente de la crisis de diciembre de 2001 en Argentina. Una de esas empresas, la Pizzería Imperio, dejó de ser controlada por los trabajadores hacia fines de enero de 2003 (en el momento de redactar este informe). En cuanto a la clínica La Portuguesa aún no se ha reabierto, aunque sigue albergando grupos y organizaciones que pugnan por ponerla en funcionamiento.

LOS CONFLICTOS QUE PRECEDIERON A LA RECUPERACIÓN DE LAS EMPRESAS

En el origen de cada recuperación de empresa se localiza un conflicto entre los trabajadores y los propietarios o la dirección. Aquí pueden diferenciarse tres momentos o períodos del conflicto: la génesis, la toma o recuperación, el sendero de solución para reabrir o asegurar la continuidad de funcionamiento de la empresa.

La irregularidad en el pago de haberes constituye en casi todos los casos la primera señal de erosión del contrato y la génesis del conflicto. Estas irregularidades se manifiestan a través de diferentes modalidades que afectan el pago del salario de bolsillo: pagos con vales, pagos “a cuenta” del salario, que generan una deuda creciente, finalmente no saldada por los empleadores. No es raro encontrar recortes iniciales de beneficios sociales como tickets o cajas de alimentos, propuestas empresarias para inducir el retiro voluntario de los trabajadores, rebajas salariales “acordadas” con los trabajadores, la falta de pago de horas trabajadas extraordinarias. A veces estos incumplimientos fueron precedidos, o coexistieron, con despidos o suspensiones. La ruptura o erosión del contrato laboral que afecta la relación salarial, la regulación ordenadora mínima de la relación de trabajo, permite deslindar los conflictos que desembocan finalmente en una toma o recuperación de la empresa, de los conflictos previos suscitados por reestructuraciones o despidos, frecuentes en la historia de varias de las empresas analizadas, que habían sido canalizados hasta entonces por los mecanismos institucionalizados de regulación. Otro hecho recurrente en los casos analizados es la convocatoria de acreedores de la empresa en crisis, que opera como un toque de atención entre los tra-

bajadores sobre la posibilidad de cierre y por lo tanto de la radicalización y cambio de sus expectativas dentro de la trayectoria del conflicto.

La sucesión de incumplimientos empresarios, que erosiona los contratos legales y tácitos de los trabajadores con la empresa e induce su precarización creciente, agudiza el conflicto hasta el punto de desencadenar la confrontación abierta. El lapso de tiempo que separa el inicio del conflicto de la confrontación abierta difiere según los casos, y en algunos de ellos se prolonga considerablemente. Entre los "hitos" específicos que llevan a la confrontación abierta pueden enumerarse situaciones de cese de pagos o pagos mínimos, la decisión patronal de cierre, el abandono de las instalaciones por los empresarios, las suspensiones de personal e intentos de vaciamientos tanto financieros como del capital fijo instalado. Se trata por lo general de una combinación de episodios que se suceden en un período muy breve de tiempo y que plantean un escenario en el que la empresa no garantiza ya la reproducción mínima de la fuerza de trabajo. En cada caso son los protagonistas quienes interpretan y definen este límite.

El reconocimiento de la necesidad de una autoorganización, de cara a la resolución del conflicto, constituye el aspecto saliente del cambio de comportamiento de los trabajadores en una trayectoria que hasta entonces había llevado a la degradación de sus condiciones de trabajo. A partir del consenso de continuar con las actividades de producción por parte de, al menos, un núcleo de trabajadores, el debate se focaliza en la forma legal que adoptará el colectivo de trabajo para la continuidad de la actividad de la empresa. Esto demanda además cierta regularización de la condición jurídica de los trabajadores en un predio que no les es propio y del control de un capital fijo igualmente ajeno. Más allá de su situación legal, y como vía de acción estratégica para sostener la recuperación, se perfila con fuerza entre los trabajadores la necesidad de una acción política que los lleva a establecer alianzas con diversos actores sociales.

En el período previo a la toma o recuperación de la empresa, el conflicto tendía a dirimirse en los fueros laborales, donde los principales reclamos se centraban en las demandas de pago de salarios. A partir de la toma, los trabajadores apuntan menos al reclamo de los salarios caídos, que a cuestionar la legitimidad de la propiedad de los activos productivos, legalmente en manos aún de los dueños o de los responsables jurídicos de la quiebra. La irregularidad de la situación de los trabajadores tiende a centrar la disputa fundamentalmente en los fueros comercial y penal, como consecuencia de las denuncias patronales. De allí el rol fundamental que han jugado y el lugar que hoy tienen los respectivos abogados patrocinantes que, junto con algunos de los trabajadores de militancia más activa y otros referentes han debido jugar sus chances en los más diversos foros, legales, políticos (legislatura, poder ejecutivo), universidades e incluso los medios de comunicación.

A partir de la ocupación los trabajadores debieron afrontar diferentes situaciones: hay casos en los que la transición se llevó a cabo con un bajo nivel de conflictividad y otros en los que debieron resistir intentos de desalojo de la planta resultando varios de ellos procesados. En éstos últimos casos, la estrategia de publicitar el conflicto permitió a los trabajadores continuar con la ocupación a favor del apoyo de diversos sectores, asambleas barriales, vecinos, centros de jubilados, trabajadores de otras empresas recuperadas, organizaciones de desocupados, asociaciones de derechos humanos y militantes de partidos políticos, que en ocasiones jugaron un rol central en todo el proceso de recuperación. Este apoyo resulta decisivo en una fase en la que además de exteriorizar el conflicto, los trabajadores enfrentan necesidades imperiosas como las de lograr el restablecimiento de los servicios básicos como luz y agua, o la renegociación de deudas con acreedores, imprescindibles para la vuelta a la producción.

Lucha, resistencia y solidaridad son términos que parecen haber calado hondo en el vocabulario cotidiano de los trabajadores y, más allá del pensamiento y los comportamientos individuales, pueden avizorarse acciones que materializan esas expresiones. La *lucha* se vincula con el momento de la toma, vivenciada por la casi totalidad de los trabajadores que hoy forman parte de estas empresas. La *resistencia* es asociada al momento que siguió o que aún continúa para algunas de ellas. De todos modos, la precariedad de las soluciones alcanzadas, por lo general, entendidas casi como “una tregua por dos años”, mantiene en vilo la idea de la resistencia y la añoranza de soluciones definitivas, de fondo. Mientras tanto, la *solidaridad* para con sus pares de otras empresas y la apertura a la comunidad pueden leerse de varias maneras: como una nueva concepción de la empresa que asume un nuevo compromiso social, atenta al rol clave de la comunidad en los conflictos más álgidos, o como estrategia de reaseguro y anclaje de la empresa en el tejido social a fin de obstaculizar la posibilidad futura de un desalojo. Estos significados siguen presentes en el discurso y acción de los referentes más visibles y de buena parte del colectivo de trabajadores de cada empresa.

EL ROL DE LOS SINDICATOS EN LA RECUPERACIÓN

Los sindicatos no tuvieron un comportamiento uniforme. Los sindicatos que ya habían protagonizado y alentado este tipo de experiencias ofrecieron una respuesta rápida y concreta de acompañamiento a los trabajadores¹⁰; en los demás se encuentra sólo un caso de apoyo institucional

10. Las vertientes opositoras de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) nacional (seccio-

explícito, el resto oscila entre la ambigüedad y el abandono a sus afiliados, perceptible en que pese a las reiterados incumplimientos del contrato por parte de los empresarios, no se registraron huelgas ni otras medidas colectivas que fueran impulsadas por los sindicatos¹¹.

Entre los casos estudiados, uno de los pocos sindicatos que exhibe un comportamiento altamente diferenciado es la Asociación de Empleados de Comercio de Rosario, que estimuló la discusión, seguimiento y denuncia de los procesos de vaciamiento, cierre y despidos de los supermercados, promoviendo la práctica sindical en ellos. Este comportamiento fue inducido por la experiencia previa de los dirigentes locales más que por la práctica institucional del sindicato nacional del sector. Además, la mayoría de los trabajadores que participaron en la toma del Supermercado Tigre habían intervenido activamente en una ocupación que se realizó en el mismo lugar en la primera mitad de los '90. Para la Asociación de empleados de Comercio de Rosario, la toma constituyó parte de un proceso de lucha que venía llevando a cabo el sindicato junto a los trabajadores; la ocupación se decidió en asamblea y fue apoyada con movilizaciones, escraches y volanteos. Entre todos acordaron la realización de un proyecto de supermercado comunitario, fuertemente articulado con la sociedad.

Otro caso singular es el de IMPA, ya que al estar constituida como cooperativa el conflicto entre socios de la misma podría parecer ajeno a cualquier intervención del sindicato: aquí la recuperación de la fábrica consistió en el recambio de la conducción de la cooperativa. Sin embargo, la participación de militantes sindicales de la vertiente opositora de la conducción nacional de la UOM fue decisiva para lograr la recuperación. La línea disidente de la UOM nacional apoyó a los trabajadores de IMPA cuando estuvieron afuera de la fábrica; una vez lograda la normalización, parte de estos militantes sindicales pasaron a integrar la conducción de la cooperativa.

En casi todas las empresas había delegados sindicales, cuyas intervenciones consistieron básicamente en el acompañamiento a los trabajadores al Ministerio de Trabajo para realizar denuncias y reclamos salariales, y gestionar acuerdos con la patronal. Por lo general, estas gestiones no tuvieron resultados positivos: o los dueños no se presentaban a las conciliaciones en el Ministerio, o no cumplían los acuerdos a los que se comprometían. Sólo en algunos casos los delegados sindicales tuvieron un rol destacado en todo el proceso de recuperación. En la cooperativa 25 de mayo un ex integrante de la dirección de la seccional Quilmes de la

nal Quilmes y agrupación 17 de Octubre en Capital Federal) y la Asociación de Empleados de Comercio de Rosario.

11. Esta ocupación se realizó con motivo del cierre de la cooperativa El Hogar Obrero, que pasaría posteriormente a la cadena privada Tigre.

Unión Obrera Metalúrgica, gestionó e impulsó el apoyo institucional del sindicato, participó junto a los trabajadores durante todo el proceso y actualmente es el presidente de la cooperativa. Debe tenerse en cuenta que la UOM Quilmes tiene una tradición en la recuperación de empresas que la ha diferenciado no sólo de la línea nacional de su sindicato sino también de la actitud de otros sindicatos. Otro caso donde se observó un rol sindical activo fue el de la Pizzería Imperio: cuando los trabajadores decidieron tomar el local, el Sindicato de Pasteleros acompañó a sus afiliados y les proveyó un abogado.

Tanto la Federación Gráfica Bonaerense en la recuperación de la Imprenta Chilavert, como el Sindicato Obrero de la Industria del Vestido en Brukman y el Sindicato de la Alimentación en Grisinopoli, abandonaron a sus afiliados a su suerte y retiraron los abogados en el momento en que los trabajadores decidieron ocupar la planta respectiva. Los sindicatos se apartaron de estos conflictos pese a ser requeridos por sus representados, insistiendo en la vía institucional y tratando de disuadirlos de tomar la medida. En estos casos se observa claramente cómo los sindicatos reaccionan con conductas y respuestas aprendidas históricamente ante un contexto inédito: ante problemas nuevos proponen soluciones tradicionales. Es que la recuperación de empresas por parte de los trabajadores afecta las bases del sistema institucionalizado de relaciones de trabajo y supone una redefinición de identidades y roles. Frente a la desaparición de la figura empresaria y la transformación del trabajador en socio de una cooperativa, la mayoría de los sindicatos manifiestan cierta perplejidad e, incluso, sienten amenazada su propia existencia.

Desde la perspectiva de los trabajadores, el sindicato es un referente directo para el acceso a los servicios, especialmente a la obra social, y son pocos los que cuentan con alguna militancia sindical. Aunque las situaciones vividas durante las tomas de los establecimientos posibilitaron que algunos trabajadores se replantearan su comportamiento colectivo, en la mayoría de ellos la identidad sindical sigue estando asociada con los servicios. En este sentido, la obra social es un punto crítico para los trabajadores y las soluciones alternativas que encuentran a la necesidad de contar con un servicio de salud son frágiles y transitorias.

Desde la perspectiva de los sindicatos, aun en los casos en que deciden reformular sus estrategias y redefinir su rol y la relación con sus afiliados, deben afrontar numerosos problemas. La conformación de varias organizaciones en el seno del movimiento de empresas recuperadas es un claro indicador de la ausencia de soluciones a esos problemas por parte de las conducciones nacionales de los sindicatos.

La sanción legal de la expropiación de la empresa a sus antiguos dueños y el cambio de su figura jurídica, constituyen dos requerimientos indispensables para sostener la autogestión de los trabajadores. La crisis institucional y económica estimuló, sobre todo a partir de diciembre de 2001, la intervención del Estado en favor de la continuidad de producción de las empresas en procesos judiciales de quiebra, paso previo al traspaso de su propiedad o posesión a los trabajadores.

Tanto en cuanto a los bienes muebles e intangibles, como máquinas, marcas, patentes y licencias, como en los inmuebles, las leyes vigentes establecen un plazo, generalmente de dos años, para la posesión temporaria hasta la expropiación definitiva. En la mayoría de los casos se otorga la posesión temporaria, lo que implica que la estabilidad lograda a través de la expropiación es limitada y precaria. De allí que el contexto sea fundamental: es como si los legisladores y funcionarios estatales se hubieran fijado un horizonte para resolver situaciones políticamente conflictivas, como las derivadas de la contraposición del derecho de propiedad con la fuerza colectiva de los trabajadores.

El cambio de la figura legal resulta conveniente para los trabajadores debido a que mantener la establecida por los empleadores, tratándose de una sociedad anónima o cualquier otra forma comercial, supone la continuidad de los compromisos asumidos por los antiguos dueños y, por lo tanto, los trabajadores deberían hacerse cargo de las deudas contraídas por sus ex patrones. De allí que en el marco jurídico actual, formar una cooperativa de trabajo y pedir la expropiación en el órgano legislativo correspondiente, parecería el mecanismo más simple para los trabajadores. Durante la transición, una modalidad practicada en las experiencias más recientes es negociar un contrato de alquiler ante el juez, si la empresa está concursada o quebrada, o directamente un acuerdo con los empresarios.

La adopción de la figura de cooperativa de trabajo tiene ventajas diversas: no paga impuesto a las ganancias, tampoco las deudas anteriores de la empresa que motivaron la convocatoria de acreedores, ni se deriva parte del excedente para remunerar cargos gerenciales. Entre las desventajas se menciona la posibilidad de fraudes asociadas históricamente en Argentina a esa figura: derivar los "servicios de trabajo" a cooperativas de trabajo, permite a los empresarios evadir el costo de las cargas sociales que deberían pagar de mantenerse la figura de trabajador asalariado.

La formación de la cooperativa no es la única opción en cuanto a formas legales para este fenómeno, aunque ha sido la única forma legal que ha llegado a consolidarse y la más elegida por los trabajadores. En experiencias como las de Zanón y Brukman, los trabajadores reclaman una fi-

gura legal diferente: "estatización con control obrero". Esta figura suscita críticas diversas, aunque plantea un debate de interés acerca del rol del Estado luego del "diluvio" neoliberal. En el caso de Brukman, frente al rechazo del proyecto de Ley para la estatización y gestión obrera de la empresa, los trabajadores presentaron un petitorio donde dejaron abierta la discusión acerca la forma legal en la que se organizarían. Otro caso similar es el del Supermercado Tigre, donde si bien han formado una cooperativa, se está discutiendo la posibilidad de una *co-gestión* con el municipio, en la cual el Estado actuaría como garante.

El futuro de estas experiencias es incierto, por eso un número considerable de sujetos sociales está trabajando para asegurar la continuidad de las empresas "recuperadas" en distintos ámbitos. Como la legislación estipula que para realizar una expropiación debe hacerse una ley particular, se han presentado proyectos de Ley Marco en búsqueda de soluciones globales. En el ámbito nacional, en la Cámara de Diputados, están en discusión cinco proyectos de ley al respecto. En estos proyectos se otorgan garantías diversas para legalizar las "tomás" ante incumplimientos salariales de los empresarios, eliminando la figura de "usurpación" que rige actualmente, evitar el fraude y la venta clandestina de activos ("vaciamiento") por parte de los empresarios, la declaración de la utilidad pública de las unidades productivas gestionadas por los trabajadores, facilidades impositivas y reducciones en tarifas de servicios para las cooperativas y PyMES en situación de vulnerabilidad y deudas acumuladas, la posibilidad de establecer fondos fiduciarios para sostener este tipo de experiencias productivas.

Otro tema de discusión es la posibilidad de establecer nuevas formas legales, como la "Sociedad Laboral" originada en el derecho español, que constituye un híbrido entre sociedad anónima y cooperativa, ya que admite socios que participen a través del aporte de capital.

LA PUESTA EN MARCHA Y FUNCIONAMIENTO DE LAS EMPRESAS: LOS TRABAJADORES FRENTE A LA GESTIÓN Y LAS NUEVAS FORMAS DE ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO

La provisión de insumos constituye un aspecto crítico de la gestión de los trabajadores luego de la recuperación. Para enfrentarlo desarrollaron diferentes acuerdos con clientes y proveedores que posibilitaron retomar el ciclo productivo, y que los convierten en aliados y principales fuentes de financiación para el funcionamiento y puesta en marcha de la producción. En general estos acuerdos trascienden el carácter puramente comercial de los intercambios, y muchos de ellos presentan una fuerte base solidaria; incluso en los casos en que los proveedores enfrentaron la falta de

pago de las deudas contraídas por los dueños anteriores, se mantuvieron como proveedores de las nuevas empresas. Los clientes también han tenido problemas a raíz de no poder adquirir los productos y aun así mantienen sus vínculos con los trabajadores y aceptan nuevas condiciones comerciales proveyendo la materia prima necesaria para la producción u otorgando adelantos significativos para proveer insumos. Uno de los puntos de partida clave para estos emprendimientos es salir a recuperar los clientes, objetivo que se plantea como un paso estratégico para recomenzar con el proceso productivo y la comercialización.

El pago en negro de mercadería y la venta sin factura ni registro contable alguno son característicos de las empresas recuperadas; en su mayoría, las transacciones e intercambios con clientes y proveedores se dan “en negro”, a favor de la tendencia a la informalización de la economía en el crítico contexto actual. Sólo en casos particulares el intercambio se mantiene dentro de los arreglos económicos formales, por la exigencia de clientes claves de cumplir con las normas impositivas para adquirir sus productos.

La necesidad de contar con un capital de trabajo para solventar los gastos de sus actividades, tanto de resistencia y lucha como productivas, derivó en la implementación de métodos no tradicionales de financiación. En algunos casos las asambleas, otras cooperativas o partidos políticos contribuyeron con una suma inicial (en forma de préstamo o donación) para la puesta en marcha de la producción, ya sea para el pago de servicios o insumos. La implementación de un bono contribución o fondo solidario constituye una fuente complementaria de dinero para la compra de materia prima; aunque este fondo fue concebido en su origen como una fuente de manutención de los trabajadores durante el conflicto, luego se transformó en un medio para adquirir insumos. Algunas empresas realizan eventos –por ejemplo, festivales– en donde se vende mercadería o comida y las ganancias obtenidas contribuyen al fondo. El reciclaje de material de descarte o materia prima que los trabajadores lograron incluir en el inventario de expropiación de la empresa, conforman una fuente adicional de financiación. Aquí pueden mencionarse entre otros la venta de grisines rotos molidos, baldes vacíos, cajas de cartón, recortes de papel, etcétera.

Todas estas empresas se encuentran trabajando en un nivel muy inferior al de su capacidad instalada. Los motivos principales que pudimos identificar fueron: escasez de insumos, mano de obra insuficiente, falta de captación de la totalidad del mercado al que podrían ofrecer sus productos, lento proceso de recuperación de clientes. Frente a estas restricciones, existe una tendencia de “producir al día”, una especie de primitivo *just in time* para evitar el sobre-estoqueo y asegurar la colocación de toda la producción antes de continuar produciendo. O a la inversa, no se produce hasta no tener un pedido específico con un adelanto para materia

prima. Esta lógica de funcionamiento limita el grado de utilización de la capacidad instalada.

En cuanto a las necesidades de personal y de incorporación de nuevos trabajadores ante un eventual aumento de las demandas de mercado, se complican por las dificultades de pago. En las cooperativas, la incorporación de nuevos socios repercute sobre el reparto del excedente: como casi todo el dinero obtenido se utiliza para mantener la producción, los retiros son mínimos y sólo proveen un ingreso básico de supervivencia. Además, en algunos casos el proyecto de recuperación de la fábrica es percibido por los trabajadores como una posibilidad de dejar en herencia a sus hijos un lugar de trabajo futuro: la incorporación de las generaciones siguientes podría ser una forma de incorporar mano de obra frente a un crecimiento del emprendimiento. Sin embargo, esto no constituye por ahora una prioridad salvo cuando frena la capacidad de respuesta a la demanda.

La falta de capital es un problema constante en estas empresas y restringe cualquier intento de modernización de maquinarias e instalaciones, de allí que por el momento la incorporación de nuevas tecnologías no aparece como una de las principales preocupaciones. Éstas se concentran en la subutilización de la capacidad instalada y en problemas más inmediatos vinculados con los insumos, la figura legal, la comercialización, etc. Los planteos sobre tecnología se piensan a futuro, tratando de considerar formas de invertir para enfrentar el inevitable desgaste o ruptura de las máquinas. Sin embargo, a pesar de la falta de recursos para invertir en nueva tecnología, en algunos casos se produjeron innovaciones de proceso importantes que ampliaron la gama de productos ofrecidos y en otros redujeron los costos de producción o de materias primas.

El proceso de sustitución de los salarios por vales pulverizó la estructura salarial existente en las empresas antes de su recuperación. Este sistema difería el pago del salario en cuotas semanales o diarias y reducía de hecho los ingresos, a través de la acumulación de deuda con los trabajadores. De esta manera se fue imponiendo una nueva modalidad de pago: con periodicidad semanal o diaria, de montos mínimos y variables con una clara tendencia a la baja. La tradicional estructura salarial fue desdibujada por estas prácticas empresarias y el salario fijo mensual había dejado de ser una realidad por decisión unilateral de la patronal. Esta situación previa a la recuperación facilitó la adaptación a los mecanismos de remuneración puestos en práctica en las nuevas organizaciones: los trabajadores adoptan retiros semanales, de monto variable, sujeto a los resultados. En el nuevo contexto, los retiros flexibles constituyen una herramienta de los trabajadores para asegurar la viabilidad del emprendimiento y conservar las fuentes de trabajo.

En todas las empresas estudiadas los ingresos son iguales para todos los trabajadores, independientemente del puesto en el que se desempe-

ñan. En parte esta forma de distribución es elegida por los trabajadores, pero también es fruto de la adopción de las prácticas distributivas del cooperativismo. Este igualitarismo de los ingresos prevalece aún en las empresas que legalmente no están conformadas como cooperativas o que no se definen a favor de un proyecto cooperativo. Pero en algunas empresas está instalada la discusión sobre la justicia de la igualdad de retiros; algunos consideran que los que ejercen ciertos cargos de mayor calificación deberían cobrar algo más que los demás, pero en los hechos se mantienen los retiros por igual para todos. En síntesis, se rompe la estructura salarial previa para dar paso a estructuras chatas, el "salario" se convierte en "retiro", los montos se flexibilizan, los trabajadores se reparten de manera igualitaria el excedente obtenido. Se produce así una "nivelación" de los ingresos de los trabajadores.

En cuanto a la organización de la producción, si bien en general los trabajadores conservan sus puestos, también deben asumir nuevos roles y un perfil más flexible y polivalente. La mayoría de las tareas que necesitan ser cubiertas son las administrativas, dado que en general quedaron pocos empleados luego de la toma; estas tareas son las que mayores desafíos plantean, dado que es el sector con el que menor contacto tenía la gente de planta que ahora gestiona la empresa. La flexibilidad y adaptación al cambio se presentan como necesarios: los trabajadores son conscientes de la importancia de cubrir o rotar los puestos de producción. No hay monopolio de tareas y hay una fuerte tendencia hacia la polivalencia. Sin embargo, esta flexibilidad no sólo responde al deseo de sacar adelante el proyecto, sino que se pueden entrever otras preocupaciones individuales que llevan a aceptar este cambio de condiciones de trabajo. Algunos trabajadores consideran que dada su edad y formación no encontrarían un trabajo fuera de la fábrica; por eso consideran que deben adaptarse al contexto interno, que requiere otros trabajos o tareas, para no tener que enfrentar un contexto externo con mayores exigencias y menores posibilidades. Otros adoptan roles más típicos de una militancia e incluyen en su día de trabajo otras tareas como repartir folletos, ir a la legislatura, participar de una marcha o asistir a una mesa redonda en la universidad. Esto implica que el nivel de involucramiento con la causa de la toma no es parejo entre los trabajadores: hay quienes sólo trabajan y hay quienes además hacen de la toma una militancia incorporándola a su rutina laboral.

En la organización general del trabajo se destaca la adopción de sistemas originales con el fin de cubrir las particularidades que presenta cada empresa, entre las que pueden mencionarse:

1. Formación de comisiones semejantes a las que se pueden dar en un partido político, lo que podría llamarse "organización política del tra-

- bajo". Allí se tratan los diferentes asuntos a resolver sobre los aspectos productivos, de venta, etc., mediante prácticas assemblearias.
2. Redefinición de los espacios físicos y sociales. En primer lugar se eliminan las restricciones de ingreso a los distintos sectores, prohibición que regía durante la administración anterior. También se registran cambios de *lay out*, redistribuyendo la maquinaria con fines de ahorro y de coordinación de la producción. Por otro lado se modifican espacios tradicionales de trabajo para asignarlos a funciones que responden a la situación de toma, fijando espacios para dormir, comer, vigilar. Y finalmente se asignan nuevos espacios para la vinculación con los aliados sociales y políticos de la recuperación. En varias empresas se formaron centros culturales, en una de ellas incluso se facilitó la instalación de un Club de Trueque dentro del predio fabril. Esto constituye una herramienta de articulación que fortalece los vínculos solidarios con otros sectores sociales, al tiempo que coloca una barrera contra la posibilidad de desalojo o ejecución del predio por parte de entidades financieras o acreedores.
 3. Incorporación de nuevas formas de control inverso, "de abajo hacia arriba", de la gestión. En uno de los casos estudiados se eligió por votación un síndico obrero, con el fin de evitar nuevas gestiones fraudulentas de los responsables de la administración.
 4. Sustitución de la regla de control-supervisión correspondiente a la vieja forma de organización del trabajo, por una nueva regla de coordinación-apoyo en el proceso productivo y de gestión. Aunque en algunos casos los trabajadores identifican a algunos como jefes, denotando la persistencia de criterios jerárquicos en la organización, la fuente de la autoridad asignada a los puestos es inversa a la que prevalecía antes.
 5. Adopción de la asamblea como espacio de discusión y toma de decisiones. En parte la figura cooperativa lo sugiere, pero también surge como resultado del proceso de crecimiento del grupo de trabajadores que tuvo que coordinarse para llevar adelante la recuperación de la empresa. Sin embargo, en algunos casos las decisiones no siempre resultan de las votaciones en plenarios sino que las decisiones son tomadas por un grupo y el resto de los trabajadores acompaña y se limita a ser informado.

Algunos de los cambios organizativos se plantean como una búsqueda de mayor transparencia de la gestión, de socialización de la información y de generación de mecanismos de mayor exposición de los cargos de dirección al control de los trabajadores. Éstos buscan romper con las relaciones de dominio y subordinación que prevalecían en la antigua organización del trabajo, generando formas cooperativas de gestión. Estos nuevos modelos organizativos surgen en parte de la necesidad de cubrir

los puestos de los trabajadores desplazados durante el conflicto, otros de la necesidad de evitar la repetición de la historia de malas gestiones, falta de información o fraude. La incorporación de modelos organizativos de otro tipo de instituciones, como los partidos políticos, son adoptados como nuevas soluciones a los problemas planteados. En fin, los trabajadores que eligieron la autogestión enfrentan el desafío de explorar la gama de herramientas que brinda la organización del trabajo cooperativo.

NUEVAS IDENTIDADES: EL PESO SIMBÓLICO DE LA RECUPERACIÓN

¿Existe una nueva identidad que se está construyendo en los procesos de recuperación de empresas? La mayoría de quienes están llevando adelante la reapertura de empresas son obreros, acompañados en algunos casos por personal administrativo o de seguridad. Esto aparece claramente en el discurso de los entrevistados que continúan definiéndose principalmente como obreros en tanto oposición a la patronal, y manifiestan un claro reconocimiento de la capacidad de los trabajadores de revertir un proceso de cierre y gestionar una empresa.

Un factor importante para sostener esta identidad es la participación relevante de trabajadores con cierta trayectoria sindical o asociativa, que en algunos casos están directamente involucrados en los procesos y que en otros pueden ocupar un rol de apoyo y sostén fundamental. Sin embargo se observa una clara diferenciación en el nivel de compromiso entre quienes siguen sintiéndose insertos en la antigua organización del trabajo y persisten en actitudes frente a la producción que se arrastran del momento previo a la recuperación, y quienes modificaron su inserción y participan más activamente tanto en las cuestiones de la gestión en la empresa, como en la integración a un movimiento que trasciende el lugar de trabajo.

El proceso de apropiación del espacio de la empresa juega un rol central. Esta apropiación trasciende el ámbito productivo y se extiende también a los comedores, oficinas, salas de reunión, etc., espacios que antes eran ocupados exclusivamente por la patronal o por el personal jerárquico, y a los que los trabajadores no tenían acceso. Estos son los sitios donde ahora se desarrollan asambleas, reuniones con otras organizaciones e incluso se convierten en espacios abiertos a la comunidad. Precisamente uno de los cambios positivos rescatados por los trabajadores reside en su mayor movilidad entre los distintos sectores: pueden desplazarse dentro de la planta sin sentirse obligados a permanecer ni en puestos ni en espacios fijos. Esta movilidad es valorada por los entrevistados que encuentran, a partir de la recuperación, mayor libertad en la toma de decisiones, en la asignación de los tiempos de producción y en las posibilidades de relación con sus compañeros.

La mayor movilidad remite también a una serie de preocupaciones que van desde la “necesidad” de encontrar herramientas “de control” del trabajo, para lo cual se recurre en muchos casos a las modalidades de organización anteriores, hasta la inquietud por el involucramiento en la toma de decisiones. En este punto la reflexión sobre la condición de miembro de la cooperativa —la forma jurídica adoptada en la mayoría de los casos— adquiere una importancia llamativa. Al respecto, algunos de los entrevistados hacen referencia a la necesidad de llevar adelante una “educación cooperativa” que permita generar un mayor involucramiento por parte de todos los socios.

La relación obrero-patrón es resignificada. En las empresas estudiadas prevalecía una relación de cooperación dentro de un molde paternalista. En la resignificación de este vínculo juega un rol central la sensación de abandono de los trabajadores, que vivieron como una defraudación la conducta de sus anteriores patrones. La relación “familiar” que antes se establecía con la patronal a través del vínculo paternalista, va siendo sustituida a partir de la recuperación por una relación “familiar” entre los trabajadores que participaron del proceso. Estas relaciones no sólo fueron transformadas en la cotidianeidad del espacio de trabajo, sino que además el proceso de recuperación abarcó un período más o menos extenso de vigilia compartido colectivamente, que permitió establecer vínculos muy fuertes entre los trabajadores.

Una cuestión central es la desaparición de las diferencias salariales. Como mencionamos anteriormente, en las cooperativas el salario no existe como tal, ya que es sustituido por “retiros del excedente” luego de efectuados los pagos a proveedores y servicios. Algunos trabajadores ven este cambio como una situación de tensión en la que se expresan reparos contra la igualdad de remuneraciones.

Por último, el peso simbólico de la recuperación en sí misma tiene una doble dimensión: la de la empresa y la del puesto de trabajo. La primera significa recuperar la fuente de trabajo, por lo que su impacto se establece sobre la sociedad en su conjunto y, en este sentido, trasciende la individualidad de los trabajadores involucrados orientándolos hacia la construcción de un nuevo sujeto colectivo. En cuanto a la recuperación del puesto de trabajo tiene un impacto directo en la subjetividad de quien la lleva adelante, en tanto individuo capaz de encarnar dicho proceso, de torcer un destino que parecía inevitable: el de la desocupación. Es por esto que a pesar de lo reciente del fenómeno y de la dificultad de establecer su impacto en la construcción de las “nuevas” identidades de los trabajadores, la recuperación de empresas significa sin duda un quiebre cultural y la posibilidad de identificar elementos vinculados con procesos de construcción colectiva.



La nación después del deconstructivismo. La experiencia argentina y sus fantasmas

*Alejandro Grimson**

La Argentina ha sido deconstruida por el neoliberalismo. En los últimos tiempos hay esfuerzos dispersos y colectivos por reconstruir el país por parte de diversos actores sociales. El caso argentino (así como otros casos latinoamericanos) plantea desafíos a nuestros modos de pensar la nación y las identidades.

En los últimos años los antropólogos, sociólogos e historiadores que trabajamos sobre temas de identidad, tanto de etnicidad como de nación, comenzamos a percibir la insuficiencia de nuestras herramientas teóricas para pensar los procesos de crisis y radicalización identitaria. El auge del

*** Profesor Titular de Antropología Social y Cultural en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Coordinador del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder". Investigador del Instituto de Desarrollo Económico y Social.**

constructivismo, y complementariamente del deconstructivismo, parecía llevarnos a un sinnúmero de ponencias en congresos o papers más o menos iguales que mostraban cuán inventadas o construidas eran las creencias, tradiciones o prácticas que los grupos humanos consideraban “sentido común” o “esencia de su identidad”. Esa “revelación” incesante de las operaciones socioculturales se había convertido ella misma en autoevidente. Sin embargo, permanecían ausentes generalmente los análisis de los elementos efectivamente compartidos por un grupo, así como los sentidos prácticos de esas producciones de sentido comunitario. Extremando las cosas: a veces parecía como si los grupos no tuvieran nada en común (y todo lo que supuestamente compartían fuera un invento) y como si la gente manipulara concientemente los símbolos y las identidades, engañándose y tratando de engañar a los demás.

Si esta caricatura está lejos de describir a los mejores trabajos latinoamericanos sobre estos temas, también es cierto que el (de)constructivismo, tal como todavía hoy es entendido, permitía que esas caricaturas existieran y no fueran criticadas de modo sistemático. Y, sobre todo, impedía pensar otras dimensiones de los procesos de “comunidad”. Por ello, en los últimos años había un creciente malestar teórico. Ese malestar nos estaba impulsando a repensar una serie de presupuestos conceptuales. Sin embargo, la sucesión de crisis económicas y políticas en diversos países de América Latina produjo un punto de inflexión. En las dinámicas de esas crisis y en sus relaciones con la cultura se hicieron evidentes los límites del (de)constructivismo.

La experiencia argentina, a mi modo de ver, fue singular en este proceso. Por una parte, era uno de los países donde esa perspectiva teórica estaba más expandida y consolidada en las ciencias sociales. Por otra parte, la experiencia del derrumbe y de la protesta popular fue especialmente dramática en las dimensiones de la caída (desde bastante arriba, al menos en la imaginación, hasta las profundidades de la tierra, al menos en la sensación).

Este ensayo busca señalar algunos impactos que los sucesos desde diciembre han tenido en los modos en que académicos e intelectuales argentinos pensamos la nación. Por cierto, ni la pensamos de una misma manera ni contamos con escritos que sea posible sistematizar. Más bien, este ensayo busca captar y sintetizar desde mi propio punto de vista un cierto clima de ideas y, sobre todo, de interrogantes que pueden resultar productivos para los debates que se avecinan.

Hace tiempo que nos provocan malestar afirmaciones sobre la desaparición de los Estados y de las naciones. De hecho, las fronteras que supuestamente habrían desaparecido continúan hoy marcando la línea en la cual un migrante se convierte en ilegal, así como el límite donde empieza y termina una crisis, donde cambian las dinámicas y, especialmente,

los modos en que las crisis son vividas. Se podrá decir que en el plano económico la crisis argentina se convirtió en una crisis regional. Dejo a los especialistas el debate económico. Me parece evidente, sin embargo, que estas crisis han sido vividas de modos muy distintos en cada uno de los países. No sólo los cambios económicos o políticos han sido distintos. También los significados del proceso y los imaginarios que la crisis trastoca (sobre lo cual deberíamos investigar mucho más) son muy diferentes entre los países. Considérese simplemente el hecho de que un tema debatido por los candidatos en la campaña electoral brasileña haya sido cómo evitar la "argentinización". Por eso, diciembre cambió tantas cosas en la Argentina que difícilmente podría haber dejado intactos los modos en que pensamos la nación.

ESENCIA VERSUS CONSTRUCCIÓN

En el pasado en las ciencias sociales, y en el presente en el plano de la acción política, la nación fue comprendida como un conjunto de seres humanos que comparten, además de un territorio y un Estado (real o deseado), una serie de rasgos culturales: una lengua o la variedad de una lengua, una religión, un modo de ver el mundo, una serie de tradiciones, entre otras cosas. Cada versión teórica enfatiza tal o cual aspecto, del mismo modo en que lo hace cada versión política. Pero la nación es comprendida como "un conjunto de rasgos culturales objetivos".

En los últimos veinte años cualquier conceptualización de la nación como "cultura objetiva y homogéneamente compartida" ha sido ampliamente criticada y teóricamente devastada en las ciencias sociales y las humanidades. La nación se reveló, especialmente en el trabajo de los historiadores pero también de los antropólogos, como "artefacto", "construcción", muchas de cuyas tradiciones fueron inventadas o creadas como parte de la legitimación de la propia idea del Estado como agente de soberanía. Esta conceptualización implicó una transformación radical de los modos de comprender a la nación y a los nacionalismos. La nación fue desesencializada y deconstruida a través de un trabajo arduo y riguroso.

Si la concepción esencialista afirmaba que los miembros de una nación tenían rasgos culturales objetivos en común, la concepción constructivista tendió a afirmar que la "comunidad" es básicamente "imaginada". Es decir, la nación es, en esta visión, el resultado simbólico de un proceso histórico complejo.

El constructivismo buscó la respuesta en la imaginación de la comunidad, y esa imaginación fue explicada a partir de la historia del "capitalismo impreso" y de la institución de la bandera, el mapa, los mitos y los rituales. Ahora bien, "símbolos, alegorías, mitos sólo crean raíces cuando

hay terreno social y cultural en el cual se alimenten. En la ausencia de esa base, la tentativa de crearlos, de manipularlos, de utilizarlos como elemento de legitimación, cae en el vacío, cuando no en el ridículo”¹.

Esto nos lleva a considerar uno de los grandes límites del constructivismo. El constructivismo explica muy bien que cada nación y cada identidad es una construcción (valga la redundancia para comentar algo que devino bastante redundante). El constructivismo, sin embargo, no puede explicar o comprender por qué esas construcciones fueron exitosas. Una teoría que pretenda explicar los motivos de las construcciones identitarias exitosas en términos de legitimación, debe poder también explicar los motivos de construcciones fracasadas e, incluso, de inventos que cayeron en el absurdo.

Invenções, creaciones, construcciones hay constantemente. Pequeñas o grandes ideas imperialistas, antiimperialistas, secesionistas, autonomistas, xenóforas, tradicionalistas recorren las sociedades. Sólo una pequeña, muy pequeña porción de todas esas ideas y proyectos, consigue efectivamente realizarse, instituirse como prevaeciente o convertirse en sentido común. Muchas fracasan, otras se transforman. Desde la perspectiva constructivista se han estudiado con relativa profundidad casos exitosos de construcción nacional de legitimidad. Pero como no se han estudiado sistemáticamente los fracasos o, más en general, las crisis y fisuras en esos procesos de legitimación nacional, no se ha podido construir una teoría abarcadora que dé cuenta de las motivaciones de los procesos y de los agentes.

Los problemas del constructivismo no pueden resolverse desde el viejo esencialismo. Es necesario, en cambio, enfatizar una dimensión descuidada. Ni el esencialismo ni el constructivismo consideran relevante la *experiencia* compartida. Pretendo argumentar aquí que ese conjunto de personas socialmente desiguales y culturalmente diferentes que se consideran miembros de una nación comparten experiencias históricas marcantes que son constitutivas de modos de imaginación, cognición y acción.

¿Qué es lo que tienen en común los argentinos? Según la primera versión, esencialista, los argentinos comparten el tango, el asado, el castellano y un pasado de héroes, entre otras cosas. No es difícil percibir que esta conceptualización se articula con la pretensión de configurar o ratificar una hegemonía y que en ella el pasado seleccionado viene a ratificar un orden contemporáneo. Según la segunda versión, constructivista, los argentinos se imaginan como comunidad porque el Estado fue altamente eficiente, especialmente después de 1880 y hasta hace pocos años, en

1. José Murilho de Carvalho. *A formação das almas: o imaginário da República do Brasil*. Pag. 89. São Paulo, Companhia das Letras, 1990.

construir esa idea de comunidad a través de la escuela, el servicio militar, los medios de comunicación y otros dispositivos. La perspectiva constructivista es muy productiva para analizar cómo el esencialismo es, más que una descripción de una realidad objetiva, básicamente performativo.

HACIA UNA CONCEPCIÓN EXPERIENCIALISTA

Según una tercera versión, la que pretendo sustentar aquí, los argentinos comparten experiencias históricas configurativas que han sedimentado traduciéndose en que la diversidad y desigualdad se articulen en modos de imaginación, cognición y acción que presentan elementos comunes.

Esta tercera versión, entonces, asume –al igual que la primera– que efectivamente los argentinos comparten algo. Pero se diferencia de la primera al considerar que aquello que los argentinos comparten no es justamente lo que los argentinos o su Estado dicen compartir. En realidad, los argentinos no comparten el tango, porque dentro del país hay una diversidad de músicas. No comparten una lengua primera, porque dentro del país hay diferentes variedades del español y hay otras lenguas. Obviamente no comparten una religión. Comparten una experiencia histórica, algunos de cuyos principales hitos y momentos pueden ser reconstruidos y analizados.

Esta tercera versión experiencialista coincide con la segunda, la constructivista, en que “los argentinos” son un resultado del proceso histórico, contingente como tal. Pero se diferencia porque enfatiza la sedimentación y porque subraya que no se trata sólo de procesos simbólicos resultados de fuerzas simbólicas, sino de lo vivido históricamente en el “proceso social total”².

Los argentinos comparten la experiencia histórica de la lucha peronismo/antiperonismo, la experiencia de la imposibilidad de la convivencia política durante décadas, la experiencia de un genocidio, la experiencia de la inestabilidad institucional, la experiencia de la hiperinflación, la experiencia de la convertibilidad, la experiencia del “corralito”, entre muchas otras cosas. Si pretendiéramos sintetizar, quizá podríamos afirmar que en la experiencia reciente los argentinos comparten la hiperinflación (como disgregación económica de la sociedad) y comparten el genocidio (como disgregación política de la sociedad). Es decir, el terrorismo de Estado y el terrorismo económico. La paradoja es que justamente un conjunto de personas que comparten básicamente experien-

2. Raymond Williams. *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península, 1980.

cias disgregadoras tienen en común haber vivido esos procesos y estar atravesados por ellos.

¿Están atravesados del mismo modo? La desigualdad social y las diferencias culturales entre los argentinos establecen bases y marcos para procesar de múltiples maneras procesos como estos. Al mismo tiempo, son procesos que –aunque de maneras disímiles– atravesaron al conjunto del cuerpo y tejido social.

Esas experiencias, desigualmente compartidas (entre clases, grupos étnicos, géneros, generaciones) son centrales en cómo concebimos aquí a la nación. En todas las naciones que conocemos hay diversidad y hay desigualdad. En ese sentido, podemos estar seguros de que las experiencias son vividas de modo desigual y diferente. Eso es evidente. Lo que es menos evidente es por qué, a pesar de eso, son naciones. Proponemos aquí buscar la respuesta en la experiencia histórica.

Hasta donde sabemos, aún estamos lejos de estar en condiciones de elaborar una teoría experiencialista de la nación. Sin embargo, podemos ubicar y señalar algunos aspectos oscuros del (de)constructivismo, así como algunos elementos de otras perspectivas teóricas que esa nueva conceptualización debería tener en cuenta:

1. El énfasis colocado en la deconstrucción y el cuestionamiento del sentido común, debe ser complementado con un esfuerzo etnográfico, etnohistórico y teórico de comprensión de las lógicas del sentido común. El sentido común considera a las naciones como entidades ancestrales, cuya defensa se lleva en la sangre. El constructivismo ha mostrado que se trata de artefactos bastante recientes que nada tienen que ver con la biología. Continuar mostrando esto mismo no es un gran esfuerzo para nadie y sólo ayudará a consolidar nuestros propios sentidos comunes constructivistas. El desafío es entender por qué la gente construye entidades de ese tipo, para qué las usa, qué siente, de qué se protege. Es decir, cuál es la lógica práctica de la nación, lógica que hoy parece ocultarse detrás no sólo de su naturalización, sino también de su deconstrucción.
2. Si uno de los ejes teóricos del constructivismo fue la historicidad y las contingencias de los fenómenos sociales, resulta necesario subrayar que la historia es cambio a la vez que es sedimentación. Justamente necesitamos articular teóricamente los conceptos de experiencia y de sedimentación, mostrando que la tensión entre lo sedimentado y lo contingente se vincula a que cuando se plantean disyuntivas no todos los caminos son imaginables, legitimables y, por lo tanto, posibles. La sedimentación no es sólo conocimiento, es sentimiento, parámetro cognitivo y, en ese sentido, coacción simbólica.
3. La idea de la esencia grupal fue arrasada críticamente, tanto en su con-

tenido como en su metáfora biológica, por conceptos como construcción e invención. El desafío ya no consiste en demostrar que toda identidad es el resultado de un proceso histórico, sino en entender por qué las personas y los grupos tienden a considerarlos entidades eternas y naturales. Por otra parte, si podemos acordar simplemente en que “todo lo social es construcción histórica”, ya no hay mucho para agregar a los procesos de naturalización. El problema es por qué algunas construcciones funcionan y otras fracasan, y cuáles son las relaciones de estos éxitos o fracasos con condiciones socioeconómicas, políticas y culturales.

ESTADO Y NACIÓN

Desde esta perspectiva conviene revisar algunas conceptualizaciones acerca de la “nación”. Los conceptos de “Estado” y “nación” muchas veces tienden a ser confundidos analíticamente. El Estado-nación es una entidad histórica, una articulación efectiva pero contingente entre un complejo dispositivo institucional y una conformación sociocultural.

En el mundo contemporáneo pareciera evidente que el “Estado”, los Estados, tienden a desdibujarse y perder poder de intervención de manera creciente. Como es muy sabido que la “nación”, y especialmente el nacionalismo, es históricamente mucho más una consecuencia del Estado y sus políticas que cualquier forma de causa del proceso institucional, se tiende a suponer que al plantearse la disgregación o el debilitamiento del Estado se plantea la difuminación de la nación.

Considérese este silogismo: El Estado creó la nación, el Estado se difumina; luego, la nación se difumina.

Aquí hay dos cuestiones diferentes para discutir. La primera se refiere a si el Estado realmente está desdibujándose en el mundo contemporáneo. La segunda se refiere a si eso realmente tiene consecuencias sobre la nación y, en todo caso, qué tipo de consecuencias. Una cosa es la lógica formal y otra la lógica de la historia.

El Estado, en muchos países del mundo, se ha retirado y continúa retirándose como dispositivo institucional vinculado al desarrollo social, a la redistribución y al bienestar. Esta es una tendencia que se manifiesta de manera muy heterogénea, con excepciones, con distintas negociaciones, idas y vueltas. A pesar de esa diversidad, el neoliberalismo impulsó con bastante éxito la destrucción de las versiones locales del “Estado de bienestar”. Esta es una tendencia histórica que puede ser revertida o transformada. Esto es importante porque no es consistente la nueva teleología que afirma que esta tendencia es una prueba suficiente de que el Estado no cumplirá más el papel de principal articulador social, agente hegemónico clave.

Por otra parte, es necesario distinguir entre las “funciones sociales” del Estado y sus funciones represivas. Porque si es cierto que en muchos países el Estado se ha retirado de su papel en la protección y seguridad social, también es cierto que eso no indica nada acerca del poder estatal de represión y control. La mayoría de los países conservan intactas sus fuerzas armadas y de seguridad, otros han incrementado en diferente grado sus dispositivos. En las crisis sociales y políticas que el propio retiro social del Estado provoca puede verificarse que en muchos países el papel represivo continúa siendo muy poderoso.

En otras palabras, los Estados, como dispositivos institucionales que ejercen soberanías territoriales, no han desaparecido ni desaparecerán en los próximos años. Un cambio dramático, sin embargo, es cómo se articulan sus diferentes funciones.

Ni la nación ni los nacionalismos precedieron históricamente a los Estados. América Latina es un ejemplo peculiarmente importante en ese sentido. El “principio de las nacionalidades” es muy posterior a los procesos de las independencias. La distribución de territorios estatales se sustentó básicamente en las distribuciones administrativas coloniales y las disputas de poder entre ciudades con sus *hinterland*, y no en alguna forma de identidad comunitaria.

En ese sentido, la nación, como modo de imaginación de pertenencia a una comunidad, es consecuencia del Estado, de sus dispositivos, de sus políticas culturales. De sus arduos trabajos de nacionalización.

Como la nación es producto del Estado y el Estado excluyente no produce nación, podría suponerse que la nación se encuentra en proceso de desaparición. Sin embargo, no se constata por diferentes motivos. Entre otros, podemos señalar tres motivos. Primero, hasta ahora no ha surgido ningún otro interlocutor equivalente que tenga legitimidad y legalidad para definir políticas de ciudadanía. Por lo tanto, los reclamos de los movimientos sociales se dirigen básicamente al Estado. Segundo, en algunos de esos procesos la identificación nacional ha cumplido un papel relevante en la articulación de demandas hacia el Estado. Tercero, el espacio nacional continúa siendo un ámbito decisivo para la elaboración de la experiencia social y la generación de sentidos.

LA NACIÓN COMO IDENTIFICACIÓN

Precisemos qué entendemos por nación. En nuestra perspectiva, hay dos dimensiones diferentes, aunque interrelacionadas. Por una parte, la nación es un modo específico de identificación. Por otra parte, la nación es un espacio de diálogo y disputa de actores sociales.

Como identificación, la nación se vincula a los procesos históricos de

imaginación de pertenencia comunitaria. En ese plano, la nación se encuentra en proceso de articulación y desarticulación con las ideas de “pueblo” y “Estado”. A veces la nación se articula y legitima al Estado: desde conflictos bélicos hasta políticas internas pueden sostenerse en función de “intereses nacionales”. En otras ocasiones se presentan grietas entre Estado y nación, en la medida en que “nación” sea comprendida como “pueblo” y que el Estado sea percibido como afectando los intereses populares. En muchos países de América Latina (la Argentina entre ellos) las ideas de nación y Estado se desarticulan constantemente, hasta el punto de que la visión socialmente prevaleciente puede explicar el desamparo y la devastación de la nación como consecuencia de persistentes políticas del Estado, en las cuales el Estado aparece más cercano a intereses extranjeros o tan sectoriales que no consigue articularse con idea alguna acerca de la nación.

Esta conceptualización permite *comprender por qué un modo de imaginación construido históricamente por dispositivos estatales puede mucho más que sobrevivir a la transformación de esos dispositivos*. El retiro social del Estado puede generar, o actualizar, una articulación entre la idea de pueblo y la de nación en oposición a Estados antipopulares o antinacionales. El movimiento social puede recoger justamente el modo nacional de identificación que, legitimado por el Estado en otros contextos históricos, es irrenunciable explícitamente en la medida en que constituye la única vía de legitimación de su propia existencia.

Así, un Estado que renuncia a la construcción de la nación en los hechos de sus políticas, aunque nunca en las formas difusas de sus imaginarios, puede generar procesos de nacionalización e incluso retóricas nacionalistas, aun más fuertes que a través de los mecanismos de imposición de identificaciones nacionales. En esa posibilidad se encuentra concentrada la ambivalencia de la nación, una ambivalencia simbólica y ético-política. La nación, como referencia de consenso, aparece y se revela como una de las categorías más persistentes unidas en el centro mismo del conflicto social que se desarrolla en el espacio nacional.

Para analizar la dimensión identitaria de la nación es relevante el constructivismo, a condición de incorporar en el análisis como conceptos nodales a los sentidos prácticos de la acción social y a la sedimentación experiencial. Esos conceptos permiten comprender, entre otras cuestiones clave, por qué las identificaciones nacionales en el mundo contemporáneo ya no son construidas desde arriba hacia abajo, sino muchas veces al revés, así como por qué pueden dejar de ser el corset ideológico de la hegemonía para devenir (como en otros momentos históricos) articuladores y fuentes de legitimidad de movimientos sociales que enfrenten al neoliberalismo.

Esto implica que lejos de entrar en alguna era “posnacional” estamos

más cerca de nuevos usos de la nación, incluso usos cosmopolitas y transnacionales, que aún deben ser estudiados.

LAS EXPERIENCIAS NACIONALES

La nación no es sólo una categoría clave de identificación política. Es también un marco central de la experiencia social y de la constitución de los actores políticos. Un espacio nacional delimita el marco de una experiencia histórica, un tipo de vínculo específico entre las “partes” o “grupos” que conviven, una relación especial entre Estado y sociedad civil.

Todas las naciones son heterogéneas en dos sentidos diferentes. Primero, lo evidente: los “elementos”, las partes de las que se constituyen son distintas. Segundo, lo más importante: el modo específico en que esas partes son combinadas y articuladas son muy específicas. A eso alude el concepto de Segato³ de naciones como “formaciones de diversidad”. Cada Estado constituyó un espacio nacional estableciendo modos específicos de interlocución entre los sectores de la sociedad. Hay modos de identificarse, de presentarse, de organizarse y de actuar que son legítimos y comprensibles en una sociedad y no en otras. Antes que especular acerca de las supuestas “culturas nacionales” que definen una identidad, deberíamos estudiar cómo la elaboración de experiencias históricas específicas configuran “culturas nacionales del relacionamiento”.

Es decir, la sedimentación de la experiencia histórica hace que ciertos vínculos y ciertos modos de realizar los vínculos sean posibles, preferibles o exclusivos en ciertos países y puedan resultar extraños, excepcionales o inviables en otros. Por ejemplo, la relevancia de lenguajes étnicos, raciales, de clase o estrictamente políticos como organizadores distintos del conflicto social no presentan correlación alguna con factores demográficos. La Argentina tiene una mayor cantidad de indígenas que Brasil (en términos relativos y absolutos), y mientras en este último los indígenas tienen una importante visibilidad en la Argentina muchas veces se supone que ya no habría más indios.

La sedimentación de la experiencia histórica también incide en modos de negociación y enfrentamiento con distintos grados de radicalidad, en modos de organización más o menos verticales o clientelares, en concepciones acerca de los tiempos y espacios de la protesta. No estamos afirmando que en un país exista un padrón único o uniforme de modos de acción y organización, de sentidos del tiempo y el espacio. Tampoco esta-

3. Rita Segato. “Alteridades históricas/Identities políticas: una crítica a las certezas del pluralismo global”, en *Série Antropologia* n° 234. Brasília, UNB, 1998.

mos diciendo que esos padrones no cambien a través del tiempo. Estamos diciendo, en cambio, que los padrones prevalecientes son en gran medida comprensibles y explicables a través de experiencias históricas nacionales que pueden hacerse presentes en momento clave, incluso de manera dramática, como límites de la imaginación política.

BANDERAS

Tanto la nación como modo de identificación y la nación como espacio de la experiencia compartida pueden verse claramente en los sucesos argentinos desde diciembre (y antes).

Si se historizara la vida social de los símbolos nacionales en la Argentina podrán escribirse una serie de capítulos (en los cuales obviamente el peronismo de mediados del siglo XX tendría un papel clave) que encontrarían un punto de inflexión en la dictadura militar de 1976. La apropiación con pretensiones y fuerza monopólicas de lo nacional por parte de las Fuerzas Armadas y el gobierno dictatorial dejó profundas marcas en el país sobre los sentidos y usos de la bandera, el himno y otros símbolos nacionales. Claro que el país entero festejó el triunfo futbolístico de 1978, imprimiendo gestos patrios sobre los gritos de la tortura y los muertos. Sin embargo, desde los años '80 los recuerdos de aquellos festejos fueron crecientemente críticos.

También 1982 y Malvinas: un símbolo nacional que se encontraba más allá de los conflictos internos fue apropiado por un sector, los militares. Y al igual que desde entonces Malvinas dejó de ser lo que era, una referencia nacional que trascendía las facciones⁴, también los símbolos nacionales perdieron espesor, densidad y legitimidad. No desaparecieron completamente, pero tampoco tuvieron gran relevancia política.

El 19 y 20 de diciembre marcan un punto de inflexión. Ya en el conflicto de Aerolíneas Argentinas (símbolo de empresa pública vaciada por sus nuevos dueños españoles) los colores argentinos y las referencias a la nacionalidad habían aparecido como una herramienta política recurrente de los trabajadores para convocar (con significativo éxito) el apoyo de la población. El 19 de diciembre por la noche, cuando la población comenzó a salir a la calle con sus cacerolas, a unirse en esquinas, a marchar por avenidas hacia la Plaza de Mayo, sólo se veían y sólo se permitían banderas argentinas. Ese día y los siguientes los participantes solicitaron insistentemente que no haya otras banderas. Una sociedad en disgregación

4. Rosana Guber. *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

necesitaba, al menos, de alguna hipótesis de referencia compartida. La bandera, los gorritos y camisetas celestes y blancos, así como el himno, eran los únicos símbolos que encontraron tener en común.

Así se reabrió la disputa por la apropiación y por los sentidos de los símbolos nacionales. Ya no existe la fuerte connotación militar en esos colores y esas melodías. Quién puede usarlos, con qué finalidad y con qué sentido es parte de la lucha política. Hasta ahora los manifestantes no han encontrado símbolos equivalentes o más importantes que pudieran articularlos. Hasta ahora les cuesta imaginar un proyecto como nación, pero mucho más sin nación.

FANTASMAS O NÚCLEOS DUROS DE LA EXPERIENCIA HISTÓRICA

Por otra parte, es importante considerar a la nación como espacio de la experiencia. Hace poco tiempo, José Nun parafraseaba una afirmación de Primo Levi respecto de la trágica imposibilidad de pureza de las víctimas de los campos en la medida que los victimarios “hacen que se les parezcan”. Decía Nun⁵ que no podíamos ser ingenuos acerca de que no surgirán de pronto y de los escombros neoliberales sujetos sociales puros e ideales que sólo existen en la imaginación. Es decir, las características de la acción social de la resistencia están marcadas por aspectos del vínculo social victimarios/víctimas y por la experiencia social. Es bastante común en la Argentina considerar hasta qué punto la dictadura está presente hoy en prácticas, ideas, ausencias, miedos, constricciones. Menos frecuente, en cambio, es pensar hasta qué punto la experiencia hiperinflacionaria ha sido tan configurativa de nuestra cultura política actual como la experiencia del genocidio. Esa reflexión es un desafío pendiente, que no puede resolverse en un ensayo. De todos modos, realizaré un breve comentario.

Si resulta evidente que la convertibilidad no era viable antes de la hiperinflación, necesitamos estudios acerca de cómo, el hecho indiscutible de que los argentinos pensaban en dólares desde antes de la convertibilidad, constituyó un elemento decisivo para la generación de un consenso que no se quebró hasta que se había consumado un desastre económico sin precedentes. Un dato: durante 1999 y 2000 (ya en plena recesión) la palabra devaluación era un gran tabú político. Algunos de los economistas más críticos y audaces, en esos años, sólo se animaban a insinuar la necesidad de considerar eventuales “variaciones en el tipo de cambio” (siempre con eufemismos).

5. José Nun. “El enigma argentino”, en *Punto de Vista* n° 71. Buenos Aires, diciembre 2001.

Los efectos culturales de la hiperinflación trascienden la imaginación económica. La hiperinflación, como devaluación *cotidiana, diaria*, literalmente en horas, de la moneda nacional, transforma todas las nociones de tiempo, especialmente el presente, el futuro y la planificación. La escena, todos los días repetida, de consumidores que buscan en el supermercado ganarle de mano al empleado encargado a toda hora de remarcar los precios produce que, con el dinero guardado en los bolsillos, cada minuto puedan comprarse menos productos. ¿Alguien va a ahorrar en esas circunstancias? Todos: hubo meses en que los empleados compraban dólares con su sueldo para revenderlos semana a semana y tratar así de llegar a fin de mes. Un “ahorro” ficticio como recurso de subsistencia ¿Alguien puede planificar? Las ideas de futuro y de plan se desarman. Al ser imposible saber cuánto van a valer las cosas, cuánto va a ser el salario, hasta cuándo podrán sostenerse ciertas rutinas, ninguna tarea social que trascienda la semana o el día es pensable y cumplible.

En otras palabras, uno de los grandes impactos culturales de la hiperinflación es el cortoplacismo. Nadie piensa en “inversiones” de largo plazo: ni en empresas, ni en comercios, ni en su propia casa, ni en las instituciones en las que trabaja o estudia. El cortoplacismo implica que el horizonte de la vida social y política se achica hasta desaparecer. La convertibilidad no revirtió ni podía revertir en grandes áreas sociales ese cortoplacismo. La situación posterior al 19 y 20 de diciembre hizo revivir el conjunto de los miedos asociados a la hiperinflación.

La gran pregunta es: ¿algo de este cortoplacismo se hizo presente también en la lógica temporal de la protesta social? Retomemos lo que decían Nun y Levi. Por una parte, es relativamente conocida la presencia de elementos característicos de modos de hacer política de los grupos hegemónicos en formas organizativas actuales de sectores populares. Por otra parte, hay procesos más sutiles. ¿Por qué después de haber creado o recreado un nuevo y potente género de protesta como el cacerolazo, hubo que realizar cacerolazos semana tras semana? Hoy resulta claro que los cacerolazos han sido sobreutilizados. Esa sobreemisión produjo una devaluación constante del cacerolazo y, en parte, disolvió su potencialidad.

Esa temporalidad del conflicto argentino presenta contrastes abrumadores con las de otros países. El hecho más sorprendente es el siguiente: en esos dos días los argentinos recrean y reinventan un modo específico de protesta y rebelión, el cacerolazo, que en su masividad y espontaneidad arrasa con la escasa legitimidad política; una semana después un sector vuelve a apelar a las cacerolas y produce otra crisis; sin embargo, pocas semanas después la espontaneidad se va disolviendo en cacerolazos que cuanto más organizados, parecen menos masivos y, sin duda, resultan menos eficaces. Los cacerolazos y las marchas de las cacerolas se rutinizan, se realizan un día fijo de la semana hasta que la falta de concurrencia obliga

a realizarlos una vez al mes hasta que la falta de concurrencia hace que hayan desaparecido. Hace meses que no hay cacerolazos importantes en la Argentina. Ninguna convocatoria planificada de cacerolazos pareciera hoy estar en condiciones de producir efectos relevantes. La dificultad de constituir, hasta ahora, un horizonte temporal más extenso de la protesta generó las condiciones de su devaluación.

Para analizar en profundidad el caso argentino (cuestión que excede nuestras posibilidades) habría que incluir, entre muchos otros elementos, las diferencias notorias con los piqueteros que se inscriben en un horizonte temporal diferente. Crearon organizaciones sólidas, muchas veces con fuerte asentamiento y trabajo territorial. De todos modos, los piqueteros podrían verse amenazados por el riesgo de una devaluación similar. Es que ese riesgo está siempre presente en una Argentina donde la agenda de marchas de protesta es abrumadora, incluso si la eficacia de la repetición es dudosa. En algunos sectores involucrados en la protesta existe una peculiar construcción cultural que asocia radicalidad política con cantidad de acciones de protesta. Eso favorece, a la vez que se ve favorecido por, horizontes temporales cortos y devaluación. Simultáneamente.

Estos "horizontes temporales" de los protagonistas de la protesta son construcciones culturales, en el sentido de que son el resultado de la elaboración diferente de experiencias históricas específicas. ¿Por qué el zapatismo puede reinventar acciones, géneros y modalidades de la protesta y, si se generan dificultades o fracasos, retroceder ordenadamente para reaparecer en escena cuando ellos mismos se encuentren en condiciones? Para explicarlo habrá que rastrear no sólo en el control territorial, sino también en la experiencia histórica. ¿Por qué el Movimiento Sin Tierra brasileño consigue avanzar de manera eficaz sobre territorios, paso a paso, en una lucha que tiene también un horizonte temporal largo?

Hay culturas del conflicto, patrones relativamente compartidos por diversos agentes, que establecen una cierta lógica de la confrontación. Y una dimensión central de esas culturas, como también parece desprenderse dramáticamente del caso colombiano, es nacional. La nación no sólo es aún hoy un espacio donde se desarrollan conflictos clave. También es donde se encuentran actores que atravesaron experiencias históricas relativamente compartidas.

Esas culturas no son esencias nacionales. Tampoco son construcciones estratégicas. Son el resultado de la sedimentación y elaboración de experiencias históricas. Los actores no se encuentran condenados a actuar en la lógica de una cultura del conflicto ya instituida. Sin embargo, a menos que busquen cuestionar esas lógicas tienden a verse compelidos a actuar dentro de aquellos marcos históricos.

Genocidio e hiperinflación son dos núcleos duros de las memorias colectivas de los argentinos. Difícilmente puedan comprenderse los últimos diez años sin comprender el peso que esos fantasmas tuvieron sobre la imaginación y sobre las prácticas políticas. Sobre los pánicos, a las vez silenciosos y poderosos. Son los fantasmas de la experiencia argentina.

De hecho, fue la experiencia hiperinflacionaria devenida fantasma la que generó las condiciones para que la mayoría de los argentinos apoyaran, a través de su voto o su pasividad, el sistema de convertibilidad. En una situación recesiva desde 1998 pasaron más de tres años para que se abriera la pregunta acerca de si un país con la mitad de la población afectada por problemas de empleo era la única alternativa a la hiperinflación. Se criticará que este argumento puede desresponsabilizar al menemismo. Por el contrario, ningún análisis riguroso podría reducir su papel central. El problema es que esa denuncia imprescindible no es suficiente para responder por qué ese gobierno fue reelecto, por qué logró un cierto consenso y por qué fue sucedido por una oposición que perjuró mantener ese mismo modelo económico. No resultaría saludable menospreciar este último punto.

Paradoja: la imposibilidad de exorcizar los fantasmas hiperinflacionarios condujo a una nueva experiencia histórica aterradora. Por eso, hablar de memoria social y de olvido, e investigarlos en la Argentina contemporánea, no puede ser únicamente el análisis del genocidio y sus efectos. También exige analizar la hiperinflación.

El fantasma del genocidio y la consigna instituida en los '80, *Nunca Más*, operó de otros modos en estos procesos. Ciertamente, produjo quietismo durante los años '90, no sólo por los temores de los vivos, sino por las ausencias muy reales de los muertos, una generación de dirigentes sociales y políticos. Sin embargo, el consenso acerca de que no hay retorno a un régimen dictatorial tiene otras incidencias clave en la coyuntura actual. En primer lugar, ante el total desprestigio de la clase política y el reclamo de gran parte del movimiento social de "que se vayan todos" (el gobierno, los diputados y senadores), nadie sabe bien lo que vendrá ni lo que sea deseado construir, pero continúa vigente el abrumador consenso de que una democracia resquebrajada es preferible a cualquier autoritarismo.

Y eso no es poco: los fantasmas pueden ser conjurados. De hecho, el cacerolazo del 19 de diciembre de 2001 se inició justamente como respuesta a un discurso presidencial que declaraba el Estado de Sitio. Es decir, frente a la prohibición explícita de manifestarse públicamente, evocación paradigmática de la dictadura militar, la reacción fue una movilización imponente.

Los argentinos lograron en algunas circunstancias exorcizar, a través

de su propia intervención pública, los miedos del genocidio. De hecho, el dictador Videla y otros militares tienen arrestos domiciliarios, algo excepcional en América Latina. Y es muy probable que los asesinos materiales de los piqueteros sean castigados, aunque no así sus responsables.

Ningún conjuro comparable ha sido elaborado para los pánicos de la hiperinflación. Al no lograr detener sus efectos, la amenaza de devastación económica (hasta llegar a la hiperinflación, la situación siempre podría ser peor) es una fábrica de parálisis y conservadurismo. Los conjuros contra los fantasmas del genocidio fueron periódicamente movilizantes. Estuvieron presentes el 19 de diciembre. Después del 26 de junio, cuando fueron asesinados los piqueteros en el Puente Pueyrredón, la reacción hizo que Duhalde se viera obligado a acortar seis meses su mandato como única variable de continuidad. En contraste, el único conjuro contra el fantasma hiperinflacionario fue aferrarse a una estabilidad total y totalitaria.

La Argentina no puede comprenderse sin estos dos fantasmas, sus presencias y las capacidades diferenciales para actuar sobre ellos. Los argentinos no podrán reconstruir un proyecto común, que eso es al fin y al cabo una nación, sin encontrar las sincronías entre ambos. Un plan de nación implica imaginar articulaciones entre conjuros que parecen tan divergentes.

Y más. Porque seguramente a esas dos experiencias sociales que consideramos configurativas de la imaginación, los sentimientos y la acción de diferentes actores, ya debemos agregar esta nueva experiencia aterradora. La experiencia devastadora del desempleo, el hambre y la recesión, inédita para generaciones de argentinos, se está convirtiendo en otro núcleo duro configurativo. Se trata de nuevos miedos que desarrollarán la capacidad de regular los límites de las prácticas, de las expectativas y de los deseos. A la vez, es en ese sufrimiento desigualmente compartido, en el verdadero espanto por la nueva cotidianeidad, así como en la esperanza de un cambio colectivo, donde reaparecen los modos de reimaginar la nación. No sólo, claro, sus símbolos. Sobre todo, para que sea suyo, su Estado.



Literatura de compromiso

*Daniel Link**

NO FUTURE

Se me pide que escriba sobre la literatura argentina actual. Frecuentemente, hablar de literatura equivale a hablar de textos y de autores. Aquí intentaremos dejar de lado los nombres propios de las bellas letras o reducir al mínimo las menciones, como meros ejemplos de los procesos sobre los que habría que reflexionar en lo que se refiere a la producción cultural y, en particular, a la producción literaria.

* Daniel Link es Profesor Asociado a cargo de Literatura del Siglo XX, en la Carrera de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras, y Profesor Adjunto de Teorías y Prácticas de la Comunicación en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales, ambas de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente dirige *Radartlibros*, el suplemento literario de *Página/12*.

Argentina desvertebrada 163

Nadie dudaría que, como resultado de los últimos diez años (lo que se conoce como la década del noventa, aunque habría que inventar para ese período un nombre más pintoresco), los argentinos hemos perdido gran parte de los derechos (políticos, sociales, laborales, sanitarios, educativos), cuya conquista nos había puesto entre las naciones más civilizadas de América Latina. Al mismo tiempo, lo que se reconoce como el campo intelectual argentino fue durante muchos años un modelo (por su dinamismo, su capacidad para generar debates y, sobre todo, para articular problemas ideológicos con modos de acción política y, también, con procesos educativos). Hoy, de aquellos esplendores nada queda o lo que queda sirve solamente para evaluar la dimensión de una pérdida y de una agonía. Pero es necesario sostener la esperanza de que una vez que el duelo complete su ciclo seamos capaces de empezar de nuevo, si es que nos parece que vale la pena salvar algo de nuestra cultura (yo mismo, suelo ser escéptico en ese punto).

La Argentina es una cultura sanguinaria sometida hoy a la doble violencia de un pasado dictatorial traumático y de los restos de las fantasías neoliberales, que pretendieron construir una cultura “nueva”, una cultura “moderna” sobre ruinas que, en esas fantasías, sólo tenían un valor de cambio determinado.

Tomemos el caso de la ciudad de Buenos Aires, que atraviesa uno de sus momentos urbanísticos más críticos, porque los megaproyectos arquitectónicos que se impulsaron en la última década para cambiar su faz son hoy apenas un fantasma desdibujado por líneas cada vez más groseras de pobreza. Puerto Madero, por ejemplo, fue un proyecto que no vino a resolver ninguno de los problemas de la ciudad sino a agregarle algunos nuevos. Sobre las ruinas que eran los antiguos depósitos portuarios se levantó prácticamente una ciudadela nueva, “recuperada” para la ciudad, pero con el estilo internacional que tanto aman los neoconservadores: el aeropuerto. Puerto Madero tiene hoy la misma vitalidad (el mismo estilo) que cualquier aeropuerto internacional de cualquier ciudad del mundo, salvo por el resto de pasado que parece palpitar en cada piedra, porque las ruinas (lo sabía Goethe) siempre tienen algo que decir sobre lo que hubo antes, sobre la historia y sobre el destino de los hombres. Alrededor de Puerto Madero, a las puertas mismas de la ciudadela primermundista con la que la cultura argentina soñó que podía silenciar a sus fantasmas, hordas de desocupados, subalimentados y sin techo recorren la ciudad en busca de mucho más que lo básico para garantizar la mínima supervivencia: en busca de un *lugar* en el mundo, un mundo que durante diez años simuló con algarabía que esa gente no existía, que iba a dejar de existir o cuya existencia no tenía demasiada importancia en el reparto de los privilegios urbanos, culturales y sociales.

Lo más parecido a la cultura argentina en un corte actual es una pelí-

cula americana (cómo podría ser de otro modo) ya bastante vieja, *Poltergeist* (1982), en la cual horribles sucesos paranormales sucedían porque un inversor voraz e inescrupuloso había levantado una urbanización aséptica y moderna sobre un antiguo cementerio indio. Esos huesos (esas ruinas, ese anacronismo: *la historia*) volvían para vengarse. *Poltergeist* es nuestro *Zeitgeist*.

Es cierto que la cultura argentina no funciona en el vacío y su propia hecatombe sucede en un contexto cultural hipercrítico (militarización de las relaciones políticas internacionales, agotamiento de los combustibles fósiles, manipulación genética de imprevisibles resultados, una epidemia de transmisión sexual para la cual no parece haber remedio *sino* a través de la manipulación genética, extinción de numerosas especies animales y desertificación de la tierra, escasez de agua potable, para mencionar sólo los hechos más espectaculares y más a la mano de cualquier lector de diarios), pero nos limitaremos aquí (se dice, que a los argentinos nos gusta ser el centro del mundo) a seguir las peculiaridades de la crisis cultural argentina (en el contexto, claro, de lo que podemos imaginar como una crisis global sin precedentes).

LITERATURA Y MERCADO

Así como hay pérdida de derechos en cualquier campo que se examine (y la crisis del 19 y 20 de diciembre de 2001 no fue sino la constatación dramática de que los argentinos estaban perdiendo directamente los derechos constitucionales), también los hay en el campo intelectual.

Durante el año 2002 la industria editorial sufrió una caída del 50 por ciento en la cantidad de ejemplares impresos, del 12 por ciento en la cantidad de títulos editados (porcentaje que crece hasta el 22 por ciento si se consideran sólo las novedades) y el volumen de ventas de libros escolares se redujo en un 70 por ciento. Doscientas librerías desaparecieron de la faz de la tierra, a lo largo y a lo ancho del país. Lo más grave de las estadísticas es que dicen poco y nada sobre la verdadera dimensión del problema. Los editores declaran que el mercado de libros se achicó. Lo que no se atreven siquiera a murmurar es que se achicó *irreversiblemente*, y que ese achicamiento (que es, también, un añiñamiento) tuvo un punto de partida ya de por sí anémico. La industria editorial argentina de los años ochenta, a partir de la cual se montó una de la más gigantescas operaciones de transferencia de derechos públicos, no era ya ni la pálida sombra de lo que era en las décadas del sesenta y del setenta.

Dos novelas emblemáticas de la década del noventa, cada una a su modo, parecen hablar de esta crisis aguda del universo de las representaciones, no tanto como textos, sino sobre todo como libros, como objetos

Nadie dudaría que, como resultado de los últimos diez años (lo que se conoce como la década del noventa, aunque habría que inventar para ese período un nombre más pintoresco), los argentinos hemos perdido gran parte de los derechos (políticos, sociales, laborales, sanitarios, educativos), cuya conquista nos había puesto entre las naciones más civilizadas de América Latina. Al mismo tiempo, lo que se reconoce como el campo intelectual argentino fue durante muchos años un modelo (por su dinamismo, su capacidad para generar debates y, sobre todo, para articular problemas ideológicos con modos de acción política y, también, con procesos educativos). Hoy, de aquellos esplendores nada queda o lo que queda sirve solamente para evaluar la dimensión de una pérdida y de una agonía. Pero es necesario sostener la esperanza de que una vez que el duelo complete su ciclo seamos capaces de empezar de nuevo, si es que nos parece que vale la pena salvar algo de nuestra cultura (yo mismo, suelo ser escéptico en ese punto).

La Argentina es una cultura sanguinaria sometida hoy a la doble violencia de un pasado dictatorial traumático y de los restos de las fantasías neoliberales, que pretendieron construir una cultura “nueva”, una cultura “moderna” sobre ruinas que, en esas fantasías, sólo tenían un valor de cambio determinado.

Tomemos el caso de la ciudad de Buenos Aires, que atraviesa uno de sus momentos urbanísticos más críticos, porque los megaproyectos arquitectónicos que se impulsaron en la última década para cambiar su faz son hoy apenas un fantasma desdibujado por líneas cada vez más groseras de pobreza. Puerto Madero, por ejemplo, fue un proyecto que no vino a resolver ninguno de los problemas de la ciudad sino a agregarle algunos nuevos. Sobre las ruinas que eran los antiguos depósitos portuarios se levantó prácticamente una ciudadela nueva, “recuperada” para la ciudad, pero con el estilo internacional que tanto aman los neoconservadores: el aeropuerto. Puerto Madero tiene hoy la misma vitalidad (el mismo estilo) que cualquier aeropuerto internacional de cualquier ciudad del mundo, salvo por el resto de pasado que parece palpitar en cada piedra, porque las ruinas (lo sabía Goethe) siempre tienen algo que decir sobre lo que hubo antes, sobre la historia y sobre el destino de los hombres. Alrededor de Puerto Madero, a las puertas mismas de la ciudadela primermundista con la que la cultura argentina soñó que podía silenciar a sus fantasmas, hordas de desocupados, subalimentados y sin techo recorren la ciudad en busca de mucho más que lo básico para garantizar la mínima supervivencia: en busca de un *lugar* en el mundo, un mundo que durante diez años simuló con algarabía que esa gente no existía, que iba a dejar de existir o cuya existencia no tenía demasiada importancia en el reparto de los privilegios urbanos, culturales y sociales.

Lo más parecido a la cultura argentina en un corte actual es una pelí-

cula americana (cómo podría ser de otro modo) ya bastante vieja, *Poltergeist* (1982), en la cual horribles sucesos paranormales sucedían porque un inversor voraz e inescrupuloso había levantado una urbanización aséptica y moderna sobre un antiguo cementerio indio. Esos huesos (esas ruinas, ese anacronismo: *la historia*) volvían para vengarse. *Poltergeist* es nuestro *Zeitgeist*.

Es cierto que la cultura argentina no funciona en el vacío y su propia hecatombe sucede en un contexto cultural hipercrítico (militarización de las relaciones políticas internacionales, agotamiento de los combustibles fósiles, manipulación genética de imprevisibles resultados, una epidemia de transmisión sexual para la cual no parece haber remedio *sino* a través de la manipulación genética, extinción de numerosas especies animales y desertificación de la tierra, escasez de agua potable, para mencionar sólo los hechos más espectaculares y más a la mano de cualquier lector de diarios), pero nos limitaremos aquí (se dice, que a los argentinos nos gusta ser el centro del mundo) a seguir las peculiaridades de la crisis cultural argentina (en el contexto, claro, de lo que podemos imaginar como una crisis global sin precedentes).

LITERATURA Y MERCADO

Así como hay pérdida de derechos en cualquier campo que se examine (y la crisis del 19 y 20 de diciembre de 2001 no fue sino la constatación dramática de que los argentinos estaban perdiendo directamente los derechos constitucionales), también los hay en el campo intelectual.

Durante el año 2002 la industria editorial sufrió una caída del 50 por ciento en la cantidad de ejemplares impresos, del 12 por ciento en la cantidad de títulos editados (porcentaje que crece hasta el 22 por ciento si se consideran sólo las novedades) y el volumen de ventas de libros escolares se redujo en un 70 por ciento. Doscientas librerías desaparecieron de la faz de la tierra, a lo largo y a lo ancho del país. Lo más grave de las estadísticas es que dicen poco y nada sobre la verdadera dimensión del problema. Los editores declaran que el mercado de libros se achicó. Lo que no se atreven siquiera a murmurar es que se achicó *irreversiblemente*, y que ese achicamiento (que es, también, un añiñamiento) tuvo un punto de partida ya de por sí anémico. La industria editorial argentina de los años ochenta, a partir de la cual se montó una de la más gigantescas operaciones de transferencia de derechos públicos, no era ya ni la pálida sombra de lo que era en las décadas del sesenta y del setenta.

Dos novelas emblemáticas de la década del noventa, cada una a su modo, parecen hablar de esta crisis aguda del universo de las representaciones, no tanto como textos, sino sobre todo como libros, como objetos

“culturales” que vienen a ocupar un lugar en las librerías y en los medios especializados. Me refiero a la novela de Ricardo Piglia, *Plata quemada*, y a la novela de Juan José Saer, *Las nubes*. La novela de Saer fue distribuida por el sello Seix Barral (que forma parte del grupo editorial Planeta) en octubre de 1997. Dos meses después, en medio de un escándalo imprevisto, el sello Planeta entregaba su premio a la novela de Piglia.

No hace falta señalar que Piglia y Saer son seguramente los dos más grandes novelistas vivos de la literatura argentina: baste señalar el modo obsesivo en que sus obras fueron leídas en la Universidad durante toda la década del ochenta. Ricardo Piglia y Juan José Saer ocupan posiciones privilegiadas en el campo intelectual argentino: no sólo se los respeta por su obra de ficción sino por sus intervenciones críticas en relación con la literatura y los problemas estéticos que afectan a la escritura en el contexto de una avanzada sociedad de consumo. Piglia y Saer, que fueron patrocinados sobre todo por la crítica académica, han conseguido, en un proceso lento pero sostenido, convertirse en autores “populares”, en el sentido de conocidos por una masa de público que excede largamente a los estudiantes de literatura y a los voraces tesisistas de universidades norteamericanas.

Nosotros, quienes hemos crecido leyendo su literatura –como la de Vinas, Copi, Puig, Fogwill, Lamborghini (de quien se anuncia una nueva edición completa de su obra), Carrera, Perlongher, Aira o Gusmán– y, sobre todo, *subrayándola*, no podemos sino celebrar una tal popularidad, porque confirma que, cuando éramos jóvenes, guiados por nuestros maestros, aprendimos a leer “correctamente”, es decir: confirma la eficacia de un sistema educativo (hoy desmantelado).

Pero, a la vez, hay que señalar que esa popularidad es un poco paradójica (y ahí es donde radica su mayor interés), si uno recuerda que tanto Piglia como Saer, desde lugares políticos e intelectuales bien diferentes, atacaron durante la década del sesenta la mercantilización de la literatura, ejemplificada en lo que entonces era visto como el contrasentido del arte, el *boom* de la literatura latinoamericana, que habrá sido cualquier cosa pero fue, sobre todo, un fenómeno de mercado.

De modo que hay que destacar esa diferencia dramática entre los años sesenta y los noventa, en lo que a las relaciones entre mercado y literatura se refiere: los años sesenta no tenían una teoría neoliberal de los mercados (al menos en América Latina) y el *boom*, siendo como fue un efecto de la industria editorial, tuvo también una dimensión política e ideológica impensable en el presente: tal es el grado de reificación al que la producción literaria ha llegado.

Leídas en contigüidad, *Las nubes* y *Plata quemada* sorprenden aún a los lectores más fieles de Saer y de Piglia. Hay que insistir en esto: ambos son escritores inobjektibles y sus respectivas obras son esenciales para describir

la literatura argentina de los últimos treinta años. Es por eso que estas novelas nos obligan a preguntarnos cómo han sido pensadas y desde qué lugar de la imaginación han sido escritas

Lo que de esas novelas se deduce es que algo ha cambiado definitivamente en la literatura argentina, y que esos cambios son efectos (o causas, o correlaciones: sostengamos un sano desdén a todo positivismo y a todo reduccionismo mecanicista) de profundas transformaciones culturales.

Me atrevería a decir que *Las nubes* y *Plata quemada* clausuran la literatura argentina del siglo XX en el sentido de que clausuran un modo de entender la literatura: un modo de leerla, un modo de escribirla y, sobre todo, un modo de acceder a ella (es decir: un modo de circulación). Es por eso que esas novelas *tematizan* el anacronismo (tanto en la textura propiamente lingüística como a las teorías que convocan), pero son además, ellas mismas, anacrónicas. Todo lo que hay en esos libros sólo puede leerse como una *ruina* que poco (o nada) tiene que ver con el presente (es decir: con las condiciones que permiten que esos libros lleguen hasta nosotros y que, una vez entre nosotros, sean objetos de una atención crítica. O, si se prefiere: un estado de la imaginación técnica).

Las dos novelas fueron publicadas por el grupo editorial Planeta, que controla desde hace años la obra de ambos autores, en un proceso que tiene que ver con la desnacionalización de las editoriales, la formación de grandes grupos de *entertainment* y la fragmentación del mercado en lengua castellana. Cualquiera recordará que si algo se reprochó al *boom* de la literatura latinoamericana fue que “vendiera”, en paquete, las obras heterogéneas de Octavio Paz, de Juan Rulfo, de Jorge Luis Borges, de Alejo Carpentier, de Gabriel García Márquez, de Mario Vargas Llosa, de Julio Cortázar y de Juan Carlos Onetti como si se tratara de la misma (folclórica, latinoamericana) cosa.

La situación en los años noventa es bien distinta. Recuperada la industria editorial española luego de los años oscuros del franquismo (gracias, en principio, a subsidios estatales que el mismo Franco instauró antes de abandonar el gobierno), y frente a las crisis económicas que agobiaban a las economías latinoamericanas, los grandes grupos españoles (y, ya en los noventa, multinacionales), se lanzaron a comprar catálogos, sellos y autores en cada uno de los países latinoamericanos. Al mismo tiempo, crearon colecciones de “literaturas nacionales” a un ritmo hasta entonces desconocido.

El resultado fue la fragmentación del mercado hispanoamericano en una serie de literaturas pobres (porque toda literatura nacional está condenada a la pobreza) y desconocidas entre sí. Salvo los escasos nombres que sobreviven de los años sesenta y setenta, poco es lo que los grandes sellos distribuyen que no corresponda a las diferentes áreas de distribución que las editoriales consideran “literatura nacional”. Así como Plane-

ta publica, promociona (e impone) una "literatura argentina" que alimenta su gigantesco sistema de distribución local, pero de la que nada saben los mexicanos o los colombianos o los peruanos, Planeta también publica, promociona (e impone) en Chile una "literatura chilena", Mondadori hace lo propio en Santo Domingo con la literatura dominicana, Norma repite el gesto en Colombia con la literatura colombiana, etcétera.

Cualquiera lector atento conoce las dificultades para conseguir la obra del colombiano Fernando Vallejo en las librerías argentinas. Pese a que Alfaguara ha incluido algunos de sus títulos en la serie "Alfaguara mayor" (que básicamente designa un área de distribución), durante los últimos años (desde antes de la crisis de finales de 2001) era más fácil conseguir libros de Vallejo en Barcelona que en Buenos Aires. ¿Y quién conoce al también colombiano Efraím Medina Reyes? Los colombianos, seguramente, tal vez los españoles (con las profundas limitaciones de conocimiento que afecta desde hace décadas a los españoles), los italianos. De hecho, Medina Reyes está traducido al italiano y sus giras por la península itálica causan sensación. En Argentina no hemos recibido ni uno solo de sus libros (ni siquiera el título más "vendedor", *Técnicas de masturbación entre Batman y Robin*, editado por Planeta colombiana en 2002).

Una doble violencia se ejerce, así, sobre la literatura, entendida como una "práctica liberal del espíritu". La circulación del libro (de ficción o de ensayo, para no hablar de la poesía) no coincide con el ámbito idiomático, sino con los estrechos límites provinciales de una "zona de distribución" y es necesaria una cantidad impensada de títulos para sostener la ficción de una "colección nacional". La estrategia es suicida a largo plazo (sólo recuperando la idea de un mercado lingüístico único es que la industria editorial, en primera instancia, y la literatura, en última instancia, pueden sobrevivir) pero, sobre todo, confusa en lo inmediato: ¿cuántos autores y cuántos libros son necesarios para sostener un mercado (una ficción) semejante? En el caso de la literatura argentina, a diez novelas (como novedad del mes) por cada uno de los grandes sellos que editan en nuestro país, hacen falta ochenta novelas argentinas por año.

Es por eso que la literatura argentina no se vende (¿quién puede sostener la ficción de ochenta novelas buenas por año?). Y es por eso que suceden guerras entre los grandes grupos para capturar a los "mejores" autores y exhibirlos en sus catálogos como garantía de respetabilidad. Saer y Piglia, seguramente, jamás soñaron en convertirse en las vedettes de ningún sello (sueño que, por otro lado, sí tuvo Proust, sin sentirse indigno por ello), por la propia dinámica del campo intelectual argentino (en el cual, el modelo de relación con el mercado siempre fue Borges), esa ruina, ese anacronismo que hoy estamos empujando al vacío.

Publicar en Buenos Aires o en México: durante los sesenta y los setenta podía ser el sueño de cualquier escritor hispanoparlante. Hoy, sólo el

capricho o el desdén por el mercado (gesto, también, anacrónico; es decir: vanguardista) haría deseable para un escritor paraguayo o colombiano ser publicado en Buenos Aires. Lo que se pierde, así, es una dimensión de la literatura que no sólo es un trabajo en relación con ciertos imaginarios, sino también con estados de lengua, que no pueden pensarse sino en referencia a un mercado lingüístico que los grandes grupos editoriales parecen hoy ignorar o rechazar, en aras de un orden económico y un régimen de producción, para fragmentar lo que es un continuo y, de ese modo, aniquilar (de paso) lo más específico del campo intelectual: su autonomía respecto del mercado.

LITERATURA Y CAMPO INTELECTUAL

Es muy fácil ser pesimista. En *Viaje por América Central*, Aldous Huxley escribía en 1934:

Los progresos técnicos han conducido (...) a la vulgarización. Las técnicas reproductivas y las rotativas en la prensa han posibilitado una multiplicación imprevisible del escrito y de la imagen. La instrucción escolar generalizada y los salarios relativamente altos han creado un público muy grande capaz de leer y de procurarse material de lectura y de imágenes. Para proveerlos, se ha constituido una industria importante. Ahora bien, el talento artístico es muy raro; de ello se deduce que hoy el porcentaje de desechos en el conjunto de la producción artística es mayor que nunca. Estamos frente a una simple cuestión de aritmética. En el curso del siglo pasado ha aumentado en más del doble la población de Europa occidental. Calculo que el material de lectura y de imágenes ha crecido por lo menos en una proporción de 50 (o incluso 100). Si una población de x millones tiene n talentos artísticos, una población de $2x$ millones tendrá $2n$ talentos artísticos. La situación puede resumirse de la manera siguiente. Por cada página que hace cien años se publicaba impresa con escritura e imágenes, se publican hoy veinte, sino cien. Por otro lado, si hace un siglo existía un talento artístico, existen hoy dos. Concedo que, como consecuencia de la instrucción escolar generalizada, gran número de talentos virtuales que no hubiesen antes llegado a desarrollar sus dotes pueden hoy hacerse productivos. Supongamos pues que haya hoy tres o incluso cuatro talentos artísticos por cada uno que había antes. No por eso deja de ser indudable que el consumo de material de lectura y de imágenes ha superado con mucho la producción natural de escritores y dibujantes dotados. Y con el material sonoro pasa lo mismo. La prosperidad, el gramófono y la radio han dado vida a un público cuyo consumo de material sonoro está fuera de toda proporción con el crecimiento de la población y en consecuencia con el normal aumento de músicos con talento. En consecuencia, tanto hablando en términos absolutos como en términos relativos, la producción de desechos es en todas las artes mayor que antes; y así seguirá siendo mientras las gentes conti-

núen con su consumo desproporcionado de material de lectura, de imágenes y sonoro.

Luego de reproducir *in extenso* la cita, Walter Benjamin declara (en “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”) que “está claro que semejante manera de ver las cosas no es progresista”. Y Benjamin se obliga a ver las cosas de otro modo. De acuerdo, el diagnóstico de Huxley es conservador y pesimista. Pero ha pasado más de un siglo y la historia completa de la cultura industrial.

Hoy habría que decir que Huxley tenía razón y que Benjamin se equivocaba¹, al menos en lo que se refiere a la confianza que podía depositarse en las potencias “revolucionarias” de la cultura industrial, que ha demostrado sobradamente su capacidad para producir (literalmente) desperdicios, basura, y no otra cosa, y esto no por la multiplicación exponencial que tanto miedo daba a la conciencia malthusiana de Huxley sino por la lógica de equivalencias puras que impone (los catálogos editoriales ya no están armados de acuerdo con una ideología de la lectura y de la escritura, sino de acuerdo con los criterios de los descerebrados, es decir de los expertos en mercadotecnia, los publicistas y otras plagas del siglo pasado).

Ya en tiempos de Zolá, el escritor que funda, *con un golpe de dados*, el campo intelectual, dotándolo de una estructura y un modo de operar, podía sostenerse una visión de las cosas semejante, tal como lo expone Bourdieu (sin extraer de sus propias palabras las consecuencias debidas):

Se constituye un esquema de pensamiento que, al expandirse a la vez entre los escritores, los periodistas y una parte del público que es la que más preocupada está por su distinción cultural, induce a introducir la vida literaria y, más ampliamente, toda la vida intelectual en la lógica de la moda, y que, arguyendo sencillamente que está ‘superada’, permite condenar una tendencia, una corriente, una escuela (*Las reglas del arte*, página 192).

La cultura industrial, de la que los grupos editoriales (multinacionales o no) forman parte, obran de acuerdo con esa lógica: lo que ayer era verdadero (“novedad editorial”, “lanzamiento”, “libro del mes”), hoy ya es falso y anacrónico. La oferta editorial no sólo se ha reducido dramáticamente, también se ha basurizado² y eso no por una falta ontológica de talentos o la debilidad de las ideas de los escritores sino por la lógica misma de la cultura industrial.

1. Del tipo de exhibición que promueven los aparatos de la cultura industrial, piensa Benjamin sin notar que está acordando con Huxley, “salen vencedores el dictador y la estrella de cine”.

2. Cito la definición de Jonathan Rovner en Radarlibros, suplemento literario de *Página/12*, domingo 23 de febrero de 2003.

Según esa lógica, no hay diferencias entre la obra de un escritor y otro, y todas pueden ubicarse en un mismo eje, en un mismo catálogo, en un mismo esquema de distribución. Y, como consecuencia lógica, los intelectuales dejan de hacer aquello que garantizaba su existencia: dejan de polemizar con los poderes del mundo (el año 2000 nos encontró a todos enfrentados con el “pensamiento único”) y dejan de polemizar entre sí. Como señaló Jacques-Alain Miller en *Cartas a la opinión ilustrada* (Paidós, 2002), hoy, cuando la cultura industrial ha cumplido su ciclo entero, se vuelve imperioso recuperar “los torneos intelectuales de la época de las revoluciones”, sobre todo en un país que, como Argentina, en los últimos años lo ha perdido todo, pero sobre todo la vergüenza.

Miller se pregunta: “¿Por qué el debate de ideas, el debate público, está anémico, silencioso? Se cuchichea. Amigos míos, ¿reprimen sus plumas porque están esperando lugares? Pero esos lugares ya los tienen”. “Falta en Francia”, señala Miller, y no creo que esa falta pueda resultarnos asombrosa o inadecuada a nuestro propio contexto, “un partido, el partido filosófico, el de las luces. Sería bello verlo nacer”.

La parálisis del campo intelectual no afecta solamente a nuestro presente, sino a nuestro pasado, porque una de las tareas de los intelectuales es recuperar y reformular tradiciones estéticas. En relación con la literatura argentina, el problema es dramático porque nos impide saber de dónde viene la “literatura actual” y, sobre todo, en relación con cuáles herencias sería posible una evaluación de la producción literaria en nuestros días. Podemos decir sin problemas que Pier Paolo Pasolini y Rainer W. Fassbinder son dos de los más grandes artistas de la década del setenta. Podemos, inclusive, discutir hasta la náusea las grandes líneas de la “literatura posmodernista” de los años ochenta. Pero sobre la misma literatura argentina, ni el campo intelectual ni la crítica terminan de expedirse: ¿cuáles son los escritores cuya obra elegiremos transformar en monumento de las décadas pasadas? ¿Y por qué razones? ¿Y qué consecuencia tendrá una monumentalización semejante?³

LITERATURA Y MERCADO (2)

Plata quemada obtuvo el Premio Planeta (que, dos años después, dejó de otorgarse por la cantidad de vicios de forma y fondo que se le atribuyeron desde el comienzo) en un trámite por lo menos confuso. Un semana-

3. No quisiera que mis propios argumentos fueran usados en mi contra. La mejor literatura de los años setenta en adelante, pienso, se construye en el espacio que queda entre las obras de Manuel Puig, Rodolfo Walsh y Osvaldo Lamborghini.

rio (*Tres Puntos*) denunció que la obtención del premio habría sido fraguada en las oficinas de mercadotecnia de la editorial, que ya tenía pensado publicar la novela, que ya tenía las pruebas de la novela en su poder, que necesitaba un impulso publicitario adicional para vender la novela, que había pagado un cuantioso anticipo por una novela que se demoraba más de lo previsto y que dudosamente podría vender tantos ejemplares como se requerían para recuperar ese anticipo. *Plata quemada* participó en el certamen bajo el título *Por amor al arte* y su premiación formó parte de una gigantesca operación de prensa alrededor de Ricardo Piglia (quien, no está de más decirlo, no se merecía nada de lo que sucedió a propósito del libro).

Lo que debe resultar claro es que se había montado un aparato de captura alrededor de uno de los intelectuales-faro de la cultura argentina de los últimos veinte años y que *Plata quemada*, no importa cuál versión uno elija creer, sólo fue publicada en relación con una operación de mercado y una lógica incontestable: la lógica del dinero.

La novela (luego reducida a película) cuenta un robo a un banco perpetrado por una banda desastrada. El hecho es real y hay testimonios periodísticos de la época, la década del sesenta. El estilo es deshilvanado, desprolijo, como el habla y el pensamiento de los protagonistas, a los que la novela cita indirectamente casi todo el tiempo. *Plata quemada* es una novela fácil de leer, simpática. Firmada por Ricardo Piglia, es una novela extraña, un punto de inflexión, una clausura: Arlt, tan repetidamente citado por la literatura de Piglia, traído hasta el presente, un Arlt atormentado no ya por la literatura rusa sino por el cine de Hollywood, y es por eso que el texto reproduce una carnicería que nada tiene que envidiarle a los penúltimos engendros protagonizados por Bruce Willis. ¿Cómo haremos para no leer en la última novela de Piglia el triunfo de la cultura de masas, de las estéticas de *l'art pour l'art*, degradadas por la publicidad, en un grito triunfal y exasperante?

Es otra literatura la que se nos aparece en esa novela, y es por eso, tal vez, que en ella puede leerse el fin de la literatura argentina del siglo XX (un umbral, en todo caso, sino un límite). Lo que será, será otra cosa. Por ejemplo, *El vuelo de la reina* de Tomás Eloy Martínez (premio Alfaguara 2002): también rodeada de escándalo⁴, la novela de Martínez, sin embargo, se declara *inocente*, es decir *necea* (que no quiere saber nada) sobre sus propias condiciones de producción.

Aún en *Plata quemada*, su proyecto más populista, Piglia se reconoce como un escritor experimental y asume los riesgos de *jugar* con los meca-

4. Las circunstancias de su publicación fueron reseñadas por Leonardo Tarifeño. Véase "Soberbia por encargo", en *Letras Libres* n° 44. México-Barcelona, agosto de 2002.

nismos del neopopulismo de mercado. Enfrentado con la posibilidad de que su última novela publicada pueda interpretarse como un ejercicio populista, Piglia responde: "Es probable que *Plata quemada* pueda leerse como una experiencia de populismo literario, con la condición de que se entienda populismo como una de las grandes corrientes de la literatura argentina. El cruce entre populismo y vanguardia ha producido textos de los mejores: desde el *Martín Fierro* o el mismo Borges hasta Zelarayán y Osvaldo Lamborghini"⁵.

Del otro lado está Tomás Eloy Martínez, sólidamente apoyado en la cultura industrial. Si Piglia se había interesado legítimamente (y sabiendo los riesgos que corría) en el populismo estético porque "en esas literaturas se ve la construcción de una lengua que se opone a la literatura decorosa, de buenas maneras, con un estilo medio"⁶, cuando Tomás Eloy Martínez escribe que ese hombre mayor que se masturba ante una ventana, escuchando la sonata de César Franck que Proust hizo famosa, "oye los sordos ciegos ojos del deseo abriéndose en lo más hondo de lo que él es" (pág. 16) está dejándose devorar precisamente por ese estilo medio (*bien fait*, kitsch hasta la náusea) que la cultura industrial reclama para sí⁷.

En otro vértice del mismo triángulo, la literatura de César Aira, uno de los escritores cuyo prestigio más creció a lo largo de la década del noventa, también hace experimentos con la lógica de la cultura industrial y el ritmo de aparición de sus libros es una de las claves para entender su colocación en el mercado. Ese ritmo aceleradísimo, parecería, *supera* al mercado. De ahí, también, que las novelas de Aira aparezcan cada dos o tres meses, en cualquier parte (bajo cualquier sello) y que Aira sea reconocido como un "autor de culto".

Es difícil decir hoy cómo se construye una obra de autor. Las mismas nociones de "obra" y de "autor" están bastante desacreditadas. Pero no hay "literatura" que pueda funcionar sin "obra" y sin "autor". Deberíamos preguntarnos, pues, cuál es el sentido de las novelas últimas de Piglia, Saer, Martínez y Aira en el contexto de sus respectivas obras, qué tensiones desarrollan, qué nuevas direcciones investigan, cuáles son sus apuestas, a qué riesgos se exponen.

La pregunta no es importante sólo en relación con la obra de los autores mencionados (ya constituidas) sino, sobre todo, en relación con el sistema literario actual: ¿lo que se publica, se publica sólo de acuerdo con la lógica del mercado; a un ritmo y una periodicidad que garanticen la su-

5. Véase Daniel Link. "Crítica y ficción" (entrevista a Ricardo Piglia), en Radarlibros, suplemento literario de *Página/12*, domingo 19 de diciembre de 1999.

6. op. cit.

7. He analizado con más detenimiento *El vuelo de la reina* en "Políticas del género". *Punto de Vista* n° 73. Buenos Aires, agosto de 2002.

pervivencia de los sistemas de distribución y de promoción, de acuerdo con las necesidades de los sellos editoriales (ochenta libros de ficción por año) para mantener la ficción de sus respectivos “catálogos nacionales”?

Si así fuere, ¿cuál es el sentido que tienen esas ruinas culturales que los textos de Piglia y Saer, por ejemplo, evocan como materiales primarios a partir de los cuales el relato aparece como una necesidad: el campo, el desierto, la razón, la locura, el viaje, el crimen, el dinero? ¿Cuál, finalmente, podría ser el valor (estético, político) del anacronismo en el contexto del sistema actual de la literatura argentina?

Lo valioso de las novelas de Piglia y Saer, casi simultáneas, es precisamente el hito que representan: vienen a coronar y clausurar obras monumentales, vienen a “repetir” en un registro más legible, más fluido, más masivo, aquello que constituía sus antiguos esplendores.

Se trata, como en Puerto Madero, de analizar cómo se articulan ciertas ruinas con las fantasías de mercado del neoliberalismo, se trata de analizar qué literatura es hoy posible y qué queda de los antiguos modelos de escritor-intelectual que tanto Piglia como Saer encarnaron.

¿No son acaso los fantasmas de la literatura lo que podemos leer en estos textos crepusculares, escritos por nuestros autores predilectos, en estos libros poco sorprendentes, aun cuando se rodeen de escándalo?

Si la literatura parece hoy “cosa del pasado” no es por su incapacidad para dar cuenta del presente (después de todo, el presente no es sino un estado de la imaginación) sino por su debilidad para enfrentar la lógica (*reificante*) del mercado que, por otro lado, es su condición: Aira se lleva esa lógica por delante, Piglia (o Saer, o Fogwill) tropiezan con ella (y esos traspiés vuelven interesante la lectura y el análisis de sus textos). Tomás Eloy Martínez cae en sus brazos.

La misma incapacidad, podríamos pensar, afecta a la teoría y a la crítica cultural. ¿Cuál será su valor en un universo en el cual las relaciones de circulación de los saberes tienden a congelarse en el vacío o los arroja, como decía un sabio alemán –volcado al español en un alejandrino perfecto y anónimo–, “en las aguas heladas del cálculo egoísta”.

LITERATURA Y CAMPO INTELECTUAL (2)

Al vender sus obras a los grupos editoriales, los intelectuales venden mucho más que sus textos, venden los derechos de reproducción lo que, hoy por hoy, es casi lo mismo que los derechos intelectuales.

La “utopía de geopolítica anárquica” (como la ha definido Raúl Antelo) que Borges ofrecía en la década del cuarenta (por ejemplo, en su cuento “Tlón, Uqbar, Orbis Tertius”), como solución histórica a un dilema sobre la articulación del arte con la existencia social (es decir: con la

cultura industrial) recién hoy, en la época de la reproductibilidad digital⁸, parece destinada a cumplirse. Y precisamente porque parece destinada a cumplirse es que se multiplica la paranoia estatal (en Washington, Brasilia o Bruselas) a propósito de la *propiedad del arte* y, por lo tanto, de sus usos. Citaré solo un ejemplo: en la reciente versión en lengua española de *Imperio*⁹ de Michael Hardt y Antonio Negri se lee la siguiente reserva de *copyright*: “Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos”. Si una biblioteca universitaria, por ejemplo, pusiera en préstamo una copia de *Imperio* de Hardt/Negri sin autorización escrita de la editorial (Paidós, Paidós Ibérica o Paidós Mexicana) estaría cometiendo un delito. *Ex ungue leonem*.

Esa paranoia, expresión de un terror a propósito de la propiedad del pensamiento y del arte (lo que se llama *copyright*), se ha expresado con toda su fuerza jurídica en la Digital Millenium Copyright Act de 1998¹⁰, cuyos primeros efectos (como en épocas de Valery) se hicieron sentir en relación con la música: la criminalización de los servidores de Internet del tipo Napster.

En sus ensayos sobre el barroco, Severo Sarduy diferenciaba la ruptura epistemológica de la *fatiga* epistemológica (en el sentido en que se habla de “fatiga de los materiales”). Hay una política heroica de la ruptura (de la lucha al nivel de la axiomática) y a esa forma de la política se refiere Walter Benjamin, pero hay, también, otra política, la del cansancio, la fatiga o la pereza (en todo caso: la de la *apatía*¹¹): el devenir menor.

¿Cuál es el rumor que se escucha como respuesta a los insidiosos y en-

8. “Orbis Tertius. La obra de arte en la época de su reproductibilidad digital”, en *Ramona* n° 26. Buenos Aires, octubre 2002.

9. Paidós. Barcelona, 2002. Traducción de Alcira Bixio.

10. Para una descripción detallada de las relaciones entre *copyright* y globalización en la época de las redes de computadoras, véase las intervenciones del fundador del movimiento GNU, Richard Stallman, en particular “Libros, derechos y tecnología”, reproducida en Radarlibros, suplemento literario de *Página/12* en tres entregas sucesivas. Domingos 10 de marzo de 2002, 17 de marzo de 2002 y 24 de marzo de 2002.

11. Raúl Antelo ha realizado una genealogía de la apatía. Véase “American Acephale. Notes on a Transatlantic College of Sociology”, en *Journal of Latin American Cultural Studies*, 9: 3. Londres, diciembre de 2000, páginas 349-365; “El vidrio y los insectos”, en *Ramona* n° 16. Buenos Aires, septiembre de 2001; “El ciclo de la nada”, en Benson, Ken y Rossiello, L (eds.). *Los múltiples desafíos de la modernidad en el Río de la Plata. Actas del VII Congreso Internacional del Calirip*. Celcirp. Gotemburgo, 2001, páginas 129-140; y “Megalopatía”, en RadarLibros, suplemento literario de *Página/12*, domingo 27 de enero de 2002.

venenados ofrecimientos de la serpiente? ¿Qué contestan hoy los inventores y los usuarios de Linux y los que intercambian música y películas sin pagar regalías, esos conjurados heréticos (para quienes las riquezas de este mundo nada significan porque trabajan en la misma escala histórica que los complotados de Tlōn), cuando les ofrecen o reclaman reserva de *copyright*? “Preferiría no hacerlo”. Esa es la apatía (la política) de la época de la reproductibilidad digital. Nuestro presente opone la economía de la necesidad (agotada) a la economía del deseo (*pollatch*).

Si es grave que los argentinos estemos condenados a desconocer la literatura latinoamericana (en sus tensiones y en su diversidad, en el aire de familia que, en los diferentes países, establece con la nuestra), para retomar lo dicho más arriba, mucho más grave todavía es que hayamos aceptado desconocer nuestra propia literatura que, editada en Barcelona, no se distribuye en nuestro país, presuntamente por la debilidad intrínseca del mercado local (lo que se calla es que ese mercado es débil por el desmantelamiento del aparato educativo, lo que se calla es que ese mercado es débil por la lógica según la cual la industria editorial lo mantiene en coma: sistemas y áreas de distribución, etc.).

La debilidad de la axiomática actual es que ha basado su supervivencia no en una economía de la necesidad¹² sino en una economía del deseo. Basta con que las muchedumbres cultivadas del mundo dejen de tener deseos (de consumir literatura de moda, de ir al cine, etc.), como efectivamente está sucediendo, para arruinar definitivamente las fantasías de la globalización en lo que a la propiedad (del arte y del conocimiento) se refiere.

Los paranoicos obispos de las megacompañías de *entertainment* atribuyen sus mermas de público a la transgresión de sus leoninas reservas de *copyright* (¡al fotocopiado!). Por supuesto, se equivocan. Es probable que una gran parte del público esté haciendo un uso irrestricto (y legítimo) de sus derechos en la época de la reproductibilidad digital (sobre todo, como en tiempos de Valery, en lo que se refiere a la música). Pero también es cierto que la *crisis de deseo* o *efecto Bartleby* afecta, en primer término, a la cultura industrial: *preferiría no seguir consumiendo basura*.

Los argentinos hemos vendido al extranjero los medios de transporte (trenes), los recursos naturales (petróleo), los sistemas de comunicación (teléfonos). Mucho más grave es que hayamos vendido también nuestro derecho a la lectura (es decir, el *copyright*), porque eso nos condena a la dependencia cultural y a la incapacidad para discutir nuestras propias tradiciones culturales, es decir: nuestro futuro.

Para muchos, en un país atravesado por la miseria y la ignorancia, pue-

12. Aunque los argentinos no podamos hoy aspirar siquiera a eso.


de ser un mal menor. Pero también se puede pensar que la miseria y la ignorancia no son la causa sino la consecuencia de la pérdida de derechos abstractos como el derecho al debate en el campo intelectual y el derecho a la lectura.

Todavía es prematuro para decidir si al perder o malvender la propiedad intelectual los argentinos hemos vendido el primer derecho abstracto de una larga lista por venir. En todo caso, en la Argentina de hoy los últimos avatares de la industria editorial han demostrado que los argentinos hemos perdido (o vendido a precio de saldo) el primero de esos derechos abstractos, *el derecho a decidir qué vamos a leer*. Toda relación con la cultura industrial se ha vuelto mucho más dramática y convoca, efectivamente, una seriedad trágica que aparentemente todavía no estamos dispuestos a asumir.

¿No habría (no debería haber) en la literatura algún vértigo, algún desasosiego, algunas inseguridades, algo que tenga que ver con esa desazón que el presente nos provoca? ¿No debería la literatura, ahora (como siempre el arte), reconocerse por su capacidad para impugnar la cultura? De *Las nubes* a *Vivir afuera* de Fogwill o *Cumpleaños* de César Aira, de *Plata quemada* (que marcó un límite) hasta *El vuelo de la reina*, hay una tensión incómoda entre arte y cultura industrial.

Podría pensarse que, como en el caso de la última, esa tensión se resuelve *fatalmente* en cosificación de la literatura (de las estructuras narrativas, de las conciencias de los personajes, de la experiencia de escritura, en fin, lo que se quiera entender por literatura) o que hay estrategias para sostener esa tensión y volverla productiva (el caso de *Plata quemada*, *Vivir afuera* o *Cumpleaños*).

Lo que hoy está en juego es la felicidad de un pueblo. Borges escribe en "La biblioteca de Babel": "Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno". Convendría pintar ese lema en la puerta de cada universidad, de cada escuela y, naturalmente, de cada editorial. Convendría interrogar la literatura que hoy se produce en relación con esa divisa.



*Un largo momento epigonal.
Ideas para un collage sobre la
condición del arte argentino*

*José Fernández Vega y Roberto Amigo**

I

Arte y filosofía comparten en la Argentina al menos una característica: han producido notables artistas y algún pensador interesante, pero ninguna de esas figuras que replantean una práctica o se erigen en faros para un conjunto de seguidores, mal que le pese al siempre insaciable narcisismo vernáculo. Esta condición adquiere un carácter todavía más neto si se permite que la literatura nacional entre en el juego de las comparaciones. Inevitable, el nombre de Borges no tiene parangón posible en ninguna

* José Fernández es Profesor Adjunto de Filosofía Social en la Carrera de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales. Roberto Amigo es Jefe de Trabajos Prácticos de Historia del Arte Argentino I, en la Carrera de Artes de la Facultad de Filosofía y Letras, ambos de la Universidad de Buenos Aires.

otra esfera de la cultura nacional. Hay en esto una ironía adicional. Borges es habitualmente evocado también por sus ideas en la literatura filosófica internacional; y Norah, su hermana, acaba de aparecer en el lugar que sin duda merece como artista, y quizá por primera vez ante el público, en una muestra monográfica de vanguardistas rioplatenses. Entre otras tareas, ella se ocupaba de ilustrar publicaciones en las que su hermano se iniciaba con experimentos literarios radicalizados, como esa revista ultraísta en la que aparecieron sus poemas a la Rusia soviética¹.

Ninguna historia literaria del siglo XX puede prescindir de Borges, ni de quienes más tarde buscaron desprenderse de su poética o rivalizar con ella. ¿Qué artista plástico o qué filósofo puede aspirar a tanto entre nosotros? Es interesante notar que, ya a comienzos de la década de 1880, Rafael Obligado se planteaba una inquietud semejante, habida cuenta de la desproporción que notaba entre la madurez de la cultura literaria y la debilidad de la plástica. Con todo, para él la situación era aún esperanzadora. Una generación avanzaba para que la literatura y el arte argentinos pudieran finalmente converger en un nivel de desarrollo comparable. Para esta visión optimista, la pintura nativa podía aspirar a lograr la repercusión y la fuerza ya probada de un Echeverría o de un Sarmiento. Sin embargo, los artistas en los cuales Obligado depositaba sus expectativas para ese avance están hoy prácticamente olvidados, como Mendilaharsu o Ballerini. El temor de Obligado era el dominio de la sociedad mercantil sobre la cultura². Al menos en la pintura, sus prevenciones se mostraron más realistas que sus anhelos. El mercado mostró en la plástica Argentina una presencia menos mediata, más directa e influyente. Quizá tras una verdadera época clásica de la literatura nacional, que se prolongó hasta entrados los años 1960, sea ahora la literatura la que se acerca a la pintura al menos en este sentido específico.

II

¿Cuál es el motivo de la fuerte presencia de Antonio Berni o de Xul Solar como personalidades representativas de la pintura argentina del siglo XX? Sus cotizaciones en el mercado. Esto debe afirmarse incluso más allá de la alta valoración positiva que realicemos de ambos por su singula-

1. La recuperación de la obra de Norah Borges se debe a Patricia Artundo, curadora de esa muestra en el Malba y autora de *Norah Borges. Obra Gráfica: 1920-1930*. Sin pie editorial, Buenos Aires, 1994.

2. Rafael Obligado. "Ballerini", en *La Ilustración Argentina*. Año I, nº 2, 20 de junio de 1881, páginas 14 y 15. Reproducido en Rafael Obligado. *Prosas*. Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1971. Páginas 261-268.

ridad e importancia para el arte local. El primero fue a menudo víctima de tasaciones topes; el segundo, disfrutó de una sostenida cotización. Pero los dos artistas han sido objeto de una inteligente campaña promocional por parte de las galerías a lo largo de los años. Dicha campaña contó con el consentimiento de las instituciones artísticas oficiales, y ello contribuyó a afirmarlos como las figuras del arte argentino. Estas instituciones agradecen cualquier iniciativa puesto que se muestran incapaces de generar una propia y mantenerla en el tiempo. Simplemente, no existe ninguna política cultural.

La expresión "arte argentino" apunta, casi tácitamente, a designar a unos cuantos artistas notables. Resulta habitual señalar la potencia de algunos de los movimientos del arte nativo (arte concreto, neofiguración), la certeza dogmática de algunos artistas (Lozza, por ejemplo) o sus constantes cambios vitales (pensemos en el propio Berni). Pero si afinamos la mirada comprobamos que ninguna personalidad artística tuvo la energía necesaria o el interés estético-político de generar una escuela local. Tal vez en esto radica tanto una ventaja como una debilidad. Los artistas argentinos pudieron –y pueden– trabajar sin sentir sobre sus espaldas el peso de próceres como sucede en el caso de México con Diego Rivera o en Uruguay con Joaquín Torres García. Pero son justamente estas ausencias en una tradición local lo que dificulta que los artistas puedan encaramarse sobre un prestigio nacional que les facilite el acceso a la siempre ansiada visibilidad internacional. Aquí se impondría otra comparación con lo que sucede en el campo literario, y en claro beneficio de éste.

En el instante en el que la abundancia de textos y objetos que peroran acerca de los vínculos entre arte y política en la Argentina hayan llegado a su punto de náusea, o cuando organizar otra exposición de arte concreto y abstracción haya perdido todo el encanto que rodea a las novedades del pasado, entonces sólo nos restará detenernos en la sensibilidad pictórica de artistas como Miguel Diomede y Manuel Espinosa. Mientras tanto, parece perdurar entre nosotros la opción de reordenar el arte local mediante la inclusión de algún artista sin importancia real, por ejemplo a la abstracción, para luego presentarlo como un centro por el cual pasaron cosas importantes. Ya se habrá comenzado a sospechar que en algunos casos esto es sólo otro de los ingeniosos mecanismos del mercado.

III

Por supuesto que, hablando en general, los criterios para medir la influencia y el valor de los artistas siempre están fuertemente atravesados por cuestiones extraestéticas, en especial aquellas que provienen del mundo de la inversión financiera y del poder institucional. Hablando en parti-

cular, y como se ha dicho, las instituciones artísticas no tienen ningún peso en la Argentina. El mercado, por su parte, no existe como habitualmente lo hace en otros sitios, vale decir, formado por una burguesía ilustrada con poder adquisitivo. De la capacidad de compra de la pequeña burguesía remanente no se puede esperar gran cosa, aun en el supuesto de que conservara ese gusto ilustrado del que presumía, y al que se aferra ahora como rasgo de identidad en medio de su colapso. Las apologías actualmente al uso sobre la vitalidad de la cultura argentina en el momento de su mayor catástrofe nacional no son más que una repetición patética de una vieja autoimagen grandilocuente.

Un puñado de coleccionistas constituye lo que en nuestro medio se denomina a sí mismo, pomposamente, "mercado"; lo cierto es que su realidad tan escuálida apenas merece ese título. Por lo demás, algunos de esos coleccionistas se limitan a hacer sus adquisiciones según la promoción de temporada o guiados por la cubierta del catálogo de los remates, siempre con un ojo puesto en la repercusión publicitaria de sus gestos. Otros, más discretos, son apenas los últimos compradores ilustrados, una figura en vías de desaparición. Si los ilustrados hicieron el trayecto de París a Nueva York, los menos refinados cambiaron Nueva York por Miami, y de Miami viajaron sin escalas a la ignorancia agravada por la falta de liquidez.

Galeristas y coleccionistas son reproductores de un "gusto". Marcan el tono de los prestigios y de los precios en el bazar argentino. Alcanzan a producir la ficción de que el mercado existe e incluso logran convertir al público de una feria de arte –consumidores de espectáculos– en prueba de la vitalidad de un circuito mercantil. Un mercado artístico local existe cuando puede participar en igualdad de condiciones (si no financieras, al menos simbólicas) en el mercado global; vale decir, sin acatar de manera automática modelos, contenidos, formas o precios. También en el mercado de arte se trata en Argentina de un capitalismo ficticio.

Es interesante notar de qué manera aumentaron bajo el menemismo las cotizaciones de la pintura catalogada por el mercado bajo el curioso término de "precursores", entre cuyos autores se cuentan, entre otros, Prilidiano Pueyrredón, León Pallière o Carlos Morel. Casi es cómico comprobar que en el momento de mayor derrumbe nacional la pintura con gauchos alcanza sus mayores precios. ¿Nace una nueva conciencia autóctona con ello? Mejor mostrarse escéptico en este punto, cosa que, además, no es de lamentar. Algo similar ocurrió con la monumentomanía del régimen menemista: Juan Manuel de Rosas, Evita y Juan Pablo II son su último legado artístico a la ciudad de Buenos Aires, una contribución al envilecimiento artístico de la ya socialmente decaída (en términos de tradiciones burguesas) Avenida del Libertador.

La historia del arte, la crítica y el periodismo especializado juegan sin duda su papel en la constitución del valor simbólico para el arte, pero las cotizaciones terminan siendo siempre, y de manera cada vez menos implícita, el barómetro "objetivo". Las cifras de venta de los libros no son por lo común aceptables como rasero de cualidades literarias. Modas pasajeras aparte, en el discurso sobre la plástica, axiología y *marketing* tienden a volverse indiscernibles y a configurar una zona de identidad. Raramente un crítico se enfrenta a este mercado que, con derecho o sin él, posee unas aspiraciones intelectuales propias y, por cierto también, concentra los recursos económicos y tiene el poder institucional de su parte. De este modo arde por enésima vez una bandera histórica de la burguesía: la famosa autonomía artística.

Con la denominada "neovanguardia" de los años 1960 surgió una disonancia todavía difícil de asimilar. Sus artistas fueron los primeros en merecer en las artes visuales argentinas el rótulo de vanguardistas, pero apenas dejaron tras de sí una obra. Casi irónicamente, ellos surgieron cuando el propio término "vanguardia" entraba en un área de inestabilidad y crisis de la que, a juzgar desde la plataforma que da el presente, ya no saldría. Arte efímero e intervención coyuntural constituyeron las coordenadas de su práctica, muy hostil a las devociones institucionales o a los lubricantes mercantiles de rigor en este medio.

Hoy apenas podemos contentarnos con experimentar restos salvados del naufragio estético y político que estos vanguardistas generaron. Su práctica fue resultado de una rebelión contra esa modernización planificada que se ensayó desde el instituto Di Tella al mando de Jorge Romero Brest, padre y a la vez enemigo preferido de estos artistas, antes de su deriva definitiva hacia un tipo de práctica política que entendían como excluyente. La única vanguardia de la patria se asfixió en sus propias contradicciones antes de ser ahogada por la represión militar. Eso marcó el final de un período tan prometedor como decepcionante. Por fuera de esos motivos históricos peculiares, un comentario de Hal Foster caracteriza la ambición que por todas partes compartieron unas vanguardias póstumas lanzadas a toda velocidad hacia su propia destrucción. De acuerdo con el crítico, esas vanguardias apostaban al "fin del arte" y participaban, con cinismo o inocencia, de los "finales del juego" contemporáneos³. Por cierto, en este diagnóstico hay que añadir el tiro de gracia que, para la pintu-

3. Citado en Cuauhtémoc Medina: George Maciunas, "El Anti-Kant. Notas sobre el proyecto anti-artístico de Fluxus (1961-1966)", en *La abolición del Arte*. UNAM, México D. F., 1998.

ra quizá más que para otras zonas de la vida cultural, significaron los años '70 en la Argentina.

V

Visto en perspectiva, nuestro panorama artístico arroja un saldo modesto, muy poco satisfactorio, por cierto, para la tradicional megalomanía cultural en la que se complacen los argentinos a falta de mejor cosa y cuando el tema no es el deporte. Que la filosofía nacional secunde al arte en dicho panorama no hace más que consolidar un vínculo que supera con mucho la categoría de mera coincidencia. Desde varios lugares teóricos, que abrevan siempre en la visionaria estética hegeliana, se ha señalado que el arte contemporáneo se vuelve cada vez menos artefacto visual que tema para la reflexión. Esta metamorfosis teórica de lo sensible artístico consolida la conclusión de que los caminos paralelos del arte y de la filosofía en la Argentina mantienen una conexión que, de un modo u otro, reviste una lógica interna. Sin reflexión, no hay nada para ver en el arte contemporáneo; sin nada sustantivo que se ofrezca de manera inspiradora a la mirada, no hay reflexión.

Las paradojas no terminan allí. Una de las pocas obras importantes que generó la filosofía argentina es un tratado de estética, precisamente la rama más joven y más débil de la disciplina considerada en su totalidad. Su autor es Luis Juan Guerrero⁴. Tras medio siglo, el tono de Guerrero, así como su orientación teórica, nos pueden parecer anticuados —“revelación” y “acogimiento de la obra de arte” son expresiones decisivas de su vocabulario—, no obstante la amplitud y vastedad de sus referencias que abarcan lo más actual del conocimiento de su época. Como sea, su obra sigue siendo un hito solitario.

VI

Resulta al menos sorprendente que en los últimos años se haya producido una historia del arte nacional cuyos alcances amenazan con desbor-

4. Luis Juan Guerrero. *Estética operatoria en sus tres direcciones*. Ed. Losada, Buenos Aires, 1956, 3 tomos. Apenas tenido en cuenta en la historia intelectual del país, Guerrero fue, entre otras cosas, el primero en introducir el nombre de Walter Benjamin en la universidad argentina. Emilio Estiú es otro nombre de la filosofía argentina vinculado con una estética sin continuadores, menos original en sus alcances que sistemático en sus intenciones eruditas. Los trabajos de Oscar Masotta y de Abraham Haber merecen sin dudas un lugar singular ya que, más allá de sus temas específicos, no rehuyen ni a la historia ni la valoración estética.

dar las proyecciones de su propio objeto. Es como si se replicara en este campo aquello que en su momento Borges señaló con sorna para el ámbito de las letras. A saber, que la historia de la literatura argentina escrita por Ricardo Rojas superaba en extensión el propio cuerpo textual del que decía ocuparse. ¿A qué obedece este fenómeno en el mundo del arte?

Una de sus causas ha de buscarse en la “normalización” que como disciplina experimentó la historia del arte universitaria después de la obsesión iconográfica que había sufrido bajo la última dictadura. Los resultados que ahora puede exhibir muestran un impulso único y original. Se empieza a contar hoy con un conjunto de vastos trabajos de investigación académica orientados por métodos y perspectivas críticas que superan tanto el viejo registro meramente clasificador como el comentario emocional.

Sin embargo, la historia del arte argentino encara un enorme peligro. En efecto, enfrenta el riesgo de que una rendición de cuentas centrada en el rigor documental y en el encuadre epocal suplante definitivamente a la reflexión estética. La descripción amenaza con desplazar de la agenda a la valoración; y el relato puntual corre el peligro de sustituir a la politicidad que no puede renunciar a la totalidad. Para ser sinceros, estos deslizamientos están presentes en el campo de la disciplina donde quiera que se la practique hoy en día.

Hace ya más de treinta años, fue Adorno quien, con su contundencia característica, pulsó la alarma cuando advirtió que la deriva de ciertos estudiosos del arte los impulsaba a sortear la especulación estética y a evitar el momento de la valoración centrándose en cambio en dimensiones como la reacción del espectador. Esos procedimientos desbarrancarían, tarde o temprano, en una crasa forma de “positivismo”. Más aún, para Adorno ese método que veía florecer a su alrededor iba a degenerar en una capitulación ante los mecanismos de la industria de la cultura, colaborando con el encubrimiento de todo contenido y ayudando a olvidar la exigencia de verdad. El arte, para Adorno, tiene un contenido conceptual que debe desentrañarse, y ese contenido es a la vez teórico, sensual y problemático.

A favor de los nuevos historiadores del arte argentino debe decirse que están muy solos ante el problema. Al igual que lo que acontece con los artistas de los que se ocupan, ellos no tienen una tradición orientadora a sus espaldas. Más grave, tampoco reciben ninguna asistencia de la filosofía nacional pues el desarrollo estético de ésta se paralizó hace tiempo. Así, los relatos documentados que producen los historiadores del arte, frecuentemente vaciados de la carga axiológica que les daría sentido, siempre se arriesgan a reproducir el archivo en lugar de elaborarlo. Como escribió Adorno, “el alejamiento entre comprensión y valor procede de la convención científica, pero sin valores nada se comprende en estético”.

ca ni viceversa. Hay más derecho para hablar de valores en arte que en cualquier otro dominio”⁵.

¿Podrá esta flamante historia crítica del arte saltar más allá de su propia sombra? Después de todo, del mismo Max Weber, quien puso en circulación la versión canónica de la “neutralidad valorativa” en ciencias sociales, se ha dicho que uno de sus méritos fue hacer caso omiso de su propio postulado metodológico en sus investigaciones particulares.

La saturación histórica suele convertirse en una coartada para refugiarse de la estética, aunque puede llegar a volverse en un fallido escondite que, en lugar de ocultar, pone en evidencia la apoliticidad en la que ha caído el propio circuito artístico indígena. La recurrente tematización de la política en el arte de los nuevos historiadores puede, muy a pesar de sus intenciones manifiestas, rodear de humo el hecho de que el arte ha perdido la capacidad de interpretar la realidad, por no hablar siquiera –como fue el sueño alguna vez– de modificarla. Para los artistas actuales, entretanto, la política se ha convertido en un lugar común de sus obras. La política ha terminado por ser un asunto poco específico, rutinario, correcto; un motivo para la descripción amable más que para la discusión encendida o la búsqueda de un impacto estratégico. Al igual que sucede en otras dimensiones de la cultura liberal, la política se volvió, paradójicamente, un tópico neutral.

Con todo, la consolidación de un historicismo con latentes tendencias positivistas es siempre mejor que la insoportable composición literaria que alguna vez, y en sus peores versiones, se apoderó del discurso sobre el arte. Ese emotivismo que no lograba emocionar a nadie, decorado con un barniz “teórico” (concediendo crédito, sólo por un momento, a sus alucinadas pretensiones) ya superó las barreras del ridículo y lo antiintelectual. En realidad, las traspasó hace tiempo. Aunque sea para disparar el tiro del final a esta práctica habría que celebrar la muerte del arte anunciada reiteradamente por las vanguardias en el último siglo y medio.

VII

La derrota institucional del arte argentino no tiene nada de particular en un país donde la retórica de la institucionalidad intenta disimular la barbarie de las instituciones realmente existentes en lugar de combatirla. Andrea Giunta ha demostrado que sólo en la esfera privada –y por un breve período durante los años ‘60– prosperó una audaz política de promo-

5. Theodor W. Adorno. *Teoría estética*. Orbis, Madrid, 1983. Traducción de F. Riaza, revisión de F. Pérez Gutiérrez. Páginas 343-344.

ción del arte⁶. El estado contemporáneo exporta también cultura, pero el estado argentino tuvo el problema histórico de ser dirigido por generales y políticos, y estos son lo que son.

Ni siquiera se ha podido lograr que los museos sean dirigidos por aquellos que saben del oficio. Esta carencia de profesionalismo no es diferente de la que adolecen otras áreas del estado. La férrea combinación de concursos manipulados por el poder de turno, y naturalizados en sucesivas gestiones, con un clientelismo político para el cual las funciones culturales deben considerarse el botín a repartir entre los adictos con menos luces, configuran la barbarie en medio de una presunta civilización.

El destino de las principales instituciones artísticas del país es una buena muestra de ello. El Museo Nacional de Bellas Artes se encuentra a cargo de un *manager* de sí mismo. Entre otras hazañas, este mecenas de la autopromoción firma personalmente todos los catálogos de todas las exposiciones del museo y, por cierto, sin que la intelectualidad crítica haya levantado un dedo ante el profuso bochorno. Esto es sólo un pintoresco ejemplo de lo que se entiende por “institucionalización” y “profesionalización” en esta región.

VIII

Nunca fuimos tan libres como bajo el menemismo, pero tampoco más limitados: el narcisismo se volvió ya incapaz de atender a otra cosa distinta de la propia obra. La exacerbada mirada autorreferencial del artista tuvo su complemento en el simulacro modernizador, la pérdida cognitiva de referencia local (a veces, eso sí, en nombre de los valores de tierra adentro) y la deposición cínica de toda reflexión crítica.

Como en tantos otros planos, también aquí el mercado marcó el ritmo de las pautas “estéticas” (un rasgo cuya modernidad nadie negará). Mientras tanto, la confianza de la economía neoliberal en un inminente derrame de la riqueza que en realidad no paraba de concentrarse tenía su contrapartida artística, algo boba, en la estetización generalizada.

Con este rápido ajuste de sus condiciones a lo que creía establecido en la escena internacional, el arte argentino logró superar el complejo de ser un mero productor de figuras epigonales: todo él pasó a ser epígono. Es decir que ha resuelto sin elaboración su inserción en la globalización artística. La solución fue simple: abandonarse a ella sin complejos y con la facilidad otorgada por la pérdida de una narrativa central en el arte contemporáneo.

6. Andrea Giunta. *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*. Paidós, Buenos Aires, 2001.

La mayoría de los artistas jóvenes fueron detrás de las palabras de orden, cuyos voceros, por fortuna, ya no vestían uniforme sino que se desmaterializaban: la voz del Gran Otro era ahora impersonal. Los artistas buscaron ansiosamente una legitimación en el curador o, en caso de momentánea ausencia de un personaje por el estilo, ellos mismos se constituyeron como tales. El resultado evidente es que el arte contemporáneo parece más centrado en el discurso que elaboran los curadores que en la acción creativa de los artistas. La epidemia, debe decirse, desborda las fronteras nacionales. Un consuelo para tontos.

IX

El “realismo capitalista” imperante es sin duda más sofisticado que la turbia mimesis reaccionaria de su predecesor socialista. El “realismo capitalista” no hace, por supuesto, ninguna exigencia de contenidos particulares. Se presenta como la libertad creativa misma. En una reformulación de la famosa consigna iluminista de Federico el Grande, él proclama: “Pintad lo que queráis, esculpíd como queráis, pero obedeced”. Esa es toda su política, y nadie en su sano juicio la llamaría opresiva. Y es que el arte se pudo haber vuelto políticamente irrelevante a fuerza de proliferar en alegre anarquía.

¿Acaso las artes visuales producen fetiches más efectivos que el mercado? ¿O es que generan símbolos que lo superan en profundidad o amplifican su capacidad ideológica? En el juego del deseo, el clima de la crítica sufrió un efecto comparable. Las contiendas políticas se han enfriado. Las retóricas geográficas (sur-sur, sur-norte, norte-sur) se sobrepusieron a un antiguo vocabulario, ahora altisonante, y eco a su vez de vetustas ambiciones sociales cuyo precio nadie quiere “racionalmente” asumir. En la academia la aceptación colonial se revela tanto en el contenido como en la forma, para usar una terminología supuestamente perimida. A la hora de adaptar un estilo internacional, al igual que a fines del siglo XIX, suele ser necesario dar un toque local. Aunque cada vez más se prefiere hablar directamente el idioma de ese “estilo”, no importa que se hable, como por lo demás suele suceder, con una pericia que deja mucho que desear según sus mismos estándares.

Sin embargo, ¿cómo es esa especie de nueva academia que impone las normas de este “estilo internacional”? Ese deplorado estilo fagocitó, en su parasitismo político omnívoro, aquello que se imaginaba como una oposición a él: la charla sobre la micropolítica, los nuevos (y ya viejos) movimientos sociales, la irrupción del orgullo étnico y del combate contra las humillaciones debidas al género. Mientras tanto, como Richard Rorty –no el subcomandante– ha puesto de relieve, las desigualdades se reproducían

y ampliaban por doquier en los años '90. Enfrascada en su parloteo gótico, la academia se volvió cómplice de la destrucción humana. La crítica, señaló otro estadounidense, tomó el lugar de la vanguardia, pero no lo hizo por sus poderes subversivos sino mediante un lenguaje hermético, lúdico, abiertamente banal en ocasiones. Un jugueteo verbal hizo las veces de moral intelectual: la mala fe en lugar del compromiso, pero en su nombre. Ese es también un rasgo "internacionalista", y no el menos paradójico. La única respuesta que se puede esbozar para contrarrestar esta situación tiene sus ambivalencias: un regreso al discurso del valor, o la teología resucitada al tercer día de la era liberal. ¿Pueden ser estas las verdades de un catecismo que quiera renovar el aire del ambiente?

X

El relato ficcional que sigue, escrito por el historiador de arte Juan Antonio Ramírez, muestra a un artista como investigador visual de la "calle más larga del Mundo". Esa avenida es Broadway, no Rivadavia, pero en el mundo global cada uno traduce al idioma de su aldea los hechos de la nueva Roma. El proyecto está financiado por un supuesto Centro Internacional para la Investigación de las Artes Expresivas:

"La intuición creadora formaría una alianza inseparable con la racionalidad matemática. En una primera fase recorrería Broadway de punta a punta fotografiando todos los edificios y encrucijadas desde el centro de la calzada. Usaba objetivos de 28 mm. para abarcar el conjunto de las fachadas. Cada foto se repetía dos veces, una a color y otra en blanco y negro. Estaba claro que allí había "método". Aunque yo no veía en ello mucho interés, comprendí que la cosa podía ponerse en relación con otras creaciones conceptuales de los años setenta. No parecía más aburrido que muchas paridas 'video-art' que yo había visto en Kassel, en el MoMa y en alguna que otra exposición suelta. Con el material obtenido (varios millares o millones de diapositivas, no recuerdo bien) se iniciaría la fase de investigación eterna"⁷.

El artista termina fundando un "Centro Científico Filosófico Broadway Espiritual". Esta parábola puede entenderse de dos maneras. Es un espejo que refleja un perfil de los artistas emergentes argentinos, tanto por la clase de inquietudes que manifiestan como por su dependencia de los subsidios institucionales, pero también por la referencia a los soportes técnicos preferidos. A la vez, es una ficción ejemplificadora de la delgada cornisa por donde transitamos (echando aquí y allá miradas al abismo del vacío de sentido). Enseñanza taoísta sobre el arte contemporáneo.

7. Juan Antonio Ramírez. *Óxidos mezclados (América, fragmentos epidérmicos)*. Ediciones Libertarias, Madrid, 1984.

El arte argentino se encuentra aún bajo la maldición-Duchamp. Quien fuera considerado como el artista plástico más radical del siglo XX, Marcel Duchamp, vivió casi un año en Buenos Aires, donde la nave que lo traía atracó el 19 de setiembre de 1918. Su viaje resulta inexplicable. Aparentemente eligió el Río de la Plata para escapar del ambiente de movilización bélica que se había adueñado también de Nueva York, ciudad en la que había intentado escapar de la Gran Guerra⁸.

Duchamp no era de los que devolvían ocurrencias de la clase “el vértigo horizontal de la llanura pampeana” a cambio del pasaje. Nadie lo invitó, nadie le indicó que permaneciera o se fuera, nadie le prometió nada. Perteneció a la estirpe de visitantes implacables tipo Gombrowicz. Después de unos meses en los que terminó dedicándose a jugar obsesivamente al ajedrez, libró su dictamen: “Buenos Aires no existe”.

Como en Argentina encontró la misma pasta de dientes que usaba en Francia, entendió que aquí no se producía gran cosa. Una industrialización a la fuerza había empezado a desarrollarse a causa de la interrupción del comercio con la Europa en guerra. La empresa americana Colgate, productora de artículos de tocador, se establecería en el país en la década siguiente a la de la visita de Duchamp, obligada a sortear con su radicación los impedimentos que Inglaterra hacía al comercio de sus neocolonias con otros países.

La amiga de Duchamp, Yvonne Chastel, deploraba la ausencia de una vida nocturna para las mujeres de Buenos Aires, aunque apreciaba la “tranquilidad provinciana” de la ciudad. Habría que preguntarse, entonces, si Duchamp llegó a la Buenos Aires de un siglo XIX que se resistía a terminar. Si bien entre la promulgación de la ley Sáenz Peña (1914) y la Semana Trágica (enero de 1919) todos los grandes actores y problemas políticos que signarían al siglo XX ya habían aparecido en escena, el clima cultural podía no ser todavía el de la metrópoli cuyas vigorosas ambiciones modernistas incluían, por supuesto, la aspiración a una vanguardia propia. Como vimos, en el plano de las artes visuales esa vanguardia apenas mostraría alguna originalidad episódica a lo largo del “corto” siglo XX⁹.

¿Qué habrá experimentado Duchamp de los acontecimientos de la Semana Trágica a los que seguramente asistió de un modo u otro? Por des-

8. Calvin Tomkins. *Duchamp*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1999. Páginas 232 y siguientes. Las citas de Duchamp provienen de la misma fuente.

9. Para una benevolente descripción de la más reciente gira europea del arte argentino, véase Ángela Molina, “La rosa y la rasgadura del velo”, en *El País* (Madrid), Suplemento “Babelia”, 25 de enero de 2003. Página 17.

gracia lo ignoramos. Sin embargo, parece que uno de los primeros avances de su famoso "vidrio" lo hizo en su taller de la calle Sarmiento. A su alrededor, mientras tanto, se seguían pintando gauchos y retratos de señoras. Si Duchamp viajó a Buenos Aires para refugiarse de su época, debe decirse que, por varias razones, no escogió nada mal. En cierto modo, era el lugar y el momento propicio, pero la "tranquilidad provinciana" ya se empezaba a resquebrajar, y su aplastante vigencia no perviviría por mucho tiempo ni en la vida política ni en la literaria del país.

¿Sigue subsistiendo de alguna manera ese parroquialismo en el campo de las artes visuales argentinas? Entre la chuchería tecnológica posmoderna, la fotografía omnipresente y la corrección política de un "arte político", el momento epigonal del arte argentino no parece dejar de profundizarse, de abarcar un lapso cada vez más prolongado. ¿Será salvado por la política, ahora otra vez en las calles, o por los efectos existenciales de la crisis, o acaso por la aparición de un "genio" a la altura de una esperanza digna del siglo XVIII?



Un mapa arrasado. Nuevo cine argentino de los '90

*David Oubiña**

I

“Si trabajamos, no podemos pensar”, afirma el obrero que ha tenido un encuentro con la Virgen. Se trata de un momento particularmente iluminador de “Vida y obra”, uno de los cuatro episodios que componen el film colectivo *Mala época* (Mariano De Rosa, Nicolás Saad, Rodrigo Moreno y Salvador Roselli, 1998); pero no porque la improbable aparición celestial traiga la clave de una solución sino, precisamente, porque escenifica la confusión y el extravío de los personajes. Mientras que la fórmula aludida en el título supone siempre una continuidad inescindible entre

* Jefe de Trabajos Prácticos de Literatura en las artes combinadas II (Cine y Literatura), en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Titular del Seminario de Guión III en la Universidad del Cine.

producción y constitución biográfica, en el film, en cambio, funciona como oposición, como disyuntiva irresoluble entre una y otra cosa. Vivir o trabajar. Entre ambas se ha instalado una discontinuidad que es el termómetro de la alienación. La violencia de la sociedad industrial consiste en imponer sobre los individuos esa desconexión y ese sinsentido. Tiene razón, entonces, Adorno cuando afirma que los pobres, antes considerados holgazanes, ahora resultan inmediatamente sospechosos. La visión de la Virgen no trae ninguna verdad para los desesperados; sólo contribuye a hacer de ellos eslabones descarriados. Hay que pensar. Pero pensar en qué. Así como la labor de estos obreros ha sido privada de toda dignidad, su negativa a trabajar es el resultado de un trance místico y no de una conciencia rebelde. “Si trabajamos, no podemos pensar. Tenemos que recordar quiénes somos”, ha dicho el hombre. Es un discurso vacío, una pura gestualidad sin substancia, porque lo cierto es que ya no saben qué deberían recordar. Extraviados en la gran ciudad, indefensos, son como naufragos sin rumbo, aprisionados en el esqueleto vacío de una obra en construcción. Si alguna vez lo supieron, finalmente han olvidado por qué están ahí y para qué trabajan. Han perdido sus raíces y tampoco han ganado un nuevo horizonte: carecen de memoria y de futuro.

Este pesimismo no escéptico sino crítico es un rasgo persistente en muchas películas de lo que se ha llamado *nuevo cine argentino*: en *Picado fino* (1996, Esteban Sapir), en *Pizza, birra, faso* (Adrián Caetano y Bruno Stagnaro, 1997), en *Mundo Grúa* (Pablo Trapero, 1999), en *No quiero volver a casa* (Albertina Carri, 1999), en *Bolivia* (Adrián Caetano, 2000), en *Sábado* (Juan Villegas, 2001), en *Todo juntos* (Federico León, 2002). Frente al cruce optimista entre vanguardia estética y militancia política a fines de los '60 o la denuncia oportunista en los '80, los films de los '90 parecen, a primera vista, menos comprometidos. Pero aun cuando no se ocupan explícitamente de la represión durante la dictadura militar ni del horror económico y social durante la reconstrucción democrática, los nuevos cineastas no hacen otra cosa que poner en escena sus secuelas. La mayoría de estos films son óperas primas, a veces sólo parcialmente logradas; sin embargo, como sostiene Alan Pauls: “Por primera vez el cine argentino avanza, tal vez en una dirección confusa, pero está en movimiento. Hoy forma y producción son el mismo problema. Pensar la forma es pensar la producción. Eso no da necesariamente películas buenas, pero al menos da un cine no acolegado. En esto se diferencia del cine argentino anterior que era víctima de todas las cosas que no podía ser ni tener”¹. No es

1. En Raúl Beceyro, Rafael Filippelli, David Oubiña, Alan Pauls, “Estética del cine, nuevos realismos, representación (Debate sobre el nuevo cine argentino)”, en *Punto de Vista* n° 67, agosto de 2000, p. 3.

posible por ahora identificar un programa conjunto ni una estética homogénea: la vitalidad de estas películas surge, precisamente, de la variedad y la diferencia. Pero puestas una al lado de la otra, componen un mapa arrasado de la Argentina menemista. Es a partir de la materialidad dura, singular e irreductible de la imagen que este nuevo cine hace política (hace lo político). Hay allí una hermenéutica visual que testimonia en imágenes un cierto estado de cosas y, en el mismo movimiento, hace su crítica: el desmontaje despiadado de un neoliberalismo omnipresente que, como una *microfísica*, atraviesa (y produce) los hábitos y los comportamientos.

No se trata de contemplar pasivamente la desolación sino de articularla a través de una ética de la mirada, tal como puede apreciarse en las mejores obras del nuevo cine. Mostrar no es reflejar, es hacer ver. Al mostrar, el cine impone una imagen y, como afirma Serge Daney: si la cámara permite ver es, justamente, porque obliga a ver. Ver un film es volver a ver algo ya visto por otro. ¿Cómo mostrar?, entonces, pasa a ser un problema ético fundamental. Quiero detenerme en el análisis de estos aspectos en dos films muy diferentes pero igualmente paradigmáticos de los '90: *Silvia Prieto* (Martín Rejtman, 1998) y *La ciénaga* (Lucrecia Martel, 2001). El fondo sobre el cual se recorta la trama de *Silvia Prieto* es el del capitalismo salvaje y la economía de mercado así como el de *La ciénaga* es el mundo caído de las economías regionales tradicionales; pero lo notable es el modo en que esa dimensión de lo político ha sido interiorizada por los mecanismos narrativos y determina la representación de los comportamientos.

II

Silvia Prieto es la historia de una mujer obsesionada por el descubrimiento de que existe otra con su mismo nombre. Silvia se encuentra en un punto de su vida en donde advierte que es necesario un cambio radical aunque no sabe muy bien en qué debería consistir, y eso la lleva a actuar sin demasiada certeza respecto de sus iniciativas. Su ex esposo, Marcelo Echegoyen, ha empezado a salir con una promotora del jabón Brite (a quien todos terminan llamando por el nombre del producto) y ésta le presenta a Silvia su ex marido, Gabriel Rossi, quien resulta ser un antiguo compañero de secundaria de Marcelo. No son, por lo tanto, verdaderos cambios sino más bien intercambios (una reingeniería de las relaciones): todo ha mudado de lugar, pero a la vez, todo ha quedado en su lugar. Rejtman dijo que se había inspirado en las comedias de Howard Hawks y de Preston Sturges, y en efecto *Silvia Prieto* podría haber sido una *screwball comedy* si no fuera tan melancólica, si no estuviera marcada por un humor

triste². No es posible reconocer una influencia explícita de Sturges y de Hawks en la estética del film; sin embargo, sus huellas se advierten en el mecanismo delirante y absurdo de un relato que no persigue un verosímil realista pero que funciona como un sistema cerrado regido por una impecable lógica interna. Rejtman trabaja con un microcosmos de personajes que reaparecen y se recombinan, a partir de un mínimo de situaciones que se repiten y con una selección limitada de objetos que circulan continuamente.

Las dos parejas están relacionadas por un vínculo endogámico: todos se encuentran sometidos a una misma situación y manipulan los mismos elementos. Sólo cambia la función que ocupa cada uno en cada momento: la que recibe un regalo, luego lo ofrece a otro; el que era marido de una ahora es novio de otra. Como si fuera un modelo estructuralista, se trata siempre de los mismos componentes y de un conjunto de funciones fijas. La función de cada componente viene determinada por los demás dentro de una serie que varía y se recombina. Puesto que ninguno de los personajes encuentra su lugar, no dejan de circular aunque sea siempre dentro de un repertorio acotado de posiciones. Gabriel, que acaba de regresar de los Estados Unidos, se queja de la comida americana y alaba la argentina; pero lo dice mientras cena en un *fast food* chino inexplicablemente llamado "Tokio". Todo da igual. Es un mundo de *tenedor libre*, porque funciona como esos restaurantes en donde comen los personajes: da lo mismo elegir uno u otro plato porque todos tienen el mismo valor (y todos tienen el mismo gusto).

Una misma ley rige a personajes y a objetos: los personajes son intercambiables; los objetos se intercambian. Así como aquellos se desplazan ocupando diferentes posiciones, éstos se entregan y se reciben pasando de mano en mano. Y así como aquellos carecen de psicología dramática, éstos son objetos impersonales, fabricados en serie o desprovistos de toda carga afectiva. Puede ser una muñeca de cerámica, pero también un tapado de piel, un saco Armani, un velador de botella, un contestador telefónico. Alguien regala, presta o vende un objeto utilitario que enseguida pasa a un nuevo dueño³. Son mercancías cuyo *valor de uso* tiende a ser

2. La *screwball comedy* es un tipo de comedia alocada que tuvo su apogeo en la década del '30. El género se caracteriza por sus personajes excéntricos, la sucesión imparable de enredos y malos entendidos, los romances con final feliz y la velocidad del relato. Probablemente el mayor exponente de la *screwball comedy* sea *La adorable revoltosa* (Howard Hawks, 1938).

3. Esta idea de la narración como circulación o tráfico estaba ya presente en *Rapado* (1992) el primer film de Rejtman. Hay, entre otras cosas, un billete falso que pasa de mano en mano a lo largo del film y un reloj que se olvida y luego se recupera. Lucio, el protagonista, pregunta la hora y en seguida alguien le pregunta a él que entonces se vuelve el informante al transmitir el dato prestado. Rejtman dijo: "*Rapado* es una película que habla sobre

eclipsado por su *valor de cambio*. En los términos de Marx: en una sociedad como la nuestra, lo que caracteriza la relación de cambio de las mercancías es que se hace abstracción de sus valores de uso, de modo que la relación social preponderante es la relación de unos hombres con otros *como poseedores de mercancías*. Esa es la economía política del film: la lógica de los intercambios importa, sobre todo, porque define una lógica de las relaciones personales. No hay afectos; sólo hay contratos. Y de nuevo: la misma ley rige para personas y para objetos. Así como los objetos no son tanto una posesión de los personajes como una moneda de cambio entre ellos, lo mismo sucede con las relaciones personales ya que cada uno viene a ocupar el lugar que otro deja libre. Más que a un deseo, las relaciones parecen responder a una obligación funcional dentro de la estructura. No hay otro compromiso. El programa televisivo para casamenteros adonde concurre Garbuglia (un antiguo compañero de colegio de Marcelo Echegoyen y Gabriel Rossi) es emblemático, en este sentido, porque explicita esa nivelación entre personas y objetos: es un contrato matrimonial en donde las cualidades de los participantes se comparan como si se tratara de evaluar ventajas y desventajas entre productos similares para establecer cuál es la mejor combinación.

De todos los objetos que circulan entre los personajes, sin duda el más inservible es la lámpara de botella. De hecho, la denominación *lámpara de botella* es un epíteto para calificar a un adorno sin ningún valor. Por eso pasa de uno a otro y nadie quiere quedárselo. Y no es casual que ése fuera el apodo escolar de Gabriel Rossi, destinatario final del velador, ya que él es el más "inútil" de todos los personajes y por lo tanto aquél cuyo coeficiente de intercambiabilidad es el más alto: siempre con su bolso al hombro, es un nómada que no logra instalarse en ningún lugar y en ninguna relación. No tiene *valor de uso* para los demás (que no saben qué hacer con él) sino un *valor de cambio* (ya que parece estar sólo para ser reemplazado). Por otro lado, él es quien ha comprado la muñeca de cerámica que primero recibe Brite y luego Silvia, y que aparece como un emblema de ese universo cosificado. No es una representación hecha a semejanza

la economía, en todo sentido. Habla sobre el equilibrio. Hay un personaje al que le roban algo y él roba otra cosa para mantener un equilibrio. Todo el tiempo se habla de economía, de trueques de cosas, del dinero que se cambia por fichas y las fichas que te dan por caramelos de vuelto y de billetes falsos. Y también economía en cuanto al presupuesto. Es una película hecha con dos mangos. Sabía que no iba a disponer de mucha guita, entonces me propuse algo que fuera muy modesto en cuanto a pretensiones de actores, decorados, extras. Ahí mismo hay un condicionamiento. Entonces la película es una puesta en escena de lo que es hacer una película. Siempre es así. El método de una película está siempre en la película" (Alejandro Ricagno y Quintín, "Un cine contemporáneo. Entrevista con Martín Rejtman", en *El Amante/Cine* n° 53, julio de 1996, p. 14).

de un modelo sino que son los modelos (Brite y Silvia) los que deben parecerse a un objeto fabricado en serie. Lo que cada una piensa que tiene de único e intransferible es capturado por una efigie estándar que además es previa a los individuos. A lo largo del film, Silvia ha insistido en telefonar a la mujer que lleva su mismo nombre como si quisiera confirmar que esa duplicación no es posible: “¿Silvia Prieto?”, pregunta. “Sí, ¿quién es?”, “Silvia Prieto”, responde con furia antes de cortar. Curiosamente, luego de recibir la muñeca, vuelve a su casa y marca el primer número que le viene a la cabeza: el número de su doble, con quien combina una cita. La muñeca, entonces, funciona como hilo conductor que recorre todo el film, pasando de mano en mano hasta que es recogida por un chico que asiste a un recital del grupo *El otro yo* en donde canta la hija de la segunda Silvia Prieto. De modo que esa muñeca que representa a Silvia (que la duplica) es como una contraseña que conduce hasta su otro yo (a su doble).

Los personajes son actuados por las situaciones. Primero suceden las cosas y luego ellos reaccionan frente a eso. Son arrastrados por la lógica extraña del azar o de las coincidencias cuyo impacto se manifiesta en sus comportamientos: reciben las perturbaciones a su propio orden, las procesan y las empujan en una nueva dirección. A Silvia le entregan un bolso de ropa equivocado en la lavandería y, en vez de devolverlo y reclamar el propio, decide bajar de peso para poder usar la ropa ajena. Gabriel Rossi sale de la cárcel un día antes de lo previsto y es enviado a Córdoba debido a un error administrativo. Cuando Silvia va a buscarlo, encuentra en su lugar al preso cordobés que debió salir el día anterior; y como éste no tiene donde quedarse, Silvia lo aloja en su casa y le da de comer el pollo que había cocinado para Gabriel. La energía nunca se disipa sino que se reaprovecha. No hay una motivación previa para los actos, hay una justificación a posteriori que los vuelve necesarios. El cine clásico tiende a justificar cualquier incorporación del azar o la casualidad para que la historia resulte realista y creíble. *Silvia Prieto*, en cambio es el reino de la arbitrariedad y lo artificioso: Rejtman no intenta justificar el azar como un móvil razonable del mundo representado por el film sino que, al revés, el mundo del film se pone en marcha para amplificar ese azar.

Por eso las comunidades que se forman en el film son siempre un poco absurdas, porque están llamadas a funcionar de acuerdo a una lógica impuesta. La segunda Silvia Prieto le dice a la protagonista: “Tendríamos que tutearnos; después de todo somos casi parientes”. Y en el epílogo documental, un grupo de verdaderas Silvias Prieto forman una cofradía cuando en realidad sólo comparten el nombre. Una de ellas dice: “Las Victorias son bravas, las Silvias son más tranquilas”. Como si el nombre indicara la personalidad y fuera suficiente para definir un aire de familia. Sin embargo, el nombre propio, aquello que identifica a cada uno como

singularidad, es lo menos propio, lo que viene dado, lo más impersonal. Esa vocación por construir comunidades nominales es el correlato de una inclinación de los personajes a caer permanentemente en lugares comunes. Todos hablan con frases hechas que son el simulacro de un diálogo cuando en realidad no dicen nada. Así como individuos que comparten un nombre parecen integrar una hermandad aunque no haya ningún vínculo entre ellos, de la misma manera las palabras vacías de los personajes fingen un diálogo allí donde no hay ninguna comunicación. ¿Por qué esa insistencia en los lugares comunes? Quizás porque los personajes admiten que no tienen nada para decir y se amparan en frases hechas que no los comprometen a conversar. Lo que el film pone en evidencia es que todo sucede en superficie, todo es literal y no hay ningún significado profundo. El problema de estos personajes es que para ellos todo es lo que es. Y nada más. Nada más allá.

Son personajes vulgares, con vidas vulgares y problemas vulgares. Pero, entonces, aquí es posible encontrar un segundo sentido para la figura del doble. Si por un lado el descubrimiento del doble era un atentado contra la propia identidad (alguien descubre que no es la única Silvia Prieto), al mismo tiempo esa amenaza es la promesa o la fantasía de una vida más intensa (¿cómo no pensar que en otro lado, otra Silvia Prieto disfruta de mejor suerte?). Dentro de un sistema cerrado y en equilibrio, el doble puede erigirse como una desmentida a la literalidad de las cosas: una dimensión en donde lo mismo tendría un desarrollo más acorde con el deseo. O como escribió Rimbaud: la vida auténtica está en otra parte.

III

En *La ciénaga*, al igual que en *Silvia Prieto*, los personajes también forman parte de una red de relaciones que funcionan como un sistema cerrado. El grupo acotado de vínculos intercambiables en donde todo circula de manera desafectivizada (Rejtman) o la circularidad familiar en donde las cosas pasan inmutables de una generación a otra (Martel) definen, en ambos films, un mundo asfixiante y sin salida en el que nada nuevo se produce. Pero mientras en la película de Rejtman sólo había jóvenes huérfanos en la gran ciudad, arrojados al mundo moderno, en la película de Lucrecia Martel se trata de familias casi sin jóvenes (sólo adolescentes y adultos), en medio del campo, aferradas a un tradicionalismo anacrónico.

La trama de *La ciénaga* es muy simple: un verano caluroso, una finca en las afueras de la provincia de Salta, dos familias. Mecha, la dueña de casa, sufre un leve accidente y su prima Tali la visita. Durante unos días las familias de ambas, tan diferentes, se reencuentran y se cruzan, los chicos

van y vienen, y cierta animación invade esa casa de campo en decadencia. José el hijo mayor de Mecha viaja desde Buenos Aires para visitar a su madre, los chicos van a cazar al cerro y las chicas hacen la siesta o charlan al borde de la pileta de agua sucia. Mientras tanto, las mujeres planean una excursión a Bolivia para comprar los útiles escolares de sus hijos, pero el viaje nunca se llevará a cabo. En algún lugar alguien dice haber visto a la Virgen y sobre el final hay una muerte trágica. No sucede mucho más en ese mundo tal como es observado atentamente por Momi, la hija menor de Mecha.

Dijo Lucrecia Martel: "Cuando uno es chico, a lo mejor no entiende muchas cosas, pero es mucho más perceptivo. Eso fue una clave para la puesta de cámara: no intentar ser descriptiva porque no confiaba mucho en que mostrando fuera a aclararse nada"⁴. Observar no es describir: las cosas se muestran tal como son procesadas por la sensibilidad, la angustia y la imaginación infantil. Lo primero que se ve en el film es la vegetación frondosa de un cerro y una tormenta que se avecina, pero no es posible obtener ninguna precisión. Convencionalmente, al comienzo de un relato suele haber un plano general llamado *plano de establecimiento*, que sirve para describir el lugar en donde sucederán las acciones y para definir las coordenadas espaciales que orientarán nuestra percepción al situar los movimientos de los personajes en un decorado preciso. El primer plano de *La ciénaga* no permite enmarcar las imágenes que siguen. No es un *plano de establecimiento* sino una masa informe que se cierne amenazante sobre los personajes: no nos dice *dónde* estamos sino *qué* podemos temer. Define el tono de una mirada fragmentaria y temerosa, a merced de aquello que la acecha.

Nunca se sabe muy bien cuáles son las dimensiones de la finca de Mecha, dónde están sus límites, a qué distancia está de la ciudad en donde vive Tali. Como una prisión o una isla suspendida en el medio de la nada, separada de todo y sin posibilidad de escape. No hay trayectos, no hay transiciones, no hay desplazamientos. La gente va y viene de la finca a la ciudad, pero no hay imágenes del camino. José está en Buenos Aires y se dice que viajará a Salta; luego lo vemos ya instalado en la casa de campo, como si faltara un plano o una secuencia en donde debería haberse mostrado el viaje. Los chicos juegan todo el tiempo en el cerro, pero siempre los vemos desde adentro de la maleza: primero están en la casa y de pronto, por corte directo, ya están en el cerro. Como si la contigüidad entre uno y otro espacio (lo sabemos porque los disparos de las escopetas se es-

4. En Luciano Monteagudo, "Lucrecia Martel: susurros a la hora de la siesta", en Horacio Bernades, Diego Lerer y Sergio Wolf (editores). *Nuevo cine argentino. Temas, autores y estilos de una renovación*. Ediciones Tatanka, Buenos Aires, 2002, p. 74.

cuchan desde la casa) no fuera suficiente para conectarlos en un continuo; más bien se trata de irrupciones, como si un espacio invadiera o violentara al otro. La metáfora del título, entonces, resulta clara, porque eso es precisamente una ciénaga: se advierte su existencia cuando ya es tarde y uno ha empezado a hundirse en el barro.

El mismo tipo de manipulación se advierte en el trabajo sobre el tiempo. Toda la acción del film sucede en unos pocos días, entre el accidente de Mecha y la muerte de Luciano. Sin embargo, la ausencia de acontecimientos, los rituales repetidos una y otra vez, los movimientos cansinos de los personajes y su inacción (nadie tiene nada para hacer: todos hacen tiempo en espera de que pase el verano), confieren una impresión de transcurso en cámara lenta o, incluso, de suspensión. Cuando Mecha se cae y se lastima, por un momento parecería que la imagen se hubiera congelado. Todo sucede como si la duración fuera un mismo instante prolongado eternamente. Así como no se ven los límites de los espacios, tampoco se advierte ninguna teleología en el transcurso del tiempo. Es un tiempo espeso, que arrastra a los personajes hacia el fondo y les impide escapar. La metáfora, aquí, es la siesta: la eternidad suspendida de esas siestas de verano, pobladas de historias legendarias y tremebundas.

En una escena, se ve una vaca que ha caído en una ciénaga. Los chicos que juegan en el monte saben que una vez que ha comenzado a hundirse, ya no tiene salvación y que la única piedad será pegarle un tiro. Igual que la vaca, todos en la familia de Mecha y en la de Tali se hunden irremediablemente. Incluso José, que vive en Buenos Aires y parecería haber escapado a ese destino: nada indica que no vaya a convertirse en un inútil como su padre (de hecho se acuesta con la mujer que fue amante de su padre) y, ciertamente, en cuanto regresa a la casa familiar no tarda en ser devorado por la apatía y la inercia, como los demás. La leyenda cuenta que un día la madre de Mecha se metió en su cama y nunca más salió de su habitación. Ese fantasma pesa sobre la mujer como un mandato familiar: pocas veces se la ve levantada y casi nunca sin su camisón⁵.

Mecha ha heredado de sus padres una empresa rural organizada alrededor del cultivo y venta de productos regionales. Los pimientos que se ven sobre una bandeja, al principio del film, son la base de una economía familiar que ya no rinde, pero todos están demasiado aletargados como

5. Hay una sola escena en donde se ve a la familia reunida comiendo alrededor de la mesa y, tal como es presentada, resulta una situación impropia, anormal, extravagante. El resto de las veces, el sitio natural para reunirse o para recibir visitas será alrededor de la cama de Mecha. Se podría decir que *La ciénaga* es un film sobre camas. Todos se meten en la cama de otros: Momi en la cama de la sirvienta y en la cama de Vero; Vero en la cama de José; José y Joaquín en la cama de Mecha. Y en esa promiscuidad mórbida se confunden la inocencia de los juegos infantiles con una violencia y una sexualidad apenas reprimidas.

para intentar reactivarla. Es posible inferir que en otra época las finanzas fueron más prósperas y que ahora la empresa familiar se halla en decadencia. Sin embargo todos prefieren vivir como si esos buenos tiempos no hubieran pasado y fueran a durar para siempre: así como no advierten que el agua de la pileta se pudre y que la casa se viene abajo, no comprenden que el mercado ha impuesto reglas de juego diferentes. La muerte de Luciano, al final de la película, es estremecedora sin duda porque es gratuita; pero también porque evidencia hasta qué punto los personajes están a merced de lo que su propia torpeza o su propia desidia haga con ellos. Como si caminaran por una cornisa con los ojos cerrados y no hicieran nada por abrirlos. Desde el principio se presentía que algo terrible iba a suceder⁶; pero en otro sentido podría decirse que lo terrible es que nada sucede, que los acontecimientos sólo tienen lugar bajo la forma irrevocable de la catástrofe.

No extraña, entonces, que en este mundo improductivo (donde nada cambia y todo se repite desgastándose hasta agotarse) las cosas transcurran con la lógica cruel de lo inexorable dentro de una estructura circular. El sonido de las reposeras arrastradas y la composición del plano en la escena final remiten de manera inequívoca a la primera escena. Ese principio y ese final trágicamente idénticos es lo único que insinúa una estructura dentro de una serie de eventos que son vividos por los personajes sin preguntarse demasiado sobre el porqué de sus comportamientos. La perspectiva de Martel, escriben Silvia Schwarzböck y Hugo Salas, es impiadosa: "Como herramienta estética, la impiedad significa la posibilidad de ver a los personajes desde su propia lógica, de encontrar dentro de los límites de su mundo la verdad tranquilizadora que los mantiene encerrados allí"⁷. Momi, que ha ido a visitar el lugar en donde se habría aparecido la Virgen para pedirle un milagro, dice: "No vi nada". El film es implacable sobre la imposibilidad de cualquier línea de fuga: si en *Silvia Prieto*, los lugares comunes del lenguaje, dejaban en evidencia que todo era una pura superficie carente de profundidad, en *La ciénaga* es la mirada la que no logra encontrar nada más allá.

6. Los inquietantes truenos que se escuchan en la primera imagen anunciando el temporal se confundirán luego con los disparos de los chicos en el cerro y la inminencia de que alguien saldrá herido. Hay numerosas heridas en el film: al principio, Mecha se lastima cuando cae y se rompe su copa; Luciano se corta y es llevado al hospital; Joaquín ha perdido un ojo durante una de sus aventuras en el cerro; José recibe un golpe en la nariz durante una pelea en el baile de carnaval; los chicos tienen la cara arañada por las ramas del cerro. A veces el peligro es sólo una amenaza que no llega concretarse, a veces los personajes salen ilesos, a veces regresan con heridas; pero en el final siempre aguarda la constatación violenta de la muerte.

7. Silvia Schwarzböck y Hugo Salas, "El verano de nuestro descontento. Género y violencia en *La ciénaga*", en *El Amante/Cine* n° 108, marzo de 2001, p. 11.

De dos maneras diferentes aunque complementarias, *Silvia Prieto* y *La ciénaga* exponen un estado de cosas configurado de tal modo que cualquier cambio parece ajeno al horizonte de posibilidades de los personajes. La clave de estos films consiste en interrogarse por qué ninguno de ellos reacciona, por qué nadie advierte que circulan a la deriva (en *Silvia Prieto*) o que se hunden sin remedio (en *La ciénaga*).

En *Silvia Prieto*, lo que está entre los planos o afuera del encuadre carece de funcionalidad dramática. Alguien dice "vayamos a bailar" y en el plano siguiente están bailando. No hay planos de transición que muestren a los personajes yendo a la disco, ni planos que reconstruyan el entorno y permitan situar la acción del baile: el trayecto está elidido y el lugar cae fuera de campo. El plano muestra a alguien bailando y no hay más que eso para ver. Las situaciones no tienen continuidad, no dejan estela: a medida que suceden, se borran. No se encadenan sino que, simplemente, se suceden. Unas después de otras, unas reemplazando a otras. Al desconectarlas de lo que las rodea las acciones son desprovistas de doblez o de segundos sentidos. Y entonces se achatan, se vuelven extrañas. De ahí lo artificioso que resulta el plano: bailar significa "bailar y sólo bailar", no "estar en una disco". Todo lo que importa está en el plano y todo lo que está en el plano importa de la misma manera. El sentido es superficial y literal.

En *La ciénaga*, en cambio, la elipsis y el fuera de campo importan tanto como lo que aparece en el plano. Eso que el encuadre o el montaje excluyen presiona dramáticamente sobre lo que se muestra. Luciano queda en medio de la línea de tiro y luego se escucha el estampido de la escopeta a lo lejos; sin embargo, más tarde, reaparece despreocupadamente por ahí, como si el film le restara importancia a ese momento límite. La línea que separa a una cosa de la otra es delgada y caprichosa. Como una ruleta rusa: no pasó nada, aunque podría haber sido una tragedia. Y en algún momento terminará siéndolo. El disparo fuera de campo y la supresión de lo que sigue no es una cuestión de economía narrativa sino una modulación dramática: Martel no omite un tiempo muerto (puesto que el hecho tiene una importancia central) sino que convierte a la situación en una bomba a punto de estallar. Lo que se elimina regresa potenciado como una reminiscencia atroz en las imágenes contiguas, una violencia contenida, una huella invisible que sin embargo marca a los otros planos. Es como un agujero negro: un vacío que succiona todo hacia sí. Primero la inquietud es "lo van a matar", luego será "podrían haberlo matado". Pero siempre, lo que sucede es más que lo que sucede: está permanentemente cargado de amenazas.

Se podría decir, entonces, que allí en donde la economía narrativa de *Silvia Prieto* trabaja sobre la desconexión y la dispersión, *La ciénaga* explo-

ta la asfixia y la clausura. Aquí el encierro, allí la deriva. Aquí una densidad ominosa, allí la ausencia de todo espesor. Esto que se advierte en los mecanismos narrativos es lo mismo que sucedía con las relaciones personales: mientras que en Rejtman los vínculos son inestables y sin compromiso, en Martel se hallan completamente estancados. Pero en ambos casos, lo que se intenta comprender (y hacer comprender) es que la ausencia de alternativas no es una fatalidad sino que las relaciones entre las personas han sido arrastradas por un largo proceso de deterioro social. Los films muestran qué es lo que ha quedado de la Argentina luego de la dictadura militar de los años '70 y del descalabro socioeconómico de los años '80. Si posan su mirada sobre los cuerpos, es para observar allí sus nevaduras sociales. ¿Qué sabe un cuerpo? El de Silvia Prieto, por ejemplo, es un cuerpo aletargado y sin memoria, que se entrega tediosamente, como si ya hubiera olvidado qué es el deseo; para los adolescentes y los niños de *La ciénaga*, en cambio, los cuerpos son ropajes dañados que conservan la memoria de las heridas y que apenas alcanzan a contener una sexualidad restallante. Eso dicen los cuerpos. Dicen aquello que las voces callan o disimulan.

Benjamin establecía un paralelo entre el cirujano y el cameraman que se oponía a la relación entre el mago y el pintor: "La actitud del mago, que cura al enfermo imponiéndole las manos, es distinta de la del cirujano que realiza una intervención (...) Mago y cirujano se comportan uno respecto del otro como el pintor y el cámara. El primero observa en su trabajo una distancia natural para con su dato; el cámara por el contrario se adentra hondo en la textura de los datos"⁸. Estos films de los '90 constituyen, podría decirse, un *cine quirúrgico*: una mirada sobre las superficies pero que las disecciona, las penetra y las examina para mostrarlas como un organismo descompuesto que necesita arregló. Esa observación, microscópica pero penetrante a la vez, es su aspecto más sobresaliente y aquello que lo diferencia del cine anterior. La mayoría de las películas de los '80 pretendía acercarse a los grandes temas, pero no lograba atravesar la superficie de un viejo costumbrismo adornado por la denuncia amarillista. En este sentido, la "primavera democrática" adoleció de un optimismo dudoso y contrahecho: hay, en esas películas, cierta urgencia por sacarse de encima el pasado más que confrontar con él. Y si *La historia oficial* (Luis Puenzo, 1986) resulta el film paradigmático de ese período es porque lo terrible, allí, no es la tragedia de la niña ni de sus padres torturados y muertos sino la crisis de identidad que sufre la madre adoptiva. La catástrofe política del país queda reducida al melodrama privado de la heroína. Puenzo elude la discusión ideológica y despoja al problema de sus

8. Walter Benjamin. *Discursos interrumpidos I*. Ed. Taurus, Buenos Aires, 1989, p. 43.

resonancias políticas: detrás de la aparente denuncia, se apura a conjurar cualquier arista conflictiva y se niega a revisar de manera crítica las relaciones con la dictadura militar. Más que abrir el debate, clausura toda discusión y apela a tranquilizar la buena conciencia de los espectadores. El movimiento de los nuevos films suele ser el inverso: sin abandonar nunca la historia mínima de sus personajes, hacen de ella un teatro de operaciones. Los cuerpos se convierten en el espacio de una intervención y se despliegan ante la cámara del anatomista que estudia, en sus ademanes o en sus muecas, las secuelas de los cambios sociales.

El obrero que recibe un mandato celestial queda paralizado y la adolescente que visita a la Virgen en busca una respuesta no ve nada. En efecto, allí no hay nada. Pero en ese desierto de los personajes hay un paisaje lleno de conflictos para los films. Los nuevos cineastas no miran a sus personajes por encima del hombro, pero tampoco entablan con ellos una complicidad ingenua. Como quería Daney, es una perspectiva que se hace cargo de lo que muestra. En la observación se instala la dimensión crítica de un diagnóstico. De *Rapado* a *Sábado*, de *Mundo grúa* a *Todo juntos*, de *Picado fino* a *El bonaerense*, no se trata de arquetipos sino de singularidades irreductibles que transparentan un contexto. Indudablemente, ha llegado la hora en que el nuevo cine deberá dar un paso más allá. Pero la distancia de estas nuevas películas frente a la tradición costumbrista que ha dominado al cine argentino plantea un nuevo comienzo en la relación de las imágenes con lo real y de los espectadores con las imágenes. Hay, en esa crítica, una intervención transformadora. Y esa intervención es política, entonces, no porque sustente una ideología en particular sino porque funda una nueva comunidad de lo visible.

Voces argentinas

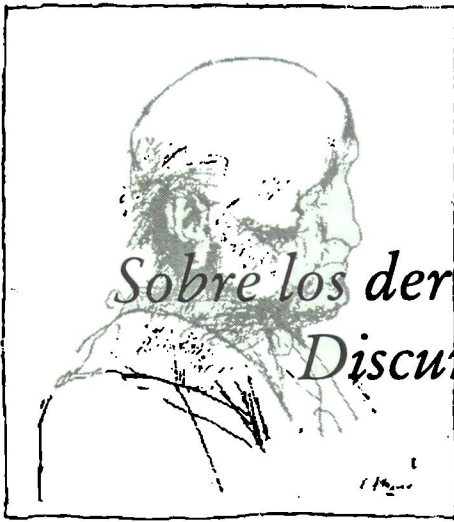
*La etapa inmediatamente posterior a la caída de Perón fue un tiempo de intensa actividad intelectual, política y publicística en la vida de Ezequiel Martínez Estrada. Luego de reestablecerse de una grave enfermedad, publicó **¿Qué es esto?, Cuadrante del Pampero, Exhortaciones y Las 40**, todos ellos textos de confrontación con los dilemas argentinos del momento. También fue una época de intensa colaboración periodística, particularmente en el diario Propósitos, dirigido por Leónidas Barletta; y universitaria, pues fue nombrado Profesor Extraordinario en la nueva Universidad Nacional del Sur. En 1959 partiría hacia México y dos años más tarde se establecería en La Habana, en la Cuba revolucionaria. Antes, en 1957, asumiría la co-presidencia de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. En calidad de tal pronunció varias conferencias públicas. Esta permanecía inédita.*



Voces argentinas

*La etapa inmediatamente posterior a la caída de Perón fue un tiempo de intensa actividad intelectual, política y publicística en la vida de Ezequiel Martínez Estrada. Luego de reestablecerse de una grave enfermedad, publicó **¿Qué es esto?, Cuadrante del Pampero, Exhortaciones y Las 40**, todos ellos textos de confrontación con los dilemas argentinos del momento. También fue una época de intensa colaboración periodística, particularmente en el diario Propósitos, dirigido por Leónidas Barletta; y universitaria, pues fue nombrado Profesor Extraordinario en la nueva Universidad Nacional del Sur. En 1959 partiría hacia México y dos años más tarde se establecería en La Habana, en la Cuba revolucionaria. Antes, en 1957, asumiría la co-presidencia de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. En calidad de tal pronunció varias conferencias públicas. Esta permanecía inédita.*





Sobre los derechos del hombre
Discurso inédito (1959)

Ezequiel Martínez Estrada

Sería paradójico que dijera que vengo a defender los derechos de la humanidad cuando yo mismo no tengo defensa. Soy un escritor que hace más de cuarenta años trabajo por la cultura y la salud moral de mi país, y confieso que me siento desamparado, atemorizado y avergonzado. Más bien puedo decir que vengo como el moreno de la payada, a cantar y a cumplir otros deberes. Que pudiera ocurrir que debiésemos los iletrados defender el derecho contra los juristas, sería un contrasentido irrisorio. Desde otro punto de vista esa defensa sería un sarcasmo, estando la nación en "estado de derecho", es decir, no de latrocinio a mansalva, y asegurado el imperio de la leyes por su propia fuerza y por la fuerza de las armas. En términos generales pienso que cuando los ciudadanos deben defender a las instituciones y no al revés, algún entuerto ha de haber en el estado de derecho. Y también que es injuria y sacrilegio llamar derecho a la arbitrariedad, como no podemos llamar cultura a la barbarie aunque

se ponga el frac sobre el chiripá. En mi caso, nunca he defendido la barbarie ni he obtenido dinero u honores por ello; he defendido la cultura y con plata de mi bolsillo. Pero si ese es el derecho y esas son las leyes que importan en mi país, me declaro, como decía mi maestro Mauricio Barrès, “un enemigo de las leyes”.

Estoy aquí, pues, para acusar a los enemigos de la cultura y de la civilización, a los zorros disfrazados de corderos, a los traidores y a los insolentes. Para ello tengo suficiente autoridad. Vengo a hablar en casa de argentinos con hermanos paraguayos de este tema de la justicia y el derecho, del miedo y de la vergüenza. por lo tanto esta es una asamblea de desterrados, porque en una u otra forma, bajo una u otra sanción, los buenos paraguayos y los buenos argentinos estamos fuera de nuestras patrias, y fuera del estado de derecho. ¿Quiénes nos destierran? ¿Quizá los defensores de la democracia, del orden y de la seguridad, de la probidad y la austeridad? ¿Los alguaciles de las leyes de residencia? ¿Los agentes secretos de los gobiernos de ocupación? ¿Los gobernadores, intendentes y corregidores del nuevo virreinato republicano? No. Nos desentierran los que despliegan un estandarte que dice: Dios, Patria y Honor; y otro estandarte que dice: Libertad y Democracia. Así ustedes y así nosotros, entendámonos.

Ante todo debo reconocer que no sería correcto, y de ninguna manera caballeresco, que me ocupara de la situación política del Paraguay y de sus desdichas, como si se tratara de una excepción en el cuadro de la vida pública de los países hispanoamericanos, y menos que omitiera o eludiese ocuparme de la política argentina y de nuestras desventuras. Podría parecer que veo el carancho en el techo del vecino y que no veo el buitre en el mío. Buitre o carancho pertenecen a la misma familia carnícora y difieren en la forma de picotear la carroña, de anidar y de pegar los gritos.

Como miembro del triunvirato de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre tengo el deber de someterme a las normas jurídicas, aunque no sea hoy el derecho lo que debemos defender cuanto la dignidad del hombre y del ciudadano. Pues sí vengo a defender a los que padecen persecución y castigo, aunque no con las leyes de las cámaras sino con las del Talión; y a declarar que si yo me coloco fuera de la ley es porque ese estado jurídico es un estado de fuerza institucionalizada. Defiendo el derecho contra quienes lo conculcan y que son precisamente los que tienen el deber de hacerlo justo y venerable. De modo que estando fuera del estado de derecho, que por otra parte es en estos momentos, no lo olvidemos, el estado de sitio que coloca a la nación fuera de las leyes, yo estoy dentro de la justicia y del honor.

Pueden parecer insólitas y sediciosas mis palabras, en cuanto hemos perdido el hábito de hablar con franqueza y tomar partido por los que no encuentran defensores en nuestra sociedad de valores invertidos. Y la verdad es que la Liga no ha podido desarrollar hasta ahora otra acción que

la que hubiera correspondido a una sociedad de socorros a las víctimas de una inundación o a los accidentados en defensa de la patria, como si estuviéramos en guerra con los elementos o contra los invasores. La Liga debiera ser, en cambio, un tribunal popular de justicia, que en acefalía de las autoridades legítimas ejerciera las funciones de juzgar y estigmatizar. A esto voy a referirme luego.

Diré antes cuál es el panorama que abarca mi vista del Paraguay y la Argentina como si fueran un territorio, un pueblo y, mucho más, un destino. Lo cual es absolutamente cierto. La situación de ambos países es la misma de los que constituyeron el virreinato del Río de la Plata, cuando fuimos una familia unida, un enemigo al frente y una empresa que realizar en mancomún. Hoy, desunidos, más pobres o menos pobres, ensillados o enjugados, con maneas o con esposas, no tenemos un amo que podamos nombrar, como Felipe II o Fernando II o la Corona; nuestros amos son numerosos y desconocidos. Los huéspedes que albergábamos hospitalariamente nos desalojan de nuestras casas solariegas, y los guardianes a quienes nos confiábamos se han transformado en pelotones de fusilamiento.

Yo sé cómo es el Paraguay aunque nunca estuve allí; y sé cómo son la Argentina y Chile o el Perú y Bolivia. No somos la colonia de los reyes de España sino de los reyes del Petróleo, el acero y las drogas para dormir. No nos mandan el virrey Vértiz ni Hernandarias; los tiempos han cambiado. Los políticos y los diplomáticos dicen que somos hermanos, pero a pesar de que mienten siempre dicen la verdad. No somos hermanos para repartirnos el botín del saqueo, ni para beber una copa de champaña en honor de la confraternidad panamericana y pactar no sabemos qué; somos hermanos porque padecemos el mismo rigor de la suerte; porque en la misma forma nos someten a las mismas penurias, nos dominan, nos maltratan, nos engañan, nos burlan y encima nos afrentan como si perteneciéramos todos a la raza de los parias. Llámeseles indios, mestizos, negros, gauchos, opositores, rebeldes, proletarios. Las poblaciones americanas son carne de cañón y de máquina, rebaño al que llevan a votar en auto y a la cárcel a pie. Población, rebaño, tan feo como lo pintan y lo vemos, es el pueblo. También estos falsificadores profesionales, estos falsarios que todo lo han pervertido, trastocado y adulterado, han hecho aborrecible a muchas almas ingenuas no solamente la imagen sino la palabra y al pueblo mismo. Ese rostro doloroso, ensangrentado que muestra la Verónica, es el pueblo: un Ecce Homo. ¿Cómo puede usted defender a “ese pueblo”? –me preguntan o me reprochan. ¿Ese pueblo? No hay otro, y si no es mejor tampoco es peor que los otros pueblos, el de Francia, el de España, el de Italia; pero ellos no los desprecian y nosotros sí. Sus grandes virtudes son específicas, humanas, universales. Sus defectos y vicios son de contagio y de cultivo. Tampoco era mejor el de 1810, y comparado con los patricios valía menos. Pero ese pueblo, esa chusma, en su mayoría ne-

gros, indios, mulatos y mestizos defendieron a Buenos Aires de las invasiones inglesas e hicieron la revolución contra los godos que no querían hacer los patricios. Mitre, López, lo recuerda Ramos Mejía, confiesan que los blancos, de empleados de comercio para arriba, no querían ser soldados ni combatir por la libertad o por la patria. Negros, indios, mestizos y mulatos componían la gran masa de los ejércitos de San Martín y Belgrano, y hasta de Las Heras y Paz. El pueblo, sí.

Nos muestran a los más desdichados de todos, a los que no han recibido educación y apenas alimentos, para aterrarnos como especímenes representativos de lo que somos. Ese fraude con que los amos del país lo han tergiversado todo se ha corrido, extendido, desintegrado, ha calado en el pueblo, y ahora nos espantamos de que todo parezca desenfrenado y sucio. No habíamos visto al pueblo más que los domingos, en los desfiles y en los comicios, porque los escritores y los periodistas tenían vergüenza de contarnos cómo era, cómo vivía y en qué barrios de miseria. Ahora es el de los días de trabajo, el que no ha podido ir a la escuela ni casi tomar el sol. Es verdad: está percutido, no se puede decir que ha permanecido inmune al contagio y al asiduo empeño de envilecerlo y embrutecerlo.

Pocos han corrompido a muchos, como ocurrirá siempre; unas pocas frutas podridas, las colocadas encima, pudrieron toda la cesta. De arriba abajo —de abajo arriba— la podredumbre a calado y se le echa la culpa al pueblo como si se hubiese complacido en depravarse. Sentencian contra él sus corruptores, los que disciernen los premios y los castigos. Sí; también el pueblo, las masas, la recua aprendieron el ejemplo de los ladrones públicos, de los violadores de domicilios, de los asaltantes con guantes, de los delincuentes diplomados y condecorados. Son los subalternos que imitan a los jefes, los hijos a los padres; quieren parecerse a sus superiores, los señores, los doctores, los patrones, los conductores. Ese pueblo, ecce homo que nos está redimiendo a todos, que ellos han envilecido a propósito para hacerlo cómplice y que no se lo pueda defender, castigado para escarmiento, llevado al Calvario con escándalo y befa. Lo que ellos lograron corromper es la necesidad, la soledad, el desaliento como en otros casos corrompen la inocencia y la ignorancia.

Pero ese no es el pueblo; es carne, brote, excrecencia enferma del pueblo; es el lumpenproletariat, la tropa desclasificada, el ejército de reserva, los negros y los judíos de las sociedades capitalistas. El pueblo no es ése; el pueblo somos nosotros, los que decimos que no, que eso no se puede hacer, y que ya es bastante.

El pueblo es el maquis que espera. No está ni entre los invasores, ni entre los colaboradores, ni entre los reclutas de la miseria, la desesperación y la mano de obra barata, de aquellos con cuya hambre y sed se ahorra para cubrir el desfaldo de los otros. Esa es la fracción cultivada para la escenificación del drama nacional, la comparsa a la que es decoroso reti-

rar de la escena a puntapiés. Hace muchos, muchos años que el pueblo es el maquis desorganizado, sin consignas, ni tácticas, ni banderas, ciego conducido por ciegos, según las palabras de un industrial. Lo que hace ahora es organizar la resistencia, averiguar cómo puede desobedecer a los comandos de la ocupación, cómo no entregar sus hijos de rehenes. Reducido a acción mínima, atemorizado, agregada ahora la desnutrición a la ignorancia y la inconducta, inhibido porque se siente meteco, defraudado en su esfuerzo porque le dicen que es para levantar en poco tiempo la secular hipoteca de sus estafadores, el pueblo sólo había contado para ganar elecciones, cuidar el haras de los padrillos de la patria, acarrear el trigo a sus graneros, engordarle los pavos para sus festines, ya no tiene cerrados los ojos aunque tenga la mordaza todavía. Está en el umbral de la casa para emprender la marcha hacia un nuevo comerabo. Solo. El pueblo solo, solamente el pueblo.

Mencioné el virreinato, a Hernandarias, a Vértiz. El virreinato actual, en nuestras tierras y en nuestros días, en lugar de indios, mestizos y colonos pobres, tiene inmigrantes, agricultores, obreros y peones de chacra y de frigorífico. Cambiaron sus ropas rústicas, las del gaucho, por uniformes y libreas; asimismo cambiaron de indumento los comisarios, los jueces de paz y los comandantes de campaña, los cuatrerros y los contrabandistas; tanto que Martín Fierro no los reconocería a simple vista. Siguen sobreviviendo y son los mismos; unos mandan sin responsabilidad y otros obedecen sin altanería. Los estaquean y no quieren que griten. Mi maestro Thoreau decía, a raíz de que lo encarcelaron por no pagar un impuesto para la guerra con México: "En la cárcel es donde el esclavo fugitivo, el prisionero de guerra mexicano bajo palabra y el indio, vienen a defender los errores que los otros encuentran en su raza. Es en ese terreno separado, pero más libre y honroso, donde el Estado coloca a los que no están con él, y ése es el único lugar, en un Estado esclavo, donde un hombre libre puede habitar con honor". Somos hermanos porque vivimos prisioneros y presos en el mismo solar paterno, en diferentes habitaciones, y porque tenemos la misma herencia que recurrar, la misma revolución de independencia que consumir, los mismos inquilinos tramposos que desalojar.

Sí; ustedes y nosotros tenemos los mismos problemas, la misma historia, los mismos enemigos, los mismos usurpadores de la tierra y del trabajo, los mismos negreros, los mismos buitres que nos comen el hígado y caranchos que nos comerán la osamenta, comerciantes y chamarileros que trafican con todo, las mercaderías y la honra, las plumas y los cueros, y el petróleo y el quebracho; pero más aún los gendarmes, los celadores, los ujieres, los alguaciles, los recaudadores de impuestos, los procuradores fiscales, los cobradores, los cuenteros del tío, las alimañas y las sabandijas. Los mismos agentes de seguridad o guardias civiles que nos asustan, nos allanan los domicilios, revuelven los manuscritos y se llevan algunos pesos

y algunas alhajas, que entretienen el ocio, en vez que leyendo novelas policiales, en arrancar uñas y en perforar tímpanos, la misma fauna burocrática y parasitaria, los mismos espías que nos denuncian, los mismos corruptores de la moral pública, maestros de indignidades subvencionados, torturadores honoríficos, tratantes de negros y de blancas. Pero hablaré un poco más extensamente de las aves de rapiña, amaestradas para la cetrería, de los buitres y de los caranchos. Quiero referirme sin agravio por parte de la Liga, a los gobernantes de las tres categorías. Los gobiernos militares y los civiles, que solemos llamar para distinguirlos, de facto y de jure, han sido siempre en Latinoamérica sostenedores mercenarios del orden y el progreso, constituyendo un sacerdocio bien remunerado. Han consolidado un régimen de derecho que les ha permitido asegurar el funcionamiento de las instituciones y el goce de las rentas y dividendos sin sobresaltos. Las perturbaciones se han producido siempre en familia, turándose en el servicio de la patria. Han sido, excepto una media docena de ellos, capataces de mitas y encomiendas que siguen tratándonos todavía como infelices acémilas humanas. Ciegos y con la espada, creyeron ser símbolos de la Justicia.

La Justicia ciega, sí, pero los jueces son sordos. No oyen el clamor de los desgraciados, los que esquilman en la noria y torturan en las oficinas de cirugía estética. No oyen el alarido de los que tienen ira ni las súplicas de los que tienen miedo. Porque la verdad, dicha sin reparos, es que en los estados de derecho de esta clase, con ley marcial o ley civil, vivimos atemorizados. Yo tengo miedo y vergüenza como nunca los tuve. Ni cuando me amenazaban con quitarme el pan, ni cuando me lo hicieron comer con el acíbar de la humillación y el desaliento. Tengo la impresión de que no estoy en mi patria, de que siendo yo argentino, mi patria es extranjera. Que así como soy despojado puedo ser ultrajado; que cada tarde no sé si he de dormir en mi cama, si seré asesinado, puesto que no voy a huir. Tengo miedo porque he comprobado que los jueces no me defienden, que los cuatrerros me pueden desalojar de mi chacra y robarme y estafarme sin temer a la policía, que sacan mayor provecho el ruin y el truhán, y que no he sido un poeta y un escritor cuanto un sastre que les ha hecho el traje de gala con que se lucen. Si se dice que la Argentina es un país culto es por lo que nosotros, los que tenemos miedo y vergüenza, escribimos y no por lo que hacen ellos, y muchísimo menos por lo que se atreven a decir y a escribir.

Y tengo vergüenza por las infamias que hacen y publican, porque efectúan y exhiben en los lugares públicos actos que traducidos a otros signos serían indecentes hasta en la alcoba, por el impudor de ramerías con que magistrados y funcionarios muestran en público su desvergüenza y nos obligan a respetarlos en silencio, a bajar la cabeza; por la desfachatez de tartamudos con que hablan por las radios y publican en los diarios por

donde yo no puedo hablar ni escribir, discursos y declaraciones que me hubiera ruborizado a mí mostrar a mi maestro de la escuela primaria; por la insolencia con que dicen que se sacrifican por la patria y por el pueblo mientras desfalcan las Cajas de Ahorros y de Jubilaciones.

Nuestra institución, la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, considera sagrados los derechos humanos y desarrolla su acción estrictamente en los marcos de los preceptos legales. Ya se sabe, sin embargo, que tiene que luchar todos los días, desde hace veintiún años, no contra los delincuentes, sino contra los que perciben sueldos para perseguirlos. Mientras la ciudadanía necesite de una institución organizada expresamente para defenderla, esos derechos humanos son una mentira escrita en papel timbrado. Ni estado de derecho, ni estado jurídico, ni garantías constitucionales: lisa y llanamente como en el *Martin Fierro*, donde se lee que la ley es como el cuchillo y que no ofende al que lo maneja. Y en cuanto al juez: "allá, sentao en su silla, ningún güey le sale bravo; a uno le da con el clavo y a otro con la cantramilla". Nuestro estado de derecho es el del clavo y la cantramilla; sólo un irresponsable lo puede negar, sólo un rábula lo puede cohonestar. Estamos peor que en 1872. Entonces era presidente Sarmiento. Peor que en 1827, entonces era presidente Rivadavia. ¿No basta mencionar esos nombres y esas fechas para comprender que hemos degradado, retrocedido y que es verdad que con todo el progreso que hemos comprado y con todas las escuelas que hemos fundado daríamos asco a nuestros progenitores?

Para nuestra institución el derecho es sagrado, pero para mí no. Si es un cuchillo de degollar y castrar yo no me puedo hacer cómplice de esa superchería. Para mí es respetable la Justicia y es respetable el derecho en cuanto es justo. No pienso como el doctor Peco sino como Lao Tsé que dijo, hace más de dos mil quinientos años: "cuanto más luzcan las leyes y las órdenes, más ladrones y bandidos habrá". Yo adopto de corazón esa sentencia, y si tuviera que ser procesado por desacato preferiría ir preso en compañía de Lao Tsé que andar en automóvil con Lombilla o los hermanos Cardoso. Creo, lo juro, creo firmemente que una parte muy grande de nuestras desdichas públicas débese al espíritu legalista, formalista, frígido y escolástico que dejó aquí la Colonia. Y esta irreverencia es de Alberdi, que era un jurista, pero no un pillo ave negra. Creo que si los militares proceden como abogados, los abogados proceden como clérigos, casuistas. Las responsabilidades a dirimir les incumben por partes iguales. Habrá que hacer con todos un paquete.

Cuando hemos cumplido con la ley no nos importa haber matado o haber robado; el juez considera mejor aplacar la voz del Código que la de la conciencia. Porque se trata de una conciencia profesional y no humana. Es un marco muy estrecho, la ley, para que yo pueda moverme dentro de él, me ahoga, me inmoviliza, me enerva, me deshumaniza. Mis maes-

tros han estado fuera de la ley, lo confieso, posiblemente porque la mayor parte de ellos son anteriores a la codificación del derecho positivo. Comunistas y anarquistas, como en la actualidad se los llama; además de Lao Tsé, Sócrates y Jesucristo, un centenar de otros de antaño y una cincuenta de otros de ogaño: Einstein, Bertrand Russell, Gide, Barrès, Simone Weil. ¿Pero es que las personas inteligentes y honradas son anarquistas o comunistas según ellos? ¿O lo son Maquiavelo, Hobbes, Ignacio de Loyola o Fouché? Entendámonos.

Uno de ellos, hace unos dos mil años, pudo hablar, aunque con el consiguiente riesgo de la ley de Dios y de la ley de los escribas y fariseos.

Nosotros estamos defendiendo la ley y la decencia cívica contra la violencia, el fraude y la inmoralidad. Ellos violan en las calles, los parlamentos y los despachos ministeriales, las normas que son más sagradas que las leyes y hacen insolente ostentación de sus violaciones, como ya dije, publicándolas y haciéndolas comentar por los amanuenses y turiferarios que son hoy los bufones de antes. Son violadores de oficio y de temperamento. Violan la ley, violan la Constitución, violan la palabra de honor y el juramento, violan los domicilios, el secreto de la correspondencia, violan la paciencia del pueblo y violan a la república como a una mujerzuela. Las gentes sencillas, ignorantes y animosas que salen a la calle a defender la decencia aunque crean que salen a defender el patrimonio nacional, las cláusulas de los contratos, las condiciones de la simonía en que se vende lo venerable y lo sagrado, son baleadas y sableadas como turbulentas o insurgentes. Justamente defienden la patria los que no tienen tierra para su sepultura; la riqueza nacional los que apenas se alimentan para seguir trabajando; la enseñanza laica los que atravesaron fugazmente la escuela primaria; y el honor de todos los que miramos desde los balcones, los que son tratados como malhechores, comunistas y sediciosos, nombrados como residuos y deshechos sociales. ¿O son chandalas, fuera de la ley y de la comunidad? Yo no averiguo si tienen razón; estoy con ellos. Lo estoy por un deber de conciencia y no porque espere mañana una banca, un aumento en la venta de mis libros, que al fin no escribo para que ellos los lean sino para los otros analfabetos, ni para que se me levante una estatua por suscripción popular. Estoy bien seguro, estoy segurísimo de que no preciso ese sufragio ni la indulgencia de los poderes públicos para que estas palabras que ahora pronuncio entre amigos duren más que los nombres de esos orgullosos perseguidores de infelices, y que cuando no existan ya las lápidas de sus tumbas todavía habrá jóvenes que lean mis poesías y me recuerden porque he vivido para el bien.

Ni un solo ciudadano sensato y honrado, paraguayo o argentino, ignora que no son los magistrados y funcionarios quienes están fuera de la ley sino el sistema legal entero. De modo que desquiciado el sistema, ellos están en la legalidad. Para reajustar el sistema que así se desquicia y se co-

rompe por dentro, el único recurso que tienen los pueblos es la revolución. Ningún tribunal constitucional puede justificar jurídicamente los actos de violencia revolucionaria, lo cual es muy saludable, y si lo hace, como se ha hecho reiteradamente entre nosotros, es simplemente porque, excepto la de 1810, nunca se ha tratado de revoluciones sino de asonadas, motines y sediciones de cuartel para cambiar o relevar los comandos mediante un "gentleman agreement". Esos actos supremos de rebeldía contra las constituciones, las leyes y las instituciones del orden y el progreso cristalizados no son arreglos entre caballeros sino actos de violencia soberanamente ilegales. Y eso es lo que aterra a las gentes de inicua piedad, a los corazones sensibles a los tumultos callejeros. Y más les aterra la desobediencia, porque rememoran que es el pecado de Luzbel. Nosotros tenemos el ejemplo de la desobediencia en nuestros más grandes hombres: en los patriotas de mayo. Y en Belgrano y en San Martín que procedieron patriótica y gloriosamente desobedeciendo al gobierno. Nada menos que vencer en Salta y Tucumán y pasar los Andes y llegar a Lima. La recompensa por la libertad que nos dieron, y el honor de que aún vivimos parasitariamente, fue que uno de ellos murió en la miseria y el otro en el destierro. Hoy correrían igual suerte. Porque los que estaban en el poder y los trataron así son antecesores de la dinastía de los que aún destierran a los hombres de valor para encumbrar a los dictadores, corruptores y usurpadores. De no haber muerto ninguno de esos próceres podría someterse a respirar la atmósfera de soborno y compadraje que nos asfixia. ¿Con quiénes estarían, con ellos o con nosotros? Por lo tanto, quienes hemos sido desterrados o puestos por la fuerza de los hechos fuera del sistema falseado, estamos con la ley y con el gobierno del exilio. Muy de oportunidad para nuestro caso, el a cada momento recordado Thoreau dijo: "la ley nunca hará a los hombres libres; es el hombre quien debe liberarse de las leyes. Hay amantes de la ley o del orden que se dan cuenta de las leyes sólo cuando el gobierno las rompe". Antes de Thoreau, esto mismo lo dijo, al crear la Biblioteca Nacional, otro anarquista filosófico, Mariano Moreno: "antes es preciso hacer hombres que soldados". Y José Manuel Estrada, que era abogado y profesor, dijo que "para nada es más incapaz un abogado que para ser juez, si no era para ser legislador". Gran doctrina.

No hay universidad que enseñe a gobernar, y sí parecería que todo lo contrario. A juzgar por lo que nuestros gobernantes civiles o militares demuestran ser en la elocuencia y en el arte de pensar y de escribir, se puede conjeturar que también en el arte de gobernar son analfabetos. Pues unos y otros, fieles discípulos de Maquiavelo, apelan a la fuerza cuando el derecho no les basta. Yo declaro que tanto me da que me tiranicen con la fuerza como con el derecho, que me torturen con la picana eléctrica o con la tenaza del herrero. La fuerza es bruta, pero a veces suele ser razonable; el derecho es razonable a veces suele ser ignominioso. Yo prefiero,

si debo someterme a la desdicha de ser gobernado, que me gobierne un leñador o un curandero, un marinero o un artesano, como en Atenas, donde los cargos eran adjudicados por sorteo. Tendría así la posibilidad de que me gobernaran con fuerza muscular y no motorizada con buena voluntad de curarme, con ánimo generoso de llevarme a buen puerto o de construirme una silla que no se me desvencijara. En el caso de los profesionales del arte de gobernar las posibilidades que digo son mínimas, porque no conocen el oficio, ni tienen buena voluntad.

El porcentaje es más o menos el mismo entre los malos gobernantes civiles o militares, en Hispanoamérica: García Moreno en Ecuador, José Vicente Gómez en Venezuela, Porfirio Díaz en México, y descollando sobre todos, José Gaspar Tomás Rodríguez López Francia y Juan Manuel de Rosas, patriarcas del caudillismo autocrático. Luego los menudos: Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez, Leguía, Terra, Ibáñez, Castillo Armas, Perón, Stroessner, Batista. Voy a elegir por razones cronológicas y por simpatía con el país que es mi segunda patria, al último de los dictadores derrocados, cuya parábola es la misma de todos los demás, con la curiosa particularidad de que fue civil y militar, las dos en una. Elijo al baldón de Cuba, al personaje siniestro de la historia cubana, al anticubano, al antípoda, al revés, a la negación simétrica del apóstol, héroe y poeta José Martí, que es el valiente conejo Fulgencio Batista. Era una general, pero antes había sido un sargento, y antes taquígrafo y mecánico y antes un hombre honrado. Llegó al poder en 1933, cuando Hitler. A la sazón el Tío Sam completaba en América las defensas contra el comunismo que ya había blindado en Italia y Alemania, completándolas con España algo después, con lo que podríamos llamar la línea Sigfrido del Capitalismo internacional. Batista fue el Judas Iscariote de Cuba y enseñó a muchos otros el arte de capitular ante el amo de todos ellos y el de ponerse alternativamente la piel del león y del cordero. Aunque no era de la casta de los chatrias sino más bien del estrato inferior de los sudras, les vino bien a sus conmlitones, que no hicieron cuestión de bastardía, de honor o de patriotismo sino de profesión. Al fin y al cabo siguen siendo mercenarios como hace siglos, excepto aquellos que se costean la carrera de su peculio y que renuncian a los sueldos y las canonjías. Al fin, cayó. Cayó y voló. No huyó de las iras del pueblo, sino de la justicia popular. Tribunales del pueblo fueron los de las revoluciones inglesa, francesa, rusa, china y cubana. Aunque se dirigieron contra personas, monarcas o presidentes, se hicieron por principios humanitarios contra regímenes opresivos, contra leyes injustas. Las revoluciones no cumplen sentencias de las cámaras ni derrocan a los soberanos. El soberano es el pueblo y así reasume su soberanía y trata –por lo regular en vano– de recuperar el poder que le usurparon. El de Fidel Castro no es el tribunal de Nuremberg ante el que pidieron clemencia las mismas damas antiesclavistas liberales y los caballeros de la templanza de-

mocrática, que ahora piden otra vez indulgencia y piedad. No es el terror a la sangre ni a las descargas eléctricas lo que espanta a los corazones tímidos aunque impasibles ante la muerte por inanición o asfixia: lo que les espanta son los tribunales sin jueces, sin códigos y sin crucifijos; es el tribunal de la justicia bíblica. Se horrorizan de los profetas hirsutos, de los jueces anacrónicos de los tiempos de Samuel y Josué y de los soldados mabeos, y piden clemencia para sus criminales a los huérfanos, las viudas y las madres, a las víctimas y no a los victimarios. Porque allí los jueces son los muertos, como en el Palacio de Agamenón. Allí están juzgando los dioses y los jueces de la época de los patriarcas.

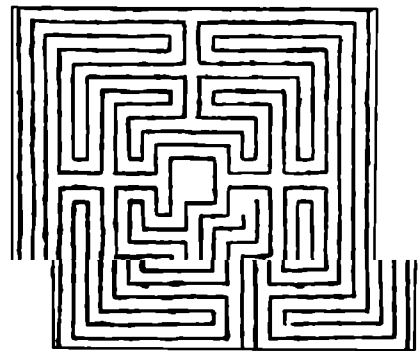
Los admiradores de la barbarie castrense de Batista, amantes de la fuerza impune, sienten compasión por los débiles y los caídos en desgracia bajo la barbarie popular de Fidel Castro y hacen súplicas al Vaticano y las Naciones Unidas. Nunca las hicieron por nuestros compatriotas débiles y caídos en desgracia, y menos se interpusieron ante los pelotones de fusilamiento. Los de Cuba no son los tribunales que a su parecer deben juzgar a los ciudadanos que han delinquido por el sagrado deber de salvar a la sociedad del comunismo y de acatar las órdenes de sus superiores jerárquicos. Quieren que juzguen a Hitler, Goering y Goebbels que impartían las órdenes a sus súbditos coordinadas con las del Tío Sam. No; quieren el juicio por los tribunales del Estado; quieren la impunidad. Hubieran deseado un tribunal internacional que ofreciera garantías de justicia, como el de Nuremberg; o un tribunal de justicia letrada como los que juzgaron a Sacco y Vanzetti y a los esposos Rosenberg. No le pidieron a Batista indulgencia siquiera, cuando degollaba, desorejaba, deslenguaba, desojaba y castraba. Ni se la piden a Stroessner, ni a Trujillo, ni a Somoza, ni a ninguno de los múltiples bandidos que asolaban y siguen asolando las esquilgadas tierras americanas, las colonias libres. Siempre los piadosos son piadosos con los de su clan e inflexibles con el resto del género humano, aunque estén afiliados, como suelen estarlo, a la causa de la libertad y de la democracia, al Ejército de Salvación y a la Compañía de Jesús. El tribunal del pueblo no es el de los jueces ordinarios, castrenses o eclesiásticos, y el de Cuba debe alertar a los que no creen que los pueda alcanzar el rayo de Jehová porque tienen el paraguas de Chamberlain. La revolución popular cubana debe servir de estímulo a los que desesperábamos de que Lao Tsé tuviera razón, cuando decía que el agua era más poderosa que el rayo, y aunque a mi juicio nuestro estado revolucionario es inmensamente inmaduro. Inmaduro y en su fase espasmódica, si es cierto que nos hallamos retrasados con respecto a 1852 y a 1810. No puedo, ni debo, entonces, poner esperanza en el ejemplo de Fidel Castro y sí mirar más lejos, hacia el revolucionario del agua mansa, Thoreau el maestro de Gandhi. El es quien puede guiarnos en estos momentos difíciles, y asegurarnos que no demos un paso en falso ni motivo a la justicia del derecho

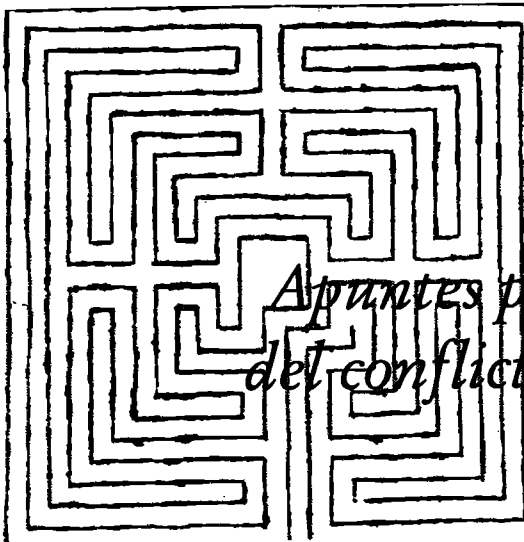
injusto. Recordaré los últimos párrafos de su panfleto titulado “Desobediencia Civil”. Dicen: “me complace imaginarme en que al fin tendremos un Estado que pueda permitirse ser justo con todos los hombres, y que trate a cada cual con el respeto debido a un vecino y prójimo; un Estado que ni aún considere incompatible con su propia tranquilidad el que algunos cuantos vivieran apartados de él, sin tener nada que ver con él, ni reconocerle jurisdicción sobre ellos, pero que cumplieran con todos sus deberes de buenos vecinos con sus semejantes. Un Estado que diera tales frutos y los dejara desprenderse de él tan pronto como estuvieran en sazón, iría preparando el camino para un Estado aún más perfecto y glorioso, que yo también he llegado a imaginar, pero que no he visto todavía en ninguna parte”.

Para facilitar el advenimiento de las leyes justas que abroguen definitivamente a las leyes injustas, propongo que adoptemos esta consigna, consistente en dos palabras y que cada cual sabrá razonar y desarrollar según su conciencia. Una palabra es: *No*. la otra palabra es: *Basta*.

Meditaciones

A ninguna institución le es restada su cuota de conflictividad y de desencuentro, y menos que menos a aquellas habitadas por las pasiones intelectuales y políticas. La larga historia de las universidades dispone en su inventario de escaques especiales para la lucha de ideas, la esgrima verbal, la metamorfosis política, y para las siempre complejas interpretaciones que podemos engarzar a las tormentas que las han acompañado. Emilio de Ipola nos ofrece su visión sobre la querrela actual en la Carrera de Sociología.





*Apuntes para un balance
del conflicto en Sociología*

*Emilio de Ipola**

INTRODUCCIÓN

Ciertos conflictos ofrecen verdaderos yacimientos de experiencias donde se ponen en juego, con arbitrariedad sólo aparente, recursos, estrategias, solidaridades u hostilidades inesperadas y donde se alteran o se disuelven, como resultado de la acción y reacción de esos factores, identidades colectivas preexistentes, al tiempo que emergen otras nuevas. Un ejemplo señero de tales conflictos, en el que nosotros mismos hemos participado recientemente, tuvo como centro la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, aunque se extendió durante un

* Profesor Titular de Sociología Sistemática en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Miembro del consejo asesor de la revista *La Ciudad Futura*.

tiempo a la cúspide física y simbólica de la institución universitaria: la sala del Rectorado y la Sala de Sesiones del Consejo Superior.

El pretérito “tuvo” es en verdad inapropiado. A la fecha (febrero de 2003) el conflicto parece haber entrado, vacaciones de verano mediante, en un oportuno período de tregua propicio a la reflexión. Por otra parte, en semanas previas la dirección de la Universidad había adoptado algunas decisiones difícilmente reversibles, al tiempo que la voluntad de conflicto parecía debilitarse en beneficio de posiciones tendientes a una solución aceptable, aun a regañadientes, para todos. Posiciones apenas esbozadas, soluciones sólo parciales, pero que, ambas, desbloquearían una situación que para casi todo el mundo se ha prolongado demasiado. Pero nada está resuelto aún.

El interés, pero también las dificultades que presenta la tentativa de un análisis fundado (*aunque no neutral*) del episodio radica naturalmente en su inmediata cercanía temporal –además de su carácter inconcluso– y en los problemas que ello plantea a quien pretende aprehenderlo a la vez que participar y tomar posición en él. Se trata a todas luces de uno de esos casos que los científicos sociales recomiendan no investigar por el momento, hasta disponer de la distancia suficiente para separar la paja del trigo y no confundir lo que se desea con lo que es.

El conflicto se desató a partir de serias diferencias de posición respecto de cuestiones de política académica y administrativa, pero una parte de quienes participaron y participan en él lo ha enmarcado en un contexto de política a secas, fraseada como “lucha entre los partidarios del orden y los partidarios del cambio”, o, más simplemente, entre conservadores y revolucionarios. Obviamente, esta definición de la situación ha sido y es rechazada por la otra parte.

El origen de la disputa se remonta a los comicios para la renovación de autoridades en la Carrera de Sociología (una de las cinco que componen la Facultad de Ciencias Sociales) realizados a comienzos de noviembre de 2001: un grupo de profesores, graduados y estudiantes se rehusó a otorgar legitimidad a las elecciones efectuadas según las pautas habituales, reclamó y finalmente organizó sus propias elecciones, en las que se empleó la fórmula denominada “elección directa” (un hombre = una mujer = un voto), y exigió a las autoridades que fueran reconocidas como las únicas válidas. El Decano y el Vicedecano¹ propusieron que se aprobara en el Consejo Directivo la designación conjunta de un Profesor y de un Jefe de Trabajos Prácticos² como Directores de la Carrera, decisión que

1. Importa señalar que el Decano y el Vicedecano, junto con algunos miembros del CD, conforman una estricta mayoría que adhiere –con importantes matices– a las posiciones del GC.

2. Este último había resultado vencedor en la “elección directa” antes mencionada.

contó con el apoyo del grupo “contestatorio” (en adelante GC) y el desconocimiento y repudio de su contendiente, –al que denominaré “grupo institucionalista” (en adelante, GI). Entre las razones para la impugnación, el GI señalaba que la Reglamentación de la Carrera no permite la elección de dos directores, ni tampoco la de un auxiliar docente como director³. La moción, de todos modos, fue aprobada.

Llegadas las cosas a este punto, el litigio se trasladó al Consejo Superior de la Universidad. Luego de ásperas discusiones, el cuerpo decidió que el juicio sobre la eventual legalidad o falta de ella de lo resuelto por el CD de Sociales fuera confiado a la Comisión de Interpretación y Reglamento de la Universidad. En el interín, el GC retomó e intentó liderar, empleando un tono más áspero e intransigente, la demanda del otorgamiento de un edificio único para la Facultad⁴. En una sesión de Consejo Superior, un centenar de estudiantes y algunos docentes irrumpieron en la Sala, pidieron la palabra y, en el transcurso de una votación que decidiría si se la concedían o no⁵, arrojaron huevos al Rector, corearon consignas, obligaron de hecho a que la reunión fuera levantada y finalmente ocuparon el Rectorado. La ocupación, que comenzó a fines de octubre, se mantuvo hasta el 27 de noviembre⁶.

3. Cuando el problema fue tratado por el Consejo Superior de la Universidad, el GC impugnó esa ingerencia alegando que el CS estaba inhabilitado para intervenir sobre una reglamentación cuya validez no reconocía. En efecto, años atrás el Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Sociales se había negado a convalidar un nuevo reglamento, situación que el CS había tolerado hasta entonces.

4. La Facultad de Ciencias Sociales ha tenido en los últimos años un crecimiento exponencial. Ello tornó insuficientes sus locales para el dictado de cursos, lo que motivó el reclamo –apoyado por una amplia gama de agrupaciones y las propias autoridades de la Facultad– del “edificio único”. El GC no hizo otra cosa que “apoderarse” de esa demanda. Muchos interpretaron esta operación como una táctica destinada a desplazar el eje de la controversia hacia el tema edilicio y distraer la atención respecto del verdadero conflicto (la dirección de la Carrera de Sociología).

5. Es posible relacionar esta ausencia de reconocimiento con las consideraciones de Cefaï y Lafaye acerca del “desprecio” (para el caso, de las autoridades municipales contra los demandantes en el barrio parisino de Belleville. Cefaï, D. y Lafaye C., “Lieux et moments d’une action collective” en *Raisons Pratiques*, 2001). La Presidente del Centro de Estudiantes de Sociales que había solicitado el uso de la palabra en el Consejo Superior repetía un gesto habitual de pedir la palabra “desde afuera”, gesto que era acordado sin mucha discusión en el Consejo Directivo de su Facultad. Pero en este caso el hecho era más complejo pues había estado precedido por actitudes previas de “violencia moderada” de parte de los demandantes, lo que llevó rápidamente a un clima no apto para transigencias.

6. Ese día tendría lugar una sesión del Consejo Superior que los ocupantes juzgaban de primera importancia, pues en ella se tratarían los temas por ellos planteados. De hecho, el resultado fue decepcionante, pues el CS resolvió en contra del GC y del propio Decano de la Facultad en cuanto al problema planteado en la Carrera y no tomó ninguna decisión oficial en cuanto al problema edilicio (aunque se supone que será objeto de tratamiento y se

La extensión de los ámbitos de conflicto, la incorporación de nuevos temas que se buscó conectar argumentativamente con el que dio inicio al entredicho fue una táctica adoptada sistemáticamente por el sector contestatario. El GI prefirió al contrario una estrategia en principio centrípea, que por una parte desmenuzara y tratara de enfrentar las cuestiones internas y por otra buscara adhesiones o bien participara en discusiones intrauniversitarias. Incluso una carta al Rector que se limitaba a ponerlo al tanto de los hechos fue resistida por algunos profesores pertenecientes a este último sector.

Inicialmente indiferentes, los periódicos y la televisión comenzaron a prestar atención a estos hechos; profesores y militantes políticos publicaron artículos polémicos, haciendo gala en su mayoría de una dura intransigencia⁷. De todos modos, en términos generales, el impacto mediático del suceso fue limitado. La audiencia lo percibía como algo lejano y no prioritario y los medios pensaban con razón que los conflictos universitarios carecen de los ingredientes que requiere un suceso para tener *rating*: enfrentamientos violentos masivos, balazos, heridos y muertos.

LOS LUGARES SIMBÓLICOS Y MATERIALES DEL CONFLICTO

Desde sus inicios, el conflicto se desarrolló en dos ámbitos principales: (a) las asambleas y reuniones formales e informales y (b) las formas de expresión escrita.

(a) Durante el desarrollo del conflicto tuvieron lugar encuentros de diferente tipo y alcance: sesiones del Consejo Directivo, reuniones de comisiones del CD, asambleas estudiantiles o de profesores, asambleas “interclaustrós”, cursos en los que se trataba o discutía el problema. En ellos, el sector estudiantil radicalizado del GC recurrió a un expediente que, ante el desconcierto de algunos profesores con cierta antigüedad, se reveló extremadamente eficaz. En base a una dramaturgia que se mofaba de cualquier normativa (y a la vez la denunciaba como forma de coerción), con un discurso militante y una amplia panoplia de eslóganes y consignas, transformaba a cada una de esas reuniones en una suerte de asamblea libre donde, recurriendo a formas variadas de presión (abucheos, invasión física basada en el número, cánticos, etc.), monopolizaba la palabra y, literalmente, “hacía suyo” el evento. El ingenuo adversario o el mero disiden-

buscará una solución al problema). Tampoco hizo alusión alguna a los otros tres puntos planteados por los ocupantes. La interpretación de la “toma” y de sus resultados abrió una visible brecha en el GC.

7. Como puede verse, el GC está constituido sobre todo por estudiantes (más algunos graduados y profesores) y el GI por profesores (más algunos graduados y estudiantes).

te “interno” eran interrumpidos a gritos desde que insinuaban la menor objeción. Para ello, los estudiantes y algún profesor o docente adicto utilizaban el arsenal retórico de episodios universitarios o escolares emblemáticos (por ejemplo, “la noche de los bastones largos”, “la noche de los lápices”) que provee la historia argentina y recurrían a toda suerte de injurias contra sus adversarios, injurias a menudo de grueso calibre, empleadas con naturalidad, convicción e insistencia⁸. Utilizaban abundantemente un lenguaje “de barricada” fuertemente politizado y buscaban de manera sistemática inscribir el entredicho en un contexto político más amplio, identificando a sus oponentes con figuras repudiadas de la política argentina y/o personeros del *establishment* internacional.

Cabe acotar sin embargo que esta epopeyización, a veces algo sobreactuada, de las reuniones públicas no era siempre exitosa —o no lo era tanto como aparecía a primera vista: aunque permitía el control de la situación inmediata, también generaba en ocasiones silenciosos repudios (que circulaban en voz baja) y solía traer como consecuencia la disminución progresiva del número de asistentes y hasta un cierto hastío entre quienes inicialmente apoyaban la causa “contestataria”⁹. Pero en el balance general daba resultados positivos.

Dicho esto, tendemos a creer que quienes de buena fe repudiaban las fórmulas empleadas, la sobreabundancia de palabras e insultos soeces, las voces siempre estentóreas, parecían desconocer, no sin una pizca de ingenuidad, que en el género “asambleístico” asumido por dichas reuniones ese lenguaje y ese tono son los habituales. Los estudiantes y jóvenes graduados podían inventar fórmulas y calificativos nuevos, pero disponían ante todo de un repertorio heredado al cual generalmente se atenían, sin preocuparse por los efectos chocantes que su tono y sus palabras podían provocar en algunos de sus receptores. Hablaban bien o mal el lenguaje que hoy se habla en las asambleas de jóvenes. De este modo reforzaban los lazos de reconocimiento entre sus aliados, a la vez que sumían en una cólera impotente a sus contendientes.

Otro alcance y otro sentido eran asignados al empleo de formas solapadas o abiertas de violencia, desde la amenaza hasta el “escrache”¹⁰, uti-

8. Esa lista de calificativos conformaba así una suerte una cadena de equivalencias donde importaba menos la veracidad de la agresión verbal que su impacto político o crítico (reglamentaristas = legalistas = partidarios del orden = conservadores = lacayos del FMI = del Banco Mundial = de los grandes monopolios, etc.) para calificar a sus “enemigos”.

9. El típico “yo me había imaginado las cosas de otra manera...”.

10. El “escrache” era una práctica inicialmente ejercida contra responsables de violaciones de los derechos humanos bajo la última dictadura, hoy en libertad por las leyes de obediencia debida y los indultos. El escrachado, a veces sorprendido en la vía pública, recibe insultos, escupitajos, empujones y proyectiles “degradantes” (tomatazos, huevazos, trozos de carne podrida, etc.). Dicha práctica se extendió a reconocidos culpables de casos de corrup-

lizado este último hasta el límite del derroche por el GC. El recuerdo a esas prácticas generaba sinceras y encendidas reacciones de protestas en el GI. Los “contestatarios” no eran insensibles a esos reproches. En ocasiones, negaban lisa y llanamente que hubiesen recurrido a ellas o argüían que, de haber tenido lugar algún episodio anormal, se había tratado de un caso aislado y excepcional. En cuanto a los “escraches”, buscaban inscribirlos en un relato que redujera al máximo su carácter de agresión y de agravio calificado.

(b) Las publicaciones, declaraciones, comunicados y otras formas de expresión escrita. Como era de esperar dado el contexto académico en que se desarrolló el conflicto, la palabra escrita desempeñó un papel de extrema relevancia, especialmente en lo relativo al modo en que fueron percibidas las respectivas posiciones. Desde el discurso público de las solicitudes y artículos periodísticos hasta el discurso privado o semiprivado de los *mails* personales, de acuerdo con ritmos de circulación variables pero tendientes a la autoaceleración, la escritura fue un campo (a veces minado) de batalla que gravitó fuertemente en cada una de las etapas de la controversia. Dado lo que consideramos el impacto casi decisivo de este factor, se nos permitirá postergar para más adelante (“Pugnar por el relato verdadero”) su análisis. Preferimos previamente —entre otras cosas para facilitar la comprensión de dicho impacto— incursionar en registros aún no abordados y que, en nuestra opinión, revisten una importancia que no siempre fue percibida en sus reales dimensiones.

PERIPECIAS

En lo que sigue he de referirme a aspectos parciales, pero no secundarios, del conflicto, aspectos que fueron jalonando sus diferentes facetas y vaivenes. Algunos de ellos podrán parecer casi anecdóticos, otros centrales pero obvios. Ninguno, sin embargo, será juzgado carente de significación. En la heterogénea sucesión en que son aquí expuestos, pueden —creo— contribuir a una visión menos lineal y más completa de los hechos.

1) Pese a que la demanda del edificio aparecía como la reivindicación primera y principal¹¹, en realidad el petitorio de los ocupantes del Rectorado (en su mayoría, estudiantes de agrupaciones de izquierda de variado origen) consistía en cinco puntos, entre los que se incluía el “respetar las decisiones adoptadas en la Carrera de Sociología”, así como el “desproce-

ción en los últimos años. En los últimos dos o tres años ha tendido a generalizarse y a perder especificidad y eficacia, ya que suele aplicarse como medio de presión y coerción para todo el que toma una medida con la cual los “escrachadores” no están de acuerdo.

11. Ver nota 4.

samiento” de dos estudiantes juzgados por la sustracción de las urnas en las elecciones estudiantiles de consejeros de 1999.

Si en los hechos la acción de los estudiantes y docentes contestatarios parecía conservar la iniciativa, y había obtenido adhesiones exteriores a la Facultad y la Universidad, la posición de los “institucionalistas” contaba con el apoyo de las autoridades de la Universidad (Consejo Superior y Rectorado) y de la mayoría de los profesores de las Facultades (con la probable excepción de la Facultad de Filosofía y Letras). Cabe consignar que en ningún momento el Rector encaró hacer uso de su derecho de convocar a un juez que obligara a salir por la fuerza a los ocupantes, pero la posibilidad de hacerlo era esgrimida como una acusación “a futuro” por el GC¹². La Comisión de Interpretación y Reglamento de la Universidad, a la cual el caso fue sometido, se expidió poco después, aconsejando en su Dictamen al CS que encomendara al Decano de Ciencias Sociales la regularización de la situación creada en la Carrera de Sociología, respetando la normativa en vigor en dicha Carrera. El 27 de noviembre, en una sesión llevada a cabo en la Facultad de Derecho, pese a que la mayor parte (y luego la totalidad) de sus ocupantes había abandonado el Rectorado, el Consejo Superior hizo suyo por amplia mayoría el mencionado Dictamen, hecho que incorporó un nuevo elemento y abrió un nuevo interrogante respecto al futuro. Como señalamos antes, la cuestión continúa abierta.

2) El conflicto se planteó –y nunca dejó de ser, para una de las partes– como una querrela que involucraba a las reglas del juego. Esta circunstancia –como señalan Novaro y Bonvecchi (pag.1)– hacía *a priori* improbable que su resolución surgiera de un acuerdo entre las partes. Además, otros datos agravaban la situación y tornaban dicho acuerdo del todo inviable, al menos a corto plazo.

En primer lugar, ambas partes partían de “encuadres”¹³ respectivos de la situación que los inhabilitaban, ya no para favorecer, sino simplemente para admitir aproximación alguna entre ellas. Mientras que el GC califica-

12. Ver más adelante “Pugnar por el relato verdadero”.

13. La noción de “encuadre” proviene de Erving Goffmann (*Frame analysis*, 1974) y ha sido luego retomada y reformulada de diversas maneras por una gran cantidad de autores. Remite al “marco”, a la “definición de la situación”, al “entramado de nociones, lógicas, afectos y prejuicios” a través del cual los actores leen, descifran y se sitúan frente a las situaciones por las que les toca atravesar. Conceptos como el schutziano de “provincias de la realidad”, el wittgensteiniano de “juegos de lenguaje” y otros análogos han sido la base sobre la que se forjó la noción de “encuadre” (*frame*). Se busca con ella llamar la atención sobre las “imágenes”, las “representaciones”, los “sentimientos”, las “dinámicas identitarias” y los “simbolismos políticos” (todos términos a los que recurre la teoría de la acción colectiva ligada a la Escuela de Chicago, escuela que se procura reivindicar), así como de reaccionar polémicamente contra los excesos de las interpretaciones utilitaristas. Véase Cefai (2001).

ba a su oponente como el “partido del orden”, el otro –al menos al comienzo– lisa y llanamente desconocía al GC como interlocutor válido. Pero luego, ante imputaciones que afectaban la imagen de sí de muchos de sus miembros (algunos de ellos ex presos o con allegados víctimas de la dictadura militar), revió en parte esa posición y optó en algunos casos por lo que Benford y Hunt llaman la “contra-atribución”¹⁴. De todos modos, el acuerdo era imposible en una situación en la que uno de los contendientes afirmaba impulsar un proceso de democratización en la Carrera de Sociología, al tiempo que el otro lo acusaba de ser responsable de un fraude puro y simple, en connivencia con las autoridades de la Facultad.

Un segundo obstáculo a vencer era lo que llamaremos la “táctica del hecho consumado”, utilizada más de una vez por el GC. Esta táctica iba desde la declaración pura y simple según la cual, a partir de la resolución del CD de la Facultad, la codirección de la Carrera de Sociología no era ya un objeto en discusión y había sido aceptada *de facto*, hasta la creación de organismos con pretensiones de legitimidad e incluso con autoadjudicadas facultades de decisión. Entre ellos, sobresalían la llamada “Comisión de Sociología” y la denominada “Asamblea interclaustrós”. Por cierto, esas formas pseudo-institucionales de expresión y de acción –pese a generar confusiones de las que se sacaba provecho para obtener poco a poco reconocimiento formal– no se agotaban en sus funciones tácticas. A menudo, constituían una forma eficaz contra lo que consideraban la inepticia y el anquilosamiento de las instituciones (estudiantiles o no) ya existentes. Pero, para el GI, se trataba meramente de estrategias para ganar adeptos e imponer sus “decisiones” y decidió a su vez, como estrategia propia, ignorarlas –o a lo sumo denunciar su ilegitimidad.

3) La polarización del conflicto tornó vano todo intento de mediación. Los grupos de estudiantes y/o profesores que intentaron alguna forma de “tercera vía” comenzaron por ser acusados de “vacilantes” e incluso “claudicantes” por el GC y no tuvieron eco en el GI. Hubo intentos no carentes de interés y de originalidad para reorientar el debate¹⁵, pero la polarización fue más rápida y pudo más, aislando a sus voceros y bloqueando toda otra posible alternativa que el conflicto frontal.

4) Por último, cabe mencionar un punto que será retomado más adelante, pero que posee la suficiente entidad para que hagamos ya aquí una

14. Por ejemplo: “... Debemos evitar que un nuevo orden autoritario, basado en la fuerza, el “apriete” o la amenaza del “escrache” a toda postura considerada inadecuada se instale entre nosotros. A ese “orden” debemos oponer con firmeza el “escándalo” que para sus voceros significa la defensa de las instituciones, del respeto mutuo y del debate abierto y sin coacciones...”: (Artículo aparecido en *Página/12*).

15. Ver el documento *Milagros en Sociología. Memorias de un conflicto cuya solución es un conflicto*, de la agrupación de graduados “Funes, el memorioso” (13/9/02).

rápida alusión a él. Nos referimos a los *mails* públicos y/o personales. En efecto, estos *mails*, de amplia circulación, constituyen un rico material, particularmente instructivo respecto de ciertos aspectos habitualmente silenciados en un conflicto, a menudo “para no hacerle el juego al enemigo”¹⁶. Se ha dado el caso de dos contendientes que comenzaban a los insultos y terminaban amigos, a veces declinando, pero también a veces manteniendo, sus respectivas lealtades políticas. El reconocimiento del otro, aun del adversario, ha constituido siempre un valor prioritario entre los miembros de la Universidad. Hace desear a muchos que el conflicto se resuelva como sea, siempre que la institución y, sobre todo, la comunidad universitaria sobrevivan. Esos *mails* muestran también las oscilaciones, las dudas, la alegría y –más de una vez– el fastidio, el cansancio y hasta la resignación de algunos, pertenecientes a una u otra de las posiciones en disputa. Exhiben motivos de actuar que nada tienen que ver con los públicamente expuestos. Solicitan lealtades basadas en sentimientos más que en razones. A veces suenan más convincentes que los discursos públicos.

PUGNAR POR EL RELATO VERDADERO¹⁷

Es hora de abordar, como he prometido, un tópico mencionado pero no desarrollado en el punto (b) del párrafo precedente. Nos referimos –como puede preverse– a las diversas expresiones del discurso escrito (*mails* “internos”¹⁸; declaraciones formales, solicitadas, prensa, espacios radiales y ocasionalmente televisivos).

Una primera y decisiva conclusión a extraer es que el GI se consolidó y creció gracias a su clara preeminencia en este registro de la discusión y la argumentación *escritas*. Conservó, con pocas excepciones, un tono medido en sus intervenciones (aun las más duras), trató de justificar cada afirmación y cada refutación de los dichos de su adversario y, sobre todo, procuró siempre atenerse a lo que estaba en disputa, evitando en lo posi-

16. Por el momento, no me parece oportuno difundir –salvo una o dos excepciones– lo que dispongo de ese material. Ver con todo, sobre este tema, “Pugnar por el relato verdadero”.

17. Lo que sigue es (también) un relato en el que no sería difícil discernir tomas de posición y valores explícitos o implícitos. Recomendamos incluso efectuar sobre este texto esa tarea de discernimiento.

18. Como indicamos antes, los *mails*, personales o públicos, constituyeron una suerte de hipertexto rico en confesiones y en informaciones inesperadas. Al principio se intercambiaban con gran desenvoltura. Sin embargo, la eficacia técnica de los “hackers” de una y otra parte obligó a ambas a tomar precauciones. Circulaban también *mails* humorísticos, a veces escépticos, a veces agudamente críticos, que arrojaban luces insólitas sobre el proceso que cada actor vivía.

ba a su oponente como el “partido del orden”, el otro –al menos al comienzo– lisa y llanamente desconocía al GC como interlocutor válido. Pero luego, ante imputaciones que afectaban la imagen de sí de muchos de sus miembros (algunos de ellos ex presos o con allegados víctimas de la dictadura militar), revió en parte esa posición y optó en algunos casos por lo que Benford y Hunt llaman la “contra-atribución”¹⁴. De todos modos, el acuerdo era imposible en una situación en la que uno de los contendientes afirmaba impulsar un proceso de democratización en la Carrera de Sociología, al tiempo que el otro lo acusaba de ser responsable de un fraude puro y simple, en connivencia con las autoridades de la Facultad.

Un segundo obstáculo a vencer era lo que llamaremos la “táctica del hecho consumado”, utilizada más de una vez por el GC. Esta táctica iba desde la declaración pura y simple según la cual, a partir de la resolución del CD de la Facultad, la codirección de la Carrera de Sociología no era ya un objeto en discusión y había sido aceptada *de facto*, hasta la creación de organismos con pretensiones de legitimidad e incluso con autoadjudicadas facultades de decisión. Entre ellos, sobresalían la llamada “Comisión de Sociología” y la denominada “Asamblea interclaustrós”. Por cierto, esas formas pseudo-institucionales de expresión y de acción –pese a generar confusiones de las que se sacaba provecho para obtener poco a poco reconocimiento formal– no se agotaban en sus funciones tácticas. A menudo, constituían una forma eficaz contra lo que consideraban la inepticia y el anquilosamiento de las instituciones (estudiantiles o no) ya existentes. Pero, para el GI, se trataba meramente de estrategias para ganar adeptos e imponer sus “decisiones” y decidió a su vez, como estrategia propia, ignorarlas –o a lo sumo denunciar su ilegitimidad.

3) La polarización del conflicto tornó vano todo intento de mediación. Los grupos de estudiantes y/o profesores que intentaron alguna forma de “tercera vía” comenzaron por ser acusados de “vacilantes” e incluso “claudicantes” por el GC y no tuvieron eco en el GI. Hubo intentos no carentes de interés y de originalidad para reorientar el debate¹⁵, pero la polarización fue más rápida y pudo más, aislando a sus voceros y bloqueando toda otra posible alternativa que el conflicto frontal.

4) Por último, cabe mencionar un punto que será retomado más adelante, pero que posee la suficiente entidad para que hagamos ya aquí una

14. Por ejemplo: “... Debemos evitar que un nuevo orden autoritario, basado en la fuerza, el “apriete” o la amenaza del “escrache” a toda postura considerada inadecuada se instale entre nosotros. A ese “orden” debemos oponer con firmeza el “escándalo” que para sus voceros significa la defensa de las instituciones, del respeto mutuo y del debate abierto y sin coacciones...”. (Artículo aparecido en *Página/12*).

15. Ver el documento *Milagros en Sociología. Memorias de un conflicto cuya solución es un conflicto*, de la agrupación de graduados “Funes, el memorioso” (13/9/02).

rápida alusión a él. Nos referimos a los *mails* públicos y/o personales. En efecto, estos *mails*, de amplia circulación, constituyen un rico material, particularmente instructivo respecto de ciertos aspectos habitualmente silenciados en un conflicto, a menudo “para no hacerle el juego al enemigo”¹⁶. Se ha dado el caso de dos contendientes que comenzaban a los insultos y terminaban amigos, a veces declinando, pero también a veces manteniendo, sus respectivas lealtades políticas. El reconocimiento del otro, aun del adversario, ha constituido siempre un valor prioritario entre los miembros de la Universidad. Hace desear a muchos que el conflicto se resuelva como sea, siempre que la institución y, sobre todo, la comunidad universitaria sobrevivan. Esos *mails* muestran también las oscilaciones, las dudas, la alegría y –más de una vez– el fastidio, el cansancio y hasta la resignación de algunos, pertenecientes a una u otra de las posiciones en disputa. Exhiben motivos de actuar que nada tienen que ver con los públicamente expuestos. Solicitan lealtades basadas en sentimientos más que en razones. A veces suenan más convincentes que los discursos públicos.

PUGNAR POR EL RELATO VERDADERO¹⁷

Es hora de abordar, como he prometido, un tópico mencionado pero no desarrollado en el punto (b) del párrafo precedente. Nos referimos –como puede preverse– a las diversas expresiones del discurso escrito (*mails* “internos”¹⁸; declaraciones formales, solicitadas, prensa, espacios radiales y ocasionalmente televisivos).

Una primera y decisiva conclusión a extraer es que el GI se consolidó y creció gracias a su clara preeminencia en este registro de la discusión y la argumentación *escritas*. Conservó, con pocas excepciones, un tono medido en sus intervenciones (aun las más duras), trató de justificar cada afirmación y cada refutación de los dichos de su adversario y, sobre todo, procuró siempre atenerse a lo que estaba en disputa, evitando en lo posi-

16. Por el momento, no me parece oportuno difundir –salvo una o dos excepciones– lo que dispongo de ese material. Ver con todo, sobre este tema, “Pugnar por el relato verdadero”.

17. Lo que sigue es (también) un relato en el que no sería difícil discernir tomas de posición y valores explícitos o implícitos. Recomendamos incluso efectuar sobre este texto esa tarea de discernimiento.

18. Como indicamos antes, los *mails*, personales o públicos, constituyeron una suerte de hipertexto tico en confesiones y en informaciones inesperadas. Al principio se intercambiaban con gran desenvoltura. Sin embargo, la eficacia técnica de los “*hackers*” de una y otra parte obligó a ambas a tomar precauciones. Circulaban también *mails* humorísticos, a veces escépticos, a veces agudamente críticos, que arrojaban luces insólitas sobre el proceso que cada actor vivía.

ble interpretaciones políticas, sociológicas, psicológicas u otras. Por el contrario, el GC vaciló alternativamente entre dos opciones contradictorias: por una parte, extender las modalidades del tono asambleístico a sus escritos, lo que les quitaba toda credibilidad a la lectura de terceros. Recurrió para ello a toda suerte de argumentos *ad hominem*, a interpelaciones despectivas o injuriosas, a acusar a su contrincante de conspirar contra ellos “a futuro” y, en particular, a una estrategia argumentativa que llamaremos, faltos de un término más neutro, la “extrapolación”¹⁹. Daremos algunos ejemplos de este último recurso. Un texto aparecido en el Boletín del Centro de Estudiantes de Ciencias Sociales se hizo cargo de la tarea de responder a un artículo publicado en *Clarín* por Juan Carlos Portantiero y Susana Torrado sobre la situación de la Facultad de Ciencias Sociales y en la Universidad. El autor de ese texto omitió por completo toda mención de la coautora y la emprendió con el “Señor Portantiero” en los siguientes términos:

...resulta llamativo que el recalcitrante apego a las “vías institucionales” del señor Portantiero no le impida atentar él mismo contra esa institucionalidad”, (...) “el señor Portantiero no debería olvidar que *la designación de los actuales codirectores de la carrera de Sociología fue avalada en forma por la mayoría de los miembros de la Junta de Carrera y del Consejo Directivo de la Facultad*. Ambos son espacios institucionales que, bien o mal, son los únicos espacios democráticos donde el señor Portantiero debiera plantear sus objeciones de acuerdo a sus propios argumentos. Sin embargo, la opinión pública debe saber que el señor Portantiero es miembro de un sector político que tiene representantes dentro de la Junta de Carrera de Sociología y del Consejo Directivo y, sin embargo, los consejeros de dicho sector hace meses han dejado de asistir a las sesiones ordinarias, desertando así de la vida institucional que Portantiero jura defender”. (...) “Con semejante actitud, aparece claro cuál es el objetivo del señor Portantiero: crear las condiciones para la intervención del Rectorado en la Carrera de Sociología y destituir al Decano, es decir, dar un verdadero *Golpe de Estado Institucional* en la Facultad de Ciencias Sociales. Semejante hecho no tiene precedentes en la historia democrática de nuestra Facultad, y lo padecemos por última vez durante la Dictadura militar. Hoy el señor Portantiero propone retomar aquellos mismos métodos que tanto daño le han hecho a nuestra Facultad, hundiendo las ciencias sociales en la mayor de las penumbras de la cual todavía hoy estamos procurando salir.

El “razonamiento” se mueve de a saltos, sin premisas intermedias. Y extrae conclusiones catastróficas que calificarían el sentido oculto –y verda-

19. La “extrapolación” mantiene una relación de implicación casi automática con la acusación “a futuro”. De extrapolar una opinión actual del acusado se infiere sin más cuál será su segura y culpable conducta en el futuro.

dero— del discurso de su autor. Es claro que la intención de afirmar esas conclusiones ha precedido (y suplantado) a todo intento serio de analizar el artículo. El discurso escrito del GC considera cumplido su objetivo cuando, sin perder adherentes, *logra ante todo manifestar una presencia*. En tal sentido, el “modelo” que suele orientar a los articulistas del Boletín del Centro de Estudiantes y de otras publicaciones es el del “volante” (la octavilla): breve y perentoria declaración destinada a ratificar una posición y no a desarrollar un argumento²⁰.

A la larga, sin embargo, el abuso en la recurrencia a ese modelo, así como otras circunstancias probablemente asociadas a la diferencias que surgieron en el seno del GC, acabó por tornar, además de repetitivo, cada vez menos convincente al discurso de dicho grupo. Esto se revela con claridad en sus sucesivas “versiones” de los hechos (en sus “relatos”).

Es preciso aquí sin embargo introducir algunas precisiones. En un reciente artículo, Maristella Svampa se pregunta sobre la razones que están llevando a las asambleas barriales —que hasta hace menos de un año habían dado prueba en Buenos Aires de una inédita capacidad de invención de formas de solidaridad colectiva en sectores medios bajos y sectores populares— a una situación de crisis, producto de “ambivalencias y tensiones que [tenderían] en algunos aspectos a encontrar una resolución más bien negativa” (Svampa, pág. 3). Atenta a las pugnas de poder entre los partidos de izquierda en aras de hegemonizar las asambleas, y sin desconocer el carácter predominantemente disgregador de dichas pugnas, Svampa prefiere inclinarse sobre aquellos casos en que la presencia de los partidos de extrema izquierda tradicional fue nula o imperceptible, y en los que sin embargo se estaría asistiendo a un fenómeno semejante al antes mencionado: tendencia al declive o a la pura y simple desaparición, resurgimiento intermitente y carente de continuidad de alguna asamblea barrial que pronto vuelve a declinar, persistencia vegetativa e incidencia nula sobre los vecinos.

Para Maristella Svampa no se ha prestado suficiente atención, en lo que de todos modos se plantea como una “feroz competencia de liderazgos”, a la “pretensión del monopolio del saber experto que despunta en ciertos intelectuales de izquierda, aunque ésta se haga en nombre de las ‘nuevas construcciones políticas’” (pág. 5). Se trataría de un saber profesional utilizado como arma o instrumento de control político. El saber experto, crítico del kautskismo de la izquierda tradicional, adolecería de los

20. Por eso las críticas que, a su vez, responden a esos textos en los términos de una polémica “clásica”, sin tomar en cuenta el objetivo que los anima ni, por tanto, el por qué de la retórica que utilizan, no surten el menor efecto en sus contrincantes. Caso de la inaudibilidad mutua de dos gramáticas del discurso público, harto frecuente en la vida política contemporánea.

mismos límites que, en nombre de las “nuevas formas de hacer política”, dice denunciar: de hecho tendería a diluir el potencial democrático que dio sentido a la emergencia de las asambleas y a coartar las iniciativas innovadoras surgidas en su seno en nombre de un conocimiento experto profesionalmente reconocido. Maristella Svampa señala incidentalmente que puede haber competencia pero también convergencia entre ambos saberes, aunque en los casos a que se refiere parece predominar la sustitución del saber partidario por el saber experto, ambos surgidos y prisioneros de una matriz común.

Estas referencias están lejos de agotar la riqueza de la reflexión de Svampa quien, recurriendo a los aportes de Simmel y, en particular de Norbert Elias, se interna en la búsqueda y el análisis de ciertas características culturales que serían inherentes a los sectores medios (y que los casos mencionados vendrían a ilustrar). Pero en este artículo hemos de atenernos a las mencionadas referencias, dada su utilidad para dar cuenta del modo paradójico en que las distinciones que propone Svampa afectaron el conflicto que analizamos. En efecto, mientras que el discurso del GI prescindió sistemáticamente tanto de la gramática del discurso político partidario como de la gramática del discurso experto (para el caso sociológico o politológico) el GC recurrió alternativamente a los dos en sus expresiones más extremas (discurso político) y sofisticadas (discurso experto). Sin duda, en el empleo de cada una de esas gramáticas operaron circunstancias harto conocidas: el GC es un conglomerado de alianzas que, entre otros grupos, incluye por una parte al Partido Obrero y a la agrupación “Sociólogos para qué?” y por otra a la agrupación Movimiento para la Refundación de Sociales, que hegemoniza el Centro de Estudiantes. Ambas partes han conformado una alianza, cuyo carácter inestable el conflicto terminó por tornar visible. Mientras que el PO y su aliado tienden a concebir a la Universidad ante todo como un espacio de poder a ganar, como un territorio político a ocupar (y subsidiariamente como un ámbito de pertenencia), el MRS se considera prioritariamente parte de pleno derecho de la institución universitaria. Si no le bastan o no comulga con los saberes que allí se imparten recurre a otros, pero le importa hacer valer su competencia intelectual y su capacidad de recurrir a los aportes que juzga más avanzados del saber político contemporáneo. Así, una carta publicada por el Boletín del Centro ensaya una interpretación de los resultados de la ocupación del rectorado en estos términos:

Desde la hipótesis de una máquina creativa de lucha, y como está desarrollada en un artículo relacionado con el zapatismo, se desprende que la máquina produce conexiones que se multiplican de manera rizomática, por la superficie del campo social. De esta manera, una máquina en singular, puede entrar en conexión con las luchas de otras minorías u oprimidos. Cito el artículo,

que tiene que ver con la lucha del EZLN: 'Cuando el diálogo con el aparato de estado se agota, o queda neutralizado, bloqueado, cortado o desviado, los zapatistas escapan a la captura del espacio estriado, para retomar las fuerzas de mutación y producir una línea de fuga en relación a entablar un diálogo con un interlocutor más válido, eligiendo la sociedad civil, con lo cual evita la sobrecodificación'. (...) "Me refiero que la máquina de lucha creativa huye de manera revolucionaria de las capturas, del cerco de las formaciones estatales, e incluso de un modo de ocupar el espacio –produciendo en su devenir nuevos espacios tiempo donde fluye y expresa una potencia, espacios lisos– y de un objetivo considerado como central. Algo de esta máquina creativa se produjo en Sociales con el plano que se construye entre el Centro y los cursos deliberando.

En cambio, la Asociación Gremial Docente, en la que sólo participa un número reducido de profesores, afecta a posturas menos intelectualizadas y más intransigentes, hacía su balance en los siguientes términos:

(...) La última sesión del Consejo Superior –una reunión “privada” en la que sólo pudieron ingresar consejeros y periodistas– no trató los cinco puntos reclamados por los estudiantes que llevaron adelante una toma de más de un mes. Se avanzó en una propuesta en relación con el edificio y se resolvió intervenir la Carrera de Sociología. Sobre los restantes puntos, es decir, el aumento del presupuesto, el desprocesamiento de los dos estudiantes de Sociales y las becas no hubo respuesta (...).

Poco importa que la carta publicada en la revista del Centro extraiga conclusiones optimistas y el comunicado de la AGD, pesimistas. Lo que nos interesa poner de manifiesto es más bien la retórica opuesta que cada una de ambas declaraciones exhibe: estilo y filosofemas “de alto vuelo”, inspirados en Deleuze, Guattari y Negri, en un caso; seca prosa, concisa e intransigente, típica del balance partidario, en el otro.

Por el contrario, basta con echar sólo una mirada rápida sobre los artículos y declaraciones del GI para comprobar que ambos lenguajes brillan en ellos por su ausencia. Sólo se hallará en los textos del GI una lógica elemental y una gramática de sentido común, si exceptuamos, como es legítimo hacerlo, ciertas indispensables indicaciones técnicas que figuran en ellos.

Creemos que la yuxtaposición inarticulada del discurso intransigente y cerrado sobre sí mismo típico de la izquierda tradicional y de un discurso, a menudo poco accesible, que se valía de expresiones, fórmulas y estilos propios de las más recientes modas filosóficas para prestigiar sus opiniones, contribuyó, en parte al menos, a la baja credibilidad del “relato escrito” del GC. En la misma medida, y en el otro polo del conflicto, el discurso lato, circunscripto y de sentido común del GI hizo que su “versión

escrita” apareciera como mucho más verosímil que la del GC (y, en cierto sentido, como la única coherente)²¹. Esto, como veremos, se refractaría en el plano de la acción colectiva. De todos modos, estas indicaciones autorizan a la conclusión subsidiaria según la cual el papel de los discursos de partido y de lo que Svampa llama “discurso experto” no se resuelve siempre ni en el logro de posiciones de poder, ni en el fracaso de otras estrategias que se le opongan²².

Por otra parte, no todo fue armonía en el GI. Confidencialmente al principio, en forma de *mails* internos más tarde, fueron surgiendo voces que sugerían alguna forma de diálogo con quienes ocupaban el Rectorado o que disentían respecto de la “definición de la situación” que subyacía tras las posiciones del GC. He aquí dos textos de difusión interna, que testimonian de esas disidencias:

(...) He decidido adherir a la solicitada ya que por principio, como ya he manifestado, rechazo al “escrache” para expresar la dificultad de resolver los conflictos por otros medios (...) Sin embargo, creo que nuestra estrategia no debiera eludir el debate sobre la llamada “democracia universitaria” y sobre el funcionamiento de la UBA. Comparto la necesidad de defender las reglas, pero este discurso necesita de una discusión más sustantiva. Además no creo que desde ese lugar logremos avanzar sobre el conflicto. Es verdad que hay que defender a la Universidad Pública, pero la UBA ¿es una universidad “democrática”? En la experiencia cotidiana podemos constatar que está atravesada por clientelismos y prácticas corruptas. (...) ¿Cuáles serán los reclamos de la comunidad universitaria, cuáles nuestros reclamos? (...).

Y, desde otro ángulo:

Me permito volcar una sugerencia para cuando se concrete la entrevista del Encuentro de Docentes de Ciencias Sociales (EDCS) con el Rector. Ya pasó un mes de la toma de Rectorado. Cuanto más se prolongue mayor será el perjuicio para la Universidad Pública y en especial para nuestra Facultad. Los sectores más duros, aunque minoritarios, pueden estar MESES ahí adentro, ya que –para su lógica– es un excelente “negocio” político tener abierto ese espacio de confrontación, con repercusión mediática. Creo que nosotros tenemos que “ayudar” a que en Rectorado se comprenda bien que es necesario abrir canales de negociación política, “trabajando” sobre los sectores que quieran levantar la toma. Negociar no es capitular, pero de un he-

21. Un número significativo de estudiantes era receptivo al discurso racional de los profesores pertenecientes al GI. Yo mismo, en tanto miembro de este último sector, recibí *mails* personales y mensajes de apoyo de estudiantes (algunos de los cuales –detalle no banal– ocultaban o disimulaban su identidad).

22. Dicho esto, hay que tener en cuenta el carácter particular del “medio” (la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA) en el que se desarrolló el conflicto.

cho político de estas características nadie puede salir impoluto. En algunos sectores se está viviendo la negociación como una suerte de rendición, y entenderlo así creo que no es bueno. No se trata de claudicar, pero es necesario manejarse con habilidad en un terreno fangoso, Y SALIR DE ÉL. En suma: sugiero reforzar, en la entrevista con el Rector, la idea de que negociar (aunque a veces tortuoso y desgastante) no es sinónimo de rendición (mail de un GI, 17/11/2002).

Sin embargo, otro elemento debe ser tenido en cuenta: se supo, luego de la toma del rectorado, que existían disidencias entre dos subgrupos del GC en cuanto al camino a seguir. Uno de los subgrupos abogaba en efecto por adoptar posiciones menos irreductibles y hasta estaba dispuesto a abandonar la toma del Rectorado, para lo cual había planteado y finalmente realizado una consulta que resultó ampliamente exitosa en los cursos de la Facultad de Ciencias Sociales. Sin duda, hubiera podido afirmar más directamente su punto de vista actual sin el rodeo “democrático” por los cursos. Pero lo inhibía a ello la certeza de las consecuencias que sus compañeros más radicalizados extraerían de esa posición: serían calificados como “traidores” y “vendidos”. Ahora bien, nada más intolerable para una agrupación militante que la crisis de identidad que implicaría para ella el hecho de “ser corrida por izquierda” por otra agrupación. El temor a una redefinición negativa de las identidades individuales y colectivas afectaba de hecho a todos; pero tenía absoluta prioridad entre los estudiantes militantes²³.

AVATARES DE LA ACCIÓN COLECTIVA

En otro lugar nos hemos referido a los mecanismos, dispositivos y acciones que constituyen una acción y uno o varios sujetos como “colectivos”²⁴. Para ello habíamos retomado las promisorias tesis de Francisco Naishtat, quien desde una perspectiva pragmática (no utilitarista), inspirada en buena medida en una lectura original y productiva de la teoría de los *speech acts* y en una reflexión aguda sobre la naturaleza de la *decisión*, aporta elementos extremadamente sugerentes. Se nos permitirá volver a citar un párrafo de Naishtat, en el cual condensa lo esencial de su propuesta:

23. También algunos profesores reaccionaron airadamente ante imputaciones o meros adjetivos que alteraban la imagen de sí que respaldaba sus identidades. Ello ocurrió tanto en la Facultad de Ciencias Sociales como en el Consejo Superior de la Universidad.

24. Sobre este punto, seguimos de cerca el análisis de las tesis de Naishtat que hacemos en *Metáforas de la política*, págs. 82-85.

...¿qué es lo que está oculto en nuestras formas normales de hablar de la acción colectiva? Lo que aquí está oculto es la doble performatividad de la decisión. Los Nosotros, en efecto, son simultáneamente ese hablante que enuncia el acto del cual es sujeto, y el resultado ilocucionario de esa enunciación: en la *decisión colectiva*, o en la *declaración común de intención*. Cuando proferimos: “*decidimos, nos los aquí reunidos...*” hay una doble dirección de la enunciación... que nos interesa enfatizar, a saber, *la ipseidad* [en el sentido de Ricœur] del nosotros como núcleo performativamente constituido de un sujeto colectivo [bajo la forma del pacto]...y simultáneamente, *la decisión colectiva*. (Francisco Naishtat, *Ética política de la acción colectiva*).

Naishtat afirma que el uso que se hace aquí del sujeto colectivo, y que sintácticamente se exhibe en el pronombre personal de la primera persona del plural, o también en la conjugación del verbo, es pragmáticamente irreductible, puesto que la afirmación “Nosotros, las personas aquí reunidas decidimos declararnos en huelga” no puede ser sustituida sin alteración semántica por “yo *decido* declararme en huelga junto con o junto a Pedro, Juan, María y Silvia”.

La declaración de decisión colectiva sanciona la emergencia de una figura nueva, a saber, el sujeto del pacto, que surge como efecto de la enunciación, del mismo modo que basta con enunciar, según Austin, la promesa individual para hacerla existir como promesa “real”. Con tal declaración se da visibilidad al pacto y a la decisión que, por el mismo movimiento, se torna decisión colectiva. Así pues, del pacto nace la figura de un sujeto inédito, de un sujeto colectivo.

En nuestra opinión, la novedad de esta perspectiva que, basada en una lectura creativa de los aportes del último Wittgenstein, aborda los temas de la decisión y de la constitución de los sujetos colectivos, reside tanto en el hecho de que propina un duro golpe a las tesis más resistentes del “individualismo metodológico”, como también, y sobre todo, en su propia pertinencia teórica y política. Así, por ejemplo, el interés de Jean-Paul Sartre por echar luz sobre las modalidades de constitución de aquellos colectivos que llamaba, en la *Critique de la Raison Dialectique*, “series” y “grupos” (el “grupo en fusión”, el “grupo juramentado”, “el grupo organizado”); aquella laboriosa reflexión, que pocos años más tarde debería enfrentar los ataques del estructuralismo en pleno apogeo; aquel pensamiento que avanzaba penosamente y se internaba en *impasses* de los que no siempre salía indemne, carente de herramientas para dar cuenta de los aspectos ilocucionarios del lenguaje –y en particular de la decisión– puede hoy ser reestablecido en sus derechos y reactualizado con el recurso a los nuevos instrumentos que la filosofía, la teoría del lenguaje y politología nos ha aportado en las últimas décadas.

Volviendo a nuestro tema, se impone aquí extraer una conclusión que muchos juzgarán –tal vez con razón– insólita. Nos referimos al hecho de

que, si bien el conflicto que comentamos dio efectivamente lugar a la emergencia incipiente de una acción y de un sujeto colectivos, una y otro surgieron, no del GC, sino del GI. Me refiero a la constitución del *Encuentro de docentes y graduados de Ciencias Sociales*. Los grupos estudiantiles y partidarios preexistían al conflicto y se comportaron de acuerdo con sus respectivos idiomas políticos. El “Encuentro...” fue naciendo como respuesta a la amenaza de un grave quiebre institucional en la Facultad, conjugada con el siempre postergado proyecto de hacer realidad el Claustro de Profesores de Sociología. De todos modos, aunque constituido en lo esencial por profesores, docentes y graduados de Sociología, ha incorporado también colegas de otras carreras. Llegado el final del año, el EDCS ha crecido lenta pero seguramente. Quienes lo componen saben bien de sus diferencias políticas y sus encontradas posiciones teóricas. Pero saben también, y esperemos que no lo olviden, que aquello que los une es más importante que aquello que los divide. Profesores, docentes y graduados que pocos meses antes intercambiaban al pasar rápidos saludos, urgidos por prisas que “no era momento de explicar”, han encontrado ahora el tiempo del que decían carecer entonces. Saben por último que debe imponerse de entrada entre sus miembros, además del mutuo respeto, una extrema prudencia –lo que no significa hipocresía o silencio– en la manifestación de diferencias de opinión.

Todo ello no es empero suficiente. Las contribuciones de Francisco Naishtat nos ilustran sobre las formas ilocucionarias y prácticas en que una acción y un sujeto colectivos nacen y a la vez se abren al actuar político. Hace más de cuarenta años Jean-Paul Sartre se preguntaba sobre la lógica que gobernaba la constitución y consolidación de los distintos “conjuntos prácticos”; le interesaba saber cómo un nuevo sujeto político, un actor revolucionario persisten y avanzan o bien se desnaturalizan, vencidos por la corrosiva antidialéctica de los conflictos internos, la sectarización y la burocratización.

En cambio Naishtat prefiere interrogarse sobre ese gesto inaugural, sobre ese impulso que convoca a las individualidades dispersas y las funde en un espacio común, dando lugar a la vez un sujeto y una acción colectiva política. No ignora, pero tampoco centra su reflexión sobre las inercias de los mecanismos administrativos ni los peligros de la burocratización: en ellos no hay política (aunque haya siempre que tenerlos en cuenta). Hay verdadera política en ese momento iniciático. Y cada nueva acción política es un nuevo nacimiento²⁵, un nuevo formateo de identidades, un nuevo idioma ideológico que tercia en el debate. La pregunta de

25. Ver Claudia Hilb (ed.). *El resplandor de lo público. En torno a Hannah Arendt*. Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1994.

Sartre es procesual e histórica; la de Naishtat, estrictamente filosófica. Ambas –pero sobre todo la segunda– son preguntas que conciernen directamente a todo colectivo que aspire a ser capaz de reaccionar adecuadamente ante cada situación que reclame su intervención. Ambas conciernen directamente al futuro del *Encuentro*.

CONCLUSIÓN: LA POSICIÓN DEL ENUNCIADOR

Escribe Noam Chomsky al comienzo de su obra clásica “Aspectos de la teoría de la sintaxis” que la *Gramática general y razonada* de Lancelot *et al* (1660) sostenía que, en la lengua francesa, “la secuencia de las palabras sigue un ‘*ordre naturel*’ que se ajusta ‘à l’*expression naturelle de nos pensées*’”. También Diderot abunda en el mismo sentido: “el francés es único entre las lenguas en el grado en que el orden de las palabras corresponde al orden natural de los pensamientos e ideas” (Diderot, 1751, citado por Chomsky, 1965). Menciono estas viejas manifestaciones de francologocentrismo, que siempre me han causado gracia –una gracia no exenta de irritación–, por la sencilla razón de que las conclusiones a la que llego en este trabajo coinciden “llamativamente” con las posiciones adoptadas por el grupo a través del cual intervine y tomé partido en el conflicto. Por cierto, responderé *ex ante* a mis eventuales contradictores que esta circunstancia no invalida por fuerza a dichas conclusiones. Pero eso no me exime de sentir la misma gracia y la misma irritación que me provocaron en su momento las tesis de Lancelot.

De todos modos, creo también que la toma de partido previa (aunque no intransigente) no nos exime del esfuerzo por tomar distancia respecto de los hechos vividos y por buscar la mayor objetividad posible. Aquí hemos intentado hacer ese esfuerzo y esperar, luego, la crítica. Confesamos no ver otro camino menos deficiente que ese contrapunto de análisis y críticas para esclarecer y –optimismo de la voluntad...– contribuir colectivamente a solucionar este traumático episodio de la vida de nuestra Facultad de Ciencias Sociales.

INCOMODEMOS, PERO EN SERIO...

NOTA BENE: En lo que sigue he de referirme a temas (incluyendo en el rubro a autores, tópicos, acontecimientos y dirigentes políticos, etc.) respecto de los cuales aquellos sectores políticos denominadas comúnmente “izquierda clásica” y “extrema izquierda” se han considerado por largas décadas insuperablemente sensibles y intransigentemente remisos a la menor mirada crítica. Durante mucho tiempo esa actitud fue, si no jus-

tificable, comprensible: ciertos regímenes políticos, cuyos defectos a menudo reconocían, ciertas figuras emblemáticas, ciertos acontecimientos ejemplares, conformaban para ellos una suerte de patrimonio simbólico sobre el cual asentaban su identidad política y personal. Nada que amenazara a esta última podía ser tolerado. Pero hoy, si se me permite el lugar común, ha corrido mucho agua bajo el puente. Los hechos que salieron a la luz y los cambios profundos que tuvieron lugar –particularmente durante el último tercio del siglo XX– han sido demasiado hondos y perturbadores como para que sea excusable hacer como si nada hubiera ocurrido, mirar para otro lado, y persistir en la repetición mecánica del mismo discurso. Esa obstinación ya no puede ser considerada “de izquierda” (clásica o extrema). Tampoco, por cierto, de derecha. Es simplemente un caso de psitacismo ideológico que, por una parte, exhibe la impotencia de esas expresiones políticas para hacerse cargo de las realidades presentes y, por otra, funciona como un símbolo de reconocimiento mutuo entre quienes comparten la misma impotencia. No es de ellos que surgirá en la Argentina una izquierda a la altura de los tiempos. Por eso creemos que hay que romper esta suerte de conspiración del silencio que convierte en tabú temas que son discutidos en cualquier universidad del mundo. Ello no implica ni “quebrarse”, ni “traicionar”, ni “cambiar de bando”, ni “pasarse al enemigo”. Significa simplemente osar pensar lo nuevo, significa atreverse a cambiar, atreverse a revisar críticamente sus propias convicciones. Marx y Engels, con una honestidad intelectual y política que Jacques Derrida destaca especialmente, enuncian en el Prefacio a la edición de 1872 del *Manifiesto Comunista* las correcciones que habría que hacer al texto que ellos habían redactado en 1848. No tenían, Marx y Engels, la relación narcicística que algunos tienen con sus propios escritos, ni el dogmatismo de suponerlos infalibles e incorregibles. Llamaban a las nuevas generaciones a examinar su presente y a cambiar, si era preciso, las consignas, las tácticas y las estrategias. Las convocaban a escribir el Manifiesto Comunista de sus respectivos tiempos. En tal sentido, no puedo evitar decir que mis críticas son más fieles al espíritu del pensamiento de Marx y Engels que las loas infinitamente reiteradas de quienes se creen herederos por derecho propio del pensamiento de los fundadores del marxismo.

Algunos de los muchos textos que han circulado por la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA han señalado reiteradas veces que el aspecto más sustantivo que subyace tras el conflicto en la Carrera de Sociología estriba –una vez resuelta la cuestión formal de la “elección directa” del Director de la Carrera– en la calidad y la incidencia cultural y política de la sociología que se elabora y se inculca en la Carrera. Se trataría de interrogarse sobre las vías para acceder a la producción de sociología auténticamente crítica; de una sociología (y esta expresión vuelve repetidas veces) *que incomode*. Permítaseme dejar por un momento de lado el tema referi-

do al método de elección y proponer algunas reflexiones acerca de esa pregunta y, en particular, acerca de esa “incomodidad” y esa sociología “crítica” que se demanda en dichos textos. Quienes formulan esas apreciaciones no suelen ser muy explícitos sobre las formas y los contenidos de esa sociología tan deseada y tan ausente de nuestra Carrera.

Por nuestra parte, y haciéndome cargo de la cuota de imprecisión que dichas formulaciones conllevan, nos sentimos inclinados a coincidir totalmente con ellas. Creemos en efecto que 1) esa sociología crítica e “incomodante” está casi por completo ausente de la Carrera y 2) su desarrollo sería un hecho, además de deseable, auspicioso, no ya sólo para la Carrera, sino para toda la Facultad.

Pero me gustaría ser más explícito sobre esos puntos, aun al precio de la “incómoda” sensación de que esa explicitación disolvería en un abrir y cerrar de ojos la ilusión de que existe coincidencia, pero también con la convicción de que, con ello, muchas ambigüedades se disiparían y muchos puntos saldrían a la luz o, mejor, podrían ser efectivamente discutidos. “Podrían” serlo... y confío en que efectivamente lo sean; confío en que no se diluyan en adjetivos descalificadores y en pseudo argumentos *ad hominem*. Un talentoso sociólogo francés (Jacques Donzelot) se refiere en su libro *L'invention du social* a la “declinación de las pasiones políticas” en el mundo contemporáneo. Los datos y argumentos de Donzelot son atendibles, pero no se aplican a ciertos conflictos y debates que tienen lugar (cuando logran tener lugar) entre las izquierdas sudamericanas. Las pasiones –bajo forma de sentimientos de triunfo o de fracaso, de crisis o reafirmación de identidades, de variadas cóleras y encendidas adhesiones, de odios y afectos profundos, de euforias y depresiones, etc.– están en ellos siempre presentes, como una atmósfera que densamente gravita sobre cada enunciado: un argumento es siempre además una creencia arraigada de quien lo enuncia; la respuesta a ese argumento, una réplica y además una convicción cara al interlocutor; una afirmación es además una certeza querida u odiada por quien la profiere. Parafraseando a Marx, las pasiones son “como una iluminación general en la que se bañan todos los colores y [que] modifica las particularidades de éstos. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve” (Marx, p.28).

Por supuesto, nada tengo contra este rondar de las pasiones en nuestras discusiones ideológicas o nuestras tomas de partido. Nada tengo contra ellas, siempre que no obnubilen una argumentación o impidan el libre ejercicio del pensamiento. También en lo que aquí he escrito las pasiones están presentes. He procurado –no sé si con éxito– que ellas me ayuden a pensar y no a ahogar en el sectarismo o en la ceguera las realidades que no quería ver.

Es cierto, en primer lugar, que la sociología que se produce y se trans-

mite en la Facultad de diversas maneras –esto es, no sólo a través de los cursos y seminarios, sino en las reuniones de investigación, en las jornadas de discusión, en la relación entre docentes y alumnos, etc.– es escasamente crítica y está muy lejos de incomodar seriamente. En efecto:

1. En nuestra Facultad es posible transmitir con amplitud, no sólo el pensamiento de Marx y Engels, sino también –en cursos regulares y en cursos libres– el pensamiento y la práctica de señeros representantes de la tradición marxista (Gramsci) y de dirigentes políticos marxistas-leninistas (en particular, Lenin y Trotski). En particular, el pensamiento de Gramsci es expuesto con solvencia y sin abdicar del espíritu crítico en la cátedra matutina de Sociología Sistemática. Quien tenga interés en dictar un seminario sobre los textos de Lenin o de Trotski, por poco que cumpla con los requisitos formales habituales, puede hacerlo sin incomodar a nadie.
2. Por lo demás, en nuestra Facultad se prodigan ampliamente diversas versiones del pensamiento de Michel Foucault, quien, en ocasiones (*no siempre*) juega el papel del pensador de izquierda que llena los huecos políticos sobre problemas no tratados o lisa y llanamente ignorados por el marxismo-leninismo, a partir sobre todo de los años '80 del siglo pasado.
3. Nuestra Facultad es –a mi conocimiento– la única en que se dictó una cátedra libre dedicada al pensamiento del Che Guevara en toda la UBA²⁶. No se trataba de una cátedra que, al tiempo que honoraba en su título la figura heroica y ejemplar del Che, promoviera el debate acerca de la teoría y la práctica de las izquierdas latinoamericanas (particularmente en los años '60 y '70). Era al contrario un ciclo de conferencias limitado a exponer y ensalzar al exclusivo pensamiento del Che; un ciclo que, más allá de las intenciones –incuestionablemente loables– de quienes lo organizaron y de la calidad de las conferencias, contribuía, por cierto involuntariamente, al éxito del *merchandising* generalizado, con su aluvión de chombas y posters, de que es objeto hoy la imagen del Che en todo el mundo capitalista²⁷.

26. Incluso hubo alguna tentativa fallida de darle estatuto curricular como materia optativa.

27. Confieso haber dudado en referirme a este punto. No se me escapa que en la figura del Che se condensan, sobre todo en el espíritu de los jóvenes que hoy se asoman a la vida política, las mejores virtudes de un dirigente y militante revolucionario. Dirigir la menor crítica a su pensamiento y a su obra suena como un sacrilegio. Quien se atreva a sugerirlo es tachado sin miramientos de "traidor", "reaccionario" o "gusano". Nadie parece advertir que ese (como cualquier otro) endiosamiento intransigente es incompatible con todo pensamiento que se quiere crítico.

Sin embargo:

4. En nuestra Carrera *no* se expone ni se debate la experiencia de la ex Unión Soviética, de la naturaleza del régimen allí reinante durante setenta años –salvo la repetición del catecismo trotskista del Estado obrero “degenerado”. *Incomodaría.*
5. En nuestra Facultad *no* se habla de los centenares de miles de muertos en campos de concentración stalinistas. Tampoco de la estrategia de guerra de Stalin en la conflagración mundial de 1939-1945, estrategia que envió a la muerte a veinte millones de soviéticos. *Incomodaría.*
6. En nuestra Carrera *no* se habla del papel del Ejército Rojo comandado por León Trotski, en la masacre masiva de los marineros de Kronstadt de 1921 (quince mil muertos en total) que luchaban por sus legítimos derechos. Asimismo, los profesores “leninistas” *no* mencionan ni mucho menos analizan hechos como la anulación de las elecciones de Constituyentes decidida unilateralmente por Lenin en 1917, debido al hecho de que en esas elecciones los bolcheviques quedaron en minoría. Tan prestigioso antecedente –duramente condenado por Rosa Luxemburgo– es silenciado por los mismos que cometen esas “desprolijidades” en nuestra Carrera. ¿Cómo hablar de ese tema? *Incomodaría.*
7. En nuestra Carrera *no* se exponen ni discuten –salvo excepciones contadas–, fenómenos como el Gulag, como la caída del Muro de Berlín o como el derrumbe de los regímenes del Este. Hay referencias parciales sobre sus aspectos económicos. Pero, en general, existe una muy cómoda conspiración del silencio sobre la significación sociológica y política de esos fenómenos. *Incomodaría.*
8. En nuestra Carrera tampoco se habla de la política actual de Rusia frente a las demás repúblicas que conformaban la URSS. Fieles a antiguos reflejos, condenan (con entera razón) a los EE.UU. porque amenaza con desencadenar una masacre en Irak, pero silencian con minuciosidad las que el ejército ruso ha llevado a cabo en Chechenia. Incluso hablar de eso, cuando la URSS ha desaparecido. *Incomodaría.*

Es incuestionable que no es ésta una sociología con espíritu crítico ni que incomode a la buena conciencia (¡de izquierda, por supuesto!) de muchos de nuestros profesores y de una parte de nuestros estudiantes. Ambos se reconocen especularmente en esa mirada convergente, aunque en ese reconocimiento despunte un cierto malentendido: los primeros van tratando poco a poco de afirmar el *revival* de sus ideas arcaicas nunca abandonadas ni debatidas. Si los segundos también escogen las mismas referencias ideológicas es de un modo mucho más simbólico e “idealista” (en el buen sentido de la palabra). Esas referencias son hoy de hecho las únicas de las que pueden servirse para combatir al *establishment*.

Por lo demás, es ése el único punto en que la teoría y la práctica de esos estudiantes coinciden. En lo demás, afortunadamente, teoría y praxis se disocian. Los estudiantes honran los guerrilleros de los '60, pero no son guerrilleros ni se piensan como tales. La reiteración de las consignas sesentistas sufre malamente la sensación de sinsentido y desconcierto²⁸ político hoy reinante en las izquierdas de nuestro atribulado país, desconcierto que es fruto, entre otras cosas, de nuestra incapacidad colectiva, la de los viejos y los jóvenes (intelectuales, legos, políticos, militantes, empresarios, obreros, etc.) de elaborar una propuesta de izquierda actualizada y a la altura de las realidades y las transformaciones presentes, las de fines del siglo XX y comienzos del XXI. Pero ya hay síntomas teóricos y prácticos que muestran que no es imposible superar esa incapacidad. Es lógico que algunos no los quieran ver. *Incomodaría.*

...Y SINTAMOS TAMBIÉN NOSOTROS EL AGUIJÓN DE LA INCOMODIDAD

Muy al comienzo del conflicto, cuando éste, por así decir, no había cristalizado en decisiones oficiales o estudiantiles, ni en diatribas entre las partes, yo redacté bajo forma de una declaración para discutir dentro del ámbito de la Carrera, lo siguiente:

Considero que existen razones de principio (...) que (...) hacen inconveniente una elección directa basada en la regla una persona = un voto, [lo] que otorgaría al voto estudiantil un peso desproporcionado y en términos numéricos decisivo en la elección del Director. (...) El cambio que se propone (...) modifica cuantitativa y cualitativamente los mecanismos de toma de decisiones en términos que considero inadecuados, por (...) razones (...) que hacen a la naturaleza y las funciones que son inherentes (...) a la Universidad como institución. (...) El contrato pedagógico que otorga sentido a la Universidad como institución pública se basa (...) en el supuesto básico de que los profesores tienen algo que transmitir a los alumnos. Y no se trata a todas luces de una relación simétrica. Se trata de una responsabilidad que corresponde de derecho a los profesores. Ellos pueden recibir en respuesta las voces de los estudiantes, y deben escucharlas, pero la responsabilidad de principio en esa transmisión pertenece a los profesores. Creo asimismo que la Universidad tiene, en virtud de las obligaciones que le son propias y del pacto fundador que le da sentido, una notoria peculiaridad que justifica que el voto sea en ella diferenciado en su peso según los distintos claustros. Esa peculiaridad, que torna legítimo otorgar un peso relativo mayor al voto de los docentes que al de los graduados y los estudiantes (...) obedece al hecho también notorio de que los docentes tienen la obligación de contribuir prioritariamente a otorgar una formación aca-

28. Sobre este punto puede consultarse nuestro artículo "Un legado trunco" (2001).

démica lo más sólida posible a los alumnos (obligación que se traduce en la necesidad de decidir cuestiones tales como el diseño académico de facultades y carreras, la elaboración de los currícula y de los programas, la selección de la bibliografía, el dictado de las clases, la permanente actualización de sus conocimientos, la evaluación del desempeño de los alumnos, etc.). Se trata de una tarea inherente a los profesores, que no puede delegarse a nadie, tarea en la que los estudiantes participan, pero de cuya realización son responsables (...) los docentes. (...) Opino (...), pues, que el mayor peso relativo del voto docente debe ser asumido intransferiblemente por los profesores (...).

Siete u ocho meses después lo he releído y me he preguntado si volvería a escribirlo en los mismos términos. Hoy en día debo admitir que ya no me reconozco en su tono ni en muchos de sus términos. De algún modo el ruido (aunque no la furia) del conflicto había incidido insensiblemente en mi visión general, en mi *encuadre* del problema.

Malamente y al precio de heridas que costará restañar, la situación creada actuó como reveladora de problemas profundos que afectaban al contenido y las modalidades del funcionamiento académico de la Carrera de Sociología y de la Facultad en su conjunto. Uno de esos problemas es la persistencia, entre los profesores, de prácticas aparentemente tolerantes y abiertas –sostenidas a menudo en la benevolencia excesiva respecto de las notas que se asignan– que ocultan un disimulado paternalismo de corte “posmoderno”, convenientemente escéptico y “post-soixantehuitard”. Hay una forma solapada de ignorar a los estudiantes consistente en el ejercicio de un consentimiento que no osa decir su nombre y que se basa realmente en un desinterés total por la tarea que se realiza y por los destinatarios de esa tarea. Es altamente probable que muchos de los estudiantes opinen que “no se los toma en serio”, a pesar de obtener notas brillantes. Sé de alumnos que hubieran preferido un 9 y un buen comentario de su parcial y no un 10 y el silencio. Sin duda, con las aulas a menudo superpobladas, los profesores deben dictar cursos (y los alumnos escucharlos) en condiciones penosas. Lo mismo vale para la corrección de los exámenes que, entre parciales y finales, suman a veces varios centenares. Pero aquellos alumnos que demuestran interés y hasta pasión por los temas que se dictan, que procuran que su proceso de aprendizaje no sea un mero expediente para promover una materia, sino una herramienta para conocer y, si es preciso, cambiar la realidad social; esos alumnos que podrían quizás ser *todos* los alumnos, tienen derecho a esperar de los profesores una actitud y una disposición que esté a la altura de sus esfuerzos.

La ausencia de un Claustro de Profesores que se decida a existir y a hacerse cargo de obligaciones que le atañen directamente es otra prueba del desinterés antes mencionado. Ello se traduce en una mutua “tolerancia” respecto de los programas que dictan cursos afines, en la ignorancia recíproca de sus respectivas bibliografías –lo que lleva a múltiples reitera-

ciones de textos "obligatorios" y a la devaluación estudiantil de la lectura²⁹— así como en la ausencia de criterios de evaluación previamente discutidos. A veces parece insólito que existan estudiantes que encaren seriamente el estudio y produzcan trabajos de valor. Son hechos que ocurren no gracias a, sino a pesar de la actitud de buena parte de los profesores.

Reconocer estas fallas obliga a admitir la existencia de un cierto apoltronamiento de parte del cuerpo profesoral. El problema no reside en la desactualización de los contenidos —como afirmaba un boletín de la agrupación *Tesis 11*, no sin recomendar acto seguido la recuperación de Lenin, Trotsky y Gramsci—, sino en la actitud poco movilizadora con que se los propone e imparte. Por supuesto, existen excepciones.

Confieso no haber tenido en cuenta la importancia de esas falencias al redactar el documento que cité al comienzo. Frente a ellas, el tema de la "democratización" debería leerse, en quienes la defienden de buena fe y sin pretensiones de ocupar posiciones de poder levantando esa bandera, como el síntoma de problemas a los que es imperioso abocarse³⁰ y que atañen directamente al derecho a la participación de los estudiantes en su propia formación, al derecho a que se los tome en serio como seres responsables y capaces de llevar a cabo las tareas intelectuales más complejas, por poco que encuentren un sentido y un interés en ellas.

Hacer existir el Claustro de Profesores de Sociología, convertirlo en un ámbito de comunicación mutua y también en un instrumento para mejorar las formas y los contenidos de los cursos y seminarios es una de las tareas prioritarias. Hay muchas otras.

Por cierto, no se debe esperar soluciones mágicas, pero sí un cambio de actitud, sí la búsqueda de respuestas mejores a la nada existente; no soñar con mutaciones del día a la noche, ni con revoluciones prefabricadas, pero sí ser capaces de emprender y experimentar proyectos audaces y atractivos. Todo debe comenzar por el debate que no se hizo y se pretendió sustituir por el orden autoritario propio de quienes se autoconciben como redentores sociológicos. La jornada será ruda.

Buenos Aires, febrero de 2003

29. El Centro de Estudiantes edita "módulos" que contienen toda o casi toda la bibliografía de cada curso (al menos de los más poblados). Luego se fomenta el trueque o la venta de esos módulos una vez la asignatura aprobada. La fotocopia desechable tiende a desplazar al libro; el alumno no valora la construcción de su biblioteca personal y hasta puede ignorar el título de los libros cuyos capítulos debe leer "obligatoriamente". Cita los textos según la paginación de los "módulos".

30. En este apartado he mencionado sólo algunos de esos problemas. No me cabe duda de que hay otros, algunos de los cuales —quizás no por casualidad— me son desconocidos.

démica lo más sólida posible a los alumnos (obligación que se traduce en la necesidad de decidir cuestiones tales como el diseño académico de facultades y carreras, la elaboración de los currícula y de los programas, la selección de la bibliografía, el dictado de las clases, la permanente actualización de sus conocimientos, la evaluación del desempeño de los alumnos, etc.). Se trata de una tarea inherente a los profesores, que no puede delegarse a nadie, tarea en la que los estudiantes participan, pero de cuya realización son responsables (...) los docentes. (...) Opino (...), pues, que el mayor peso relativo del voto docente debe ser asumido intransferiblemente por los profesores (...).

Siete u ocho meses después lo he releído y me he preguntado si volvería a escribirlo en los mismos términos. Hoy en día debo admitir que ya no me reconozco en su tono ni en muchos de sus términos. De algún modo el ruido (aunque no la furia) del conflicto había incidido insensiblemente en mi visión general, en mi *encuadre* del problema.

Malamente y al precio de heridas que costará restañar, la situación creada actuó como reveladora de problemas profundos que afectaban al contenido y las modalidades del funcionamiento académico de la Carrera de Sociología y de la Facultad en su conjunto. Uno de esos problemas es la persistencia, entre los profesores, de prácticas aparentemente tolerantes y abiertas –sostenidas a menudo en la benevolencia excesiva respecto de las notas que se asignan– que ocultan un disimulado paternalismo de corte “posmoderno”, convenientemente escéptico y “post-soixantehuitard”. Hay una forma solapada de ignorar a los estudiantes consistente en el ejercicio de un consentimiento que no osa decir su nombre y que se basa realmente en un desinterés total por la tarea que se realiza y por los destinatarios de esa tarea. Es altamente probable que muchos de los estudiantes opinen que “no se los toma en serio”, a pesar de obtener notas brillantes. Sé de alumnos que hubieran preferido un 9 y un buen comentario de su parcial y no un 10 y el silencio. Sin duda, con las aulas a menudo superpobladas, los profesores deben dictar cursos (y los alumnos escucharlos) en condiciones penosas. Lo mismo vale para la corrección de los exámenes que, entre parciales y finales, suman a veces varios centenares. Pero aquellos alumnos que demuestran interés y hasta pasión por los temas que se dictan, que procuran que su proceso de aprendizaje no sea un mero expediente para promover una materia, sino una herramienta para conocer y, si es preciso, cambiar la realidad social; esos alumnos que podrían quizás ser *todos* los alumnos, tienen derecho a esperar de los profesores una actitud y una disposición que esté a la altura de sus esfuerzos.

La ausencia de un Claustro de Profesores que se decida a existir y a hacerse cargo de obligaciones que le atañen directamente es otra prueba del desinterés antes mencionado. Ello se traduce en una mutua “tolerancia” respecto de los programas que dictan cursos afines, en la ignorancia recíproca de sus respectivas bibliografías –lo que lleva a múltiples reitera-

ciones de textos “obligatorios” y a la devaluación estudiantil de la lectura²⁹— así como en la ausencia de criterios de evaluación previamente discutidos. A veces parece insólito que existan estudiantes que encaren seriamente el estudio y produzcan trabajos de valor. Son hechos que ocurren no gracias a, sino a pesar de la actitud de buena parte de los profesores.

Reconocer estas fallas obliga a admitir la existencia de un cierto apoltronamiento de parte del cuerpo profesoral. El problema no reside en la desactualización de los contenidos —como afirmaba un boletín de la agrupación *Tesis 11*, no sin recomendar acto seguido la recuperación de Lenin, Trotsky y Gramsci—, sino en la actitud poco movilizadora con que se los propone e imparte. Por supuesto, existen excepciones.

Confieso no haber tenido en cuenta la importancia de esas falencias al redactar el documento que cité al comienzo. Frente a ellas, el tema de la “democratización” debería leerse, en quienes la defienden de buena fe y sin pretensiones de ocupar posiciones de poder levantando esa bandera, como el síntoma de problemas a los que es imperioso abocarse³⁰ y que atañen directamente al derecho a la participación de los estudiantes en su propia formación, al derecho a que se los tome en serio como seres responsables y capaces de llevar a cabo las tareas intelectuales más complejas, por poco que encuentren un sentido y un interés en ellas.

Hacer existir el Claustro de Profesores de Sociología, convertirlo en un ámbito de comunicación mutua y también en un instrumento para mejorar las formas y los contenidos de los cursos y seminarios es una de las tareas prioritarias. Hay muchas otras.

Por cierto, no se debe esperar soluciones mágicas, pero sí un cambio de actitud, sí la búsqueda de respuestas mejores a la nada existente; no soñar con mutaciones del día a la noche, ni con revoluciones prefabricadas, pero sí ser capaces de emprender y experimentar proyectos audaces y atractivos. Todo debe comenzar por el debate que no se hizo y se pretendió sustituir por el orden autoritario propio de quienes se autoconciben como redentores sociológicos. La jornada será ruda.

Buenos Aires, febrero de 2003

29. El Centro de Estudiantes edita “módulos” que contienen toda o casi toda la bibliografía de cada curso (al menos de los más poblados). Luego se fomenta el trueque o la venta de esos módulos una vez la asignatura aprobada. La fotocopia desechable tiende a desplazar al libro; el alumno no valora la construcción de su biblioteca personal y hasta puede ignorar el título de los libros cuyos capítulos debe leer “obligatoriamente”. Cita los textos según la paginación de los “módulos”.

30. En este apartado he mencionado sólo algunos de esos problemas. No me cabe duda de que hay otros, algunos de los cuales —*quizás no por casualidad*— me son desconocidos.

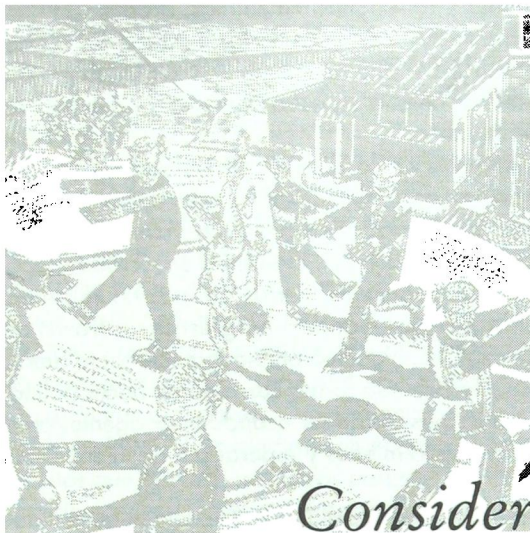
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Robert Benford y Scott Hunt. "Cadragés en conflit. Mouvements sociaux et problèmes sociaux", en *Raisons Pratiques* n° 12. EHESS, París, 2001.
- Noam Chomsky. *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Editorial Aguilar, Madrid, 1971 (1ª edición en inglés por The MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1965).
- Emilio de Ipola. "Un legado trunco", en Francisco Naishtat (ed.). *Filosofías de la universidad y conflicto de racionalidades*. Editorial Colihue, Buenos Aires, 2001.
- Emilio de Ipola. *Metáforas de la política*. Editorial Homo Sapiens, Rosario, 2001.
- Anthony Giddens. *La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1995.
- Erving Goffman. *Frame Analysis*. New York, Harper, 1974.
- Claudia Hilb (ed.). *El resplandor de lo público. En torno a Hannah Arendt*. Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1994.
- Karl Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Vol. I. Siglo XXI Eds., Buenos Aires, 1971.
- Francisco Naishtat. *Mimeo*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1995-1996.
- Francisco Naishtat. *Ética política de la acción colectiva*. Publicación de la Universidad de La Plata, La Plata, 2000.
- Marcos Novaro y Alejandro Bonvecchi. "Disolviendo instituciones". Documento interno. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2002.
- Revista *Raisons Pratiques* n° 1. "Les formes de l'action. Sémantique et sociologie" (colaboran Elisabeth Anscombe, Michel Berthélémy, Bernard Conein, Nicolas Dodier, François Dubet, Paul Ladrière, Jean-Luc Petit, Patrick Pharo, Louis Quééré, Wes Sharrock, Lucy Schumann, Laurent Thévenot, Rod Watson). París, 1990.
- Revista *Raisons Pratiques* n° 12. "Le formes de l'action collective. Mobilisation dans des arènes publiques". Publicado bajo la dirección de Daniel Cefaï y Danny Tromm. EHESS, París, 2001.
- Maristella Svampa (junto a Mariana Barattini, Damián Corral y Marina García). "Las dimensiones de las nuevas movilizaciones sociales: las asambleas barriales (segunda parte)". Documento de Trabajo. Buenos Aires, noviembre de 2002.

Documentos inmediatos. Verano del 2002

*El largo archivo que se encontrará a continuación reúne artículos de opinión editorial o personal publicados entre el 19 de diciembre de 2001 y abril de 2002 en los principales diarios nacionales y en revistas periodísticas y culturales. La gama de análisis abarca un verano que ya constituye una efeméride argentina. El objetivo de este archivo es poner a consideración del lector las diversas interpretaciones que se **engarzaron** a la crisis de la cual todos somos ahora sus criaturas. Constituye además, un homenaje al pensamiento de urgencia, a sus dificultades y logros, a los modos con que la conciencia histórica selló el espacio público día por día. A un año de distancia de los **acontecimientos**, resaltan ahora la envergadura del entusiasmo de unos y el tono sombrío e inquieto de otros. En estos breves ensayos de interpretación encontramos las palabras de muchos profesores de la **Facultad de Ciencias Sociales**. Cabe destacar que todo el **trabajo** de investigación, selección y ordenamiento de esta documentación ha sido realizado por siete alumnos, todos ellos compañeros entre sí de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de esta Facultad.*





Consideraciones previas

"El que realiza estudios históricos depende de la experiencia que él mismo posea de la historia. Por eso la historia debe escribirse siempre de nuevo, ya que el presente nos define. El conocimiento histórico no es nunca una mera Actualización. Pero tampoco la comprensión es mera Reconstrucción de una estructura de sentido, interpretación consciente de una producción inconsciente. La comprensión recíproca significa entenderse sobre algo"
HANS-GEORGES GADAMER, en *Verdad y método*

La selección de notas publicadas en periódicos y revistas que conforman este dossier se corresponde con la intención de reconstruir, a más de un año de distancia respecto de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, los modos en que ese momento histórico fue pensado desde esa misma coyuntura. La trascendencia de los

acontecimientos forzaba interpretaciones y reflexiones inmediatas, producción intelectual que encontraba su cauce de circulación por fuera de las instituciones académicas. Esta muestra de artículos periodísticos, que seleccionamos según un criterio de representatividad, pretende reponer un amplio espectro de voces y opiniones regidas por el vector de la escritura de urgencia.

Observar el mapa de lo dicho, es observar lo diverso. Diversidad, que se fue agrupando y encolumnando, sin embargo, según lineamientos bien delimitados. En un principio, la expresión de posturas diferenciadas se postuló a través de un desconcertado estado de ánimo o humor generalizado. Un binarismo exacerbado separó un entusiasmo expectante de un temor igualmente alerta. La incertidumbre era diferentemente sopesada según el cristal –conservador o progresista– a través del cual fueran mirados los hechos. Potencialidad significó ambiguamente tanto fuerza histórica orientada hacia la transformación de una forma corroída de hacer política como vaciamiento de un espacio de poder pasible de ser ocupado por agentes amenazantes. El fantasma de la anarquía despertó miedos y esperanzas de intensidades equiparables.

Si por una parte, la espontánea movilización social fue leída como la posibilidad de creación, el nacimiento de un nuevo orden –y al mismo tiempo la muerte de otro ya caduco–, la emergencia de nuevos actores sociales, la politización de la históricamente ambigua clase media, la articulación consensuada de sectores contrahegemónicos, el resurgir de generaciones combativas como la del '70; desde otra perspectiva antagónica, los mismos acontecimientos fueron mirados con resquemor: el vacío de poder inquietó a importantes sectores que veían en esa determinada coyuntura histórica peligrar la estabilidad jurídica. Inestabilidad política significó, desde ese lugar, miedo al caos social y amenaza de un golpe militar.

Se verificó entonces una polifonía de voces de facciones e intereses opuestos pero con un objetivo compartido: enmarcar la situación de una sociedad confusa y en movimiento. Estos distintos enfoques y miradas necesitaron a su vez de nuevas nomenclaturas y categorías que pudiesen dar cuenta de aquellos fenómenos repentinos –acontecimientos novedosos o reciclados del devenir histórico argentino– que tuvieron lugar antes, durante y después de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. “Cacerolazo”, “caceroleros”, “asambleístas”, “ahorristas”, “pueblada”, “argentínazo”, etc, fueron algunas de las nuevas definiciones a las que los lectores se confrontaron durante esos días. Términos que, asimismo, fueron vaciados y vueltos a llenar de sentido según los intereses, posturas, temores y circunstancias de quienes los aplicaron. Pero pese a la diversidad de las significaciones puestas en juego, cabe destacar que en general éstas se presentaron en pares de opuestos: democracia participativa versus democracia representativa, Estado fuerte versus Estado débil, orden versus caos, Fuerzas Armadas versus la Izquierda al frente de una revolución comunista. La superficie discursiva argentina se constituía así como una actualización permanente de las operaciones enunciativas que en ella ya bullían y a las que ella habilitaba.

Uno de los rasgos sobresalientes hallado en los artículos es una extensa crítica a la clase media en tanto actor social. Tanto intelectuales como periodistas intentaron realizar una radiografía de la clase media que diera cuenta de la posición, composición, responsabilidad y rol cumplido en los últimos años. Parte de los análisis recla-

maron años de inactividad política, cobarde pasividad y consumismo ilimitado –posibilitado por el 1 a 1 del decenio menemista. Fue descrita como ópticamente individualista, pequeño-burguesa, acomodaticia, boba, femenina y débil, si bien vapuleada y harta. Análisis más optimistas arguyeron que era un actor dormido que había tomado conciencia de su poder y pronosticaron grandes cambios, fruto de esta nueva vitalidad. Otros la calificaron directamente como un “nuevo” actor social.

A este respecto cabe destacar la dificultad teórica que, debido al propio proceso de desintegración social, los analistas debieron sortear a la hora de intentar dar cuenta de la composición de la denominada “clase media”. En la misma Plaza de Mayo se verificó que mientras unos reclamaban la devolución de sus ahorros en dólares, otros pedían pan y trabajo; y cuando unos exigían la destitución de la Corte Suprema otros proclamaban nuevas formas de participación popular, desdibujando la idea de alianza de clase en torno a un interés mancomunado.

Algunos autores encontraron un principio unificador –y motor de la protesta en el seno de la “clase media”– en el denominado “corralito” y la confiscación de depósitos que éste supuso. Otros pusieron el acento en una profunda –y repentina– toma de conciencia del grave contexto argentino y el fin de la tolerancia a la marginación de millones de habitantes. En este sentido, la defensa a ultranza de la propiedad privada así como el temor a la pérdida de derechos constitucionales habrían sido para algunos los factores detonantes de la movilización de esta clase. Las interpretaciones ofrecidas, no obstante, carecieron en general de una remisión a los hechos históricos que darían cuenta de los orígenes o de las razones de la idiosincrasia y especificidad de la clase media.

Por el contrario, varios de los artículos recopilados ensayaron historizaciones y cronologías que intentaron rastrear en la historia argentina un hecho que sirviese de hito, a partir del cual encontrar no sólo las causas sino los responsables de los hechos que buscaban desentrañar. Algunos ubicaron el fenómeno en los orígenes de la Argentina o encontraron los responsables en los administradores de la década del '90; otros pusieron las cargas sobre el Perón del '45 o el sangriento régimen instaurado en 1976, muchas veces dejando de lado la relevancia real de los hechos y pasando por alto, por ejemplo, las numerosas muertes que en esas jornadas se produjeron. Adjudicar o deslindar responsabilidades sobre los acontecimientos acaecidos resulta, al menos, peligroso. Por un lado, porque deja de lado la posibilidad de entender los hechos como parte de un proceso un poco más general, y por otro, porque pasa por alto que la historia se construye en sociedad.

La magnitud que asumieron los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre de 2001 no hacen sino poner sobre relieve un cambio de ritmos en el devenir de un proceso que no comenzó ni terminó con las jornadas que trascendieron hacia la historia como “el cacerolazo”. Nada terminó de morir y tampoco nada terminó de nacer a partir de los hechos que marcaron sí un punto de inflexión: pensar el proceso en términos absolutos es un facilismo que conviene evitar a los fines de establecer un análisis que interrogue los acontecimientos en su complejidad.

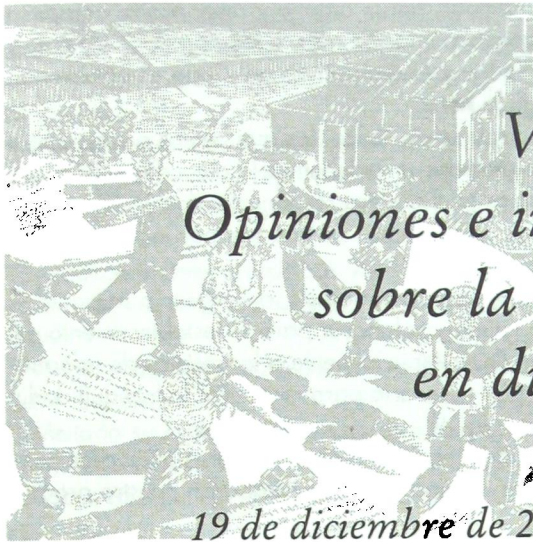
Por otra parte, intentar pensar los acontecimientos restituyéndolos a la lógica histórica de la cual son deudores no significa necesariamente relativizar su trascendencia. Un juego complejo de fuerzas se reveló como una condensación sobre el eje temporal a partir de las jornadas del 19 y 20 de diciembre: el devenir histórico se

hizo visible y palpable como acontecimiento histórico-causal en la calles y en los cuerpos que cristalizaron su potencialidad de intervención histórica. En ese mismo contexto signado por la euforia y la incertidumbre; los ritmos parecieran haberse acelerado. No es de extrañar, a la luz del contraste, que un nuevo cambio hacia la desaceleración de los mismos ritmos, termine por producir, como golpe de efecto, una sensación de suspensión temporal: a unos cuantos meses de distancia, las líneas originalmente esgrimidas con fuerza parecieran haberse diversificado en tenues puntos de fuga.

Apaciguado el impulso original, el movimiento histórico pareciera haberse suspendido, generando en muchos sectores la inquietud en torno de si la movilización colectiva que se desencadenó a partir del 19 y 20 de diciembre de 2001 no habría sido sino el simulacro del cambio necesario para garantizar la no modificación del antiguo estado de cosas. La pregunta, en estas circunstancias, se dirige a interrogar las consecuencias: ¿cambió algo realmente? Creemos que sí.

No obstante, pervive un marco de confusión inmanente a la propia vida política y social argentina, pese al cual, se vuelve indispensable recuperar la noción de proceso histórico, como elemento conceptual que subtiende y permite pensar los cambios de ritmos como parte de una articulación de sentido no discontinua. Esta opción, teórica y política –en su más amplia acepción– admite ver la desaceleración del tiempo no como tendencia a la detención sino, por el contrario, como un cambio de ritmos históricos que es necesario continuar analizando a fin de comprender su especificidad e incidencia en un proceso más amplio.

Investigación, selección, ordenamiento y presentación a cargo de Gabriela Anahi Costanzo, Tomás Jalles, Fernando González Ojeda, María Feray Guerrero, Paola Margulis, Johanna Tomassone y Vanina Volosin.



Verano del 2002 *Opiniones e interpretaciones* *sobre la crisis argentina* *en diarios y revistas*

19 de diciembre de 2001 - 7 de abril de 2002

Cadena Nacional

Con violencia e ilegalidad no se sale de los problemas. Los problemas hay que afrontarlos y eso estamos haciendo. He dispuesto multiplicar la distribución de alimentos entre los más necesitados. Tengo clara conciencia del padecimiento de muchos compatriotas, y es mi compromiso trabajar para resolver la emergencia social. Pero sé distinguir entre los necesitados y los violentos o los delincuentes, que aprovechando esta situación, utilizan el desorden para crear caos.

Así como enfrenté los problemas económicos, así como dispuse medidas de emergencia para asistir a los más necesitados, decidí poner límite a los violentos que se aprovechan de las penurias ajenas. Por eso, y según las atribuciones que la Constitución Nacional me confiere como presidente de la Nación, he declarado el Estado de Sitio en todo el territorio nacional; para asegurar la ley y el orden en el país, y terminar con los incidentes de las últimas horas.

Conmino a los que están ejerciendo violencia, a cesar en sus actos. Como lo dije

muchas veces, la situación requiere además, de un amplio y responsable consenso para lograr las soluciones. Por eso convoco una vez más, a los partidos políticos, a los gobernadores provinciales, y a los bloques legislativos del Congreso Nacional, para acordar las decisiones que exige la hora.

Las causas de esta situación vienen de lejos. Todos, los que hemos gobernado o ejercido posiciones de poder durante décadas, nos debemos la autocrítica. Sólo saldremos adelante, si cada uno asumimos [sic] nuestra responsabilidad histórica, dejamos de echarnos mutuamente culpas, y decidimos de una vez por todas, trabajar juntos para resolver los problemas.

Convoco, pues, una vez más, a la responsabilidad de la dirigencia nacional, y pido a mis compatriotas mantener la calma y colaborar para el restablecimiento del orden. Pido a las organizaciones sociales y especialmente a los medios de información, contribuir a recrear el clima de paz necesario para recuperar la tranquilidad y la seguridad en todo el país.

Confío que muy pronto, con la unidad nacional como bandera, retomaremos el camino del crecimiento, y superaremos los problemas que trabaron nuestro progreso.

Buenas noches.

*Discurso de Fernando de la Rúa, 19 de diciembre de 2001,
minutos antes de las 23 horas.*

El final de un hombre inoportuno

Editorial

No por previsible dejó de sorprender la perpleja agonía del gobierno. Quieto, catatónico y alternativamente contradictorio ante el torrente arrasador de los acontecimientos, el Presidente siguió aferrándose a los errados consejos de siempre, y se equivocó como nunca.

Víctima de una historia de desaciertos, hay que adjudicarle a de la Rúa el gran error de haber sido el hombre inoportuno.

Aristóteles sostenía que la virtud suprema del político es el sentido de la oportunidad. Y de la Rúa fue, en este aspecto, un minusválido. Prefirió la nada a la acción. El darle tiempo al tiempo, a enfrentar la realidad. El aceptar el consejo de los suyos, a tomar una decisión y sus riesgos..., y terminó derrotado por la queja unánime de una ciudadanía empujada a dejar la mansedumbre y desbordada por la violencia activista.

¿Cómo habrá sido la última noche del Presidente ya irrevocablemente juzgado por su pueblo? Esa alta noche inconciliable entre el abismo inminente y el desafío imposible. Seguramente ni tuvo el consuelo de apelar al reproche para enfrentar el olvido, y entonces volvió a apostar sin esperanzas.

Es imposible no sobrecogerse al imaginar esas horas vacías de la noche del Presidente. ¿Cómo habrá espantado a los fantasmas de las horas triunfales? Ese extraño desfile de imágenes felices coronando su biografía política, hoy ajada por reclamos entre el humo de los saqueos y el ardor de los gases.

Ni en sus mejores momentos de la Rúa disfrutó del poder –esto es justo reconocerlo. Para él, el poder fue una suerte de obligación que se impuso. Y precisamente por eso lo defendió, creyendo cumplir con su deber y provocando que fuera mayor la tragedia final.

Incomprensible para muchos, su obstinación fue un acto más de gobierno. Con seguridad, por sus ojos reprochantes pasaron los recuerdos del suicidado Alem; Yrigoyen, maltratado; Illia y su postrero e inútil gesto despectivo ante un desacatado militar.

Tampoco habrán estado ausentes los tironeos que zamarrearon hasta un final de cárcel al otrora radical Frondizi, ni los estallidos que crucificaron la retirada de Alfonsín.

Todos, como él, hombres de un partido más que centenario culminaron en derrota el inicial éxito.

Mellado su espíritu por lo que consideraba indescifrables fracasos, él, el Presidente, el que nunca acertó con la oportunidad, optó por la única alternativa que le quedaba. La renuncia –aunque trágicamente demorada– fue su postrer homenaje a la política.

Diario Popular, 21 de diciembre de 2001.

Saqueos y saqueadores

Horacio Verbitsky

Las tremendas confrontaciones sociales de ayer superaron todo lo imaginado. El gobierno llegó a una situación terminal. La declaración del estado de sitio, que la Constitución le veda en forma explícita al Poder Ejecutivo mientras está sesionando el Congreso, aniquila el estado democrático de derecho, ya magullando por la orden impartida al sistema financiero de no acatar las decisiones judiciales. Violar la Constitución no puede ser un camino para defenderla, aunque convenga a algunos intereses particulares que el gobierno confunde con el bien común, y que no son los de los saqueadores al por menor. Por la mañana, de la Rúa fue insultado y apedreado frente a una sede eclesiástica a la que llevó su peregrina propuesta de concertación para el ajuste infinito. Por la tarde, se presentó en el salón blanco rodeado por los altos mandos de las Fuerzas Armadas, en una señal muda pero inequívoca.

El comienzo de los enfrentamientos deja pocas dudas acerca de la actitud del gobierno de la provincia de Buenos Aires. Las vallas colocadas sin protección policial formaron un embudo que condujo a los manifestantes hacia las puertas del edificio de la Legislatura, que se abrieron al primer forcejeo. Adentro sí los esperaban los proyectiles policiales. También fue ostensible en distintos puntos del Gran Buenos Aires la presencia de hombres jóvenes que se desplazaban en vehículos nuevos, azuzando los saqueos. En la Capital, otra dotación de provocadores recorrió el microcentro instando a los comerciantes a bajar las persianas, con las falsas versiones sobre columnas en marcha que avanzaban para saquear. Tampoco faltaron aquí y allí encapuchados con hondas que aportaron lo suyo a una jornada desoladora.

Dicho todo lo cual debe agregarse que nada de ello describe el problema, sino apenas algunas operaciones previsibles que se montaron sobre una situación que las hizo posibles. La cuestión central sigue siendo la ausencia de una perspectiva de superación de la crisis que contemple de alguna manera los intereses populares. Ningún pescador podría arrojar sus redes a alguna perspectiva de éxito si el río no estuviera revuelto por tantos años de políticas insensibles a las necesidades elementales de subsistencia de casi la mitad de la población y recorrido por corrientes subterráneas de odio ante tanto maltrato, que en días como el de ayer salen a la superficie. Es evidente que no sólo saquearon los excluidos, sino también los nuevos pobres emigrantes recientes de la clase media, algunos de los cuales todavía lucen rumbosas zapatillas con la luz de giro y palanca de cambios. Allí se cuece una aversión tan peligrosa como la exacerbada por todo lo que tenga que ver con la política.

La pretensión del ex presidente Fernando de la Rúa de que los saqueos fueron esporádicos y de que su magnitud fue exagerada por los medios de comunicación ratifica el extrañamiento de la realidad que caracterizó desde el primer día su mandato, el más patético a partir de la finalización de la dictadura militar. Mientras, el ahora ex ministro de Economía, Domingo Cavallo (cuya permanencia en el cargo sólo se explicaba por la incapacidad de las fuerzas que confrontan por hegemonizar la salida de la crisis para lograr algún acuerdo acerca de la distribución de sus costos y beneficios) insistía en la formulación de políticas carentes de todo consenso social y del menor sustento político. El presupuesto reclamado por el FMI para autorizar un desembolso no tiene la menor posibilidad de aprobación legislativa, lo cual define la situación de encierro sin salida a que ha llevado la obcecación oficial. Sólo resta imponerlo por la fuerza, algo que degradará a quienes lo ordenen y que de todos modos la sociedad argentina no permitirá.

Tanto la devaluación como la dolarización que proponen las fuerzas políticas, empresariales y sindicales que debaten cómo seguir, profundizarían el curso seguido en el último cuarto de siglo, en el que la riqueza producida por el país decayó en un décimo, lo cual además de su injusticia define su irracionalidad y su ineficiencia social. Ayer mismo se conocieron los resultados globales de la consulta convocada por el Frenapo, a favor de una propuesta simple y clara, para que ningún hogar quede por debajo de la línea estadística de la pobreza. Los tres millones de votos que se pronunciaron por ese salario de ciudadanía, señalan la única alternativa seria a la barbarie que ayer hizo eclosión.

Página/12, 20 de diciembre de 2001.

El país necesita una autoridad *Editorial*

La renuncia del doctor Fernando de la Rúa a la presidencia de la República abre la primera gran fisura en la continuidad del sistema democrático argentino desde su reestablecimiento, en 1983. Con su alejamiento de la jefatura del Estado se cierra un capítulo amargo e intenso de nuestra vida institucional, signado por las dificulta-

des propias de una crisis económico-social de imponente magnitud —que pese a los esfuerzos del ministro Domingo Cavallo no pudo ser revertida— y marcado, asimismo, por la falta de capacidad o de disposición de la dirigencia política en general para forjar acuerdos nacionales que garantizaran la gobernabilidad y contribuyesen a generar las condiciones adecuadas para que la economía argentina saliese de la obstinada recesión que la mantiene cautiva desde hace más de tres años. A esas dificultades se sumó, en los últimos días, un perverso y arrollador proceso de violencia, que ensangrentó las calles de la República y nos retrotrajo, como sociedad, a épocas sombrías que se creían superadas. El desmán, el saqueo y la barbarie salieron a ocupar el centro de la escena. El país tiene ahora la obligación imperiosa de mirar hacia adelante. La primera responsabilidad que los argentinos tendrán sobre sus hombros en los próximos días será la de brindar el máximo apoyo a quien ocupe la presidencia de la República por decisión de la Asamblea Legislativa, de acuerdo con lo prescripto por el artículo 88 de la Constitución para los casos en que se produce una acefalía total en el Poder Ejecutivo. El hombre a quien el Congreso ubique en la cúspide del poder político tendrá la ineludible responsabilidad de lograr, en lo inmediato, el pleno restablecimiento del orden público y de la paz social, hoy fuertemente alterados. El país no podrá hacer frente a los desafíos que una abultada agenda le plantea en el campo político, económico y social si previamente no consigue desterrar los choques y los desórdenes que desde el viernes último vienen empujándolo hacia el caos y la violencia. No debe olvidarse, por otra parte, que los agobiantes problemas que el jefe del Estado renunciante tuvo que afrontar en las distintas áreas de la vida nacional permanecen sin resolver y que sólo podrán ser encarados con alguna posibilidad de éxito en la medida en que la sociedad le brinde al nuevo gobernante —cualquiera que sea su grado de provisionalidad— un generoso respaldo. Por la complejidad y la gravedad de las dificultades que la Nación deberá afrontar de aquí en más, tanto en el orden interno como en el frente exterior, se requerirá que el amplio espectro de la dirigencia se aboque a construir consensos y a profundizar coincidencias, de modo que en la nueva etapa política que se inicia prevalezca, en la Argentina, el espíritu de unidad que hasta ahora estuvo ausente. Pero, fundamentalmente, a quien asuma el Poder Ejecutivo le corresponderá poner fin a la pesadilla que ha convertido a la República en teatro de un irracional y absurdo combate, en el que unos sectores sociales se enfrentan con otros, en un entrecruzamiento de enconos y furias que hasta anoche parecía escapar a todo control, mientras el país se sentía llevado, de pronto, al borde de la anarquía. La República no puede permanecer una hora más sin autoridades. La Asamblea Legislativa debe cubrir con la mayor celeridad la acefalía que se ha producido en la cima del poder. Y el presidente que resulte elegido debe aplicarse sin demora a recomponer el orden y a mostrar lo que hoy, insólitamente, está faltando: la cara visible de la autoridad política. Ya habrá tiempo más adelante para analizar en profundidad el rumbo vertiginoso que tomó la crisis y las responsabilidades que a cada sector y a cada protagonista se les deben atribuir en el dramático desenlace político a que ayer asistimos. Habrá oportunidad para medir la proyección en el tiempo de la nunca explicada renuncia del vicepresidente Carlos Álvarez o las consecuencias de un estilo presidencial que *LA NACIÓN* consideró, en su momento, excesivamente inseguro o vacilante. Entretanto, bueno será que la nueva autoridad garantice no sólo la

paz sino también la seguridad jurídica y el Estado de Derecho, que tan desprotegidos han estado, últimamente, como resultado de las reformas bancarias y que tanto podrían llegar a sufrir, en el futuro, si prosperasen proyectos cambiarios irresponsables o diseñados con ligereza. Pero, por encima de todo, es necesario reconstruir la autoridad. A eso debe abocarse la Asamblea Legislativa, sin demoras, ya mismo: están en juego los valores más altos de una sociedad, los que hacen posible la convivencia y la paz social.

La Nación, 21 de diciembre de 2001.

Vicios privados, desastres públicos

Juan Abal Medina (h.)

Hace varios siglos Adam Smith acuñó la frase "Vicios privados, virtudes públicas" para hacer referencia a la manera en que en la economía las acciones racionales egoístas de los individuos generaban en su interacción colectiva el bien público.

Este presupuesto, largamente discutido en la teoría económica, sin lugar a dudas carece de toda validez en política.

Fernando de la Rúa ha demostrado en su trayectoria cómo maneja a la perfección los vicios privados del político. No es un incapaz, como muchos creen hoy, sino un hábil político que trasladó al manejo del Estado todo lo que en su carrera le había resultado efectivo.

Las "buenas" armas de la política chiquita, de la rosca, de los *smoking rooms* fueron las estrategias que usó al llegar a la presidencia. Así, su manejo de los tiempos, su desesperante letanía, su táctica de que nunca nadie supiese lo que realmente quería, el mandar siempre a dos o tres a hacer lo mismo para que se frenen mutuamente, sus medias palabras, etcétera, se constituyeron en fenomenales armas para liquidar a sus competidores pero destruyendo a la vez al Estado argentino.

Las tácticas del fondista, como gustaba decir el estratega Antoñito, hicieron desaparecer a Álvarez, a Storani, a Terragno, a López Murphy, a Cavallo ahora, y a todo aquel que no se acostumbrara al estilo mediocre y monocorde que de la Rúa busca en sus colaboradores y le imprimió a su gestión.

Sus vagas apelaciones a una ética republicana se acompañaron siempre con el mal manejo de los recursos públicos, ya sea para que sus hijos pudiesen aprobar una materia, para que un jardinero nombrado en el Consejo Deliberante le cortara el pasto en su *country* o para que los Senadores aprobaran la reforma laboral.

Sin mas estrategia que seguir en el gobierno para colaborar con sus mecenas, primero Yabrán, después Santibáñez, siempre lo peor del capitalismo, no dudó jamás en mantener un modelo económico que empobrece al país.

Así, sus vicios privados terminaron por parar el Gobierno, frenar la economía y desesperar a la sociedad que día a día, con incredulidad creciente, escuchaba sin poder creer sus discursos. Después de la impresionante reacción ciudadana de la madrugada del jueves y su brutal represión de la Rúa, insistió en sus últimas horas con su estrategia y buscó que el justicialismo se preste a entrar en su amansadora. Muy poco le importa que el país se siga hundiendo; su única utopía es llegar al

2003. Esperemos que la clase política tenga la madurez necesaria para darle la respuesta que toda la ciudadanía espera.

BAE, 21 de diciembre de 2001.

¿Por qué el Presidente debía irse?¹

Vicente Massot

No hay manera de entender esta crisis –grave por donde se la mire– sin antes desandar la historia, tratando, siquiera sea en forma aproximada, de descubrir sus causas. Por de pronto, el gobierno de la Alianza no fue víctima de un golpe de mercado, como estilan fantasear algunos de sus acólitos más exaltados y menos lúcidos. No fue, tampoco acorralada por la oposición que, en todo caso, con los tres principales gobernadores peronistas, realizó cuanto estuvo a su alcance para preservar la gobernabilidad. Si la tesis conspirativa queda descartada y el peronismo acredita buena conducta, ¿por qué se llegó a este estadio?

Es hora de reconocer, sin que ello suponga afilar agravios contra el Presidente de la Nación ni desmerecer moralmente a la coalición gobernante, que las razones de la crisis no son exógenas a la Alianza sino endógenas. El doctor Fernando de la Rúa es un hombre que no sabe decidir políticas ni delegar responsabilidades. Desde el mismo día en que fue electo presidente demostró una proverbial incapacidad para hacer las veces de piloto de tormentas. Le falta la claridad de miras del estadista y la confianza y convicción de los grandes conductores. Parece creer que las cuestiones políticas sólo admiten ser resueltas por consenso. Pero cuando se absolutiza la búsqueda de consenso y se considera que la sola vía legítima para solucionar los problemas es con el concurso de todos, el único resultado seguro es la parálisis por exceso de análisis.

La Argentina no está al borde de la disolución sencillamente porque los países no desaparecen de la faz de la Tierra. Se enfrenta, sin embargo, a la crisis más dramática y seria de su historia en los últimos cien años. Sería ocioso enumerar, con precisión de centavo, las causas de la misma. Entre otras razones porque, en mayor o menor medida, son de todos conocidas. Sobra, pues, cualquier diagnóstico. Lo que se requiere son soluciones que no hay razón para esperar de un gobierno quebrado en su unidad, sin respuestas ni ideas y de un Presidente dubitativo, timorato hasta la exasperación, que parece perdido en el laberinto de su indecisión. Si hasta ayer era el hazmerreir del país, hoy es el blanco del encono social. El “rey está desnudo” y el vacío de poder que ello ha generado es uno de los hechos más serios y peligrosos en la vida de cualquier sociedad. Es que ese vacío resulta la antesala del caos, cuya sombra ominosa revoloteó ayer sobre la Argentina.

Claro que esto, acerca de lo cual el menos avisado de los mortales se da cuenta es, precisamente, lo que el Presidente de la República y su séquito de asesores íntimos se niegan a reconocer. hasta límites difíciles de entender. Ejemplo de ello han si-

1. El diario aclara que la nota fue escrita antes de la renuncia de Fernando de la Rúa.

do los últimos dos discursos del doctor de la Rúa —el miércoles a última hora y el jueves al promediar la tarde— que revelan el estado de irrealidad en el que vive, no sin una dosis de soberbia y de mezquindad alarmantes.

El doctor de la Rúa cree detentar un poder que, por sus errores y fugas a la hora de decidir, se le ha escapado de las manos. Habría que recordarle esa ley de hierro de la física política que reza: nadie da lo que no tiene y nadie tiene lo que no pueda ejercer.

Ahora bien: en la medida en que el Presidente se aferre a la formalidad de un cargo y no tenga la grandeza de renunciar, la crisis podrá precipitarse en un solo sentido aunque a través de instancias distintas. Como el Gobierno está muerto y sólo sobrevive por efecto de un principio inercial, tarde o temprano Fernando de la Rúa abandonará voluntariamente la Rosada, sufrirá los rigores de su deposición por vía de un juicio político o será expulsado.

Cumplir, pues, en tiempo y forma el mandato que recibió hace dos años, esto es, llegar sano y salvo al 2003, resulta, salvo milagro mediante, una empresa imposible. Pero a la luz de la realidad civil que ha estallado, no es indistinto que su salida de Balcarce 50 se produzca en una u otra forma. ¿Por qué? Porque los mercados y la gente no están dispuestos a esperar ni a abrir, en beneficio del Presidente, un nuevo compás a la espera de que se decida gobernar.

No es un vaticinio golpista, pues, sostener que si el doctor de la Rúa no renuncia o si el juicio político se demorase, podría producirse la caída del Presidente por efecto de un levantamiento específicamente cívico, sin coloratura ideológica precisa ni apoyo de ninguna fuerza organizada, cosa nunca antes vista entre nosotros.

La condición necesaria para comenzar a salir de la crisis —empresa esta que llevará, por exitosa que fuese, años— es la renuncia del Presidente. Necesaria, pero no suficiente. Cuando se produzca, cualquiera sea su forma, habrá llegado otra vez la hora del peronismo. La responsabilidad de gobernar le cabrá a este movimiento profundamente nacional, multifacético, aluvional, con un acentuado instinto del poder, que fue capaz de producir fenómenos tan disímiles como el peronismo propiamente dicho, el camporismo y el menemismo. Con una particular coincidencia, a saber: que el fracaso de este Gobierno arrastrará en su caída una forma de hacer política clientelista, corrupta y prebendaria que cruza por igual a toda la partidocracia. Si el peronismo es capaz de desterrarla de sus filas, tendrá una posibilidad de sacar al país adelante. Si persiste en defenderla y no se diese por enterado del cambio profundo que recorre la sociedad, la crisis lo pasará por encima.

BAE, 21 de diciembre de 2001.

Lecciones de estos días agitados

José Pablo Feinmann

La lección se tiene que aprender a dos puntas. La clase media (la vapuleada clase media, vapuleada por los militantes de izquierda por cobarde, acomodaticia, pequeñoburguesa y por los políticos y los economistas acostumbrados a meterle el dedo en el culo —algunos notables escritores, Noé Jitrik, por ejemplo, me aconseja que

diga "en el orto" – por pasiva, aguantadora, espectadora abyectamente paciente de los caprichos y vaivenes del Poder), la clase media, digo, salió a la calle, protagonizó una "pueblada", sintió –acaso por primera vez– la incidencia de su poder en la vida nacional, en las decisiones del país y volteó a un superministro y a un presidente. De aquí en más nada será igual para ella. Sintió su número y sintió que su número puede transformarse en fuerza por medio de la unidad de la protesta. Sintió su dignidad y sintió que la dignidad se conquista haciendo valer lo que siente, lo que piensa. Desafió el poder. Le habían dicho "estado de sitio". Se lo había ordenado un Presidente. Estado de sitio, quédense donde siempre están, en sus casas, sigan como siempre siguieron, acurrucados frente al televisor, enterándose de la historia por medio de los informativos, jamás protagonizándola. Bien, no. Un montón de gente salió a la calle, se llegó hasta la Plaza y se puso a gritar "el estado de sitio se lo meten en el culo".

Así, la lección que la numerosa clase media tiene que aprender es la de su propia fuerza. Se acabó la tolerancia, la pasividad, la impotente soledad frente al televisor. Se acabó esa cara entre boba y absorta que escuchaba frases como: "El Poder Ejecutivo ha decidido que a partir del día de la fecha" o "El ministro de Economía doctor López Callado ha decidido que de aquí en más". De aquí en más las pelotas. De aquí en más hay una clase que también tiene cosas que dictarle al Poder Ejecutivo o a los ministros de Economía o a los políticos de las internas interminables. De aquí en más hay un nuevo actor social que no sólo está dispuesto a actuar en los días feriados, domingueros de elecciones. La democracia no sólo se hace en las urnas. También se hace y se conquista en la plaza pública.

Ahora, la otra lección, la que tienen que aprender los políticos, ya que si no la aprenden habrá otras puebladas, inminentes, peores. Porque hay algo que se llama "humor social" en la Argentina, está muy malo, está rabioso, no aguanta más; no es "humor social" sino "bronca social", pura y poderosa "bronca social". De modo que los políticos tienen que aprender las siguientes cosas: 1) Nadie es heredero de esta situación, salvo la gente que la provocó y la conquistó. La "pelota" no fue para el bando de los peronistas. Se acabaron los radicales, los peronistas y la mar en coche. Aquí importa el país y cómo sacarlo adelante. 2) Si alguien asume la Presidencia, la asume él. No la asumen sus amigos, ni su "círculo más íntimo", ni sus consejeros ni menos (¡basta con esto!) sus familiares. Si el Presidente es un señor no desearía ni enterarme de quién es su "primera dama". Si el Presidente es una señora ni quiero saber quién es su "primer caballero". Ese concepto "familia presidencial" corresponde a la vieja historia del país recalcitrante y burgués que no concibe a un hombre (¡y menos que nadie, claro, al llamado "primer mandatario"!) sin su familia, sus hijos, sus nueras, sus nietos o lo que haya. Se elige un Presidente y basta. No se elige al Presidente y su familia y sus amigos y sus perros y gatos. Basta de Zulemitas, Juniors, Yomas, Antonitos, Aítos y Pertineses. 3) Si hay Asamblea Legislativa que la haya de inmediato, urgentemente. Si de ahí no sale el señor que pueda cubrir el espacio de tiempo que queda hasta el 2003 y hay que llamar a elecciones entonces... atención. Un consejo, señores políticos, no hagan discursos, no prometan nada, no hablen de futuro de grandeza, ni de equilibrio social en lugar de equilibrio fiscal (muchos van a apelar a este recurso), ni de "la gente" ni del "pueblo" ni de las "grandes mayorías" ni de ninguna de las paparruchadas con que ya nos han apa-

bullado durante mucho tiempo. Queremos que haya políticos, queremos la democracia, queremos las elecciones, pero queremos, definitivamente, menos palabras. No se gasten en prometer nada porque nadie les va a creer. La credibilidad social está agotada. O sea, ya nadie le cree a nadie. El pueblo (el pueblo que protagonizó la pueblada del miércoles) sólo se cree a sí mismo y quiere hechos. Si hay elecciones que sean de inmediato. El país no se puede pasar seis meses esperando que las internas se resuelvan, que todas armen sus roscas y le sigan diciendo vaguedades o grandilocuencias a la "gilada". La ejecutividad tiene que ser total, cosa que impedirá los divagues, los afiches que afean la ciudad con caras de sonrientes prometedores profesionales. Aquí ya se saben muchas cosas. Por ejemplo: que lo que se promete es exactamente lo contrario de lo que se hace. Suben por izquierda y gobiernan por derecha. Alfonsín iba a ser la democracia y pactó con los carapintadas, iba a levantar las persianas de las fábricas y las cerró con la hiper. Menem iba a ser la justicia social, la revolución productiva y mil cosas más y empezó y terminó hambreado a todo el mundo, desatando la recesión, afanándose hasta las gallinas, vendiendo el país, rematando para siempre su soberanía. de la Rúa iba a ser honesto, transparente, iba a formar un "Conadep de la corrupción" e hizo menemismo desde el primer día y le entregó el país a Cavallo porque no se lo pudo dar a López Murphy. Bueno, basta: tolerancia cero, esperanza cero, credibilidad cero, paciencia cero. No se gasten. No sonrían. Hablen poco. Solamente digan: "Vamos a dar dinero para el hambre, trabajo, no vamos a afanar nada ni vamos a gobernar sólo para los banqueros". Dudo que les crean, pero se les agradecerá la brevedad. De aquí en más la única legitimación será la de los hechos consumados. La esperanza no está muerta en la Argentina. Pero la credibilidad, por suerte, sí.

Página/12, 22 de diciembre de 2001.

El desastre argentino

Pepe Eliashev

Parece la obra consumada por un idiota bajo la influencia de sustancias tóxicas. Tiene el aspecto de una mala comedia, donde todos se equivocan y ni sospechan de la gravedad galáctica de sus calamidades. No es, además, la exclusiva característica de una clase dirigente reconocidamente miope, mezquina y analfabeta. Hay también un pueblo a la vez iluso y creyente, pero también superficial y exitista, una sociedad con valores morales devaluados y que se ufana de su cinismo. Es, en suma, la combinación del peor de los mundos posibles, todos ellos yuxtapuestos y revueltos en el espacio de lo que se denomina la República Argentina, uno de los fracasos nacionales más colosales de todas las épocas.

Fernando de la Rúa duró 740 días. Lo eligió el 50 por ciento de los votos y asumió con el 85 por ciento de aprobación. Se fue en medio de un apocalipsis sangriento, para que termine asumiendo una cooperativa de caciques provinciales peronistas que quieren dirimir sus diferencias patrimoniales a través de una elección nacional que generará un liderazgo débil. La Argentina se aproxima a la Navidad de 2001 desprovista de osatura institucional y exenta de sabiduría histórica. Chapa-

lea en el lodo de una crisis infinita, pero su concupiscencia con el horror no le genera los recursos mínimos para hacerse cargo en plenitud de la hondura letal de su infortunio.

La obcecación incomprensible: he aquí uno de los datos centrales de la tragedia nacional. Hace 30 años que la gente que dirige al país sólo se siente motivada por sus opciones personales. Lanusse creyó que "lo podía" a Perón en 1972 desafiándolo gratuitamente. Perón supuso que los podía a los argentinos dejando en el poder a su imposible mujer. Videla imaginó que se podía gobernar a un país asesinando en secreto a 30.000 opositores. Galtieri estaba convencido de que ganarle una guerra a la OTAN era cuestión de proponérselo. Y después vino la democracia, cuyo último exponente es de la Rúa, que se carboniza íntegramente en la convicción de que, tras el colapso electoral del 14 de octubre, era factible seguir adelante con Domingo Cavallo y su mesianismo demencial, contra todo y contra todos. (...).

A Cavallo se lo llevó puesto una clase media que pudo tolerar la guerra sucia de 1976 y la guerra por las Malvinas de 1982, pero no aguanta que le congelen las cuentas bancarias. Si de la Rúa cayó el 20 de diciembre en medio del infierno de sangre, fuego y balas que consumió a este desgraciado país, fue el 19 de diciembre cuando el responso final fue emitido, con la pequeño-burguesía en las calles de la Capital golpeando cacerolas contra un gobierno que parecía vivir otro momento, en otro país, en otras condiciones.

Quienes lo hemos tratado, y bastante, a Fernando de la Rúa durante su extensa carrera política supimos que desde octubre de 2000, cuando huyó de sus responsabilidades ese pequeño personaje llamado Carlos Chacho Álvarez, el ahora ex Presidente vivía inmerso en una ausencia esencial –política y personal– que muchos definían como "autismo", o sea incapacidad para conectarse con el mundo. Es posible que el Dr. de la Rúa haya sido víctima de una condición que redujo a nada su capacidad de vinculación, intuición, percepción y previsión. Me consta como periodista profesional que hombres que carecen a esta altura de ambiciones personales de poder, como Raúl Alfonsín, desesperaban por la casi nula tonicidad que expresaba la conducta y la actitud de de la Rúa. Pero aun cuando el partido de los radicales hizo esfuerzos sobrehumanos para asumir la tragedia de un Presidente desgajado de los compromisos políticos comunes, no podían existir milagros. El radicalismo de de la Rúa siempre fue calculador y cenacular, receloso y distante. Desde octubre de 2000, además, él creyó que podía gestionar a la Argentina sólo con el exclusivo acompañamiento de un pequeño grupo de fieles sin inserción social ni proyección política.

El escenario que se abre el 22 de diciembre, con el provisorato de Adolfo Rodríguez Saá, es en verdad temible. El peronismo, ese gigante invertebrado que ya había definido John William Cooke, ha resuelto desparramar en el escenario territorial amplio de una nación exhausta su incapacidad proverbial de organizarse como un partido, o al menos un movimiento, de ciudadanos responsables. (...).

La Argentina de fines de 2001 demuestra que el fascismo no tiene ideología. Se le ha hecho un daño irreparable a la ya de por sí débil posición de la Argentina en el mundo. Las supuestas diferencias con el Perú de Fujimori, la Venezuela de Chávez, el Ecuador dolarizado y en default y la Colombia ensangrentada por la violencia interior, son puras pretensiones del gigantismo argentino. La Argentina es hoy muchísimo menos que Chile, México y Brasil.

Hoy, el temor más grave es que lo que haya quedado herido de muerte sea el principio de la representación política popular, el alma de la democracia. Y en la hora de la autopsia es inútil, además, ocultar que si los medios de comunicación informaron, muchos de ellos también azuzaron, desinformaron, alarmaron, ridiculizaron, frivolaron y confundieron. Sentaron un precedente que podría algún día ser funesto para ellos mismos. Porque la televisión convirtió al ex Presidente en un triste muñeco prácticamente desde el primer día, y aunque los errores de de la Rúa y sus déficits hayan sido lo determinante, ese periodismo fue chabacano, simplista, egoísta. No hay inocentes ni neutrales en el desastre argentino.

Diario Popular, 23 de diciembre de 2001 (fragmento).

Ha sonado la hora del tiempo social

Editorial

Toda evaluación de la dramática convulsión vivida la última semana en el país debería comenzar por una petición de principios: el "cacerolazo" o "argentinazo", como se ha dado en llamar a estas jornadas de rebeldía y luto, no es el triunfo de una corriente política determinada. Es la expresión de la voluntad soberana del pueblo, que suele manifestarse con violencia cuando sus canales de expresión son obturados por el autoritarismo o, como acontece en nuestra realidad, cuando no encuentran eco en sus representantes, abandonados a estrategias y juegos mezquinos.

El pueblo ha dicho basta no sólo a un modelo de hacer política económica sino también, y más simplemente, a un modelo de hacer política. Si los políticos no lo entienden así, nuevas instancias de ira y llanto vivirá el país. La dirigencia ha fracasado en su misión desde el momento mismo en que cedió su protagonismo, que es indelegable en un sistema democrático, al de economistas presentados como hombres providenciales o impuestos como tales por poderosos grupos económicos, directos beneficiarios de la gigantesca acumulación de riqueza que prohicieron sus hombres en el Palacio de Hacienda.

Sólo así se explican congresos que votaron facultades extraordinarias para ministros salvadores de la Patria, porque los políticos olvidaron o desconocieron que los verdaderos artífices de los milagros económicos jamás los necesitaron. No los necesitaron Antoine Pinay, Ludwig Erhard, Luigi Einaudi. ¿Alguien puede imaginar a Alan Greenspan presionando al Capitolio para que le conceda poderes extraordinarios? A todos ellos les bastó con encuadrar sus programas en los marcos constitucionales.

Históricamente, el mejor vaso comunicante de las políticas económicas no son ni las fundaciones ni las academias ni siquiera la prensa especializada: es el partido político. En las democracias, los partidos políticos han surgido para promover el progreso de los pueblos en un marco de equidad y libertad. Cuando se alienan de esa función, sobrevienen las injusticias, la insensibilidad, la corrupción institucionalizada.

Hemos vivido demasiados años acosados por el escándalo de la corrupción, pero hay escándalos aún más agraviantes para la condición humana: el escándalo del

hambre en un país singularmente pródigo en recursos naturales; el escándalo de la marginación social en un país que no termina de realizar sus inmensas potencialidades; el escándalo de la exclusión de los bienes de la educación y la cultura a segmentos cada vez mayores de nuestra población. Por acción u omisión, la clase política toleró y aun coonestó todo ello.

Y contra todo ello se alzó el pueblo. Ni una sola bandera partidaria se enarboló en estas jornadas de hartazgo de tanto padecimiento injusto. Ningún partido puede, pues, ni sucumbiendo a crónicas pulsiones hegemónicas, pretender transformarse en beneficiario excluyente de la rebeldía. No es la hora de un solo partido, sino de todos los que integran el arco constitucional de la República.

La crisis sobrepasa a las fuerzas de cualquier partido que intente obrar en soledad. Las prioridades de la hora son acuciantes e inexorables: hay que dar alimento a millones de personas, hay que restaurar la dignidad de quien necesita trabajar, hay que poner límite a la explotación salvaje que ha aniquilado conquistas laborales logradas en décadas de lucha ahincada y muchas veces trágica. Por sobre todo, hay que tejer realmente una red social propia del país civilizado que se pretende ser, comenzando por el subsidio de desempleo y la restitución del derecho a la salud, terminando con la aberrante transformación del derecho a la salud en un bien transable.

Y hay que acudir en ayuda de quienes han perdido todos los frutos de extensos años de esfuerzo tenaz, arrebatados o destruidos por la furia descontrolada de quienes transgredieron arteramente los límites de la protesta pacífica.

Es mucho lo que debe hacerse, y debe hacerse en tiempos hartos perentorios. Es que el memorial de agravios del pueblo postergado y excluido ha sido presentado a los poderes representativos con un estilo que es en sí mismo una severa advertencia. La ciudadanía ha tolerado demasiado de sus representantes en estas casi dos décadas de ardua construcción de una democracia que sigue siendo frágil y harto imperfecta (la democracia es, por definición, un sistema imperfecto, y ahí reside gran parte de su grandeza), pero los argentinos hemos equivocado al considerar lo imperfecto como su esencia.

Ha sonado, finalmente, la hora del tiempo social. Es la hora de la decisión. Y es también la hora de la grandeza. Ya no hay margen para la dilación, y no lo hay para insistir en viejos errores. La fiel observancia de un monetarismo cada vez más equivocado, la apertura irracional de nuestra economía, la inconcebible desprotección ante los estragos de los capitales golondrinas, la desnacionalización de nuestra riqueza sólo han servido para hundirnos en este caos de desesperanzas y temores. Se requiere lucidez para buscar nuevos caminos y coraje para transitarlos. Si algo demuestra la historia de los pueblos es que jamás dejan solos en sus marchas a los dirigentes que demuestran valentía para afrontar los grandes desafíos del destino.

Ha sonado la hora del tiempo social, tras una larga noche de políticas que diseminaron injusticias inconcebibles en un país que se pretende civilizado.

La Voz del Interior, Córdoba, 23 de diciembre de 2001.

De la interna al país

Beatriz Sarlo

Las manifestaciones que vivimos no sólo fueron gigantescas, sino que además mostraron, en un corte, la participación de casi toda la sociedad nacional –estuvieron presentes tanto los sectores más afectados por la crisis como la clase media–. Pero también esas manifestaciones, si bien provocaron la caída del gobierno, fueron un síntoma, no un remedio. Y sobre un síntoma es difícil construir un cambio del régimen político –una relación diferente entre capitalismo y gobierno–. No creo que la clase política haya interpretado el síntoma, es difícil de interpretar. Aquí se trata de la construcción de un nuevo régimen político o de la decadencia. El peronismo ha convertido lo que es una competencia interna en una competencia nacional.

Tres Puntos, 23 de diciembre de 2001.

Mensajes múltiples

Oscar Steimberg

No hubo un solo mensaje –una sola expresión del estupor ante la falta de perspectiva económica y social– ni una sola forma de reaccionar. Por un lado, estuvieron los saqueos y por otra reacciones como las de los cacerolazos, que tuvieron como protagonistas a las clases media y media alta.

En los últimos 50 años “la gente” –en especial la gente de clase media alta– ganó muchas veces la calle pero siempre expresando la convicción de que si caía el régimen existente todo iba a ser mejor sólo por el hecho de que cayera: pasó en el '55, en el '83 y en el '89. Ahora la novedad fue que los manifestantes no sólo pedían que cayera un régimen sino que se oponían a políticas específicas en relación a la economía y la organización de la vida social.

No tengo la menor idea de si la dirigencia interpretó el mensaje. Fue un mensaje transmitido a golpes, con fuego; casi sin palabras. Sólo se va a saber si fue interpretado con el resultado de las acciones políticas que lo sucedan.

Tres Puntos, 23 de diciembre de 2001.

Discurso de Adolfo Rodríguez Saá ante la Asamblea Legislativa

Vengo a cumplir el mandato constitucional que acaba de otorgarme esta Honorable Asamblea Legislativa para desempeñar la función de presidente de la Nación Argentina, lo que haré con la misma responsabilidad, dedicación y entrega con la que hasta ayer lo hice cuando me tocó conducir los destinos de la provincia en que nací en uno de los contextos más difíciles y dramáticos, pero también más profundos y transformadores que le ha tocado vivir a la Argentina; contexto que se patentizó en la noche del martes pasado, donde comenzó lo que me animo a calificar como uno de los más grandes movimientos populares de nuestra historia, cuando los

hombres y mujeres de este país salieron a la calle a manifestar que no soportaban más el caos, el hambre, la desocupación, la marginalidad, la inseguridad, la exclusión social, la indecisión, la situación dolorosa por la que estamos atravesando, que la jerarquía de esta Honorable Asamblea me eximen de una descripción más detallada.

La Argentina se vio enfrentada con su mejor rostro pero también con su peor cara. El mejor rostro en el legítimo ejercicio del derecho de expresarse para poner fin a todo un período de opresión y postración que ya no soportaba más, y para decirle no a toda una generación que se empeñó en pensar y actuar a espaldas de los intereses y necesidades del pueblo. La peor cara en las manifestaciones del vandalismo, el saqueo irracional y las muertes absolutamente innecesarias. Todo esto no podemos ocultarlo y todos debemos reflexionar sobre lo que sucedió esa noche, porque será a través de esa mirada y de ese análisis que encontraremos los caminos, los procedimientos, los instrumentos que nos llevarán a dejar atrás para siempre esa situación que nuestros pueblos y nuestros hijos no merecían.

Todo fue producto de la conducción de una generación que aspiramos que termine para que desde hoy, entre todos, empecemos a crear y transitar una nueva República, a remover los obstáculos de la injusticia social y del atraso. De inmediato nos abocaremos a eliminar todos los conflictos y situaciones de injusticia que hayan tenido origen en estos hechos.

La observación de estos trágicos días nos obliga a que en las próximas horas estemos proponiendo al Honorable Congreso de la Nación una ley para indemnizar a todos aquellos que fueron víctimas de la protesta popular. Pero también quiero dejar en claro que estoy de acuerdo con quienes supieron mostrar el rostro de lo mejor de la Argentina, la expresión popular que luchó por sus derechos. Dejo en claro que repudio los saqueos y desmanes, así como también las violaciones de los derechos individuales.

En esa jornada vimos algo que no pudimos nunca imaginar los hombres y mujeres que integramos esta democracia que tanto dolor y sangre costó a los argentinos antes de 1983. Nada más y nada menos que el símbolo de la lucha por su recuperación. Me refiero a las Madres de Plaza de Mayo, reprimidas inexplicablemente por las fuerzas de la democracia.

No puedo dejar de rendirle un homenaje a los muertos en esas jornadas. Sangre innecesariamente derramada. Señores legisladores: ¿qué necesidad había de estas muertes, del dolor de estas familias que perdieron a sus seres queridos por nuestra desidia, nuestra ceguera y tal vez hasta por nuestra irresponsabilidad? Estas pérdidas irreparables son la bisagra que hará posible una nueva Argentina, con un nuevo estilo de gobernar; un gobierno para 37 millones de argentinos que creyeron que en cada uno de nosotros, encontrarían una persona que trabajaría para ellos, para su presente y futuro de sus hijos.

Esta debe ser desde hoy nuestra visión, el cristal con que debemos enfocar cada una de nuestras decisiones. Nunca más un gobierno para beneficio de los que gobiernan. Nuestros paradigmas son y serán la libertad, la igualdad, la transparencia, el verdadero respeto de los derechos humanos, la austeridad. Espero que ésta sea la última declamación sobre estos puntos y que ahora los concretemos. Porque los argentinos ya sabemos perfectamente bien de qué se trata. No permitamos más expli-

caciones. Sí, en cambio, ansío que se concrete, que se haga realidad en el día de todos y cada uno de nosotros.

Somos perfectamente concientes de que hoy alumbramos una nueva República, hoy comienza la transformación de nuestro querido país. A partir de hoy ya nada será igual. Gobierna desde hoy otra generación.

Emergencia Social: lo social es el más grave problema de la Argentina. Es el desafío que nos presenta el mundo globalizado de nuestro tiempo. El capitalismo, tal cual se nos presenta hoy, no puede dar respuestas al desempleo, la marginación, la exclusión, la pobreza. Desde esta jornada los argentinos exigen un cambio, exigen una respuesta, exigen que el centro de preocupación del gobierno sea la cuestión social.

Hoy venimos a aceptar ese desafío. Es cierto que cada argentino tiene derecho a un trabajo digno y queremos concretarlo. Esta noche, esta madrugada comenzaremos a instrumentar el plan social para crear un millón de empleos en la Argentina. Debemos esforzarnos y pido ayuda para que esto se concrete en el más breve tiempo posible, de manera que dentro de un mes estemos pensando en ampliar este plan para acercarnos al sueño de hacer cierto que cada argentino tenga su fuente de trabajo.

¡Esto es posible, pero sin corruptelas! Que el esfuerzo del Estado y del gobierno llegue a la gente y que entendamos que la oportunidad debe ser, en primer lugar, para el grupo familiar. Donde haya una familia sin empleo, ésta será la prioridad.

Convocamos a la sociedad civil, a la Iglesia, a las organizaciones no gubernamentales, a los sindicatos, a las organizaciones sociales, a las municipalidades y a los gobiernos provinciales a unir esfuerzos y controles. Solamente con el esfuerzo sincero y responsable podremos evitar la corruptela.

Vamos a consultar, reflexionar y decidir en las próximas horas acerca de reestablecer el derecho constitucional según el cual cada trabajador tiene derecho a acceder a un salario mínimo, vital y móvil.

Plan Alimentario: no se puede concebir que en un país con todas las posibilidades de producción de alimentos el pueblo esté sometido al hambre, a la marginación y a la pobreza. Sin dudar, vamos a implementar de inmediato un plan de emergencia alimentaria, para contener a todos los excluidos, marginados y postergados. Lo haremos con la estrecha colaboración de cada una de las jurisdicciones provinciales. Esto implica la reconstrucción de la red solidaria que jamás debimos permitir que se destruyera.

Austeridad: remitiremos a la brevedad a este Congreso de la Nación un proyecto de ley para concretar la decisión de disminuir los salarios de los funcionarios en actividad, entidades autárquicas y descentralizadas, de manera tal que nadie –repeto: nadie– pueda ganar más que el Presidente de la Nación, cuya remuneración, por todo concepto, será fijada en tres mil pesos. Por lo menos, mientras dure esta situación de emergencia se congelarán todas las vacantes de la Administración Pública Nacional, de la planta permanente, contratados, transitorios o cualquier tipo de subterfugio para contratar personal, impidiendo toda nueva incorporación de personal. Se dispondrá la inmediata venta de la totalidad del parque automotor, de todos los entes autárquicos y descentralizados y, en la emergencia gravísima que vive el país, también pondremos en venta, y nos animaremos a hacerlo, el parque aeronáu-

tico de la Presidencia de la Nación. Invitamos a las provincias y municipios a adherirse a todas estas disposiciones.

Los ministerios de Educación y de Salud y Acción Social serán reemplazados por áreas de coordinación, en estrecha vinculación con las jurisdicciones provinciales. El Ministerio de Relaciones Exteriores y el Ministerio de Defensa serán fusionados.

Ningún trabajador de la Administración Pública Nacional perderá su empleo. Repito: ningún trabajador. Excluyo de este concepto a los aprovechados, a los que con lenguaje permisivo llamamos gasto político.

Deuda Externa: no siento que sea justo definir a la llamada deuda externa argentina como el endeudamiento contraído por el Estado argentino frente a los acreedores extranjeros que merezca definir nuestra posición con la frase "debemos honrar los compromisos asumidos". Siento que las cosas no son así. No podemos obviar con toda crudeza que algunos dicen que la llamada deuda externa, al menos parcialmente, es el más grande negociado económico que haya vivido la historia argentina. Este concepto se agrava porque su tratamiento siempre se ha realizado en escenarios reducidos, en oficinas a puertas cerradas, con decisores desconocidos y a espaldas del interés general. Y, lo que es más grave, se ha priorizado el pago de la llamada deuda externa frente a la deuda que este país tiene con sus propios compatriotas.

Quiero ser muy claro: la deuda externa argentina se ha venido pagando sin cumplirse con el requisito constitucional que dice que es atributo del Congreso arreglar el pago de la deuda interior y exterior de la Nación.

Vamos a tomar el toro por las astas. Vamos a hablar de la deuda externa.

En primer lugar anuncio que el Estado argentino suspenderá el pago de la deuda externa. Esto no significa el repudio de la deuda externa. Esto no significa una actitud fundamentalista. Muy por el contrario, se trata del primer acto de gobierno que tiene carácter racional para darle al tema de la deuda externa el tratamiento correcto.

Nuestro gobierno abre las puertas a este Congreso para tomar conocimiento de todos los expedientes y los actos administrativos que estén vinculados con la deuda externa argentina, incluido este período gubernamental.

¡La transparencia se hace, no se proclama! Señores: los libros estarán abiertos para ustedes. Todos los dineros que estén previstos en el presupuesto para pagar la deuda externa, mientras los pagos se encuentren suspendidos, serán utilizados, sin dudar y sin excepción, en los planes de creación de fuentes de trabajo y el progreso social.

Convertibilidad: en la actual crisis económico-social que vive el país son falsas las opciones de dolarización o devaluación que presentan a la convertibilidad como el mal de la sociedad argentina. Esto no implica desconocer las dificultades que el tipo real de cambio ha venido generando en nuestras relaciones comerciales con el exterior, hechos que serán motivo de acciones específicas. Frente a esta asfixiante opción propondremos en el curso de la semana que viene la implementación de una tercera moneda a fin de inyectar liquidez al consumo popular. Esto no perjudicará a nadie y llevará beneficio a los hogares argentinos. Una devaluación significaría disminuir el salario de los trabajadores en la misma proporción, sumado a la posibilidad cierta de un descontrolado incremento de precios, afectando el consumo de sectores asalariados o con ingresos fijos.

Sería muy fácil establecer una devaluación. El efecto inmediato de esta medida consistiría en la pérdida de poder adquisitivo en los asalariados, acentuando aún más la crítica situación por la que atraviesa hoy el conjunto de los trabajadores argentinos. Yo no estoy de acuerdo con esto porque sería una nueva quita al bolsillo de los trabajadores.

Incentivaremos la producción y las nuevas inversiones. Pondremos el sistema tributario al servicio de la producción y la inversión. El país no tolera más la evasión, el contrabando y la inequidad fiscal. La producción, la competitividad y el empleo dejarán de ser temas olvidados. Queda abierta nuestra agenda productiva.

Honorable Asamblea Legislativa, pueblo argentino: creo en la grandeza de nuestros próceres, creo en nuestra bandera histórica, creo en los mártires de la Argentina, creo en el 17 de Octubre del pueblo que dio a Perón la oportunidad de dignificar a los argentinos, creo en la resistencia peronista, creo en la lucha de las Madres de Plaza de Mayo, creo que nuestros trabajadores y nuestros productores devolverán con su esfuerzo la grandeza a la Argentina, creo en la libertad y en la justicia, creo en el principio de la racionalidad, creo firmemente en la legalidad, creo que es posible una Argentina sin pobres, sin desocupados, sin hambre y sin miseria, creo en la justicia social.

Como siempre lo hago cada vez que me ha tocado afrontar las responsabilidades que el pueblo me delegó, pido la protección de Dios y del milagroso Cristo de la Quebrada, para que me ayuden e iluminen en los difíciles días que me esperan en este período. ¡Muchas gracias y a trabajar!

23 de diciembre de 2001.

El reencuentro

Miguel Bonasso

Fin de ciclo. En el doble sentido de la palabra: fin de este ciclo sobre el exilio que viene a coincidir con el fin de la ingenuidad, la aquiescencia y el temor en la joven y ya tan vapuleada democracia argentina. En este diciembre caliente de 2001 el pueblo se cansó de ser forreado como "la gente" y volvió a ser "pueblo". Y cuando los pueblos se enojan organizan "puebladas".

No deja de ser una coincidencia extraordinaria que la evocación trascienda la melancolía y vuelva a coincidir con la historia. Recupero el tiempo presente, porque mi pueblo ha recuperado su dignidad en una gesta que no tiene nada que envidiar a las que encendieron los días de mi juventud, como el Cordobazo.

En los últimos años, cuando el cansancio y el desánimo nos invadían, cuando nos costaba remontar el aparente quietismo de nuestros compatriotas, nos preguntábamos con Ana si habíamos hecho bien en volver. Si no era un disparate, por ejemplo, haber concentrado aquí todos nuestros libros. A partir de las jornadas del 19 y 20 de diciembre no tenemos dudas acerca de cuál es nuestra residencia en la Tierra. Aquí nos holgamos con los amigos, enterramos a nuestros muertos y salimos a ser gaseados y tiroteados con nuestros compañeros. Porque volvemos a tener compañeros.

No importa que los gatopardos de la politiquería preparen su pastel, que los represores engrasen sus escopetas, que los antiguos comunicadores del régimen resuciten su condena a los que roban calefones, como la mejor manera de ocultar a los dueños de fondos de inversión, los bancos y las corporaciones que se robaron hasta el subsuelo mismo de la Patria.

Quiero estar para siempre en el mismo territorio donde yacen los caídos de los setenta y los jóvenes muertos del jueves y viernes. No puedo sentir cólera en Londres, ni amar hasta deshacerme en Madrid, ni gritar por el país que sueño en cualquier lugar del globo que no sea esta vieja puta, decadente y seductora, que es Buenos Aires. Esta Buenos Aires que se levanta de sus cenizas con una cacerola en la mano; que se repuebla (como el París comunero de Rimbaud); que lucha bajo los gases de Fernando el Fugaz; que resiste con pecho adolescente las balas de plomo que la Federal guarda para lanzarlas con placer en la grandes ocasiones, mientras babeaban los enanos fascistas.

Pese a la impunidad, pese al dolor que el país nos propina a cada rato, no hay libro que se pueda escribir fuera de sus fronteras, ni nota que valga la pena cubrir, ni política que merezca ser transitada —una y otra vez— a pesar de todos los desengaños.

El ciclo se ha cerrado. Se acabaron las dudas. Los tiempos difíciles que estamos por vivir habrá que vivirlos y morirlos en este paisaje. Como contribución a esos muchachitos que enfrentaban a los patrulleros, a los escudos de las bestias pardas, a las escopetas de la Guardia de Infantería y los cosacos de la Montada. A toda esa recua de brutos y miserables que salen a matar por un sueldo de mierda y la orden cobarde que un político agónico murmura en la oscuridad de su despacho. Los chicos despolitizados —según los sociólogos adocenados— los hicieron retroceder muchas veces y cuando les tocaba correr, por la asimetría bestial de las armas y las desarmas, regresaban como Fantomas, como los Padrecitos Fundadores del coraje, como sus Padres Desaparecidos. Hasta derribar al hombre estulto y pequeño que ordenó la muerte total de los jóvenes para detener por una pocas horas su irreversible muerte política. Esos muchachos eran tan buenos, tan grandes, tan valientes, que ya no le servirá a los Galimbertis de este mundo denostarlos para cubrir sus miserias, diciendo despectivamente que son drogadictos y que bravos eran los de antes. Como él, claro, aunque ahora sea un alcahuete de la CIA.

Me quedaré para rescatar a los que cayeron en las 48 horas del Argentinazo. Para celebrarlos en la memoria y evitar que las ratas del periodismo (que abundan) los pierdan “en sórdidas noticias policiales”. Los confinen a cuartos sórdidos de comisarías, morgues y hospitales. Los etiqueten como NN y los escamoteen a la justicia.

Me quedaré hasta el final, venga como venga. En el domicilio que figura en guía y conocen los buenos y los malos. Para construir una alternativa de país distinta: grande y generosa. Por fuera y por encima de una clase política que —salvo escasas y honrosas excepciones— sigue en la mira de un pueblo que no quiere ver escamoteando su triunfo por los representantes que nada representan, como no sea los intereses de los gerentes y las órdenes maníacas de los tecnócratas.

Me quedaré para construir desde abajo, con los grandes actores sociales de estas jornadas, el Frente Cívico de Liberación que el país necesita para volver a ser una Nación. Para regresar a los tiempos en que teníamos mercado interno y un lu-

gar en el mundo; industria automotriz y aeronáutica; mieses y empleos; una clase media extendida y una clase trabajadora con gran capacidad de consumo. Me quedaré para una utopía más modesta, pero no menos noble que el socialismo deseado en los setenta; para ayudar a que volvamos a ser lo que fuimos; el primer país de América Latina que disponía de tecnología para enriquecer el uranio; la pradera más fértil de la Tierra; el productor de cultura más poderoso del continente.

Para ayudar a construir un capitalismo con capacidad nacional de decisión: que haga de la justicia social y no del lucro la meta de su eficiencia. No será fácil. No hay proyecto nacional, ni liderazgo, ni una propuesta acabada que dé respuesta tanto a la extrema gravedad de la coyuntura, como al futuro que se merecen los muchachos y las chicas que desafiaron la represión. Pero ahora sé que a muchos nos sobran cotiledones para aceptar el desafío de reemplazar a esos dos grandes cascarones vacíos que son el justicialismo y el radicalismo.

La historia le brinda a mi generación una segunda oportunidad y no hay que desecharla. No para la "violencia" como opina más de un débil mental, sino precisamente para conjurarla con instituciones saneadas del virus de la impunidad. Para que nunca más en este país la gente que protesta pacíficamente en armonía con la Carta Magna sea atropellada por los Jinetes del Apocalipsis.

Detrás del gigantesco esfuerzo que nos espera, hay una Argentina de la libertad, la justicia y la esperanza. Que debe construirse desde el trabajo y no desde la usura. Porque el país será una nación cuando no nos limitemos melancólicamente a abrir containers.

Ojalá pueda verlo y mostrárselo a mis hijos y mis nietos.

Tres Puntos, 23 de diciembre de 2001.

Vicios políticos autodestructivos

Carlos Escudé

No es novedad que los grandes partidos políticos argentinos, a diferencia de los chilenos y europeos, no se estructuran en torno de ideas sino de caudillos. El justicialismo tiene una izquierda y una derecha muy distantes entre sí. También el radicalismo. En Chile, Europa e incluso los Estados Unidos, el ala izquierda de ambos justicialismo y radicalismo formarían un partido, y el ala derecha de ambos, otro partido. Pero en la Argentina los grandes partidos son camisetas, como las de Boca y River.

Puede haber diferencias de estilo, pero esencialmente son grandes bolsas de gatos donde lo que cuenta es lo que cínicamente se llama "el proyecto de poder": la táctica para ganar una presidencia, gobernación, intendencia...

Qué hace con el poder una vez conquistado es cosa secundaria. Por eso pueden convivir izquierda y derecha en el mismo partido. Por eso también se puede traicionar todo un legado a cambio de la esperanza de una reelección. Los caudillos son señores feudales que sólo ansían el poder, desde donde devuelven prebendas a fieles clientes que comparten los beneficios de la victoria y las privaciones de la derrota. (...).

Las internas mandan. Pero todo no termina allí. Producida la debacle del delirio y en plena crisis social e institucional, el justicialismo no pudo sino subordinar los intereses del país a sus internas. Apelando a una interpretación forzada de una Constitución y Código Electoral bastante claros, impuso una minoría simple en la Asamblea Legislativa para privar a la Nación de un presidente con mandato hasta el 2003, y para aplicar una Ley de Lemas jurídicamente cuestionable cuya única virtud es minimizar las disputas entre caudillos justicialistas que compiten entre sí.

En este contexto lo más deplorable de todo fue la actitud del bloque menemista, que con el único objetivo de bloquear el advenimiento en marzo de un presidente que pudiera hacerle sombra a Menem en las elecciones del 2003, se unió al radicalismo para votar en contra del proyecto ómnibus de su propio partido.

El objetivo menemista era que el país se "clavara" con Adolfo Rodríguez Saá por los próximos dos años, con la esperanza de que entonces, ya habilitado su caudillo para la presidencia, un país inconmensurablemente más arruinado que el actual le implorara su retorno. Fue una apuesta similar a la que llevó a Menem a convertirse en aliado de de la Rúa desde la liberación del primero hasta la renuncia del segundo: el ex presidente justicialista quiso que la agonía del radicalismo en el poder fuera lo suficientemente larga como para permitirle cumplir con el plazo de cuatro años de inhabilitación.

Mientras tanto, los vecinos de *countries* y barrios privados del conurbano sufrían ataques de pánico, temerosos de que los habitantes de las villas de emergencia circundantes desbordaran los débiles servicios de seguridad privada y saquearan a sangre y fuego.

Pero nada de esto fue suficiente para que los señores feudales de la corporación política subordinaran sus intereses particulares al bien común. Ni siquiera una vez conocido el desenlace autodestructivo de la mezquindad de de la Rúa. Saben que juegan a la ruleta rusa, pero calculan que en dicho juego cinco de cada seis veces el tiro fatal no llega, a la vez que el acariciado sueño presidencial sólo es alcanzable si no abdican frente a los implacables cálculos de sus rivales.

Un riesgo latente. En suma, nos han puesto un presidente que tiene en la corta duración de su mandato la mejor justificación para no jugarse respecto de las decisiones económicas de mayor magnitud. Seguramente las circunstancias lo obligarán a tomar decisiones más relevantes que las que él quisiera, pero cabe recordar que las circunstancias sólo obligan cuando la situación empeora. En el mejor escenario habremos perdido dos o tres meses. En el peor, la parálisis programática puede conducir a nuevos estallidos sociales.

No sé si los argentinos nos merecemos otra cosa: la ciudadanía también es responsable de complacencia frente a los vicios políticos que nos arruinan y que pueden precipitarnos a una violencia mucho peor que la que vislumbramos el jueves 20 de diciembre.

Pero las generaciones más jóvenes están siendo condenadas a un destino de Macondo, a la vez que la sensación generalizada en todo el mundo civilizado es que la Argentina es un país que hiede a podredumbre y descomposición, por su propia culpa, sin otros verdugos que su propia dirigencia.

BAE, 26 de diciembre de 2001 (fragmento).

El año de las pérdidas

Vicente Muleiro

El 2001 fue el año de la severa descapitalización de toda la acumulación política y económica que pudo haberse reunido en la Argentina a partir de 1983. La posibilidad de hacer de esta rotunda derrota anual una experiencia positiva hacia adelante es el signo de pregunta sobreimpreso en el año 2002.

El trabajo de descapitalización política había comenzado mucho antes: cuando Fernando de la Rúa, una vez que asumió el gobierno y pasada una brevísima luna de miel, comenzó a deshilar la Alianza y a vaciarla del contenido que los votos le habían impreso.

Con una fuerte mengua de su popularidad, con las promesas aliancistas arrojadas al cesto, el gobierno ahora renunciado entró a este 2001 que termina dispuesto a blanquearse en su impronta más conservadora y ortodoxa. Si José Luis Machinea guardaba como ministro de Economía algunas hebras de aliancismo (entendida esa criatura no-nata como la apuesta a conciliar el realismo de la globalización con los intereses de las mayorías), Ricardo López Murphy se movía en otra cuerda: asumir a fondo las recetas neoliberales, pulverizar el rãdio de acción estatal en niveles poco soportables para la memoria colectiva y fugar hacia adelante con un catecismo tan firme como divorciado del espíritu que había impulsado a la Alianza. Con este cuadro, el gobierno se arrinconaba en la figura presidencial no por su peso sino por su mayor defecto: la imposibilidad de generar cualquier tipo de consenso, la soledad como virtud.

Los actores pasaron a ser económicos. Pero se trataba de política pura: la gestión pasó a ser, por excelencia, delarruista, tanto en lo que carga de acción como de inacción. El "lance" López Murphy no alcanzó a dibujarse. Bastó un discurso de asunción ceñudo, a cara de perro, el 16 de marzo, y el aire de tormenta lo volteó sin que llegara a dar un solo paso. Con esa tendencia al recauchutaje que tiene la política nacional la figura de un Domingo Cavallo aparentemente despojado de sus rasgos más fundamentalistas, ocupó el centro y desparramó su conocida hiperactividad, arrojando términos y criaturas como el empalme peso-dólar que apenas alcanzaron para mover la escena sin que la economía real respondiera a los anuncios.

Con Cavallo la política retrocedió en todos los frentes: el Congreso cedió potestades para paralizarse en *la trampa de que lo mejor que puede hacer un dirigente es gerenciar la desgracia y no molestar*. ¿Dónde quedaba la acción política concebida como una posibilidad de trabajar sobre la realidad? Pues en la economía (en Cavallo), por un lado, y en el círculo más estrecho de un Presidente que para las acciones fundamentales (refrendar o no las iniciativas de sus ministros más activos, hacer recambios de gabinete, bajarle mensajes a una sociedad que se le malquistaba ostensiblemente) se apoyaba en la escasa profesionalidad y los intereses de sus íntimos.

La concepción presidencial del poder se planteaba como un enigma, hacía sospechar más sobre autoimagen protocolar, adornada por largos viajes y bruñidas recepciones que sobre un liderazgo de cualquier tipo. Esa forma de "no hacer" no parecía, sin embargo, inocente toda vez que los sectores que ya venían golpeados por el menemismo conocían aun nuevas desgracias y mayores descensos. En el mes de

mayo llegó para quedarse hasta octubre la crisis de Aerolíneas Argentinas que rápidamente adquirió el valor de una lámina didáctica sobre los mecanismos con que se habían concretado las privatizaciones. También mostró dramáticamente, la escasa fuerza estatal para imponer reglas que defendieran sus intereses. En ese, como en otros casos, el gobierno nacional no tenía nada que hacer.

La sociedad se agarró la cabeza ¿Se merecía tragar un clavo tan oxidado? El discurso presidencial comenzó a desvalorizarse rápidamente. Se apoyaba en grandes palabras ante la imposibilidad de decir algo concreto. Otro partido que seguía cargando con culpas frescas por el vaciamiento de contenidos republicanos en la gestión encabezada por Carlos Menem, le dio a la dupla de la Rúa-Cavallo, en las elecciones de octubre, un cachetazo que se escuchó hasta en las antípodas.

Las elecciones vieron aparecer a un nuevo partido político, Argentina para una República de Iguales (ARI) detrás de un liderazgo preciso, el de Elisa Carrió. La potencia pública de la chaqueña en sus primeros tramos hizo creer en la aparición de un fenómeno. Pero Carrió no se presentó como candidata y su circulación no fue tan fuerte como amenazaba. El predominio de lo que se definió como "voto bronca" tiñó esas elecciones como un rechazo que excedía a las autoridades delarruistas e inculminaba a la dirigencia.

Pero donde no se escucharon los resultados electorales del 30 de octubre fue en el propio Gobierno. El término autismo se popularizó para definir el ensimismamiento presidencial.

Cómo si el gobierno estuviera decidido a preservar alguna nube simbólica, la investigación sobre la venta ilegal de armas a Ecuador, había derivado en la prisión del ex presidente Carlos Menem el 7 de abril. Con el clima político enrarecido por la permanente pérdida de poder del Presidente y del Ejecutivo en su conjunto, y por el malhumor de la ciudadanía, ese acto judicial no podía dejar de leerse como la determinación de entretener más a la platea que a la popular, ambas enojadas.

El perfil de Menem preso como moneda de cambio se acentuó aún más con su liberación el 3 de diciembre: el riojano fue el primero en pisar la Casa de Gobierno en un pálido bosquejo de diálogo político que pareció una táctica para ganar tiempo sin que estuviera claro en pos de qué. Ni siquiera la rehabilitación de la Justicia podía concretarse.

En ese punto de cocción que alcanzaba el hervor, el ministro de Economía se encargó de comenzar el tiempo de descuento del Gobierno el 1º de diciembre con la instalación del "corralito". Al restringir el uso de dinero efectivo, capturar los depósitos y hacer de la vida cotidiana de los sectores medios un infierno de gestiones teñido por el temor, el delarruismo ingresó en su última vorágine descendente.

Hasta los valores doctrinarios que se habían tratado de inocular en el momento más esplendoroso del discurso neoliberal se caían solos: con la gente privada de usar su dinero por una decisión que partía del mismísimo Estado el libremercado se negaba a sí mismo para sostenerse.

Sobre el final del año el tiempo se arracimó como un tornado: los saqueros diurnos del miércoles 19, el cacerolazo nocturno de ese mismo día, las batallas campales en Plaza de Mayo al día siguiente, condensaron en unas pocas horas la dimensión de un fracaso. Genio y figura hasta su autocavada sepultura política, de la Rúa verificó los últimos días de su gestión encerrado entre asesores inhábiles y palabras

El año de las pérdidas

Vicente Muleiro

El 2001 fue el año de la severa descapitalización de toda la acumulación política y económica que pudo haberse reunido en la Argentina a partir de 1983. La posibilidad de hacer de esta rotunda derrota anual una experiencia positiva hacia adelante es el signo de pregunta sobreimpreso en el año 2002.

El trabajo de descapitalización política había comenzado mucho antes: cuando Fernando de la Rúa, una vez que asumió el gobierno y pasada una brevísima luna de miel, comenzó a deshilar la Alianza y a vaciarla del contenido que los votos le habían impreso.

Con una fuerte mengua de su popularidad, con las promesas aliancistas arrojadas al cesto, el gobierno ahora renunciado entró a este 2001 que termina dispuesto a blanquearse en su impronta más conservadora y ortodoxa. Si José Luis Machinea guardaba como ministro de Economía algunas hebras de aliancismo (entendida esa criatura no-nata como la apuesta a conciliar el realismo de la globalización con los intereses de las mayorías), Ricardo López Murphy se movía en otra cuerda: asumir a fondo las recetas neoliberales, pulverizar el rãdio de acción estatal en niveles poco soportables para la memoria colectiva y fugar hacia adelante con un catecismo tan firme como divorciado del espíritu que había impulsado a la Alianza. Con este cuadro, el gobierno se arrinconaba en la figura presidencial no por su peso sino por su mayor defecto: la imposibilidad de generar cualquier tipo de consenso, la soledad como virtud.

Los actores pasaron a ser económicos. Pero se trataba de política pura: la gestión pasó a ser, por excelencia, delarruista, tanto en lo que carga de acción como de inacción. El "lance" López Murphy no alcanzó a dibujarse. Bastó un discurso de asunción ceñudo, a cara de perro, el 16 de marzo, y el aire de tormenta lo volteó sin que llegara a dar un solo paso. Con esa tendencia al recauchutaje que tiene la política nacional la figura de un Domingo Cavallo aparentemente despojado de sus rasgos más fundamentalistas, ocupó el centro y desparramó su conocida hiperactividad, arrojando términos y criaturas como el empalme peso-dólar que apenas alcanzaron para mover la escena sin que la economía real respondiera a los anuncios.

Con Cavallo la política retrocedió en todos los frentes: el Congreso cedió potestades para paralizarse *en la trampa de que lo mejor que puede hacer un dirigente es gerenciar la desgracia y no molestar*. ¿Dónde quedaba la acción política concebida como una posibilidad de trabajar sobre la realidad? Pues en la economía (en Cavallo), por un lado, y en el círculo más estrecho de un Presidente que para las acciones fundamentales (refrendar o no las iniciativas de sus ministros más activos, hacer recambios de gabinete, bajarle mensajes a una sociedad que se le malquistaba ostensiblemente) se apoyaba en la escasa profesionalidad y los intereses de sus íntimos.

La concepción presidencial del poder se planteaba como un enigma, hacía sospechar más sobre autoimagen protocolar, adornada por largos viajes y bruñidas recepciones que sobre un liderazgo de cualquier tipo. Esa forma de "no hacer" no parecía, sin embargo, inocente toda vez que los sectores que ya venían golpeados por el menemismo conocían aun nuevas desgracias y mayores descensos. En el mes de

mayo llegó para quedarse hasta octubre la crisis de Aerolíneas Argentinas que rápidamente adquirió el valor de una lámina didáctica sobre los mecanismos con que se habían concretado las privatizaciones. También mostró dramáticamente, la escasa fuerza estatal para imponer reglas que defendieran sus intereses. En ese, como en otros casos, el gobierno nacional no tenía nada que hacer.

La sociedad se agarró la cabeza ¿Se merecía tragar un clavo tan oxidado? El discurso presidencial comenzó a desvalorizarse rápidamente. Se apoyaba en grandes palabras ante la imposibilidad de decir algo concreto. Otro partido que seguía cargando con culpas frescas por el vaciamiento de contenidos republicanos en la gestión encabezada por Carlos Menem, le dio a la dupla de la Rúa-Cavallo, en las elecciones de octubre, un cachetazo que se escuchó hasta en las antípodas.

Las elecciones vieron aparecer a un nuevo partido político, Argentina para una República de Iguales (ARI) detrás de un liderazgo preciso, el de Elisa Carrió. La potencia pública de la chaqueña en sus primeros tramos hizo creer en la aparición de un fenómeno. Pero Carrió no se presentó como candidata y su circulación no fue tan fuerte como amenazaba. El predominio de lo que se definió como "voto bronca" tiñó esas elecciones como un rechazo que excedía a las autoridades delarruistas e inculminaba a la dirigencia.

Pero donde no se escucharon los resultados electorales del 30 de octubre fue en el propio Gobierno. El término autismo se popularizó para definir el ensimismamiento presidencial.

Cómo si el gobierno estuviera decidido a preservar alguna nube simbólica, la investigación sobre la venta ilegal de armas a Ecuador, había derivado en la prisión del ex presidente Carlos Menem el 7 de abril. Con el clima político enrarecido por la permanente pérdida de poder del Presidente y del Ejecutivo en su conjunto, y por el malhumor de la ciudadanía, ese acto judicial no podía dejar de leerse como la determinación de entretener más a la platea que a la popular, ambas enojadas.

El perfil de Menem preso como moneda de cambio se acentuó aún más con su liberación el 3 de diciembre: el riojano fue el primero en pisar la Casa de Gobierno en un pálido bosquejo de diálogo político que pareció una táctica para ganar tiempo sin que estuviera claro en pos de qué. Ni siquiera la rehabilitación de la Justicia podía concretarse.

En ese punto de cocción que alcanzaba el hervor, el ministro de Economía se encargó de comenzar el tiempo de descuento del Gobierno el 1º de diciembre con la instalación del "corralito". Al restringir el uso de dinero efectivo, capturar los depósitos y hacer de la vida cotidiana de los sectores medios un infierno de gestiones teñido por el temor, el delarruismo ingresó en su última vorágine descendente.

Hasta los valores doctrinarios que se habían tratado de inocular en el momento más esplendoroso del discurso neoliberal se caían solos: con la gente privada de usar su dinero por una decisión que partía del mismísimo Estado el libremercado se negaba a sí mismo para sostenerse.

Sobre el final del año el tiempo se arracimó como un tornado: los saqueros diurnos del miércoles 19, el cacerolazo nocturno de ese mismo día, las batallas campales en Plaza de Mayo al día siguiente, condensaron en unas pocas horas la dimensión de un fracaso. Genio y figura hasta su autocavada sepultura política, de la Rúa verificó los últimos días de su gestión encerrado entre asesores inhábiles y palabras

sin peso. Su mentada indecisión mostró hasta que punto escondían decisiones terribles que quedaban estampadas en las cifras fúnebres del levantamiento popular.

Los últimos días de de la Rúa lo exhibieron a secas despojado de poder, lento para el manejo de los tiempos, sordo para calibrar el ánimo público. Había conseguido enemistarse hasta con quienes hacían buenos negocios con su ineptia y con su enjuagada concepción de la política. Entre sus errores finales, la posibilidad de asumir la crisis y abrir el gobierno siquiera para transformarse en una estatua de bronce falso, pasó delante de sus narices mientras las urgencias de una salida se aceleraban a la vista de todos.

Con un plato en la mano el peronismo esperó que le lloviera ese bocado. Y recién se puso a degustarlo cuando estaba muy claro que quedaba enteramente a su disposición. La velocidad de los tiempos políticos no le había dado sin embargo al justicialismo la posibilidad de renovar su conducta pública porque no había empezado a transformar la derrota de 1999 en una esperable renovación de formas y contenidos cuando ya comenzó a tener claro que volvería al gobierno. Y que volvería con lo que era, es decir sin tener que detenerse a proyectar lo que debía ser o lo que la sociedad necesitaba que fuera.

Así el escenario nacional vio aparecer unã contrafigura delarruista: Adolfo Rodríguez Saá, más al tanto de las ventajas que de los peligros de la sobreactuación. El gobernador de San Luis pintó sonrisas en el mismo lugar de las heridas y se embarcó en una administración hartamente dificultosa de la mano de la ampulosidad, con una sociedad convertida en tribuna vigilante y el temor de que la tensión política se trasladara a la violencia en términos aún más ominosos. (...).

Lo que hoy se ve no es muy distinto a lo que ya se venía viendo: una puja interna en el lugar donde se debieran reunir las voluntades para aplicar toda su energía en la resolución de los problemas urgentes, en un primer paso, y en la elaboración de un programa creíble, en un segundo. En cambio de ese deseable alimento se entrega una borrosa capacidad fáctica. Haber asumido el default que ya estaba cantado y venderlo como la iniciativa de un gobierno audaz y con perfil nacional es una ilusión cuyo despertar puede ser brusco.

El peronismo se presenta con su liderazgo repartido. Pero hasta aquí no aparece la voluntad de aprovechar esa situación para convertirla en una unión de fuerzas. Hasta aquí han optado por presentarse en el estilo de puja que se le conoce.

La irresolución de esa carrera de obstáculos que es la vida cotidiana mantiene a la sociedad en un estado de tensión latente. Las sonrisas públicas no apagaron las amarguras privadas toda vez que se padece y se ve el espectáculo de una comunidad remontando sus jornadas barranca arriba y hacia ninguna cúspide. Qué nuevas expresiones podrá tener la bronca que nuevamente se comprime y quién la puede capitalizar es otra de las incógnitas con la que se pisa el 2002.

Aun con tan poco respiro cabe pensar a la Argentina en una perspectiva más amplia. A este país le tocó, con su dirigencia política cuestionada y su sociedad carente y/o crispada, ingresar al previsible período de la crisis de la deuda externa. Descapitalizado y exhausto, el 2001 se va con una tensión y unas preguntas que no conocen calendario.

Clarín, Sección Zona, 30 de diciembre de 2001 (fragmentos).

Los argentinos, ¿ingobernables o desgobernados?

Mariano Grondona

¿O desgobernados? Convengamos que no todos los gobernantes son iguales. Aun cuando expresaran su angustia por la gobernabilidad, Mitre y Roca fueron colosales. Si bien el sistema que construyeron no los sobrevivió a lo largo del tiempo, duró por décadas. Los gobernantes que hemos tenido en los últimos tiempos, ¿se les podrían comparar? ¿Diríamos que Videla, Massera o Galtieri fueron gobernantes ilustrados? Si ellos violaron sistemáticamente los derechos humanos, ¿tuvieron Alfonsín y de la Rúa la firmeza indispensable? ¿Rodeó a Menem un clima de honesta austeridad? ¿No será que más que *ingobernables* hemos sido *desgobernados*? ¿No serán los nuestros los estallidos de un pueblo manso que no aguanta más? Contrariamente a lo que pudiera pensarse, el diccionario no define al desgobernado como aquel a quien otro gobierna mal, sino al indisciplinado que se gobierna mal. ¿Es éste el caso del pueblo argentino? En nuestra historia de estallidos concurren dos factores. Uno, sin duda, nuestro carácter "inquieto y turbulento". El otro, que ese difícil carácter requiere gobernantes excepcionales. El potro argentino es magníficamente rebelde. Sólo el domador que una la seducción de la caricia a la firmeza del pulso podrá calmarlo. Pero esos artífices excelsos del poder, sólo aparecen de vez en vez. Deberían sumar a su talento, además, la capacidad de transmitirlo a sus sucesores a través de instituciones perdurables. Esta es la histórica hazaña que el pueblo en el fondo espera porque "así no se puede vivir".

La Nación, 30 de diciembre de 2002 (fragmento).

Desaparición

Martín Caparrós

"El poder es sordo; quizás por eso las palabras cambian tan poco"
John Berger

Es cierto, fue un kilombo. Yo también, como ustedes, me había pasado la semana pensando en palabras tales como puntano/populista/feudal/chanta/mentiroso —y, de pronto, desaparecieron: su inspirador se disolvió en el aire de un avión y una puesta al aire con interferencias; del aire son y al aire vuelven y ya no sé quién sos pero te noto un aire "yo me borro".

No, ustedes no me van a creer si les digo que me quedé sin palabras: estos días han producido material como pocos en nuestra historia reciente. Pero me impresionó que tantas desaparecieran y, sobre todo, me quedé pensando en la desaparición.

—No están, no tienen entidad, ni muertos ni vivos: son desaparecidos.

Aquel general de la patria había hecho, sin quererlo, un aporte invaluable al léxico del mundo. Lo tengo dicho: la única presencia argentina en la cultura global —a más del Diego— es esa familia de palabras: desaparición, desaparecidos —que ahora se dice así en muchos idiomas, con acentos pifiados. La palabra es rara, tipo ornitorrinco, mezcla de demasiadas cosas en capas sucesivas: lo que parece, lo que

aparece, lo que desaparece. Y la idea ha calado muy hondo: la política de la desaparición fue mucho más allá que lo que seguramente pretendían sus inventores. Ahora la política argentina es un arte de birlibirloque: acá tá, acá no tá. Y desaparecer, según el bloody diccionario, es "ocultar, quitar de delante con destreza alguna cosa". En estos días de frenesí me pareció que el problema era todo lo que desaparecía. También palabras desaparecían, para completar una desaparición. En estos días, sospecho, la desaparecida es la Argentina: una cierta idea de la Argentina se está hundiendo –y quizás no sea malo.

–O sea, que la desaparición, me dice, es el mecanismo con que todo funciona.

–Yo no dije exactamente eso. Y cuando escucho la palabra todo agarro mi revólver, mire vea. ¿Por qué no vamos por palabras?

Primero están las que ya venían tecleando, tocadísimas desde hace tiempo, al borde del fantasma:

De ésas, desapareció *trabajo*: durante siglos y siglos, tener un trabajo fue una desgracia que hasta la Biblia explicaba como castigo por portarnos mal –por querer conocer. Últimamente pasó a ser deseo ferviente, privilegio, causa de la envidia y en estos días se convirtió en utopía: una que, en principio, se podría cumplir lejos o en los sueños.

Y desapareció *presente*: como decía el otro, primero vinieron por el futuro pero no me importó, porque yo estaba preocupado por el año siguiente. Después se llevaron el mes de diciembre y no les hice caso, porque estaba ansioso por el día de mañana. Después se curraron el martes pero me hice el tonto porque yo pensaba en la tarde de hoy. Y al final, después de dejarme sin futuro, se me llevaron el presente. En estos días, este presente hecho de muertos, colas, hambre y depresión fue un pasado que quizás merecemos.

Y desapareció *plata*: en nombre del sacrosanto mercado y el inalienable derecho a la propiedad –que nunca falte– hicieron con la clase media lo que ya habían hecho con los (ex) trabajadores: dejarlos sin mosca, guardársela toda, hacerla desaparecer. Fue todo un logro: la base para una alianza que parecía difícil.

–¿Usted dice entre alpargatas y mocasines de guido?

–Sí, qué raro, ¿no? Qué habilidad para el desastre.

Pero después vinieron los kilombos –gracias, Señor, por los kilombos cuando la kietud es calma de los cementerios– y las reacciones y los más kilombos y las desapariciones más recientes.

Desapareció *representación* –de una vez por todas. Los políticos creyeron que podían seguir haciendo uso de un sistema –la democracia delegativa– por el que prometían equis, hacían menos equis y recién les pedían cuentas si acaso en las elecciones de dos años después; de pronto descubrieron que sus víctimas estaban descubriendo otras maneras: las buenas viejas maneras de agarrar la calle. Y el mito/pacto de la representación quedó hecho mierda. Aunque ellos –nuestros representantes– simulen creer que no.

Desapareció, este lunes, *elecciones*: eran la base de ese sistema de representación. Hace siete días, según ellos, eran "una garantía inviolable de la soberanía de nuestro pueblo etcétera etcétera". Pero ya no les sirvió y decidieron que no las hacían. De pronto se transformaron en una amenaza –se dieron cuenta, por fin, de que podían ser una amenaza, y les dio por defenderse: es lógico.

—No se puede someter al pueblo a un proceso electoral.

Dijo el lunes un honorable miembro de la Asamblea Legislativa, que debe haber llegado a su banca por un proceso teopómico o quizás sicofántico, vaya usted a saber.

Así que eligieron ellos solos a un tipo que les negoció mejor, les ofreció quién sabe qué. Lo voy a repetir en francés, por si no lo vienen entendiendo: nos rompieron el orto. Colocaron a un tipo que se había presentado a elecciones para gobernarlos estos años y no había conseguido que lo votara ni el 30 por ciento del padrón. Un tipo que, para decirlo de otro modo, 7 de cada 10 argentinos no quisieron. Nos curraron. Lo raro es que se crean que todavía les da para eso, que todavía les queda alguna legitimidad para justificarse. O quizás lo que querían —viejos troskos pillines— era agudizar las contradicciones.

Porque también desapareció, este lunes, *legitimidad*: algunos mentirosos dicen que lo hicieron por la amenaza de la anarquía y que para la acefalía no hay nada mejor que semejante cefalea y que quién podía esperar unos días a que nosotros eligiéramos —dentro de lo que cabe. Si pudimos esperar diez años, por qué no tres semanas, me dicen al oído. Y otros mentirosos, diputados al fin, intentan justificaciones leguleyas para su voto indefendible: que los peronistas fueron los triunfadores de las elecciones de octubre. En octubre Duhalde tuvo 2 millones de votos para senador —22 por ciento del padrón de su provincia—, mucho menos que cualquier elección peronista habitual. Y el lunes lo nombraron legisladores que, entre todos, no tuvieron ni el 50 por ciento de los votos del país.

Pero, además, los peronistas ganaron —poco y mal— una consulta donde votamos otra cosa, no el poder ejecutivo del país. Como aquel que le pregunta a la chica en plena calle:

—Disculpe, señorita. ¿Acá para el colectivo 37?

—Sí, sí claro.

—Ah, yo en realidad le estaba preguntado si me llevaría a cabo una fellatio ahora y aquí mismo, así que si no se me arrodilla la recago a trompadas por su intolerable inobservancia de la palabra dada, por Tutatis.

Y entonces suponen que desapareció, este lunes, *memoria*. Pero no esa memoria cristalizada de los setentas que en la Argentina pasa por *memoria*. Digo memoria a secas, acordarse de lo que produjeron Duhalde y los suyos —peronistas— en sus últimos diez años de gobierno: este desastre. Ellos mismos ahora dicen que van a hacer lo contrario. Sólo se puede creerles dejando de lado los recuerdos —y no hay buenas razones para hacerlo.

Y suponen que sigue desaparecida *política*. Puede que tengan razón —ojalá que no. Porque están por verse los límites de la cacerola. La cacerola es un arma extraña —que se niega a sí misma. Como violín que odia los sonidos, puntinazo que no le apunta a la pelota. La cacerola dice que sale a cargarse la política: cuando sale a hacer política se pone contra ella.

Si la cacerola insiste en no aceptar que es política se va a quedar en eso: bati-fondo de noches de verano. La cacerola es el detonador pero si no tiene nada para detonar, nada detona. La primera funcionó porque los peronistas querían cargarse a de la Rúa. La segunda —tanto más chica— funcionó porque unos peronistas querían cargarse a otros peronistas. Pero la demostración de fuerzas en la calle sólo sirve si

aparece, lo que desaparece. Y la idea ha calado muy hondo: la política de la desaparición fue mucho más allá que lo que seguramente pretendían sus inventores. Ahora la política argentina es un arte de birlibirloque: acá tá, acá no tá. Y desaparecer, según el bloody diccionario, es "ocultar, quitar de delante con destreza alguna cosa". En estos días de frenesí me pareció que el problema era todo lo que desaparecía. También palabras desaparecían, para completar una desaparición. En estos días, sospecho, la desaparecida es la Argentina: una cierta idea de la Argentina se está hundiendo –y quizás no sea malo.

–O sea, que la desaparición, me dice, es el mecanismo con que todo funciona.

–Yo no dije exactamente eso. Y cuando escucho la palabra todo agarro mi revólver, mire vea. ¿Por qué no vamos por palabras?

Primero están las que ya venían tecleando, tocadisimas desde hace tiempo, al borde del fantasma:

De ésas, desapareció *trabajo*: durante siglos y siglos, tener un trabajo fue una desgracia que hasta la Biblia explicaba como castigo por portarnos mal –por querer conocer. Últimamente pasó a ser deseo ferviente, privilegio, causa de la envidia y en estos días se convirtió en utopía: una que, en principio, se podría cumplir lejos o en los sueños.

Y desapareció *presente*: como decía el otro, primero vinieron por el futuro pero no me importó, porque yo estaba preocupado por el año siguiente. Después se llevaron el mes de diciembre y no les hice caso, porque estaba ansioso por el día de mañana. Después se curraron el martes pero me hice el tonto porque yo pensaba en la tarde de hoy. Y al final, después de dejarme sin futuro, se me llevaron el presente. En estos días, este presente hecho de muertos, colas, hambre y depresión fue un pasado que quizás merecemos.

Y desapareció *plata*: en nombre del sacrosanto mercado y el inalienable derecho a la propiedad –que nunca falte– hicieron con la clase media lo que ya habían hecho con los (ex) trabajadores: dejarlos sin mosca, guardársela toda, hacerla desaparecer. Fue todo un logro: la base para una alianza que parecía difícil.

–¿Usted dice entre alpargatas y mocasines de guido?

–Sí, qué raro, ¿no? Qué habilidad para el desastre.

Pero después vinieron los kilombos –gracias, Señor, por los kilombos cuando la kietud es calma de los cementerios– y las reacciones y los más kilombos y las desapariciones más recientes.

Desapareció *representación* –de una vez por todas. Los políticos creyeron que podían seguir haciendo uso de un sistema –la democracia delegativa– por el que prometían equis, hacían menos equis y recién les pedían cuentas si acaso en las elecciones de dos años después; de pronto descubrieron que sus víctimas estaban descubriendo otras maneras: las buenas viejas maneras de agarrar la calle. Y el mito/pacto de la representación quedó hecho mierda. Aunque ellos –nuestros representantes– simulen creer que no.

Desapareció, este lunes, *elecciones*: eran la base de ese sistema de representación. Hace siete días, según ellos, eran "una garantía inviolable de la soberanía de nuestro pueblo etcétera etcétera". Pero ya no les sirvió y decidieron que no las hacían. De pronto se transformaron en una amenaza –se dieron cuenta, por fin, de que podían ser una amenaza, y les dio por defenderse: es lógico.

–No se puede someter al pueblo a un proceso electoral.

Dijo el lunes un honorable miembro de la Asamblea Legislativa, que debe haber llegado a su banca por un proceso teopómico o quizás sicofántico, vaya usted a saber.

Así que eligieron ellos solos a un tipo que les negoció mejor, les ofreció quién sabe qué. Lo voy a repetir en francés, por si no lo vienen entendiendo: nos rompieron el orto. Colocaron a un tipo que se había presentado a elecciones para gobernarnos estos años y no había conseguido que lo votara ni el 30 por ciento del padrón. Un tipo que, para decirlo de otro modo, 7 de cada 10 argentinos no quisieron. Nos curraron. Lo raro es que se crean que todavía les da para eso, que todavía les queda alguna legitimidad para justificarse. O quizás lo que querían –viejos troskos pillines– era agudizar las contradicciones.

Porque también desapareció, este lunes, *legitimidad*: algunos mentirosos dicen que lo hicieron por la amenaza de la anarquía y que para la acefalía no hay nada mejor que semejante cefalea y que quién podía esperar unos días a que nosotros eligiéramos –dentro de lo que cabe. Si pudimos esperar diez años, por qué no tres semanas, me dicen al oído. Y otros mentirosos, diputados al fin, intentan justificaciones leguleyas para su voto indefendible: que los peronistas fueron los triunfadores de las elecciones de octubre. En octubre Duhalde tuvo 2 millones de votos para senador –22 por ciento del padrón de su provincia–, mucho menos que cualquier elección peronista habitual. Y el lunes lo nombraron legisladores que, entre todos, no tuvieron ni el 50 por ciento de los votos del país.

Pero, además, los peronistas ganaron –poco y mal– una consulta donde votamos otra cosa, no el poder ejecutivo del país. Como aquel que le pregunta a la chica en plena calle:

–Disculpe, señorita. ¿Acá para el colectivo 37?

–Sí, sí claro.

–Ah, yo en realidad le estaba preguntado si me llevaría a cabo una fellatio ahora y aquí mismo, así que si no se me arrodilla la recago a trompadas por su intolerable inobservancia de la palabra dada, por Tutatis.

Y entonces suponen que desapareció, este lunes, *memoria*. Pero no esa memoria cristalizada de los setentas que en la Argentina pasa por *memoria*. Digo memoria a secas, acordarse de lo que produjeron Duhalde y los suyos –peronistas– en sus últimos diez años de gobierno: este desastre. Ellos mismos ahora dicen que van a hacer lo contrario. Sólo se puede creerles dejando de lado los recuerdos –y no hay buenas razones para hacerlo.

Y suponen que sigue desaparecida *política*. Puede que tengan razón –ojalá que no. Porque están por verse los límites de la cacerola. La cacerola es un arma extraña –que se niega a sí misma. Como violín que odia los sonidos, puntinazo que no le apunta a la pelota. La cacerola dice que sale a cargarse la política: cuando sale a hacer política se pone contra ella.

Si la cacerola insiste en no aceptar que es política se va a quedar en eso: bati-fondo de noches de verano. La cacerola es el detonador pero si no tiene nada para detonar, nada detona. La primera funcionó porque los peronistas querían cargarse a de la Rúa. La segunda –tanto más chica– funcionó porque unos peronistas querían cargarse a otros peronistas. Pero la demostración de fuerzas en la calle sólo sirve si

esa energía se puede dirigir hacia algo, si tiene discurso a favor, no sólo en contra. Por ahora la cacerola sólo va en contra. Como niega la política –que es el arte de pensar futuros e intentar realizarlos, no el de negociar presentitos– no está a favor de nada que no sean apelaciones vagas a la grandeza de antes y la dignidad de nunca. La política, por ahora, sigue desaparecida. Aunque está más cerca que nunca de volver, en estos días en que miles y miles de argentinos no aguantaron más.

–¡Así, se habla! ¡Aguante Caparrós!

¿Y si en vez de aguantar hacemos otra cosa, hermano?

Quizás, ojalá, está desapareciendo *aguante*. *Aguante* es la síntesis de esta Argentina, la peor de todas las palabras: el lema de la victoria menemista. El resultado de diez años de gobierno peronista –brevemente interrumpido por el bolazo de la rúa– fue reducirnos a la posición de aguantar, de acurrucarnos y parar los golpes. La resistencia que no era resistencia: sólo bancársela. Aguantar no es hacer, no es proyectar, no es buscarse la vida: es soportar. Recién vamos a volver a ser algo cuando la palabra *aguante* desaparezca por fin de nuestro léxico.

Desaparecer, desaparecen muchas en estos días sin calma. El problema son, también, las que aparecen/reaparecen. ¿La palabra *golpe-de-Estado*, les suena de algo? Sí, es cierto: antes los daban en los cuárteles. Ahora no son necesarios para cargarse las supuestas decisiones populares. La democracia se muestra cada vez más desnuda, más real. Lo único que espero es que los compatriotas siempre listos no se entusiasmen demasiado: que no piensen, por ejemplo, para qué conformarse con bidú si existe the real thing, la cocacola. Si ahora aceptan que el congreso les elija un hombre fuerte, el próximo puede venir de un espacio todavía más siniestro –que los hay, sin dudas. Y entonces la palabra desaparición volvería a sus orígenes. Hagamos algo, por favor: hagamos algo.

XXIII, 2 de enero de 2002.

Discurso de asunción presidencial de Eduardo Duhalde

Honorable Asamblea Legislativa, querido pueblo de mi patria:

He sido designado por esta Asamblea Legislativa, para ocupar la presidencia de la Nación hasta el diez de diciembre del año 2003. Asumo, con el firme propósito de cumplir con la palabra empeñada en estas circunstancias, que llaman a la entrega y al sacrificio de todos los argentinos. Como ustedes saben, a partir de la renuncia del Dr. de la Rúa, consideraba que la responsabilidad en el ejercicio de un gobierno de transición es incompatible con la pretensión de competir por una candidatura presidencial en el año 2003. Por lo tanto, me comprometo a realizar un gran esfuerzo personal para resolver la crisis y poder transferir la banda presidencial a otro ciudadano electo por la voluntad del pueblo argentino, dentro de dos años. (...).

No son horas de festejos las que corren. Sin embargo, son horas de esperanza; porque estamos asistiendo a una experiencia inédita en nuestra vida política, que es la formación de un Gobierno de Unidad Nacional, construido por sobre las banderías políticas y los intereses partidarios que constituye un preciado reclamo de nues-

tro pueblo. Mi designación es el fruto de la voluntad de los representantes del pueblo, de allí emana mi legalidad. Pero aspiro a que este gobierno se constituya progresivamente, en el fiel intérprete de los anhelos de las grandes mayorías nacionales. Hemos tenido una profunda incapacidad moral y política para cambiar un modelo de exclusión social progresivamente instaurado en las últimas décadas. Mi compromiso a partir de hoy es terminar con un modelo agotado que ha sumido en la desesperación a la enorme mayoría de nuestro pueblo, para sentar las bases de un nuevo modelo capaz de recuperar la producción, el trabajo de los argentinos, su mercado interno y promover una más justa distribución de la riqueza.

Necesitamos la comprensión y la cooperación internacional. Hemos tenido que suspender el pago de los intereses de nuestra deuda pública, porque no estamos en condiciones de hacerlo en estas circunstancias críticas que han generado una fuerte eclosión social. Y la única manera de hacer frente a nuestros compromisos internos y externos, es mediante el crecimiento de nuestra economía, que derive en un auténtico desarrollo humano. Conozco la profundidad de nuestro país federal. Ese país profundo que suele escapar a la mirada de los ojos cotidianos. Mi compromiso es respetar a nuestras provincias; garantizando los pactos suscriptos por los anteriores gobiernos, y diseñar en conjunto su proyecto nacional que incluya a los argentinos sin excepción.

Nosotros todos, sabemos del dolor y de la miseria que agobian a millones de argentinos del país federal. (...) Por eso, hoy no hay nada de qué congratularse; no hay nada de qué celebrar o aplaudir. No es momento de cánticos o de marchas partidarias. Es la hora del Himno Nacional. Quiero decirles que estamos en una situación límite, lo sabemos. No tenemos crédito externo ni crédito interno. Están metidos en el famoso corralito sesenta y cinco mil millones, entre pesos y dólares, que los bancos han prestado a empresas, familias o al sector público. Existe, sin embargo, una denuncia que se ha hecho eco en este Congreso, acerca de la probable ilegalidad de la remisión de parte de esos fondos con maniobras al exterior. Hay que investigar seriamente esas sospechas. Porque se debe garantizar que quienes hayan robado el dinero de la gente, y quienes no hayan controlado a los que robaban, vayan presos.

A los afectados por el corralito les digo que el Estado no permitirá que sean víctimas del sistema financiero. Quiero decirles que van a ser respetadas las monedas en que hicieron sus depósitos. Es decir: el que depositó dólares, recibirá dólares; el que depositó pesos, recibirá pesos. (...) No es momento, creo, de echar culpas. Es momento de decir la verdad. La Argentina está quebrada. La Argentina está fundida. Este modelo, en su agonía, arrasó con todos. La propia esencia de este modelo perverso terminó con la convertibilidad. Arrojó a la indigencia a dos millones de compatriotas, destruyó a la clase media argentina, quebró a nuestras industrias, pulverizó el trabajo de los argentinos. Hoy la producción y el comercio están, como ustedes saben, parados. La cadena de pagos está rota y no hay circulante que sea capaz de poner en marcha la economía. Hay, por tanto, que sincerar esta situación; hay que explicar seriamente a nuestro pueblo dónde hemos caído, y qué debemos hacer para levantarnos.

Honorable Asamblea; venimos con toda la fe. Con toda la confianza. Con todo el amor del que somos capaces, a poner de pie y en paz a la Argentina. Los pue-

blos toleran cualquier circunstancia adversa, y vaya si lo toleran. Lo que ningún pueblo tolera es el caos, la anarquía. Y decirles que el caos y anarquía que vivimos no se resuelven con balas ni con bayonetas, se resuelve ocupándonos responsablemente de los problemas que afligen a millones y millones de excluidos en la República Argentina. Excluidos de todas las relaciones: políticas, económicas, sociales, culturales, laborales. Millones son los que están afuera. Y decir que venimos con todo el amor, como antes decía, a poner de pie a nuestro país. La doctrina social de la Iglesia es nuestra guía y además nuestro honor. (...)

Esta gestión que hoy mismo comienza su tarea, se propone lograr pocos objetivos básicos: primero, reconstruir la autoridad política e institucional en la Argentina. Segundo, garantizar la paz en la Argentina. Tercero, sentar las bases para el cambio del modelo económico y social. (...)

A mis compatriotas, les pido que cada uno desde su lugar, participe y se entregue con pasión y fe en la recuperación de esta Argentina que todos amamos. Por mi parte, le pido ayuda a Dios para asumir ante mi pueblo un solemne compromiso que desearía fuera tomado como una auténtica palabra de honor. Quiero hacer de mi gobierno un espejo en el cual mirarse; y no un vidrio empañado por la sospecha, la insensibilidad o la cobardía. Quiero energía para cometer esta tarea. Coraje para no temer a lo nuevo, para no tener que enfrentar gravísimas contingencias. Severidad, para juzgarme a mí mismo. Perseverancia para no abandonar la lucha. Y firmeza para jamás traicionar los principios.

Venimos a poner de pie y en paz a la Argentina. La Argentina, lo sabemos, lo sentimos, Argentina tiene futuro. Por eso hoy tenemos que ser más argentinos que nunca. No lo duden, no lo duden un sólo instante: Argentina tiene futuro.

Fragmentos del discurso, 2 de enero de 2002.

Argentina, diciembre 2001

Alberto Manguel

Uno de los lugares comunes de la literatura barroca declara que nada es como ha sido: el viajero que busca a Roma en Roma y no halla sino sus tristes ruinas. Quedo concluye así: "Huyó lo que era firme, y solemne / lo fugitivo permanece y dura". Las ruinas de las ciudades argentinas –los supermercados saqueados, los automóviles incendiados, las ventanas rotas, los patéticos restos de modas y tendencias– son el opresivo presente; en el pasado yace un país que llamábamos Argentina.

Yo nací en Argentina pero no viví allí hasta los siete años, cuando mis padres volvieron en 1955, después de la caída de Perón. Me fui nuevamente en 1963 poco antes del comienzo de la dictadura militar. Recuerdo aquellos 13 años con asombro. A pesar de la persistente degradación económica, a pesar de los levantamientos militares que asiduamente sacaban a la calle los paquidérmicos tanques, a pesar de la venta gradual de todas las industrias nacionales, la Argentina de aquellos años era un lugar extraordinario de inmensa riqueza intelectual. Existía allí una forma de pensar única (creo) en el mundo, capaz de incluir, al mismo tiempo y en la misma idea, los grandes cuestionamientos metafísicos y las realidades de la política local.

Un humor particular se infiltraba en todos los tratos sociales: una cierta ironía melancólica, una mesurada y traviesa gravedad. Los argentinos de entonces parecerían poseer la capacidad de disfrutar los mínimos obsequios casuales y de sentir los más sutiles momentos de tristeza. Poseían una apasionada curiosidad, una mirada siempre en busca del detalle revelatorio, respeto por la inteligencia considerada, el acto generoso, la observación iluminada. Sabían quiénes eran en el mundo y se sentían orgullosos de su identidad (aquellos que Borges llamó "una fatalidad... o una afectación"). Todo aquello ahora se ha perdido.

¿Qué sucedió? Esencialmente, Argentina dejó de creer en sí misma. Toda sociedad es una invención, un artificio, una construcción imaginaria basada en el acuerdo entre individuos que han decidido vivir juntos bajo leyes comunes. Estas leyes son un sistema de creencias: basta perder la fe en el sistema para que la noción de sociedad desaparezca, como agua en agua. El juramento a la bandera de los estadounidenses, la *Marseillaise*, el grito de "libertad o muerte" de los brasileros, el infame "Deutschland, Deutschland über alles", el "True North Strong and Free" de Canadá, son encantamientos rituales que prestan música (si no sentido) a nuestros credos escritos en las altas lozas de Hammurabi, recitados por los ancianos orixás del Amazonas, grabados sobre la entrada del templo del Delfos o impresos en los miles de volúmenes legales de las Cortes de hoy, estos acuerdos que rigen nuestras vidas conjuntas son como el sueño del Rey Rojo en el mundo de Alicia: despertadlo y nuestra encandilada sociedad se apagará, puf, como una vela. En la pieza de Robert Bolt, *A man for all seasons*, el yerno de Tomás Moro arguye que, a fin de atrapar al diablo, él estaría de acuerdo con derribar todas las leyes de Inglaterra. Y Tomás Moro, el abogado, le responde. "¿Y crees que podrás tenerte en pie en el viento que entonces soplaría?". Tomás Moro no podía saberlo, pero estaba hablando de mi Argentina.

Existe una cierta ideología que hemos llamado (equivocadamente) maquiavélica, que nos lleva a pensar que, para el engrandecimiento propio, todos es permisible, incluso el incumplimiento de la ley. Los tiranos griegos, los césares romanos, los papas y los emperadores la poseyeron; esta feroz ideología ha desencadenado guerras, justificado atrocidades, causado indecibles sufrimientos; al final, siempre ha llevado al derrumbe las sociedades en las cuales ha echado raíz. En Argentina, comienza en los albores de la República, con el asesinato del joven revolucionario Mariano Moreno. Se hace oficial a fines del siglo XIX con la tiranía de Juan Manuel de Rosas, y aceptable entre los oligarcas y terratenientes de principio del siglo XX, popular bajo el régimen de Perón. Por fin, durante la dictadura militar minó todos los componentes de la sociedad, desechó toda legalidad, hizo de la tortura y el asesinato armas cotidianas, infectó el lenguaje y el pensamiento. A fines de los ochenta, esta ideología se había arraigado hasta tal punto que le fue fácil al presidente Menem perdonar a los peores criminales de la dictadura y lícito, para la mayor parte de los argentinos, encontrar una justificación mas o menos ingeniosa a los actos delictivos del gobierno. Gracias a los militares, en la Argentina del nuevo milenio es imposible usar las palabras "honesto", "decente", "veraz" sin un dejo de sarcasmo. En tales circunstancias, la tarea del presidente de la Rúa fue desahuciada. Restaurar el equilibrio a una sociedad que en realidad ya no existe porque ya no cree en su propia integridad es un truco que ningún mago puede realizar.

El famoso tango *Cambalache* lo predijo todo en 1935. "A nadie importa si naciste honrao", canta. Y sigue: "Es lo mismo el que labura / noche y día, como un buey, / que el que vive de los otros, / que el que mata, que el que es cura, / o está fuera de la ley".

Durante su largo gobierno, a Perón le gustaba ufanarse de que, como el Tío Patilludo, podía "caminar sobre los lingotes de oro de la Tesorería"; una vez huido, ya no quedaba oro ni para caminar ni para pagar la deuda externa y Perón apareció sobre las listas internacionales como uno de los hombres más ricos del mundo. Después de Perón los robos continuaron y aumentaron. El dinero prestado a la Argentina por el Fondo Monetario Internacional (esta encarnación moderna del Pecado de Usura) fue desvalijado por los rufianes de siempre: ministros, hombres de negocios, industriales, senadores, banqueros, miembros del Congreso. No hay argentino que no conozca sus nombres. El rechazo del FMI de prestar más dinero al país se basa en la certeza (demasiado bien documentada: los ladrones se conocen bien las mañas) de que éste sería robado una vez más. El hecho de que no quede ya qué robar es poco consuelo para los miles de argentinos que ahora se están muriendo de hambre —este es un país conocido, hace apenas dos décadas, como el "granero del mundo".

La pregunta, claro está, es ésta: ¿y ahora qué? ¿Qué solución puede haber para un país en bancarrota financiera y moral, con los mismos corruptos políticos peleándose sobre los pocos huesos que quedan, los militares asesinos esperando detrás de los bastidores, sin un sistema de justicia, sin un programa económico, sin industrias eficientes? ¿Qué esperanzas puede tener Argentina cuando el presidente interino, que hace pocos días reemplazó a de la Rúa, cerró su discurso inaugural dedicando su mandato "al Cristo de La Quebrada" (su pueblo natal)?

En nuestro poema épico nacional, el gaucho Martín Fierro, para escapar al injusto sistema que lo ha traicionado (que lo ha reclutado para el ejército, y le ha quitado sus tierras, su casa y su familia), se hace desertor y se convierte en el héroe de la imaginación popular argentina. Pero para los argentinos de hoy, no queda ya ningún lugar a dónde desertar, no queda ya lugar seguro. El país imaginado por mis abuelos, el maravilloso país que me educó y me hizo quién soy, ya no existe entre sus propias ruinas. Argentina ya no es, y los hijos de puta que la destruyeron siguen vivos.

El País, Madrid, 5 de enero de 2002.

Sacarse un país *Aníbal Ford*

Durante estos días estuve pensando en varias cosas. En cómo se fue construyendo este país: el país de las masivas inmigraciones externas e internas; el de una de las primeras leyes de alfabetización del mundo; el de culturas del trabajo y la producción tan diversas y complejas como sus regiones; el del falso federalismo y de la hipercentralización; el de las ciudades y los desiertos; el de los caminos y las fronteras olvidadas o conflictuales. Pero también en cómo se fue construyendo y destruyendo este país. En quiénes son los responsables o los causantes no importa si por imbéciles o ladrones, por sectarios o iluminados de este proceso que nos coloca al

borde del abismo. Y junto con esto, o tal vez más que esto, he tratado de imaginar qué economía, qué lógicas de la producción podrían salvarnos, resolver la desocupación y la marginación, reingresar en la agenda la salud, la educación y el desarrollo, evitar que caigamos en las filantropías del tercer sector y en la limosna o en la destrucción total. Es difícil pensar la Argentina.

Y es difícil porque no está claro qué significa pensar una nación, una construcción cultural, al fin en medio de conglomerados que destruyen culturas, genealogías, memorias e identidades, en beneficio del mercado y del escolaso financiero internacional. O de "racionalismos" que olvidan que una nación es no sólo un invento de la burguesía sino un conjunto de historias, de crisis, de proyectos, de utopías, de trabajos, compartidos por una comunidad. Y no importa si esta comunidad es la Argentina y sus diversas culturas, o el Mercosur o América Latina o los países del Tercer Mundo, que todavía siguen existiendo porque son las víctimas de las fabricadas y fraudulentas deudas externas, el más cruel invento del capitalismo (o de ese sector de la sociedad mundial que, siendo menos del veinte por ciento de la población, acumula más del ochenta por ciento de la riqueza).

Y es también difícil porque un país no es una entidad metafísica sino un conjunto de afectos, de costumbres, de interrelaciones, de vida cotidiana, de formas de entender o dar sentido a la vida, a la familia, al trabajo, al mundo, construidos en tiempos largos. No es fácil sacarse un país de encima. Por eso, si lo destruyen moriremos dando testimonio de algo que quiso ser. Y si no lo hacen, seguiremos tratando de que elija con autonomía su forma de participación en el mundo, sus campos de conflicto y de lucha. Y no enroscado en una monocultura que no sólo desconoce que la riqueza de la humanidad está en su propia diversidad sino que, con prepotencia etnocéntrica, se cree el único modelo posible. Y es aquí donde la crisis argentina no puede desengancharse de la crisis internacional de dos mundos que se enfrentan. Basta cotejar, como mero ejemplo, las agendas de la próxima reunión del World Economic Forum (centrada en la seguridad y la vulnerabilidad) con la del Foro Social Mundial (orientada a la búsqueda de otros modelos de organización social, económica, cultural).

No es la Argentina el único país castigado. Sí, es un país que el proceso militar aisló para adentro y para afuera, que se provincializó y se empobreció en el conocimiento de sí mismo, sus gentes, sus recursos, sus culturas y de su situación en el mundo. Un hecho que ninguno de los gobiernos posteriores trató de resolver o resaltar. Por eso, la incertidumbre que hoy nos inunda y que es también la de un país que pagó con treinta mil vidas una sumisión económica y social sin límites, pareciera no tener estribo donde apoyarse.

Página/12, 6 de enero de 2002.

El mecanismo argentino

Alan Pauls

Tengo 42 años, viví siempre en la Argentina y confieso que nunca tuve noción de país. Nunca. O mejor dicho: siempre tuve la impresión de que el país (la Argentina

como país) era algo que pertenecía al pasado. San Martín, la inmigración en el siglo XIX, el trigo, Yrigoyen, Perón, los años '60. Una cosa remota, vagamente intensa, de la que todos los días íbamos alejándonos un poco más. Eso, esa amnesia gradual, casi imperceptible, era ser argentino. Esa amnesia y, al mismo tiempo, esa repugnante fetichización del pasado, confirmada por el tango, el culto a la nostalgia y todos los blasones típicos de la argentinidad. País era algo que habían tenido alguna vez los otros, los antepasados, mi padre, tal vez, que llegó huyendo de la Alemania nazi a principios de los años '30, o mi madre. Quiere decir que siempre, desde que razono, tuve la impresión de vivir en decadencia. Siempre. Lo único que la Argentina ha perfeccionado en todo este tiempo son, me parece, sus instrumentos de tortura: humillación, engaño, brutalidad, rapiña, ignorancia, cinismo, sojuzgamiento, traición. Y los pocos momentos de euforia ("felicidad" es una palabra tan extranjera) que salpicaron ese padecer en las últimas décadas fueron devorados rápidamente por la defraudación, clave última de esa atrocidad que podríamos llamar "el mecanismo argentino".

Como es lógico, dada la gravedad de mi síndrome, me cuesta mucho pensar que con Eduardo "Joe Pesci" Duhalde a la cabeza del gobierno esa agonía vaya a revertirse. Veo más sangre, más dolor, más robo, más inepticia, más de todos los pasatiempos a los que se dedica la corporación argentina de políticos (decir "clase política" me parece un honor que no merecen) y que aparecen retratados con tanto brío en *Buenos muchachos*, la película de Martin Scorsese. La única novedad (a los 42 años confío menos en el optimismo que en la curiosidad, y creo que eso es todo lo que podemos rastrear ahora en esta monstruosidad llamada Argentina: no algo "bueno" sino algo "nuevo") es el ritmo. Todo se ha acelerado. Incluso la lentitud forma parte ahora de ese país pasado que vamos olvidando. Tal vez algo esté terminando.

Tal vez lo que llega a su fin, en la Argentina, sea la idea misma del pasado, del país heredado, de que sólo hay país en ese país imposible y lloroso que es el pasado. Tal vez estemos entrando en la fase terminal de la enfermedad terminal. Tal vez estemos en el umbral de una insurrección popular. "Weimar", me escribe un amigo desde el exterior, alarmado por las imágenes que ve por televisión. Qué interesante suena esa palabra "Weimar" a los oídos del argentino decadente que soy, pero qué rápido desconfió del sesgo "nacional" de ese supuesto umbral prerrevolucionario, que confunde la rebelión con la queja, la intensidad con el estrépito, la reivindicación con el pataleo exhibicionista, la redención con la liberación de los depósitos bancarios, y que siempre se las ingenia para obturar las mejores oportunidades con las peores decisiones. Hay un cambio de ritmo, sí, y ese cambio coincide con otras dos novedades: la presencia de la gente en la calle y un nivel de franqueza completamente inusitado en el diagnóstico del estado de cosas argentino. De las dos noticias flamantes, 1) La Argentina tiene un ¿nuevo? gobierno; 2) la Argentina no tiene dinero ni tiempo ni coartadas, ¿no es incorregiblemente argentino que la buena noticia sea la segunda y la primera la mala?

Página/12, 6 de enero de 2002.

La multitud creadora

Horacio González

Hay en primer lugar una experiencia de la nada: la multitud sale de la nada. Se dirá que hay antecedentes anímicos, reclamos perceptibles, condiciones de existencia que se abren al conflicto más visible. Pero la fuerza de la multitud es la de salir de una nada del tiempo: antes de ella, parecía no haber signos que la reclamaran para el cómputo horario. Simplemente no poseía un saber sobre el instante de su nacimiento. Pues bien, las multitudes que se están mostrando en las plazas argentinas están realizando la experiencia del instante creador que nadie sabe en qué punto se origina. Su origen es múltiple y cuando ocurre la fusión, no es posible explicar muy bien cuál fue el punto de partida. Se crea otro tiempo, que opera en términos muy parecidos a una cobertura televisiva –crea su propio tiempo– pero en este caso es al revés, disputa con ella. La televisión busca multiplicidad de puntos y situaciones, pero no consigue, como la multitud, crear un extraño colectivo pensante.

¿Cómo piensa la multitud? Tema crucial, difícil, temible, sobre todo porque de la buena decisión sobre este problema depende el destino de la justicia profunda y la democracia vital en la Argentina. ¿Es posible tantas potencialidades en esa rubiecita que asoma por el techo corredizo de un Peugeot a la madrugada del jueves en Plaza de Mayo? ¿Verdaderamente esos motociclistas recubiertos de banderas, efebos de baja cilindrada gozosos de su acrobacia, mantienen una viga fundamental de una trama política futura? ¿No nos sonrojamos al decir que aquellas señoras tan “clase media Belgrano R” pueden rozar siquiera el sentimiento que han retratado los cronistas políticos de las grandes mutaciones colectivas “que han conmovido al mundo”?

Y la cacerola, ese símbolo interno del hogar, confuso depositario de un lenguaje de la carencia, apto para matronas de derecha y pequeños comerciantes porteños coléricos, ícono también de la hábil arrogancia del hedonismo, ¿puede señalar un trazo de reflexión política sobre una nueva democracia, puede balbucear algo sobre el destino renovado de las instituciones públicas del país?

En principio, importa el hecho de que las madrugadas en la Plaza se verifiquen en un horario contrario al del horario bancario. El tiempo que dijimos que crea supone utilizar la noche vacía para interferirla con un cuerpo sorprendente, compuestos de átomos que van y vienen, que se dispersan y aglutinan y que no atinan a definir claramente el enigma de su vínculo, la atadura imantada que mantiene juntas a las piezas dispares. Son necesarias y erráticas a la vez, arbitrarias y precisas a un tiempo. La soberanía que allí se realiza existe en un presente dramático, que vacila en disgregarse pero teme también seguir en conjunto.

En las orillas de la multitud creadora flotan zonas imprecisas, plenas de tensión e inestabilidad. Para muchos hay que escindir la multitud de esas orillas de espacio y de tiempo que se resuelven en una gramática de enfrentamiento. Pero la multitud, que habla la lengua del arrebató de los no impulsivos, de la violencia de la no violencia, sabe que esos acontecimientos son un diálogo interno que ella misma ha producido.

Página/12, 13 de enero de 2002.

La gran coalición

Torcuato Di Tella

Algunos insisten en decir que la Argentina no existe. Al menos, que ya no existe el país, bastante mitificado, que dicen haber conocido. En realidad lo que ya no existe es una etapa de nuestra evolución social en que pensamos que la economía lo explicaba todo. En las fórmulas de los economistas que han estado en el candelero hasta antes de ayer hay muchas variables, pero faltan unas cuantas: los cacerales, los saqueos, la bronca, y hasta las elecciones. Justamente todas esas cosas son las que han volteado al dúo de la Rúa-Cavallo. Y de ellas la más importante, porque proveyó las bases para el cambio, fue la elección de octubre. Sobre esos votos –los positivos– se formó el nuevo poder que hoy tenemos. Casi se puede decir que estamos ya en un régimen parlamentario, donde se forjó la coalición entre peronismo, radicalismo y Frepaso. Esto es así a pesar de la delegación de poderes en el Ejecutivo, que de hecho se da en los sistemas parlamentarios con sistemas fuertes de partidos o de coaliciones.

¿Pero entonces esto es más de lo mismo? No necesariamente, porque no podemos suponer que nos vamos a regenerar súbitamente, o que “el hombre común” va a ponerse al frente de la cosa pública. Los hombres y mujeres “comunes” sin duda tienen que gobernar, pero la única forma posible es a través de sus representantes, y a éstos no se los improvisa.

Se dice que los gobernantes son incapaces y corruptos. Esto es una simplificación grosera. Además, ¿quién votó por los actuales representantes? ¿Los puso alguna potencia extranjera, algún dictador? No, la verdad es que los pusimos nosotros, y no es que no teníamos alternativas. Como decía Víctor Raúl Haya de la Torre, el notable pensador político latinoamericano: *hay que construir al país con los elementos que en él existen*. Ahí está la capacidad de conducción, la muñeca, que sólo puede ser ejercida por un equipo dirigente, que tenga, claro está, la confianza de la población, pero que no puede menos que constituir un grupo especializado, seleccionado del resto de la sociedad. Nuestra dirigencia, juzgada con estándares absolutos, es lamentable. Pero comparándola con los ejemplos internacionales, no es tan mala: lo que pasa es que el país es complicado, y ha experimentado una verdadera guerra civil por décadas. Esa guerra civil, de todos contra todos, de la que el peronismo y la derecha han sido los protagonistas extremos, con la UCR y el “progresismo” en el medio, se ha apaciguado, y eso es bueno. Tanto se ha apaciguado, que ahora tenemos en el gobierno, finalmente, a *la alianza que hace tiempo se necesitaba*, o sea a la que incorpora a los tres elementos que se pueden enfrentar a la derecha: el PJ, la UCR y el Frepaso (o lo que queda de cada una de esas tres fuerzas, que es bastante).

Esto da las bases para una nueva situación, pero tanto se ha tardado en cristalizarla, que el país se ha desangrado, y se está iniciando una nueva guerra civil, la de los excluidos totales contra el resto. Todavía estamos a tiempo de controlar esa erupción, de la que los episodios de la gente abalanzándose sobre la comida que les tiraban desde los supermercados son sólo un atisbo del volcán sobre el que vivimos. La erupción finalmente despertó a muchos, incluyendo a los dirigentes políticos, que finalmente decidieron deponer sus ancestrales diferencias, y coaligarse para dar

un giro de 180 grados en nuestro proyecto de nación. Seamos realistas: la única esperanza de arreglo descansa –como elemento de ejecución– en la dirigencia política, no toda la existente, pero básicamente en los mejores de los existentes. Y también en algunos nuevos, pero éstos no se generan de un día para el otro. Lo que la ciudadanía debe hacer es dejar de lado las alternativas utópicas, y dedicarse a seleccionar a los mejores. Esto se puede hacer con cacerolazos, pero sobre todo con el voto en los momentos clave, y de manera más permanente con la involucración en estructuras partidarias, nuevas o viejas, y en las asociaciones civiles que son la base de esas fuerzas.

Hay quienes creen que la actual convergencia es una mera artimaña de la clase política para seguir lucrando. Puede ser que algunos tengan ese objetivo, pero no es ése el caso de los mejores. Eso sí, no pretendamos comportamientos sobrehumanos. Juzguemos a los dirigentes como juzgamos a nuestros amigos y compañeros en el trabajo, con realismo y sin esperar milagros. También están los optimistas –a su manera– que dicen que hay que tocar fondo para poder luego recuperarse. Esto ya nos pasó un par de veces. Ocurrió con la Guerra de las Malvinas, que fue algo así como la “demostración por el absurdo” de la criminalidad de los regímenes dictatoriales. Desde entonces no hemos vuelto a recaer en las tradicionales actitudes golpistas. La hiperinflación fue otro hundimiento, y de él salimos con un remedio grosero –la convertibilidad–, cargado de veneno y de adormideras, que por un tiempo funcionó. Pero desde hace varios años no sólo empezó a no funcionar, sino que se evidenciaron sus defectos, en buena parte debido a que *la adormidera era el crecimiento hiperbólico de la deuda*, que en algún momento íbamos a tener que enfrentar. Hay que admitir que con anterioridad se habían cometido muchos errores, y que algunas de las advertencias de los teóricos neoliberales eran válidas: no se puede para siempre gastar más que lo que se tiene; el aparato estatal es demasiado pesado; y hay que fundar una economía fuertemente ligada al mundo exterior, evitando fantasías autárquicas. Todo eso es cierto, pero de ahí no se deduce que entonces haya que tirar por la ventana los estímulos y controles estatales, y negarse a adoptar una política que oriente los flujos económicos y establezca redes de contención social. ¿Déficit cero? ¿Pero desde cuándo los mismos Estados Unidos han tenido ese equilibrio de las cuentas fiscales? (Respuesta: unos pocos años). ¿Apertura total al comercio internacional? ¿Pero desde cuándo los países del Primer Mundo aplican realmente lo que algunos de sus voceros predicán? (Respuesta: nunca).

Hay que reconstruir todo un proyecto, tanto en el campo específico de la política, como en el de la economía. En el campo de la política, la bipolaridad peronista-radical ha dado lugar a una alianza, que ya se está contraponiendo a algunos sectores de esos mismos partidos, que van a ir quedando afuera. Hay que hacer algo parecido en el campo de la acción económica, lo que ahora es posible porque hay apoyo político. La actual *Gran Coalición* es parecida a la que gobierna con tanta eficacia en Chile, o a la que formó el Olivo en Italia. En eso se diferencia de la incompleta Alianza de la UCR y el Frepaso, a la que le faltaba la famosa “pata peronista”.

Ahora, más que pata, lo que hay es una cabeza peronista. Bueno, cualquier parte del cuerpo sirve, pero que se combine bien con los otros elementos, que son esenciales para su funcionamiento, y para enfrentar el embate de una derecha que

siempre se ha especializado en sembrar cizaña entre las fuerzas populares. Si esa cizaña desaparece, si no se la deja crecer, entonces sí se acabó la Argentina que hemos conocido.

Clarín, Sección Zona, 13 de enero de 2002.

Qué clase mi clase sin clase

Nicolás Casullo

La dificultad para dar cuenta de los elementos que componen la encrucijada argentina termina convirtiéndose –en nuestras intensidades mentales y café por medio– en la tentación cotidiana de encontrar cada quince minutos y sin mayor dificultad el enigma revelado de lo nacional que nos hace. Esto es, descifrar después de cualquier noticiero de estos días –con el resto de saliva que nos queda y haciendo que miramos la ventana cuando ya no miramos nada– los secretos increíbles y finales del ser argentino, desde una divagación reduccionista y apenada por el papelón de nosotros a los ojos del mundo.

Así es, se trata de autoorientarnos en un presente tenebroso, teniendo claro únicamente que nuestra inspiración se agiganta cuando nos topamos, de tanto en tanto, con el protagonismo de los descuajeringados “segmentos” de clase media. Representantes diversos de las clases medias sobre todo capitalinas, con su protesta y caceras en las calles del estío y diciendo al resto de la familia después de agarrar la champañera y un tenedor salgo y vuelvo, voy a voltear a un presidente, déjenme la cena arriba de la heladera. En ésa estamos. Digo, de pronto encontrarse no ya con Walter Benjamin o Michael Foucault sino persiguiendo el arcano cultural de tía Matilde.

Si uno hace historia de esta clase media, historia barata, que no cuesta mucho, gratis diría cuando tenemos el sueldo encanutado, podría argumentarse: una clase media que viene de un radiante y a la vez penumbroso viaje. Viene desde aquella, su ingenua estación inaugural de los años '50, donde él se puso el sombrero y la corbata con alfiler, ella la permanente y la pollera tubo, y ambos salieron casi virginales pero envenenados a festejar en la Plaza de Mayo la caída de Perón al grito de “no venimos por decreto ni nos pagan el boleto”. Cancioncilla tan escueta como cierta, interrumpida por saltos en ronda a la Pirámide para entonar “ay, ay, ay, que lo aguante el Paraguay” sin ningún tipo de grosería ni mala palabra con las que hoy se luce cualquier animador de pantalla, pero nunca mi padre.

Después la clase volvió a meterse en casa para advertir, con menos recelo, que los morochos sobrevivían a todos los insecticidas ideológicos y censuras, y para dedicarse no sin cierto cansino asombro a departamentos en consorcio, Fiats en cuotas y palmitos con salsa golf y rosado. Recién a fines de los '60, principios de los '70 el gran estamento medio recibió la primera monografía fuerte a componer, de la cual culturalmente no se repuso nunca jamás, para entrar en cambio en el jolgorio y la confusión liberadora de distintos eros. Fue cuando los hijos, ya grandulones, arruinaron cada cena o almuerzo dominguero con la “nacionalización de las clases medias”, al grito en el comedor en L de “duro, duro, duro, vivan los montoneros que mataron a Aramburu”.

Tamaño reivindicación de arrabaleros no estaba en los cálculos de la clase media blanca de abuelos migradores, pero nadie se arredró en la cabecera de las mesas –ni escurrió el cuerpo en la patriada, hay que admitirlo– aunque apenas entendiesen la metamorfosis de la nena que además copulaba en serie con novios maoístas, peronistas y con dudosos nuevos cristianos. La cuestión era la liberación de la patria frente a una vergonzosa dependencia al imperialismo, también tirarles flores desde los balcones de las avenidas a las columnas infinitas de la JP que gritaban “paredón”, y votar sin vacilaciones en marzo del ‘73 a ese candidato cuyo lema en los carteles decía: “ni olvido ni perdón, la sangre derramada no será negociada”.

Tiempo y silencio le costó a la clase volver a salir otra vez a la plaza después de esa canita al aire. Prefirió desde el ‘76 salir a Europa, a Miami, o a la frontera del norte misionero en largas columnas de autos compradores de TV a color, al grito desahogado en los embotellamientos de “Argentina, Argentina” tal vez porque también en colores habían sido los goles de Kempes. Sin duda se trataba ya de una mentalidad o imaginario de clase más bien desquiciada, pero no culpable del todo: en historiografía todas las conductas colectivas no tienen un psicoanalista sino la justificación de los contextos. Regresó a la plaza, emocionada y agradecida por no escuchar más sirenas policiales ni rumores sobre la casa de la esquina, para vociferarle presente con banderitas argentinas al beodo general de las Malvinas desde un resto patógeno del nacionalismo de los 60/70 guardados en alcanfor. Para pensar trascartón que los chicos, allá en el sur bélico, eran como los del exilio o los que seguían en cosas raras: era fatalidad, violencia, guerra, delirio, caminos ciegos de la multitud en la plaza que siempre le pusieron, a la clase, la piel de gallina emocionada. Dulce y patriota tilinga.

Es una clase, entendamos, que no descarta ni parte en dos nunca las aguas. Que los amontona, sin decidirse por ningún *telos* de la historia. Los acumula escondidos en el placard como cartas de otro novio, no del marido cuando joven. Coleccionista histerica y siempre arrepentida: así apuntan algunos sesudos que la estudiaron por años. En el ‘83 caminó las calles con los jóvenes de Peugeot y boinas blancas apostando por la vida radical frente a un peronismo cadavérico cadaverizador. Festejó, danzó, cantó, se olvidó de sí misma y sus años recientes. Más tarde mandó a los más jóvenes a las plazas de la memoria de la muerte, pero ya no pudo relatar su sencilla biografía como sucedía en los ‘50 y ‘60, sino sólo fugazmente, a retazos: ¿qué, cómo, cuándo, dónde estoy, estuve, no estaba, quién, ella, no, yo? ¿Hasta Ezeiza caminando, papá, y vos qué hiciste ese día abuela, y donde murió el tío?

Una última vez salió la ingrata con el gorro frigio, en absoluta dignidad y defensa de los valores señeros de una crónica tan patria como esquiva. Gritó, entonó, puteó como siempre, pero justo ese día empezaron a decirle canallescaamente pura verdad: la casa está en orden, festejen tranquilos las Pascuas. Al otro día nadie confabuló, nadie se reunió a decidir, no se conoció un solo panfleto que resumiese el programa nacional clasemediero, pero lo cierto es que no volvió a vérsela junta, sobre el asfalto, por quince larguísimo años.

Ella es entonces como napas inclementes de ella misma. Como subsuelos abollados de sus gestos unos contra otros. Como recuerdos surcados por lombrices. Como

una maroma amontonada de liberación nacional, Evita socialista, déme dos, plazo fijo, abajo Holanda, la tablita, el miedo, algunas locas de la plaza, piratas ingleses son argentinas, nos los representantes de la nación, democracia, aparición con vida, si se atreven incendiarnos los cuarteles, están asaltando las góndolas, cerrá las celosías, espía por la ranura, ¿qué pasa mi amor, son los cabezas otra vez? Como amasijo, un día finalmente le llegó el cansancio en el alma. Que es la venta del alma, dicho de otra forma.

Para colmo se moría la clase obrera, testigo de todo para el día del juicio final. Para colmo se vendió el país, el peronista Menem instrumentó la utopía y pesadilla: la convidó, la invitó, la enajenó, la cosificó según Marx, la subyugó "uno a uno", remató una vieja nación coronada su sien, liquidó identidades, lenguajes, nombres, pequeñas tradiciones, recuerdos, ideología. Y tuvo en esa clase media uno de sus buenos soportes simbólicos, concretos y votantes, cuando la ilusionó de que no existían más ni peronistas ni gorilas, ni izquierdas ni derechas, ni arriba ni abajo, ni ricos ni pobres, ni primer ni tercer mundo. Cuando ya no existían tampoco políticos. Sino sólo la promesa de bancos siempre abiertos para cualquier hombre de bien. Y para que nada de eso se tocara, para que nada torciese el espejismo ni el rumbo, el hombre nada fue votado por la clase: Fernando.

Ahora vienen los sociólogos exitistas o agoreros de siempre. Intelectuales. Apuntan: clase media heroica en las calles anulando la dieta de los diputados de Formosa como salida histórica para toda América Latina. Clase media corajuda, pueblo irredento de las cacerolas con las cabezas de los nueve delincuentes de la Corte adentro. Clase media volteadora a ollazo limpio de gobiernos impostores que parecían eternos. Clase media puta, nieta legítima de sus abuelos tanos y gallegos angurrientos de morlacos, dicen. La Argentina únicamente valió si te daba guita, después no existe: así dicen de la pobre clasecita, ahora a los alaridos frente a la Rosada y rodeada de temibles saqueadores casi en pelotas. Porque salió otra vez a la calle por fin. Acorralada. A corralito y lanza en mano esencialmente. Ahí anda embisitando. El enemigo son los políticos. No, es la izquierda. No, los corruptos. No, es la petrolera. No, es el populismo y la demagogia. No, son los bancos. No, son las empresas privatizadas. No, es el liberalismo. No, son los gallegos imperialistas como en 1810. No, son los negros peronistas otra vez en la capital. Anda desorientada la pobre, pero soliviantada como nunca.

La propia historia que relato —antojadiza, falsa, liviana, inoportuna— devela el interesante claroscuro de la clase analizada. Sus extrañas medias tintas. Sus románticas luces y sombras espirituales. Sus insondables claros de luna. Sus materialistas intracontradicciones objetivas, diríamos allá por 1972 donde todo era salvable. Ahí está cenicienta y ramera con su fuerza y su talón de Aquiles. Llama a las revoluciones, pero un plazo fijo la embota como niña enamorada adentro de un granero. Ahora su lógica navega al compás de movileros descerebrados, cámaras amarillas de Crónica TV, al ritmo de su justa furia por dólares encarcelados, por su real hartazgo de una clase política que nada hizo cuando el país desapareció, sino que casi se fue con él.

A lo mejor algún día pueda volver a contar su biografía. Igual que antes, allá por los '50, cuando no había salido del patio de magnolias.

Página/12, 13 de enero de 2002.

La verdad sobre el llamado "corralito"

Editorial

La prensa —sobre todo el monopolio "Clarín"— ha explicado extensamente y al detalle cómo se podrán sacar con cuentagotas los 61.000 millones de pesos retenidos por la fuerza en el sistema financiero. Es necesario conocer cuánto y cuándo se podrán retirar fondos.

Pero lo que destaca y agota más a un diario como *Ámbito Financiero* en estos días es que desde sus directivos hasta sus periodistas son graduados universitarios en Ciencias Económicas. Conocen tanto como los funcionarios con quienes conversan día a día y lo hacen también con equipos privados, empresarios, banqueros, comerciantes, dirigentes. Dialogan más que, inclusive, los funcionarios del gobierno, que prefieren elucubrar soluciones agrupándose entre ellos en despachos sin conversar con las fuerzas vivas de la sociedad, de aquí y del exterior.

Por eso la información de este diario va más allá de glosar o desmenuzar el dirigismo oficial: expone qué consecuencias tendrán y qué otras soluciones existen para que la sociedad pueda juzgar. Así decíamos ayer que si se dejara a los propios banqueros conversar con los 136.000 grandes aportantes en todo el país con fondos retenidos por más de 50.000 dólares, el drama del "corralito" se reducirá bastante.

Pero este gobierno suma dirigismo, elevado estatismo y populismo, por si le faltara poco. Entonces quiere resolverlo todo sin dejar nada al diálogo de partes afectada. Es como si se hubiera puesto la Bandera para nacionalizar todos los depósitos del "corralito".

No dejar solucionar —o intentar hacerlo, por que no es fácil— a deudores y acreedores de estos fondos aprisionados más tarde o más temprano va a derivar en corrupción: un banco sin coimas puede arreglar una solución a cada depositante con fondos aprisionados. Si la solución va por el puente del funcionario, la corruptela está a un paso acechando.

Además, *Ámbito Financiero* no ata su información diaria a negocios que esté intentando hacer la editorial, como hace el monopolio "Clarín" con el duhaldismo-alfonsinismo.

Sirviendo, entonces, estrictamente a la verdad, les decimos a lectores afectados por plazos fijos, de cajas de ahorro o de cuentas corrientes inmovilizados que se graben o recorten esta frase porque, aunque dolorosa, lamentablemente es la verdad inocultable:

EL "CORRALITO" BANCARIO NUNCA PODRA SER SUPRIMIDO, MAS ALLA DEL CUENTAGOTAS PARA MÍNIMAS EXTRACCIONES, HASTA QUE EL GOBIERNO QUE SEA, DUHALDE U OTRO, NO PUEDA TENER CIERTA CERTEZA DE QUE CON LAS PUERTAS TOTALMENTE ABIERTAS, VOLUNTARIAMENTE LA MAYORIA DE LOS FONDOS PERMANECERAN DENTRO DEL SISTEMA.

Es fácil de entender. Si abrir la puerta algún día significa que los fondos del "corralito" salen en billetes para comprar dólares o simplemente mantenerse en cofres o en casas particulares fuera del sistema financiero, no se abrirá. No puede ser —por más injusto que esto sea para el público dueño de esos fondos— por que estallaría el sistema financiero, estallarían las empresas si se las obligara a cancelar antes sus créditos para pagar a los del "corralito" o estallaría la Argentina en una ter-

cera hiperinflación porque la presión sobre el dólar libre llevaría el precio a niveles exorbitantes, algo que también concluye en hiperinflación.

¿Cómo se logrará, algún día, poder abrir totalmente el "corralito" sin que la gente se lleve todo de los bancos? Hay sólo una fórmula: que vuelva el público a confiar en el sistema, en el gobierno, en creer que dejar esos fondos allí no será objeto de nuevas encerronas autoritarias, que sacarlos para comprar dólares (si tenía pesos) ya no vale la pena por el alto precio a que derivó la divisa norteamericana.

Ámbito Financiero, 15 de enero de 2002 (fragmento).

Protesta heterogénea

Juan José Sebreli

Este nuevo tipo de protesta muestra una gran fragmentación de la sociedad argentina. En otro momento, los estallidos tenían homogeneidad y los sujetos se encolumnaban detrás de una propuesta, que podía ser equivocada o no, pero era una propuesta al fin. Lo único que une a los manifestantes de estos días es golpear al gobierno. No tienen nada en común los saqueadores con los que participan de un carcerolazo: están juntos desde la izquierda hasta la derecha seineldinista.

Soy el primero en reconocer que esta clase política tiene todos los defectos habidos y por haber. El justicialismo y el radicalismo son los responsables del fracaso de la Argentina junto al tercer partido que gobernó el país este siglo, el militar, que por suerte ha desaparecido. Pero todo esto es muy peligroso. Yo no salí con la cacerola. Aunque el gobierno de de la Rúa me pareció malo, hubiera preferido que terminara.

La clase media tal vez tenga que preguntarse si no hizo el papel de idiota útil. Ahora no sólo sigue el corralito, sino que –encima– se ha prorrogado. Si se llega a desatar la inflación, que es su gran temor, comenzará a preguntárselo.

Hay que ver, también, quién canalizará esto. Hoy nadie dice que vayan a venir los militares, como en las crisis anteriores. Pero sí podría llegar algún demagogo, como Alberto Fujimori en Perú. La sociedad no soporta el vacío de poder y alguien lo tiene que llenar. Ése es el miedo que genera esta situación y la democracia es el valor a salvar. Aquí hay algunos que señalan que la crisis es política y otros que es económica, pero ni lo uno ni lo otro. Ambas se realimentan. Preguntarse cuál es el factor más preponderante es tratar de resolver el dilema del huevo o la gallina.

Tres Puntos, 17 de enero de 2002.

¿Nación o mercado?

Atilio Borón

El proyecto neoliberal implantado con la última dictadura militar y perfeccionado por los gobiernos "democráticos" que le sucedieron debía terminar en esta debacle. Son muchos quienes, en momentos tan aciagos, se interrogan acerca de la vía

bilidad de la Argentina y su destino como nación. Los hitos de la decadencia nacional son claros: desde el discurso inaugural de Martínez de Hoz, en 1976, anunciando la adhesión del país a los principios del libre mercado hasta el reconocimiento del actual presidente de que el país "está fundido", pasando por la confesión del ex ministro Dromi, uno de los diseñadores de las privatizaciones menemistas, de que "el país está de rodillas".

Para el neoliberalismo la crisis y eventual disolución de la nación no constituye un problema sino todo lo contrario. Su proyecto es, precisamente, acabar con la nación —para lo cual es imprescindible primero desangrar a su Estado— y sustituirla por un mercado. En el lenguaje supuestamente "neutro" de organismos como el FMI o el Banco Mundial —agentes principales del imperio— hace años que se viene designando a los países de la periferia como "mercados". Al llamarlos así, y al admitir nuestros "representantes" que se nos denomine de este modo, los ideólogos del capital se aseguran su victoria, puesto que la sumisión está internalizada y se incorpora al lenguaje cotidiano de los dominados. Cuando un país deja de ser una nación y se asume como mercado se convierte en un simple nombre geográfico, fácil presa de los grandes poderes internacionales y de las clases y grupos dominantes en la economía mundial a costa del empobrecimiento de todo el pueblo. Allí reinan sin contrapesos la ganancia y "el darwinismo social de mercado", es decir, la ley del más fuerte. No hay lugar en él para la justicia, virtud primera del orden estatal, ni para consideraciones de ningún tipo en relación a la integración social, comunidad de destino o cualquier otra clase de bien colectivo. El tránsito de la nación al mercado, que en la Argentina se encuentra bastante adelantado, tiene como correlatos la concentración del poder económico en manos de los monopolios y la progresiva descomposición del orden estatal, todo lo cual hace que sean los primeros quienes, al margen del interés público y violando los principios democráticos, impongan las decisiones que más les conviene.

¿Podrá ser revertida esta decadencia? Sí, en la medida en que estemos dispuestos a luchar para construir un orden democrático de verdad y no el simulacro, hueco y vacío, que tenemos hoy. Lo bueno de esta crisis es que ha desnudado todas las perversiones del sistema, revelando brutalmente quiénes han sido y son sus grandes beneficiarios y quiénes se suman al creciente bando de los perdedores. Las enseñanzas de la crisis hacen que se aprenda en pocas semanas lo que antes hubiera tomado décadas. Lo que las masas —desde los piqueteros hasta los protagonistas de los cacerolazos— han aprendido es que si se movilizan y toman las calles, es decir, si profundizan la democracia con su activismo, se acaban la impunidad y la irresponsabilidad de los gobiernos. Aprendieron también que nada se puede esperar de la dirigencia política que nos ha conducido a esta inédita postración y que los males de la democracia se curan con más, no con menos, democracia; y que más democracia significa que el reclamo popular no podrá ser mediatizado por las mal llamadas "instituciones representativas", que en realidad no representan a nadie y que concitan el repudio universal de la ciudadanía. Prueba de ello es que casi ninguno de los principales dirigentes políticos de la Argentina puede salir a la calle porque corre el riesgo de ser linchado por la ciudadanía. Esto quiere decir, en síntesis, que al gobierno nacional le queda poquísimo tiempo para resolver los problemas de la hora actual. Obsesionado por la crisis bancaria no se percató de que el asunto es

mucho más grave y que los que están en cuestión son los fundamentos mismos del orden neoliberal, esos que los economistas de la city y las misiones del FMI decían, hasta hace poco, que eran sólidos y sanos. Si en las próximas semanas el gobierno no re-orienta radicalmente su política económica, esto es: (a) realiza una reforma tributaria integral para que, por primera vez, el gran capital comience a pagar impuestos como lo hace en otras partes poniendo fin a nuestro regresivo régimen impositivo y haciendo posible un genuino financiamiento del Estado, sin lo cual no hay democracia; (b) convoca a los gerentes de toda la banca comercial, nacional como extranjera, para que devuelvan de inmediato el dinero de los depositantes, respondiendo para ello con el capital patrimonial de las casas matrices; (c) lanza un conjunto de políticas sociales y económicas que sienten las bases del crecimiento a partir de una agresiva redistribución de los ingresos, el resuelto ataque a la pobreza y la desocupación y la dinamización del mercado interno, elementos todos estos que tendrán un efecto multiplicador sobre el conjunto de las actividades económicas; (d) pone fin a los contratos leoninos firmados con las empresas privatizadas, y (e) plantea una renegociación integral del tema de la deuda externa; si la dirigencia actual se embarcara por este sendero y avanzara sin claudicaciones la crisis podría comenzar a despejarse; si careciera de la audacia y la firmeza para producir este cambio pasará a la historia como la última clase política de la vieja república.

Página/12, 20 de enero de 2002.

Mejor no hablar de ciertas cosas

Félix Luna

Uno se abstiene de pronunciar ciertas palabras con el propósito de exorcizar lo que representan: el mismísimo Freud se refería a su cáncer –lo cuenta Arthur Koestler, que lo entrevistó en Londres poco antes de su muerte– como “esto que tengo en la lengua”. De modo similar, uno no habla de “disolución nacional” o de “guerra civil”, a fin de conjurar estos infortunios. Pero más allá de estas supersticiones semánticas, ¿se puede hablar de guerra civil o de disolución del país en la Argentina de hoy?

Creo que no. Creo que hacerlo no sólo es peligroso sino que es tonto. No se disuelve un país porque exista el “corralito”, no hay guerra civil si no hay bandos enfrentados, no prevalece la anarquía si existe un Estado. A pesar de todo lo que nos pasa, existe una experiencia histórica que marca la mentalidad colectiva, y la nuestra señala que aun los problemas más graves pueden superarse cuando existen esos vínculos morales, políticos y de pensamiento que forman la trama de la sociedad.

Y, sin embargo, de cuando en cuando se oye que, con pasmosa irresponsabilidad o como una forma de chantaje político, se largan esas palabras ominosas. Quienes lo hacen están tirando por la borda doscientos años de historia y ponen en peligro ese “plebiscito cotidiano” que es la Nación, como decía Renán. Es riesgoso jugar con determinados términos, porque pueden ir acostumbrando a la sociedad a la idea de que la catástrofe es posible, y entonces el “sálvese quien pueda” se convierte en una salvajada inevitable.

Desde luego, en momentos como los que se están viviendo, todos los escenarios, aun los más horribles, están a la vuelta de la esquina. Pero es justamente la gravedad de estos momentos la que impone prudencia y sensatez, tanto en los gobernantes como en los gobernados.

Y la prudencia, no lo olvidemos, empieza en las palabras.

Página/12, 20 de enero de 2002.

El yo y el nosotros

Blas de Santos

Con la consigna del "Yo no lo voté" se repudió que la vacancia presidencial abierta por el pronunciamiento popular fuera cubierta con un arreglo entre padrinos y punteros. Factores de poder más altos que esa instancia de soberanía que los manifestantes de las jornadas previas habían creído encarnar, decidían el futuro próximo. Por otro lado, el protagonista principal había cambiado. Ya no estaba centrado en una idea, ni personificado en un líder, un emblema o una sigla: la primera persona del singular hacía su callejera presentación en sociedad. Nadie representaba a todos. Ningún ventrílocuo hablaba por cada uno. Lo promisorio es que cada quien dio testimonio de sí formando parte de una multitud que lo contenía.

El enunciado de esta consigna reforzaba la intención que motivó su enunciación. Emergía de este modo una subjetividad colectiva que potenciaba una afirmación individual que los brazos mimaban. Fruto de la confluencia de tantas particularidades y multiplicidad de vocaciones, la experiencia daba testimonio de cómo el despliegue de la diversidad necesita la garantía de la unidad. De hecho, la única coincidencia era la de reunirse para dar espacio a que cada uno hablara a cuenta y riesgo de su propio nombre. No es que la democracia sea el sistema menos malo, sino el que mejor permite que se lo invente. La heterogeneidad de los convocados impedía que los hábitos de un sector predominaran sobre los demás, condición ideal para la creación de alternativas aceptables para el conjunto. La crisis llevó a que sectores medios de la sociedad amenazados por el corralito sobre sus bienes y derechos estrenaran prácticas contestatarias acuñadas por los que ya hace mucho fueron acorralados en el todo o nada de la supervivencia. La extensión de la crisis a toda la sociedad propicia propuestas políticas cuyo imperativo ético sea que las soluciones a las demandas sectoriales respondan a los problemas de la sociedad en su conjunto. Este planteo, de fácil aceptación en el plano abstracto de las buenas intenciones, encierra obstáculos propios de la condición humana: tan inerme en la soledad absoluta, como intolerante a la comunidad plena.

Este es el conflicto que despliega la sociedad y que la política recubre de sentido, creando valores y normas para hacer posible la convivencia. No es casual que frente a la caída de sentidos políticos convencionales, comiencen a circular otros que definen tiempos y subjetividades distintas. La oposición que enfrenta reforma a revolución —o retardatarios a apresurados— es homóloga de la dicotomía democracia representativa / democracia directa. Una crítica ortodoxa de izquierda pretende que sólo la directa lo es. Ve toda representación, organización y programación como

obstáculo que interfiere la pureza de la acción en su aparente univocidad de sentidos y sospecha complicidad con lo establecido en toda negociación.

De este modo, el escándalo de la injusticia reinante hace que la urgencia sea el índice de verdad de las acciones que la resisten y la inmediatez su principal virtud, y las vías del diálogo y la representación, coartadas del mismo engaño. Su correlato práctico es la desestimación de toda mediación como interferencia a una radicalidad absoluta. La calle y la plaza son entonces el único escenario de lo público y la literalidad de (ex)“poner el cuerpo”, la única forma de compromiso. Estas fórmulas emblemáticas cortocircuitan el incierto trámite que debe remontar el trabajo de construcción de una subjetividad que busque otra legitimidad que la fundada en sus propias convicciones. Como la que se instala en el intervalo tendido entre el enunciado “Yo no lo voté”, cuando su enunciación ocurre al unísono con tantos otros y deja lugar al eco del nosotros... “Yo... quiero elegir.” (decidir, quién hablará en nombre de todos), cuando el elegido sólo sea el símbolo del acuerdo que nos iguala en ese decidir.

Página/12, 21 de enero de 2002.

Razón y riesgo de las movilizaciones populares

Editorial

La geografía política del país es un vasto escenario de movilizaciones populares que no registran antecedentes, por su magnitud y duración, en nuestra historia institucional. Los movimientos de masas del 17 de octubre de 1945 y de la Semana Santa de 1987 fueron de día completo, pero asumieron decisiva trascendencia. El primero, porque señaló el ingreso de los trabajadores en la escena donde se juega el destino de la Nación; el segundo, porque exteriorizó la firme defensa de la democracia luego de la oscura noche de la dictadura militar.

Las movilizaciones de estos días trascienden el marco de las reivindicaciones económicas, pues se transformaron en un juicio multitudinario a la clase política, identificada como la principal responsable del descabreo socioeconómico que padece la República.

Nunca como ahora el descrédito y el rechazo descienden en cascada sobre los políticos, condenados a exiliarse de la gente y a padecer su escarnio si se atreven a frecuentar lugares públicos. Esta demonización es explicable por lo muy cuestionable de su praxis, exhibida a lo largo de casi dos décadas de frivolidad, crematismo exacerbado e inconcebible alienación de una realidad nacional que se despeñaba inexorablemente hacia el colapso. Para decirlo con palabras del filósofo español Fernando Savater, sólo ofrecieron a la ciudadanía una penosa imagen de “banalidad de sus mensajes y venalidad de sus prácticas” (baste con recordar los escándalos del tráfico de influencias cuando el Congreso debatió el nuevo régimen de patentes de especialidades medicinales y la nunca claramente desmentida distribución de sobres por el gobierno de Fernando de la Rúa cuando se reformó el régimen laboral).

Pero la demonización de los políticos supone un riesgo que debe ser nitidamente percibido por la población. No existe democracia sin partidos políticos. Puede

no existir democracia con partidocracia, que es el mal actual que padecen nuestros partidos. En casi 20 años de vigencia de la democracia, hubo escaso cambio generacional y casi nula mejora cualitativa en la formación de sus cuadros. Y eso es preocupante. El internismo se reduce a una mera puja por posiciones electivas, no por actualizaciones doctrinarias. Las alianzas son simples pactos electoralistas que se disuelven rápidamente porque les faltan la imprescindible coherencia ideológica (si es que puede hablarse de ideologías en la política argentina). Tanto continuismo, tanta mediocridad que lo uniforma todo, llevan a la frustración y la ira de la civilidad, que se expresa en estos días con un agresivo rechazo a la política y los políticos.

No es ésta la actitud más aconsejable, sobre todo cuando se posee un sistema democrático endeble que necesita mejorar urgentemente. La democracia es, por definición, un sistema imperfecto, y ahí reside su grandeza. Democracias centenarias no vacilan en reformarse constantemente; así, el más antiguo sistema parlamentario del mundo, el inglés, viene de suprimir su Cámara de los Lores. No hay en ellas temor al cambio. Y ésta es, justamente, una de las más preocupantes falencias de nuestro pueblo. Por caso, sacralizó la convertibilidad y la mantuvo hasta el colapso, cuando era harto evidente que, después de haber superado las consecuencias negativas del "efecto tequila", era un modelo que se agotaba rápidamente, y sin embargo se lo mantuvo todavía un lustro más.

Esta etapa de visceral cuestionamiento de la política y los políticos debe ser, precisamente, la etapa de revisión en profundidad de sus esquemas. Hay una exigencia popular de renovación y de transparencia que no puede ser desoída. De nada sirven las autocríticas impuestas por la presión de las movilizaciones ni, menos aún, las humillaciones públicas que se infieren. Nada de valor, nada perdurable, se construye con ellas. Lo que puede dar trascendencia histórica a la presencia de la ciudadanía en las calles del país es, precisamente, alcanzar esos objetivos de renuevo y transparencia, que impregnen a los mensajes de autoridad doctrinaria y a las prácticas de ética republicana.

Las movilizaciones tienen el valor de expresar elocuentemente rechazos y exigencias del pueblo. Pero traen aparejados riesgos: si se prolongan demasiado, crean escisiones y antagonismos y corren el riesgo de vaciarse de contenido. No obstante, si es aconsejable que una movilización sea encauzada, más lo es que la clase dirigente sepa interpretar la voz de la protesta. Si algo demuestra el turbulento siglo 20 [sic] es que los movimientos de masas, cuando se extienden más allá de lo razonable o se transforman en violentos, suelen abrir el camino a regímenes autoritarios o, peor todavía, totalitarios.

Las movilizaciones de estos días se suman al reciente "voto bronca" y al creciente abstencionismo electoral. ¿Qué otro signo de inconformismo y rechazo necesitan los partidos políticos para cambiar? Sin ellos no puede haber democracia. Contra ellos, tampoco.

La Voz del Interior, Córdoba, 22 de enero de 2002.

Medios bajo corralito

Marcos Mayer

Como parte del caos nacional, el último cacerolazo fue cubierto casi exclusivamente por *Intrusos*, un programa habitualmente transitado por un tipo de seres muy diferentes a los vecinos que se autoconvocan para expresar su descontento. Y recibió los reclamos de una ciudadanía que sentía que el nuevo protagonismo no tenía la cobertura necesaria. Es un reclamo distinto a la prensa. Lo que se exige ahora es que cambie el escenario donde situar cámaras y movileros. Y, también, que las voces que ocupen el espacio mediático sean diferentes a las tradicionales.

Lo que pone en evidencia este nuevo estado deliberativo y de protesta es que las fuentes de la información deben ser replanteadas, algo que afecta tanto a los grandes medios como a los pequeños. Para los multimedia, es obvio que la protesta pone en cuestión los habituales e incluso aceptados tráficos de influencias a favor de alguno de los lobbies hoy tan cuestionados. Para los chicos, el desafío es encontrar los códigos para transformar en información una realidad desacostumbrada.

El cuestionamiento masivo a las instituciones empieza a acechar a los medios. Con los cacerolazos, lo que se quebró es un sistema de comunicación entre representantes y representados, algo que ya se había expuesto con el voto bronca. La imagen de los medios como reemplazantes de los poderes que no cumplían con su función empieza a mostrar problemas de sintonía. El dilema no es fácil. Por un lado, se trata de decodificar un mensaje que es claro para sus emisores, pero no tanto para sus destinatarios. Por el otro lado, el actual reclamo de justicia por ahora es menos mediático que las denuncias sobre enriquecimiento ilícito y negociados que fueron el caballito de batalla hegemónico del periodismo desde principios de los '90.

Lo complejo es que la gente precisa de los medios para amplificar los sonidos de su protesta. Pero la confianza ya no es la misma. La información también sufre el corralito.

Tres Puntos, 24 de enero de 2002.

Racionalidad o más dolores

Editorial

Los argentinos cada día sentimos más que estamos en manos de un gobierno de improvisados. No se concibe como serio que estemos enfrentados al Fondo Monetario, al presidente George W. Bush de Estados Unidos, el presidente José María Aznar de España, a las empresas multinacionales. No se concibe que un grupo de hombres no electos por la ciudadanía, encaramados por una conjura al gobierno quiera que el argentino no piense más en función del dólar cuando llevamos una vida calculando así nuestro ahorro y nuestro futuro.

○ acaso en 1951 el entonces presidente Juan Perón no le dijo a una inmensa concentración de trabajadores que llenaba totalmente la Plaza de Mayo: "¿Ustedes vieron alguna vez un dólar? Entonces ¿por qué se preocupan por el valor del dólar?"

Han pasado 50 años de eso y los argentinos no hemos cambiado ni parece que lo vayamos a hacer. Tampoco en medio siglo cambiamos la mentalidad de políticos estatistas o populistas con el agravante de que con su “putsch” para tomar el poder retoman el país a décadas atrás y en el pensamiento del dólar al Perón de 1951. Ni siquiera se frenan en 1954, cuando el mismo Perón abrió la economía a la explotación petrolera por compañías extranjeras cuando vio la situación financiera crítica de la Argentina.

Hay que admitir que el poder de Duhalde se fundamenta mucho hoy en que, si lo forzaran a una elección, muchos candidatos obligados por antecedentes o precedentes no querían hacerlo frente al pavoroso panorama, sobre todo el casi insoluble “corralito”. Será por su ambición personal, por la de su esposa, por la convicción de que nunca volvería a ser candidato presidencial con las figuras nuevas y Carlos Menem que tiene el justicialismo, por lo que sea, pero hay que admitir que Duhalde afrontó una patriada que no estaba para cualquiera ni lo sigue estando hoy.

Ricardo López Murphy, por que ve que los males actuales le han dado toda la razón a sus planteos, y por la convicción que tiene y tienen muchos que sin una racionalidad en serio el país se destroza, querría elecciones anticipadas. También, en el otro extremo, Elisa Carrió, que hizo mala elección el 14 de octubre pasado pero no está convencida de que fue por sus ideas incoherentes –entre místicas y delirantes– sino porque ella misma no encabeza las boletas de su partido ARI.

Posiblemente también las querría –por lo menos lo expresa– el gobernador José Manuel de la Sota en Córdoba, que tiene ideas bastante sólidas en materia económica, inclusive novedades para gobernar y no es para nada populista. De la Sota se arriesgaría porque mucho más que al drama del “corralito” le temió al fraude en la provincia de Buenos Aires por parte del duhaldismo si hubiera una elección interna dentro del justicialismo. Pero Duhalde hoy –hasta donde puede ser confiable– ha bendecido al gobernador de Córdoba.

De cualquier manera, a los organismos internacionales les gusta que en una crisis profunda y terminal en un país, como es el caso argentino, haya un gobernante con poder político y Duhalde lo tiene. Claro, el problema es rescatarlo de los “gurkas” de su equipo actual, de Alfonsín –el político que el Fondo Monetario considera más pernicioso para la Argentina– y de los nuevos ultras del estatismo, como son los radicales Leopoldo Moreau y Federico Storani.

Entre la racionalidad y el populismo-estatismo se juega la recuperación argentina. Siempre partiendo de la base innegable de que será larga y dolorosa. Pero cuando más la demoremos, más se agravará la situación.

Ámbito Financiero, 29 de enero de 2002 (fragmento).

La casa de todos *Carlos Gabetta*

(...) Una radiografía de la situación actual muestra un país quebrado y a los dueños del poder económico enfrentados a la sociedad en la calle. Mediador: la dirigencia política, sindical y corporativa, que en todos estos años sirvió al poder apa-

rentando servir a la sociedad. El poder intenta preservar lo esencial y exige a la dirigencia, mediante todo tipo de chantajes (desde la guerra económica hasta dar a luz sus chanchullos), que ésta haga su trabajo: contener a la sociedad. Pero ésta ha des-pertado, al menos en relación a sus exigencias inmediatas, y no hay recursos para calmarla. Cuello de botella, callejón sin salida.

¿Sin salida? Es posible avizorar una, si la sociedad no se mantiene vigilante: puesto que los dirigentes no representan a los intereses ciudadanos y aunque quisieran no pueden volver a representarlos por incompetencia y debilidad frente al poder, acabarán por diluir los reclamos sociales en mínimas concesiones y promesas en el mejor de los casos, en la represión despiadada en el peor.

Se abren dos caminos ante la ciudadanía. Uno, conformarse con recuperar parte de lo perdido, adormilarse otra vez y dejar que el país siga por la pendiente que lo lleva al destino bananero: una sociedad con un núcleo rico muy rico, una mínima clase media acomodada cooptada en una universidad de élite, algunos centros científicos al servicio de las multinacionales, algunos núcleos artísticos e intelectuales financiados por la actividad privada y los medios de comunicación; un núcleo proletario mínimo, concentrado en las empresas industriales y de servicio extranjeras; millones de pobres y marginales. Violencia, exclusión, corrupción, dependencia, ignorancia, democracia de fachada. El país del ALCA, el Plan Colombia, el Foro de Davos, la Organización Mundial de Comercio y la dolarización.

Dos, levantar la cabeza, recuperar todo lo útil y motivo de orgullo de la historia nacional y echar por la borda todo lo inservible. Siguen vigentes las posibilidades del país potencialmente muy rico, semidespoblado y a medio camino del desarrollo, con grandes recursos humanos. Está abierta la vía de la autonomía mediante la integración entre países complementarios, Sudamérica primero, Latinoamérica después; del desarrollo económico, de una cultura y un modo de vivir propios.

Pero esta alternativa exige refundar la nación, echar las bases de una nueva República, porque nada de lo actualmente existente sirve a los intereses del país y a las aspiraciones de la sociedad. Se mire por donde se mire, todo está obsoleto, caduco, deshecho, sino podrido. Por ni funcionar, no funciona ni el fútbol, también devenido un negocio especulativo arruinado, controlado por políticos y mafiosos.

Sin embargo, es preciso comenzar a considerar que todo lo que no funciona es sólo el síntoma de algo más profundo, de una cultura, de una manera de estar en el mundo, de considerar el trabajo, el ahorro y la participación ciudadana, de una ética social débil e inexistente. En otras palabras, parece llegar la hora de que los argentinos reconsideren la idea que tienen de sí mismos, del país y sus instituciones, de dejar atrás definitivamente los consejos del Viejo Vizcacha: una sociedad desarrollada no se define por lo económico o tecnológico, sino esencialmente por la cantidad, variedad y sofisticación de los acuerdos vigentes entre todas las clases y sectores y por el nivel de su cumplimiento en la vida cotidiana (no la ley: eso la tienen todas, más o menos buena). Cuanto más alto es el nivel de cumplimiento de los códigos, más desarrollada es la sociedad. Por eso la argentina es subdesarrollada: casi no hay acuerdos, los que existen casi nadie los cumple y hay por un lado un profundo conformismo frente a las violaciones y, por otro, una expandida glorificación de la picardía necesaria para sobrevivir en la jungla.

Además de las reivindicaciones puntuales, es necesario ir al fondo de las cosas.

El actual silencio astuto de los políticos —en particular el Congreso— ante la rebelión popular no debe ser pasado por alto: ningún dirigente o militante debe ser considerado creíble si no levanta su voz para denunciar la corrupción y los manejos de su partido. Basta ya de políticos “decentes” sólo porque ellos no roban: la decencia pasa hoy por adecentar la propia casa. Cualquier político que no exija un inmediato congreso democrático, que no levante una lista de nombres y métodos a excluir definitivamente de su propio partido debe ser rechazado por la sociedad. En particular radicales y peronistas, que se han repartido el gobierno en los últimos 18 años, saben perfectamente quién es quién y qué hace en el partido. Basta de ex-funcionarios que denuncian “políticas equivocadas” como si las políticas no las idearan y aplicaran personas concretas y, peor, como si ellos no hubieran estado allí. (...).

Le Monde Diplomatique, Edición Cono Sur, enero de 2002 (fragmento).

Un gobierno a la caza de patrimonios ajenos

Enrique Blasco Garma

Un gobierno que, en menos de un mes, incumple todos sus compromisos, con los deudores garantizados, con las empresas privatizadas, con los depositantes bancarios, con los acreedores particulares, con todos sus conciudadanos al abolir todos los contratos entre particulares, ahora nos exige recibir papeles que llaman moneda. Nuestros dirigentes nos piden confianza al tiempo que se sorprenden de la situación del país, como si no hubieran ocupado puestos relevantes, desde hace demasiado tiempo. Posiciones que en los países serios exigirían responsabilidad. ¿Por qué no nos explican por qué devaluaron y nos metieron en este berenjenal? El Congreso Nacional comparte este programa con entusiasmo. Ahora todo vale.

Protección. Necesitamos protección internacional para detener las acciones del gobierno en perjuicio de los patrimonios privados. Pero la población no se dejará expropiar fácilmente. No iremos a Auschwitz mansamente. A pesar de todos sus planes procuraremos eludir la expoliación. Porque la finalidad del Estado es proteger los bienes privados. Sin protección de la Justicia, la mejor contribución de la comunidad internacional con el pueblo argentino sería protegerlo de sus gobernantes. Después del Holocausto se adoptaron leyes internacionales contra el genocidio, la acción del Estado contra su propia gente. En un libro sobre la pobreza que estoy terminando, propongo extender los tratados internacionales para limitar los poderes de las dirigencias cuando empobrecen a sus pueblos. La propiedad privada, incluyendo la persona, es esencial, y merece protección internacional para la estabilidad del planeta. Las naciones responsables del mundo deberían sancionar urgentemente un código de protección a la persona en su integridad. No se debería tolerar la disolución de la riqueza para beneficio de minorías. Los odios que alimentan el terrorismo se nutren de fracasos. Vejar a un pueblo, quitándole su patrimonio, involucra un comportamiento tan criminal como el de los genocidas. El régimen político que sobrevendrá a este podría aprobarlo.

Ámbito Financiero, 5 de febrero de 2002 (fragmento).

El punto de no retorno

Álvaro Alsogaray

Sin plan. La recesión dura ya más de cuatro años y va en aumento. A ello se agrega la desocupación, que se ubica en el nivel de 18,5%. Pero lo peor es que no existe un plan para revertir esa situación ni en el corto ni en el largo plazo. Ni siquiera se ha hecho un diagnóstico acerca de las causas que han creado la temible confusión en que vive el país. Ese diagnóstico es indispensable para formular un plan de recuperación. Los dirigentes y funcionarios políticos se mantienen ajenos al problema. Los partidos políticos, entremezclados entre sí, no están en condiciones de proyectar y ejecutar las reformas necesarias. Su acción se limita a las pujas internas y ninguno de ellos cuenta con equipos de trabajo en el ámbito económico para encarar la tarea. Mucho menos cumplen con su función de ilustrar al ciudadano acerca de las grandes cuestiones sujetas a debate. Es más, tanto los principales dirigentes políticos como los economistas que los acompañan y asesoran, son de tendencia socialista, aunque no lo reconozcan públicamente. Su acción se limita a denostar el "modelo" que supuestamente habría imperado durante los últimos diez años, siendo el gran responsable de la crisis actual. Denominan a ese "modelo" neoliberal, sin precisar el significado de esa palabra. Nadie ha dicho en qué consiste ese liberalismo. Todo lo que se ha afirmado es que "hay que cambiar el modelo". Tampoco se ha señalado con qué otro modelo habría que reemplazarlo.

En realidad, lo que los detractores de los gobiernos de los diez últimos años atacan es la filosofía liberal que en alguna medida influyó sobre ellos. En 1989, en medio de un verdadero caos cuyo signo más evidente fue la hiperinflación, el Dr. Menem puso en marcha un verdadero plan de transformación económica y social liberando la economía, instituyendo la economía de mercado, abriendo el país competitivamente al comercio y las finanzas internacionales, privatizando las empresas del Estado que durante años habían consumido los recursos del país y defendiendo la estabilidad monetaria.

Ese conjunto de decisiones, de inspiración liberal, tuvo pleno éxito al abatir la hiperinflación y crear las bases para el futuro desarrollo del país. Pero a fines de 1994, reapareció el déficit del presupuesto nacional, y el impulso inicial hacia el liberalismo se agotó, paralizándose la transformación iniciada. La filosofía liberal quedó trunca, siendo sustituida por un mezcla de ideas sin orientación definida. Si a ese estado de cosas se lo quiere denominar neoliberal, podemos estar de acuerdo, por cuanto nunca hemos apoyado una mezcla de esa clase, sino que la hemos denunciado como el factor que habría de conducirnos a una crisis como la presente. El Dr. Cavallo es un conspicuo responsable de esa política híbrida, necesariamente autoritaria y plagada de errores e improvisaciones que ha prevalecido desde 1995 hasta la fecha.

Como digo, el desenlace no podía ser otro que el cuasi caos actual, cuyo detonante fueron las medidas precisamente adoptadas por el Dr. Cavallo el 1º de diciembre último. Ese fracaso, que es inocultable y perturbador de la vida diaria de todos los habitantes del país, es el que nos ha llevado a la crisis actual. Queda ahora la difícil tarea de revertir esa situación.

Esta vez no se puede recurrir a paliativos ni a ensayos pragmáticos y tecnocráti-

cos. Todas las pruebas que se han hecho en ese sentido han fracasado, y el conocimiento económico y del orden social permite afirmar que volverían a fracasar en el futuro.

Se plantea así un verdadero dilema: o se recurre a una verdadera solución liberal, o se insiste en ese neoliberalismo propio de la socialdemocracia (o democracia socialista). Exponentes de este segundo enfoque son el Dr. Alfonsín, que debió abandonar el gobierno antes de cumplir su mandato y que no oculta su vocación socialista hasta el punto de procurar su adscripción a la internacional de ese nombre; el actual presidente de la República, Dr. Duhalde, ha sido el más ferviente promotor de la idea de "cambiar el modelo", pero no en el sentido liberal sino en el de la socialdemocracia, y el Dr. Cavallo, que la opinión pública ubica del lado liberal, es en realidad un dinámico líder socialdemócrata, que nada tiene de liberal.

Lamentablemente no existe en estos momentos en el escenario político un verdadero partido liberal. La UCeDé lo fue hasta las elecciones de 1989, pero por razones internas y porque el Dr. Menem durante su primer mandato recurrió a las ideas sostenidas por el partido, el progreso de esa agrupación ahora se vio interrumpido, y si bien sus ideas han prevalecido en el plano intelectual, la UCeDé no tiene ahora peso político como para gravitar decisivamente dentro del extraordinario desorden que ha calado tan hondo en la vida argentina.

Ámbito Financiero, 6 de febrero de 2002 (fragmento).

Filosofía de la Asamblea Popular

José Pablo Feinmann

Uno de los sentidos más fascinantes y sin duda actuales del concepto "asamblea" es el que se deriva del ejercicio de la democracia directa. Ante el deficiente funcionamiento de las estructuras representativas de la democracia (representación legislativa, judicial, ejecutiva, parlamentaria), el pueblo se nuclea en tanto asamblea y desde este nucleamiento ejerce la democracia sin mediaciones. De esta forma, el pueblo (que, en verdad, se constituye en tanto "pueblo" a partir de la asamblea) denuncia que la "política representativa" ha devenido "oligarquía política", traicionando el mandato democrático que se le había confiado. El pasaje que la clase política realiza de la "representación" a su sustantivación oligárquica ocurre cuando deja de representar al pueblo y se consagra a representarse a sí misma y a sus grupos financieros. (El grave riesgo de la política institucional en el capitalismo es que necesita financiarse —sobre todo para las "campañas electorales"— y ese financiamiento lo obtiene de las empresas, las cuales, al otorgarlo, condicionan tanto a los políticos que logran someterlos a sus intereses. Podríamos decir: "Dime quién o quiénes financiaron tu campaña y sabremos para quién o quiénes gobernarás"). Una vez que los "representados" advierten que no son "representados" sino que aquellos a quienes han elegido para "representarlos" representan a otros, pueden hacer dos cosas: 1) Nada, o lo mismo que nada: mirar televisión y ser cómplices pasivos de la fiesta entre la "oligarquía política" y el poder económico y recibir las migajas de ese banquete en tanto observan cómo "los demás", los "pobres", se deslizan a la "extrema

pobreza" y creen que "eso" a ellos jamás les pasará. 2) Constituir asambleas de ejercicio directo de la democracia. No es otra cosa lo que está ocurriendo en nuestro país.

Nada, pues, más legítimo que la "asamblea" para responder a una situación de irrepresentatividad. La política deviene "oligarquía política" cuando se privatiza, cuando se torna un cuerpo cerrado en sí mismo, no permeable a las bases sociales que le dieron mandato. Ocurre que los partidos políticos llegan al poder por medio de costosísimas campañas políticas, las cuales son financiadas por grandes empresas que no tienen los mismos intereses que los votantes que esos partidos prometen representar. De este modo, los partidos, durante sus campañas, prometen a los votantes lo que los votantes desean, pero saben que harán lo que sus financistas les digan: porque los votantes votan una sola vez y los financistas ponen dinero todos los días. La mejor defensa de los votantes, la herramienta que les permitirá "seguir votando", es la "asamblea", pues en ella serán ellos los que se representarán a sí mismos, y ellos no están financiados por nadie. O sí: por ellos mismos, de aquí que serán "sus" intereses los únicos que habrán de defender. La "asamblea", entonces, es el ámbito de unión de los "irrepresentados", de los "no financiados", o de los "auto-financiados", de los que saben que la "democracia representativa" ha devenido "oligarquía político-financiera" y, por tal motivo, no pueden confiar en ella, no pueden ya "delegar" la democracia sino ejercerla directamente. Este "ejercicio directo" de la democracia es la asamblea.

Acudir a la asamblea es acudir en busca de "otros", que son "otros" porque son subjetividades libres, pero –a la vez– forman un "nosotros" en la "asamblea", que es, así, un espacio de intersubjetividades libres, y la "intersubjetividad" es la forma práctica, actuante, potente de la subjetividad. Nunca estamos solos en la "asamblea"; somos "yo", pero somos "los otros" y con los otros somos "todos". Somos una totalidad: la asamblea nos totaliza.

A partir de los '80, en textos y cursos, Michel Foucault buscó "nuevas formas de subjetividad", que habrían de surgir de fórmulas vinculantes ajenas al circuito de la representación político-institucional: "La amistad o la solidaridad son esos vínculos que se sustraen a las mediaciones jurídicas, a la ley, la regla o la institución. De modo que es gracias a estas relaciones que una multiplicidad cualquiera, inclasificable o irrepresentable, resulta posible" (Dardo Scavino, *La filosofía actual*, Paidós, pág. 201). Surge de aquí la posibilidad de una ética, que radicaría en la "práctica" de esas relaciones cuyo marco escapa a lo jurídico, a lo institucional. El espacio totalizador de la "asamblea" es el espacio en el que una "ética" puede constituirse. ¿O no es la asamblea el lugar de la amistad y la solidaridad? Primero somos "amigos" constituidos en exterioridad (la agresión de un Poder que ha dejado de representarnos es la que nos convoca) y luego somos "amigos" en el interior de una praxis política autoconvocante. También, digámoslo, de una "rebelión".

Ir a la "asamblea" es ejercer un movimiento inicial de negación: hemos dejado de ser "representados", hemos salido del "hogar" –donde un desocupado es un humillado y un ocupado un televidente pasivo y algo bobo– y ocupamos, junto a otros, un espacio en el que ya no somos lo que éramos, en el que negamos lo que habían hecho de nosotros. Un desocupado, en la asamblea o en el piquete, ya no es un humillado, recuperó una identidad y hasta una ocupación, ya que ahora tiene la ocu-

pación de representarse a sí mismo, de representar a los irrepresentados, de formar parte de una totalidad que lo "emplea", lo "contrata". Hay un texto de Foucault en el que se postula que la filosofía es rechazar lo que somos y buscar lo que podríamos llegar a ser. Hay un texto —anterior por cierto al de Foucault— de Sartre, un texto del célebre prólogo al libro de Fanon, en el que se afirma: "No nos convertimos en lo que somos sino mediante la negación íntima y radical de lo que han hecho de nosotros". Los dos, hoy, nos sirven. Los dos le dicen al poder de la no-representación: "Ya no somos lo que éramos, somos la negación de aquellos ciudadanos pasivos que los aceptaban resignadamente, eso que éramos era lo que ustedes habían hecho de nosotros, esto que hoy, en esta 'asamblea', somos, es lo que nosotros hemos hecho de nosotros mismos, y este nuevo ser niega lo que éramos y, en esa negación, los niega a ustedes". De aquí una de las lecturas posibles del "que se vayan todos" del asambleísmo. No es la postulación de la anarquía, es la asunción por la asamblea y en la asamblea de una creatividad política sin políticos.

El "asambleísmo" es policlasista; la asamblea no es "obrero" ni es un "consorcio ampliado" de argentimedios. El lunes 28 de enero, los piqueteros fueron recibidos —en su manifestación hacia la Capital— por los comerciantes que antes les temían, ya que "esos negros van a romper todo". Ahora les dieron comida, café con leche, mate cocido. Comerciantes que —al fin— entienden que el sistema que los obliga a echar a un empleado es el mismo que más tarde los dejará a ellos en la calle, fundidos. Así, podríamos decir —manejándonos con términos del lenguaje político argentino— que en la asamblea "la gente" se vuelve "pueblo", ya que forma parte de una totalidad. Prefiero seguir usando estos términos y no introducir el de "multitud" de los italianos Negri y Virno, ya que sería confusional para nosotros. Nuestras asambleas se definen como "populares", no como "multitudinarias". Si podemos decir —con Toni Negri— que en la "asamblea" está la "potencia", y que la "potencia" es constituyente. Negri toma el concepto spinoziano de "potencia", porque ella define al ser por la acción. Si "ser es actuar", el que va a la "asamblea" va en busca del ser porque va en busca de la acción. Se define como sujeto libre por medio de su praxis libre. Y hay en esto (aunque Negri y Virno, demasiado spinozistas, corren el riesgo de no poder asimilarlo) un movimiento dialéctico: si para ser lo que ahora soy tuve que negar lo que era... eso se llama dialéctica. La filosofía puede abrirse a cuantos filósofos desee y hasta incluirlos en un nuevo encuadre. La Argentina de hoy lo es. Somos la cara del fracaso: el de nuestras clases políticas sometidas al poder económico por medio de las recetas del Fondo. Y somos la cara del horizonte, de la posibilidad: un gesto airado, nuevo, ruidoso, en la lucha contra la globalización del capital financiero.

Página/12, 9 de febrero de 2002.

Civilización y Barbarie, al revés **Carlos Rodríguez**

Al final ocurrió lo que hacía tiempo veníamos anunciando: Domingo Cavallo y el radicalismo destruyeron el endeble tejido socioeconómico de la Argentina.

Lo lamentable es que a causa del colapso no se impusieron los mejores sino los más organizados: hay que pellizcarse muy fuerte para entender que nos está gobernando una alianza entre la izquierda alfonsinista y el corporativismo duhaldista. Ambos sectores representan la antítesis política de lo que la población reclama impotente.

Estamos gobernados por las fuerzas demagógicas y corporativas de la provincia de Buenos Aires. Estas representan el anticapitalismo y la teoría de la conspiración. Los gobiernos provinciales, hoy sin poder, tienen mayoritariamente una visión mucho más moderna de la política y la economía. ¡Pobre Sarmiento si viera la barbarie representada por la provincia de Buenos Aires y la civilización encarnada en los caudillos del interior!

El debate ideológico ya ha sido dado y los que detentan el poder saben claramente lo que quieren. La única alternativa viable para un cambio es hacerlo políticamente en las urnas. Para ello hace falta que las fuerzas de la civilización, hoy dispersas, se unan en una propuesta superadora y moderna.

BAE, 12 de febrero de 2002 (fragmento).

Asambleas barriales

Editorial

Las asambleas barriales que se están celebrando en nuestra ciudad —y en otras zonas del país— han nacido del deseo de amplios sectores de la población de participar de manera directa y comprometida en la solución de los graves problemas que aquejan a la República. El escepticismo de mucha gente respecto de la legitimidad del actual sistema de representación político-partidaria, manifestado de manera tumultuosa en calles y plazas, ha potenciado el deseo de los habitantes de muchos barrios de hacer oír su voz, buscando canales de expresión más cercanos a la democracia directa.

De esa inquietud popular han surgido las asambleas barriales. Constituyen un intento de generar un sistema de participación que comience por controlar el manejo de los fondos públicos que atañen al barrio y por establecer pautas sobre el uso de los recursos presupuestarios en el nivel municipal.

Si bien es cierto que el auge de estas asambleas aparece como una consecuencia del hartazgo público ante las conductas poco confiables de la clase política, debe tenerse en cuenta que tales mecanismos de deliberación popular encierran un peligro, pues por su naturaleza pueden acercarse al sombrío modelo de decisión de los “soviets”, donde el lirismo idealista de muchos terminaba siendo casi siempre manipulado por una minoría de activistas ideologizados, duchos en el arte de proponer soluciones grandilocuentes y efectistas de puro contenido emocional —a menudo de imposible cumplimiento— y de captar, así, la voluntad de mayorías que no siempre advierten a tiempo la trampa que se les tiende.

La posibilidad de que esos órganos populares pretendan hacer justicia por su propia mano y sustituir a jueces, legisladores y administradores gubernamentales encierra un alto riesgo, en la medida en que se puede desembocar en el extremo no

querido de que una reunión populosa de dudosa racionalidad –en la cual las decisiones se toman con frecuencia por aclamación– termine convirtiéndose en un factor de perturbación institucional.

La experiencia enseña que estas asambleas son a veces copadas por agentes de ideologías extremistas, que aprovechan la legítima indignación de la mayoría para pescar en río revuelto y tratar de lograr lo que nunca pudieron obtener por la vía del sufragio. No está mal que la gente quiera expresarse. De la consigna “el pueblo quiere saber de qué se trata” nació, al fin y al cabo, hace 192 años, la nación que habitamos. Pero es fundamental tener en cuenta que una cosa es protestar tumultuosamente y otra muy distinta tomar decisiones de gobierno en función del interés público y el bien común.

“El pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes”, dice sabiamente la Constitución nacional. Ese principio nació del horror que les inspiraba a los constituyentes la amenaza de las turbas desatadas, un temor que se había incubado al abrigo de los excesos e injusticias que se habían perpetrado en el mundo en nombre de la libertad, de la Revolución Francesa en adelante. Nuestras asambleas barriales deben ser cuidadosas y estar prevenidas ante cualquier desviación que las acerque a los malos ejemplos históricos que proporcionaron, tantas veces, las multitudes enardecidas.

Las inquietudes que se manifiestan en esta clase de reuniones populares deberían tener un cauce real y no frustrar la legítima aspiración que los argentinos alentamos de reconstruir la representación política de los ciudadanos, cansados de episodios como el de las coimas en el Senado, la reiteración de actos de corrupción, el cuestionado financiamiento de la política por vías espurias y tantas otras señales de declinación moral.

“El pueblo quiere saber de qué se trata” quiere decir más y mejor participación política por los carriles institucionales previstos en nuestro sistema constitucional. No se puede ignorar, de todos modos, que las asambleas barriales son la respuesta inorgánica a las vacilaciones y las demoras del poder en instrumentar la reforma política reclamada por la ciudadanía.

La Nación, 14 de febrero de 2002.

Un escenario de alto riesgo

Mariano Grondona

Veo a Duhalde como el último cartucho en la escopeta de la clase política. Porque la división que se ha producido ahora no es una línea vertical, como la que existía entre la Alianza y el peronismo en la época de Fernando de la Rúa, sino un corte horizontal entre la clase política y la clase media, que es la verdadera protagonista de esta gran crisis.

En última instancia, la clase media, el cacerolazo, trata de salvar a la democracia. A su modo. Se podría graficar con una metáfora: en una compañía, digamos Enron, que entra en crisis, a los accionistas se les presentan dos opciones, o cerrar o echarle la culpa al directorio. Lo que ha hecho hasta ahora la sociedad argentina

es echarle la culpa al directorio, porque quiere salvar el régimen. Para la clase media, la actual clase política, representada por radicales y peronistas, ya no sirve. ¿Qué hace entonces esa clase política? Contra las cuerdas, vota abrumadoramente en el Congreso a Duhalde, que es el peso pesado que les quedaba, y le pide que la salve.

Chance y riesgo. A Duhalde se le presentan dos escenarios. Si consigue salir de este pozo, poco a poco, habrá salvado a la clase política. Aunque con reformas gatopardistas, va a bajar un poco el gasto político, quizá, si cumple, en un 25 por ciento. La podría salvar. Si Duhalde fracasa, en cambio, fracasa con él la clase política y se abren otra vez dos escenarios. Una posibilidad es que tengamos que ir a elecciones anticipadas. La otra es un estallido social que nos precipite a una salida autoritaria.

Con elecciones anticipadas, el primer escenario, el planteo electoral va a ser totalmente diferente, porque el peronismo va a tener que buscar una figura que implique renovación y, fuera de la corporación política, va a haber candidaturas tanto a la izquierda como a la derecha. Crecerán figuras como las de Elisa Carrió y Ricardo López Murphy. En esta hipótesis no habrá centro político. A la derecha, López Murphy, tal vez Patricia Bullrich o Mauricio Macri, representarán la posibilidad de una renovación. A la izquierda, Carrió y sus eventuales aliados. En el centro, nada. Y esto es peligroso. Primero porque al peronismo no le van a quitar sus votos así nomás y segundo, porque renacería la posibilidad de la intolerancia. Una especie de respuesta a la tolerancia practicada por peronistas y radicales que la gente vio como complicidad. Pero la acentuación de un escenario dominado por la derecha-de-

--- terna y la izquierda-izquierda renacería en antagonismo de los tiempos: el peronismo-antiperonismo. Veo allí un dilema político peligroso.

El otro escenario, que es mucho peor, sería que el caos social se vaya agravando a medida que la parálisis económica siga despidiendo gente de sus lugares de trabajo y que el corralito licúe los ahorros de la clase media. Ante episodios sociales de extrema gravedad, se plantearía un problema de orden público. Por eso han reaparecido los rumores sobre presuntos movimientos militares y otras fórmulas que creíamos habían desaparecido para siempre. Se empieza a hablar de qué pasaría si un día esto se desborda de verdad.

El mejor escenario es que a Duhalde le vaya bien, el intermedio es que haya elecciones anticipadas, y el peor sería un estallido social, porque en este último la gente entraría en pánico y esa misma clase media, que inició la protesta para salvar al régimen democrático, empezaría a pedir una figura fuerte capaz de imponer orden. (...).

No tenemos un capitalismo nativo, actuamos según una mentalidad rentística. Mucha de la gente que protesta legítimamente había establecido un nivel de vida. Cobró su indemnización, vendió su departamento, colocó 50 o 100.000 pesos en el banco y, al 24% anual, vivía de eso. ¿Cómo puede haber un país donde miles de pobres viven de sus rentas? Al 2 por ciento anual, la media internacional, se necesitan varios millones de dólares para vivir de rentas. En la Argentina, en cambio, no. Ya pasó con la tablita de Martínez de Hoz: se devaluó el tipo de cambio, se pagó una alta tasa de interés interna y se permitió así hacer diferencias con un pequeño capital. Con 200.000 pesos, podía ganar 45.000 por año y vivir con 3 o 4.000

mensuales sin trabajar. Esta mentalidad rentística viene de la clase alta rural. Viene de "m'hijo el dotor", el padre trabajaba como una bestia como verdulero, carnicero o comerciante, para que su hijo fuera un profesional independiente, doctor. El doctor ahora es psicólogo, abogado, médico o intelectual, y como doctor, puedo decir que los doctores no producimos nada, somos una clase totalmente ociosa desde el punto de vista económico. Proveemos, en todo caso, servicios auxiliares. Esa cultura influyó en el propio sindicalismo, que planteaba "mañana es San Perón", no para trabajar más sino para trabajar menos. La principal culpable de ese estilo de vida fue la clase alta, ella creó el ideal Charly Menditeguy. Todo quisieron ser Charly Menditeguy. Tuvimos entonces 90 mil millones de dólares que pusimos en los bancos por nuestra mentalidad rentística. Había 90 mil millones y nadie que los hiciera trabajar. Usted no puede tener un país en el que todos, en la medida en que tengan algo de dinero, lo ponen en los bancos, y esperan a cobrar sus intereses para poder vivir de eso. ¿Quién produce? Creo que revela una falla estructural muy profunda y eso quisiera que aprendamos de una vez por todas.

Noticias, 16 de febrero de 2002 (fragmento).

Esta vez no son los judíos sino los políticos

Mariano Grondona

Unas cincuenta personas armadas de cacerolas se agolparon en la noche del miércoles frente al domicilio de Raúl Alfonsín para gritarle "ladrón", "corrupto" y "chorro" cuando éste regresaba del Senado. Indignado, el ex presidente se bajó del auto y recriminó a los manifestantes, trabándose a puñetazos con algunos de ellos. Quien quiera criticar por ineficaz la presidencia de Alfonsín no se quedará sin argumentos. Quien desee revisar las ideas económicas del ex presidente se topará con más de un despropósito. Quien le objete hacer la vista gorda frente al desmesurado gasto político pisará suelo firme. Pero nadie lo había acusado hasta ahora de deshonestidad personal. Cualquiera que lo haya conocido en su vida privada también conoce la modestia de recursos en medio de la cual se desempeña. La acusación de "chorro" no siguió por ello el curso que podrían haber seguido otras acusaciones a políticos procesados o detenidos por causas de corrupción. No hay ningún cargo concreto contra Alfonsín. ¿Por qué lo acusaron algunos "caceroleros", entonces, de ladrón? No por algo personal sino por pertenecer a una categoría colectiva: la clase política. Los acusadores razonaban de esta forma: "Todos los políticos son ladrones; Alfonsín es político; por lo tanto, Alfonsín es ladrón". Cuando en los cacerolazos se grita "que se vayan todos", ¿no se apela acaso al mismo silogismo? Poco importa que tal o cual político sea una persona honorable. Lo condena su pertenencia, no su conducta. En tanto el juicio sobre la responsabilidad de una persona determina su inocencia o su culpabilidad individual, separando el trigo de la cizaña, la consigna "que se vayan todos" pasa por encima de los casos particulares. En la Alemania de Hitler todos los judíos eran, por definición, culpables. En la Argentina de hoy, todos los políticos también lo son. Su pertenencia a la nueva raza maldita que ahora es una clase maldita basta para condenarlos sin necesidad alguna de probar el delito

que supuestamente cometieron. En la Alemania de Hitler, algunos colaboracionistas pudieron probar al régimen que, pese a ser judíos, les serían útiles. Así salvaron sus cuerpos, aunque no sus almas. En la Argentina de hoy, algunos políticos también procuran salvarse sumándose a los caceroles para gritar más que nadie contra sus antiguos colegas. ¿Se han convertido a la causa de la indignación popular o sólo pretenden salvar el pellejo?

Discriminación. Se me dirá que la metáfora del Holocausto es excesiva. Sin duda, lo es. Nada es comparable al genocidio. Pero vale la pena recordar que el genocidio no empezó como tal sino en un acto todavía incruento: la discriminación. Todos los judíos tenían que identificarse mediante el signo de una estrella. De ahí en más empezaron a ser abucheados, *escrachados*, en sus casas o en la calle. Sólo después vendría el horror que a más de medio siglo aún nos espanta. Aun en medio de nuestra exaltación actual, no habrá nada parecido a las cámaras de gas. Pero la certeza de que, salvo algún condenable incidente, nunca habremos de llegar a la eliminación física y sistemática de nuestros políticos no impide percibir los primeros pasos de un exterminio al menos simbólico. Ya no pueden ir a los lugares públicos. Ya sufren *escraches*. Ya ha habido *golgizas* y, en Junín, un incendio. ¿Habrá un linchamiento? Poco importa si la víctima de la embestida es, en lo personal, culpable o inocente, sinvergüenza u honrado, con prontuario o Alfonsín. "Lo mismo un burro que un gran profesor". Basta con que pertenezcan a la clase maldita. Genial o inepto, patriótico o infame, idealista o cínico, cada político deberá irse "con todos". Algunos manifestantes, los moderados, proponen simplemente no votarlos más. Otros, los más indignados, quisieran proscribirlos. Que no puedan salir de casa. Que lleven sobre el pecho la nueva estrella. Que, con pruebas o sin ellas, marchen presos. Esta condenación colectiva no alcanza solamente a los políticos. También la sufren, por ejemplo, los banqueros. ¿Pero alguno honesto habrá? No importa: su profesión los condena. En la Argentina de la discriminación por clases, para algunos exaltados la policía es, por definición, represora y el ejército, dictatorial. Dentro de cada una de las categorías proscriptas sólo se salvará el que la traicione. No se habla tampoco del juicio político a los ministros de la Corte Suprema sino del "juicio a la Corte", sin distinciones adentro. ¿Valdrá de algo que una legión de ciudadanos distinguidos haya dado su aval moral al juez Gustavo Bossert? ¿Pero no es Bossert un miembro del "maldito tribunal"? ¿Por qué, entonces, habría que excusarlo?

El que acusa se excusa. Otra diferencia entre la condena colectiva de los judíos en la Alemania nazi de ayer y de los políticos en la Argentina perpleja de hoy es que la inmensa mayoría de los judíos alemanes, lejos de ser culpables, habían servido admirablemente a su patria en ese siglo de oro que ella vivió al comenzar el siglo XX. Nuestros políticos, ¿podrían decir lo mismo? Muchos de ellos, ¿no han sido acaso "ladrones, corruptos y chorros"? Por diversas razones, ¿no han sido las administraciones de Alfonsín, Menem y de la Rúa, no ya la causa de una edad de oro sino de una decadencia vertical? Más comprensible que la loca exaltación de la raza aria en Alemania, e incruenta en vez de sanguinaria, nuestra condena de una clase maldita muestra pese a ello un rasgo peligrosamente similar a lo que aconteció en Alemania hace varias décadas: echar *toda* la culpa de nuestros males a una sola categoría de personas. Dice el refrán: "El que se excusa se acusa". Démoslo vuelta y preguntemos: ¿no será que el que acusa se excusa? ¿Podremos el resto de los argen-

tinios, al lapidar a esta clase política que tantos sinsabores nos ha dado, excusarnos de toda culpa? ¿Quién tirará la primera piedra? ¿O la estamos lapidando como una manera de evitar nuestra autocrítica? ¿Se divide acaso el país entre los buenos, todos nosotros, y los malos, invariablemente ellos? ¿Cuántos evasores impositivos hay en la Argentina? ¿Cuántos hemos votado a esos mismos políticos que condenamos? Alfonsín, Menem, de la Rúa, ¿llegaron a presidentes mediante un golpe militar? Los empresarios que vendieron sus empresas y sacaron la plata del país, ¿dónde están? Los ricos que pretendieron vivir de rentas con altos intereses sin invertir ni arriesgar ¿son totalmente excusables? Los hijos de los pioneros que se fueron a París, los que desertaron del esfuerzo de sus padres, los que siempre esperaron el brazo benefactor del Estado, los "gordos" sindicales y todos aquellos que hoy mismo procuran aprovechar la indignación popular mediante la demagogia, ¿están más allá del bien y del mal? ¿Se agota la lista de los culpables en el territorio de nuestros políticos? ¿Son ellos los únicos perversos de un país en todo lo demás puro y sublime, o también representan las fallas de los que los votábamos? El Papa, en su reciente mensaje a los argentinos, nos pidió un examen de conciencia. La mayoría de nuestros políticos, después del desastre al que nos condujeron, deberían practicarlo. ¿Sólo ellos?

La Nación, 17 de febrero de 2002.

Elijamos el camino de la madurez

Editorial

Hay dos maneras distintas de reaccionar ante la crisis que la Argentina está viviendo. Una de ellas consiste en redoblar los esfuerzos para mejorar las estructuras de la vida pública nacional desde adentro y no desde afuera de nuestro sistema político-institucional. La segunda consiste en dejarse arrastrar por la fantasía de los grandes sueños mesiánicos y de las ampulosas gestas fundacionales, que por lo general conducen a calamidades mucho mayores que las que se pretende evitar. Los argentinos tenemos que elegir uno de estos dos caminos. Si optamos por el primero, es posible que logremos avanzar hacia la superación realista, progresiva y razonable de los males que nos afligen. Si elegimos el segundo camino lo más probable es que terminemos dando un salto en el vacío y finalmente destruyamos lo que todavía queda en pie en la República, agravando el actual descalabro o precipitándonos en el caos y la disolución social. El primer camino arranca de una profunda aceptación de la realidad que nos envuelve. Nadie puede mejorar su realidad si no empieza por aceptarla tal como es. El segundo camino, en cambio, no se basa en la aceptación de la realidad sino en su negación: los esfuerzos no están dirigidos a mejorar el país real sino a sustituirlo con ingenuas idealizaciones y fantasías escapistas que parecen querer armar una nueva nación partiendo de la nada. El primer camino es el de la madurez, el de la construcción paciente de nuevos rumbos a partir de la decisión adulta de asumir la realidad argentina actual, con sus luces y sus sombras, con sus logros y sus fracasos, cargando codo a codo con el peso de una historia que es de todos y que no puede ser borrada. El segundo camino es el de la inmadurez, el de los sectores y las personas que se suponen libres de toda culpa y que se

miran a sí mismos –en un arranque de irrealidad– como si estuvieran viajando en el Mayflower hacia una tierra de promisión para fundar un nuevo mundo. La Argentina no es un país que necesite ser fundado. Tiene sus dirigentes públicos y privados, buenos o malos. Tiene sus políticos, sus jueces, sus instituciones, sus productores, sus consumidores, sus empresas –grandes y pequeñas–, sus comercios, sus exportadores, sus importadores, sus profesionales, sus medios de comunicación, sus mujeres y hombres –en suma– de carne y hueso. Es cierto que en algunos de esos sectores han dejado su marca la corrupción y la deshonestidad. Pero también es verdad que no se debe caer en generalizaciones injustas y que no han faltado en el país ejemplos tonificantes de honradez y transparencia moral. Cuando manifestantes callejeros piden a gritos “¡que se vayan todos!” salta a la vista que se está queriendo conducir a la Argentina por el camino –sin duda equivocado– de los gestos fundacionales y mesiánicos. No es acertada esa manera de encarar la crisis: hay que decirlo con claridad y firmeza. Con la misma energía corresponde decir que el actual presidente de la Nación incurre en un error cuando convoca a refundar la República. La Argentina no necesita refundar su república. Tampoco necesita purgas ni persecuciones violentas contra los que supuestamente equivocaron el camino. Las instituciones del país no van a mejorar con cruzadas purificadoras ni con actitudes prepotentes encaminadas a renovar los elencos políticos o a desplazar de sus cargos a quienes ocupan las altas magistraturas del Estado. Lo que el país necesita es alentar cambios realistas y no traumáticos, producidos desde adentro y no desde afuera del sistema institucional vigente. Que se respeten paso a paso los requisitos que impone la Constitución y que desaparezcan los alardes de violencia y vandalismo que están enturbiando la convivencia ciudadana y destruyendo la paz social. Mejoremos y purifiquemos las instituciones, fortalezcamos el espíritu republicano, reclamemos pautas de comportamiento de insospechada transparencia moral en todos los actores de la vida pública nacional. Pero respetemos el Estado de Derecho y consolidemos la paz interior, como lo pide el Preámbulo de nuestra ley suprema. No nos constituyamos unos argentinos en jueces de los otros por la práctica del linchamiento y la barbarie. Seamos maduros y no agitadores frívolos e irresponsables. Y asumamos definitivamente el viejo principio: todo dentro de la ley, nada fuera de ella. Analicemos la historia del siglo XX y veamos cómo terminaron los mesianismos revolucionarios de uno u otro cuño ideológico y cuánto lograron construir, en cambio, las sociedades que eligieron el camino de la convivencia pacífica, la moderación y la continuidad institucional sin fisuras. Mirémonos también en el espejo de la Venezuela de Chávez y del Perú de Fujimori. Y, sobre todo, recojamos la enseñanza que nos deja nuestra propia historia violenta de los llamados “años de plomo”. Atajemos a tiempo los desbordes y desterremos los gestos de intolerancia. La solución proviene siempre de la madurez y del diálogo. Nunca de la violencia, nunca de los saltos irresponsables al vacío.

La Nación, 18 de febrero de 2002.

Un fuego donde se cocina el futuro

Lucrecia Escudero Chauvel

El movimiento de las cacerolas ha puesto en jaque, y en forma radical, las formas de hacer política y utilizar el espacio público en Argentina. Ha permitido, además, que emerja un nuevo actor social refractario al pacto comunicativo propuesto por los partidos tradicionales. Es lo que llamo el enunciador díscolo. ¿Podemos caracterizar al movimiento como un momento revolucionario en la historia argentina? ¿Es posible la revolución sin terror? El enunciador díscolo ya ha guillotinado dos presidentes y le ha costado treinta y cinco muertos; los escraches diarios a algunos políticos y a la Corte muestran que la decisión del uso de la violencia simbólica es también una estrategia.

¿Es posible objetivar, como decía Bourdieu, es decir analizar y volver objetivo lo que está en la base de una práctica espontánea? Mi hipótesis es que así como la guerra de las Malvinas y la negativa a reconocer a los desaparecidos fue, en términos de credibilidad, una derrota brutal y definitiva para las Fuerzas Armadas, el 19 y 20 de diciembre fueron el nunca más de la clase política argentina entendida como nueva plutocracia corporativa. Y marcan el final del período de la transición democrática, cuyo último episodio ha sido la traición a las promesas electorales de la Alianza frente a la demanda pública de transformación y enjuiciamiento de una partidocracia corrupta, y de renovación y relanzamiento del aparato productivo nacional. El voto castigo del pasado mes de octubre fue la expresión en clave de juego democrático y constitucional de este enunciador díscolo que no fue escuchado, demostrando que el hacerse el sordo es también una estrategia de política comunicativa que puede costar cara.

Otro escenario. Lejos de ser apolítico, como lo han sugerido algunos analistas, el enunciador díscolo diseña con el movimiento de las asambleas y sus consignas una nueva forma de hacer política como cosa pública. Y simultáneamente rediseña el campo de la esfera pública y las condiciones de legitimación política a través de la discusión colectiva. Si las relaciones comunicativas son el fundamento del tejido social y la sociedad puede ser vista –siguiendo a Habermas– como la unión en la comunicación de sujetos opuestos, ¿cuáles son las condiciones de esta nueva comunicación pública?

Una hipótesis: el enunciador díscolo, alfabetizado en los medios, ciberciudadano de la red, es también no sólo un sujeto político sino un sujeto mediático, un consumidor de los medios con el poder de hacer zapping entre programas pero también entre políticos, a su vez fuertemente mediatizados. No es cierto que se desinterese de la política: es precisamente porque ha escuchado atentamente a los políticos por la radio, los ha visto por televisión, ha leído sus declaraciones en la prensa y ha visto lo que han hecho con la República. Por eso exige que se vayan ahora y que no hablen nunca más.

Y aquí el enunciador díscolo está haciendo un activísimo zapping de la clase política. Elimina de su programa y escracha para la televisión a aquellos políticos que por su corrupción, mediocridad e ineficacia hablan otra lengua, un lenguaje bárbaro, divorciado de las demandas ciudadanas, tabicado exclusivamente en su esfera política, fuera del campo comunicativo social.

miran a sí mismos –en un arranque de irrealidad– como si estuvieran viajando en el Mayflower hacia una tierra de promisión para fundar un nuevo mundo. La Argentina no es un país que necesite ser fundado. Tiene sus dirigentes públicos y privados, buenos o malos. Tiene sus políticos, sus jueces, sus instituciones, sus productores, sus consumidores, sus empresas –grandes y pequeñas–, sus comercios, sus exportadores, sus importadores, sus profesionales, sus medios de comunicación, sus mujeres y hombres –en suma– de carne y hueso. Es cierto que en algunos de esos sectores han dejado su marca la corrupción y la deshonestidad. Pero también es verdad que no se debe caer en generalizaciones injustas y que no han faltado en el país ejemplos tonificantes de honradez y transparencia moral. Cuando manifestantes callejeros piden a gritos “¡que se vayan todos!” salta a la vista que se está queriendo conducir a la Argentina por el camino –sin duda equivocado– de los gestos fundacionales y mesiánicos. No es acertada esa manera de encarar la crisis: hay que decirlo con claridad y firmeza. Con la misma energía corresponde decir que el actual presidente de la Nación incurre en un error cuando convoca a refundar la República. La Argentina no necesita refundar su república. Tampoco necesita purgas ni persecuciones violentas contra los que supuestamente equivocaron el camino. Las instituciones del país no van a mejorar con cruzadas purificadoras ni con actitudes prepotentes encaminadas a renovar los elencos políticos o a desplazar de sus cargos a quienes ocupan las altas magistraturas del Estado. Lo que el país necesita es alentar cambios realistas y no traumáticos, producidos desde adentro y no desde afuera del sistema institucional vigente. Que se respeten paso a paso los requisitos que impone la Constitución y que desaparezcan los alardes de violencia y vandalismo que están enturbiando la convivencia ciudadana y destruyendo la paz social. Mejoremos y purifiquemos las instituciones, fortalezcamos el espíritu republicano, reclamemos pautas de comportamiento de insospechada transparencia moral en todos los actores de la vida pública nacional. Pero respetemos el Estado de Derecho y consolidemos la paz interior, como lo pide el Preámbulo de nuestra ley suprema. No nos constituyamos unos argentinos en jueces de los otros por la práctica del linchamiento y la barbarie. Seamos maduros y no agitadores frívolos e irresponsables. Y asumamos definitivamente el viejo principio: todo dentro de la ley, nada fuera de ella. Analicemos la historia del siglo XX y veamos cómo terminaron los mesianismos revolucionarios de uno u otro cuño ideológico y cuánto lograron construir, en cambio, las sociedades que eligieron el camino de la convivencia pacífica, la moderación y la continuidad institucional sin fisuras. Mirémonos también en el espejo de la Venezuela de Chávez y del Perú de Fujimori. Y, sobre todo, recojamos la enseñanza que nos deja nuestra propia historia violenta de los llamados “años de plomo”. Atajemos a tiempo los desbordes y desterremos los gestos de intolerancia. La solución proviene siempre de la madurez y del diálogo. Nunca de la violencia, nunca de los saltos irresponsables al vacío.

La Nación, 18 de febrero de 2002.

Un fuego donde se cocina el futuro

Lucrecia Escudero Chauvel

El movimiento de las cacerolas ha puesto en jaque, y en forma radical, las formas de hacer política y utilizar el espacio público en Argentina. Ha permitido, además, que emerja un nuevo actor social refractario al pacto comunicativo propuesto por los partidos tradicionales. Es lo que llamo el enunciador díscolo. ¿Podemos caracterizar al movimiento como un momento revolucionario en la historia argentina? ¿Es posible la revolución sin terror? El enunciador díscolo ya ha guillotinado dos presidentes y le ha costado treinta y cinco muertos; los escraches diarios a algunos políticos y a la Corte muestran que la decisión del uso de la violencia simbólica es también una estrategia.

¿Es posible objetivar, como decía Bourdieu, es decir analizar y volver objetivo lo que está en la base de una práctica espontánea? Mi hipótesis es que así como la guerra de las Malvinas y la negativa a reconocer a los desaparecidos fue, en términos de credibilidad, una derrota brutal y definitiva para las Fuerzas Armadas, el 19 y 20 de diciembre fueron el nunca más de la clase política argentina entendida como nueva plutocracia corporativa. Y marcan el final del período de la transición democrática, cuyo último episodio ha sido la traición a las promesas electorales de la Alianza frente a la demanda pública de transformación y enjuiciamiento de una partidocracia corrupta, y de renovación y relanzamiento del aparato productivo nacional. El voto castigo del pasado mes de octubre fue la expresión en clave de juego democrático y constitucional de este enunciador díscolo que no fue escuchado, demostrando que el hacerse el sordo es también una estrategia de política comunicativa que puede costar cara.

Otro escenario. Lejos de ser apolítico, como lo han sugerido algunos analistas, el enunciador díscolo diseña con el movimiento de las asambleas y sus consignas una nueva forma de hacer política como cosa pública. Y simultáneamente rediseña el campo de la esfera pública y las condiciones de legitimación política a través de la discusión colectiva. Si las relaciones comunicativas son el fundamento del tejido social y la sociedad puede ser vista –siguiendo a Habermas– como la unión en la comunicación de sujetos opuestos, ¿cuáles son las condiciones de esta nueva comunicación pública?

Una hipótesis: el enunciador díscolo, alfabetizado en los medios, ciberciudadano de la red, es también no sólo un sujeto político sino un sujeto mediático, un consumidor de los medios con el poder de hacer zapping entre programas pero también entre políticos, a su vez fuertemente mediatizados. No es cierto que se desinterese de la política: es precisamente porque ha escuchado atentamente a los políticos por la radio, los ha visto por televisión, ha leído sus declaraciones en la prensa y ha visto lo que han hecho con la República. Por eso exige que se vayan ahora y que no hablen nunca más.

Y aquí el enunciador díscolo está haciendo un activísimo zapping de la clase política. Elimina de su programa y escracha para la televisión a aquellos políticos que por su corrupción, mediocridad e ineficacia hablan otra lengua, un lenguaje bárbaro, divorciado de las demandas ciudadanas, tabicado exclusivamente en su esfera política, fuera del campo comunicativo social.

Que se vayan todos es la consigna para diseñar democráticamente un nuevo espacio de representación y de nuevos enunciadores, la negativa a aceptar un tipo de delegación de la esfera pública como patrimonio exclusivo de los políticos, es el imperativo de una mayor participación democrática. Es, en síntesis, una lucha por el poder. Y es también una consigna burguesa, en la medida en que está liderada por un actor social que posee un específico patrimonio simbólico y cultural (es decir, un poder) que le permite intervenir con fuerza en la esfera pública. El movimiento de los piqueteros –la genial e inédita idea de asociar a aquellos que por definición son los excluidos de los gremios por falta de trabajo, es decir, son los excluidos de la arena social–, es sin duda el actor social más significativo del último período de la República de los Sordos, que abrió la vanguardia de nuevas formas de protesta y de toma de la palabra.

Este movimiento no aparece excluido de las cacerolas. La consigna piquetes, cacerolas, la lucha es una sola no presenta una antinomia de clase sino la construcción de un colectivo de identificación englobador y transversal.

El cambio fundamental que se produce es, a mi juicio, el rediseño de todo el circuito comunicativo del espacio público. Si la esencia de la comunicación reside en el lazo, en la naturaleza de la relación que se establece entre enunciadores y receptores a través de la negociación de un mensaje, este espacio aparece completamente repensado colectivamente: los receptores pasivos se han vuelto enunciadores activos de su propia historia, desplazando el monopolio de la emisión política como patrimonio de una clase, como única forma de discurso hegemónico. Y en esta operación subvierte la lógica de la representación. Como lo veía François Furet en referencia a la Revolución Francesa, una revolución cuestiona y enfrenta siempre a una sociedad con su propia historia.

Tres Puntos, 21 de febrero de 2002 (fragmento).

Gloria y miseria de la metafísica

Abel Posse

Los años dulces. Nos aliviarnos de los negocios argentinos, que cedimos. Cambiamos la realidad humeante de nuestras industrias por el símbolo verde. Nuestros empresarios se transformaron en rentistas. No nos preguntamos adónde iban los obreros, técnicos, ejecutivos y jóvenes trabajadores. ¿Adónde iban, a Europa, a Miami? Años dulces y un poco prepotentes. Ayudamos a Estados Unidos en la Guerra del Golfo con nuestros dos barquitos. Por mérito de la letra A encabezamos el desfile del triunfo en Broadway. Punta del Este era una fiesta. La deliciosa ministra, desnuda y esplendente dentro del tapado de visón. El sueño erótico de todos... Ibamos en un transatlántico iluminado cruzando la noche de un mundo aburrido (no es necesario repetir el nombre que la nave llevaba en la popa). Nadie veía en aquellos tiempos de fiesta que detrás de las privatizaciones se privatizaban las ganancias y se socializaban las pérdidas: el país más armónico y culturizado de nuestra América terminaría por tener la mitad de su escasa población bajo el nivel de pobreza. Hay que reconocer que el juego metafísico tenía una atracción perversa: el mismo dólar

que en el mundo normal, el aburrido, la lata realista, daba el cuatro o cinco por ciento de interés (antes de la dictadura de Greenspan) en los bancos argentinos daba el diez, doce o catorce por ciento. Uno ponía esos dólares en pesos y pasados unos dulces meses de golf en el Jockey Club y de fugas deliciosas a Punta del Este, los recogía y los enviaba al mundo serio reproducidos por arte de magia. El dólar de Estados Unidos, acumulado y registrado en los búnkeres de cemento de Indiana o de Ohio, era como el primo paleta, el palurdo, en comparación con el dólar de Cavallo, el dólar argentino, alegre como la burbuja del champán. Los bancos extranjeros y alguna empresa como Repsol-YPF giraron las ganancias más espectaculares. Sus ejecutivos fueron felicitados y ascendidos antes de la catástrofe. Sabemos lo que pasó. El mago perdió los poderes. La quiebra, saqueos, la furia de la gente que fue a buscar sus dólares de ilusión. La crisis con más desilusión que violencia. La perplejidad de no poder sobrevivir normalmente en el país que encabeza las exportaciones agrarias del mundo. El absurdo, que irrita más que el error. El descrédito de la clase política, la insistencia gastada de las cacerolas de la clase media sustituyendo al retumbe bastardo del bombo de las hinchadas de fútbol. Cavallo, el supremo alquimista, está recluso. Padece una especie de *morte civile*. Lo condena el pueblo, lo cerca, lo acorrala. Lo insultan y amenazan si sale a la calle, con ese sadismo que sólo pueden tener los pueblos que fueron cómplices de sus jefes caídos. La *metafísica* perdió el *round*. Ahora es tiempo de cruda realidad. Es como si en la Argentina hubiese definitivamente estallado una cultura enferma. Como si la vieja política agonizase en la furia de la gente. A Eduardo Duhalde le tocan los dos años del gobierno más difíciles de la Argentina desde el cruce de los Andes. Le toca la monotonía de la realidad. ¿Podrá sobreponerse a tanto escepticismo? Como el alquimista, también tiene que hacer pases mágicos para transformar los falsos dólares en el oro real de la Argentina: trabajo, producción, inversiones. Reducir el gasto político en el cincuenta por ciento. Es el empeño del pragmatismo en encarnizada venganza contra la encantadora y funesta *metafísica*, que tanto nos dio y que tanto mal nos hizo.

La Nación, 22 de febrero de 2002 (fragmento).

Por un nuevo "nunca más"

Santiago Kovadloff

Han sido civiles, no militares, los que a partir de 1983 impidieron que la democracia se afanzara en la Argentina. Se me dirá que la mía es una generalización peligrosa. En estas últimas dos décadas, podría argumentarse, no se produjeron, como en los años del Proceso, treinta mil desapariciones. Es cierto. Sólo hay catorce millones de personas arrasadas por la marginación, el desempleo y la miseria. No puede decirse que estén muertas. Sus vidas no han perdido más que sentido... Los militares, en ese pasado aún agobiante, nunca escondieron su desprecio por el orden constitucional y las instituciones que lo representan. Fueron civiles, en cambio, quienes, maquillados con la retórica apologética de ese orden y de esas instituciones, se valieron de ellas para menoscabar el significado más noble del poder y la responsabilidad en el ejercicio de la función pública. Se produjo, de tal modo, una

sinistra continuidad entre los que se mostraron decididos a sepultar a sablazos los ideales democráticos (y no sólo los guerrilleros) y los que, tras ellos, aseguraron que llegaban para restaurarlos y afirmarlos en el país. Así, los partidos políticos, sin los cuales ciertamente no podremos sobrevivir en democracia, volvieron para seguir avasallando a la República. La rifaron en aras de intereses a los que llamar mezquinos es poco pues son, en sentido estricto, criminales y ameritan que se los califique como manifestaciones de traición a la patria. La ley restaurada permitió que accedieran al poder quienes, teniendo la obligación de hacerla cumplir, la violaron sin temblar y la despojaron de significación. La Argentina reingresó formalmente en la democracia sin auténtica transición moral en sus dirigencias. Es decir, tan traumáticamente como se apartó de ella. En manos de esas dirigencias, que no fueron únicamente partidarias, la política terminó siendo un recurso inmejorable para acentuar la inconsistencia, ya muy profunda, del valor de la ley entre nosotros.

El saqueo a la credibilidad

Saqueo a la credibilidad. La reconstrucción necesaria de la confianza pública en la política se asemeja, por su complejidad, a la reconstrucción de la confianza pública en el sistema financiero. Todos coincidimos en que sin ellos la Nación no podrá funcionar. Pero nadie desconoce que la gente, en proporciones abrumadoras, ha sido saqueada por las entidades en las que confió, traicionada por los gobiernos que tenían el deber de respaldar sus derechos. El ideal democrático, que entre los argentinos como aspiración mayoritaria, brilla por su ausencia en la experiencia social. No podrá concretarse una auténtica transición hacia una nueva forma de hacer política si la eficacia en el ejercicio del poder no se reconcilia con la ética, si la justicia no recupera su estatuto de experiencia vivida por parte de quienes con toda legitimidad reclaman su vigencia. Para que la justicia vuelva a ser una experiencia social de la verdad, es preciso enjuiciar y condenar a los responsables ideológicos y materiales de esta tragedia. Enjuiciarlos y condenarlos tal como se hizo con los responsables militares del terrorismo de Estado. Sin ese paso no se asegura un nuevo "nunca más", las víctimas de este saqueo de la credibilidad democrática, que se cuentan por millones, no podrán volver a confiar en que sea posible concretar en la Argentina el sistema político dentro del cual anhelan vivir allá de una muy virtual, muy parcial y muy remota devolución de los ahorros gastados; más allá de que las necesidades de educación, empleo y salud no puedan seguir siendo desoídas sin que la deshumanización termine con la trama común que urge la devolución de la confianza social perdida. Urge la renovación del contrato social. Y esto no podrá lograrse sin un gesto decidido: el que deben hacer quienes se postulan como expresión de un nuevo entendimiento de la política. El que deben hacer quienes hoy tienen la responsabilidad de asegurar la marcha ordenada y ordenada hacia una democracia cabal. Una democracia que no podrá ser auténtica si no se muestra incompatible con la perversión que transformó la Argentina en un país de desilusiones y calamidades vergonzosas. Ese gesto no se agota, claro está, con el nuevo "nunca más". Pero lo exige como su meridiano moral más elocuente. La unidad del delito es el certificado de defunción de la dignidad republicana. El enjuiciamiento y condena de los responsables de tanta malversación indicará a quienes buscan promover la transición hacia la democracia indispensable saber qué están hablando. Es preciso dejar atrás, de una buena vez, la sociedad rumbera por los pactos mafiosos y corporativos. Encaminarse con decisión hacia la sociedad

vertebrada por la ética, tanto en la concepción del prójimo como en la del poder. Y el instrumento para lograrlo no es otro que el amor a la verdad hecho carne en quienes comprenden que la democracia puede ser una práctica creciente de decencia institucional.

La Nación, 22 de febrero de 2002.

El lugar de la resistencia

León Rozitchner

Para poder pensar las asambleas barriales en lo que éstas tienen de contenido novedoso, debemos previamente diferenciar la etapa histórica del tránsito del capitalismo keynesiano al neoliberalismo destructivo que estamos viviendo. Si ustedes quieren, pensar el lugar donde se organiza el poder de resistencia que ha pasado de las fábricas a los barrios.

¿Cómo entender esta transformación? Antes, en la época del capitalismo productivo, podía pensarse, como lo hacía Marx, que el lugar donde se elaboraba el enfrentamiento radical entre las clases explotadas era la fábrica y el sindicato. La fábrica era el lugar donde se producía un nuevo colectivo al reunir en ella a los obreros para extraer su plusvalía. El sistema capitalista, con la paralización de las fábricas, era atacado en su propio fundamento que impedía, con las huelgas y la organización obrera, su funcionamiento.

Ahora, en cambio, cuando las transformaciones del capital financiero han alcanzado a dominar a las naciones y apoderarse de todo su sistema productivo y de sus servicios, el campo de la expropiación se ha extendido hasta abarcar todos los aspectos de la vida cotidiana: su poder ha penetrado disolviendo las relaciones sociales, dispersando a la gente, haciendo que los intereses personales se conviertan en antagónicos con el poder social colectivo: ya la fábrica ha dejado de ser el único lugar donde el poder social de resistencia se engendra. El campo de expropiación se ha extendido desde la fábrica a la sociedad entera.

Ya no es sólo la clase trabajadora industrial la que puede detener al funcionamiento de esta máquina social que se ha convertido en infernal: es la sociedad toda la que está construyendo en su propio interior el único poder que la globalización requiere para enfrentarla: globalizar la resistencia dándole al vacío financiero mortífero el lleno de la vida humana que le resiste. Ya no se trata sólo de que las fábricas se detengan, sino impedir que el país todo, convertido en una inmensa unidad productiva, dé renta, funcione, hasta tanto no se realicen los fines que la sociedad demanda. Los piqueteros que cortan rutas, los caceroleros que han invadido las calles señalan el comienzo de una nueva estrategia.

Las asambleas barriales son la puesta en acto de este movimiento que desde los barrios reconstituyen la unidad del tejido social para volver a encontrar las fuentes del poder político y de la soberanía que reside en ellos. La globalización disolvente de las geografías y de los cuerpos encuentra su exacta respuesta cuando se construye un poder colectivo nuevo desde el grano menudo de la materialidad social. Y desde la particularidad de cada barrio, conservando toda su riqueza, crear ese po-

der inédito que se extienda y que conglomere a toda la geografía patria en una situación histórica en la cual se está jugando nuestra supervivencia.

Página/12, 24 de febrero de 2002.

El lugar de la izquierda

Luis Bruschtein

Cuando se produjeron los primeros cacerolazos, los vecinos increparon a algunos grupos de izquierda que quisieron desplegar sus banderas. La actitud de los vecinos no fue porque equipararan a los partidos de izquierda con los políticos corruptos, mañosos o simplemente inoperantes que constituyen uno de los centros de sus quejas. Pero tenía su lógica, porque la movilización de esos días fue absolutamente espontánea y la intención de colgarle un cartelito aparecía como una especie de usurpación de méritos. Más allá del tema de los carteles, esa diferenciación que hacen los vecinos con estos grupos y algunos políticos y gremialistas combativos es una especie de reconocimiento que los partidos de izquierda deberían valorar en su justa dimensión.

Sin embargo, que los vecinos reconozcan que no son corruptos, mañosos o mentirosos, no quiere decir que los reconozcan como conducción o referentes de nada, ni mucho menos, sino simplemente como a otro igual que puede participar en la discusión. Los partidos de izquierda, por lo menos los que mantienen la concepción leninista de vanguardia, están conformados por militantes que asumieron la responsabilidad de construir una alternativa de poder que pudiera conducir y ofrecer respuestas políticas, sobre todo en situaciones de crisis como las que vive el país. Uno de los elementos característicos de esta crisis es justamente la inexistencia de una alternativa de poder y mucho menos desde alguno de estos partidos de izquierda, cuya función de existir, su responsabilidad ante la sociedad, era justamente construirla y es donde han fallado. Hace muchos años que existen, que mantienen encendidas diferencias unos con otros, pero finalmente llegaron al cacerolazo como un vecino más. La rebelión espontánea los sorprendió tanto como a de la Rúa. Eso no puede ser motivo de orgullo, porque es haber fallado en la misión que le da sentido a su existencia.

Algunos de los análisis que hacen militantes de estos partidos hablan de una situación prerrevolucionaria. Es una calificación discutible. Pero lo que es seguro es que al no haber una alternativa clara de poder, la movilización y las luchas populares están huérfanas y pierden potencia en el momento de la definición, de la disputa por el poder. No puede haber situación prerrevolucionaria, entre otros motivos fundamentales, porque no hay un referente político claro para estas luchas. Y ese es el fracaso de los partidos de izquierda. Por ejemplo: la consigna "Que se vayan todos", que se ha convertido en una de las principales de las asambleas barriales, sería más consistente si se supiera quiénes deberían reemplazar a los que se vayan y con qué programas y planteos. Todos saben en las asambleas que esa consigna expresa lo que sienten, pero también saben que tiene doble filo porque no existe una alternativa clara. Y todos saben que así, los que vengan después de los que se va-

yan pueden ser peores, mucho peores. Y si algo tienen que descartar los sectores populares es la idea de que "cuanto peor, mejor" porque ya hay experiencias históricas en ese sentido.

En vez de actuar con soberbia y sectarismo y pretender dar clases de política a los piqueteros y a los vecinos de las asambleas, los partidos de izquierda tendrían que hacer una autocrítica profunda para entender por qué fracasaron en su principal responsabilidad. Y así estar en condiciones de sumarse a estos movimientos para escuchar y aprender y desde allí aportar sus capacidades. Si en vez de eso, lo único que les interesa es copiar sus conducciones para aplicar las mismas concepciones sectarias y métodos de estudiantina que los llevaron al fracaso, es probable que en vez de aportar a esas luchas, terminen trabajando a favor de quienes dicen combatir.

Página/12, 24 de febrero de 2002.

Es necesario reglamentar el derecho de reunión

Alfredo Vitolo

Nosotros, después de restaurada la democracia en 1983, seguramente recordando los terribles momentos pasados durante la dictadura y con el temor de que se nos señalara como antidemocráticos, nos hemos resistido a *reglamentar el derecho* y ponerles a las manifestaciones públicas los límites que les ponen todas las sociedades organizadas del mundo, y esto ha sido una equivocación que ahora debemos remediar. Los españoles, por ejemplo, cuando acordaron instalar un sistema democrático después de la dictadura en los Pactos de La Moncloa, consensuaron en un

capítulo especial la regulación del *derecho de reunión* y a nadie se le ocurrió señalar como antidemocrática esa actitud. Lo mismo han hecho otras democracias modernas. Determinada la necesidad de regular el *derecho de reunión*, corresponde precisar qué tipo de reuniones o manifestaciones deben ser reglamentadas. Pero nos vemos únicamente pueden estar sometidas a regulación las reuniones públicas manifestaciones por realizarse en lugares públicos, ya que las reuniones privadas que no ofendan el orden y la moral social deben celebrarse libremente sin estar sujetas a reglamentación alguna. Como la reglamentación no es de competencia nacional sino de las provincias, estimamos *necesario* que la ciudad de Buenos Aires y una de las provincias argentinas dicten las reglamentaciones respectivas que aseguren su efectivo cumplimiento. El gobierno nacional, por su parte, debe garantizar por todos los medios a su alcance, el libre tránsito por las rutas nacionales y meter a la Justicia a quienes traten de impedirlo. En síntesis, el actual desorden generalizado, las manifestaciones, las asambleas barriales o cacerolazos que interrumpen el tránsito y lesionan derechos de terceros u obstaculizan el funcionamiento de los poderes del Estado deben terminar, como también deben terminar los cortes de rutas organizados por los piqueteros. Dentro de la ley y las reglamentaciones, pueden expresarse todos; fuera de la ley y con violencia, ninguno. Saber de la profundidad de la crisis que nos afecta a todos y de lo justificadas que están las demandas de las protestas populares, pero estimamos que hay límites que no se deben

perar porque los desbordes fomentan el caos y la indisciplina social, que, como siempre, terminan en autoritarismo y la total supresión de los derechos y garantías.

La Nación, 26 de febrero de 2002.

Un "dibujo" para otro ajuste suicida *Alfredo Eric Calcagno y Eric Calcagno*

¿Endeudamiento o recursos propios? La convertibilidad dependía, para mantenerse, de una flujo permanente y creciente de recursos externos. De allí su derrumbe, una vez que ese flujo se revirtió, pero también de allí la pesada herencia que ha dejado, en forma de una deuda externa impagable. Reconocer la imposibilidad de mantener esa política era necesario, y eso ha hecho el gobierno actual, con un tipo de cambio compatible con la generación de divisas a través del comercio exterior, prescindiendo –en teoría– de más préstamos. Debería ser ahora coherente con esa orientación en lo que hace a las cuentas externas, antes de obsesionarse con la captación de préstamos externos para reconstituir las reservas y defender el tipo de cambio, es imperioso disponer que los exportadores liquiden divisas de conformidad con el control de cambios vigente, que no se respeta. En lo relacionado con las cuentas fiscales, más que apuntar a los préstamos y más ajustes, debería procurar cobrar los impuestos necesarios para mantener el gasto público en los niveles que requiere el desarrollo del país y, con urgencia, la paz social.

El tipo de financiamiento que se utiliza es una muestra clara del carácter nacional o antinacional de las políticas. Si los recursos son internos (y los hay) pueden ejercerse funciones de país soberano. Por el contrario, los préstamos externos vienen condicionados y para obtenerlos el gobierno debe hacer concesiones no sólo económicas sino políticas, algunas vergonzosas y que nada tienen que ver con la economía, como el voto en Naciones Unidas en contra de Cuba. Aquí cabe recordar una norma política elemental: un país se prostituye si se intercambian decisiones políticas por dinero (en efectivo o en préstamos). Lo correcto es negociar política por política y economía por economía. (....).

La otra solución es el aumento de los recursos. Con sólo cobrar impuestos a algunos beneficiarios de la devaluación se llega a un Presupuesto superavitario: los exportadores deberían ceder parte de los beneficios adicionales que les regaló la devaluación.

Naturalmente, en vez de gestar un superávit se puede preferir incrementar el gasto social y de infraestructura. Se pueden también obtener ingresos tributarios mediante impuestos a los grandes beneficiarios de la "pesificación" de las deudas. Es posible también recuperar cerca de 4 mil millones de pesos de aportes previsionales revisando el sistema de las AFJP, que ni ha desarrollado el ahorro interno, ni garantiza mejores jubilaciones a futuro a sus afiliados (y precarios aportantes), puesto que funciona como un sistema de cobro de peaje por parte de esas compañías, de flujos financieros que parten y vuelven al Estado: éste cobra los aportes, que cede luego a las AFJP, quienes cobrar comisiones exorbitantes a los afiliados... y prestan el remanente al Estado.

Es preciso comprender un principio fundamental: Argentina no tiene arreglo si los beneficiarios de las rentas conservan el poder real. ¿Puede el gobierno hacerlo? Es cierto que no le sobra autoridad; pero una forma democrática y efectiva de generar poder consiste en privilegiar a los grupos sociales relegados. En épocas de crisis los tiempos son muy cortos y las relaciones de fuerza cambian con velocidad: en la Argentina de 1946, ¿quién se acordaba de 1943? Sin ir tan lejos, a dos meses de distancia, ¿quién se acuerda del gobierno de de la Rúa?

Le Monde Diplomatique, Edición Cono Sur, marzo de 2002 (fragmento).

Ocaso de la excelencia

Ernesto Schoo

La sociedad que pierde el criterio de excelencia como objetivo y motor de su acción está condenada a languidecer en la mediocridad, y hasta a extinguirse. Se convierte en un mero conglomerado de personas reunidas por casualidad en un mismo territorio y que pelean entre sí, encarnizadamente, para defender y preservar sus mezquinos intereses individuales o corporativos, sin contemplar la meta abarcadora, que es el interés superior de la nación. La sociedad argentina perdió hace mucho el criterio de excelencia. Preguntarse por qué y cómo lo perdió sería internarse en una selva de conjeturas contradictorias, ahondar el abismo de confusión en que nos debatimos. Lo evidente es la carencia de argumento: la Argentina extravió, hace rato, el libreto que antaño la guiaba. El historiador norteamericano Nicolás Shumway, visitante asiduo de la Argentina y conocedor como pocos argentinos de la trayectoria del país, sobre todo en los siglos XIX y XX, ha observado justamente esa falta de propuesta integradora, en su libro *La invención de la Argentina. Historia de una idea* (Buenos Aires, Emecé, 1993). El equivalente, si se quiere —dice Shumway—, de aquella famosa exhortación que contribuyó al engrandecimiento no sólo territorial de los Estados Unidos: “¡Vaya al Oeste, muchacho!”.

Memoria histórica. El régimen conservador, que dio al país prosperidad y aparente unidad, dentro de la ficción federalista, parecía agotado hacia 1940. Sus creadores, la famosa generación del '80, encabezada por el general Julio A. Roca, no fueron en la acción política ni santos ni inocentes. Pero acometieron la ciclópea tarea de “inventar” una nación organizada y en tal cometido aplicaron, sin duda, el criterio de excelencia. Sesenta años después, resultaba imprescindible una renovación. Necesitábamos un De Gaulle y apareció Perón. El cual, a su modo, cultivó el gatopardismo: cambiemos algo en la superficie para que, en el fondo, todo siga igual. Hay quienes atribuyen el origen de nuestra decadencia al célebre lema: “Alpargatas sí, libros no” (que sería la imagen invertida de otra antinomia no menos famosa: “civilización y barbarie”). Opino que, si bien aquella ridícula frase expresa un auténtico resentimiento social, semilla de futuros males, el mayor desastre ocasionado por Perón fue intentar la abolición de la historia argentina anterior a él. La “Nueva Argentina”, proclamada con énfasis en ese tiempo, pretendía cortar definitivamente el lazo con el pasado e inaugurar la era del líder indiscutido, del estadista genial, del hombre providencial que venía a rescatarnos de la ignominiosa “dé-

cada infame” y a inaugurar la hora del pueblo. Pocos prestan atención a las enseñanzas de la historia. La Revolución Francesa terminó, a costa de raudales de sangre, por volver a una monarquía, la de Napoleón, apuntalada, sí, por importantes reformas, pero tan ostentosa y exigente como la del Antiguo Régimen. La Revolución Rusa de 1917 pretendió liberar al pueblo de la tiranía zarista y terminó por entregarlo durante casi un siglo, atado de pies y manos, a un grupo de hombres tan crueles y rapaces como los depuestos. El precio de algunas presuntas mejoras en las vidas de los ciudadanos suele ser un sometimiento no muy lejano de la esclavitud que se imaginaba abolir. Y ninguna sociedad resiste, sin grave daño, el corte abrupto con su pasado, por más ingrato que éste sea. Porque el elemento que mantiene unida a la compleja trama social es la memoria histórica. Desdeñarla, intentar suprimirla, o perderla equivale a la necrosis del tejido comunitario. Este es un proceso que la Argentina sufre desde hace muchos años, sin que la dirigencia política parezca darse cuenta del peligro. Lentamente, se han ido aflojando las mallas (aquí muy frágiles) de la convivencia, abandonando los mínimos recaudos –convencionales, sí, pero indispensables– que impiden que nos matemos unos a otros por la calle. Los datos pueden parecer triviales, pero indican algo: el avance de la grosería en el lenguaje de los medios, los pobrísimos índices de eficiencia en la educación pública, la exaltación como modelos de personajes mediocres cuando no impresentables, el culto de la frivolidad, la burla mediática de los más débiles, la falta generalizada de respeto por el prójimo. Etcétera, etcétera. Ni hablar de la grieta, cada día más vasta, abierta entre los que tienen más y los que ya no tienen nada. Ni siquiera esperanzas.

Contener no es reprimir. Las personas serias y realistas nos aseguran que en todo el mundo pasa lo mismo y que, por lo tanto, es vano todo intento de cambiar eso que genéricamente se llama, sin mayor precisión, “el estado de las cosas”. Hasta en los Estados Unidos, nos dicen, el nivel cultural de los estudiantes es lamentable (en tanto que los nuestros serían mucho más despiertos y versátiles), y otro tanto en Francia misma, y en Italia. Hace poco, en este diario apareció un artículo, escrito por un español, que reducía a hilachas el prestigio de los catedráticos de su país, acusándolos de rutinarios y meros intrigantes de comité. Políticos corruptos, venales e incultos habría en todas partes, incluyendo a los países más adelantados, y el descrédito de la corporación política sería universal. La grosería y la pornografía reinan, nos aseguran, en todos los medios del mundo entero (menos donde gobiernan los talibanes, una opción sin duda desaconsejable). No obstante, las sociedades donde la democracia está sólidamente asentada (y parecería ser, paradójicamente, más sólida en los sistemas monárquicos parlamentarios que en los republicanos) aún cuentan con anticuerpos capaces de equilibrar las cargas y atenuar esa generalizada decadencia, que es un hecho cierto y comprobable. El criterio de excelencia, aunque atenuado, sigue en pie. No así en las democracias frágiles, como las sudamericanas, esencialmente presidencialistas y fervorosas partidarias del “hombre fuerte”, donde un estornudo presidencial puede trastornar, de la noche a la mañana, la existencia de millones de personas. Los argentinos somos en exceso vulnerables a los males profetizados por los gurúes de lo que el agudo crítico de arte (y analista de la atmósfera cultural de la época) Robert Hughes llama “el club de los filósofos de París”. Así, Lipovetzky (sin que nunca se sepa si está a favor o en contra: él se limita

a informar) nos habla del "ocaso del deber"; otro nos advierte de la existencia cada vez más invasora de los "no lugares" (aeropuertos, *shoppings*) y, desde otra vertiente, Castoriadis alerta sobre "el avance de la insignificancia". Avance que significa, justamente, el ocaso de la excelencia. En la Argentina, una sucesión de gobiernos de toda laya, no solamente los militares, han ido socavando esa noción básica, valiéndose del cáncer de la democracia: la demagogia populista. Basta un ejemplo: los progresistas de hoy, los "progres", se empeñan en abolir las calificaciones escolares porque a su entender sería antidemocrático exaltar a los mejores alumnos, con la grave consecuencia de deprimir psíquicamente a los peores. Mejor, pasemos el raso de la mediocridad y unifiquemos a todos en la anomia de la masa indiferenciada. Así nos ha ido, nos va y nos irá, si no se reinstala el criterio de excelencia. El cual exige disciplina, concentración y contención. Esta última no equivale, aunque los "progres" se enardecen, a represión. La cultura, la civilización se basan sobre la contención y la fijación de metas que demandan sacrificio, trabajo y tenacidad. Cómo reinstalar esos principios en la sociedad argentina, cómo redactar un libreto que despierte lo mejor de esta sufrida comunidad es la tarea, ímproba pero en modo alguno imposible, o vana, que nuestros gobernantes deben encarar. Con tanta urgencia como la reparación del descalabro financiero.

La Nación, 1^º de marzo de 2002.

Entre la democracia y la turba

Isidoro Cheresky

Una perspectiva optimista de evolución podría esperar que la sociedad movilizada encuentre en la extraordinaria propensión deliberativa que se ha desplegado el impulso que lleve a una institucionalización de esa energía consolidando una sociedad civil con vida asociativa y debates generales y sectoriales, por una parte, y a una diferenciación en torno a los temas significativos que rehabiliten la lucha política como modo productivo y creativo de lograr un orden público compartido. Pero la Argentina se halla sometida a restricciones extremas que limitan sus decisiones de política económica y social al punto que el término dependencia para definir ese vínculo parece más apropiado que nunca. Las posibilidades de tomar decisiones políticas sobre la base del juego político ciudadano parecen extremadamente limitadas si no se quiere cortar amarras con el mundo. ¿Cómo reconstituir la vida política, es decir la lucha entre representaciones alternativas del rumbo nacional, si las posibilidades de libre decisión parecen a ese extremo limitadas? Si se tiene en cuenta también que el futuro próximo es de privaciones y restricciones sin que las injusticias heredadas puedan ser en lo inmediato reparadas, se podrá ponderar la presión a que se verá sometido el régimen democrático.

Existe entonces fundamento para un cierto pesimismo. La sociedad movilizada puede quizás no salir de su protesta heterogénea ni dar sustento a la renovación política y en cambio un reclamo imperativo de orden podría abrirse paso de modo tal que ante la impotencia, la frustración de las demandas y la inexistencia de discursos y fuerzas que la representen incluyéndola, aparezcan salidas estabilizadoras acep-

tadas como una salvación desconectada de esa movilización pero que devuelvan una cierta seguridad y una cierta previsibilidad.

No es inevitable que ese sea el curso futuro de los acontecimientos, pero desde ya parece difícil pensar que se vuelva al pasado, al sistema político que aparece hoy cuestionado. No es que todo y todos vayan a ser deglutidos por el reciente estallido, pero en todo caso asistiríamos a una gran reconversión. Está por verse si nuevas fuerzas y nuevos políticos, algunos de estos últimos surgidos al calor de la protesta reciente, pueden reactivar la vida pública y hacer creer en una promesa renovadora. La agenda de la resucitación nacional es extensa pero en ella tendría cabida una reforma institucional que realmente el interés y la participación en los asuntos públicos, incluyendo formas de control y de presencia ciudadana tanto en el nivel local como en el nacional.

Página/12, 5 de marzo de 2002 (fragmento).

Argentina, paria internacional

Carlos Escudé

El Estado argentino actual es merecedor del calificativo de "paria" y de todas las sanciones que la comunidad internacional pueda imponerle, porque es responsable de los siguientes delitos:

Con el corralito establecido por la gestión de Cavallo/de la Rúa violó masivamente los derechos de propiedad de sus propios ciudadanos.

Con el *default* decidido por Rodríguez Saá violó los derechos de propiedad de los tenedores de bonos de la deuda argentina.

Con el nacimiento de la actual administración, sancionó la ley de emergencia económica que violaba los derechos de propiedad de los bancos al adoptar un criterio asimétrico para la pesificación de los depósitos, por una parte, y de ciertos créditos inferiores a U\$S 100.000 por la otra.

Con la ampliación del corralito, ya bajo el gobierno de Duhalde, volvió a vejar los derechos de sus propios ciudadanos con una medida sin precedentes.

Con la Ley de Quiebras intentó otra vez violar masivamente los derechos de propiedad de todos los acreedores.

Con el decreto, suspendido pero no derogado, que obligaba a los bancos privados a entregar sus dólares al Banco Central sentó un precedente que permite avanzar luego sobre los billetes en manos de los individuos, sobre las cajas de seguridad (para verificar que los individuos hayan entregado sus billetes), y eventualmente sobre las mismísimas residencias individuales (por si algún "transgresor" se quedó con dólares debajo del colchón).

Con este prontuario, este Estado paria está a un paso de convertirse en mezcla ecléctica entre fascismo y stalinismo. El vocero presidencial, Eduardo Amadeo, ya advirtió que si los ciudadanos no nos "portamos bien", el próximo paso será la "represión". Por eso salieron a agitar el fantasma de un posible golpe de Estado, la mejor justificación para una eventual represión duhaldista contra la protesta ciudadana. Y según el periodista Ignacio Zuleta, la semana pasada el propio ministro Remes

Lenicov pidió ayuda a los cabecillas justicialistas para convencer a Duhalde de un cambio de rumbo, porque “de otro modo vamos a ser Cuba o Venezuela”.

En estas circunstancias, nuestro imperativo categórico como ciudadanos, es implorarle al gobierno de los Estados Unidos que no se aparte de la letra del Título 22, sección 2370 del United States Code que exige la suspensión de ayuda a cualquier país que confisque la propiedad de los ciudadanos o empresas norteamericanas, o que anule contratos con ellos. Al hacerlo cumpliremos con nuestro deber de argentinos, fieles al mandato de Alberdi. Ya no hay patria. La patria no es el suelo. Es la libertad, las instituciones, la civilización, que fenecieron cuando el Estado violó masivamente nuestros derechos.

BAE, 7 de marzo de 2002 (fragmento).

Anarquía, autoritarismo y autoridad

Mariano Grondona

En tal sentido, los trágicos sucesos de la Plaza podrían ser interpretados como una muestra de lo que fue por dos años la presidencia de de la Rúa. A esta conclusión se llega después de leer la investigación sobre las jornadas del 19 y del 20 de diciembre que el periodista Jorge Camarasa acaba de publicar bajo el título *Días de furia* (Editorial Sudamericana, 2002). Lo que surge de estas páginas es que el gobierno nacional, el 19 y el 20 de diciembre, estaba sumido en el caos. Si por “mandar” se entiende controlar las decisiones supremas del Estado, en esos días aciago *nadie* mandaba. Todo lo que había por entonces en el gobierno eran agitadas y entrecortadas conversaciones. Lo que hubo en ese momento, en suma, fue un estado de *anarquía*, palabra griega que significa “sin (a) poder (*arké*)”. Ahora bien, ¿no fue la ausencia de poder, precisamente, el rasgo central de la presidencia de de la Rúa? Durante dos años, nadie decidió con firmeza a la cabeza del Estado. Esta es, si no la culpa, sí la responsabilidad política de de la Rúa. Nunca supo decidir. ¿No habría que recordar aquí, por ejemplo, sus increíbles idas y venidas, en cuestión de horas, cuando Ricardo López Murphy quiso poner orden en el despilfarro del Estado? Durante dos años, el Estado argentino vivió en estado de *acefalia* (literalmente, “sin cabeza”). Pero la acefalia terminó por convertirse en anarquía. Cuando un país vive en anarquía, se crea el espacio por donde aparece el *autoritarismo*. Como lo muestra Camarasa, fue por anarquía que surgieron, en la Plaza, los disparos autoritarios. El autoritarismo no es la exageración sino la antípoda de la verdadera *autoridad*. Cuando ella desaparece, el país enfrenta la disyuntiva entre la anarquía y el autoritarismo, que es el empeño por restaurar el orden aunque sea a sangre y fuego. La autoridad supone, al contrario, el respeto de los subordinados. Este es el sentimiento que nunca supo instalar de la Rúa. No lo respetaron. Intuyeron desde el inicio que carecía de autoridad. Quizá de la Rúa se libre de la condena por haber sido *parcialmente* el *culpable* de los homicidios de la Plaza de Mayo. A quienes conocemos su vocación democrática nos es difícil imaginar, en todo caso, que haya dado la orden de matar a inofensivos manifestantes. De lo que no se librará es de haber sido el *responsable* por la ausencia de autoridad que nos llevó de la acefalia

a la anarquía y de ésta al riesgo autoritario que aún nos preocupa. De este cargo ningún juez podrá absolverlo porque nunca se lo perdonará la historia.

La Nación, 10 de marzo de 2002 (fragmento).

El fantasma de la anarquía

Vicente Massot

Una de esas sombras ominosas, que sólo de tanto en tanto y sin demasiada nitidez se recortan en el horizonte de los países en crisis, se ha hecho presente en la Argentina. Algunos atribuyen su estancia al hecho de que se la ha convocado, consciente o inconscientemente según los casos, en no pocos discursos políticos. Se trataría, pues, de una profecía autocumplida. Otros, más realistas, explican su aparición como resultado de este verdadero final de fiesta al que asistimos, entre temerosos y paralizados, los argentinos. Como quiera que sea, la *anarquía* —que de ella hablamos— no como realidad lacerante, sino como posibilidad preocupante se halla entre nosotros. Contra lo que de ordinario cree la gente, la *anarquía* no admite una identificación lineal con el desorden ni representa tampoco su manifestación suprema. Desorden y *anarquía* son parte de una misma secuencia temporal, pero no resultan sinónimos. Dicho en otros términos, el desorden precede a la *anarquía* pero son realidades cualitativamente distintas. Veamos por qué. Fue el filósofo inglés Thomas Hobbes quien primero puso de relieve la relación, recíproca y obligatoria a la vez, que existe entre protección estatal y obediencia ciudadana. Si hay algo específico del Estado es su papel de custodio de la seguridad colectiva, a cambio de lo cual reclama, ser obedecido. Si fuese incapaz de cumplir con ese propósito, carecería de sentido que solicitase nuestro acatamiento. Por eso la necesidad de obedecer políticamente supone, como requisito en paralelo, la capacidad de parte del Estado de protegernos. La defeción del Estado —por las razones que fuese— respecto de esta misión tiene un correlato práctico indisimulable: su pérdida del monopolio sobre el uso de la fuerza. Con la coincidencia que si el Estado deja escapar, a manos de cualquiera —guerrilleros o piqueteros, carteles de la droga o delincuentes comunes— ese monopolio, desata, precisamente por el vacío que genera, una reacción en cadena de efectos deletéreos: la violencia se vuelve tribal y da comienzo la ley de la selva. Es la *anarquía*. Está claro que un fenómeno de semejante naturaleza no estalla de un día para otro. Ni el Estado desaparece como protector de la seguridad pública en un abrir y cerrar de ojos ni la delincuencia o la rebelión civil se hace dueña y señora de la calle en menos de lo que canta un gallo. Todo forma parte de un proceso en donde el creciente desfallecimiento del poder es aprovechado por el no menos creciente fortalecimiento de las fuerzas que exitosamente desafían al Estado. ¿En qué situación nos encontramos? La Argentina se halla en medio de un desorden generalizado que se transparenta, cada día con mayor fuerza, en la recusación por parte de la gente de la obediencia que le debe a las instituciones. La revuelta fiscal, como el fenómeno de los piqueteros y los cacerolazos; el auge del crimen organizado, como la violencia homicida que ha ganado las calles; la falta de sanciones aplicadas a los delincuentes, como el rechazo que suscitan las fuerzas de seguridad ca-

da vez que deben cumplir con su labor, son otros tantos síntomas de ese deterioro al cual, de momento, el gobierno no puede ponerle coto.

Autoridad maltrecha. Sin embargo, y aún en una situación tan delicada, existen normas; hay leyes que, bien o mal, se cumplen; la policía continúa patrullando las calles; los magistrados dictan justicia y una minoría considerable de personas todavía paga sus impuestos. Pero en la medida en que el desorden se hace endémico, un día, como sea, se transforma en *anarquía*. El detonante puede ser un brote hiperinflacionario o una decisión abusiva del Príncipe que desate la furia colectiva, un atentado feroz o un contagio de violencia masiva, entre muchos otros. Sólo que, lo que faltará esta vez será la autoridad que, maltrecha y desprestigiada, todavía daba señales de vida frente al desorden. La diferencia cualitativa de la *anarquía* radica no en la intensidad del desorden sino en la quiebra absoluta del principio de autoridad. Por eso la primera característica de toda *anarquía* es su a-normalidad. Las normas presuponen un contexto normal. Ahora bien, cuando una determinada situación se vuelve anormal y no hay gobierno, ¿qué sucede? O, mejor, ¿quién decide el restablecimiento del orden? De aquí se deriva su segunda característica, la excepcionalidad. En efecto, como la *anarquía* configura un típico caso excepcional, ajeno a todo orden jurídico y, consecuentemente, no hay norma de la cual pueda echarse mano para ser aplicada al caos, “¿quién asume –como se preguntaba Carl Schmitt hace más de medio siglo– la competencia en un caso para el cual no se ha previsto competencia alguna?”. La tercera característica es su brevedad. El oscurecimiento del poder –siempre transitorio y relativo– deja lugar al vacío social, sinónimo de entropía o disgregación, cuya permanencia en el tiempo resulta imposible. No hay, pues, y menos en este mundo, *anarquías* prolongadas. La cuarta y última característica relevante del fenómeno de marras radica en el hecho de que la *anarquía* es necesariamente violenta, al extremo de plantearnos sólo un dilema: el de nuestra sobrevivencia. Esto asentado, carecería de sentido y de seriedad entrar y salir en disputas respecto de cómo o cuándo podría estallar la *anarquía* en la Argentina. Baste señalar, eso sí, que si desde el presidente de la República hasta algunos de los más finos analistas políticos del país han hecho referencia al tema, y no de manera ligera, precisamente, la cuestión reviste la máxima seriedad. Si, efectivamente, la *anarquía* estuviese a la vuelta de la esquina y fuese el corolario ineluctable del fracaso del actual gobierno, deberíamos extremar el esfuerzo para evitarla. Si fracasásemos, sobrevendría lo peor y deberíamos esperar la llegada del Leviatán cuyo sentido histórico ha sido siempre el mismo: el restablecimiento del orden.

La Nación, 21 de marzo de 2002.

No hay por qué seguir los dictados de EE.UU.

Raúl Kraiselburd

Toda la política exterior de la Argentina ha girado alrededor de una manifiesta incondicionalidad con los Estados Unidos, sin que ello significara ventaja alguna para el país. Los norteamericanos siguieron dificultando la entrada de productos argentinos –hasta de la miel– en su mercado y subsidiando su producción agropecua-

ria, medida ésta que causa así un grave daño a nuestras posibilidades de exportar en el único rubro que podemos hacerlo en condiciones competitivas.

Es cierto que a través de su influencia en el Fondo Monetario Internacional (FMI) facilitaron los créditos –a altísimos intereses– que el gobierno de Menem supo conseguir, pero eso ocurrió mientras se terminaba de privatizar servicios públicos, especialmente durante la administración Clinton.

Por supuesto, la crisis económica que vivimos es culpa de los dirigentes argentinos y no de los estadounidenses. Pero lo cierto es que ahora nos han elegido para dar un ejemplo de cómo hay que castigar a los países que gastan más de lo que producen.

Pudieron haber adoptado la misma “sanción” con Turquía, pero no lo hicieron. Ocurre que la administración Bush considera a esa nación “militarmente importante” y por lo tanto los organismos internacionales de crédito la tratan en forma muy diferente que a la Argentina, porque Buenos Aires no tiene valor estratégico y además es incondicional.

¿Para qué esforzarse entonces por ella? La política exterior de Washington refleja claramente lo que su gobierno y sus factores de poder consideran que hace al interés nacional de los Estados Unidos, y naturalmente les importa poco de las vicisitudes de los argentinos.

Criterios diferentes. Sin desmedro de admirar el sistema político y económico norteamericano, no hay dudas de que internamente se aplican criterios diferentes de los que luego se eligen para otras regiones. Durante el conflicto de Malvinas, se argumentó en EE.UU. que no podían premiar un acto de fuerza de una dictadura militar. Pero después de casi 20 años de gobiernos democráticos, de 12 de alineamiento con Estados Unidos en la política exterior y de gestiones diplomáticas pacíficas, la postura norteamericana en esta cuestión no mejoró. La verdadera razón es que el eje Washington-Londres importa mucho más que cualquier razón que asista a los argentinos.

Debemos aprender. Y si hoy somos los elegidos para aplicar el “castigo ejemplar” a los que administran mal, por supuesto que de cualquier manera debemos superar la corrupción y manejar con eficacia la economía, pero ya ningún deber nos ata a Washington y mucho menos a la administración Bush.

Nos eligieron. Hemos sido elegidos para dar un escarmiento. Que no haya dudas al respecto. El gobierno argentino debe dejar de lado sus ilusiones. Cada día le exigirán algo más, aunque estemos viviendo el estallido social. Por supuesto que se deben corregir muchas cosas como el déficit fiscal, aunque ningún extranjero lo pidiera, pero en 24 horas es imposible. Mientras tanto, también debemos analizar para qué sirvió la incondicionalidad con los Estados Unidos y cómo desde allí se saboteó –no para molestarnos, pero sí para proteger pequeños intereses– la posibilidad de desarrollarnos a través del comercio.

Sería un grave error no defender los intereses nacionales de la Argentina y someternos a los dictados de Washington, justo cuando estamos siendo claramente discriminados.

Diario Popular, 21 de marzo de 2002 (fragmento).

La protesta personalizada

James Neilson

Es posible que los escraches –los que en muchos casos no han sido más que travesuras estudiantiles– pronto pasen de moda, al darse cuenta “la gente” de que sólo sirven para brindarle un momento efímero de desahogo. Después de todo, no cabe duda alguna de que dadas las circunstancias la reacción ciudadana frente a un fracaso político y económico inédito en el mundo moderno, uno que ha llevado a la ruina a millones de personas decentes, ha sido extraordinariamente pacífica. En cualquier otro país presuntamente próspero, la marginación de sectores enteros de la población más el robo impúdico de los ahorros de buena parte de la clase media desatarían una serie de convulsiones atroces. Aquí, empero, sólo han provocado el hostigamiento de algunos políticos, millares de manifestaciones ruidosas pero relativamente inofensivas, y gritos furibundos –además de una suerte de escrache judicial–, contra los bancos, actividad ésta que en enero agradaba a un gobierno populista que se creía en guerra contra las finanzas y que, de todos modos, quería desviar la atención de su propio aporte al desaguisado, pero que, de resultas de sus encuentros con el FMI, ya está empezando a inquietarlo.

Si sólo se trata de algunos meses en los que la ciudadanía habrá hecho valer su derecho a protestar para entonces dedicarse con seriedad a la tarea nada sencilla de construir un nuevo orden sobre los escombros del anterior, la Argentina podrá afrontar el porvenir con optimismo, pero, por desgracia, no se dan demasiados motivos para suponer que esté por surgir de la agitación callejera y las asambleas barriales una alternativa genuina al esquema que está desmoronándose. Atomización no es sinónimo de ruptura. El eslogan emblemático, “¡Qué se vayan todos!”, es una forma, una más, del escapismo que está en la raíz de muchas calamidades nacionales. Proclamar que todos son culpables equivale a decir que nadie lo es: siempre es necesario discriminar y también lo es asegurar que los merecidamente impopulares gocen de toda la protección de la ley, excentricidad ésta que distingue a las sociedades más civilizadas. Asimismo, de perpetuarse, erigiéndose en pilar de la nueva ideología argentina, el antipoliticismo militante no puede sino garantizar que el desenlace en las próximas elecciones sea tan decepcionante como aquel de las últimas: el voto bronca fue estentóreo, pero “los políticos” rehusaron darse por aludidos. Demás está decir que declarar la guerra a la política es tan fatuo como lo es ensañarse con las finanzas: sin política no hay convivencia y sin finanzas no habrá economía.

Noticias, 23 de marzo de 2002 (fragmento).

Ser y parecer ciudadanos

María Seoane

Han pasado diecinueve años desde 1983, cuando los argentinos recuperaron su carta de ciudadanía, perdida aquella madrugada trágica del 24 de marzo de 1976. Durante los primeros años del gobierno de Alfonsín, su preocupación principal fue ocupar la calle para recuperar el ejercicio de la libertad, el derecho a la jus-

ticia o para defender la democracia agredida por embetunados heraldos negros. A poco de andar, en un país ya reformateado por la economía dictatorial, la daga de la hiperinflación le hizo sospechar que tal vez no era tan cierto que con la *democracia se come, se educa y se cura*. Pero ese ciudadano, pensó que debía corregir en las urnas lo que aparecía como un *desvío* de la política y no el comienzo dramático de la crisis de la deuda externa que se tornaba ominosamente interna. La Argentina postdictatorial se había convertido en el país más endeudado del planeta con su estructura industrial desarticulada por una apertura prostibularia al mundo. En 1989, el ciudadano votó con ganas a Menem –según indican los porcentajes de asistencia a las urnas– y buscó en la *revolución productiva y el salarizado* el camino del bienestar. A pesar de discutidas ventas del patrimonio nacional, con la sospecha creciente de la corrupción en el poder, la esperanza de la estabilidad traducida en el voto-cuota ganó en el 95. El romance con el uno a uno comenzó a romperse en 1996. Las encuestas indican que entonces el 47 por ciento de la gente creía que la desocupación era el problema que perforaba la democracia. La condición ciudadana se fracturaba por la inequidad. Menem terminó su mandato con el sayo de haber construido la brecha social más profunda de la historia argentina. No sería de la Rúa el encargado de modificarla: el 63 por ciento de los argentinos siguió preocupado por la desocupación. El látigo no se detuvo más sobre la cabeza de los ciudadanos *acorralados*. Lo que ocurrió después está ocurriendo ahora: hay miles de ciudadanos que rastrean el camino hacia el final del túnel. Ya lo decía el Alberdi póstumo, ser ciudadano requiere apostar siempre a la utopía de *conquistar la democracia como si cada mañana fuera la última. O, mejor, la primera*.

Clarín, Sección Zona, 24 de marzo de 2002.

Por los mataderos de la vía pública

Horacio González

Las imágenes de camiones cargados de vacas que van a los mataderos destilan ideas de muerte metódica. En la ruta un fugaz vaho bovino impregna el mal momento. La sumisión de esos animales deja una breve molestia en la autopista. Van a mataderos que están ocultos para nosotros. Las ciudades aceptan dar a sus barrios los nombres de esos cadalsos. Denominaciones que serían crueles si el uso diario no las hiciera aceptables. No se ve morir a las vacas. Todavía lo que se sabe es lo que cuenta Esteban Echeverría en *El Matadero*. ¿Siguen siendo esas imágenes del matadero, como dijo este autor en el siglo XIX, el centelleo secreto de la sociedad argentina?

Del saladero al frigorífico suele escribirse la historia de este país. Síntesis provisoria a la que le faltan imágenes actuales. Estamos en la época en que toda leyenda pública se escribe con el trazo de *la decadencia o del mito irreplicable*. Hacia 1940, a la hora de entrada y salida del Swift, la calle Nueva York de Berisso era la linterna social de la política argentina. El Frigorífico era también fábrica de palabras: tripa interior de una gran reivindicación. Una imagen faltaba: el carneo de vacas al borde del camino. El hambre real siempre lleva a la literatura del hambre, que es la de la supervivencia, fundadora de imágenes populares de ingenio y redención. Del fri-

gorfíco clandestino al amasijo de vísceras en el barro lateral de la ruta 9, la literatura se escribe ahora con imágenes de televisión. *Esos chicos arrastrando bofe y cuartos traseros son los intestinos del país destrozado.* Sin perder la picardía, los líricos cuatrerros involuntarios, compungidos, dicen que hay hambre. Y cenizas de advertencia en el hambre.

Clarín, Sección Zona, 7 de abril de 2002.

***Protestas, Resistencias y
Movimientos Sociales***

COYUNTURA: **Marc Saint-Upéry.** Ecuador: el coronel tiene quien le escuche. **Carlos Toranzo Roca.** Bolivia. Nuevo escenario político

APORTES: **Blanca Rubio.** La exclusión de los campesinos y las nuevas corrientes teóricas de interpretación. **Miguel Díaz Gacitúa.** El desarrollo rural y el medio ambiente en América Latina después de Brundtland: dos pasos atrás y uno adelante. **Christopher Birkbeck / Luis Gerardo Gabaldón.** Estableciendo la verdad sobre el uso de la fuerza en la policía venezolana

TEMA CENTRAL: **Marina Farinetti.** La conflictividad social después del movimiento obrero. **Mauricio Archila Neira.** Colombia en el cambio de siglo: actores sociales, guerra y política. **Augusto Barrera.** El movimiento indígena ecuatoriano: entre los actores sociales y el sistema político. **Alberto Zalles Cueto.** De la revuelta campesina a la autonomía política: la crisis boliviana y la cuestión aymara. **Gabriela Delamata.** De los «estallidos» provinciales a la generalización de las protestas en Argentina. Perspectiva y contexto en la significación de las nuevas protestas. **Aparecida L. Fernandes y otras.** Consideraciones sobre los movimientos sociales y la participación popular en Brasil

LIBROS: **Pablo Salvat Bologna**

SUSCRIPCIONES
(Incluido flete aéreo)

América Latina
Resto del mundo

ANUAL
(6 núms.)

U\$S 56
U\$S 86

BIENAL
(12 núms.)

U\$S 97
U\$S 157

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones. Dirección: Apartado 61712, Chacao-Caracas 1060-A, Venezuela. Telfs.: (58-2) 267.31.89/265.99.75/ 265.53.21/266.16.48/265.18.49, Fax: 267.33.97; @: nuso@nuevasoc.org.ve; nuso-ven@nuevasoc.org.ve.

Sociohistórica

Cuadernos del CISH

Centro de Investigaciones Socio Históricas

Primer y segundo semestre 2002 / N° 11-12

Artículos

De abejas, de arquitectos y de carpinteros. A propósito de "Historia y ciencias sociales", un artículo de Carlos Astarita. Waldo Ansaldi

La gestión estatal durante los regímenes políticos burocrático-autoritarios. El caso argentino entre 1967 y 1969. Ana Gabriela Castellani

De profetas a demonios: recepciones anarquistas de la Revolución Rusa (Argentina 1917-1924). Roberto Pittaluga

El hilo de Ariadna: intercambios rioplatenses y estrategias comerciales urbanísticas de Francisco Piria. Gustavo Vallejo

El concepto de ciudadanía en el discurso y en las prácticas de las "modernas" formas de sociabilidad asociativa (1810 - 1813). Eugenia Molina

Dossier

Tres conferencias. Alberto Pérez

Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos. Alessandro Portelli

Memoria en la narrativa española contemporánea. Francisco Caudet

Las políticas de la memoria. Bruno Groppo

Comunicaciones

Migrar para estudiar. Los estudiantes bolivianos en la Universidad Nacional de La Plata. María Sangiácomo

Críticas y comentarios

La revolución revisitada: debates en torno a Imperio, de Michael Hardt y Toni Negri. Aníbal Viguera

Reseñas

La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay. De Bruno Groppo y Patricia Flier. Daniel Lvovich

No habrá más flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos. De Ludmila da Silva Catela y Sandra Raggio

Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo.

Homo Sacer III. De Giorgio Agamben. Hernán Sorgentini

En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización. De Andreas Huyssen. Patricia Funes

La Ciudad Futura

Revista de cultura socialista

Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Edición de otoño de 2003, número 54

- Se agravó la crisis y estas elecciones
no son solución
- Escenarios de guerra y posguerra
 - Cien días de Lula
- Redefinición del espacio público
- Nobleza y servidumbre de la política
 - Libros

Escriben:

Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula,
Edgardo Mocca, Gerardo Aboy Carlés,
Guillermo Ortiz, Alejandra Bonvecchi,
Martín Plot, Michel Rocard,
Salvatore Veca, Roberto Gargarella,
Hernán Charosky

Aparece el 7 de abril. Venta en librerías.

Suscripciones: opedroso@ciudad.com.ar

Desarrollo Económico

Revista de Ciencias Sociales

COMITÉ EDITORIAL: Juan Carlos Torre (Director), Carlos Acuña, Luis Beccaria, Roberto Bouzas, Mario Damill, Juan Carlos Korol, Edith Obschatko, Juan Carlos Portantiero, Getulio E. Steinbach (Secretario de Redacción)

ISSN 0046-001X

Vol. 42

Octubre-diciembre de 2002

Nº 167

GUILLERMO PERRY y LUIS SERVEN: La anatomía de una crisis múltiple: qué tenía Argentina de especial y qué podemos aprender de ella.

GABRIEL L. NEGRETTO: ¿Gobierna solo el presidente? Poderes de decreto y diseño institucional en Brasil y Argentina.

ROBERTO RUSSELL y JUAN GABRIEL TOKATLIAN: El lugar de Brasil en la política exterior de la Argentina. La visión del otro.

COMUNICACIONES

JUAN CARLOS DE PABLO: Guido Di Tella, autor.

NOTAS Y COMENTARIOS

LUDOLFO PARAMIO: Democracia y ciudadanía en el tiempo de los medios audiovisuales.

IN MEMORIAM

DORA SCHWARZSTEIN: Memoria e historia.

CRÍTICA DE LIBROS

GERMÁN F. SOPRANO: A favor de una etnografía sobre clientelismo político y peronismo.

Desarrollo Económico es indizada, con inclusión de resúmenes, en las siguientes publicaciones: *Current Contents* (Social Science Citation Index, Institute for Scientific Information); *Journal of Economics Literature* (American Economic Association); *Sociological Abstract* (Cambridge Scientific Abstracts); *International Bibliography of the Social Science* (British Library of Political and Economic Science y UNESCO); Clase (UNAM, México); Hispanic American Periodicals Index (HAPI, Universidad de California, Los Angeles). También en otras ediciones de carácter periódico y en volúmenes especiales nacionales e internacionales, así como en diversos índices en versión electrónica.

DESARROLLO ECONÓMICO - Revista de Ciencias Sociales es una publicación trimestral editada por el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Suscripción anual: R. Argentina, \$ 60,00; países limítrofes, U\$S 68; resto de América, U\$S 74; Europa, U\$S 76; Asia, África y Oceanía U\$S 80. Ejemplar simple: U\$S 15 (recargos según destino y por envíos vía aérea). Más información en: desarrollo@ides.org.ar, o disponible en el Web site: www.ides.org.ar. Pedidos, correspondencia, etcétera, a:



Instituto de Desarrollo Económico y Social

Aráoz 2838 ♦ C1425DGT Buenos Aires ♦ Argentina

Teléfono: 4804-4949 ♦ Fax: (5411) 4804-5856

Correo electrónico: desarrollo@ides.org.ar

EL OJO MOCHO

Revista de crítica política y cultural

Nº 17, verano del 2003

CALLEJONES ARGENTINOS

Escriben, entre otros:

David Viñas, León Rozitchner, Ismael Viñas,
Jacques Rancière, Emilio de Ípola, Federico
Monjeau, Alcira Argumedo, Aída Quintar,
Maristella Svampa, Víctor Pesce, Horacio
González, Christian Ferrer, Guillermo Korn, María
Pía López, Jaime Peris, Claudio Benzecry.

Dossier:

David Viñas: la escudería del lenguaje

Reseñas críticas:

bibliográficas sobre filosofía, ensayos,
política, cine

EDICIONES MANANTIAL

Novedades

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

Horacio Fazio
(coordinador)

EL LUGAR DE LA CULTURA

Homi K. Bhabha

VIOLENCIAS, DELITOS Y JUSTICIAS
EN LA ARGENTINA

Sandra Gayol y Gabriel Kessler
(compiladores)

La envergadura de las carencias argentinas y la difícil consistencia de su actualidad nos llaman a considerar las facetas y aristas de nuestro atribulado presente. El país parece haber sido desvertebrado, y a esta condición dedicamos el entero número de Sociedad. Diversos profesores de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires analizan las hondas grietas de la nación tanto como las potencias que aún nos restan, una vez que las últimas sacudidas las han dejado en evidencia. Sociedad también incluye un discurso inédito de Ezequiel Martínez Estrada sobre la condición latinoamericana, cuyas palabras luminosas y ásperas nos recuerdan una obra mayor que aún nos concierne. La revista también contiene un informe con las interpretaciones que mapearon diariamente la crisis política argentina. Allí quedan expuestas las líneas de interpretación de un contexto en estado de aceleración y al cual el pensamiento se ve compelido a responder con urgencia.

sociedad 20/21
otoño/2003